

Nueva
Biblioteca
de la Libertad
5

ARTHUR SELDON

CAPITALISMO

NUEVA BIBLIOTECA DE LA LIBERTAD

Colección dirigida por

Jesús Huerta de Soto

CAPITALISMO

ARTHUR SELDON

CAPITALISMO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

PRÓLOGO

PREFACIO

PRÓLOGO A LA 2DA EDICIÓN ESPAÑOLA

CAPITULO I. LA APUESTA

CAPITULO II. EL ADOCTRINAMIENTO CONTRA EL CAPITALISMO

CAPÍTULO III. EL CAPITALISMO ES INEVITABLE

CAPÍTULO IV. EL RETORNO Y AVANCE HACIA EL CAPITALISMO

CAPÍTULO V. DEMOCRACIA POLÍTICA Y DEMOCRACIA DE
MERCADO

CAPÍTULO VI. EL SECRETO A VOCES DEL CAPITALISMO

CAPÍTULO VII. REFUERZOS INTELECTUALES A FAVOR DEL
CAPITALISMO

CAPÍTULO VIII. NUEVOS REFUERZOS INTELECTUALES A FAVOR
DEL CAPITALISMO

CAPÍTULO IX. LA CRÍTICA DEL CAPITALISMO

CAPÍTULO X. LA «VISIÓN» DEL CAPITALISMO CAPÍTULO XI.

CABALLOS AL GALOPE CAPÍTULO XII. LOS VALORES DEL

CAPITALISMO CAPÍTULO XIII. EL VEREDICTO

CAPÍTULO XIV. PERSPECTIVAS

INDICE DE NOMBRES

PRÓLOGO

La lectura de este convincente libro de Arthur Seldon ha sido educativa, desafiante y dolorosa. Porque resulta doloroso tener que reconocer la verdad de que, aunque a veces el capitalismo funciona mal, ha producido bienes y servicios que la inmensa mayoría considera provechosos. Para maximizar los beneficios de las opciones que el capitalismo proporciona debemos elegir sabiamente, y algunos gozan de ciertas ventajas financieras y educativas a la hora de hacer sus elecciones. En todo caso, la sociedad de mercado configura, en todas partes, el sistema más libre de cuantos el hombre ha ideado hasta ahora.

Mi personal experiencia sobre las buenas intenciones de los gobiernos es que son, como mínimo, decepcionantes. He vivido también la hipocresía de gentes de la izquierda que desean liberar a los trabajadores, pero a su debido tiempo y empezando por sí mismos. La experiencia rusa, y más recientemente la china, indica que el resultado final de sus esfuerzos nos abandona a sociedades en las que ya nadie es capaz de enfrentarse a los errores de sus dirigentes.

Me veo obligado a concluir que el mensaje básico de Arthur es correcto. El socialismo, tal como ha sido practicado hasta ahora, no funciona. No ha nacido aquel hombre nuevo soviético que nos habían prometido y es muy poco probable que surja algún día. El desafío con que Arthur nos enfrenta a cuantos hemos confiado en el socialismo es el siguiente: saquemos provecho del capitalismo y de todas sus obras. La libertad que ofrece abre oportunidades para que todos nosotros, en todas las •clases• y partidos, mejoremos lo que nos proporciona. En definitiva, ésta es la única protección para aquellos a quienes les falla -o hacen fallar-el sistema. Pero, en cualquier caso, estos fallos no justifican la explotación política ejercida por quienes buscan el poder. El libro describe con objetividad tanto los defectos como las virtudes del capitalismo. Hunde, pues, un puñal en el corazón del socialismo. No existe la sociedad perfecta.

He tenido durante mucho tiempo la opinión de que ni los amigos ni los enemigos del mercado tendrán, a fin de cuentas, mucha influencia en sus éxitos o sus fracasos. En efecto, sean cuales fueren los argumentos intelectuales, lo cierto es que donde quiera se reúnen los ciudadanos, florece el mercado. Los intercambios en los que existe acuerdo entre las partes producen mayor satisfacción que los más convincentes argumentos sobre la moral de la sociedad.

Es bien seguro que este libro suscitará las críticas de los que, habiéndose liberado a sí mismos, viven en un plano moral superior al resto de nosotros, que debemos contentarnos con virtudes mucho más sencillas. Es un libro instructivo y oportuno. Debería ser leído especialmente por aquellos de la izquierda a quienes disgustará su mensaje.

CHAPPLE OF HOXTON

PREFACIO

El capitalismo no pide defensa sino alabanza. Hablan por él sus logros en la creación de altos y crecientes niveles de vida para las masas, sin merma de las libertades personales. Sólo los sordos dejarán de oírlo y los ciegos dejarán de verlo. Sus éxitos son mayores que sus fracasos. Y, sin embargo, decenio tras decenio, sus críticos se muestran preocupados, por no decir obsesionados, por sus defectos. Incluso quienes reconocen sus méritos siguen insistiendo en la alternativa del socialismo, sin que ni los argumentos de razón ni las pruebas aportadas por la experiencia permitan suponer que dicha alternativa iguale, y menos aún supere, la del capitalismo.

Hasta fechas recientes marchaban juntas las críticas al capitalismo del mundo universitario y las de los políticos, sobre todo los de mentalidad socialista. La peculiaridad de los universitarios consistía en que descubrían defectos para proponer soluciones. Los políticos, por su parte, exhibían las deficiencias con el propósito de presentarse a sí mismos como líderes a la hora de poner en práctica aquellas soluciones.

Ultimamente, académicos y políticos caminan por sendas separadas. Los primeros continúan subrayando los defectos del capitalismo e insistiendo en la solución que ellos llaman socialismo, recientemente corregida y consolidada mediante el instrumento capitalista del mercado. Proclaman ahora como nuevas verdades sobre el mercado verdades antiguas que repudiaron en el pasado como falsas. Los políticos, por su parte, han descubierto que la solución original del socialismo propuesta por los académicos se saldó con un fracaso. No funcionó. No ha producido altos y crecientes niveles de vida y, por si fuera poco, elimina las libertades personales. En consecuencia, están abandonando la solución socialista y retornando al capitalismo que en otro tiempo rechazaron y suprimieron.

Los políticos que con más determinación se oponen a la solución socialista son cabalmente los de los países donde con mayor rigor ha sido puesta en práctica, y más en concreto en las regiones comunistas o socialistas de Europa y Asia, porque en ellas se ha hecho más patente la inferioridad de los niveles de vida y más severa la represión de las libertades. En los países donde ha sido menos rigurosa la ruptura respecto al capitalismo, como en el Reino Unido y en Europa, de modo que ha sido también menor el descenso de las condiciones de vida y las libertades han sobrevivido mejor, los políticos que han asumido y urgido durante mucho tiempo la solución socialista tributan un homenaje reticente y reservado a las conquistas del capitalismo y siguen presionando a favor de lo

que persisten en llamar -socialismo*, aunque últimamente adornado con adjetivos calificativos tales como socialismo •por el lado de la oferta*, socialismo individualista• y cosas parecidas, que intentan disfrazar los errores del pasado, con la pretensión adicional de que harán más y mejor uso del capitalismo. Los cuadros académicos que respetan más la verdad que las convicciones reconocen con honestidad los logros del capitalismo, advierten a los políticos (y a los estudiosos) que no pueden seguir mofándose del capitalismo y enumeran unas más rigurosas condiciones para poder incorporar sus técnicas al socialismo, al que siguen, de todas formas, otorgando sus preferencias.

Este libro es un saludo de bienvenida al sistema económico que ha demostrado ser, durante dos siglos, un firme baluarte en medio de situaciones fluctuantes y a través de guerras y rumores de guerras, convulsiones políticas, revoluciones sangrientas y, lo que es más nocivo, la persistente condena de filósofos y científicos de fama mundial, que han descarriado a los pueblos de todas las regiones. Es también una loa a su triunfo intelectual sobre su alternativa, el socialismo, que se ha ido diluyendo poco a poco y ha sido rechazado por los habitantes de todos los continentes.

El capitalismo ha triunfado porque responde a las necesidades y las aspiraciones elementales de los ciudadanos de todos los puntos de la Tierra, desde el Occidente industrializado hasta las antiguas civilizaciones del Este, desde el viejo mundo de Europa hasta el nuevo de Norteamérica, desde la hasta hace poco feudal Rusia hasta el Africa emergente. El socialismo ha fracasado porque se apoya en tres errores intelectuales: que es imposible eliminar desde dentro los defectos del capitalismo, que debe ser sustituido in toto por otro sistema de organización de la actividad humana completamente distinto y que la única alternativa válida es el socialismo. A finales del siglo xx el capitalismo se ha alzado, al fin, con la victoria, porque las enseñanzas de los pensadores socialistas de diverso género del Reino Unido y de Europa han inducido a la gente a soportar hasta hace muy pocos años experimentos con las diversas clases de socialismo. Pero los políticos socialistas que medran en los procesos políticos del socialismo han sido incapaces, en todos los países, de utilizar los acelerados avances tecnológicos registrados a partir de la II Guerra Mundial para elevar los niveles de vida; han disipado una buena parte de estos avances en aven-turas encaminadas a consolidar su poder y se han dedicado, con incalculable oportunismo científico, a investigaciones espaciales y otras extravagancias a expensas de las condiciones existenciales de los ciudadanos, no en último lugar de los más pobres.

En su propósito de dar la bienvenida y celebrar el capitalismo, este libro se ha centrado en dos aspectos con mayor intensidad de la inicialmente proyectada. La evaluación de la función central, indispensable e indestructible, del mercado y del proceso de mercado ha llevado a la conclusión de que ha sido el proceso político el máximo responsable de que el

mercado no haya podido desplegar hasta ahora todas sus virtualidades. El proceso del mercado induce incluso a malas personas a llevar a cabo acciones buenas, mientras que el proceso político hace que incluso personas buenas realicen cosas malas. La conclusión es que la solución de los defectos del capitalismo no pasa por la eliminación de este sistema, lo que equivaldría a sacrificar, junto con males tolerables, bienes irremplazables que, por otra parte, no podrían conseguirse sin empleo de la violencia. La solución consiste en disciplinar la autoridad de los políticos y reducirla a su mínima expresión. El objetivo no debe ser el Estado •limitado-, basado en el impreciso principio de las funciones propias del gobierno, sino el Estado mínimo, que parte de la idea de que el gobierno sólo ha de hacer lo imprescindible. Y esta solución minimiza también al socialismo.

El segundo elemento de esta atención al principio no intentada es la crítica de las opiniones socialistas sobre el capitalismo. Mi propósito inicial pretendía describir las virtudes y los vicios fundamentales del capitalismo en el ámbito de la economía, pero me he visto en la necesidad de enfrentarme una y otra vez a errores persistentes de los ... escritos socialistas, difundidos a menudo por intelectuales de excepcional categoría. En su obra clásica *The Relation between Law and Public Opinion in England*, A.V. Dicey se anticipaba al énfasis que muchos años más tarde pondría J.M. Keynes en el poder de las ideas, •tanto si son correctas como si están equi-vocadas•. La implacable e impenitente marea de escritos sobre las maravillas de las ideas socialistas, desbordada durante más de un siglo, ha oscurecido, hasta fechas muy recientes, los méritos del capitalismo. Me he visto forzado a ser más severo de lo que había imaginado con los intelectuales que condenan el capitalismo tanto cuando es bueno como cuando es malo, y que influyen en los políticos y en la opinión pública a favor del socialismo tanto si hace bien las cosas como si las hace mal (o cuando piden -bienes públicos• indispensables, expresión engañosa, de la que argumento que debe ser sustituida por la moralmente neutra, y con mayor contenido informativo, de •funciones colectivas indispensables•).

Mi opinión actual es que la mentalidad socialista ha conseguido por doquier que los ciudadanos se olviden de su genuina herencia de prosperidad y dignidad bajo el capitalismo. Pensadores y escritores competentes y bien intencionados han desempeñado, bajo diversas etiquetas, el oficio de Moisés descarriador, haciendo promesas vanas, desperdiciando 150 años y retrasando la entrada en la tierra prometida. Algunas de las más preclaras mentes de mi tiempo han abrazado, y siguen abrazando hasta el momento actual, la falsa creencia de que el socialismo liberaría al pueblo. Pero incluso cuando han visto con sus propios ojos que no lo hace, muchos de ellos siguen enseñando sus errores. A lo largo de mi existencia, y de modo especial en mis 30 años de promoción del liberalismo económico a través del Institute of Economic Affairs, he visto cómo se menospreciaba la herencia intelectual liberal, calificada de obsoleta superstición, cómo se hacía mofa de los intelectuales liberales,

tachados de enemigos del pueblo y •lacayos del capitalismo•, cómo a los jóvenes académicos liberales les volvían la espalda sus colegas de mentalidad colectivista de las universidades y cómo, en fin, se rechazaba a los escritores liberales como a ignorantes sin capacidad de comprensión. He procurado seguir el consejo que daba Hayek a los liberales: suaviter in modo, fortiter in re, amable en las maneras, pero firme en el contenido. No he olvidado tampoco la recomendación que he dado a otros: se atacan los errores, no a los que yerran.

Las reflexiones sobre el permanente poder de las ideas en la ininterrumpida serie de burlas sobre el capitalismo me han impulsado a desarrollar una contracrítica a la argumentación socialista que tal vez ofenda a sus autores. Resulta singularmente incomprensible el espectáculo de la despreocupación, la arrogancia -tal vez mejor definida con la popular expresión de -descaro- con que se revisa periódicamente la solución socialista, se le da una nueva definición y, más recientemente, en los últimos años 80, se la reconstruye para arrojar lastre de socialismo e incorporar capitalismo, aunque presentándola siempre, invariablemente, como la forma última y definitiva de la benevolente alternativa socialista a lo que el profesor socialista norteamericano Robert Lekachman ha llamado el "depravado" capitalismo.

No he olvidado, en todo caso, las críticas de académicos y escritores, en su mayoría de la clase media, que durante más de un siglo, desde los tiempos de Sidney y Beatrice Webb hasta nuestros días, han insistido en las soluciones socialistas aunque sin padecer sus coacciones y sin renunciar a sus niveles de vida, pues tenían bien aseguradas sus rentas como profesores de universidades financiadas por el Estado, como funcionarios de gobiernos centrales o locales, administradores de centros o instituciones estatales, escritores de •ficción• forjadores de inequívocas condenas del capitalismo o beneficiarios de subvenciones para sus actividades académicas, artísticas y culturales pagadas en parte por los mismos pobres cuyas condiciones de vida habían empeorado en virtud precisamente de aquellas doctrinas y administraciones.

Hay, con todo, algunos entre ellos, elogiados en estas páginas, que han compensando los yermos años de socialismo convencional aconsejando a sus partidarios que purguen sus errores. Dirijo aquí mi argumentación, con más tristeza que ira, a los hombres y mujeres competentes que descubren ahora las falacias, los juicios erróneos y las autodecepciones del socialismo, pero se mantienen fieles a su fe socialista, aunque cada vez con menor convicción. Se puede razonar contra el error. La fe es inexpugnable.

La tesis central aquí defendida es que no basta con implantar la democracia política. El mercado garantiza mejor la libertad de los ciudadanos. Los pueblos de todo el mundo -como están descubriendo recientemente tanto Rusia y China como los restantes países

socialistas y comunistas-no trabajan más duro o mejor porque tengan derecho al voto, sino porque hay mercancías en sus tiendas. En la mentalidad popular el sistema capitalista ha triunfado definitivamente sobre el socialismo. Con todo, si se quiere que el capitalismo produzca sus mejores frutos, no alcanzados hasta ahora en parte alguna, es preciso que el proceso político se circunscriba a las funciones mínimas del Estado.

Se repiten deliberadamente los argumentos básicos en diferentes contextos y con distintas aclaraciones porque se les menciona pocas veces -o ninguna- en los voluminosos y persistentes escritos de tendencias socialistas publicados bajo muy diversas etiquetas doctrinales o partidistas.

Se introducen algunas ocasionales anécdotas personales para aligerar la lectura y dar alguna mayor viveza a una argumentación de por sí abstrusa.

ARTHUR SELDON

PROLOGO DEL AUTOR PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El capitalismo, con su mecanismo económico de mercados libres, se ha abierto paso, finalmente, en los años 90, como la forma más natural de organización económica que los pueblos del mundo emplean instintivamente cuando no se lo impiden los gobiernos.

Visto en perspectiva histórica, las razones son claras. Los mercados abiertos capacitan a los individuos para realizar las tareas que mejor saben hacer, para producir bienes y servicios con mayor eficacia y para intercambiar sus excedentes con beneficio tanto para los compradores como para los vendedores. De este modo, se enriquecen a sí mismos y enriquecen a otros más que si hubieran llevado a cabo la producción y los intercambios bajo la guía directa de los gobiernos.

El capitalismo ha producido los niveles de vida más altos conocidos por la especie humana desde los albores de la historia. Y lo ha hecho sin menoscabo de las libertades personales.

Tampoco induce a los ciudadanos a comportamientos inmorales en sus actividades diarias. La gente que intercambia los frutos de su trabajo aprende a confiar en otros. Quienes no se fían aprenderán la lección de que sin confianza no se aceptarán sus intercambios y que antes de mucho tiempo se verán reducidos a pasar hambre. Los principales beneficiarios del capitalismo han sido los ciudadanos corrientes del mundo que no poseen otro capital que el de sus habilidades, innatas o adquiridas en el trabajo diario.

Este libro se titula escuetamente Capitalismo porque es una simple exposición acerca de cómo el sistema capitalista acaba por implantarse en todos los pueblos que tienen libertad para elegir lo que necesitan para trabajar y colaborar con los demás. Fue publicado en el Reino Unido y en Estados Unidos en 1990, como cristalización de una vida dedicada a reflexionar sobre todos los demás sistemas bajo los que ha vivido y trabajado la gente. Sus inicios se remontan a 1988, en una época en la que lo que había sido el hogar del socialismo aplicado por el Estado, el gobierno dictatorial de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, encabezado por Gorbachov, advirtió que no podía confiar en alcanzar los niveles de vida generados por el capitalismo en el mundo occidental en Europa, América y, últimamente, en el Lejano Oriente. Gorbachov comprendió que antes de que pasara mucho tiempo los pueblos dominados por el socialismo impuesto por el Estado

reclamarían las libertades personales de que disfrutaban las naciones liberadas por el capitalismo. Supo ver que se rebelarían contra la inmoralidad del sistema de violencia y represión, de fraudes y mentiras, sobre el que se asentaba el socialismo. Pero pensó también que podría conseguirse que el socialismo soviético funcionara como el capitalismo. Yeltsin sabía que esto era imposible. Y por eso hay esperanza para Rusia.

Pero en 1993, los políticos, hombres y mujeres, que perdieron el poder que habían detentado bajo el socialismo se han recuperado del shock. Han exagerado y distorsionado los sacrificios exigidos para pasar del socialismo de Estado al capitalismo de mercado. Y han estado presionando en favor del socialismo, aunque disfrazado bajo otros nombres. Los políticos de los antiguos países comunistas del Este europeo han aprendido mejor las lecciones del fracaso socialista, porque sus pueblos han tenido que sufrir más las consecuencias de la falta de capitalismo. Ahora es en los países donde más tempranamente aparecieron los mercados libres capitalistas en las naciones europeas occidentales donde los políticos alaban de labios afuera el capitalismo y la libertad de mercado al tiempo que piden que el Estado aplique las recetas socialistas.

Los políticos occidentales que desean el poder de control del gobierno han dejado ya de apellidarse •socialistas•. Han cambiado su nombre por el de demócratas•. Con independencia de sus respectivos credos, ahora ocultan sus intenciones bajo diversas etiquetas: •socialdemócratas•, «demócratas liberales», «demócratas cristianos». Pero bajo estas diversas denominaciones, lo que todos ellos persiguen es la supresión del capitalismo a manos del Gran Gobierno.

En Europa Occidental los políticos todavía se siguen alzando, a través de los impuestos, con la mitad o más de las rentas personales, para que las gaste el gobierno. Siguen ofreciendo a los ciudadanos servicios que éstos pueden producir mejor por sí mismos. Llevan adelante el ■Estado de bienestar• y no permiten que sea el pueblo quien desarrolle este ■bienestar• por el camino de sus preferencias individuales a través de sus personales elecciones en los temas de la educación de sus hijos, la asistencia médica, la vivienda para su familia o las pensiones para sus padres una vez finalizada su vida laboral. Los políticos siguen controlando el transporte, las telecomunicaciones, la cultura y hasta el ocio del pueblo. Y son también ellos quienes •regulan• el trabajo y los intercambios privados.

El sistema de mercados abiertos del capitalismo no es menos necesario para los ciudadanos en 1993 que lo fue en 1988 y en 1990. De hecho, es aún más urgente que en estas dos últimas fechas, cuando el socialismo oprimía abiertamente a los pueblos del Este europeo. Ahora, los políticos democráticos• de Europa Occidental que persisten en reforzar al omnipresente gobierno opresor aseguran que es esto precisamente lo que los

ciudadanos necesitan y lo que han votado en las elecciones -democráticas•. Y todos ellos claman ser los •demócratas• que dan al pueblo lo que el pueblo pide.

Ahora bien, las votaciones políticas, en las que el pueblo elige cada tres, cuatro o cinco años a los candidatos, no son el sustitutivo de mercados libres en los que puede votarse cada día sobre la mayoría de los servicios -los centros educativos, las atenciones médicas, la vivienda, la alimentación, los vestidos, el estilo de vida- que se prefieren.

No es el mecanismo de los votos el que produce aquella democracia que Abraham Lincoln prometía en 1863: gobierno de todo el pueblo, por todo el pueblo y para todo el pueblo. En 1993, la democracia es gobierno de la clase políticamente activa, por una clase políticamente entrenada y para una clase políticamente influyente. En las democracias con Gran Gobierno los políticos son elegidos y dirigidos por y básicamente responsables ante la clase política. En este nuevo escenario, Abraham Lincoln habría tenido que confesar que la democracia ha degenerado hasta convertirse en gobierno de mangleadores, por mandones y para abusones (of the Busy, by the Bossy, for the Bully).

La batalla por mercados libres para los ciudadanos con el objetivo de alcanzar niveles éticos de vida en libertad que producen una creciente prosperidad se ha tornado más áspera y a la vez más apremiante en los 90 que lo fue en los 80. Hasta 1988, eran los Estados socialistas tiránicos dirigidos por dictadores quienes bloqueaban en Europa Oriental la libertad, la moralidad y la prosperidad. En los años 90 ha asumido el relevo el Gran Gobierno de los políticos -demócratas• de Europa Occidental.

Las conquistas de los mercados libres bajo el capitalismo pedirían ahora un nuevo Ortega y Gasset que reclamara la •rebelión de las masas• contra el Gran Gobierno. La democracia ha creado una innecesaria propiedad de la administración pública sobre la industria, una excesiva producción de servicios de bienestar a cargo del gobierno, una superflua regulación estatal de la vida privada. Los altos impuestos resultantes han forzado la aparición de amplias y cada vez mayores economías •negras• en todos los países europeos, que indisponen a mucha gente con sus conciudadanos. Ésta es la auténtica -rebelión de las masas•, que irá en aumento hasta tanto los políticos del Gran Gobierno no reconozcan que ha llegado ya el ocaso de sus días.

A esto se debe que el mensaje de Capitalismo, escrito en 1988 y publicado en 1990, sea aún más urgente en 1994. Su argumentación a favor del Pequeño Gobierno bajo el capitalismo en lugar del Gran Gobierno bajo la democracia se ha visto confirmada por los acontecimientos vividos en Europa a partir de 1988. Pero aún no han aprendido bien, en el Oeste, sus enseñanzas los políticos, como tampoco el cuerpo de profesores y alumnos universitarios, los escritores y los periodistas. Se siguen repitiendo hoy día los viejos errores del pensamiento económico y del gobierno práctico. Sólo que ahora

florece nuevas esperanzas.

Sigue habiendo aún mucha inexorable pobreza en el mundo, no en último lugar en numerosas regiones de Europa e Hispanoamérica. Hay todavía mucha innecesaria supresión de las libertades personales. Hay aún inmoralidad en la corrupción del gobierno e incluso creada por el gobierno cuando empuja a millones de ciudadanos -de por sí respetuosos con la ley- a la economía sumergida.

El Gran Gobierno bajo la democracia política ha impedido que el capitalismo difunda riqueza sin atentar contra las libertades personales y sin alentar la inmoralidad. Se abre mucho mayor campo de acción para elevar los niveles de vida de los más pobres en todos los países cuando se les ofrece la posibilidad de trabajar y de concertar intercambios en mercados libres. Esta es la esperanza de los años 90.

Abril de 1994
ARTHUR SELDON

AGRADECIMIENTOS

Mi deuda principal es la contraída con Marjorie y Peter Seldon, que me han animado a trabajar en este libro desde que dejé, en junio de 1988, el servicio activo en el Institute of Economic Affairs. Marjorie Seldon ha leído los manuscritos, insinuado mejoras, proporcionado material para varios pasajes y propuesto citas literarias en apoyo de la argumentación. En la dedicatoria doy testimonio de esta deuda, de carácter más personal, con ella.

Peter Seldon, el tipo de nuevo empresario del revigorizado capitalismo de los años 80, ha proporcionado un procesador de textos Honeywell Bull y una impresora láser Hewlett Packard, excelentes herramientas tecnológicas sin las que la redacción de este libro habría exigido mucho más tiempo y mayores sacrificios. Debo agradecer a varios lectores de los primeros borradores sus sugerencias y críticas, aunque no siempre comparten ni tienen la responsabilidad de mis juicios y opiniones, y más en concreto mi profundo escepticismo hacia la función del gobierno. Las anotaciones de lord Ralph Harris sobre fondo y forma, que culminan nuestros 32 años de colaboración, me han llevado a ampliar unas veces y clarificar otras la línea de los razonamientos. Las reacciones del profesor Patrick Minford a una selección de capítulos me sirvió de aviso oportuno para anticiparme a las críticas. El profesor Stephen Haseler me insinuó algunos argumentos políticos sobre los que merecía la pena insistir. Lord Frank Chapple sugirió una serie de objeciones de la izquierda a las que debería enfrentarme. Sometí algunos resúmenes al juicio de la doctora Joanna Seldon, que los acogió con extrema amabilidad. Ronald Stevens respondió muy sagazmente a los extractos, como corresponde a un antiguo profesor de historia de la infraestructura física, y me recordó, por añadidura, las ideas de Robert Walpole sobre el gobierno mínimo. El doctor David Green me proporcionó nueva información acerca de sus investigaciones sobre la educación para el tema abordado en el capítulo XI. Chris Tame ha leído el texto y comprobado las citas; su inigualable conocimiento de la bibliografía sobre la libertad ha prestado una gran contribución bibliográfica. Me proporcionaron ayuda, para detalles sobre las fuentes, mis antiguos colegas del IEA John Raybould y Ken Smith. Ruth Croxford me instruyó pacientemente en el uso del procesador de textos e impidió los desastres de la pérdida de originales que yo pensaba tener bien archivados. Y debo, en fin, pero no lo último en importancia, expresar mi agradecimiento a Johrt Davey, Rene Olivieri, Mark Allin y algunos otros de Basil Blackwell, que me han servido de guía en la tarea de la preparación del material para la imprenta.

Dado que al escribir este libro no he contado con ayuda de investigación, no puedo culpar a nadie, sino sencillamente lamentar, los errores de detalle de los aspectos que cito de memoria y que pueden haber escapado a las tareas de comprobación. En todo caso, no invalidan la fuerza de los argumentos.

Puede entenderse este libro como testimonio de una filosofía personal y sus rasgos anecdóticos como páginas de una biografía. Para decirlo en una frase, abracé el liberalismo económico por convicción intelectual y bajo la evidencia de las pruebas de los hechos y simpatiqué con el Partido Liberal porque los conservadores eran demasiado socialistas y los socialistas demasiado conservadores.

A.S.
Godden Green, Kent

Capítulo I

LA APUESTA

Si nos preguntamos qué debe la mayoría de las personas a las prácticas morales de los llamados capitalistas, la respuesta es: nada menos que su vida ... , la mayoría del proletariado occidental y una gran parte de los millones de seres del mundo en desarrollo deben su existencia a las oportunidades creadas para ellos por los países avanzados.

Los países comunistas, como Rusia, se hallarían hoy día famélicos si sus poblaciones no hubieran sido mantenidas por el mundo occidental ...

FRIEDRICH HAYEK
La Fatal arrogancia

La valoración que se hace en este libro del capitalismo a partir de sus mecanismos y sus instituciones, tanto actuales como potenciales, se remonta a una época de reflexión que se inició con sentimientos de antipatía y acabó transformándose en admiración y reconocimiento.

El planteamiento consiste más en subrayar los rasgos característicos del capitalismo, sus puntos fuertes y débiles, que en agudos análisis de los argumentos en pro y en contra, que es materia propia del continuo y fluctuante debate y revisión entre las filas de sus defensores de los cuadros académicos y entre éstos y sus adversarios, aunque no es probable que estas discusiones modifiquen el veredicto final de la superioridad del imperfecto capitalismo sobre el imperfecto socialismo.

Con independencia del peso de los argumentos, a menudo de valor efímero, esgrimidos por pensadores y escritores, políticos y predicadores, el capitalismo emerge en los mercados, ya sean oficiales o inoficiales, legales o ilegales, y tanto en las economías socialistas como en las capitalistas, porque es el instrumento a que recurren instintivamente los miembros de todas las sociedades y en todos los estadios del desarrollo económico para escapar de la necesidad y enriquecerse mutuamente a través de los intercambios. El crecimiento natural encuentra un camino a través, por encima o por debajo del permeable hormigón de la coacción que erigen los hombres dotados de poder para reforzar sus pretenciosas concepciones de perfección política. Y el mercado es un instrumento capitalista que requiere

oportunidades y recompensas privadas responsables, los riesgos y las sanciones de la propiedad y de las evaluaciones individuales, no un instrumento socialista sujeto a colectivas y veleidosas decisiones irresponsables de hombres y mujeres •públicos• que controlan los recursos de otros ciudadanos pero que en definitiva se mueven, como el resto del débil género humano, por el impulso de poner a salvo sus personales intereses.

Mi intención es ver más el bosque que los árboles. He procurado, por consiguiente, eliminar las ramas muertas, tanto socialistas como conservadoras, para contemplar el bosque liberal. Son numerosas las publicaciones de ambos bandos que han hecho cortes longitudinales que, en mi condición de estudioso, considero esenciales y estimulantes. Las dos últimas, y las que mejor han captado la esencia de la causa a favor y en contra del socialismo y el capitalismo, ambas publicadas en los últimos años 80, son el testimonio último de Friedrich Hayek en la *Fatal Arrogancia*¹ y la erudita contribución del profesor Raymond Plant en *Conservative Capitalism in Britain and the United States*.² El libro de Hayek tiene por subtítulo •Los errores del socialismo•. Los capítulos de Plant, que merecen ser releídos por los liberales, se inician con una crítica al capitalismo, pero concluyen aconsejando a los socialistas que adopten sus técnicas; las secciones finales son, en efecto, una denuncia de los errores del socialismo.

No obstante, la necesaria e ininterrumpida depuración de los árboles intelectuales ha tendido a oscurecer la esencia, las formas y los tipos de los bosques socialistas y capitalistas comparables entre sí y a distraer la atención de las virtudes y defectos que subyacen en cada uno de ellos.

A lo largo de una vida de trabajo dedicada a la observación, la investigación y la aplicación del pensamiento económico a la industria y la administración, cuanto más estudiaba los argumentos a favor del capitalismo más sólidos me parecían, y cuanto más leía los alegatos en favor del socialismo más patente se me hacía su inconsistencia. Me maravillo de que el socialismo haya podido parecer formidable en otros tiempos. Sus promesas fueron siempre tan llamativas como desmentidas por sus resultados.

Toda discusión sobre principios gira necesariamente en torno a generalizaciones, salvo cuando he procurado ilustrarla con aportaciones de la vida real. Todas las generalizaciones pueden ser impugnadas, y muchas de las aquí expuestas lo serán, pero también pueden ser defendidas.

1 Friedrich Hayek, *The Fatal Conceit*, Routledge, 1988. [Edición española en Unión Editorial, Madrid 1990, con el título *La Fatal arrogancia*.]

2 Kenneth Hoover y Raymond Plant, *Conservative Capitalism "in Britain and the United States*, Routledge, 1989.

Los principios capitalistas y la política práctica

Los argumentos a favor de un sistema económico nunca son absolutos, sino relativos. El mundo, sus países y sus gentes pueden optar por el capitalismo o por el socialismo. Si no pudieran hacerlo, si tuvieran razón los marxistas cuando afirman que el colapso del capitalismo es (periódicamente) inminente y se anuncia una y otra vez como inevitable el triunfo del socialismo, tendría poco sentido escribir en pro o en contra de cualquiera de ellos con la intención de influir en los políticos y en la opinión pública a favor de uno de los dos: Así entendido, abrazar la causa del primero implica rechazar la del segundo. Y a la inversa. La argumentación de Hayek contra el socialismo equivale a defender la causa del capitalismo. Y el debate de Plant contra el capitalismo significa abrazar la causa del socialismo.

El proceso entablado por Hayek contra el socialismo configura el momento más sutil y más brillante de su dilatada actividad intelectual. En el de Plant contra el capitalismo se encuentran las razones más convincentes hasta ahora esgrimidas por los escritores socialistas, porque se basan en una muy poco frecuente tentativa por comprender el capitalismo de mercado y por rescatar, en el plano intelectual, al liberalismo económico del autoritarismo político con el que se le confunde muy a menudo en las recientes críticas a la llamada •nueva derecha•.

Durante decenios, después de la guerra, fueron las publicaciones de los adversarios del capitalismo las que dominaron la escena universitaria y literaria británica (no la norteamericana). Samuel Brittan se puso a la cabeza de los observadores profesionales gracias a su profundo análisis de los aspectos esenciales del capitalismo. Cambiando el título que dio en 1972 a la primera edición, *Capitalism and the permissive Society*, por el de *Restatement of Economic Liberalism* en la segunda, de 1988, establecía una clara distinción entre la filosofía clásica y su aplicación actual bajo formas •políticamente posibles-.³ Debería destacarse el variable humor con que se contemplan tanto los principios inmutables de la economía política, como los cambiantes programas prácticos de los gobiernos. El movimiento de innovación lo inició, entre los políticos, por el lado conservador, sir Geoffrey Howe en los primeros años 60, seguido por lord (entonces sir) Keith Joseph, y contó con el estímulo, a mediados de los 70, de la señora Margaret Thatcher. Por el lado de los •tránsfugas• laboristas se distingue,

3 Samuel Brittan, *Capitalism and the Permissive Society*, 1972; *A Restatement of Economic Liberalism*, Macmillan, 1988.

en los primeros años 80, el doctor David Owen y, entre los impenitentes laboristas de tendencias izquierdistas, Bryan Gould, antiguo profesor de la universidad de Oxford, y Roy Hattersley a mediados de estos mismos 80. Las críticas socialistas al capitalismo no pueden ya seguir desacreditando este sistema a base de insistir-incluso aunque sea justificadamente- en los errores de los gobiernos no socialistas o conservadores.

El capitalismo ha sido denigrado y difamado. Incluso los recientes tardíos reconocimientos de sus éxitos no excluyen ciertas reticencias y las confesiones son anónimas.

En estos últimos años, los críticos han dado muestras de una mayor disposición a examinar las razones a favor del liberalismo económico, a la vista de la creciente influencia del análisis del mercado sobre el pensamiento político de todas las escuelas doctrinales, incluida la marxista, y sobre todos los partidos políticos, sin exceptuar al Partido Laborista británico. Puede darse el caso de que persistan en su defensa del socialismo y en su contraataque al capitalismo con el propósito de desplazarse, vicaria o tácitamente, desde el estudio de los principios del liberalismo económico, que ahora tratan con respeto, a la condena de su práctica por los gobiernos conservadores, porque la consideran más vulnerable. Pero el debate, que discurre ahora, y de forma creciente, entre los cuadros académicos interesados por los principios y fundamentos del socialismo y el capitalismo, con la intención de descubrir la verdad, está dando mejores resultados que las disputas entre las tácticas políticas y las mentes de orientación política sobre sus respectivos logros y fracasos en el gobierno, que raras veces llegan a conclusiones duraderas en el terreno de los programas concretos.

Capitalismo: pasado, presente y futuro

Se quiere salir al paso de la crítica liberal al socialismo recurriendo a la táctica defensiva de alegar que aún no ha sido implantado en toda su pureza en ningún punto de la tierra. Y esto implica que la censura de las pre-stíntas economías socialistas, desde Suecia a China, no afectarían para nada a la causa del socialismo. Éste se mantendría incólume, por encima de las vulgares discusiones cotidianas.

Es una defensa decepcionante. El socialismo tal como ha sido responde, en lo esencial, al socialismo como debe ser. Sus fallos son consecuencia directa de sus principios y sus instituciones.

No ha ocurrido así con el capitalismo. El sistema de mercado, de derechos de propiedad privada, de poder descentralizado y de responsabilidad individual por el comportamiento humano está siendo objeto de creciente análisis con la intención

de extraer enseñanzas útiles tanto para sus adversarios como para sus seguidores, en lugar de arrojarlo a las tinieblas exteriores de la condenación eterna. Pero se perderán estas enseñanzas si sólo se le juzga por su pasado y no también por su posible futuro.

Tanto los escritos socialistas de condena del capitalismo como los liberales en su defensa son, con frecuencia, más históricos que analíticos. Al capitalismo se le valora por sus triunfos y fracasos pretéritos. Ha llegado el momento de evaluar sus potencialidades en un futuro de incomparable progreso tecnológico, de avances sociales y de revolución tanto en las aspiraciones individuales como en las expectativas de los pueblos.

El trato dado aquí a los principios generales, ilustrados con episodios e impresiones personales de 50 años guiados por el interés intelectual por los sistemas político-económicos y reforzados por la experiencia de actividades desarrolladas en el ámbito de la industria capitalista, subraya las tres virtudes cardinales del capitalismo: su inigualable vitalidad para recuperarse de las adversas condiciones tanto en la guerra como en la paz; su incomparable capacidad - reconocida por el propio Marx- para producir bienes y servicios destinados a la conservación y el bienestar de la especie humana; y su excepcional ventaja de permitir al común de los ciudadanos sustituir su sujeción a políticas autoritarias o paternalistas por la democracia popular del mercado.

Los pertinentes estudios e investigaciones han sido llevados a cabo principalmente en la London School of Economics (LSE) entre 1934 y 1941 y en el Institute of Economic Affairs (IEA) entre 1957 y 1988. Se han extraído algunas enseñanzas del interregno socialista de la experiencia en el Ejército entre 1941 y 1945 y del trabajo en el mundo de la industria entre 1946 y 1957, como director de un periódico independiente de venta al por menor en amplia escala y como asesor económico de la (mal llamada) industria cervecera. Durante los diez años que desempeñé esta tarea, los dueños de las fábricas parecían más preocupados por la propiedad y las inversiones, la comercialización de los productos y los impuestos, la competencia y los cambios sociales, los alimentos y las bebidas refrescantes que por las cervezas con contenido alcohólico.

El interludio de 1941 a 1945 en Africa del Norte y en Italia aportó experiencias sobre lo que significa vivir bajo un sistema opuesto al capitalismo, a saber, el socialismo del Ejército, una economía planificada dirigida desde arriba, necesaria por tratarse de un -bien público• (redefinido en estas páginas como

función colectiva imprescindible). En consecuencia, la economía civil del tiempo de guerra se deslizaba sobre carriles socialistas, lo que incluía el racionamiento de los alimentos esenciales, el vestido, los combustibles y otros productos básicos según las •necesidades• (uno de los más peligrosos eufemismos del vocabulario socialista, denominación errónea para referirse a decisiones políticas fundamentadas en discutibles consejos de expertos idiosincrásicos o paternalistas). Pudo defenderse aquel sistema de distribución de la vida civil durante la contienda invocando justamente el argumento de que se trataba de una economía de guerra. Pero se convirtió en un azote durante la paz. Durante unos pocos meses fui un minúsculo tomillo en el engranaje civil socialista cuando un grupo de economistas de la LSE, dirigida por el profesor (más tarde sir) Arnold Plant (sin ninguna relación con Raymond Plant) gestionaba el Wartime Social Survey con la misión de informar al Gabinete de Guerra de Churchill sobre las reacciones de la población civil al racionamiento y otras medidas socialistas.

El socialismo civil era más censurable que el militar por ser menos indispensable. El profesor liberal lord Robbins argumentaba en sus conferencias de postguerra⁴ que el socialismo militar era, por desgracia, tolerable en las excepcionales circunstancias bélicas. Pero sus defensores doctrinales de todos los partidos políticos, deseosos de mantenerlo y convertirlo en permanente, ignoraron aquellas advertencias y el elevado coste del sistema en concepto de burocracia, inextricable ineficacia, asignaciones arbitrarias a determinadas personas, chanchullos, sobornos, corrupción y estímulo al mercado subterráneo- que lo hacen indeseable para los tiempos de paz.

Son deficiencias graves. Con todo, una mirada retrospectiva permite descubrir que la consecuencia más funesta del socialismo de la guerra y la postguerra fue que, una vez instalado, se mostró incapaz de adaptarse a los cambios de las condiciones, de las oportunidades y de las preferencias del público durante los decenios de paz. Sus propugnadores políticos, sus gestores y beneficiarios crearon redes de intereses privados, se organizaron para protegerlas, intimidaron a los gobiernos mediante la •búsqueda de rentas• (expresión que no tiene nada que ver con las rentas o alquileres de la vivienda: se trata de un término utilizado por los nuevos economistas de la política para designar los privilegios que se obtienen a través del proceso político, pero sin utilidad para los contribuyentes) y alejó a la economía de su función de ponerse al servicio de los consumidores que pagan por lo que reciben, ya sea a través de los impuestos o abonando el precio.

4 Lionel Robbins, *The Economic Problem in Peace and War*, Macmillan, 1947.

Guerra y paz

El argumento decisivo en contra del socialismo en tiempos de paz, todavía vigente, al cabo de más de 40 años, en la década de los 90, es que se fundamenta en la errónea doctrina, bosquejada fundamentalmente por la escuela socialista de sociología y aceptada por la mayoría de los políticos, de que el sistema de producción y distribución de la guerra había funcionado con tal eficacia que merecía la pena aplicarlo también durante la paz. Esta fue la fuente principal de la falacia que dio origen al socialismo de posguerra bajo la forma de nacionalizaciones o Estado de bienestar. Durante la contienda y después de ella, cuando me incorporé al IEA y tuve tiempo y oportunidad de analizar las actividades del Estado en la gestión de las finanzas, la industria y el bienestar, era ya evidente que el error decisivo de la mentalidad del tiempo de guerra -tal como se desprende el Informe Beveridge sobre los servicios sociales- y de los programas de posguerra fue sacar falsas conclusiones de las experiencias bélicas.

Los años de la contienda me enseñaron la lección de que el socialismo de la guerra no podría estar a la altura del ethos y de las oportunidades de la paz. Los políticos de todos los partidos, no sólo en Gran Bretaña, sacaron, en cambio, la conclusión opuesta. A pesar de la olvidada advertencia de Beveridge, hombre esencialmente liberal aunque influido por los fabianos de preguerra y por las mentalidades sociológicas de la posguerra, activadas por las perspectivas de apoyo electoral y estimuladas por burócratas que veían, sagazmente, un aumento de la demanda de sus servicios, aquella clase política deducía y proclamaba que los métodos de la guerra eran también adecuados para la paz. Su socialismo de Estado, reclamado o adoptado por todos los partidos políticos y descrito -Con pinceladas oportunistas-- como •nacionalización• o •propiedad pública• (dos de los eufemismos del vocabulario político con mayor capacidad de confusión, con su implicación de servicio público más que de intereses privados) se prolongó hasta los últimos años 80, mucho después de haber quedado patentemente demostradas sus insuficiencias y de haberse visto desbordado por las innovaciones científicas y los avances sociales, y también mucho tiempo después de haber sido rechazado por el pueblo, que lo abandonaba en cuanto tenía ocasión de hacerlo. Las encuestas de opinión que descubren preferencias por los servicios estatales a costa incluso de más elevados impuestos se basan en el error económico -que los estudiantes aprenden a evitar ya en el primer año de carrera-de suponer que pue-

-den fijarse las preferencias sin conocer los precios y en la ilusión óptica de que serán otros contribuyentes quienes paguen impuestos más altos: -compasión• política presentada con tal colorido que parece barata y estimula elecciones irresponsables (capítulo XIII).

Al mantenerse la mentalidad del tiempo de guerra en los programas de postguerra se acentuó aún más, en los años 50, mi creciente convicción de que la descentralización del capitalismo privado le habría salvado de la crisis económica de la guerra más pronta y suavemente, con menores fricciones y discordias, que el socialismo centralizado que posponía las adaptaciones necesarias para el tiempo de paz y hacía más destructivos y convulsivos los futuros ajustes. Ahora, en los años 90, habríamos desarrollado los combustibles, los transportes y otras industrias, así como la educación, las prestaciones médicas, las viviendas, las pensiones y otros servicios de bienestar de una manera más propia del siglo XXI que las rígidas industrias nacionalizadas y los servicios que todavía siguen en pie, al cabo de 40 años, a pesar del cambio de dirección introducido en la política gubernamental desde el año 1979.

El progreso económico, bloqueado por el proceso político

Un tenaz obstáculo al ulterior progreso del capitalismo, poco comprendido en el actual debate, es el proceso político, que traslada sólo de manera indirecta y, además, muy imperfecta las opiniones y las preferencias de los ciudadanos hasta las mentes y los programas de los gobiernos.

El ajuste de la economía en su conjunto y de cada una de las industria y empresas concretas a las cambiantes circunstancias de la oferta y la demanda, tanto a nivel nacional como internacional -incluido, de manera especial, el europeo-, se ve entorpecido por doquier en virtud de las conveniencias a corto plazo de todos los partidos, inevitables en un régimen de elecciones frecuentes, de contactos arbitrarios entre los electores y sus representantes, de influencia de burócratas expertos sobre inexpertos ministros y de cortas legislaturas interrumpidas por periódicas elecciones parciales que más se hacen eco y proyectan los acontecimientos fugaces y los pasajeros estados de ánimo que las tendencias económicas a largo plazo y las filosofías subyacentes sobre la esencia, del bien público. Estas deficiencias son, además, reflejadas y exacerbadas por encuestas de opinión especialmente irresponsables cuando investigan las preferencias sin aportar el dato de los costes de las alternativas sobre las que se recaba la respuesta de los ciudadanos.

Sin entrar ahora en el tema del espíritu de servicio público de los políticos! de sus sentimientos patrióticos y su clarividencia! es un hecho cierto que pueden justificar con buenos argumentos o dar plausibles razones sobre la necesidad de tomar medidas a corto plazo para mantenerse en el cargo y completar su obra! excluyendo a la dañina oposición. La oposición, no menos animada por el mencionado espíritu de servicio ni con menores sentimientos patrios ni menor clarividencia, contradice por principio al gobierno. Así, por ejemplo, casi todo anuncio de reducción de plantillas es automáticamente calificado de inhumano y cruel. La protección del empleo se ha convertido en el santo grial político y en tema esencial de las elecciones parciales. Todos los partidos políticos deben mostrar una especial sensibilidad por el medio ambiente. Es preciso aplacar a los participantes en manifestaciones. Es ineludible acudir en ayuda de los campesinos que según los (verdaderos o erróneos) informes ministeriales resultan perjudicados. Hay que anticiparse a las próximas elecciones con el anuncio de cifras mínimas en los niveles de inflación. Si es éste el funcionamiento real de las democracias representativas, deben revisarse urgentemente sus mecanismos para que representen más los intereses a largo plazo del pueblo que los a corto de los grupos de presión: se les ha permitido a los buscadores de rentas ejercer bajo el capitalismo una permanente influencia sobre el gobierno para extraer indirectamente, de los bolsillos de los desprevenidos ciudadanos, unas monedas que no sabrían hacer pagar directamente a consumidores entendidos en la plaza del mercado.

Los rostros aceptables del capitalismo

Pueden aceptarse los defectos del capitalismo porque quedan ampliamente compensados por sus virtudes. Cuando la ex primera ministra conservadora hablaba de un •rostro inaceptable• del capitalismo, daba por supuesto que tenía otros aceptables, aunque raras veces se les identifica o se les alaba como propios de este sistema.

Los fallos-pobreza relativa, desigualdad, injusticia, desempleo, inflación y algunas cosas más que aparecieron en el pasado reaparecerán de nuevo, aunque modificados por la experiencia, incluso en las formas más ideales del capitalismo del futuro. Son producto de cambios sociales y tecnológicos impredecibles, de deficiencias humanas, de conocimiento incompleto y de imperfectas instituciones políticas. Por lo demás, también se hallan presentes, y bajo manifestaciones aún más rechazables, en el socialismo. Se les puede corregir con más facilidad, aunque

siempre sólo parcialmente, en el sistema capitalista. Son el precio a pagar por la productividad y las constantes oportunidades que proporcionan sustento a los pueblos y por la libertad y la dignidad humana que dan valor a la vida. Los hombres y mujeres que afirman que el socialismo es capaz de eliminar los defectos del capitalismo desearían al género humano a través de creencias no cumplidas.

La discusión debe incluir, por consiguiente, tanto al socialismo como al capitalismo. La causa contra el capitalismo tal como le conocemos ha discurrido a menudo bajo la forma de firmes y altisonantes proclamas a favor del socialismo. La causa a favor del capitalismo no pretende afirmar que sea perfecto y sin tacha, sino que sus deficiencias se pueden corregir mejor que en los sistemas alternativos, que en la práctica son todas las variantes del socialismo. Los argumentos contra el capitalismo son legión. Algunos de ellos son válidos. Los defensores del capitalismo perjudicarían su causa si pretendieran negarlos. Defender lo indefendible en el capitalismo no es el mejor camino para reivindicar su superioridad sobre el socialismo.

No se ha descubierto aún el medio de liberar al capitalismo completa, continua y permanentemente de las fases de expansión y contracción desestabilizadoras, de las inflaciones y las deflaciones, del desempleo y del sobreempleo, de la desigualdad o la pobreza, de los monopolios o las prácticas restrictivas, de los beneficios fiscales indebidos o de los costes (externos) sobre terceras partes inocentes que causan daño social. Algunas deficiencias (por ejemplo, las fases de fluctuación) son inevitables; otras (los monopolios) son en su mayoría transitorias y, en todo caso, lo son más que bajo el socialismo; otras, en fin (las desigualdades), son necesarias porque proporcionan incentivos para trabajar, y justas, porque rentas iguales para gente en circunstancias (•necesidades•) desiguales equivalen a desigualdad e injusticia.

Podrían reducirse con el correr del tiempo las deficiencias eliminando las barreras políticas que impiden ajustes graduales del mercado. Para rechazar estos fallos o para descubrir su dimensión exacta debe invalidarse el argumento de que son los socialistas quienes más fácil y elocuentemente los denuncian, aduciendo como testimonio la experiencia contemporánea, tanto de la prensa escrita como de la •facción• hablada del teatro. Los Cathy Come Homes del teatro actual invitan más a una reflexión sobre los autores que interpretan erróneamente las causas de la carencia de hogar y otras deficiencias sociales que sobre el capitalismo distorsionado por restricciones en las rentas prolongadas durante medio siglo por los políticos o por otros fallos del gobierno. Del autor de Cathy Come Home, Jeremy Seabrook, encarnizado crítico del capitalismo, informa The Sunday Times Magazine que está trabajando en un documental para la BBC-TV titulado Cathy's Not Come Home, que insiste en los fallos del sistema capitalista.

El proceder más eficaz para los defensores del capitalismo es reconocer sus fallos y explicarlos como resultado de las características de la condición humana en todos los tiempos y lugares. El capitalismo es relativamente superior no sólo porque el socialismo tiene los mismos o parecidos defectos -desempleo, inflación, desigualdad, pobreza, extermalidades-, sino porque, además, los agrava al ocultar o disfrazar sus síntomas y suprimir sus pruebas. En consecuencia, resulta más difícil mitigarlos o reducirlos al mínimo. La tardía glasnost del socialismo autocrático de la URSS comenzó por introducir transparencia en la discusión pública al cabo de casi 70 años, mientras que en Europa Occidental se disimulaban los fracasos del socialismo democrático mediante subvenciones gubernamentales a los ineficientes o a los poderosos grupos de presión, estadísticas •manipuladas• y, no en último término, en virtud de la economía subterránea a que induce a los ciudadanos.

Estas son las razones que explican por qué es pertinente y necesario analizar el socialismo en un libro sobre el capitalismo.

Socialismo en el capitalismo.

Capitalismo en el socialismo

Al fijar la atención en las características dominantes más que en los detalles de la argumentación constantemente actualizada en pro y en contra del capitalismo, en los aspectos esenciales más que en las aportaciones estadísticas (en este libro no hay gráficos y son muy pocas las cifras), se corre el riesgo de incurrir en excesivas simplificaciones. Cuando se habla del capitalismo (y del socialismo) no deben ignorarse sus diversas manifestaciones. En todos los países del mundo hay elementos de ambos sistemas. Las naciones capitalistas de Occidente tienen componentes de socialismo, en algún sentido necesarios cuando el mercado no puede producir bienes públicos; y las naciones socialistas del Este europeo han incorporado elementos capitalistas, imposibles de erradicar porque ni el más represivo de los gobiernos es capaz de suprimir los mercados sumergidos. De algunos países, tal vez Suecia y Austria, podría decirse que son capitalistas y socialistas a partes iguales, de modo que no ofrecen pruebas claras ni a favor ni en conlra de uno u otro sistema.

La diferencia básica entre los países esencialmente capitalistas y los esencialmente socialistas es que los primeros recurren conscientemente al socialismo sólo cuando es indispensable o, más raras veces, útil y práctico, mientras que los segundos intentan, pero no consiguen, suprimir el capitalismo. Entiendo por capitalismo el sistema que utiliza el proceso político (creador del

socialismo) sólo cuando es indispensable y el mercado en el mayor grado posible. Y, a la inversa, el socialismo recurre al proceso político siempre que puede hacerlo sin temor a provocar revueltas populares y emplea el mercado sólo cuando es indispensable para mantener una productividad tolerable y para reducir al mínimo las estrecheces políticamente peligrosas.

De donde se sigue que los cuadros académicos, los políticos, escritores o cualesquiera otros de cualquier partido que recurren al proceso político más allá de lo necesario son socialistas en sentido filosófico. Deberá, por consiguiente, aplicarse esta etiqueta a conservadores y demócratas, socialistas o liberales, que pretenden mantener la educación o la asistencia médica como servicios estatales controlados por decisiones colectivas tomadas en virtud del proceso político, cuando lo cierto es que muy buena parte de los mismos podrían estar controlados por decisiones individuales en el mercado. Y debería aplicarse la etiqueta contraria -la de liberal (mejor que capitalista, ver más abajo)- a las personas de cualquier partido dispuestas a recurrir al mercado en la mayor medida posible y a circunscribir el proceso político a las funciones que no puede desempeñar el mercado.

Si esta formulación parece severa, replicaré que surge de las ya habituales, clásicas y consagradas declaraciones de la agenda socializada del gobierno. Esta agenda contiene básicamente los llamados bienes públicos, aunque mejor sería calificarlos de -funciones colectivas indispensables• para evitar las infundadas implicaciones de que son más •públicos• que otros servicios y de que se trata de •bienes• también en un sentido moral. En síntesis, esta lista clásica abarcaría lo siguiente:

1. Siguiendo a Adam Smith, los economistas del siglo XIX confeccionaron un elenco que incluía la defensa exterior, la ley y el orden en el interior, algunos tipos de moneda, la recaudación de impuestos, alguna clase de educación, ayudas a (ciertos tipos de) la pobreza, carreteras, puentes, canales y puertos.

2. La fórmula de Keynes para los •asuntos más importantes• de la agenda se refería a •aquellas decisiones que no tomará nadie si no lo hace el Estado•. Es una delineación clara como el cristal. Keynes insiste: la función del gobierno no es •hacer un poco mejor o un poco peor■, las cosas que ya realizan de hecho los individuos particulares, sino sólo aquellas •que no hace nadie, (la cursiva es mía).⁵ Diez años más tarde añadió a la lista las inversiones sociales.⁶ Sus seguidores declaran que también habría incorporado, o debería incorporar, otras muchas gestiones, pero lo más probable es que hubiera rechazado una buena parte de estas concepciones.

⁵ John Maynard Keynes, *The End of Laissez Faire*, 1926; en *Essays in Persuasion*, W.W. Norton, 1963.

⁶ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, 1936.

3. Es parecida la agenda de Lionel Robbins: la defensa, leyes para crear y garantizar los derechos de propiedad y los contratos, la seguridad, la prevención y lucha contra las enfermedades infecciosas, algunos medios de comunicación (probablemente las carreteras), la adquisición, mediante expropiación forzosa, de terrenos para los ferrocarriles, los canales, los drenajes, el suministro de agua y electricidad, los teléfonos y telégrafos.⁷

Se pensaba que estas funciones del gobierno, aunque extensas, eran necesarias: serían el componente lamentable, pero indispensable, de la socialización. Es indudable que sus autores clásicos desearían ahora podar la lista a la luz de los progresos técnicos (capítulo VII). No todas aquellas cosas que enumeraban son necesariamente, en los años 90, bienes públicos, dado que varios de ellos han dejado de pertenecer a la categoría de funciones colectivas indispensables. Algunos han sido desocializados; más adelante argumento que podrían serlo muchos más. Pero, fuera cual fuere el contenido de la lista, resulta a veces sorprendente ver cómo los políticos occidentales han conseguido justificar su control sobre amplios imperios, que incluyen enormes inversiones, el gasto de la mitad de la renta nacional, el empleo de millones de personas y las condiciones de vida de muchos millones más a base de ofrecer servicios que bajo ningún concepto son bienes públicos que sólo el gobierno pueda proporcionar.

¿Quién no desearía ser político con la posibilidad de gastar tanto dine-ro del pueblo? Si estas definiciones de lo socialista y lo liberal parecen rigurosas es porque los políticos son forjadores de imperios que se aferran tenazmente a su poder incluso cuando ya no sirven al interés público, aunque tal vez pudieron hacerlo en el pasado. Un siglo de ministros y primeros ministros -conservadores, liberales y laboristas que afirmaban servir al pueblo, a todo el pueblo, y sólo al pueblo, ha sobrecargado innecesariamente una buena parte de la vida de los ciudadanos con un proceso político al servicio de políticos, burócratas e importunos.

Los países del mundo se alinean desde los más a los menos capitalistas y desde los más a los menos socialistas. Existen muchas combinaciones entre ambos extremos. Un joven politólogo socialista británico, Anthony Wright, ha escrito un claro informe sobre el socialismo⁸ para destacar su «absoluta diversidad». Tal vez alguien del cada vez más nutrido grupo de jóvenes universitarios liberales de Gran Bretaña o de Estados Unidos, o entre las proliferantes asociaciones de expertos de fuera de las universidades, se anime a escribir un estudio sobre el capitalismo para diferenciar las varias formas de economías basadas en el mercado

⁷ Lionel Robbins, *Economic Planning and International Order*, Macmillan, 1937.

⁸ Anthony Wright, *Socialisms: Theories and Practices*, Oxford University Press, 1988.

⁹ John Gray, *Liberalisms*, Routledge, 1989.

en países viejos y nuevos, grandes o pequeños, homogéneos o diferenciados. Recientemente el doctor John Gray ha publicado un volumen sobre la filosofía -no sobre la práctica- política del liberalismo.⁹

En cualquier caso, la mayoría de las economías son o predominantemente capitalistas o predominantemente socialistas en el tema de las competencias del Estado y del mercado o, en términos más generales, en lo relativo al talante y la actitud filosófica sobre la primacía de lo individual. Si quieren entenderse bien los principios de ambos sistemas, de suerte que los observadores puedan juzgarlos y el mundo elegir entre los dos, el método debe ser la simplificación, aun a riesgo de supersimplificaciones.

El resurgimiento de los intelectuales del capitalismo liberal

Los economistas, politólogos, filósofos e historiadores liberales están adoptando en los últimos años posiciones más firmes. El estímulo a alzarse en defensa del capitalismo frente a las erróneas intelecciones y descripciones, a celebrar sus éxitos y afirmar sus potencialidades, se ha intensificado como consecuencia de las persistentes críticas socialistas al sistema capitalista. Ya la simple palabra •capitalismo• fue -y aún lo sigue siendo en nuestros días pronunciada con repugnancia y rechazada con aversión. Los liberales de la LSE -Robbins, Plant, Gregory, Paish, Schwartz, Coase, Pons-onby- me enseñaron sus lecciones en el hostil clima anticapitalista de los años 30; muchos de ellos ya han desaparecido, pero aún quedan algunos, como Hayek, para ser testigos de la vindicación de sus enseñanzas.

La mayoría del creciente número de liberales de mercado asociados al IEA como autores, investigadores, consejeros, simpatizantes o amigos están llevando adelante felizmente aquellas lecciones. He aprendido mucho de ellos, especialmente cuando, en mi etapa de director editorial, insté a algunos a prestar más atención a las implicaciones de sus análisis para la política y a dejar de lado, como irrelevantes, las trivialidades sobre lo políticamente imposible. En este libro hallan eco muchos de sus pensamientos. La mayoría son de mi cosecha, pero constituye una satisfacción personal incomparable observar la impetuosa corriente de jóvenes profesores universitarios y de otros seguidores del IEA que están invadiendo el mundo de las actividades económicas con sus firmes y confiadas aseveraciones sobre la superioridad del capitalismo de mercado para la solución de tareas o no abordadas o exacerbadas por el socialismo. Algunas de sus ideas fueron reunidas en una

⁹ John Gray, *Liberalisms*, Routledge, 1989.

colección de 20 ensayos de autores jóvenes y publicadas en 1985, en *The New Right• Enlightenment*, bajo la autoridad de Hayek.¹⁰

Uno de los principales instrumentos del mecenazgo de las ideas de los jóvenes profesores universitarios liberales de Estados Unidos, el Institute of Humane Studies, está vinculado a la George Mason University de Fairfax, Virginia, centro actual de la original escuela de la •elección pública• o, como yo prefiero decir, de la economía de la política. Hasta ahora no existen en Gran Bretaña planteles parecidos de jóvenes académicos liberales, lo que invita a hacer una reflexión sobre este país que fue capaz de producir economistas de la talla de David Hume y Adam Smith, James y John Stuart Mill, A.V. Dicey y lord Acton, y ofreció un hogar a los austriacos Karl Popper y Friedrich Hayek, convertidos en ciudadanos británicos por su propia elección.

Las abiertas críticas al capitalismo han inspirado, sin quererlo, el examen de las censuras que han venido lanzando durante más de medio siglo. Reconozco que habrá autores que se sorprenderán al ver sus nombres en esta lista: desde los académicos de la LSE de los años 30, y no en último lugar Evan Durbin y los autores del Left Book Club, principalmente John Strachey, que rechazó el capitalismo a causa de sus deficiencias, hasta los mejores críticos de los años 80, que han intentado comprender sus virtudes, en un abanico que abarca desde los profesores universitarios fabianos Raymond Plant, Julian Le Grand y David Collard hasta algunos escritores del Marxism Today, los profesores Andrew Gamble y Stuart Hall y los excepcionales periodistas John Lloyd y Charlie Leadbeater, cuyos artículos en *The Financial Times* ofrecen valoraciones especialmente lúcidas sobre el capitalismo.

La aceptación socialista del capitalismo

En el último decenio, y de manera más acentuada a partir de la segunda derrota laborista en 1983, se ha producido una revolución sin precedentes en el talante de los escritores de tendencias socialistas, que han pasado de la fase de denigración del mercado a su insistente reclamación como instrumento indispensable del socialismo. Admiten ahora que el mercado no puede funcionar si se le gobierna con rienda corta, como un representante estrechamente controlado del Estado y de sus motivaciones políticas, porque necesita la atmósfera capitalista de los derechos de propiedad privada y de sus motivaciones mercantiles de ganancias por los éxitos y pérdidas por

¹⁰ A. Seldon (dir.), *The .. New Right• Enlightenment*, Economic and Literary Books, 1985

los fracasos. Se requiere que los impuestos sean suficientemente bajos para no distorsionar las señales del mercado. Debe concedérsele espacio bastante para explorar e innovar, para descubrir y cometer errores. Los políticos que desean su productividad deben apoyarle cuando se tambalea. Pero, como dice el profesor David Marquand,¹¹ el proceso político pretenderá dominarle, no liberarle. Y por eso no puede funcionar bajo el socialismo.

El debate entre los intelectuales que buscan •el interés público- no gira hoy en torno a la pregunta «¿Estado o mercado?», sino sobre la otra de •¿Cómo usar del mejor modo posible el mercado?». la controversia no se libra ya sólo entre los liberales por un lado y los socialistas por otro acerca de las instituciones políticas requeridas por el mercado, sino también, y tal vez más, en el seno mismo de las filas socialistas, por ejemplo, entre los que, como Raymond Plant, aceptan en principio el mercado y los marxistas que, como Eric Hobsbawm, le siguen rechazando.

Ha sido una rara experiencia intelectual haber trabajado con algunas de las más originales mentes británicas y extranjeras que intentaron depurar y perfeccionar tanto el funcionamiento del mercado en cuanto primer motor del capitalismo como el entorno institucional que exige si se desea conseguir sus mejores resultados. Y ha constituido asimismo una singular experiencia histórica haber sido testigos del cambio, inimaginable en los años 30 e impredecible en los 50, los 60 e incluso los 70, desde la denigración de los principios del mercado a su aceptación y su calurosa acogida por los políticos de todo el mundo, y no en último lugar por los de los países socialistas.

La prolongada antipatía frente al capitalismo ha dejado tras de sí, a pesar del resurgimiento capitalista desde mediados de los años 80, un legado de tenaz incompreensión entre los críticos socialistas, los capitalistas practicantes y sus defensores políticos acerca de la signific.ación de este sistema. La falange de la antipatía es formidable: todavía se les sigue enseñando a desprevenidos estudiantes de las universidades nacionales y extranjeras la crítica socialista-marxista al capitalismo. Esta fuente de hostilidad mana, también hoy, básicamente en el campo de académicos y escritores; la mayoría de las iglesias persisten en su creencia de que el capitalismo es inmoral; la burocracia de las administraciones públicas, tanto las locales como la central, sigue ofreciendo resistencia a las reformas orientadas al mercado, incluso cuando los ciudadanos votan a favor de partidos capitalistas; los dirigentes sindicales bloquean el funcionamiento del mercado hasta cuando sus afiliados y simpatizantes obtienen beneficios de él y se inclinan por candidatos no

¹¹ David Marquand, *The Unprincipled Society*, El Cabo 1988.

socialistas. Al común de los ciudadanos se les describen las desventajas del capitalismo y muy raras veces sus ventajas.

Esta antipatía tiene una de sus más reveladoras manifestaciones en la brillante - aunque no demasiado profunda- frase, característica del es-tilo literario de Osear Wilde, en el Abanico de lady Wendermere, de que la gente •conoce el precio (o coste) de todas las cosas y el valor de ninguna•. No hay aquí refinadas alusiones a la complicación de los efectos ex-ternos de intercambio en el que los precios concertados no reflejan las pérdidas y ganancias de terceras partes (capítulo VIII). Más bien, se insi-núa la pretensión de juzgar el valor de las cosas sin conocer los costes de oportunidad: el sacrificio de otros, a menudo de los pobres, a quienes se les niegan recursos en beneficio de personas que presumen tener la inteligencia suficiente para conocer los valores estéticos, artísticos, literarios y, en general, culturales. La presunción de conocer el valor •real• sin saber el precio es más arrogante y, en última instancia, denota más terca oposición a los valores culturales y mayor insensibilidad respecto a las terceras partes desconocidas, especialmente a las humildes y resignadas, que la contraria de conocer el precio, aunque no el valor.

El resultado es que se ha retrasado el avance del capitalismo, sobre todo en las regiones y los países donde habría aportado mayores bienes. Una mejor comprensión del capitalismo resolvería los problemas •sociales• del mundo mejor que los esfuerzos de la •caritativa• clase política o literaria que sólo piensa en la redistribución.

Los niveles de vida en el capitalismo y en el socialismo

Llegados a este punto, deberá hacerse una rara excepción en el cons-cien-te propósito de prescindir en este libro de estadísticas. En la causa contra el capitalismo se aducía en el pasado que era ineficaz: desestabilizado por los períodos de expansión y depresión, intimidado por la inflación y el desempleo, demudado por la pobreza y la desigualdad. El cargo principal que se le imputa hoy día es que, aunque es cierto que aporta prosperidad para muchos, el sistema capitalista es inhumano. El Estado querría y podría garantizar una distribución de los bienes terrenales más justa y moralmente más satisfactoria. Pocas veces se cita el corolario de que el socialismo sa-crifica la productividad y los niveles de vida cuando presiona hacia sus objetivos de igualdad. Si el sacrificio fuera de escasa entidad, se le podría aceptar como pequeño precio a pagar por una distribución más ética y más igualitaria. Pero si este sacrificio es grande, pueden resultar

perjudicados tanto los pobres como los hasta cierto punto ricos. Son pocos los socialistas de la clase media relativamente próspera que se preguntan si los pobres prefieren mayor igualdad con menores niveles de vida o bien mayores desigualdades con niveles más elevados para todos, incluidos estos mismos pobres. ¿Qué elegirían? En todo caso, difícilmente puede considerarse moral privarles del derecho a emitir su opinión. El desaparecido profesor Richard Titmuss cuestionaba implícitamente los aspectos beneficiosos de la creciente prosperidad generada por el capitalismo porque hacía aún más dura la cada vez menor pobreza al ser menos los que la compartían. Pero, como dijo Keynes, •muchos de los males de la sociedad son consecuencia de la falta de riqueza material•.

¿Qué decir, pues, de los órdenes de magnitud? ¿Cuál es el precio de la igualdad? ¿Qué diferencia existe entre los niveles de vida del capitalismo y del socialismo? ¿Cuánta ayuda podría prestárseles a los pobres si se aumentara la producción de bienes y servicios? ¿Tienen ante sí la perspectiva de ganar más con el incremento de la producción que con el de la redistribución?

Las estadísticas gubernamentales son invariablemente poco fiables. Dan los •grandes totales• de resultados procedentes de distintas fuentes, muchas de ellas aceptadas a ciegas. Me viene a la memoria la anécdota del director de los servicios médicos de Hong Kong, que decía que para responder a las más graves preguntas de la Organización Mundial de la Salud para confeccionar estadísticas médicas lanzaba un número al aire. Las cifras de los gobiernos, sobre todo en los países comunistas, son más instrumentos politizados de la propaganda que medidas científicamente neutras de la actividad económica. No puede darse por supuesto que son exactas. En el mejor de los casos miden cantidades, no calidades. Numerosas razones aconsejan tomarlas con ciertas precauciones. Añádase que nadie las comprueba, salvo el propio gobierno. En los últimos años, la fuente más importante de esta desconfianza brota de la economía sumergida o mercado negro, que probablemente alcanza valores del 10 al 30 por 100, si no más, en Occidente, con porcentajes sin duda más elevados en los países comunistas.

¿Qué sugieren las estimaciones más fiables, o menos sospechosas? Las últimas, publicadas a finales de 1988,¹² dan la lista de los países (básicamente) capitalistas y (básicamente) socialistas, aparte algunos de economías más o menos mixtas. En el Cuadro 1.1 se indican las cifras, en dólares, del Producto Interior Bruto (PIB) de varios países con economías esencialmente capitalistas. La mejor comparación es la que se establece entre países de parecido tamaño. No hace aún mucho tiempo los niveles de vida británicos eran superiores a los italianos, pero actualmente la situación se ha invertido. Italia tiene además un mercado subterráneo mucho más extenso, que

¹² The World in 1989, Economist Si,roey, 1988, pp. 81-87.

tal vez alcance hasta el 40 por 100 de los totales oficiales, lo que, comparado con el 15-20 por 100 de los británicos, hace que la diferencia real sea todavía mayor. Italia se ha puesto por delante del Reino Unido porque, a pesar del retraso de la agricultura del Mezzogiorno, el mercado capitalista del Norte ha evolucionado más rápidamente que en el Reino Unido, donde los mercados libres no han comenzado a asentarse con firmeza hasta la última década.

Una selección de los principales países socialistas daría cifras mucho más bajas. Los Estados comunistas utilizan el concepto de •Producto Material Neto• (PMN), con el que se designa el Producto Nacional Bruto (PNB) menos la depreciación y la mayoría de los servicios. Muy probablemente los valores están inflados para ocultar su notable desventaja frente a los países capitalistas. Sobre esta insegura base, las cifras son las siguientes (en dólares): Alemania Oriental 5.000; URSS 4.000; Yugoslavia 3.000; Polonia 2.000. Más dudosas son aún las cifras para el PIB de China (330 dólares) y la India (370), lo que significa en ambos casos una décima parte, o incluso menos, que los valores de los países comunistas europeos.

Es patente el contraste con los nuevos, aunque pequeños, países capitalistas -Hong Kong (10.000 dólares), Singapur (9.000), Corea del Sur (5.000)-, lo que significa niveles dos veces superiores, o incluso más, que los de las regiones de la Europa comunista.

Los países mitad socialistas mitad capitalistas, principalmente Suecia (22.000 dólares) y Austria (18.000), alcanzan cifras que son mucho más atribuibles a la parte capitalista de su sistema de propiedad privada, con mercados más o menos abiertos, que a los componentes socialistas de sus amplios Estados de bienestar, financiados a través de elevados impuestos, y al alto precio de la enervación individual y de la restricción de las libertades, aunque ninguno de estos dos valores figure en las estadísticas.

CUADRO 1.1: Producto Interior Bruto per cápita

Pais	30 000
Suiza	26 000
Japón	24 000
Noruega	22 000
Estados Unidos	21 000
Dinamarca	21 000
Alemania Occidental	21 000
Canadá	18 000
Francia	17 000
Países Bajos Bélgica	16 000
Italia	15 000
Australia	15 000
Reino Unido Irlanda	9 000
España	9 000

Las magnitudes materiales sólo permiten una visión muy a grandes rasgos del precio a pagar por abandonar el capitalismo y abrazar el socialismo. No es un precio pequeño. Incluso con estas poco seguras cifras, el nivel de vida en el capitalismo parece ser tres, cuatro o cinco veces superior al del socialismo. Son graves también las pérdidas ocultas en concepto de calidad de los bienes y servicios, pero es ya incalculable el déficit de libertad económica, política y cultural. En realidad, apenas es necesario aducir estas estadísticas para confirmar la evidencia de las amplias diferencias en los niveles de vida detectadas a través de las visitas a los países capitalistas y socialistas.

El pueblo paga muy caro en alimentación, vestido, viviendas, enseres y comodidades domésticas, en educación y servicios médicos, en transporte privado, en vacaciones y otras muchas cosas;- el socialismo. ¿Qué recibe a cambio? Si los intelectuales y los políticos socialistas afirman que merece la pena pagar por la moralidad, la equidad o la justicia más altas prometidas por el Estado, debe replicárseles que no les asiste el derecho a hablar en nombre de los demás. ¿Qué diría la población de los países socialistas? Sólo. muy recientemente se lo han preguntado los dirigentes de algunos de ellos. Y otros no se lo han preguntado nunca.

Poco después de la matanza de inocentes en la plaza de Tiananmen, en junio de 1989, una joven china de Beijing (Pekín) preguntaba a un periodista: •¿Por qué tenéis en Hong Kong muchas más cosas que nosotros aquí? ¿Por qué tenéis aire acondicionado y cuartos de baño privados?• El periodista pensó que no había respuesta para estas preguntas. Y añadía otras: •¿Por qué unos van a pie y otros en coche? ¿Por qué unos se fatigan pedaleando en desvencijadas bicicletas mientras que los cuadros del partido se pasean como déspotas en limusinas?•¹³

A los •beneficiarios• del socialismo no se les ha preguntado si prefieren la igualdad socialista con niveles de vida tres o cuatro veces más bajos que los habituales -aunque desigualmente repartidos del capitalismo. Y no se les dice, por supuesto, que en la práctica los ingresos en las sociedades politizadas están desviados en favor de quienes tienen influencia política, de la que se ve excluida la masa de la población.

¹³ Cristopher Lockwood, 'Three weeks in the heart of China', The Telegraph Weekend Magazine, julio de 1989, p. 41.

Las promesas del capitalismo

Para entender el capitalismo es necesario comprender los conceptos esenciales del pensamiento económico, que surgen en su mayor parte de la aplicación del sentido común a los elementos constitutivos de la naturaleza humana (tal como es, no tal como los marxistas esperan que llegue a ser). Aunque se trata de ideas en su gran mayoría muy simples, no parecen ser obvias ni siquiera para mentes privilegiadas, incluidas las de algunos politólogos y sociólogos. Pueden resultar particularmente esquivas las funciones y las propiedades de los precios. Raras veces en sí mismo evidente el papel racionalizador de los precios. Resulta a menudo difícil captar la idea de que la oferta y la demanda no son magnitudes fijas, sino "elásticas", que pueden cambiar -y de hecho cambian en la economía real -en respuesta a los movimientos de los precios (de los bienes y servicios, del trabajo y de las técnicas, de la vivienda y las tierras, de los ahorros y el dinero). Con frecuencia los socialistas no aciertan a comprender las razones que militan a favor del capitalismo porque no entienden bien la noción del precio (capítulo VI).

Tal vez sea ésta la razón del escaso interés por los precios, considerados como problema irrelevante, si no ya moralmente ofensivo. El precio del mercado puede ser a veces un indicador imperfecto del valor, pero la fijación política arbitraria de los precios en el socialismo es peor, porque carece de sentido. La utilización del sistema de precios de los mercados libres explica el éxito relativo del capitalismo y el fracaso del socialismo.

En los últimos años los economistas han desarrollado, además, nuevas teorías para explicar el mundo real que consolidan básicamente el alegato a favor del capitalismo. Algunos de estos nuevos conceptos, por ejemplo, la elección pública en el proceso político (o economía de la política), están siendo admitidos por los críticos socialistas, que han moderado, en consecuencia, el rigor de sus censuras al capitalismo. Otros, como los de la economía del proceso de mercado, los derechos de propiedad, los bienes públicos, las externalidades, la regulación y la historia capitalista, parecen ser, por ahora, en gran parte desconocidos (capítulos VII y VIII).

La causa a favor del capitalismo no sólo ha podido contar con el testimonio de los fallos, cada vez más patentes, de la experiencia socialista en todos los países del mundo. Ha recibido también un enorme refuerzo gracias a la profundización en el pensamiento económico abstracto, al que ahora sólo le hace falta calar en el público, en los críticos socialistas, los políticos, los literatos, los obispos y los propios capitalistas.

Están perdiendo fuerza los argumentos de los críticos contra el capitalismo. Se abre paso, lenta y penosamente, entre los socialistas, la aceptación de su derrota intelectual, lo que resulta muy comprensible cuando para ello se requiere renunciar a errores antes asimilados y a doctrinas abrazadas durante toda la vida. Y apenas es más rápida esta aceptación entre numerosos académicos, políticos, literatos y otros críticos del campo socialista, poco dispuestos a que se crea que caminan tras los pasos de sus jefes. Pero en este pleito, las razones a favor del capitalismo son mucho más fuertes de lo que aparece en la superficie del debate actual. Frente a la visión del socialismo ofrecida por los socialistas, los liberales pueden oponer no la alternativa del capitalismo imperfecto tal

como le conocemos, sino tal como podría ser. No es ésta la posibilidad que describen los escritos socialistas. Se la pasa también por alto en los manuales de los autores de mentalidad izquierdista y está asimismo ausente en el material preparado con destino a la prensa y la radiotelevisión, así como en los textos hablados de las obras de teatro, en especial cuando se utiliza la ficción como forma de proselitismo con mayor capacidad de persuasión que los hechos mismos del mundo real.

Contemplo el capitalismo como un sistema ampliamente difamado al que los intelectuales han impedido elevar más rápidamente a los pobres por encima de su pobreza. Nos hemos pasado años enteros atormentados por los defectos del capitalismo. Se prolongará todavía durante mucho tiempo la disección de las imperfecciones capitalistas a manos de los sociólogos, entre otras razones -y no la menor- como recurso para minimizar su importancia. La supresión total puede ser técnicamente posible, aunque muy cara. Puede evitarse por entero el desempleo, como afirmaba el socialismo, pero sólo a base de suprimir los intercambios, de retroceder en la producción industrial y de estancar el nivel de vida. Entre todos los sistemas, es el capitalismo el que ofrece las mejores expectativas en un mundo imperfecto, porque puede desplegar todas sus potencialidades con más fidelidad que las posibilidades de que dispone el socialismo para cumplir sus promesas.

No está en juego sólo la supervivencia, o sólo la libertad. La apuesta incluye ambas cosas. Circumspice, si monumentum requiris. Casi me atrevería a sugerir a los lectores que, si quieren pruebas, no lean libros (ni siquiera éste) sesgados o ya predispuestos en uno u otro sentido, ni informes de observadores parciales de la prensa y la radiotelevisión: basta con que miren a su alrededor.

Capítulo II

EL ADOCTRINAMIENTO CONTRA EL CAPITALISMO

Medido en términos de los valores sustentados por la mayoría de la población en todo el mundo, a la luz de los datos empíricos habría que decir que parece más probable la opción a favor del capitalismo ...

Los frecuentes debates sobre •sistemas mixtos• o •terceras vías• de ordinario no hacen ino enturbiar las opciones empíricamente aprovechables ... todos los sistemas existentes son •mixtos• ... el problema radica en cuál es el que está básicamente organizado según directrices capitalistas o socialistas .
... ésta es, cabalmente, la opción crucial ...

PETER L. BERGER

La revoluctón capitalista

Berger no ha logrado convencerme de que sea mejor la presencia activa del capitalismo depravado que la visión del socialismo democrático...

Robert Lekachman

(en la cubierta del libro the Captaltst Revolutton)

El irresistible aluvión de argumentos contra el capitalismo difícilmente podría dejar de inducir a error a muchas personas de todas las clases sociales. Se ha registrado aquí una experiencia cultural formativa. Las clases intelectuales han influido, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, en las perspectivas de la mayoría del pueblo, aunque los intereses de muchos de ellos les impidieron transformar las ideas en votos. Estas actitudes de segunda mano han sido más eficaces que las razonadas reflexiones sobre los aspectos positivos y negativos del capitalismo o sobre su muy alabada alternativa socialista. No es fácil desprenderse de las actitudes adquiridas en la juventud o en la infancia, fueran cuales fueren las experiencias posteriores. Describo a continuación el caso que mejor conozco, aunque existen pocas dudas de que no es único ni excepcional, sino que probablemente hay millones de ejemplos parecidos de niños o jóvenes en Gran Bretaña.

Primeras impresiones y opinión de por vida

Muchas de las personas de mi generación se han visto sometidas, durante su juventud, a las mismas distorsionadas noticias y opiniones sobre el capitalismo y el socialismo. En mi infancia y primera adolescencia oí hablar muchas veces sobre los males del capitalismo y ninguna sobre sus conquistas. Se me animaba con las promesas del socialismo, y nunca se me prevenía contra sus males.

Desde entonces, he reflexionado con frecuencia sobre los dos sistemas; dicho en términos económicos, sobre los •costes de oportunidad• -los sacrificios y las pérdidas de cada uno de ellos. Estos costes son realmente bajos en el capitalismo, mientras que el socialismo los desplaza a otros puntos. Son muy pocos los suizos que desean vivir en la URSS. En cambio, los ciudadanos de Alemania Oriental tuvieron que pagar un alto precio durante los 40 años en que sacrificaron el capitalismo en el altar del socialismo y fueron muchos los que anhelaron trasladarse a la otra Alemania. Algunos dejaron la vida en el intento de huir del •paraíso•. A finales de 1989 se le permitió a un gran número de ellos escapar porque la rebelión contra el socialismo era ya tan poderosa que no se la podía sofocar y la guerra civil hervía bajo la superficie.

A lo largo de mi existencia han sido numerosos los pueblos de diversas culturas que han demostrado conocer bien cuál es el sistema que mejor les sirve. Cuando han gozado de libertad de movimientos, se han desplazado siempre del socialismo al capitalismo. El capitalismo es el sistema a que han aspirado los pueblos en Occidente, el Lejano Oriente y recién-temente en Europa Oriental, cuando han podido seguir sus impulsos, sus observaciones sobre otros pueblos y su comprensión del mundo que les rodea. El capitalismo no ha necesitado un muro de Berlín para impedir el éxodo hacia el socialismo. Ésta es la prueba definitiva de que cuenta con el respaldo de la población mundial.

Los liberales que abogan por el capitalismo están dispuestos a aceptar el veredicto de los ciudadanos. Los socialistas no. Los liberales prevén un mercado mundial de ideas y de hechos que capacite a los pueblos a elegir entre varios sistemas económicos. Los socialistas no aceptarían el dictamen de este mercado. (Empleo el término •liberal• en su sentido clásico europeo, y no en el distorsionado por el iliberal Partido Liberal Británico o en el que se le da en Norteamérica, donde en realidad es un eufemismo por «socialista»).

No es muy de extrañar que el socialismo sea invariablemente el sistema a que se ha visto desviado el pueblo bien por las necesidades de la guerra o la prolongación de su inercia en épocas de paz, ya sea convencido por los demagogos o seducido por promesas de prosperidad económica, de seguridad social y de libertad política, o coaccionado, en fin, por déspotas, benevolentes o autocráticos. Las excepciones -reales o aparentes, por ejemplo, en países socialistas democráticos como Austria y Suecia, o las economías capitalistas impuestas, como Taiwan y Singapur, no pasan de ser casos aislados (ver más adelante).

Setenta años decisivos

En la memoria de nuestros contemporáneos, el capitalismo actual ha sido contrapuesto siempre, y con resultados desfavorables, tanto en la guerra como en la paz, tanto en épocas de miseria como de prosperidad, con una visión del socialismo como sistema libre, igual y justo. Pero ha llegado ya la hora de enfrentar al socialismo con y juzgarle desde sus aspectos negativos, es decir, tal como ha sido practicado en Europa y Asia, y de contrastarlo con lo mejor del capitalismo, es decir, con el sistema capitalista tal como podría haber sido en todos los rincones del mundo. Es ya hora de comparar al socialismo -depravado• con la «visión» del capitalismo.

Soy un año más viejo que el socialismo científico. Mi vida se inició un día de 1916, en el East End de Londres. Un año más tarde, en 1917, comenzaba su andadura, en Rusia, el experimento socialista más radical de la historia. Parece ahora cosa segura que existe una divergencia entre los tramos temporales individuales y los políticos.

El espacio de la vida humana se ha prolongado en Occidente, bajo crecientes niveles de bienestar, más allá de los 70 años bíblicos, hasta alcanzar los 80 y los 90. Ha habido una justicia poética en el hecho de que un buen número de los maestros del capitalismo liberal de mercado, con algunos de los cuales he mantenido amistosas relaciones -Ludwig von Mises, Lionel Robbins, Arnold Plant, Friedrich Hayek, John Jewkes, W.H. Hutt, Frank Paish, Fritz Machlup, Gotúried Haberler, Graham Hutton-, hayan podido llegar hasta la décima década de su vida. Su dilatada existencia es una palmaria demostración de la lección de Hayek -reafirmada en su última obra, *La fatal arrogancia*,¹ de que ha sido el capitalismo el que ha sustentado la vida de los pueblos y el que ha posibilitado la existencia de nuevas generaciones que no habrían podido sobrevivir bajo sistemas económicos primitivos, estancados y jerárquicos.

En irónico contraste, la vida política del socialismo, que se inició en 1917 en la URSS, ha llegado a su fin, en los años 90, apenas cumplidos los 70 años; y es probable que no alcance esta vigencia en otros países de Asia y África. Tal vez permanezca el nombre, pero su contenido, sus métodos económicos y sus tendencias políticas quedarán descartados, porque no puede aguantar el ritmo de cambio y de progreso del capitalismo. Y allí donde se prolongue, se verá cada vez más rezagado frente a este último en lo referente a los niveles de vida, las conquistas tecnológicas y la libertad cultural. Ésta es la consecuencia de la contradicción interna del socialismo (ver más abajo).

La incapacidad del socialismo de proporcionar mejores niveles de vida que el capitalismo es ahora evidente para todos, menos para los que en las cerradas filas de las ideologías socialistas se empeñan en ser ciegos. Siguen vaticinando el colapso del capitalismo, sepultado bajo el peso de sus •contradicciones internas•. Se niegan

a ver, en cambio, la fatal contradicción del socialismo, ampliamente confirmada por la historia, a saber, la incompatibilidad entre la descentralización de la propiedad exigida por la productividad económica y la centralización del poder reclamada por el control político. Los socialistas del Oeste, incluso los bien intencionados, desinteresados y de elevadas miras, pueden negarse a reconocer esta contradicción, pero resulta harto más difícil ocultarla o disfrazarla ante los ciudadanos de los países socialistas, y más especialmente en sus dos arquetipos, la URSS y China, así como los de las colonias conquistadas o los de los países satélites del Este de Europa y de Asia.

Sería un final feliz que los rusos pudieran llevar a cabo la transición desde el socialista •cada cual según su trabajo• al capitalismo sin las convulsiones de un •aterrizaje duro•. (Nunca han alcanzado el espejismo comunista del •a cada cual según sus necesidades•, ver capítulo III.) Una guerra civil entre los reformistas liberales por un lado y los militares y la burocracia civil conservadora por otro podría invertir irónicamente la revuelta de 1917, en la que soldados encuadrados en soviets se unieron a los soviets de campesinos que eran, a menudo, familiares, amigos o vecinos suyos. (Soviet: palabra rusa que significa comité o consejo. En su origen designaba los consejos de obreros formados en 1906 para oponerse al zar; posteriormente se convirtieron en la maquinaria de la revolución bolchevique de 1917; el nombre fue finalmente aplicado a los consejos de elección nominal que gestionaban el sistema de planificación y las repúblicas.) Pero a la postre -tal vez demasiado tarde para una evolución pacífica-, se ha abierto paso en Rusia la verdad acerca de la crisis de la contradicción largamente ocultada del socialismo. La huida del socialismo se ha convertido en una desesperada y peligrosa empresa política, que entraña el riesgo de contiendas internas y desintegración de la Unión de Repúblicas• Socialistas Soviéticas que, muy al contrario que las 13 primeras colonias norteamericanas, logró por la fuerza, en el Sur y en el Báltico, la unificación de pueblos que ahora invocarán sus aspiraciones regionales o nacionales para dar salida a su resentimiento contra la sojuzgación política impuesta por los comunistas rusos desde Moscú.

El riesgo de enfrentamientos civiles y desintegración cultural se ha hecho inevitable a causa de los progresos sin precedentes bajo el capitalismo en Occidente y en el Lejano Oriente. No ha sido una decisión espontánea interna la que ha incitado a los políticos soviéticos a restablecer las libertades emergentes antes de 1917, sino una necesidad derivada de la evidencia externa del fracaso de la economía nacional. A pesar de sus intentos por imitar a Occidente, los niveles de vida socialistas se han quedado demasiado por debajo de los del mundo capitalista para que el foso pueda ser salvado durante la existencia de la mayoría de la actual población rusa y de otros pueblos forzados a entrar en la Unión. La proclama lanzada en 1956 por Jruschef de que el comunismo alcanzaría y superaría al capitalismo a finales de siglo ha quedado reducida, al fin, a la vacía bravata que fue desde el principio. Pero cuanto más urgentemente se aleje la Unión Soviética de sus contradicciones socialistas y cuanto más necesario sea relajar la planificación centralizada para aproximar sus niveles de vida a los del capitalismo, más acerca el fin de la esencia del socialismo. Estos mismos riesgos de una liberalización insuficiente para la productividad y excesiva para la seguridad política de los planificadores surgieron en China en 1989. Los nuevos nombres acuñados por los socialistas occidentales para salvaguardar su

autoestima no pueden ocultar su carácter de subterfugio a los ojos de los ciudadanos que quieren juzgar los sistemas económicos por sus resultados en sus existencias cotidianas, y no en último término en sus alimentos, sus vestidos y sus viviendas.

Las actuales maravillas técnicas de las telecomunicaciones, que los políticos soviéticos no podrán bloquear indefinidamente, y otras muchas que se producirán antes de final de siglo, tanto en la URSS como en el mundo capitalista, revelarán a los pueblos de los países socialistas la incómoda verdad de los niveles de vida de las familias corrientes bajo el capitalismo. Fuera cual fuere su pasado, los ciudadanos del bloque comunista esperan mejores condiciones de vida que las que la mayoría de ellos han soportado hasta ahora (capítulo IV). Y si estos niveles no suben con mayor rapidez que en épocas pretéritas, se intensificará la presión para escapar. Los inmigrantes hacia el socialismo, los refugiados del capitalismo, se reducirán a un melancólico puñado de ideólogos y espías. Aumentará el número de los ciudadanos corrientes deseosos de desplazarse del socialismo al capitalismo: aquellos rusos que abandonaron su país para huir de la opresión zarista serán imitados por sus nietos, que querrán librarse de la opresión comunista. La diferencia es que los abuelos pudieron huir; la mayoría de los nietos no pueden hacerlo, por ahora, porque el imperativo de impedir la lectura de los buenos libros del Occidente capitalista acentuará la presión del poder comunista.

Comunismo y capitalismo en los años 20

Con independencia de que hubiera podido preverse, o no, ya en 1917, el destino del socialismo tal como este sistema político-económico fue implantado y practicado de hecho, y no como lo soñaba la imaginación de sus partidarios, lo cierto es que en los años 20 no oí hablar nunca de sus riesgos y peligros.

A los 8 años de edad, en las elecciones generales de 1924, en las que el Partido Laborista se hizo por vez primera con el poder, aclamé, junto a la urna de las votaciones instalada en mi escuela elemental de Dempsey Street, en Stepney, al candidato laborista, el respetado católico John Scurr, porque entendí vagamente que iba a salvar a los trabajadores del enemigo de clase, encarnado en el portavoz conservador del capitalismo, el doctor W.J. O'Donovan, médico del vecino London Hospital.

Y cuando, ya a mis 11 años, vi a mi madre adoptiva (mis padres murieron, a la edad de 30 años, a consecuencia de la gripe española de 1918) regresar calle abajo, por Oxford Street, El, cargada con un paquete de medias de hilo en cada mano, a nuestra casa del número 154, donde ha-bía instalado una especie de •tienda• en el cuarto frontero a la calle, para poder pagar los 12 chelines semanales del alquiler, tras la muerte de mi padre adoptivo, en 1927, aún no había aprendido, pero lo supe después, que la desigualdad era producto del capitalismo. Y cuando, un

año o dos más tarde, ya agotadas las 100 libras del seguro de vida aportadas por un amable secretario de la Friendly Society, me envió a informarme sobre la posibilidad de recibir alguna ayuda de emergencia del Board of Guardians (que me entregaron en el acto comestibles por valor de 8 chelines en una bolsa de fuerte papel marrón), aún no había aprendido que también la pobreza es resultado inevitable del capitalismo.

El adoctrinamiento contra el capitalismo se prolongó durante los primeros años de mi formación. En la adolescencia, a partir de los 12 años, desde que me trasladé, en 1928, a la escuela (de humanidades) de sir Henry Maine, en Commercial Road, hasta los 18, en 1934, cuando ingresé en la LSE, descubrí que a la clase obrera que me rodeaba en el East End se le había enseñado que todos los males del mundo, desde la miseria, pasando por la explotación y el imperialismo, hasta el hambre y las guerras, tenían su origen en el capitalismo. Más tarde comencé a dudar -y recha-cé como asalto irresponsable a las mentes juveniles- de la implicación torpemente insinuada de que a todos aquellos males pondría fin el socialismo. La explicación más plausible de aquel fraude era que los males del capitalismo invadían todos los rincones de nuestra vida diaria y que el socialismo era la nueva esperanza que alboreaba en la nueva Rusia, libre de los zares, de la que habían huido los padres de algunos de aquellos obreros.

En consecuencia, las masas trabajadoras se vieron descarriadas durante décadas por el más devastador de todos los non sequitur de la historia británica, la formación de un puñado de hombres y mujeres de la clase media, en su mayor parte acomodados y hasta ricos, desde políticos a intelectuales, dispuestos a apoderarse de la maquinaria y de los recursos financieros del gobierno para llevar luego a cabo, en el Estado de bienestar, las obras caritativas que los mejores de entre ellos habían venido realizando ya antes voluntariamente, y con mucha mayor eficacia, y alcanzar así, mediante la nacionalización, un nivel de prosperidad del que todos saldrían ganando -según decían- por igual.

El primer capitalismo ruso llegó a su fin, apenas 30 años después de sus pasos iniciales, hacia 1885, destruido por el engaño y la violencia. Se implantó en su lugar el socialismo, sin tener la menor idea de cómo funcionaría. Todavía en 1946 Shinwell pretendía averiguarlo y en 1990 los socialistas afirmaron haberlo, al fin, descubierto. Esto no impedía que, ya en los años 20 y 30, la URSS fuera elevada hasta los altares por universitarios y escritores, casi todos ellos de la clase media, como el sistema económico que había liberado a las clases trabajadoras de sus sufrimientos bajo el capitalismo.

Algunos de los viejos escritores socialistas, tal vez sir Stephen Spender, lord Soper y otros, pueden rememorar todavía el triunfal sentimiento de vindicación, totalmente evidente en los admiradores de la URSS en la LSE de mis tiempos de estudiante, cuando Stalin promulgó su constitución •liberal• de 1935, que ofrecía derechos •democráticos• a todo el pueblo. Sus amigos, Sidney Webb (siendo yo joven estudiante me sentí maravillado al verle, un sábado de 1936, con su barba puntiaguda y su ágil aspecto a pesar de sus 77 años, pedir un libro en el

mostrador exterior de la Haldane Room de la LSE) y Beatrice Webb, ambos infatigables investigadores de los fallos del capitalismo, no supieron descubrir en su visita de investigación a la URSS, en 1933-34, que Stalin estaba planificando la liquidación de los pequeños campesinos para dejar el camino expedito hacia la industrialización de la economía rusa.

No puedo recordar que la intelligentsia socialista de la clase media británica se haya planteado nunca la pregunta de por qué Stalin no siguió el ejemplo de Lenin cuando, entre 1921 y 1928, liberó la economía, en su Nueva Política Económica, como el camino más humano, aunque más lento, de estimular la productividad sin tener que suprimir las libertades personales y sin •liquidaciones• de amplia escala. (¿Dónde, en el capitalismo, se ha comprado el crecimiento económico al enorme precio de 6, 10, 20 o tal vez 40 millones de vidas humanas?) En lugar de ello, los intelectuales socialistas de los años 30 describían el socialismo con los vivos colores que -afirmaban- tendría en el futuro: democrático, humano, próspero. ¿No hay aquí algo así como un fichero de delincuentes de amables pero irresponsables intelectuales, tal como están retratados en *The Fellow-Travelers* de David Cauter,² con su tropel de analistas, políticos, filósofos, científicos, escritores e incluso clérigos, muchos de cuyos poco santos escritos leí, de estudiante, con incredulidad, como pesadilla de unos Moisés desorientados que descarriaron a las masas durante 40 años de travesía del desierto intelectual socialista en busca de una tierra prometida que no era otra cosa que espejismo? En nuestros días, la preocupación de muchos socialistas, que parecen no haber aprendido nada, se centra en la democracia política, pasando por alto la democracia de la economía de mercado, que ofrece a las masas perspectivas más seguras de emancipación frente a los poderes indisciplinados (capítulo V).

Los jóvenes estudiantes estaban fuertemente influidos por aquellos pensamientos desiderativos, basados en escasos razonamientos y en ninguna prueba. La credibilidad de las promesas socialistas no tenía otro fundamento que la afirmación de que la crisis capitalista de 1929-31 era el anuncio cierto de su colapso (cosa que los socialistas vienen vaticinando invariablemente, ante cualquier •crisis•, desde 1840) y de que la alternativa era, por supuesto, el socialismo. Así se explica que en los años 30, y durante más de 3 lustros, la corriente de escritos del Left Book Club consagrara sus talentos a la descripción del socialismo. Su luminaria más leída, John Strachey, más tarde tan acometido por las dudas sobre el comunismo que pudo ser ministro de alimentación con Attlee, predijo en *Hochkapitalismus* que el capitalismo llegaría a su violento final en su •fase• más elevada, la encarnada en la Alemania fascista de Hitler. En este clima de euforia, el trágico destino de los kulaks bajo Stalin, y otros pecados del socialismo, son todavía calificados en la literatura socialista como -errores• que nada tienen que ver con el socialismo humanista diseñado, según afirman, por Marx y Lenin.

Pero con el tiempo han aprendido algunas lecciones. Entre ellas, la aproximación, a título de ensayo, a la utilización del mercado, que es la esencia misma del capitalismo. Esto no es, con todo, un generoso reconocimiento por parte de la intelectualidad de los logros, las conquistas, la superioridad del capitalismo.

La reciente confesión comunista

Se han necesitado casi exactamente 70 años de fracaso del socialismo en Rusia para que lo admitan sus dirigentes, pero no en grado bastante para inducirlos a arriesgar su poder, aunque ya no su vida, renunciando a sus inauditos programas de superación del capitalismo. La primera confesión provino de Jruschef, a mediados de los 50. Stalin ha muerto (se decía). Había llegado el momento de abandonar la contradicción socialista cambiando la anterior política centralizada por una economía descentralizada. Algunos «economistas rusos - Liberman, Nemchinov, Trapeznikov y otros, estudiados por Margaret Miller en dos publicaciones del IEA³-comenzaron en los años 50, aproximadamente 40 años después de aquel 1917, a utilizar el largo tiempo olvidado lenguaje de mercados, beneficios, ineficacia y despilfarro. El sucesor inmediato de Stalin, Malenkov, pudo haber tenido mejor fortuna. Pero ambos •reformadores•, Malenkov y Jruschef, fueron destituidos, acusados de incapacidad senil, el primero poco después de acceder a la jefatura y el segundo en 1964, tras nueve años en el poder. Debe darse por supuesto que tuvo que ser formidable la resistencia ofrecida por la oposición de los intereses creados oficiales del socialismo, los planificadores, los burócratas, las fuerzas armadas, los funcionarios de todo rango, mucho más poderosos que los intereses creados no oficiales de los buscadores de rentas del capitalismo. Era todavía demasiado pronto para poner en peligro el poder político a través de la tentativa de liberar a las masas de la pobreza mediante la aceptación del mercado. No es, pues, extraño que el genio retornara pronto a su lámpara para prepararse durante otros 25 años, bajo el socialismo conservador de Kosyguin y Breznev.

Ninguno de los originarios destructores del incipiente capitalismo en Rusia, en 1917, desde Lenin a Stalin, pensó que había llegado el momento de admitir el fracaso de la solución socialista para los males del capitalismo y que, por consiguiente, había que abandonarla. Para Lenin era demasiado pronto: el socialismo apenas contaba cuatro años y aún no había tenido tiempo suficiente para demostrar lo que podría ser. Incluso así, en 1921 lo sustituyó por la Nueva Política Económica, aunque anunciando, por supuesto, que la medida tenía mero carácter temporal. Su sucesor, Stalin, entendió, a mediados de los años 20, que el socialismo era un factor indispensable de aquella maquinaria de control político centralizado con que pretendía obligar al pueblo a abandonar la agricultura en beneficio de la industria pesada.

La confesión final de que, en definitiva, el socialismo había fracasado y debía ser abandonado tuvo que esperar la llegada de un hombre más joven, nacido 20 años después del cataclismo de 1917 e inmune a los sentimientos de culpabilidad por sus secuelas de privación y muerte. La relativa juventud de Gorbachov le ha capacitado para impulsar la política mejor que Kosyguin y Breznev y que sus sucesores de corta duración Andropov y Chernenko. De todas formas, también Gorbachov ha actuado bajo la presión de los acontecimientos: impelido por la urgencia de aplacar el descontento popular ante el estancamiento y el retroceso del nivel de vida.

Esta es la razón subterránea, no abiertamente admitida, pero inequívocamente implícita, de por qué los rusos están reemprendiendo su marcha forzada hacia el capitalismo, incluso sin la certeza de un •aterrizaje suave• en el que el pueblo dispondría de más bienes de consumo, mientras que se aplacaría a la burocracia a base de la garantía de que podría conservar sus privilegios. Las resistencias -cultural de parte de la intelligentsia conservadora, económica de parte de los planificadores y burócratas, militar de parte de los servicios del Ejército-pueden ser muy tenaces. Se entiende que para apaciguar a los ideólogos marxistas, Gorbachov atribuyera la inspiración de la perestroika (reestructuración) a la Nueva Economía Política leninista basada en el mercado. Pero también será posible vencer las resistencias despertando las aspiraciones de los jóvenes, el innato impulso hacia la libertad de los literatos rusos y no rusos y el largo tiempo reprimido y largo tiempo silenciado deseo de los rusos no comunistas de reasumir el papel emergente que pudo haber desempeñado su nación, después de 1917, como uno de los países líderes de la cultura occidental. La cuestión abierta en los años 90 es si aquellas resistencias serán quebrantadas mediante persuasión o con enfrentamientos (capítulo IV).

Hay que contar con que las incertidumbres retrasen la reestructuración. Es posible que durante algún tiempo prevalezcan las resistencias. Tal vez el liberal Gorbachov se vea sustituido por un conservador que ampare los cargos y los poderes del establishment político y militar. Pero esto no aportará la solución definitiva a la contradicción socialista, porque entonces la producción rusa experimentará nuevos retrocesos. Para la URSS la salvación no está en el inmovilismo: debe avanzar hacia el capitalismo -bajo el nombre que se quiera-o caer en el estancamiento. Y en ambas opciones se enfrenta al riesgo de guerra civil.

No se podrá detener durante mucho tiempo la nueva revolución liberal-afirman George Urban y otros estudiosos de la historia rusa⁴-si se tiene en cuenta el gran apego de los rusos a sus tradiciones históricas, aunque tal vez puedan retrasarse las reformas basadas en el mercado, pero al alto precio de una prolongada paralización. La experiencia capitalista rusa de 1880 a 1917 fue de corta duración y no afectó a la vida de la mayoría de los ciudadanos. También fue breve -aunque firme- el retorno del capitalismo introducido por la NPE, y aun entonces estuvo sometido a supervisión política. Los rusos de 1990, así como los pueblos conquistados, se sentirán desconcertados cuando se vean forzados a aprender en muy pocos años los hábitos y el ethos que exige la sociedad comercial para rescatarlos de la larga noche, del callejón sin salida del socialismo. Pero tendrán que hacerlo rápidamente si desean alcanzar los niveles de vida y las libertades de Occidente.

La lenta y tardía confesión británica

En Gran Bretaña (y en otros lugares) tan sólo un puñado relativamente pequeño de los todavía numerosos abogados largo tiempo al servicio del socialismo han reconocido su fracaso. Aunque ya no se vilipendia al mercado, sino que se le considera, tardíamente, como un mecanismo que es preciso incorporar, hay quienes, dentro del campo socialista, ofrecen tenaz resistencia a las instituciones capitalistas y al ethos comercial que el mercado exige. Y queda todavía, entre los socialistas británicos, una última trinchera defensiva: si debe abrazarse, aunque sea a regañadientes, el mercado durante tan largo tiempo sospechoso, deben hacerlo -dicen los socialistas y a través de instituciones socialistas, porque no se pueden confiar al capitalismo y los mercados dirigidos por capitalistas los valores humanos y civilizados del socialismo.

En Gran Bretaña el capitalismo sigue siendo rechazado-secreta o inconscientemente por la mayoría de los propugnadores del socialismo, incluso entre los académicos y políticos que han reconocido tardíamente el mercado. Existe aún una irreductible e infatigable aversión a reconocer -de la mano de las pruebas históricas y de los razonamientos lógicos- que el capitalismo se ha impuesto al socialismo. Ahora el •mercado• -aunque entendido como una técnica sólo a salvo en manos socialistas se ha convertido cada vez más en tema de estudio de las publicaciones socialistas británicas. Sigue estando todavía verbotten (prohibido) el capitalismo como sistema político-económico capaz de hacer el bien y de beneficiar al género humano. Resulta, sin duda, difícil renunciar a creencias de toda la vida. No puede trocarse fácilmente un siglo de denigración y mofas en reconocimiento y aclamación sin poner en peligro la reputación de sentido de la historia y de integridad política. De todas formas, se está abandonando, penosa y renuientemente, el viejo pretexto de que la causa del fallo socialista fueron errores fortuitos o la desdichada usurpación del poder por tiranos. (¿Sólo con que a Lenin le hubiera sucedido Trotsky, que comprendía y habría introducido los mercados, como aconsejaba el propio Lenin en su Nueva Política Económica, y no Stalin, que vio en ella un obstáculo para sus planes ... !) Mejor aún, aquellos 70 años de devastación podían haber sido de sensatez con sólo que al demócrata Kerensky, que vino a dar una charla (en francés, traducida por su hijo) a los estudiantes de la LSE sobre la Rusia que pudo haber sido, se le hubiera permitido gobernar al estilo occidental. Al cabo de 70 años en la URSS, de 40 años en Gran Bretaña, Europa y China, de 20 o de 30 en Asia y África, ya no se puede seguir negando ni disimulando el fracaso del socialismo en todos los continentes.

El debate socialista ha entrado en una fase confusa. Durante cerca de un lustro, la preocupación de sus principales protagonistas dialécticos en Gran Bretaña, desde los socialdemócratas a los marxistas, no ha girado en torno a cómo utilizar el Estado en cuanto

indefectible agente de benevolencia, sino a cómo aceptar el mercado dentro del socialismo con el máximo de dignidad filosófica y el mínimo de contricción intelectual. La permanente tarea práctica, aún sin resolver, es cómo incorporar la institución del mercado en la sociedad socialista. No ha podido exorcizarse hasta ahora el espectro de von Mises, que afirmó ya en 1921 que es una empresa irrealizable. Ni se ha podido refutar tampoco la insistente negativa de Hayek (capítulo VI). Las últimas revisiones, retractaciones, renovaciones, confesiones y conversiones llenan páginas y más páginas de la revista mensual teórica• (es decir, explicativa) del Partido Comunista *Marxism Today*. El otrora influyente semanario *New Statesman*, leído en los años 30, cuando lo dirigía Kingsley Martin, con más avidez que los libros de texto prescritos por los profesores adjuntos de la LSE, tras haber admitido, bajo la breve dirección, a mediados de los 80, de John Lloyd, la existencia del dilema, ha vuelto a reincidir tristemente en la denuncia de la nube capitalista que produce los plateados rebordes superficiales de bienestar, propiedad privada e independencia inoportunamente aceptados por la clase obrera.

La esencia del capitalismo -bajo nombres más aceptables- y la necesidad del mercado están siendo poco a poco aceptadas por los mejores representantes del cuerpo académico socialista de las diversas estirpes, concretamente por los profesores fabianos Raymond Plant (de la universidad de Southampton) y Julian le Grand (Bristol), el socialdemócrata profesor David Marquand (Salford) y los marxistas y también profesores Andrew Gamble (Sheffield) y, en algunos de sus aspectos, Stuart Hall (Universidad Nacional a Distancia). Les siguen, con prudentes reservas, un puñado de políticos socialistas encabezados por Bryan Gould, el neozelandés que enseñó derecho en Oxford (su libro *Socialism and Freedom*⁵ fue un valeroso intento por combinar el nuevamente necesario liberalismo con la vieja estructura del socialismo). La dignidad intelectual ha quedado a salvo merced a la porfiada proclama de que no puede dejarse el capitalismo en manos de los capitalistas, ni el mercado en las de los académicos del libre mercado liberal.

Hay algo de verdad en la primera de estas afirmaciones (capítulos X y XIII), pero la segunda es a todas luces poco convincente. Los académicos liberales y sus intérpretes -no en último lugar los del IEA- que durante 30 años se han dedicado al amoroso cultivo de la idea del mercado y de su necesario y emergente entorno (capitalista) como conceptos que merecen la atención de las universidades y del mundo de los negocios conocen sus limitaciones -y las posibles soluciones- mejor que los socialistas, que sólo recientemente han comenzado a interesarse por estos temas. Lo que no impide que los críticos socialistas conversos proclamen ahora que el mercado sólo está a salvo en sus manos y que sólo ellos saben cómo utilizarlo en beneficio del pueblo.

El antiguo y persistente planteamiento socialista, recientemente revisado, consiste en denunciar fisuras entre la teoría del capitalismo y su práctica y en dar por supuesto, sin aducir pruebas ni razones, que tales deficiencias serán eliminadas por los socialistas, por caminos aún

no revelados. Es, una vez más, el histórico non sequitur, la quimera de los mares del Sur de los escritores socialistas desde Marx a mediados del siglo XIX hasta Hobsbawm a finales del xx. Estamos siendo testigos de una revolución en la autoconfiada y más que centenaria afirmación socialista de que el destino del capitalismo es el colapso. Ha sido durante mucho tiempo axioma indiscutido que sería reemplazado por el socialismo, e incontrovertido artículo de fe que el socialismo repararía los errores capitalistas y enderezar a sus entuertos.

Una fe durante mucho tiempo abrazada se resiste a desaparecer incluso cuando ya se ha descubierto su vacío. Su lento abandono por los socialistas refleja la comprensible renuencia humana a admitir su error y la tendencia a mantenerse fiel a la esencia de creencias durante largo tiempo enaltecidas en el socialismo, esto es, su preferencia por el proceso político más que por el proceso de mercado como el mejor camino hacia una sociedad humana. La capacidad de autoengaño se ve fácilmente reforzada por expectativas similares a la del Micawber de Dickens, siempre a la espera de que las cosas cambien: tal vez el socialismo acabe por encontrar de algún modo nuevos medios para combinar la centralización política con la descentralización económica; tal vez el capitalismo se colapse al fin a causa de sus muchas veces debatidas contradicciones internas; tal vez llegue a descubrirse a tiempo que el capitalismo no puede nutrir los valores de sensibilidad comunitaria, generosidad y compasión; tal vez surja una nueva síntesis entre la eficiencia capitalista en la producción y la equidad socialista en la distribución. Sólo que los ciudadanos de los países socialistas no querrán aguardar a que se cumplan las esperanzas de los intelectuales.

La renuencia a plegarse a las argumentaciones liberales y a la realidad de los hechos se ve asimismo reforzada por la presión, habitual en los escritos socialistas, a sacar el máximo partido de toda negra nube capitalista y a minimizar todo capitalista reborde plateado. Subyace aquí el poco envidiable deseo subconsciente de no asumir la responsabilidad intelectual de haber descarriado al común de los ciudadanos, a las masas, a la clase obrera, y no en último término a los pobres, los ancianos y las generaciones de estudiantes.

Los todavía influyentes, aunque ya no dominantes, abogados del socialismo de la clase media británica pocas veces dan muestras -y mucho menos expresas- de remordimientos, de humildad o de excusas por su reiterado y refinado siglo de error intelectual. Lo admiten a regañadientes, a más no poder, y a la defensiva. Conceden, por ejemplo, en las últimas series de los informes de revisión del Partido Laborista y en el *Choose Freedom* de Roy Hattersley,⁶ que el capitalismo, y su instrumento, el mercado, pueden ser útiles, y hasta incluso esenciales para la producción de algunos bienes y servicios, pero no para todos. Se debe recurrir a ellos con precaución; deben sopesarse, más en concreto, sus efectos •sociales• externos antes de dar vía libre al mercado, y sólo los socialistas saben cómo hacerlo. Deben conservarse, sobre todo, los valores del afecto, la compasión, la distribución, la fraternidad y la sensibilidad comunitaria; y únicamente los socialistas están equipados para mantenerlos.

Ninguna de estas pretensiones está basada en razones teóricas ni en pruebas prácticas. Son simples afirmaciones sin fundamento.

Reacción contra el error

Las dudas sobre el socialismo y el excitante descubrimiento del mercado llegaron hasta los jóvenes extasiados con el evangelio socialista mucho antes de lo que se había vaticinado. Un buen número de los que se habían sentido atraídos en su etapa adolescente por el socialismo parecen haber conservado su fe también cuando frisan ya los 30 y los 40 años. Más allá de estas edades resulta cada vez más penoso reconocer que se ha perseguido un espejismo, confesar que se ha cometido el pecado de enseñar falsas promesas a niños o adultos desprevenidos. No se quiere admitir que se ha incurrido en un error intelectual, ni se desean ver las pruebas de la historia o del inmediato entorno familiar. Es doloroso tener que aceptar los logros de un sistema político-económico tras décadas dedicadas a condenar sus injusticias, sus ineficiencias y su inmoralidad. Es desagradable tener que declarar que los males bajo el capitalismo -miseria, desempleo, desigualdad, pobreza -no son consecuencias necesarias del capitalismo. Más raras veces, es incluso perjudicial admitir, en virtud de la simple lógica histórica, que elimina la confusión marxista del post hoc ergo propter hoc, que la experiencia del capitalismo del pasado no es buena vara de medir sus potencialidades para el futuro.

No es tarea fácil abandonar los tempranos prejuicios cuando el ambiente es hostil. En mis años de formación, después de que mi madre adoptiva contrajera nuevo matrimonio en 1931 (con un sastre cuyos antecesores en el oficio habían sido uno de los temas estudiados en los años 1890 por Beatrice Webb) para conseguir un hogar seguro, y nos habíamos mudado a las afueras, en Stroud Green, habitado mayoritariamente por una relativa clase media, mis permanentes vínculos con mis anteriores amigos de tendencias izquierdistas de la Raine's School contribuyeron a mantener vivos los sentimientos antifascistas adquiridos a través de nuestros profesores fabianos de economía. De aquí procedían las respuestas habituales de una juventud ardiente en aquellos días cargados de tensión política, donde no faltaba una camiseta antifascista como expresión del desacuerdo con la marcha de sir Oswald Mosley a través del Est Eand en 1936. Pero mi suerte fue empezar a tener dudas sobre el socialismo ya antes, en los dos años que corren de 1932 a 1934, en el sexto curso, de la mano del profesor de historia E.J. Hayward, un liberal de la vieja escuela, cuyas enseñanzas sobre el sistema gremial y su sustitución por el capitalismo industrial, con los consiguientes beneficios para los niveles de vida y las libertades, me fascinaron más que la influencia fabiana del persuasivo profesor de economía, J.M. Bence.

Como era de prever, la crítica actual al capitalismo llevada a cabo por E.J. Hobsbawm y los todavía numerosos académicos marxistas a quienes se concede generoso espacio en el así llamado New Palgrave Dictionary of Economic's se ha centrado en los males del capitalismo primitivo y ha minimizado o ignorado sus intelectualmente molestos éxitos. No falla nunca el deprimente instinto de la crítica socialista a resaltar las imperfecciones del capitalismo con la intención de regatear sus méritos. Han sido más bien escasos los documentales de la televisión sobre los progresos de los años de la postguerra que hayan reconocido que su génesis no ha sido tanto el Estado de bienestar cuanto más bien el capitalismo.

Mis dudas acerca del socialismo fueron enérgicamente confirmadas en la LSE, fundada en 1911 por los Webbs para continuar la obra fabiana, cuando frecuenté sus aulas en 1934, con una beca estatal de 78 libras anuales. Sin ella, como me había indicado mi padrastro, habría tenido que buscarme un trabajo, entonces más fácil, pues ya remitía la depresión de 1929-31 (otra de las •crisis del capitalismo•, según afirmaban los libros del Left Book Club). Cuando él murió, en 1936, la beca había ascendido a 100 libras. Tal vez debería yo mostrarme más agradecido al Estado por al menos este bien llevado a cabo en su larga historia de coacciones y de injusticias.

Las incipientes dudas, surgidas en el colegio y profundizadas en la LSE, fueron posteriormente confirmadas por los programas corporativista-socialistas implantados en los primeros años 30 por los gobiernos nacionales formados o controlados por los conservadores en los sectores de la venta de productos agrícolas, licencias de transporte y proteccionismo en el comercio internacional. El impulso característico de los estudiantes a trabajar por una causa, especialmente en una institución universitaria donde la política era el tema básico de las lecciones, seminarios, encuentros, estudios, ensayos, debates y mesas redondas, se convertía en vehículo apto para la formación de agrupaciones políticas. Como los conservadores eran demasiado socialistas, me uní a la Sociedad Liberal de la LSE, cuya docena de miembros contrastaba con los cientos de intelectuales marxistas y de insinuosos conservadores. Michael Young (más tarde lord) y Huw Wheldon (más tarde sir) se contaban entre los activistas de otros partidos.

Mis actividades liberales se centraban en contenidos básicamente teóricos fuertemente influenciados por la filosofía de mercado, opuesta a las enseñanzas tanto del Partido Conservador como del Laborista. Mis primeros trabajos, en 1938, un año después de haber obtenido la graduación, para una comisión sobre la distribución de la propiedad, a la que me referiré más adelante, fue seguido, en 1940, por un informe sobre el •Estado corporativo•, en el que se describían los riesgos que a mi entender se presentarían en la postguerra como consecuencia de la economía de guerra. Poco después de regresar de Italia reanudé mis compromisos liberales con un encuentro, en la Cámara Baja, en 1946, sobre la política económica de la postguerra, presidido por el líder del Partido, Clement Davies. Asistió también R.F. Harrod, profesor de economía de Oxford, uno de los primeros biógrafos de Keynes y

más adelante candidato liberal al Parlamento. En 1947 presidí una pequeña comisión sobre la tercera edad, sobre la que volveré en el capítulo XI. El hecho de residir en Orpington me permitió colaborar con la Asociación Liberal a mediados de los años 50, cuando el aumento del número de concejales liberales preludiaba la histórica victoria de Eric Lubbock en 1962.

En 1957, mis trabajos en el IEA, organización que evitaba ejercer influencia directa en los asuntos políticos, marcaron el fin de mis actividades liberales. Abrigaba la secreta esperanza de un renacimiento liberal bajo Jo Grimond, pero la perdí cuando fue sucedido, en 1967, por David Steel, un manager del Partido con escaso interés por los principios y, a mi parecer, poco entendido en liberalismo económico, como se desprendía de una observación suya en una entrevista del *Marxism Today* sobre mi anticuado *laissez-faire*.

A pesar de las severas enseñanzas del incomparable Hayek y de otros economistas liberales de los años 30, cuyas ideas no podían haber sido previstas por los Webb, el socialismo suscitaba mucho mayor interés intelectual que el capitalismo. Las lecturas y los escritos de los historiadores izquierdistas Eileen Power y H.L. Beales (lanzados a la fama por Penguin), tempranos socialistas de mercado, pero más específicamente los de Evan Durbin, amigo de Hugh Gaitskell, a quien pudo haber sucedido como líder del laborismo, y las ofertas de los marxistas -autointitulados socialistas demócratas- del Left Book Club, acaparaban tanta o más atención que los cursos necesarios para obtener el anhelado título que daba acceso a un puesto de trabajo y permitía ganar el salario exigido por el sustento de la familia.

La LSE, que acabó por convertirse en el centro de investigación de los fabianos y de las conclusiones socialistas, me permitió aportar dos modestas contribuciones a la causa del capitalismo. El Partido Liberal había creado en 1937 una comisión (de la que formaba parte Harcourt Johnstone, que había trabajado en el Gabinete de Guerra de Churchill) para estudiar los efectos de la distribución de la propiedad. La comisión recabó los consejos de Plant y Robbins. Ambos me indujeron, a mis 21 años, con mi título de graduado recién estrenado, a escribir acerca de las repercusiones que tendría sobre la distribución de la propiedad el cambio de un impuesto sobre los legados a un impuesto sucesorio (los honorarios fueron 5 libras, es decir, más que las 3 libras y 15 chelines que tenía asignados como ayudante de investigación de Plant). Esto llevó al presidente, Elliot Dodds, muy respetado editor del *Huddersfield Examiner* antiguo hombre de confianza de sir Herbert Samuel, líder de los samuelistas cuando se produjo la escisión del Partido Liberal en 1931, a sugerir que me encargara de la redacción del Informe de la comisión, que llevaba por título *Ownership for All*. Sus propuestas, el año 1938, en favor de la difusión de la propiedad privada más que su sustitución por la pública (socializada) izaban por última vez la bandera del liberalismo clásico del Partido Liberal. Después de la guerra sucumbió a los encantos del socialismo. Los conservadores, bajo Anthony Eden, supieron disfrazarse hábilmente con el ropaje de los liberales, ya desprovistos

de poder, al abogar por una «democracia de los propietarios».

La segunda de aquellas modestas aportaciones consistió en influir en Hermano Finer (hermano mayor del profesor S.E. Finer), otro fabiano (profesor de Administración Pública), más adelante mejor conocido por su crítica en defensa del Road to Serf dom de Hayek, que tituló, con sentido del humor, Road to Reaction.⁸ Finer había escrito un estudio sobre comercio municipal,⁹ a favor del cual necesitaba urgentemente el complemento de un razonamiento económico en un texto centrado en principio en los aspectos administrativos. Plant sugirió que le prestara mi ayuda. Como ya era demasiado tarde para modificar la aprobación en términos generales acrítica -que el libro concedía al comercio de las administraciones locales, le propuse que se anticipara a las críticas de los economistas ampliando el prefacio y reconociendo las ventajas de la competencia también en los servicios locales, idea más bien rara por aquellos tiempos. En consecuencia, insertó, como algo en sí mismo evidente, el argumento de que el comercio municipal se beneficiaría de la «pugna administrativa» de métodos y ofertas alternativas. Aquella revisión del prefacio no fue del agrado de otro profesor fabiano de la Administración Pública, William A. Robson, que la condenó rotundamente.

Las lecciones del socialismo de guerra

El interludio de la guerra proporcionó una lección práctica de cómo podría ser el socialismo en la vida real. Fue una amplia confirmación de las lecturas y del discurso liberal y una refutación de las lecturas y del discurso socialistas. En cuanto •bien público•, el Ejército, que en servicio activo es uno de los instrumentos de la defensa, debe ser gestionado de acuerdo con los principios socialistas, es decir, según modos autocráticos. Afirma tratar a sus soldados con sentimientos paternalistas, pero hay poco espacio para las sensibilidades individuales a la hora de la asignación central de sus recursos, que se basa en ideas estandarizadas sobre las capacidades y las necesidades y los distribuye según una mentalidad autoritaria. Para evitar confusiones, las normas deben interpretarse de una manera rígida y mecánica, aunque en la práctica se aplican a veces bajo la influencia de intrigas y favoritismos. El conjunto se guiaba por el objetivo central de la común preocupación por conservar la vida y derrotar a Hitler.

Eran escasas las oportunidades para desplegar sentimientos humanitarios quebrantando las reglas. La eficacia exigía obediencia ciega y conformidad; las transgresiones se castigaban sumariamente, tal como establecen las Reales Ordenanzas. Recurrir a sentimientos humanitarios en circunstancias personales amenazaba con provocar el caos. A un cabo del servicio de abastecimiento de África del Norte le autorizaban las normas a negarse a dar verduras extra a un soldado cuyo estómago no soportaba la comida habitual. Con todo, un

humanitario sargento permitió que se hiciera una excepción. Cuando, una vez finalizados los combates de Italia, el sargento encargado del personal hizo venir de la metrópoli camillas para evacuar a los heridos, ampliando así de paso el angosto espacio disponible para dormir sobre suelos de mármol, se estaba permitiendo quebrantar las normas. También las quebrantaba aquel general que, tras los desembarcos de Argelia en 1942, «promovió» a un brigada a las funciones de capitán, para dar mayor consistencia al Estado Mayor, con el propósito de aumentar la eficacia de sus órdenes. Pero es evidente que no pueden proseguirse los combates ni ganarse la guerra con estos actos de heterodoxa violación individual de las reglas que ignoran o contravienen la biblia del funcionamiento del Ejército.

Tales eran los imperativos estandarizados represivos, de carácter esencialmente socialista, de la guerra. De ellos pueden extraerse algunas vivas lecciones acerca de la innecesaria aplicación del socialismo en tiempos de paz. En 1943 o 1944 escribí desde Italia a Arnold Planta propósito de algunas deseables (aunque necesariamente excepcionales y, desde luego, suprimidas bajo sistemas socialistas) flexibilizaciones para casos individuales. Me contestó, desde su puesto de director de la Oficina de racionamiento durante la guerra (por el que se le concedió el título de sir), que había utilizado mi «informe» sobre la crítica del socialismo para una conferencia sobre el comportamiento económico de los servicios militares (Plant se mostraba particularmente interesado por la administración de amplia escala).

Pero no se aprendió la lección. La guerra fue utilizada, sobre todo por sociólogos y economistas de inclinaciones izquierdistas, para insistir en que debería recurrirse al socialismo también durante la paz, mediante la nacionalización de la industria, el control estatal de las finanzas públicas para impedir la inflación y el desempleo y, no en último término, la implantación del Estado de bienestar. Pero la cuestión -no convincentemente resuelta por los manuales socialistas para la época de la paz es la relativa a los métodos que deberían ponerse en práctica o serían tolerados en todas y cada una de las economías domésticas cuando no hubiera necesidades apremiantes, ni un enemigo común, ni estandarización obligatoria, ni obediente conformidad, ni aceptación implícita de la planificación centralizada, ya fuera autocrática o benevolente. Y los textos socialistas no ofrecen respuesta a estas preguntas por la sencilla razón de que ni siquiera se las plantean.

Podría defenderse este sistema, indispensable en tiempo de guerra, con el argumento de que era el más eficaz para alcanzar el objetivo, supremo y único, de derrotar al enemigo militar. Y por eso precisamente pudo mantenerse el socialismo en los tiempos de paz. Lo enseñaron los intelectuales; se indujo a los ciudadanos a pensar que era deseable. Los políticos asintieron más por oportunismo electoral que por convicciones filosóficas. Y la burocracia vio aquí una oportunidad para ampliar sus poderes. Así se explica por qué Gran Bretaña abrazó en la postguerra el socialismo: por la llegada accidental al liderazgo europeo de un cabo austrogermano megalómano, por el efecto acumulado de más de 60

años de enseñanzas fabianas, por el irónico consejo de dos influyentes académicos, Keynes y Beveridge, que se consideraban a sí mismos liberales, y por una democracia parlamentaria más empujada por grupos de presión organizados que por preferencias individuales, desconocidas porque no eran ejercitadas.

La fe secular en el socialismo

Mi matrimonio, en 1948, permitió, en la década de los 50, conversaciones familiares que contribuyeron a depurar mis ideas sobre el capitalismo y el socialismo. El padre de mi mujer había sido gravemente herido en la I Guerra Mundial, en la que perdieron la vida muchos de sus jóvenes amigos de Cambridge. Al cabo de algunos años, en los que dirigió sus miradas al cristianismo para recuperar, como devoto eclesiástico, su esperanza en la humanidad, se mudó a la fe en el comunismo, que consideraba el camino más directo hacia la fraternidad universal. Sus heridas le habían incapacitado para completar sus estudios de medicina en el London Hospital. Tras una recuperación parcial, se convirtió en un autodidacta en ornitología, en su casa de un pueblo de Kent, y se dedicó a escribir para complementar su pensión de guerra de alférez. A. & C. Black editó algunos libros suyos sobre aves y flores y The Daily Worker le publicaba un artículo semanal sobre temas relacionados con la naturaleza.

No acertaba a ver que pudiera brotar la fraternidad humana de un capitalismo que, a su entender, se basaba en el egoísmo, y era, en cambio, muy firme su esperanza, o por mejor decir su fe, de que surgiría del socialismo de la URSS. Nuestros debates eran frecuentes, apacibles e interminables. Poseía una mente singularmente lúcida, que captaba de inmediato los aspectos esenciales de un argumento. Pero eran firmes sus convicciones y su fe secular.

La invasión de Hungría en 1956 le causó una honda conmoción. Si no hubiera muerto, en 1961, abreviados los días de su vida por las heridas de la guerra, habría apoyado a Gorbachov contra la vieja guardia. Fue uno de los socialistas de quienes aprendí a templar y depurar mis argumentos a favor del capitalismo.

Las primeras experiencias con el capitalismo

Pude ver cómo funcionaba el capitalismo en la práctica durante dos épocas de mi vida, una de investigación y asesoramiento en ventas al por menor (dos años, a finales de los 40, como director de un periódico de gestión económica) y otra en las industrias cerveceras (8 años, en la década de los 50, en una oficina dirigida por lord Tedder, mariscal de la Royal Air Force, que gozó de gran celebridad durante la guerra).

La oficina de Tedder, en Dean's Yard, junto a la abadía de Westminster, era un centro de reunión para discusiones entre caballeros capitalistas, muchos de ellos descendientes de banqueros-cerveceros, que dirigían sus negocios familiares de ilustres apellidos-Guinness, Bass, Whitbread, Watney, Combe, Reid, Barclay, Charrington, Allsopp, Younger, McEwan-Younger y muchos otros -con talante de hacendados paternalistas y empresarios comerciales. Escuchaban cortésmente (y varios seguían) los extraños consejos de un economista de quien sabían que procedía de la LSE, afamado hogar izquierdista de Laski y Dalton. Años más tarde, algunos me confesaron que les resultaba sospechosa mi presencia entre ellos, sobre todo cuando se enteraron de mis conexiones con el Partido Liberal, por aquel entonces todavía asociado al metodismo, la conciencia inconformista, la abstinencia de bebidas alcohólicas y las sugerencias de Lloyd George sobre nacionalizaciones, y tenido, en todo caso, como una de las fuentes de hostilidad hacia las cervecerías.

La oferta de absorción, en 1957, de uno de los grupos más importantes, Watney, Combe, Reid, les hizo comprender a algunos de ellos que no podían alejarse demasiado del mercado. Varios se pusieron a salvo mediante la adaptación inusitadamente rápida a las cambiantes condiciones del mercado. El capitalismo se muestra tolerante en lo relativo a las preferencias de los propietarios de los recursos, pero antes de que pase mucho tiempo les recuerda que conservan la propiedad sólo si son leales a la comunidad. La lección todavía no aprendida ni siquiera por los más perspicaces socialistas es que la comunidad puede expresar sus «órdenes» o su «soberanía», sus preferencias y sus deseos para la mayoría de los bienes y servicios mejor a través del proceso de la oferta y la demanda del mercado que mediante el proceso político electoral. el Estado (capítulo V).

La oficina de Tedder, dirigida por el antiguo abogado liberal R.E. Haylor, que entró en contacto con los economistas «capitalistas» liberales en el Reform Club, sintió la necesidad de añadir a sus fuentes de consulta legales, parlamentarias y literarias las económicas. Era un cargo tentador: se trataba de comunicar a la oficina los puntos de vista de la economía. La tarea, que incluía entre otras funciones la de asesorar o «enseñar» a la industria a adaptarse a la futura competencia de las nuevas actividades recreativas y los hábitos sociales de la postguerra, fue recibida al principio con una cierta reserva, sustituida al poco tiempo por una calurosa acogida, sobre todo por parte de Tedder.

Incluso a personas de excepcional inteligencia les resulta a veces difícil seguir el razonamiento económico. Tedder dirigía las reuniones de los ejecutivos casi como el profesor de un seminario. (De hecho, se parecía mucho más a un intelectual universitario que a un jefe militar. Como vicescanciller de Cambridge, esta universidad pudo beneficiarse tanto de su talento como de su fama internacional en cuanto sustituto de Eisenhower en la invasión de Europa.) Cuando se le explicaba en privado, en su despacho, que el sistema de concesiones cerveceras, por aquel entonces sometido a la severa crítica del diputado laborista Geoffrey Bing, que intentaba poner limitaciones a las opciones de los consumidores, era el método adecuado al que habría

que recurrir para asegurar las ventas al por menor, porque, especialmente a partir de 1869, y tras un periodo de libertad de ventas en 1830, la concesión de licencias para locales públicos era a menudo muy restrictiva, respondía escépticamente que toda aquella explicación le resultaba muy complicada. Pero era una explicación correcta. Sólo un fabricante, Guinness, ha podido sobrevivir sin el sistema de concesiones, y ello gracias a un método extensivo y de elevados costes publicitarios que es, en sí mismo, consecuencia indirecta de la restricción de licencias. La industria cervecera ha recorrido un largo camino desde los días en que fabricaba licores para las clases obreras que consumían sus bebidas de pie, en bares públicos, con suelos cubiertos de serrín.

En 1989, la Comisión de fusiones y monopolios recomendaba que se limitara a 2.000 el número de concesiones de cada firma. Es un caso típico del proceso político que intenta torpemente reparar sus propios errores. Las leyes antitrust británicas están causando ahora probablemente más males que bienes al distorsionar la estructura de las industrias, distanciarlas de la forma que habrían tomado en mercados libres y deteriorar su capacidad de respuesta a las cambiantes circunstancias del mercado. En los años 50, antes de la época de las fusiones con el propósito de emplear mejor los activos infrautilizados, a los caballeros capitalistas fabricantes de cerveza, en vez de someterlos a duras hipercríticas, se les aconsejaba amablemente, en una atmósfera de amistad y simpatía. Algunos de aquellos avisos o consejos, basados en parte en visitas a los cerveceros para conocer sus puntos de vista y aprender de sus experiencias, eran remitidos a Tedder, que los utilizaba bien en charlas semestrales con los fabricantes (algunos de los cuales se mostraban sorprendidos por el conocimiento que demostraba tener del funcionamiento interno de sus industrias) o bien para remitir artículos a *The Financial Times*, *The Economist* o *The Times*, en los que se analizaban las tendencias de la industria para personas ajenas al negocio, aunque entre sus destinatarios también se incluían los dueños de las fábricas.

Algunos de aquellos artículos, especialmente los que iban firmados, hacían enarcar las cejas. De uno de ellos (firmado), en *The Financial Times*, se dijo que revelaba demasiadas cosas sobre el tema de la política de precios. Otro (sin firma), en *The Economist*, en 1950,¹⁰ argumentaba que los cerveceros deberían aflojar los vínculos entre su papel como fabricantes de cerveza y como propietarios de los locales con licencia: la suavización voluntaria del sistema de concesiones haría posible una gestión de los negocios beneficiosa para ambas partes. Un tercero (firmado), en *The Times*, en 1957, razonaba que las cambiantes condiciones del mercado tenderían a debilitar los lazos y que, en todo caso, los cerveceros deberían acoger favorablemente la liberalización de las leyes restrictivas sobre licencias, que habían forzado prácticamente a sus antepasados en el negocio a convertirse en banqueros para financiar a los arrendatarios de sus locales de venta.

El artículo de *The Economist* presagiaba la especialización entre producción y venta al por menor sobre la que algunos fabricantes están re-flexionando tras el informe de la Comisión de fusiones y monopolios de 1989. También el artículo de *The Times* se anticipaba un buen trecho a su época. Las leyes sobre liberalización de licencias no aparecieron hasta 30 años más tarde. La cirugía de hierro propuesta por la citada Comisión, de mentalidad tecnocrática, de reducir los puntos de ventas al por menor de los cerveceros a un número arbitrario, aunque parecía ser electoralmente atractiva, fue prudentemente abandonada. Hasta los desmontajes de trusts mejor intencionados pueden perjudicar el sistema competitivo que se proponen mejorar. Todas las regulaciones están politizadas: sólo que algunas son más perjudiciales que otras.

A finales de los años 50, todo cuanto un economista tenía que decir se lo comunicaba a un grupo de agradables hacendados que estaban aprendiendo las oportunidades y los riesgos del capitalismo.

La central eléctrica intelectual del capitalismo de mercado

Quiso el azar que, a mediados de 1956, recabara mi punto de vista sobre el entonces en trance de formación Institute of Economic Affairs (IEA) uno de los dirigentes del Partido Liberal, lord Grantchester, a quien había dado mi nombre Arnold Plant. Grantchester deseaba en especial que la institución fuera capaz de proporcionar un nuevo impulso al pensamiento liberal. Bastará decir aquí, para resumir en diez líneas la saga de tres décadas, que la fascinante colaboración de contrastes complementarios entre Ralph Harris, antiguo profesor de la St. Andrews University trocado en presentador y recolector de fondos, y un antiguo investigador de la LSE que asumió la labor callada de asistencia en un segundo plano, ambos con similares humildes orígenes sociales que parecían estar en contradicción con su defensa del odioso sistema capitalista, y también con similares precedentes relaciones con políticos conservadores y liberales, por temperamento a la vez «tories» y «whigs», prolongó durante más de 30 años el más gratificante trabajo que puede desearse en el curso de una vida profesional.

El IEA, la inspirada creación debida esencialmente al innovador empresario sir Antony Fisher, fue la primera de una lista de instituciones parecidas que fundó o a las que prestó su apoyo en todos los puntos del mundo. El IEA fue el buque insignia intelectual de una flota cada vez más nutrida. Algunos historiadores han comparado al IEA británico con la Anti-Com Law League y la Sociedad Fabiana por su influencia en el debate intelectual y en el pensamiento político en los más de 30 años siguientes a aquel 1957. En 1988 llegó a su punto final aquella colaboración con mi retirada del servicio activo, aunque seguí perteneciendo al IEA en calidad de Presidente Fundador con (a la sazón lord) Harris. Comenzaba una nueva era, con personal más joven. En una publicación de 1989 he llevado a cabo una valoración de la interacción entre las enseñanzas del IEA y los programas públicos.¹¹

Para lord Blake, historiador del Partido Conservador, el IEA ha sido el catalizador que ha movido al Partido desde sus viejas posiciones corporativistas al liberalismo económico adoptado por sir Keith Joseph (más tarde lord) y Enoch Powell, una de las más preclaras mentes conservadoras de los últimos decenios, que transmitió sus convicciones a la formidable Margaret Thatcher. -Las doctrinas libertarias del Institute of Economic Affairs ejercieron, tras un cuasilexilio de muchos años en una especie de Siberia intelectual, una gran influencia en sir Keith Joseph y en la señora Thatcher.-¹² La opinión de lord Blake está a la espera de recibir la confirmación de otros historiadores, tal vez en la proyectada historia del IEA y de sus publicaciones. Mientras tanto, ha emitido una valoración política parecida Enoch Powell, ministro conservador en los años 50 y 60, en un libro dedicado al estudio de las influencias sobre los gobiernos Thatcher:

No podrá hacerse un balance correcto de ... la exploración del mecanismo de mercado ... en el Partido Conservador, impulsado, a partir de mediados de los años 50, ... por un creciente entusiasmo ... si se subestima la eficacia de los trabajos del Institute of Economic Affairs y su influencia proselitista ... Cuestionó frontalmente las doctrinas ortodoxas entonces prevalentes sobre el monopolio público natural -por aquella época supuestamente irreversible- y la utilización de las acciones colectivas -desde la planificación gubernamental hasta los carteles privados como instrumento de la asignación de recursos. •¹³

Siguieron, veinte años más tarde, en la década de los 70, varias organizaciones orientadas al mercado, que reflejaron y acentuaron la influencia del IEA, aunque, a excepción del David Hume Institute de Edimburgo, su enfoque sigue un procedimiento distinto y en lugar de la «artillería» de los principios utilizan la «infantería» de las propuestas para programas prácticos. Los años 90 darán a conocer si la adulteración exigida por los dictados del proceso político han hecho más bien, gracias a la promulgación de propuestas prácticas de compromiso, que mal al desacreditar o sembrar dudas sobre los principios de la competencia del mercado bajo el capitalismo y someterlos a la servidumbre de las oportunidades a corto plazo de lo •políticamente posible•, lo que, en el terreno de las realidades, tal vez no sea sino un eufemismo por ventajas electorales partidistas.

La colaboración personal entre caracteres complementarios en la dirección del IEA descubre una de las razones -tal vez la principal- de la eficacia de la primera central eléctrica académica de la postguerra que cuestionó la capacidad económica del Estado y que, en todo caso, restituyó su buen nombre al capitalismo liberal.

Los fondos del IEA deberían proceder inicialmente del mundo de la industria, pero lo cierto es que los industriales privados no estaban inequívocamente a favor del proceso de mercado. Se pronunciaban, en general, y como es lógico, a favor de la competencia en el capítulo de los bienes y servicios que tenían que comprar, pero entendían -también muy comprensiblemente- que esta misma competencia les enfrentaba a una dura tarea respecto a lo que vendían. Ralph Harris supo combinar sus conocimientos a favor de la causa del

capitalismo con un inteligente sentido de humor, lo que le confirió una capacidad de persuasión realmente arquetípica para conseguir que los capitalistas prestaran su apoyo financiero al estudio -y cuando era académicamente necesario a las críticas- del capitalismo. Era la clase de trabajo en la que confluían las habilidades del abogado, del asesor, del amigo sincero y del vendedor.

La combinación Gilbert (Seldon) y Sullivan (Harris), realizador el primero y proyectista el segundo en la causa del capitalismo liberal, rememoraba inconscientemente aquella colaboración dickensiana de los abogados Spenlow y Jorkins en la que cada uno de ellos aseguraba a los clientes que las decisiones lamentables, aunque necesarias, habían sido tomadas por el otro. El director general explicaba a los suscriptores que el director editorial tenía que permitir que los profesores universitarios expusieran, en cuanto especialistas, sus puntos de vista sobre la industria. El director editorial se encargaba de reconciliar a los autores con los ocasionales desacuerdos de los suscriptores que proporcionaban los fondos para conservar su independencia. Hubo un suscriptor insatisfecho que trastornó las precarias finanzas iniciales cuando anuló su cuota a causa del descontento que le produjo el célebre infornrle Hobart en contra del mantenimiento de los precios de venta. La estrategia se cimentaba en la omnímoda supremacía de los principios doctrinales sobre la sensibilidad o susceptibilidad de los suscriptores. Se pudo así hacer frente a la crítica de los conservadores de que la aceptación por parte de Edward Heath de los razonamientos del IEA habían acarreado la derrota en las elecciones de 1964 (entre los suscriptores de los últimos años 50 y primeros 60 había muchos partidarios de programas corporativistas). Se consiguió, por añadidura, recuperar el respeto de aquel suscriptor capitalista que, tras una corta defección, renovó su cuota.

El fracaso del socialismo en la tarea de analizar y comprender esta compleja relación entre el capitalismo y los capitalistas, y su subyacente simplificación marxista de la «lucha de clases» (por ejemplo, en los escritos del italiano Antonio Gramsci (capítulo III), en la que se describe a los capitalistas en un bando defendiendo el capitalismo, mientras que los trabajadores forman el bando opuesto, justifica en parte su incapacidad de explicar por qué en los años 80 y 90 trabajadores y capitalistas de todo el mundo, tanto en el Este como en el Oeste, están aceptando o incluso aclamando el sistema capitalista, con este o con otros nombres.

El IEA proporcionó la oportunidad de ayudar a construir lo que la izquierda presenta como original derecho británico o como estrategias intelectuales de la Nueva Derecha. La Weltanschauung de esta corriente se basa en un profundo escepticismo sobre el comportamiento del Estado en las realidades económicas. Ha centrado, por consiguiente, su atención en tres aspectos del mercado como alternativa largo tiempo olvidada a las administraciones públicas, que constituyen, por lo demás, la columna vertebral de este libro: primero, los resultados del capitalismo en los años de la postguerra; segundo, su rendimiento

potencial; tercero, las perspectivas de su rendimiento futuro en los años por venir, ya pasado el umbral del siglo XXI.

A los socialistas les ha salido por la culata su tiro dialéctico. Desde Friedrich Engels, han venido viendo en prácticamente cualquier dificultad económica la •crisis• final del capitalismo. Una especie de pensamiento desiderativo ha inducido a algunos de ellos a proclamar el fin del mundo capitalista tras la caída de la bolsa en octubre de 1987, y luego, de nuevo, en la tenaz, aunque modesta, inflación de 1989. Se han quedado perplejos ante el reciente florecimiento del capitalismo tanto en el Este como en Oeste, tanto en los países comunistas como en los capitalistas, porque habían hecho suya la predicción marxista del colapso último, definitivo e inevitable del sistema capitalista.

En cambio, el IEA ha proporcionado, en primer término, el tiempo y los recursos necesarios para estudiar el capitalismo tal como ha sido de hecho en el espacio comprendido entre los años 50 y 80 y las razones de sus éxitos y sus fracasos. Ha ofrecido, además, la oportunidad de analizarlo tal como podría haber sido en las tres citadas décadas si sus potenciales procesos de mercado no hubieran sido frustrados por el Estado y sus entorpecedores procesos políticos. Y, en tercer lugar, ha facilitado trabajo a numerosos becarios nacionales y extranjeros, que han dedicado sus esfuerzos al análisis del funcionamiento del capitalismo y han aportado una vi-sión de lo que podría ser en el futuro. De estas tres fuentes han bebido las ideas y la argumentación de este libro.

Han sido treinta años de producción de varios cientos de textos de economistas, politólogos, historiadores y otros especialistas liberales o neoliberales, desde los que empezaban a dar sus primeros pasos hasta los ya aureolados de renombre universal, pero todos ellos inspirados por la esperanza, siempre pospuesta, de que se volverían, al fin, las tornas en el tablero intelectual de los críticos del capitalismo, tan absortos en sus fallos que no podían -o no querían- ver sus triunfos. Por fin, el año 1988 proporcionó la satisfacción de imitar la táctica socialista de contraponer el capitalismo imperfecto tal como ha sido al socialismo •perfecto• tal como dicen que debería ser, confrontando -como se subraya aquí- el socialismo como es con el capitalismo como podía haber sido.

Los especialistas puristas afirman que las comparaciones deberían establecerse, para ser válidas, entre ambos sistemas tal como han sido en sus aspectos negativos y como podrían haber sido en los positivos. Pero como lo que ciertamente no ha faltado han sido estudios sobre el lado bueno del socialismo y sobre el malo del capitalismo, y dado que tanto los estudiantes como los televidentes han sido bombardeados con información sobre el enfoque socialista, el antídoto eficaz frente a la distorsión de la comprensión y de la educación pública, y la única manera de rectificar el desequilibrio del análisis y de los apoyos, es el raro ejercicio intentado en estas páginas. Debe contrastarse el rostro inaceptable del socialismo tal como se ha dado a conocer en todo el mundo con el rostro aceptable del capitalismo tal como lo ha

descubierto la investigación especializada, para que tanto los estudiosos como el común de los ciudadanos se pregunten a la hora de votar, y para que tal vez incluso los socialistas de mente abierta y no demasiado altivos o demasiado viejos para admitir su error puedan elegir los análisis más convincentes.

La aceptación socialista del capitalismo

No parece dar ya buenos resultados insistir en la táctica -común en los mejores escritos socialistas de reconocer los éxitos del capitalismo pero oscureciendo esta confesión mediante el subterfugio de recurrir a etiquetas contorsionadas que incorporan con tales términos la esencia del capitalismo que dan la impresión de ser una nueva forma de socialismo. Los socialistas deben tener la franqueza suficiente para utilizar un lenguaje que no siga confundiendo al público, y en especial a la clase obrera, que compara cada vez más la evidencia que tiene ante sus propios ojos con la persistente condena del capitalismo a cargo de su partido político o de sus líderes sindicales.

Está resultando cada vez más difícil sostener en Occidente el malabarismo verbal de que el capitalismo es admirable pero depravado. Hay mayor franqueza en el Este. Tres cortas visitas a Hong Kong, Taiwán, Singapur y Japón en 1968, 1981 y 1988 dieron testimonio del visible aumento del nivel de vida en el breve espacio de 20 años de milagros económicos y disiparon las dudas aún remanentes. A pesar de las condenas de Marx contra el capitalismo, que siguen influyendo en pensadores marxistas y no marxistas, la confesión -irónicamente estampada en *El manifiesto comunista*¹⁴-de su prodigiosa capacidad productiva está gráficamente ejemplificada en los nuevos y pequeños países de Asia, donde no ha sido maniatado por las instituciones conservadoras industriales, profesionales y sindicales, ni por los intereses creados occidentales.

El célebre reconocimiento marxista de la productividad del capitalismo queda perfectamente confirmado por los niveles de vida de los ciudadanos del mundo capitalista. El capitalismo, dice El manifiesto comunista, ha •llevado a cabo maravillas que superan las pirámides de Egipto, los acueductos romanos, las catedrales góticas ... durante su mandato de apenas cien años [es decir, desde mediados del siglo XVIII, en los inicios de la Revolución Industrial], ha creado fuerzas productivas más masivas y más ccposales que todas las generaciones anteriores juntas•. Los pueblos del Este y del Oeste capitalista apenas necesitan más pruebas que las que les proporcionan las estanterías de sus tiendas y, más recientemente, las lastimeras y desconcertantes quejas posibilitadas por la glasnost en la URSS y en China, que han revelado que los habitantes de los países socialistas no tienen cuartos de baño privados ni aire acondicionado. Los intelectuales acomodados pueden destacar las libertades de la democracia, sin las que no pueden llevar a cabo su comercio profesional; pero el pueblo llano quiere pan y

mantequilla, zapatos y abrigos, y libertad para producir más y mejor.

Hoy día resulta ser tarea cada vez más complicada disfrazar la irónica exhibición de conservacionismo intelectual desplegada en el Oeste capitalista por el cuerpo académico socialista, que se encuentra muy rezagado respecto a sus colegas del mundo comunista. Los economistas de Yugoslavia, Hungría, Polonia (uno de ellos se presentó hace algunos años en el IEA para indagar en qué consistía el «precio sombra» o precio de transferencia entre departamentos desarrollado por las grandes firmas capitalistas), Rusia y China se han visto forzados a estudiar el mercado ante la urgente necesidad de rescatar sus economías del constante retraso frente al Occidente capitalista. Recientes publicaciones de tres de los más destacados académicos socialistas británicos, Plant, Marquand y Gamble, que tienen más de politólogos que de economistas, muestran un mayor grado de refinamiento que la mayoría de los colegas; con todo, aparece también en ellos una cierta renuencia a lograr aquella especie de comprensión intuitiva del mercado propia de los economistas liberales, y en particular su incomparable capacidad para estructurar una sociedad libertaria que tienda a la creación de la igualdad que se deriva de la demolición de monopolios y privilegios, no de la igualdad coactiva impuesta por el Estado.¹⁵ La ventaja de los liberales es que tienen clara conciencia de que no pueden alcanzarse las virtudes del capitalismo sin asumir el riesgo de sus deficiencias. Los socialistas desean las virtudes capitalistas bajo una nueva forma de socialismo que privaría de su vigor al mercado y destruiría sus aspectos positivos. La aceptación socialista del mercado no rebasa el estadio meramente conceptual-porque es indispensable, pero no ha llegado hasta el plano espiritual, porque esto exigiría disciplinar el proceso político que es la esencia misma del sistema socialista.

Contradicciones: capitalista y socialista

Quedan aún otros varios ejercicios de confusión intelectual que es preciso corregir. La habitual doctrina socialista del colapso •inevitable• del capitalismo parece, en nuestros días, cada vez más desacreditada a la luz de las pruebas de las últimas décadas. La idea de que las contradicciones del capitalismo -concretadas en sus monopolios, desigualdades, pobreza, injusticias, desempleo, inflación, ciclos expansivos y depresivos son inevitables, y de que los fallos del socialismo -un catálogo que podría incluir estancamiento, coacción, supresión, bajo nivel de vida en los renglones de la alimentación, el vestido, los servicios médicos, la vivienda y las comodidades domésticas, restricción de las libertades de expresión, debate y discusión, diferencias en la posibilidad de viajar y desplazarse por el propio país y por el extranjero, chanchullos y corrupción, desigualdad, desempleo e inflación encubiertos, encubiertas expansiones y depresiones, encarcelamientos arbitrarios, asesinatos políticos -son el resultado de «errores» o de la fortuita ascensión al poder de tiranos ha tenido una larga trayectoria. Pero ha habido demasiado socialismo de todo tipo y laya y en todos los continentes para que sea todavía creíble la «visión» del socialismo.

Los socialistas y liberales que buscan la verdad están al menos de acuerdo en que ambos sistemas son imperfectos, que tienen fallos y deficiencias. Queda por resolver la causa socialista. Lo contrario al socialismo es el liberalismo, del que nace el capitalismo imperfecto. Pero las deficiencias más graves del capitalismo pueden ser eliminadas con menores costes que los males del socialismo, porque el sistema capitalista admite las correcciones con mayor facilidad que el socialista. La experiencia de varias décadas ha aportado la prueba definitiva de que los fallos del socialismo son inamovibles, salvo que se recurra al mecanismo capitalista.

Esta es la razón de que el capitalismo sea digno de lo a y de que este libro sea un saludo de bienvenida al mejor método de organización de la producción -imperfecto, pero el menos censurable- de cuantos el mundo conoce.

Notas

1. Friedrich Hayek, *The Fatal Conceit*, Routledge, 1988. [Edición española en Unión Editorial, Madrid 1990, con el título *La Fatal arrogancia*.]
2. Kenneth Hoover y Raymond Plant, *Conservative Capitalism "In Britain and the United States*, Routledge, 1989.
3. Samuel Brittan, *Capitalism and the Permissive Society*, 1972; *A Restatement of Economic Liberalism*, Macmillan, 1988.
4. George Urban (dir.), *Can the Soviet System Sttroive Reform?*, Pinter/Spiers, 1989.
5. Bryan Gould, *Socialism and Freedom*, Macmillan, 1985.
6. Partido Laborista, *Revision Papers*, 1989; Roy Hattersley, *Choose Freedom*, Michael Joseph, 1987.
7. John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman (dir.), *New Palgrave Dictionary of Economics*, Macmillan 1987.
8. Hermann Finer, *Road to Reaction*, Dobson, 1946.
9. Hermann Finer, *Municipal Trading*, 1941.
10. The brewers' dilemma •, *The Economist*, 30 de diciembre de 1950.
11. Arthur Seldon, -Economic scholarship and political interest •, en *Ideas, Interests and Consequences*, Institute of Economic Affairs, 1989.
12. Lord Blake, *The Conservative Party From Peel to Thatcher*, Fontana, 1985.
13. En Dennis Kavanagh y Anthony Seldon (dirs.), *The Thatcher Effect: A Decade of Change*, Oxford University Press, 1989, p. 84.
14. Karl Marx y Frederick Engels, *El manifiesto comunista 1848*; Penguin 1967, pp. 83-85.
15. Kenneth Hoover y Raymond Plant, *Conservative Capitalism in Britain and the United States*, Routledge, 1989; David Marquand, *The Unprincipled Society*, El Cabo, 1988; Andrew Gamble, *The Free Economy and the Strong State*, Macmillan, 1988.

Capítulo III

EL CAPITALISMO ES INEVITABLE

La concentración capitalista, determinada por el modo de producción, genera una correspondiente concentración de masas humanas trabajadoras. Sobre este hecho se sustentan todas las tesis revolucionarias del marxismo [y] las condiciones del estilo de vida del nuevo proletariado y del nuevo orden comunista destinado a reemplazar el estilo de vida burgués y el desorden producido en el capitalismo por la competencia y la lucha de clases.

ANTONIO GRAMSCI

Factory Councils and Socialist Democracy:
Conquest of the State

El capitalismo está inevitablemente destinado a ser sustituido por el socialismo. Así reza el lema que ha cruzado, recorrido y unificado los escritos y los pensamientos, las esperanzas y las conjuras socialistas durante más de un siglo, desde Marx hasta nuestros días. En estos últimos años, y de manera más acentuada durante la segunda mitad de la década de los 80, se han abierto paso, entre los socialistas de mentalidad marxista, dudas arriesgadas, sincera y contagiosamente confesadas. Gramsci, uno de los autores durante más largo tiempo favoritos del marxismo, incluía en su fórmula, enunciada en 1919, los aspectos esenciales.¹ En aquella época, las esperanzas eran, comprensiblemente, muy elevadas: se estaba viviendo el segundo año de la sustitución del capitalismo por el socialismo en la URSS y eran también los días en que veía la luz el celeberrimo Estado y revolución de Lenin.²

El círculo vicioso del razonamiento socialista

La teoría (exposición) del capitalismo y de su dominio y explotación del pueblo afirma que este capitalismo se fundamenta en la organización técnica, financiera y económica de la producción industrial a muy amplia escala. De donde se seguía, como conclusión lógica, que el colapso del capitalismo era inevitable. La secuencia del razonamiento de Gramsci es un lugar común del análisis marxista: la concentración de la producción genera la concentración de los trabajadores y sus consiguientes estilos de vida proletarios; su resistencia a y rechazo de las duras condiciones de vida capitalista fomentan la rebelión; más pronto o más tarde, la explotación capitalista será inexorablemente sustituida al principio por el socialismo, el

primero o más bajo de los peldaños, y luego por el comunismo, el nivel más elevado, que entraña la abolición definitiva de las necesidades y la recompensa de la sobreabundancia.

Esta superación bifásica del capitalismo, cuyos antecedentes se encuentran en la Crítica del Programa de Gotha,³ en la que aparece ya el •sueño• o visión de la eliminación final de la escasez, tienen un paralelo superficial con la optimista perspectiva de Keynes del advenimiento de 100 años de sobreabundancia-a contar del año en que escribía (1930)-que pondrían fin a la búsqueda de lo suficiente y permitirían a los hombres dedicarse a los objetivos últimos de la vida. Ambos, Marx y Keynes, escribían como videntes, evocaban visiones, desdeñando la rutina diaria y las vulgares tareas de ganarse el sustento cotidiano. Sus afirmaciones son dañinas, porque impiden concentrarse en la ineludible misión económica de satisfacer demandas superiores a las ofertas con que tendrán que enfrentarse tanto el capitalismo como el socialismo hasta el fin de los tiempos. Están acercándose rápidamente a su fin, en el 2030, los 100 años siguientes a 1930: habrá entonces una creciente riqueza bajo el capitalismo, pero también una escasez de bienes y servicios ni de lejos soñada por Keynes en 1930. El socialismo ha renunciado ya a la esperanza de incrementar las riquezas, aunque no a la de abolir la escasez.

Recae sobre los economistas la ingrata tarea de insistir en que para la ecuación de la escasez y la abundancia se da, junto al lado de la oferta, el lado de la demanda. Lenin era mejor economista que Marx: advirtió bien los dos requisitos del comunismo. Se diría que los marxistas han olvidado el análisis leninista de Estado y revolución. En él explica Lenin que el comunismo exige no sólo la eliminación de la escasez sino también la modificación de la naturaleza humana. Y aquí radicó su debilidad fatal. El comunismo exige, junto a una expansión sin precedentes de la producción por el lado de la oferta, una nueva actitud de relativa indiferencia en los -demandantes• (los consumidores). Sea cual fuere la ampliación de la oferta de bienes y servicios, habrá siempre escasez (en el sentido de que no se podrán satisfacer todos los posibles propósitos, aparte las necesidades absolutas), por la sencilla razón de que a una con la oferta crecerá también la demanda. Los procesadores de textos permiten que la confección de libros como el presente sea una tarea técnicamente más sencilla que los anteriores sistemas de escribir a mano, dictar o teclear a máquina. En consecuencia, aumentará la demanda de procesadores y serán más corrientes. Pero seguirán siendo •escasos•. Su precio reflejará su grado de escasez. Al igual que ocurrió al principio con los bolígrafos, su precio se abaratará en los próximos cinco o diez años, pero mientras puedan imponer un precio, serán •escasos•. Y en la medida en que los procesadores -o cualquier otra mercancía- sean escasos, impondrán -y determinarán,- un precio de mercado que haga rentable su fabricación.

Entre las visiones de Marx y las de Keynes existe una diferencia decisiva en lo concerniente al sistema económico que cada uno de ellos propugna. A pesar de sus críticas al

capitalismo de libre mercado, Keynes no abra-zó el socialismo y no habría seguido ciertamente a sus •agrios y necios• acólitos hasta el marxismo. El capitalismo, tal como Keynes lo entendía, esto es, mejorado merced a una serie de reformas, generaría fuerzas productivas que limitarían las escaseces elementales de los bienes que son el sustento de la vida. El socialismo de Marx no ha dado, en cambio, pruebas de poseer una similar capacidad de producción. El capitalismo ha eliminado las hambrunas endémicas en los países en los que se le ha permitido activar y recompensar el esfuerzo humano. El azote del hambre flagela en nuestros días a las regiones socialistas del Tercer Mundo, no a las sociedades mercantiles del Oriente Lejano.

La secuencia marxista del socialismo al comunismo revela un funesto error: el círculo vicioso del razonamiento económico socialista. La celeberrima fórmula de la Crítica del Programa de Gotha ha sido rebatida por la historia y por la experiencia de nuestros días, aunque sigue siendo uno de los textos con mayor capacidad de seducción de toda la literatura socialista. Se le cita pocas veces en su original alemán:

*Jeder nach seinen Fahigkeiten
jedem nach seinen Bedürfnissen.
(De cada cual según sus capacidades.
A cada cual según sus necesidades.)*

Las Fahigkeiten son capacidades, habilidades o talentos identificables, porque tienen un precio de mercado, mientras que las Bedürfnissen son las huidizas -necesidades• que han atormentado durante décadas a las ciencias y a los programas gubernamentales socialistas. Los marxistas repiten esta fórmula como si fuera la cristalización de unas medidas de política práctica que llevarían al linaje humano a niveles de bienestar, satisfacción y armonía sin precedentes en la historia. La simple solución consistiría en reemplazar el capitalismo por el socialismo, que trocaría la escasez en abundancia.

La segunda (y •más elevada•) fase del socialismo, llamada comunismo, es el espejismo que el socialismo •científico• ha mostrado a las masas trabajadoras. La anterior (•más baja•) se basaba en la viable fórmula:

*Cada cual según su capacidad.
A cada cual según su trabajo.*

La dificultad socialista radica en que el método de organización laboral de la primera fase, con una dirección y planificación centralizadas, ni estimula a los individuos a contribuir según su capacidad ni los recompensa por su trabajo. Fue, por el contrario, el capitalismo el que desarrolló métodos en el mercado laboral que inducen a realizar esfuerzos de acuerdo con la

capacidad y recompensan según los resultados. Eran métodos imperfectos, pero funcionaban. Se hace evidente su eficacia, comparada con la ineficiencia de los métodos de las autoridades centrales, que prescriben tanto las tareas como las recompensas, cuando se contemplan las amplias brechas abiertas entre los niveles de vida de los países capitalistas y los comunistas.

El salto desde el socialismo, técnicamente imaginable, pero ineficaz, debido a su incapacidad, recientemente confesada, de generar producción y asignar los recursos escasos, como admitía en 1983 Alee Nove,⁴ seguido muy de cerca, en 1985, por Gorbachov, a la utopía comunista, con su milagrosa abolición o supresión de la escasez, ignora las cuatro tareas con que deben enfrentarse todos los sistemas económicos, del tipo que sean: primero, deben desarrollar técnicas de valoración de los recursos disponibles; segundo, deben crear incentivos para concentrarse en los métodos más productivos; tercero, deben aprontar los medios para acumular y distribuir información sobre la eficacia relativa de los usos alternativos; y cuarto, deben establecer principios que permitan asignar los productos a los usos más urgentes o más valiosos. Y éstos son, cabalmente, los métodos y los mecanismos que actúan en el mercado. Siguen siendo imperfectos, aunque se les mejora incesantemente; pero el socialismo ha sido incapaz de generar técnicas parecidas y no tiene ante sí ningún otro camino, salvo el de aceptar los métodos capitalistas del mercado. La ironía definitiva del socialismo es haber prometido al pueblo sobreabundancia para condenarle luego a la indigencia.

Este es el misterioso talón de Aquiles del sueño socialista-comunista que ningún marxista ha sabido resolver. ¿Cómo eliminar la escasez? Se necesitaría para ello que la oferta superara a la demanda en todos los sectores de la economía. Y esto pide, a su vez, como ya advirtió Lenin, una capacidad productiva sin precedentes por el lado de la oferta y un cambio de la naturaleza humana por el lado de la demanda. En el fondo, no hay aquí otra cosa que simples constataciones de lo evidente. El comunismo socialista no produce estos milagros; y tendría que producirlos para alcanzar aquella plenitud y aquel desinterés que Marx llamaba comunismo. O bien la producción satura todas las exigencias, o bien se comprimen los deseos por debajo de la capacidad de la producción. Pero no hay indicios de ninguno de estos dos prodigios en los países socialistas. La producción languidece y el pueblo necesita más cosas de las que el sistema produce.

El siguiente paso socialista sería presentar la maquinaria económica que genera sobreabundancia y es capaz de llevar a cabo la revolución psicológica que crea altruistas indiferencias. Pero tal maquinaria es un espejismo. La naturaleza humana se interpone tozudamente entre las visiones socialistas y el socialismo real. Tiene aquí aplicación el dicho sarcástico •si no puedes cambiar la sociedad cambia a la gente•, inspirado en la frase de Bertolt Brecht tras la revuelta de Berlín de 1953, cuando proponía que si el pueblo no tenía ya confianza en el gobierno de Alemania Oriental, este gobierno debería elegir otro pueblo. En

1989, cuando los alemanes orientales comenzaron a abandonar su país, porque en el nuevo clima de la glasnost soviética no era políticamente posible retenerlos bajo coacción, los gobernantes germanoorientales sólo podrían conservar a sus ciudadanos a base de alcanzar la relativa abundancia de Alemania Occidental. Y esto exigiría la implacable sustitución del socialismo por el capitalismo. Si los alemanes orientales quieren vivir mejor, deben avanzar hacia el capitalismo, tanto si se quedan en la Alemania del Este como si prefieren trasladarse a la del Oeste.

Hasta ahora, el socialismo no ha mostrado ni el milagro de la producción ni el de la transformación psicológica. Ni ha colocado tampoco los postes indicadores que señalan el camino que lleva a la indispensable re-volución económica o a la metamorfosis de la naturaleza humana. Tal vez el desinterés o desprendimiento personal sea un motivo que induce a servir al «bien común», pero difícilmente puede entenderse como una de las características dominantes de la clase política. El socialismo marxista debe enfrentarse a la idea de que es de todo punto preciso eliminar la escasez y transformar la naturaleza humana -por medios desconocidos- si se quiere alcanzar aquel mundo comunista en el que el mecanismo del capitalismo que mide el valor de recursos escasos en usos alternativos sea innecesario, porque será un mundo de incommensurable abundancia en todos los campos. Los asesores económicos de Gorbachov deberían haber analizado la valerosa tentativa de Nove⁵ de poner a salvo un socialismo creíble basado en el mercado, rechazando la utopía comunista construida sobre simples conjeturas metafísicas. Pero tal vez sea la etapa siguiente la que tope con mayores dificultades. En efecto, la tentativa de dotar al «socialismo» de mercado de las inherentes indispensables instituciones de la propiedad privada para crear los incentivos necesarios exige nada menos que el abandono, de una vez por siempre, de la propiedad estatal de los recursos, que es un pilar fundamental de la concepción socialista. Esta revolución catártica hacia el capitalismo supondría una amenaza para el establishment socialista. Puede concebirse la posibilidad de un pacífico «aterrizaje suave» mediante una especie de acuerdo aceptable tanto para los liberales que desean las reformas como para los conservadores que las temen, si ello parece menos traumático que un estallido de violencia en el que todos saldrían perdiendo. Pero esto sería el fin del socialismo.

Las dudas marxistas sobre el marxismo

Se han apaciguado un tanto, desde hace algunos años, en la literatura socialista y marxista, las dudas acerca de las tendencias autodestructivas -desde mucho tiempo atrás profetizadas insertas en la estructura misma de la producción capitalista. Tras una reafirmación de la «economía marxista» a lo largo de 4.000 palabras henchidas de seguridad y

acompañadas del ya habitual "análisis" de las crisis y contradicciones, publicada bajo el engañoso título de *New Palgrave Dictionary of Economics* (engañoso porque utiliza el nombre de Palgrave, pero sin seguir el espíritu de sus planteamientos), el socialista Andrew Glyn, profesor de la universidad de Oxford, concluye con ingenua incertidumbre:

Existe en la actualidad una viva discusión acerca de si los microchips, la descentralización de la producción, las relaciones industriales al estilo japonés, una mayor libertad de las fuerzas del mercado y otras cosas parecidas proporcionan una "nueva vía" de salida al capitalismo en los años 1990.⁶

«Viva discusión» es un eufemismo para referirse a su situación agónica. No se alude, en cambio, para nada, a los desesperados esfuerzos de Gorbachov y de otros dirigentes de Europa Oriental y de China por descubrir caminos que les permitan utilizar las fuerzas del mercado como nueva vía de salida del socialismo. Dado que los escritores marxistas han demostrado hasta ahora escasa sagacidad para anticipar las tendencias de la producción industrial capitalista y se han limitado a repetir la inexorable predicción del inevitable colapso del capitalismo, las alabanzas finales que Glyn tributa a la economía marxista son un non sequitur, por no decir que son propias de un caradura (un cínico, un fresco). Tras admitir que "han pasado los días de la ortodoxia estalinista y de la recitación dogmática de los textos", llega el desenlace: "La economía marxista está llevando a cabo, una vez más, una poderosa e imaginativa contribución al análisis de la sociedad contemporánea."⁷ Excelente ejemplo del triunfo de la convicción sobre la evidencia.

Esta confesión de que la economía marxista ha incurrido en errores, acompañada de la inquebrantable afirmación de su permanente importancia e influencia, tal vez escrita en 1986, es decir, con anterioridad a los recientes acontecimientos de la URSS, no podía prever las ulteriores concesiones de los escritores marxistas británicos en 1988, que admitían que cuanto estaba sucediendo no encajaba en la constante cantinela marxista del colapso del capitalismo. Observadores marxistas/ comunistas más avisados compitieron inesperadamente entre sí en la defensa del súbito cambio de opinión, según el cual, después de todo, aquella estructura industrial del capitalismo, de la que se había venido suponiendo durante mucho tiempo, antes y después de Gramsci, que llevaba en su seno la semilla de su propia destrucción, había experimentado un giro radical y que los marxistas/socialistas deberían estar atentos a esta cambiante evolución, desgraciadamente no prevista por Marx y sus discípulos. En los últimos días de su vida Marx se vio en la precisión de declarar que no era marxista.

El paso siguiente, en la retirada ideológica, corrió a cargo de intelectuales que asesoraban evidentemente al Partido Laborista británico. Al igual

que la encubierta confesión de Jruschef en 1956 sobre la tiranía de Stalin, la última hábil declaración marxista del fallo dialéctico requerirá algún tiempo hasta que sea bien entendida en las filas socialistas y consiga penetrar en la literatura del socialismo. Fue desplegada, una vez más, bajo la forma de una censura de los intelectuales al ala •conservadora• del Partido Laborista, a la que los críticos comunistas acusaban de no haber sabido ver y analizar las implicaciones del cambiante escenario industrial. Su argumentación giraba en torno al debate de si era el capitalismo o, por el contrario, el socialismo-comunismo el que se hallaba al borde del colapso.

Dicho en el lenguaje de Gramsci, la cuestión consiste en saber si el socialismo está llamado a sustituir el estilo de vida burgués del capitalismo. Si no es así, entonces podría ocurrir que fuera el capitalismo el llamado a reemplazar el estilo de vida proletario del socialismo. Y, hoy en día, esto último parece ser mucho más probable.

El borrador de la declaración del Partido Comunista fue publicado en septiembre de 1988, en el *Marxism Today*, que se define a sí mismo como periódico de discusión teórica del Partido•. Son reveladoras algunas de las palabras del editorial introductorio: •La Izquierda se ha batido en retirada durante un decenio. Ha salido malparada en su enfrentamiento con el thatcherismo. Y, lo que es más grave, no ha sabido contactar con el nuevo mundo de los años 80. Demasiadas veces parecía interesarse más por el pasado que por el futuro.• El nuevo documento de discusión, encargado por el Partido a 8 escritores, entre ellos el director del *Marxism Today*, Martín Jacques,⁸ que encabezó la tarea de revisar el análisis marxista del capitalismo, Charlie Leadbeater, del *The Financial Times*, y Beatrix Campbell, fue presentado como punto de partida para una nueva redacción del programa del Partido Comunista de 1977,⁹ y enfáticamente declarado documento pionero de la reconstrucción de la Izquierda•.

El propósito del documento del Partido Comunista obedecía a •la necesidad de enfrentarse al mundo radicalmente modificado en que vivimos hoy• y que •nos exige repensar las normas y las perspectivas de la Izquierda•. El documento planteaba varias cuestiones. Mantenía la utilización confusa de la etiqueta política de •thatcherismo•, la bete noire de la Izquierda del momento, para describir la filosofía económica del liberalismo desarrollada desde muchas décadas antes por estudiosos no necesariamente vinculados al Partido. El •nuevo mundo• del cambio industrial no dio sus primeros pasos en los 80, sino mucho antes (ver más abajo). Las nuevas reflexiones sobre la Izquierda política llegaban con retraso, porque tal vez hasta 1987 su pensamiento se reducía a la conquista del poder político con la ayuda de •las masas humanas trabajadoras•, sin descartar el recurso al chivo expiatorio, durante algún tiempo políticamente útil, de la explotación, la injusticia y la pobreza capitalista. Pero el documento pretendía demostrar que constituía el punto de inflexión histórica a partir del cual los jóvenes marxistas rechazaban el pensamiento marxista tradicional sobre la estructura del capitalismo industrial y su falsa -y falsificada- profecía del colapso del capitalismo.

El impacto de este informe, titulado •Facing up to the future• (Encarar el futuro), tiene importancia para el estudio del pensamiento de la Izquierda en Europa. Aquí la reevaluación del capitalismo corrió a cargo de la intelligentsia marxista, seguida, a cautelosa distancia, por el revisionismo políticamente oportunista del Partido Laborista. Tras ser corregido y ampliado, el informe fue publicado, como •Manifiesto for new times• (Manifiesto para los nuevos tiempos), en junio de 1989, en Marxism Today. El 27 de octubre del mismo año fue presentado, con elocuencia y talento, por el profesor Hall, en una conferencia fin de semana, que había despertado gran expectación, ante cerca de 1.000 asistentes, en el Instituto de Educación de la Universidad de Londres. Fue asimismo discutido en una mesa redonda internacional políticamente católica, presidida por Martin Jacques, en la que también participaron Beatrix Campbell, del Partido Comunista Británico, Bryan Gould, de la derecha del Partido Laborista, Giorgio Napolitano del Partido Comunista Italiano, Karsten Voigt, del Partido Socialdemócrata de Alemania Occidental, y un representante del Partido Verde. Fue invitado, pero no pudo asistir, Ken Livingstone, de la izquierda del Partido Laborista. Con todo, donde mejor y con mayor pureza intelectual se exponen los puntos esenciales de la argumentación sobre el cambio de naturaleza del capitalismo y sobre la necesidad de repensar la Izquierda es en el citado informe •Encarar el futuro•, que analizamos a continuación.

Aunque sazonado con la habitual terminología marxista de •hegemonía•, ■legitimidad•, ■lucha• y, por supuesto, •crisis•, el análisis desarrolla una clara línea argumentativa y está notablemente alejado del doctrinarismo. Se diría que Gorbachov implantó la glasnost (transparencia) no sólo entre los socialistas y los escritores soviéticos sino también entre sus colegas británicos. Su exposición de las tendencias de la industria tiene más parecido con la del capitalista Financia/ Times que con la del socialista/comunista Marxism Today. (Pueden emplearse los términos •socialista• y -comunista», dado que, a pesar de la distinción marxista oficial entre ambos conceptos, a menudo se les utiliza indistintamente.)

«Las sociedades industriales occidentales» --decía el nuevo pensamiento •se hallan inmersas en un proceso de reforma. Las nuevas tecnologías están transformando el modo de trabajar y los productos. La vida cultural y social es más diversa. Crece el número de mujeres que asumen un doble papel social, uno como asalariadas y otro en las tareas domésticas. Se hallan en declive viejas áreas industriales y hay nuevos sectores emergentes .•¹⁰ Esta reconsideración de la industria capitalista se describía con tales términos que adquirían el aire de un reciente descubrimiento. Pero la verdad es que no había aquí nada nuevo para un estudioso del capitalismo; sus primeras manifestaciones se remontan a los años 30. Difícilmente puede parecerles que hay aquí aspectos novedosos a los capitalistas que vienen adaptándose desde hace ya varios decenios a la nueva estructura industrial. Ni es tampoco nuevo para los millones de •masas humanas trabajadoras• que, en los 40 años posteriores a la

guerra, se han ido desplazando desde las industrias en declive a los sectores en alza, salvo cuando se lo han impedido las limitaciones de los sindicatos o les ha desalentado la política de la vivienda y los controles de la renta, a través de la implantación de restricciones y de subvenciones regionales.

Han sido los críticos del capitalismo, desde los marxistas hasta los socialdemócratas, incluidos también los capitalistas de mentalidad corporativista y los líderes sindicales, quienes han intentado frenar la transición desde modos de producción obsoletos a las nuevas técnicas, firmas, industrias y regiones, importunando al gobierno para conseguir privilegios de diverso tipo (el proceso político de la búsqueda de rentas que analiza la economía de la política) y quienes han impedido el correcto funcionamiento del capitalismo, privando a la vez de sus beneficios a las •masas humanas trabajadoras• de Gramsci. Desde sus primeros años, el capitalismo es-taba equipado para producir bienes y servicios en beneficio de aquellas masas• cuyos gustos y necesidades fueron desdeñados por sus supuestamente superiores patrocinadores culturales. La tarea consiste ahora en imaginar disciplinas que impidan que los políticos formen funestas alianzas corporativistas con los intereses creados y en contra del bien común. Las soluciones que se esperan del papel y las funciones del gobierno no procederán de los intelectuales y los políticos socialistas, que recurren al proceso político, sino de los intelectuales y los políticos liberales, que intentan fortalecer los procesos de mercado flexibles frente a las distorsiones provocadas por el proceso político.

Esta es la réplica al cuerpo académico revisionista de la Izquierda, desde Bryn Gould a David Marquand, que recurren al proceso político para dominar el proceso del mercado (capítulo V). Desde la guerra, la poderosa democracia del mercado, imperfecta pero reforzable merced a la redistribución de la capacidad de compra, podría haber hecho mucho más por las •masas humanas trabajadoras• que lo que ha hecho la •democracia• de los políticos, culturalmente precaria, socialmente vulnerable y políticamente manipulada, no en último tér1nino en los temas de la educación, las atenciones médicas, la vivienda y las pensiones (capítulo XI) y, en general, en el ámbito de los servicios de la administración central y de las administra-ciones locales.

Desde el fordismo al sistema doméstico

El viejo orden industrial, dice el informe comunista, se basaba en las grandes instalaciones, tipificadas en las cadenas de montaje de automóviles de las fábricas Ford, que empleaban un gran número de obreros, generalmente semicualificados, para realizar trabajos rutinarios destinados a la producción de bienes estandarizados. Los obreros eran a la vez consumidores de una nueva serie de artículos baratos, que ahorraban esfuerzos y creaban comodidades que llevaron a •una revolución social en el ocio y el consumo•. Marxism Today tuvo el mérito de

exponer esta sofisticada visión del capitalismo de los últimos años del siglo XX, para ilustrar a sus lectores socialistas/ comunistas e impedir que siguieran pensando en el capitalismo tal como había sido a mediados o finales del siglo anterior. La nueva tecnología, decía el informe, sería flexible, crearía un amplio abanico de empresas industriales, prestaría atención a las preferencias de los consumidores individuales y generaría una extensa producción de servicios personales. Las unidades de producción, más que de gran tamaño, serían de pequeña y mediana escala, con una variada gama de formas de propiedad, desde empresas individuales, pasando por cooperativas, hasta las grandes firmas en las que los empleados o los consumidores son también propietarios. El •fordismo•, la concentración al estilo de las fábricas Ford, habría dejado de ser el indispensable •modelo de producción capitalista•.

Tampoco se exceptuaba el Estado de bienestar. El documento revisionista exponía, tardíamente pero con candorosa franqueza en una publicación marxista, estas desagradables verdades a un disciplinado público izquierdista. La forma del Estado de bienestar, con dosis innecesarias de socialismo (ver más abajo), hasta hace poco aclamado como la mayor conquista del consenso de posguerra, ha traído •baja calidad, falta de opciones y paternalismo-.¹¹ Cuando esta crítica a las pensiones del Estado, a las viviendas sociales, al Servicio Nacional de la Salud o a la educación estatal procedía de la Nueva Derecha, por ejemplo de la cada vez más caudalosa corriente de publicaciones generadas por el Institute of Economic Affairs (IEA) a partir de los últimos años 50, se la rechazaba como obsoleto *laissez-faire*, carente de sentimientos y sugeridor de reformas «políticamente inviables».

El reconocimiento, por parte de los intelectuales comunistas, de décadas de error doctrinal no fue un triunfo de la economía marxista, sino un torpedo contra su línea de flotación. Significaba el rechazo frontal de la profecía marxista del colapso inevitable del capitalismo. A despecho de Gramsci y de la dilatada escuela de analistas marxistas, ahora se admitía al menos que •no existe correlación con la concentración de masas humanas trabajadoras•. La concentración capitalista de Gramsci ha dejado ya de ser la base de •todas las tesis revolucionarias del marxismo•. No se fundamentarán aquí las •condiciones del estilo de vida del nuevo proletariado•. Por consiguiente, el nuevo orden comunista no está •llamado a sustituir el estilo de vida burgués•. No reemplazará -el desorden que provoca en el sistema capitalista el aumento de la libre competencia y de la lucha de clases•. Después y a pesar de todo, el capitalismo continuará. Tomará nuevas formas, más variadas y flexibles que las previstas por Marx, pero no será reemplazado por el posible socialismo de asignación de mercados de Nove ni por el persistente espejismo marxista de la sobreabundancia del comunismo.

La retractación de este dogma marxista, y de algunos otros, surgió más del marxismo que del ala laborista -democrática• del pensamiento socialista. Fue diseñada para el Partido Comunista en un nuevo informe sobre la revisión del marxismo llevada a cabo por un grupo de intelectuales y más detenidamente discutida (como había ocurrido ya con las

retractaciones o los resultados de otras revisiones) en el declaradamente marxista Marxism Today que en el más rigurosamente doctrinario marxista New Left Review, en el New Statesman, en términos generales no marxista, o en el órgano del Partido Laborista, explícitamente no marxista, New Socialist. La retractación resultaba atrayente y creíble, pero no tan cándida como podría parecer. Se la presentaba como un nuevo pensamiento marxista surgido a la vista de los acontecimientos registrados en el seno de la evolución capitalista. En realidad, era la confesión de un error, pero siempre dentro del marco de una interpretación equivocada y desde mucho tiempo atrás obsoleta, que no tenía en cuenta la adaptación del capitalismo a los acelerados avances de la tecnología, analizados desde hacía ya varias décadas por los economistas liberales del mercado.

El nuevo capitalismo, que está asimilando las maravillas tecnológicas de la nueva era, descentralizará la industria en numerosos sectores y pasará de la fábrica tipo Ford al domicilio personal, dotado de los más avanzados equipos computerizados, en un nuevo •sistema doméstico•. Es el socialismo mastodóntico el que quiere mantener, en la URSS y en Europa Oriental, la industria •fordista• mucho tiempo después de haber quedado anticuada y haber sido abolida en el Oeste capitalista.

La flexibilidad capitalista y el inmovilismo socialista

De todas formas, la retractación merece alguna censura por su modo de desfigurar la historia. El cambio gradual de la producción de amplia escala a la de escala pequeña y mediana se inició ya en la época de entreguerras. Comenzaron a percibirse sus primeros indicios en los años 30 e incluso antes, ya en los 20. Pero durante varios decenios fueron desatendidos o ignorados, o erróneamente interpretados y mal entendidos por los críticos socialistas arquetípicos a causa de su fe inquebrantable en el futuro colapso del capitalismo. Si los críticos hubieran analizado mucho antes y mucho más de cerca estas tendencias de la estructura de la industria capitalista, habrían llegado a comprender que -a pesar de los monopolios y carteles creados hasta hace pocos años por los capitalistas en connivencia con o bajo el impulso de gobiernos laboristas y conservadores el capitalismo tiene mayor capacidad para asimilar los adelantos técnicos en beneficio de los niveles de vida de las •masas humanas trabajadoras•.

Podrían, además, haber reconocido que el capitalismo se ha adaptado por sí mismo a los ordenadores, los microchips, el automatismo mecánico y otras maravillas de la tecnología informática, a las nuevas técnicas financieras, a las nuevas aperturas de mercados de Europa, a los nuevos métodos para descubrir los deseos y las necesidades de los consumidores, las ventajas del trabajo en equipo frente a la producción en masa y otras muchas cosas de este tenor mucho antes y mucho más sencillamente que el socialismo soviético en los países del

Comecón, todavía oprimidos en los años 90 bajo el fardo de un masivo fordismo socialista. Fueron cabalmente los mercados abiertos del Oeste europeo capitalista -en contraste con los acuerdos comerciales bilaterales, dominados por los intereses políticos de la Europa oriental comunista- y la soberanía de los consumidores del capitalismo en contraste con su sujeción en el socialismo-los que capacitaron a Occidente para ocupar las posiciones de vanguardia respecto al conservatismo y el conservacionismo de los productores europeos orientales en los años de la postguerra.

No pueden aducirse las investigaciones y las conquistas espaciales de la URSS como prueba de su desarrollo industrial o tecnológico. Una economía sujeta al control de la política, empujada por la ansiedad de los políticos por demostrar la superioridad de su industria o su tecnología, desarrollada con la intención de impresionar o atemorizar o advertir a otros países, puede dedicar recursos desproporcionadamente enormes a proyectos muy alejados del mercado en el que el pueblo, que dispone de escasos alimentos, de pobres vestidos y de viviendas miserables, expresaría preferencias muy diferentes. Los políticos pueden conseguir productos técnicamente avanzados pero económicamente absurdos -poderosas aeronaves, poderosos transportes marítimos, complejos submarinos al servicio de la publicidad política para los planificadores a expensas del bienestar del pueblo.

Aunque la competencia es imperfecta, el mercado puede llegar hasta muy cerca del tamaño óptimo del producto, mientras que el Estado tiende a desbordarlo ampliamente. Aquí, como en otros muchos campos, se trata de elegir entre pecar por exceso o por defecto. Y es preferible el mercado, porque se le puede corregir con más facilidad mediante nuevos oferentes con productos mejores o más baratos, que no el Estado, dirigido por planificadores que sólo tienen que satisfacer los deseos de un pequeño grupo de políticos incontrolables.

Son ya habituales las quejas de los profesionales de mentalidad técnica procedentes del ámbito de las ciencias en el sentido de que los mercados, presionados por la competencia entre varios oferentes para responder a las preferencias de los consumidores, fabrican productos de calidad inferior a lo que la tecnología puede proporcionar; pero tales denuncias raras veces alcanzan a comprender la primacía de la economía sobre el óptimo técnico, porque ignoran los costes de las alternativas sacrificadas. La cuestión determinante es si los recursos de la tierra deben ser utilizados como el pueblo desea o como dictan los políticos, elegidos o autoproclamados. La definitiva piedra de toque del éxito de una técnica cualquiera es el precio, convertido en el criterio indispensable de los usos alternativos del trabajo, el capital, la tierra y otros recursos. Los soviéticos han conseguido sus conquistas espaciales al alto precio de privar al pueblo de los niveles de vida capitalistas no sólo en los artículos diarios de la alimentación, el vestido y la vivienda, sino también en los capítulos de las atenciones médicas, la educación, los transportes y otras muchas cosas de este género que la gente bajo el capitalismo acepta y espera como bienes de consumo generalizado. Tampoco los nuevos

intelectuales socialistas de mentalidad revisionista y los políticos laboristas han llegado a comprender en todo su alcance el p  pel de los precios y la razón de la superioridad del capitalismo sobre el socialismo.

El error de la crítica socialista persiste, hasta nuestros mismos días, en su intento de descarriar a las •masas humanas trabajadoras• que, aunque en número decreciente, se mantienen fieles a la fe de los intelectuales que esperan el pronto colapso del capitalismo. Y sigue descarriando a los estudiantes de las universidades y de los politécnicos británicos, cuyos generosos impulsos por acudir en ayuda de los pobres han sido explotados para difundir un orden político que no hará sino acentuar su dependencia y perpetuar su pobreza.

Ha penetrado hasta capas profundas de la psique socialista -y no será tarea fácil desalojarla de all   o desecharla -la fe en el futuro colapso del capitalismo a causa de sus presuntas contradicciones internas, o en su abandono porque es incapaz de satisfacer las demandas de las amplias masas del Tercer Mundo, o en su derrocamiento a manos de la revolución. Pasar  n bastantes años antes de que los socialistas de los países capitalistas renuncien a tales creencias, porque siempre verán en el capitalismo más los defectos que denuncian que las conquistas que ignoran o menosprecian. Siempre se encontrarán nubes sombr  as que oscurezcan los plateados rebordes.

No deja de encerrar una cierta ironía el hecho de que la ortodoxia del colapso del capitalismo se mantendrá por más tiempo en Gran Bret  a, Europa y otros lugares del mundo capitalista que en Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y demás regiones del bloque socialista, porque aquí sus economistas y sus políticos se verán más compelidos y por razones más urgentes -la reconstrucción económica a cargo de mercados capitalistas para elevar el nivel de vida -a abandonar las prácticas socialistas, y ello con independencia de que su oportunismo político siga proclamando que se mantienen en vigor los objetivos y los valores socialistas.

Los escritores contra el pueblo

La oportunidad de los ciudadanos, tanto de los países capitalistas como de los socialistas, de escuchar el veredicto final sobre el capitalismo est   sufriendo dilaciones porque los intérpretes socialistas de los acontecimientos diarios han mantenido la persistente esperanza de que, a pesar de todo, a despecho de todas las pruebas en contra, es preciso mantener abierta la perspectiva de un sistema político-económico basado en la filosofía del humanismo y en la compasión.

Es difícil no simpatizar con estas ideas. Son muchas las personas que han nacido y vivido bajo el socialismo y han disfrutado de sus beneficios durante o después de la guerra. El Ejército disponía de abundante y persuasivo material educativo sobre la •inauguración del milenio•, como lo definía el Jefe del Gabinete del Secretariado Económico en 1946, cuando fui a visitarle en busca de trabajo. (Más tarde se declaró socialdemócrata.) Por mi parte, obtuve un empleo capitalista. La tentadora invitación durante la campaña para las elecciones generales de 1945 que dieron la victoria al Partido Laborista podía interpretarse algo así como: giro a la izquierda hacia los Campos Elíseos•. Desprestó a millones de confiados electores que votaron por el socialismo industrial y de bienestar. Y ya no resultó fácil abandonarlo cuando quedó obsoleto, como aconteció en muy buena parte en los años de la postguerra. Todavía es posible ----así reza la esperanza izquierdista, en contra de toda evidencia---que el socialismo pueda trabajar en la paz para asegurar una •equitativa participación• (uno de los temas característicos, junto al de las •razonables• condiciones laborales y los salarios •adecuados•) y mantener el sentimiento de comunidad.

El dilema de estos intérpretes es, en parte, generacional. Han vivido en épocas en las que las rentas eran, por término medio, muy inferiores a las de los años 90, han estado dominados por el recuerdo de la Gran Depresión de 1929-31, han tenido que vivir con reducidos presupuestos familiares, han visto niños descalzos y mineros con silicosis. No es probable que hoy día los hijos de los pobres de entonces, que disfrutaran de niveles de vida más altos y son propietarios de sus propias viviendas en lugar de los pisos de alquiler de protección oficial o de las colmenas humanas en los apartamentos de los edificios de grandes alturas quieran compartir los recuerdos de entreguerra de escritores envejecidos, sus perennes esperanzas socialistas o su congénito desprecio del capitalismo. Pero todo esto no exime de culpabilidad a los escritores británicos que utilizan sus dotes literarias para propagar una fe infundada en el socialismo, exagerando sus perspectivas y llevando adelante la labor de demolición del capitalismo, pasando por alto sus conquistas.

Los novelistas se han servido de este género como de arma propagandista contra un capitalismo que no han sabido comprender. Aunque los gobiernos democráticos no representan necesariamente las opiniones del pueblo, los políticos las atienden cuando parecen apoyar sus inclinaciones. Una de éstas inclinaciones, y de las más importantes, es extender su influencia sobre la economía y sobre otros muchos campos, dejar su marca en la sociedad y asegurarse un lugar en la historia. Sus argumentos fundamentales son los mismos que utilizaron los escritores anteriores y posteriores a Charles Dickens como temas de sus novelas o sus ficciones: los sufrimientos que causa la pobreza. La valoración de los ciudadanos sobre las virtudes y los vicios del capitalismo y del socialismo se ha inclinado, desde hace más de un siglo, en favor del segundo debido a la influencia que ejercen en la opinión pública los dramaturgos, novelistas, poetas y periodistas que se benefician, en general, de las libertades y oportunidades creadas por el primero.

Los John Mortimer, Dennis Potter, Margaret Drabble, Peter Flannery, Harold Pinter y otros muchos autores de la izquierda socialista no tienen su contrapartida en la derecha capitalista, porque todavía son mucho más abundantes los Kingsley Amis y otros que, aunque han abandonado el socialismo, no se sienten inclinados a hacer campaña en favor del capitalismo. Son sorprendentemente superficiales las ideas de la izquierda literaria sobre economía. Sorprendentemente, porque de vez en cuando estos autores toman la precaución de confrontar su argumentación con sus colegas, los economistas socialistas, que podrían añadir alguna mayor hondura a sus fervientes pero escasamente ilustrados escritos. Al igual que lo que George Watson llamó las •sagas• victorianas -Carlyle, Ruskin, Arnold¹²-, también los críticos de postguerra muestran aversión a la industrialización, al mercantilismo y al sistema de libertades económicas que ha rescatado de la pobreza a las masas que dicen defender.

La izquierda literaria denuncia más los síntomas que las causas y su influencia sobre la opinión pública e incluso sobre la política supera con mucho el peso de sus argumentos, porque dramatizan (literal y figurativamente) los defectos del capitalismo e ignoran casi totalmente sus virtudes. Abogan, implícita o explícitamente, por el socialismo, pasando por alto sus fallos y sus puntos débiles. Y lo hacen porque se sienten -así puede argumentarse- más afligidos por las pruebas visibles e inmediatas de la pobreza, la inseguridad, la desigualdad y la injusticia que por las otras, invisibles, subyacentes y sólo perceptibles a largo plazo, de su eliminación gracias a una prosperidad cada vez más amplia y más difundida.

No deja de ser irónico que sea precisamente la prosperidad la que no les convence de los efectos beneficiosos del capitalismo. J. K. Galbraith, economista más célebre ante la opinión pública a causa de su talento que ante los economistas por sus conocimientos sobre la materia, descubre más cosas que condenar en la miseria pública que alabar en la abundancia privada. Y el sociólogo Richard Titmuss aduce el inexplicable argumento de que la pobreza era más soportable cuando estaba más extendida. Una vez más las buenas intenciones han conducido a malos resultados: de la compasión por los pobres han surgido normas y medidas que prolongan su pobreza; la invocación de la igualdad ha ganado apoyos para un socialismo coactivo que ha consolidado las desigualdades; la demanda de libertad ha provocado el recurso a un arte y una cultura politizadas que la destruyen.

La hostilidad literaria hacia el capitalismo ofrece una amplia gama que va desde lo dialéctico a lo emotivo. El profesor Ludwig von Mises, uno de los más destacados representantes de la Escuela austriaca de la economía de mercado y firme y combativo crítico del socialismo, que tan sólo cuatro años después de la Revolución de 1917 alertaba sobre los defectos del socialismo que algunos sólo han llegado a reconocer tras largos años de desdenoso rechazo, volvía sobre este asunto en 1956, en su *The Anti-Capitalistic Mentality*.¹³ El profesor Hayek ha indagado las raíces históricas -o antropológicas- de esta hostilidad anticapitalista: la renuencia cuando se desbordan, en las primitivas comunidades, los contactos

cara a cara y a pequeña escala -a adoptar el tipo de relación indirecta e impersonal exigida para acumular información sobre los deseos y las necesidades de millones de consumidores desconocidos y sobre los servicios de productores también desconocidos, que hacen posible la productividad única de los mercados.¹⁴

La versión moderna de la hostilidad anticapitalista es la confusión entre el deseo de dar rienda suelta a los impulsos generosos -atenciones a los desafortunados, interés por los pobres -y la innegable tendencia a utilizar los talentos personales para obtener rentas y riquezas. Es irónico, pero muy revelador, el espectáculo del rechazo del mercantilismo justamente cuando se están cosechando éxitos comerciales -no en último término a cargo de oferentes de arte y cultura en sus varias formas, que dan la respuesta correcta a estas mismas auténticas fuerzas del mercado que los propios oferentes consideran ofensivas -, porque descubre la irracional preferencia del socialismo sobre el capitalismo, el apoyo prestado al primero a pesar de sus fallos y la oposición frente al segundo, a pesar de sus éxitos.

Alan Ayckbourn, a quien Sheridan Morley ha descrito como •el más prolífico de los comediógrafos británicos y el de mayor éxito comercial•, afirmaba •no ser un antithatcherista enteramente a la moda•, aunque declaraba al mismo tiempo sentirse personalmente afectado• por una •cierta crueldad mercantilista y por la pérdida de valores espirituales que observo a mi alderedor•.¹⁵ Morley se refería a •una época en la que se daba por supuesto que los dramaturgos y novelistas expresarían puntos de vista firmemente antithatcherianos• y exceptuaba a Ayckbourn como •un hombre de opiniones muy personales•. Y, con todo, la instintiva aunque inconsciente técnica de los escritores anticapitalistas es transparente. Han empañado la comprensión del público, desviado su opinión y distorsionado sus preferencias entre capitalismo y socialismo en virtud de su búsqueda de oscuras nubes tras cada plateado reborde. El capitalismo produce riqueza, pero no la distribuye equitativamente. El mercado aumenta la tasa de crecimiento económico, pero siempre hay pobres entre nosotros. Se incita a las personas a hacer el bien, pero se pasa por alto a los más desafortunados. La industria se mueve de las pérdidas a los beneficios, pero devasta el medio ambiente. Los escritores socialistas son contables tuertos, que sólo pueden ver el debe, pero no el haber, de cada balance capitalista, y a la inversa en cada balance socialista. Son los incurables pesimistas que nunca se alegran por tener una botella medio llena, sino que se entristecen porque está medio vacía. Son conservadores culturales que no pueden tolerar el síndrome de abstinencia de reconocer que han llevado una vida de error intelectual.

La prensa contra el pueblo

No está menos acentuada en algunos de los integrantes del •cuarto poder•, la prensa, y más recientemente la radiotelevisión, la predisposición en contra de una correcta comprensión del capitalismo. En general, y con honrosas excepciones, los medios de comunicación colectiva no han des-empeñado bien su misión de ilustrar a los lectores, oyentes y espectadores sobre lo que se pone en juego; a menudo han oscurecido, a través de sus reportajes sobre los acontecimientos diarios y de sus informes semanales, el gran debate en torno al socialismo y el capitalismo. Con mucha frecuencia, las informaciones sobre los sucesos cotidianos carecen de análisis político o de profundización histórica. Se describen los hechos actuales con tintes dramáticos, sin explicación de las causas y sin perspectivas históricas.

La URSS se está embarcando en técnicas capitalistas que pueden convulsionar todo su tejido político. China se está abriendo al mundo exterior, con pasos tortuosos, pero inexorables. Al parecer, los países capitalistas están actuando con suma eficacia para aumentar la producción y elevar el nivel de vida de sus ciudadanos. Los gobiernos de izquierdas, en España, Nueva Zelanda y Francia, están introduciendo técnicas de mercado. Existen clamorosos contrastes entre el Japón capitalista y la India socialista, como existieron entre los ciudadanos libres de Alemania Occidental y los súbditos oprimidos de Alemania Oriental, entre la prosperidad de las capitalistas Hong Kong y Taiwan y el retraso de la China comunista.

Y, sin embargo, muchos de los informes olvidan señalar las vinculaciones entre los acontecimientos externos y las tendencias subyacentes. Omiten señalar que el socialismo agoniza en todas las regiones del mundo, a pesar de los salvavidas políticos, y que asistimos al renacimiento del capitalismo, por encima de un puente de décadas de supresión. La razón principal es que los cambios diarios sobre los que tienen que informar están creando un mundo que los reporteros habían enseñado a vilipendiar. El capitalismo que están viendo emerger contradice aquel socialismo al que habían otorgado todas sus simpatías. Su lealtad no fue, a menudo, doctrinaria. No siempre estos periodistas se alineaban con la izquierda; pero algunos o muchos de ellos habían vivido y crecido en un mundo de instituciones o de valores del que les habían afirmado que estaba muerto o agonizante.

Existen reportajes muy estimables, algunos de ellos escritos desde el escenario mismo de los hechos, sobre evoluciones en los países socialistas que avanzan hacia las instituciones capitalistas o al menos no las suprimen violentamente.¹⁶ Pero los libros presionados por la urgente necesidad de informar sobre acontecimientos del momento envejecen rápidamente. De los sucesos más recientes sólo hablan, en un mundo en rápida transformación, la prensa diaria y la radiotelevisión. Un historiador ha dicho que la prensa puede ofrecer a menudo un material de valor inapreciable acerca de las percepciones, las interpretaciones, los estados de

ánimo, las secuencias y los hechos contemporáneos y que es uno de los recursos a que menos acuden los analistas. Y dado que es, si no la única, sí la más importante fuente para el conocimiento de la historia actual, su influencia es enorme.

Durante los trabajos preliminares para la redacción del presente libro, y con el propósito de averiguar cómo habían visto los cambios del socialismo al capitalismo sus más directos observadores, seguí, desde mayo a octubre de 1988, las informaciones de cuatro de los más prestigiosos y serios periódicos británicos. Resultaban muy reveladoras las opiniones e interpretaciones tanto de los editoriales como de los artículos de la redacción y de las columnas de los colaboradores. Aunque todos admitían la existencia de una corriente dominante que empujaba desde el socialismo hacia el capitalismo, los editores, redactores y colaboradores daban la impresión de que pensaban que habían sido los socialistas, tanto de la URSS como de Gran Bretaña, quienes habían descubierto nuevas verdades. Que se trataba de verdades muy antiguas, durante mucho tiempo suprimidas o minimizadas por la doctrina socialista, parecía despertar menos atención que el hecho de que fueran los socialistas quienes las habían reconocido, al fin, como tales.

The Sunday Times admitía con absoluta franqueza en sus editoriales las nuevas tendencias de la política y la economía. Daba cabida en sus páginas a una columna, firmada por el antiguo diputado laborista Brian Walden, que había captado desde tiempo atrás la verdadera significación del fenómeno y publicaba artículos de fondo que destacaban las ventajas de la evolución del capitalismo, en vez de dedicarse a lamentar sus desventajas. Pero es palpable la dificultad con que topan los escritores que se han equivocado en el pasado a la hora de interpretar el futuro. Y así, columnistas como Martin Jacques, del Marxism Today, o el profesor Ben Pimlott, politólogo socialista, explicaban con absoluta seguridad por qué el mundo se desplazaba hacia el capitalismo y cómo los partidos que seguían apostando por el socialismo preservarían mejor los plateados rebordes de la compasión y del sentimiento comunitario de sus nubes capitalistas del centralismo autocrático y la degradación medioambiental.

De los cuatro diarios, The Guardian, a quien estimé en mi juventud como guardián de los principios liberales, era el que con mayor obsesión insistía en las debilidades o abusos, reales, imaginados o exagerados, del thatcherismo en cuanto exponente del liberalismo, y sólo a su pesar y hoscamente reconocía sus beneficios. El diario no establecía una clara distinción entre los logros políticos del gobierno al adoptar medidas orientadas al mercado y las conquistas analíticas del liberalismo económico que creó el mercado. En sus páginas se atacaba a aquel de los dos -mercado o thatcherismo- que parecía más vulnerable en el tema debatido. The Guardian parecía estar al servicio de todos los desafectos y malhumorados, de los socialistas de mentalidad conservadora incapaces de percibir las nuevas orientaciones del pensamiento económico o de las normas políticas de la última década, del eterno estudiante entregado al

vicio de su protesta •contra el gobierno• y al rechazo del orden establecido y del esteta afligido por la nueva atención prestada a los costes de los servicios públicos• antes de evaluar sus beneficios. El periódico transitaba por el fácil camino de vivir de los residuos de lectores, todavía muy numerosos, pero aduciendo argumentos cada vez más dictados por la irritación y el despecho, demasiado inficionados por su aversión al capitalismo, haga lo que haga en favor de la clase obrera, o demasiado viejos para ver cómo el mundo se está transformando ante sus propios ojos y alejándose de los sueños de su juventud.

The Daily Telegraph ha cambiado, salvo algunas excepciones entre sus colaboradores, desde la generosa dirección de Maurice Green, Colin Welch y W.E. Deedes en los 20 años transcurridos entre 1965 y 1985, cuando navegaba con buen viento, a diversos artículos, auténticamente anticonservadores, de colaboradores externos. El periódico me ofreció la oportunidad de publicar en sus páginas 65 artículos de fondo en los que expuse los argumentos a favor de la reforma que hoy son ya lugares comunes, si no (todavía) incorporados a la legislación. Desgraciadamente, bajo la batuta de un nuevo director, todo su afán parece consistir en complacer a tories más atentos a lo políticamente oportuno (camuflado de •políticamente posible•) que a lo políticamente deseable, con la opresora implicación de considerar que casi todo cuanto hace un gobierno conservador es probablemente lo mejor.

The Independent ofrecía la ventaja de la diversidad y el peligro de la confusión. En él, los artículos de fondo contradecían al (o eran contradichos por el) cuerpo de redacción. Las opiniones vertidas en sus editoriales eran de ordinario de mayor calidad que los prejuicios de sus colaboradores, especialmente en los temas de la educación, los servicios médicos y otros aspectos del bienestar. Este juicio es aplicable sobre todo a la columna sobre tendencias políticas del socialista Peter Kellner, antiguo colaborador del New Statesman, que supo advertir los puntos débiles del socialismo y la necesidad del mercado, pero que se aferró a la creencia de que las suspicacias de los socialistas frente al mismo conseguirían un gobierno que, aunque por supuesto basado en el mercado, sería mejor que el de la nueva derecha conservadora inspirada en el liberalismo.

La confianza de los lectores en la orientación general del periódico se veía algunas veces sacudida por la incertidumbre, ya sea que los directores consideraran al cuerpo de redacción como molestos provocadores o como bufones con licencia. Había días en que los editoriales parecían indicar que el director no tenía en muy alta estima la capacidad de juicio y hasta el sentido común de sus colaboradores. En el tema central de la tendencia desde el socialismo al capitalismo en Gran Bretaña y en el extranjero, el periódico daba con frecuencia la impresión de defender todas las opiniones de todas las personas. Peor aún, a veces corría el peligro de verse descartado a causa de su pretensión de •imparcialidad entre el bien y el mal•.

The Times era el que elegía las opciones más acertadas en un mercado de prensa libre. Sus editoriales eran (y siguen siendo) los mejor informados sobre las implicaciones filosóficas subyacentes a los sucesos de la vida cotidiana. Sus artículos ofrecen opiniones más variadas, pero sus críticas al capitalismo no ignoran que tienen que enfrentarse a ciertos problemas. Por lo demás, sus páginas me han proporcionado más y mejores ejemplos de medidas de política económica a los que prestar atención en este libro.

Los directivos de las cadenas ITV y BBC niegan que exista en la radio-televisión un sesgo anticapitalista generalizado y que, en todo caso, no apuntaría contra el sistema político-económico del capitalismo en sí cuanto más bien contra las deficiencias que se le atribuyen: egoísmo, materialismo, mercantilismo, preferencia por los ricos frente a los pobres, por los triunfadores frente a los ciudadanos de a pie, por la opulencia privada frente a la escasez pública, abandono de los ancianos y los pobres, los impedidos, los ciegos y los cojos, bárbara negligencia del gobierno conservador en el terreno artístico y, en fin, pertinaces agresiones contra el medio ambiente. Pero aun admitiendo que no exista esta difusa animadversión, son palpables los prejuicios de sus productores e interventores, también aquí con algunas preclaras excepciones.

En cierto sentido, esta conducta es predecible. Los males del capitalismo permiten programas más dramáticos que sus bienes. Es más fácil encontrar testimonios, desde jubilados, pasando por agricultores, a vicescandalleros de universidad, que sufren pérdidas a consecuencia de los efectos inmediatos y directos que tiene sobre sus rentas personales la liberalización gubernamental, que de quienes obtienen, a fin de cuentas, beneficios, aunque sean indirectos, en virtud de la prospectiva de los precios o de los efectos de los incentivos que impulsan a la industria hacia más altas cotas de eficiencia y hacia una mayor productividad.

La difusión del capitalismo

Ahora, cuando el inevitable colapso del capitalismo a causa de sus contradicciones estructurales ha dejado de ser uno de los dogmas centrales de la ortodoxia socialista, resulta poco probable que la opinión, el prejuicio o la mentalidad anticapitalista, ya sea sincera o cínicamente sustentada, pueda por sí sola provocar su defunción. El socialismo ha mostrado sus fallos y el capitalismo sus triunfos ante la mirada de todos los pueblos de la tierra. La popularidad acrítica de que gozó el socialismo en el pasado siglo se basaba en buena parte en el contraste entre el capitalismo tal como se le experimentaba de hecho, con todos sus defectos (punto en el que muy pocas veces los socialistas se preguntaban si tales fallos surgían de la esencia misma del capitalismo o se los imponía desde fuera el proceso político) y el socialismo descrito con rasgos ideales y con imaginadas virtudes.

En un mundo tejido de incertidumbres, ningún sistema político-económico es en sí mismo y para siempre absolutamente indispensable. Pero si nos circunscribimos a un futuro previsible, entonces, a la luz de las tendencias actuales y de su curso probable, existen sólidas razones para afirmar que el colapso del capitalismo no es inevitable, que el socialismo es menos inevitable que el capitalismo y que tanto los fieles del socialismo como los ciudadanos sin filiación política deberán contemplar, estudiar y asimilar la probabilidad de que el capitalismo adquiera en el futuro mayor poder y difusión aún en todas las regiones del planeta.

El tema relevante de nuestra vida, de nuestros días y de nuestra época es que el capitalismo ha llegado a ser inevitable en un número cada vez mayor de países. Es posible que cambios tecnológicos hoy inimaginables permitan de nuevo, en parte ya en el siglo XXI, el funcionamiento de industrias de amplia escala incluso mejor dirigidas por el gobierno que por el mercado. Las mentes de tendencia socialista pueden elaborar ya desde ahora nuevos argumentos para suprimir a los consumidores en los mercados y para aumentar el número de los políticos en el gobierno. Ahora parece alegarse una supuesta incapacidad del mercado para salvaguardar los sentimientos comunitarios o para proteger el medio ambiente o la conservación de la naturaleza, dejando de lado los ya desacreditados argumentos sobre riqueza y miseria, inflación y desempleo, desigualdad y pobreza. Pero si hemos de atenernos a la experiencia de los años de la postguerra o de todo el siglo pasado, será más difícil vender el socialismo a las masas, pues saben que acarrea más coacción que compasión, que provoca penuria en un mundo de prosperidad capitalista y que formula, una vez más, promesas infundadas de que lo hará mejor, frente a la evidencia de los éxitos capitalistas.

La marea de Adam Smith, de los fabianos y de Hayek

El profesor Milton Friedman, figura respetada del nuevo liberalismo y Premio Nobel de Economía, ha dicho, en un libro escrito en colaboración con su mujer, Rose Friedman, que «los cambios importantes en los sistemas sociales y económicos están precedidos por un desplazamiento en el clima de la opinión intelectual, generado a su vez, al menos en parte, por las circunstancias sociales, políticas y económicas» (las cursivas en el original).¹⁷ El desplazamiento de opinión, dicen los Friedman, es a modo de una marea que retrocede tras un avance, un reflujo tras el flujo (la «marea hacia los negocios de los hombres» de que habla Shakespeare en *Julio César*). Se registró primero el avance de la opinión liberal (en su sentido europeo) entre los cuerpos docentes universitarios, con escaso impacto sobre los programas políticos. Tras un lapso de quizá varios decenios, la onda pareció llegar hasta el público, cuya presión sobre el gobierno forzó cambios en la política. Pero una vez que la marea alcanzó su

cima en los acontecimientos subsiguientes, inició su reflujo en el mundo de las ideas, porque las promesas intelectuales tienden a lo utópico: defraudan las expectativas. El ciclo de avance y retroceso de la opinión liberal vuelve a repetirse, por ejemplo, en el cambio del liberalismo económico del *laissez-faire* del siglo XIX (la marea de Adam Smith) al Estado de bienestar (la marea fabiana) de los primeros años del siglo XX y a continuación al actual liberalismo económico de libre mercado de los últimos años de este mismo siglo (la marea de Hayek).

Los discípulos liberales de Friedman han utilizado este argumento como llamada de atención. Hay -dicen- razones para la confianza, pero no para la complacencia. El lapso temporal entre las anteriores mareas sugiere que el presente flujo (últimos años 80 y primeros 90) hacia la opinión liberal está en la mitad de su curso y que las medidas de tipo hayekiano se encuentran en sus primeras fases. Tal vez se ha alcanzado ya la cresta de la ola en la opinión pública, pero aún está por llegar en el campo de las medidas políticas. De todas formas, en los tramos del tiempo y del espacio humanos, la libertad política ha sido lo excepcional: «la tiranía, la esclavitud y la miseria» han sido los habituales compañeros de camino de la especie humana. En el lenguaje de este libro, lo usual en la historia humana ha sido el socialismo bajo sus diversas formas. El capitalismo ha constituido la excepción.

Los Friedman recurrieron a la viva metáfora de un poeta inglés para expresar con mayor vigor su hipótesis político-económica y para recomendar precaución frente a la complacencia: la experiencia enseña que la contrarrevolución liberal para abolir la tiranía socialista no ha conseguido aún el triunfo definitivo. Los liberales han contraído una deuda de gratitud con los Friedman por el refuerzo intelectual con que han fortalecido su causa. Sus beneficiosas externalidades son incalculables y el mercado no tiene medios para medirlas, lo que no impide que los pensadores liberales den muestras voluntarias de su gratitud. El consejo de los Friedman llega en el momento justo. Sería, en efecto, muy comprensible un toque de complacencia en el caso de los políticos liberales que advierten que, al cabo de 40 años de erróneas medidas de tipo socialista, se alzan, al fin, con la victoria.

Algunos historiadores, entre ellos Lord Blake, han hablado de un cambio mucho más fundamental en la dirección seguida desde hace un siglo por los gobiernos británicos. A quienes la izquierda llam *thatcherianos* políticos se les podría perdonar cierto sentimiento de triunfo sobre su enemigo político, el Partido Laborista, con sus controles estatales, sus nacionalizaciones, su burocracia, su elevada fiscalidad y el regusto generalizado por las regulaciones, supresiones y coacciones, que se mantienen en pie a pesar de la aceptación nominal del mercado. Los académicos liberales pueden aplaudir debidamente los triunfos alcanzados por los conservadores de la señora Thatcher en la tarea del restablecimiento, doctrinal o pragmático, del capitalismo de mercado en los diez años hasta ahora transcurridos, y no en último término los alcanzados en el campo de la desocialización (privatización), que muy pocos supieron pronosticar.

Apenas se ha iniciado la demolición de aquel socialismo obsoleto, innecesario y opresivo de la postguerra aprobado por todos los partidos políticos británicos. Pero tanto si sus medidas administrativas triunfan como si fracasan, los nuevos conservadores liberales han demostrado, sobre todo, que ni las instituciones ni las costumbres socialistas estaban tan profundamente enraizadas como se temía y como los socialistas esperaban en el secreto de sus corazones. El socialismo no es inevitable, ni técnicamente, en contra de lo que enseñaba Marx, ni políticamente, como ha demostrado la señora Thatcher.

Pero los liberales pueden exhibir razones de más hondas raíces en favor de su causa. Para que se imponga el liberalismo económico es preciso que se alce con el triunfo, durante varias elecciones generales, un partido que parece prestar atento oído a sus consejos. Ya sea -como podría decir hoy día Keynes- la victoria del programa liberal sobre las concepciones socialistas, o -como insistiría Marx- la de los intereses creados de una nueva clase, la gente que ha conseguido elevarse por encima de sus humildes orígenes sociales, o -Como sugeriría John Stuart Mill- la del accidente de •la circunstancia conspiradora•, el hecho es que Gran Bretaña ha estado regida, por vez primera en el siglo XX desde los días del último gobierno liberal de Gladstone en 1892-1894, por una Primera Ministra capaz de hacer frente a los peligros del socialismo y por gobiernos lo bastante desembarazados de las secuelas de la guerra y de la depresión como para reorganizar la sociedad de acuerdo con un modelo liberal, más aún, libertario.

La historia dirá hasta qué punto fueron los nuevos conservadores liberales quienes se pusieron a la cabeza de las fuerzas del mercado para restablecer el capitalismo y en qué medida estas fuerzas allanaron el camino para crear las condiciones de oferta y demanda que hacen electoralmente rentable la liberalización económica. Por ahora, ha sido la política industrial la que ha impulsado las fuerzas del mercado, mientras que la política de bienestar se ha quedado muy rezagada.

Ganen o no los nuevos conservadores una cuarta convocatoria, es evidente que sus oponentes laboristas de la cosecha del 70 no volverán a gobernar en Gran Bretaña en un futuro previsible. Han cambiado los programas que proclaman; no se sabe bien qué harán si alcanzan el poder. El Partido Laborista de los años 80 y 90 puede muy bien seguir lanzando los gritos de guerra del socialismo, pero se está empapando de las lecciones y las instituciones del capitalismo. Tal vez entre las felices consecuencias del abandono del socialismo pueda enumerarse la circunstancia de que ahora el capitalismo se halla en manos de los políticos británicos más a salvo que en épocas anteriores, no sólo porque algunos lo prefieren en el plano filosófico, sino también -y acaso sobre todo- porque es políticamente más •posible•, más indispensable y más útil para ganar votos.

Resulta difícil creer que los pueblos del Este y del Oeste que han sido capaces de influir en sus propias condiciones de vida estén dispuestos a repetir, a ciencia y conciencia, los errores del pasado. Ni es menos dificultoso suponer que las deficiencias del sistema gremial, del mercantilismo, del sindicalismo, del corporativismo, del municipalismo y de las nacionalizaciones puedan proporcionar votos a los políticos de ningún partido. Los

políticos de la izquierda están comenzando a abandonar el socialismo no sólo porque ha fracasado como método económico sino también porque advierten que ha decepcionado al pueblo. Los ciudadanos no parecen fácilmente dispuestos a seguir depositando su confianza en un sistema que ha fallado a lo largo de un siglo, desde los años 1880 a los 1990. Y, sin embargo, el proceso político, en el que se toman las decisiones con radical ignorancia y, en todo caso, con irresponsabilidad, es capaz de devolver la vitalidad a un sistema político que, irónicamente, no haría otra cosa que frustrar las aspiraciones económicas básicas de sus votantes.

El aumento del número de personas que saben leer y escribir generado por el capitalismo está ampliando el radio de eficacia de este sistema. Este mayor nivel de instrucción se refuerza gracias a la acelerada mejora de las comunicaciones, que los países capitalistas han asimilado mejor que los socialistas. Ahora que el tamaño de un aparato de radio no se mide ya por pies, sino por pulgadas, es imposible seguir ocultando a los habitantes de los regímenes socialistas que el mundo capitalista disfruta de niveles de vida cuatro o cinco veces más elevados. No ha sido Gorbachov quien ha empujado a los rusos a la perestroika (reestructuración), sino la glasnost (transparencia) de Occidente.

El *embourgeoisement* funciona, tanto en los países capitalistas como en los socialistas, no al modo del flujo y reflujo de la marea shakesperiana, sino como una curva ascendente, que registra oscilaciones, pero se mueve siempre hacia arriba. Así lo ha venido haciendo desde los días de la Revolución Industrial y no hay razones para suponer que vaya a detenerse o dar marcha atrás. Desde aquí se explica la existencia de una amplia gama de mercados operativos, conocidos bajo diversos nombres, desde mercado negro a economía sumergida, unos ilegales, tolerados otros, que tanto más se multiplican cuanto más se reprimen los mercados blancos oficiales. Son precisamente estos mercados negros los que ayudan a hacer soportables los sistemas socialistas, a la espera de ser sustituidos por los legales, como está ocurriendo, y cada vez más rápidamente, en los años 90.

Son muchos los países en los que el pueblo ha experimentado, por vez primera en su historia, o ha oído hablar de mercados y de libertades y de los superiores niveles de vida que pueden aportar. Una vez que estos ciudadanos de los años 90 los alcanzan, ya no se parecen en nada a sus abuelos o sus padres, que no los tuvieron, ni están dispuestos a abandonarlos a cambio de la promesa de que el Estado lo hará mejor. La auténtica demostración de que el capitalismo se impondrá inevitablemente en todo el mundo es la aportada por la prosperidad de las capitalistas América, Alemania Occidental, Japón, Singapur y Hong Kong, por la aceptación de este sistema en los gobiernos de «izquierdas» de Nueva Zelanda, Australia y España y por la tardía confesión socialista del fallo del Estado en Portugal, Finlandia, Austria, Argentina e incluso en Nicaragua.

Notas

1. Antonio Gramsci, en David Forgacs (dir.), *A Gramsci Reader: Selected Writings 1916-35*, Lawrence & Wishart, 1988.
2. V.I. Lenin, *Estado y revolución*, 1919.
3. Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, 1857.
4. "Alee Nove, *The Economics of Feasible Socialism*, Allen & Unwin, 1983.
5. *Ibidem*
6. Andrew Glyn, "Marxist economics", en John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newnham (eds), *New Palgrave Dictionary of Economics*, Macmillan, 1987, vol. 3, p. 394.
7. *Ibidem*
8. Martin Jacques et al., "Facing up to the future", *Marxism Today*; septiembre de 1988.
9. *The British Road to Socialism*, 1977.
10. Jacques et al., "Facing up to the future", p. 2.
11. *Ibidem*
12. George Watson, *The English Ideology: the Language of Victorian Politics*, Allen Lane, 1973.
13. Ludwig von Mises, *The Anti-Capitalist Mentality*, Van Nostrand, 1956. [Ed. española: *La mentalidad anticapitalista*, Unión Editorial, 1983.]
14. Friedrich Hayek, *The Fatal Conceit*, Routledge, 1988. (Ed. española: *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, 1990.)
15. Alan Ayckbourn, en "A cold eye on the Thatcher scene", perfil trazado por Sheridan Morley, en *Sunday Telegraph*, 20 de noviembre de 1988.
16. Philip Short, *The Dragon and the Bear*, Hodder & Stoughton, 1982; Michael Binyon, *Life in Russia*, Hamish Hamilton, 1983; Hedrick Smith, *The Russians*, Ballantine, 1976.
17. Milton Friedman y Rose Friedman, "The tide in the affairs of men", en *Thinking About America: The United States in the 1990s*, Hoover Institution, 1989.

Capítulo IV

EL RETORNO Y AVANCE HACIA EL CAPITALISMO

Servicios tales como la educación, la salud, la electricidad, las telecomunicaciones, los transportes, el agua ... pueden ser proporcionados por empresas privadas a precios y calidades competitivos ...

GABRIEL ROTH
The Private Provision of Public Services
in Developing Countries

... las dificultades económicas forzarán al Kremlin a avanzar con mayor determinación y rapidez hacia la economía de mercado.

VLADIMIR BUKOVSKY
Can the Soviet System Survive Reform?

La fortaleza del sistema capitalista de Hong Kong garantiza su supervivencia más eficazmente que la Declaración Conjunta chino-británica de 1984 [en la que se acordaba prolongar el libre mercado durante 50 años después de la marcha de los británicos, prevista para 1997].

ZHOU NAN
Viceministro de Asuntos Exteriores de China (The Times, 6 de marzo de 1989)

Durante más de un siglo, el socialismo ha sido manantial de inspiración del credo revolucionario que alimentaba las esperanzas del género humano, mientras que el capitalismo encarnaba el régimen defensivo y desaprensivo que protegía las riquezas de los opulentos. Los historiadores del siglo XX dejarán constancia de que en los años 1980 y 1990 se registró un climaterio intelectual que invirtió los papeles. El capitalismo pasó a ser el salvador de las masas y se descubrió, al fin, que el socialismo era el instrumento del poder político. Se desechó el sistema socialista (en todo, salvo en el nombre) como conservador, reaccionario, inmovilista; se acogió el capitalismo como liberador, progresista, revolucionario.

The Capitalist Revolution del profesor Peter Berger¹ era, en 1987, un título enérgico y seguro de sí, que podía marcar el fin de la era de las dis-culpas de la intelligentsia liberal. Muchos de sus miembros se han desplazado desde adhesiones prudentes a otras más resueltas a la causa del capitalismo. Los títulos de sus obras eran, en los años 50 y 60, e incluso en los 70, de cariz más bien defensivo, cauto o quejumbroso. A todos ellos precedió, en 1942, el *Capitalism, Socialism and Democracy* de Joseph Schumpeter,² obra pesimista (aunque abiertamente partidaria del capitalismo liberal), porque no acertaba a ver que el capitalismo tuviera futuro, debido a que, como les ocurría a otros muchos analistas, su autor estaba excesivamente preocupado por las inquietudes características de la clase intelectual. No pudo, por consiguiente, anticipar la degeneración del socialismo y el resurgimiento del capitalismo popular entre las masas. Schumpeter se hizo acreedor a la reprensión del profesor Arnold Heertje, de la universidad de Amsterdam: •Ha habido mucho más espacio para la actividad empresarial dinámica del que [Schumpeter] previó ...•³ Tan sólo dos años más tarde, en 1944, Hayek afirmaba rotundamente, en *The Road to Serf dom*,⁴ tras un clarividente análisis de las consecuencias del socialismo, la superioridad del sistema capitalista. En 1962, el nada aconplejado matrimonio Milton y Rose Friedman publicaba su obra *Capitalism and Freedom*⁵ (las mayúsculas intentaban subrayar la estrecha vinculación entre el capitalismo y la libertad). Era, en cambio, tibio el apoyo prestado en 1970 por Irving Kristol y Daniel Bell en *Capitalism Today*, y por Kristol en 1978 en *Two Cheers for Capitalism*.⁶ Todavía en la tardía fecha de 1979 publicaba Ernest van der Haag siete ensayos en los que analizaba *Capitalism: Sources of Hostility*. Aquel mismo año se preguntaba el resuelto norteamericano Ben Rogge *Can Capitalism Survive?*⁷ Por aquel entonces no era mucho lo que se esperaba del capitalismo, también, y precisamente, entre los intelectuales simpatizantes o convencidos. Carecían del instinto del ciudadano común.

Otros estudiosos, que declaraban tener confianza en el futuro de este sistema y daban a sus libros títulos más significativos, se exponían al riesgo (y, de hecho, con frecuencia sucumbían a él) de convertirse en objeto de burla de los por aquel entonces todavía optimistas abogados del socialismo. Hayek, Robbins, Jewkes, Friedman, Stigler y otros miembros de la Sociedad Mont Pelerin abrazaron el capitalismo en sus textos académicos, a veces bajo títulos técnicos. Pero sólo unos pocos izaron la bandera. El inequívoco *Ali Capitalists Now*, publicado en 1960 por Graham Hutton, réplica literal y confiada al •We are all socialists now• de Sir William Harcourt en 1895, fue una de las primeras afinaciones categóricas, en el tono general de los •Papeles• del IBA, que superaban, a mediados de los años 80, los 350 títulos.⁸

La perspectiva intelectual de los años 90 señala una marea ascendente de libros que muestran dónde y por qué el siglo del socialismo está siendo sustituido por una era de capitalismo, que retorna de nuevo o emerge por vez primera bajo diversas formas y con diferentes ritmos en todos los continentes.

Pero las palabras no deben encubrir los hechos. La emocionada apelación al socialismo tiene todavía el suficiente atractivo para permitir a los políticos mantenerse en el poder sobre una plataforma socialista, introduciendo las dosis de capitalismo indispensables para apuntalar los puntos débiles de su economía y para proporcionar a sus pueblos los niveles de vida que esperan. Sólo que las seducciones de la etiqueta socialista pueden desvanecerse con mucha mayor rapidez de cuanto los historiadores estiman. En Gran Bretaña, que guió –o descarrió– al mundo con sus doctrinas socialistas, desde los marxistas a los fabianos, han bastado 10 años de gobiernos capitalistas para poner al pueblo al corriente del nuevo lenguaje del capitalismo popular: competencia en los mercados, beneficios, participaciones y otros conceptos e ideas similares, durante largo tiempo ignorados o anatematizados por los intelectuales del socialismo.

Tal vez los historiadores de la lingüística tengan que enfrentarse con un raro caso cuando analicen los cambios de lenguaje de los años 80. Geoffrey Sampson, profesor de lingüística en la universidad de Leed, escribió en 1984 *An End to Allegiance* para proporcionar una guía al nuevo pensamiento del –más importante movimiento político de nuestros días ... formado por los nuevos liberales ... [que] anuncia la más significativa ruptura en la línea continua de la evolución política desde hace más de 100 años.⁹ Y los historiadores de la política podrán conceder sus galardones a los ministros que, bajo la jefatura de una Primera Ministra, enseñaron a los británicos el nuevo lenguaje del liberalismo económico: Howe, Joseph, Lawson, Tebbit, Ridley, Young y otros más.

Tras haber condenado a determinados periódicos, me considero obligado a aplaudir (aunque no coincida totalmente con sus opiniones) a algunos directores que han abierto el camino hacia una valoración más positiva del capitalismo: a Samuel Brittan, decano de los directores especializados; a Peter Jay, hijo del ministro socialista Douglas Jay y yerno del Primer Ministro laborista William Rees-Mogg (más tarde lord), conservador que trocó su inicial escepticismo en admiración por el nuevo pensamiento liberal; a Bernard Lewin, extraño caso de conversión de un escritor socialista; a Andrew Alexander, brillante pluma no suficientemente valorada por los conservadores; a Russell Lewis, periodista clarividente, que supo hacer buen uso de sus conocimientos económicos; y a otros muchos de la prensa de provincias, entre ellos, y no en último lugar, a Bernard Dineen, del *the Yorkshire Post*, uno de los que primero supieron comprender el nuevo liberalismo.

Capitalismo alrededor de todos los continentes

El capitalismo puede retornar antes en los países de cultura occidental de los que fue expulsado en virtud de un proceso político que, con discutible apoyo electoral, nacionalizó la industria y socializó el bienestar. Pudo instalarse más rápidamente en la Alemania devastada

por la guerra o en los nuevos países industrializados porque, como ha razonado el profesor Mancur Olson, en ellos eran menores los intereses creados de la industria corporativa, de las asociaciones profesionales o de los sindicatos capaces de oponerse a las innovaciones.¹⁰

América del Sur ofrece, de fonna inesperada, un escenario del desarrollo del capitalismo. Las informaciones de Hernando de Soto¹¹ sobre la notable expansión de los mercados capitalistas sumergidos de bienes y servicios en Perú, en sustitución de la ineficacia y la corrupción de la economía social oficial y politizada, se están propagando por todo el continente a pesar de las superficiales seducciones de la teología de la liberación y de las mofas que la izquierda ha vertido sobre los economistas de Chicago, que fueron ministros en Chile bajo el general Pinochet. Es muy posible que aumente rápidamente la atracción que ejercen los mercados libres sobre los agricultores y comerciantes de las nuevas repúblicas africanas cuando, como han indicado hace ya varios años los profesores Lord Bauer y Basil Yamey, empiecen a descubrir que no se cumplen las promesas que les hicieron sus líderes socialistas.

Donde mejor se demuestra la fortaleza interna y la vitalidad independiente del capitalismo es en su actual retomo, gradual, tortuoso, pero irresistible, en Rusia y sus colonias y en China, a pesar del trauma de la plaza de Tiananmen.

La URSS ha sido la primera sociedad socialista •científica• del mundo. Estaba destinada a señalar el camino hacia la emancipación del género humano mediante la abolición, bajo el comunismo, de la escasez, de la lucha de clases y de las guerras. Si el capitalismo es capaz de retornar a las dos sociedades socialistas más pobladas de la Tierra, a despecho de intereses creados de políticos, militares y burócratas, que intentan ofrecerle resistencia tras décadas de consolidación, entonces cabe esperar confiadamente su regreso a cualquier punto del planeta con menor resistencia y mayor acogida popular. Aquí radica la importancia del análisis de las razones que están impulsando a la URSS y a China a buscar medios y remedios para salir de sus estructuras socialistas, a deshelar y liberar su capacidad productiva mediante la introducción de técnicas capitalistas, aunque determinadas decisiones puedan justificarse por ser aceptables en el plano político. Parecen formidables las tentativas por bloquear o paralizar los cambios que implica el paso del socialismo al capitalismo y se diría incalculable el tiempo necesario para neutralizarlas. Pero si, como parece probable e inevitable, el capitalismo retoma a Rusia y sus colonias al cabo de 70 o de 80 años de socialismo soviético, y si se difunde en China, tras 40 años de represión maoísta, puede también esperarse su retomo, o su aparición y desarrollo, en otros países y continentes con menos desorganizaciones o dislocaciones y con menores riesgos de guerras civiles.

La necesidad del capitalismo ha sido incluso mejor entendida en China que en la URSS. Las centenarias tradiciones comerciales, el mecanismo mercantilista y la cohesión de la familia en China se vieron suprimidos en este país sólo durante 4 decenios. Así, pues, el capitalismo

retoma tras un corto interludio. Se requerirán la organización y las inversiones capitalistas en el Tercer Mundo de Asia, África y Sudamérica, donde la experiencia socialista bajo dictaduras civiles o militares ha hundido los niveles de vida por debajo de los habituales en los países de Occidente.

Mientras se da la bienvenida al capitalismo en los continentes del Tercer Mundo, donde sus primeros pasos se vieron prematuramente reprimidos en las antiguas colonias británicas de África por las distintas variedades del socialismo, retomará con renovado vigor a los países industrializados de culturas occidentales, como Australia, Nueva Zelanda, Canadá y la República Sudafricana. En algunos de ellos había sido parcialmente desplazado por alguna de las diversas especies socialdemócratas de los Partidos Laborista, Liberal y Conservador. Se aplicará también la organización capitalista a las industrias y los servicios de bienestar socializados (nacionalizados) de otros países, por lo demás capitalistas, de Europa y América. La desocialización (privatización) podrá hacerse más urgente cuando el contraste con el rápido progreso de las nuevas y vigorosas industrias competitivas basadas en el mercado demuestre que la industria pesada y los servicios de bienestar socializados de Occidente no alcanzan los niveles de innovación e inversión de inspiración capitalista.

Por doquier se consideran ejemplares y sin par en la historia los progresos de los pequeños milagros económicos• de Asia. La.s críticas socialistas a sus políticas encuentran oídos sordos en las policromas y bulliciosas calles de Hong Kong, Taipei y Singapur. Las objeciones de tipo humanitario contra la restricción de las libertades enunciadas en Occidente serán más prestamente atendidas en los milagros capitalistas de Asia que en las autocracias socialistas de África, porque el mercado trabaja mejor bajo climas de libertad, tanto política como económica. En los países socialista-laboristas de los antiguos Dominios Británicos, Australia y Nueva Zelanda, el capitalismo está presionando, por necesidad económica, sobre los políticos que temen perder el poder en beneficio de sus rivales no socialistas que, totalmente desembarazados del dogma del socialismo, reconocen sin ambages la superior capacidad del mercado para elevar los niveles de vida.

Las resistencias al retomo del capitalismo o a su implantación por vez primera no proceden, ni en el Este ni en el Oeste, del pueblo, que desea mejores niveles de vida, sino de los políticos de inclinaciones socialistas de los diferentes partidos, que saben bien que el mercado les ofrece menos campo de juego para el ejercicio de su poder. Los líderes de los milagros económicos de Asia están interesados, ante todo y sobre todo, por la eficacia económica, como justificación de su poder; la penuria les pondría en peligro. Cuanto más libres son sus mercados, menor es su autoridad política, pero a pesar de ello llevan adelante su proceso de liberalización. (Uno de estos dirigentes ha sugerido la edición ampliada de una de las publicaciones del IEA¹² para sus centros de enseñanza.) A pesar de sus equivocaciones, la China comunista tolerará la existencia de un Hong Kong capitalista también después de

1997, y no sólo como lazo de unión con el mundo capitalista, sino como prueba de hasta qué punto es preciso abrazar el capitalismo para elevar los niveles de vida y para conservar su influencia en los asuntos mundiales. Corre así el riesgo de suscitar la emulación de la China continental, lo que debilitaría el poder político comunista, pero resulta menos aceptable aún el riesgo de un eclipse en el escenario internacional.

El retorno del capitalismo ruso

El retorno del capitalismo a la URSS, tanto en las regiones rusas como en las dependencias no rusas, se ha visto acelerado en los años 80 no por la voluntad de sus dirigentes sino por las evidentes pruebas de la indeclinable superioridad del capitalismo, por la presión política derivada del contraste con el sistema capitalista.

Tras una prometedora, aunque poco conocida, floreciente juventud, de unos 30 años de duración, entre 1880 y 1917, el capitalismo fue destruido, cuando ya había alcanzado la madurez, por las leyes, el poder militar y la supresión violenta. Pero se resistió a desaparecer. Tuvo una fugaz reaparición tolerada merced a la pragmática Nueva Política Económica (NPE) de Lenin en los años 1920. Incluso durante los 25 años de reinado del terror estalinista, de 1929 a 1953, sobrevivió subterráneamente bajo diversas formas y en diferentes grados. En los años 50 emergió hasta la superficie en algunas discusiones académicas de ensayo sobre el tema de si eran deseables, o incluso necesarios, los mercados, los precios y los beneficios. Retornó en los años 80, ya con mecenazgo oficial, bajo denominaciones doctrinalmente discretas y con la tácita bendición de Lenin. Se abandonaba, al fin, el callejón sin salida del socialismo soviético.

Es muy poco lo que los escritores socialistas han dado a conocer sobre la tumultuosa etapa del capitalismo en los años 20. Hasta la llegada de Gorbachov, los dirigentes rusos no estaban dispuestos a reconocer las aspiraciones capitalistas adormecidas y extraoficiales del pueblo por progresar, en su personal beneficio y en el de sus familias, unas aspiraciones que sólo podían irrumpir bajo la forma ilegal de la economía sumergida. Es posible que tenga distinta intensidad en las diferentes culturas aquella urgencia por •mejorar su situación• de que hablaba Adam Smith, pero está muy cerca de la superficie tanto bajo el socialismo como bajo el capitalismo, y tanto en Rusia (y China) como en Europa y América. Fue reprimida entre 1917 y 1921, pero luego restablecida para evitar el caos, hasta la supresión estalinista de 1928.

Se ha señalado muy pocas veces la importancia del hecho de que en aquellos 8 años de interludio en los que se toleró políticamente el capitalismo en un mar de socialismo surgieron en Rusia, en los primeros años 20, comerciantes que asumieron el riesgo de la incertidumbre y de la posible brevedad de aquel período de tolerancia. No sabían durante cuánto tiempo se

permitiría su actividad, si por dos o por veinte años. Hubo, sin duda, quienes pensaron que los dislates del socialismo estatal eran tan evidentes que el sistema sería abandonado pronto y para siempre. Ocurrió también en aquellos 8 años que algunos, especialmente entre los de espíritu más emprendedor, fueron acusados de comercio ilegal, encarcelados o ejecutados. En 1929 estaba ya liquidada la nueva •burguesía•. Pero aunque desacreditada por la burocracia politizada en el siguiente período estalinista de industrialización impuesta por la violencia, los nuevos economistas rusos de los años 1990 deberían volver a analizar los datos históricos sobre la vitalidad potencial del capitalismo en su país, para extraer las oportunas lecciones en este nuevo despertar de la adormecida presión de la iniciativa individual, sin la que se quisieron poner en marcha las reformas de Gorbachov. En los años 80 no será ya tan fácil suprimir una Nueva Política Económica.¹³

Aquel corto período del restablecimiento del capitalismo en Rusia bajo la tutela comunista no es sólo un interesante testimonio histórico de la irreprimible presión hacia iniciativas capitalistas que tal vez Gorbachov pretendía rehabilitar como una conquista rusa poco valorada. Se debería, además, reavivar su recuerdo como ejemplo ruso de los años 20 digno de imitación en los 90. Podrían restablecerse en el folklore ruso aquellos -hombres de la NPE- como prueba de la latente habilidad rusa para ocupar su puesto al lado de los países occidentales. La capacidad de innovación empresarial es una característica del espíritu y de la cultura rusos en un país de magníficas cotas literarias, musicales y artísticas más acentuada que su presunta absoluta capitulación ante la autocracia zarista o comunista. A un pueblo que posee, también entre su campesinado, un innato potencial cultural, no se le somete fácilmente a políticas rudimentarias salvo mediante la brutalidad y la coacción en clínicas mentales y campos de trabajos forzados.

Debe recrearse en la periferia de la sociedad aquel capitalismo que Gorbachov estaba a punto de aceptar: no se le puede imponer desde el centro. Debe brotar desde las entrañas mismas del pueblo, no proceder desde la cima política. Debe ponerse a la cabeza el mercado para alcanzar los frutos deseados por el •partido liberal• de Gorbachov, sea cual fuere la resistencia de la coalición militar-industrial •conservadora•. No hay otro camino. Tal vez sea ésta la más difícil de las lecciones que los rusos tienen que aprender. El mercado tiene fallos -crea• pérdidas y desempleo para los gandules y los perezosos pero no pueden alcanzarse sus magníficos frutos sin afrontar también a la vez sus exigencias: precio barato para sus excepcionales recompensas. Tal vez sea preciso aceptar durante un período de cinco años severas condiciones si los rusos desean alcanzar los niveles de prosperidad y libertad europeos.

La NPE rusa de los años 20 y de los 90 entraña una nueva lección para los británicos y occidentales de los 90. El mercado no dará lo mejor de sí si tan sólo se le •tolera• pero siempre bajo la tutela y la benevolencia de los burócratas. Debe ser aceptado como una institución que implica riesgos y que tiene defectos, pero que cuenta con la comprensión y la

aprobación del pueblo. Sin esto, la vida económica se encuentra a merced de la miopía de sistemas políticos que permite que los intereses a corto plazo de los productores se impongan sobre los intereses últimos y a largo plazo de los consumidores.

En ningún partido se halla el mercado a salvo de los políticos. Necesita la aprobación y las bendiciones del pueblo. Los nuevos conservadores británicos que gobernaron en los años 80 comprendieron esta verdad mejor que los viejos conservadores de los años 50 y 60; si éstos vuelven a recuperar su capacidad de influir en los bienes del mercado, la situación se tomará precaria. El mercado es una institución a largo plazo. Sus decisiones en los contratos, las inversiones, los derechos de propiedad-necesitan tiempo de maduración. No se le puede sujetar a la cambiante fortuna de políticos concretos. No puede funcionar bajo la espada de Damocles política que amenaza su existencia cada poco tiempo si no se pone al servicio de propósitos políticos a corto plazo, y especialmente al de las reelecciones. Tal vez no tenga bajo el Partido Laborista y sus intelectuales, que lo han aceptado tardíamente y a regañadientes, perspectivas más seguras que las que tuvo la NPE, cuando Lenin fue sustituido por Stalin.

El capitalismo en la perestroika

Los acontecimientos diarios de la perestroika de Gorbachov, la reconstrucción o reestructuración de la economía soviética mediante la relajación de los controles y la suavización del congelado sistema socialista, pueden variar según sean la urgencia de las reformas del mercado y las resistencias con que tropiezan. Pero es absolutamente indispensable que quede resuelta, en los años 90, la contradicción interna del comunismo soviético –el imperativo de abandonar el socialismo o quedar muy rezagado respecto de Occidente, la desagradable y peligrosa decisión política de abrazar el capitalismo o retroceder como potencia mundial. Será preciso aceptar el capitalismo -tal vez bajo una denominación políticamente inocua-incluso al alto precio del peligro de discordias sociales y de una sangrienta guerra civil, si la glasnost ha de dar los frutos económicos apetecidos por el nuevo pensamiento, las •nuevas• ideas (copiadas del capitalismo occidental) y se quiere que exista una nueva disposición a asumir responsabilidades, iniciativas y riesgos.

El comunismo soviético es un simple interludio político. Retomarán, para reiniciar el camino, aquellos 30 años -nunca enteramente eliminados de la primera fase del capitalismo soviético anteriores a 1917. A partir de los años 90 se acelerará el ritmo para recuperar el retraso de los 70 años de devastación socialista. La razón de esta urgencia es la gran rapidez con que avanza el capitalismo en las restantes regiones del mundo. El comunismo ruso no se implantó en 1917 como temprano reconocimiento y comprensión de su superioridad sobre el capitalismo. No hubo una demanda -atestiguada por los votantes ante las urnas de

las democracias representativas de expulsión de los capitalistas explotadores y de su sustitución por un régimen benevolente de socialistas humanistas que maduraría, mientras se marchita el Estado socialista, bajo la dirección de abnegados comunistas, como había anunciado Marx. El comunismo socialista fue producto de la guerra. Fue una huida hacia la paz, no un voto a favor de un nuevo orden social. La mayoría de la población rusa estaba compuesta por campesinos que coexistían con los residuos del feudalismo zarista. En 1917 no se les podía comparar con las clases obreras bajo el capitalismo de Europa o de América. Resulta curioso observar que sus niveles de vida y los de sus hijos tropezaban con los mismos obstáculos a que se enfrenta la juventud china en 1989, tras los sucesos de Tiananmen. En 1929 se les afirmaba una vez más a los rusos que el capitalismo acabaría por desinte-grarse bajo la depresión económica mundial, en medio de la miseria, el desempleo, las bancarrotas, los suicidios desde el piso 17 de Wall Street, el desplome de las bolsas y las muertes prematuras. Se les había prometido que medio siglo más tarde, en los años 80 y 90, sus nietos tendrían niveles de vida iguales o superiores a los del Oeste capitalista. Sólo que ahora pueden advertir más fácilmente que la clase obrera del capitalismo disfruta de niveles de vida •por encima de los sueños de la avaricia•. Samuel Johnson describía el proceso de la venta de una cervecería, pero los rusos actuales tienen que contemplar con reverencia la riqueza de los ciudadanos normales bajo el capitalismo. Ahora, al fin, les dice Pravda (Verdad) lo que ya no se puede seguir ocultando.

Hoy día les resulta ya más difícil a los críticos del capitalismo que se quiere emular seguir negando o disimulando los contrastes. Al contrario, el elemento nuevo de la descripción diaria de las ventajas de la reestructuración económica, tal como la exponen desvergonzados políticos, universitarios y encargados de relaciones públicas, es que la campaña de Gorbachov tiene más empeño en subrayar que en encubrir el foso entre Rusia y los niveles de vida occidentales para alentar a los rusos con la visión de lo que pueden ganar con las reformas de libre mercado. Un desnivel de cuatro a uno (Norman Macrae, hace poco jubilado como anónimo subdirector de The Economist, y luego rejuvenecido como famoso columnista, lo situó en The Sunday Times en 7 a 1) es el más firme incentivo para confiar en una tardía emancipación de la farsa del socialismo. Los liberales de Gorbachov necesitan evidentemente las habilidades de la publicidad capitalista en una versión soviética de Saatchi and Saatchi o de J.WalterThompson. No tienen nada que aprender-y sólo perjudican su causa-de las reprensiones de los Galbraith rusos, de los artículos de fondo de los Guardian rusos o de los vanos esfuerzos de los rusos Hattersley por reconciliar mercado y socialismo. Retrasar el día en que los estantes de las tiendas estén bien surtidos equivale a acelerar la llegada de los días de la inquietud social.

Los alimentos proporcionados por el capitalismo son mejores, más variados y más abundantes. Los vestidos capitalistas tienen mayor calidad, son más elegantes están mejor confeccionados. Las viviendas capitalistas son más espaciaosas, proporcionan

mayor privacidad, mejor equipamiento en cocinas y cuartos de baño, mayor confort, más atención a las preferencias individuales. Las comodidades y los esparcimientos capitalistas son mucho más variados, en virtud de su oferta de coches, teléfonos, televisores, lavadoras, lavavajillas, frigoríficos, congeladores, corta céspedes, riego por aspersión y otras muchas cosas para prácticamente todos los menesteres. La educación y la medicina privadas capitalistas son de mayor calidad. Las tasas de mortalidad capitalistas son más bajas y la esperanza de vida más alta. El término de •doctor• no significa lo mismo en Rusia que en Estados Unidos. Tienen más, pero son inferiores. La URSS ha encubierto a menudo la pobre calidad de muchos productos y servicios dando estadísticas de su cantidad. Pero en las estadísticas oficiales no figuran, o se reducen, los accidentes en la industria y el transporte.

¿Durante cuántos años más deberán seguir preguntándose los rusos por qué han de privarse de las munificencias del capitalismo? ¿Hasta cuándo deberán insistir en conocer los secretos que las proporcionan y el fallo del socialismo que se las niega? ¿Están los rusos tan hundidos en la sujeción a la autoridad que se verán condenados a sufrir privaciones personales por siempre?

Estas son las preguntas que importan a la hora de juzgar si los ciudadanos rusos soportarán durante mucho tiempo que se les prive del capitalismo. Son amplios y seguirán expandiéndose los mercados sumergidos. Existen en este sentido pruebas irrefutables de emigrantes, disidentes, periodistas y académicos.¹⁴ Ni los más graves castigos podrán acabar con ellos, sobre todo tras la promulgación de la perestroika. Los rusos tendrán que alejarse de la doctrina socialista que enseña que la política es superior al mercado y aprender que los gobiernos deben, en definitiva, aceptar el veredicto del pueblo, que se expresa con mayor énfasis y efectividad en la plaza del mercado que ante las urnas de los votos.

El pasado rusofrente al futuro capitalista

Algunos distinguidos observadores de la escena soviética dudan de que los rusos acepten el capitalismo, cuanto a la sustancia, si no en el nombre, y están seguros de que el carácter ruso bloqueará la sustitución del socialismo. Entienden que es difícil que la Rusia del pasado ceda el puesto a la Rusia del futuro. Las últimas y más convincentes versiones de estas dudas y certidumbres son las publicadas en una serie de penetrantes •coloquios• (entrevistas) con rusos y otros observadores de la realidad rusa, dirigidos y analizados por el conocido historiador polaco George Urban.¹⁵

La razón en que se apoyan estos celos es que el carácter ruso se ha adaptado a la civilización socialista o comunista y ofrecerá resistencia al capitalismo individualista. Si estos celos están bien fundamentados, el capitalismo cuenta en Rusia con escasas posibilidades de

aceptación. Pero si no es así, y tanto los rusos como los pueblos sometidos desean un mayor nivel de vida y mayores libertades personales, el capitalismo retornará también a los ambientes culturales supuestamente inhóspitos de la URSS.

Se asegura que son insuperables los obstáculos que se oponen al restablecimiento o el desarrollo del capitalismo en el presuntamente hostil clima cultural soviético. Al cabo de siete decenios de socialismo comunista, ninguno de los que tienen menos de 70 años ha conocido otro sistema y muy pocos, entre los 80 y los 85, pueden recordar el estilo de vida anterior a la revolución bolchevique: aquellos diez días que convulsionaron el mundo.

El argumento tiene fuerza. En los dos milenios transcurridos desde el nacimiento de Cristo, la mayoría de las personas han vivido bajo el despotismo de los barones, de los señores de la guerra, de los fanatismos religiosos, de autócratas, dictadores y todo género de gobernantes absolutistas. Todavía hoy día dos de cada tres habitantes de la Tierra se encuentran sujetos a opresión. Son pocos los que conocen gobiernos representativos. Y pocos también los que disponen de mercados libres. Incluso en Europa, durante un período de nuestra vida, quedaron destruidas, bajo dos dictaduras, la democracia política y la libertad de mercado. Ambas recurrieron a la intolerante invocación de la nación y la raza: el nacionalsocialismo alemán (una descripción técnicamente correcta del nazismo de Hitler) y el fascismo italiano (denominación menos correcta de una mezcla de socialismo y corporativismo). La diferencia es que el marxismo apela mucho más a la liberación de la opresión, a la justicia social, la igualdad y la solidaridad de las masas. Urban afirma con sólidas razones que el llamamiento marxista se hace •en nombre de un apasionado pensamiento mal definido como Utopía, revestido de lenguaje científico, pero que tiene subliminales [medio encubiertas, parcialmente ocultas] asociaciones con la religión•.¹⁶ Los intelectuales se sintieron atraídos por el socialismo marxista porque, contrariamente a las insipidas democracias parlamentarias, prometía humillar a los plutócratas y los capitalistas.

La cuestión es si la economía soviética ha llegado a tal bancarrota que el pueblo exija una radical transformación o bien se contenta con un igualitarismo por abajo, exento de riesgos. Si los rusos se sienten satisfechos bajo un régimen autoritario, tal vez los europeos acepten y respeten, en nombre de la autodeterminación, esta elección. De todas formas, los sucesos de 1989-90 más bien sugieren que los pueblos sometidos de los Estados bálticos, de Georgia y de otras repúblicas meridionales optan por ser menos pacientes.

La historia reza el argumento no da pruebas decisivas de que los sistemas totalitarios puedan reformarse desde dentro. Tal vez Rusia y China busquen una solución -una huida del socialismo al capitalismo- pero no la han encontrado. Las medidas a medias - descentralizaciones económicas de diverso tipo-adoptadas en algunos Estados satélites soviéticos han generado hasta ahora desestabilización y alteraciones. Existen tenaces obstáculos frente a las reformas evolutivas. El dilema de la perestroika de Gorbachov es que

aunque se la debe presentar como una consolidación -no como un abandono-del socialismo, la clase obrera, de la que se suponía que saldría la •dictadura del proletariado• marxista, está desapareciendo poco a poco; se están convirtiendo en aquella nueva burguesía que el socialismo estaba llamado a destruir. El embourgeoisement está socavando el terreno al socialismo, tanto en los países socialistas como en los capitalistas.

Esta creciente marea de aspiraciones, también en el socialismo •científico• de Rusia, revela la contradicción última del socialismo en todas partes: que el pueblo en cuyo beneficio fue ostensiblemente creado le rechazará porque es incapaz de producir aquel nivel superior de vida que se le ha prometido, mientras que ve con sus propios ojos cómo lo han alcanzado los ciudadanos del Occidente capitalista. No quieren sólo los valores, la cultura y el estilo de vida burgueses; necesitan también las instituciones de la sociedad comercial y del capitalismo industrial popular occidentales -de los que se mofa todavía, ciegamente, la intelligentsia del Oeste.

Los pueblos disciplinados y moldeados durante 70 años por un socialismo opresor y empobrecido, que intentó guiar a la URSS desde un imperio decimonónico hasta el siglo xx, no lo aceptarán en los umbrales del siglo XXI. Lo han tolerado hasta ahora porque sus antepasados estaban habituados al gobierno autoritario de los zares, aunque menos severo que el comunismo, porque su rigor se suavizaba a través de la ineficacia, la corrupción, el extendido soborno de la burocracia y el comercio subterráneo extraoficial. La reestructuración de Gorbachov exige que los rusos aprendan hábitos de trabajo inusuales, disciplinados por los consumidores en los mercados, con sistemas contables que reflejen los costes económicos reales, no con tramoyas politizadas. Pero el otro extremo de la alternativa es todavía más inquietante. Los rusos, las naciones bálticas y otras poblaciones no rusas colonizadas por Rusia rechazarán en el siglo xx las condiciones existenciales heredadas del siglo XIX. Y si quieren un género de vida digno del siglo XXI, deberán prepararlo ya desde este último decenio del siglo xx.

Todos los ciudadanos agrupados (y colectivizados) en la Unión Soviética son consumidores y, a la vez, productores. Sólo una sociedad de mercado capacita a los individuos para hacer valer sus intereses como consumidores por encima de los que tienen como productores. Pero ni el socialismo, ni tampoco el mercantilismo, el sindicalismo y el corporativismo han sido capaces de alcanzar este objetivo último, sin el que la economía se agarrota.

Las sociedades de mercado desplazan, además, el poder desde los hombres hacia las mujeres. Un cambio desde el proceso político, donde han dominado -y en Rusia siguen dominando- los hombres, hacia el proceso de mercado traslada las decisiones desde asambleas representativas básicamente masculinas a las tiendas al detalle orientadas al mundo femenino: comprar es aquí más importante que votar. El socialismo soviético ha tenido que reclutar personal femenino para la industria con el fin de mantener la producción, invocando

para ello el viejo lema de la •liberación de la mujer•. Estas mujeres desean niveles de vida más altos y los tienen, por fin, al alcance de la mano. Mijaíl Gorbachov no es el único ruso que tiene una mujer, una hija, una hermana, una sobrina, una nuera o una suegra que desean, como Rusa, vestir a la moda y están dotadas de un innato sentido de la elegancia. En los años 90, las mujeres rusas y no rusa se convertirán en un grupo de presión dominante, que exigirá más y mejores alimentos, vestidos más bonitos, viviendas más espaciaosas, comodidades para el hogar y la familia y también, y no en último término, frigoríficos y lavadoras, coches y otras muchas cosas de cuya existencia se han enterado gracias a la glasnost. Y esto significa que pedirán capitalismo, no el capitalismo dirigido por hombres que dominan los debates en las Cámaras de las reuniones y en las asambleas políticas, sino el capitalismo dominado por el mercado, generador de bienes y productos, el capitalismo que se hace presente en los escaparates de las tiendas.

No existe, en definitiva, ninguna otra solución para los rusos salvo trabajar en pro del mercado. No pueden refugiarse en trabajos chapuceros en un imperio deprimido. De lo contrario, será preciso resolver una nueva contradicción socialista: a las declaraciones de independencia nacional o cultural de las colonias rusas bálticas y meridionales se sumará la demanda de libertad frente al control económico de la planificación moscovita.

Es ajena a la realidad y a la historia la suposición de que las nuevas generaciones rusas seguirán prefiriendo durante todavía un largo período de tiempo su pasado de sojuzgación zarista o los sufrimientos de sus abuelos a sus aspiraciones por alcanzar, para ellos y para sus hijos, niveles de vida similares a los de la juventud occidental de los años 90. Ni es probable que se sientan atemorizados por textos históricos politizados. No es verosímil suponer que quieran anteponer la doctrina marxista sobre los males del capitalismo, basada en el industrialismo decimonónico ya superado, a las oportunidades de una nueva era de invención y renovación tecnológica sin precedentes. No les aterrorizará eternamente el nombre del capitalismo, incluso en el supuesto de que siga siendo anatema para sus padres.

El disidente ruso Vladimir Bukovsky, el eurocomunista italiano Giorgio Napolitano y el ex-ministro de Yugoslavia (bajo Tito) Milovan Djilas señalaron en sus debates con Urban que era inevitable cambiar y distanciarse del socialismo soviético. Urban había insinuado que la dictadura del Partido único [se vería] más diversificada y se haría marginalmente más popular a medida que se fuera alejando de los valores y del pasado rusos.¹⁷ Aumentaría la aceptación del sistema si se le entendía en el sentido de Estado •participativo•, no liberal, socialista en la forma y nacionalista en el contenido. El comunismo alcanzaría su última fase como evolución de una forma arrefleja de corporativismo. Tal vez podría trasladarse también a la URSS la idea, propugnada en el Reino Unido, de rescatar al Estado de la jerarquía política y de la burocracia a base de transformarle en un vasto escenario nacional de discusiones entre los ciudadanos participantes.

Este intento posee los atractivos políticos, pero también las limitaciones públicas, de su primo, el Estado participativo compuesto por ciudadanos preocupados e interesados por la política, procedentes de todos los sectores. De este sistema decía George Orwell que en él algunos son más iguales que otros. En el capítulo V desarrollo la idea de que se trata de una invención ilusoria e injusta. En los sucesos diarios de la URSS, Bukovsky veía algo más que los supuestos lazos culturales con el pasado. Gorbachov y sus partidarios indicaron que se ha generado un conflicto entre las •relaciones sociales• y las •fuerzas productivas•, jerga marxista para describir el conflicto entre la clase dirigente y las reformas económicas con que Gorbachov pretendía abolir sus privilegios. Pero incluso en el caso de que aquellas reformas hubieran logrado imponerse, seguiría adelante el pro-ceso de deterioro de la sociedad soviética. Si la perestroika falla, el resultado final será descontento social, agitación y tal vez una revuelta. En síntesis, es ya demasiado tarde para que la economía soviética dé marcha atrás. El riesgo de convulsiones sigue presente, tanto si se lleva adelante como si se paraliza el proceso de la reestructuración. Si se le mantiene, aumentarán los niveles de vida, pero tal vez la *nomenklatura* se rebele. Si se le paraliza, los niveles se estancarán y será el pueblo el que encienda la mecha de la rebelión. Las masas de ciudadanos rusos no tienen ya nada que perder y mucho que ganar.

Propiedad socialista y propiedad privada real

El callejón sin salida ruso enseña una lección sobre la naturaleza de la propiedad privada que el socialismo ha empañado. Se está volviendo del revés el ya centenario argumento fabiano de que pueden evitarse los abusos de la propiedad privada sustituyéndola por la «propiedad pública». En su tentativa por huir de las ineficiencias de la propiedad «pública», los rusos están descubriendo que anula las virtualidades de la propiedad privada, porque vacía de contenido la sustancia misma de la propiedad.

Es cierto que puede abusarse de la propiedad privada a través de los monopolios, pero no es menos cierto que crea incentivos para la conservación y la buena administración, también, y no en último lugar, de los recursos naturales y del medio ambiente. En el sistema capitalista, los propietarios privados cuidan de sus propiedades precisamente porque se vinculan con ellas, y sólo con ellas. Si las trata con esmero, le reportan los adecuados beneficios y le ayudan a mantener a su familia y las causas en las que cree, porque puede donarlas, prestarlas, alquilarlas o transmitir las por herencia. Pero si tiene que compartirlas con otros muchos o se trata de propiedades comunes, son mínimas las ganancias que le reportan sus cuidados y mínimas también las pérdidas si no las cuida. Esta es la clave de bóveda de la discusión en torno a la propiedad privada y la «pública». Las atenciones prestadas a la primera son eficaces porque comportan re-compensas y castigos; las dedicadas a la segunda son ineficaces, escasas o incluso nulas.

La propiedad privada es eficaz porque crea incentivos directos, otorga una auténtica posesión y confiere derechos de los que el propietario puede disponer. La propiedad pública es ineficaz porque sus incentivos son mínimos, genera una posesión meramente nominal y no otorga derechos de libre disposición. La propiedad privada del capitalismo produce una poderosa incitación a proteger, conservar, mejorar y ampliar los bienes poseídos. La propiedad •pública• (o •común•, o •social•, o •municipal•, o -colectiva•) del socialismo, ya sea la del socialismo ruso o la del Servicio Nacional de la Salud, de los ferrocarriles o de las bibliotecas públicas de Gran Bretaña, destruye los incentivos para proteger o mejorar lo poseído. Ningún propietario público puede cuidarse de un hospital estatal, sea ruso o británico. La propiedad privada es una institución que funciona con poderosa eficacia. La propiedad pública es un mito, un eufemismo socialista tras el que se oculta el poder político, acaparado por un puñado de irresponsables sin los deberes de propietarios.

Hayek ha restablecido el término de propiedad •plural• o •separada•, es decir, aparte, en cuanto contrapuesta a unida o compartida, utilizado en el siglo XIX por el jurista y antropólogo inglés sir Henry Maine, como más preciso que la expresión de •propiedad privada•. Su uso está atestiguado ya entre los griegos, que fueron los primeros en advertir que era inseparable de la libertad individual: los autores de la constitución de la antigua Creta daban por supuesto que •la libertad es el bien supremo del Estado y por esta razón hicieron que la propiedad perteneciera específicamente a quienes la adquieren ... •.¹⁸ Están, por fin, emergiendo en Rusia las poco gratas verdades de la necesidad de la propiedad privada o plural y de la vaciedad de la propiedad pública. Las reformas de Gorbachov deberían sustituir el sinsentido de esta última por derechos de propiedad efectivos, si se quiere que los rusos lleguen a ser cuidadosos propietarios. Utilizarán entonces con eficacia sus posesiones, lo que aumentará la producción privada y elevará el nivel de vida nacional. Así lo ha hecho el Occidente capitalista. Y no existe ningún otro camino para conseguirlo en la hasta ahora Europa socialista, salvo que se recurra de nuevo a la coacción o se produzca aquella visionaria modificación de la naturaleza humana en la que se refugian los reformistas cuando no funcionan las instituciones que proponen: el síndrome del •cambio de pueblo•.

La concepción marxista de la propiedad pública se refiere a la propiedad, uso y administración a cargo del Estado. Los reformistas de Gorbachov han comprendido que deben retomar a manos privadas algunos al menos de los derechos de propiedad. Ideas revolucionarias, cuyos primeros pasos serían la distribución de la propiedad entre personas privadas, pueden hacer surgir poco a poco dudas sobre el principio y la necesidad de la propiedad estatal y, por tanto, del socialismo.

Estas contorsiones pueden reducirse a veces a simple apariencia. Bukovsky citaba la parábola de la vaca. Para estimular la buena administración en la agricultura, se animó a los

granjeros a •alquilar una vaca•. Se perseguían con ello dos objetivos: en primer lugar, inducir a los campesinos a aumentar su eficacia (y la de la vaca), al permitirles vender la leche en el mercado, que recuperaba así su función básica de regulador de los precios; y, en segundo lugar, salvar el honor del socialismo, porque la vaca seguía siendo propiedad del Estado. Pero con este expediente no se rellenaba lo bastante el foso entre propiedad pública y privada: los campesinos no producían tanto como hubieran podido, salvo que se les permitiera vender no sólo la leche, sino la vaca misma, tal vez a un lechero más capacitado, o alquilarla a sus buenos vecinos, o dejarla en herencia a sus hijos. Ser •arrendatario• de la vaca no es suficiente. La experiencia ha enseñado al capitalismo a depurar los incentivos (y las leyes) de la posesión de vacas. Se ha llegado así a la conclusión de que las vacadas deben estar en manos privadas. El socialismo se atiene tozudamente al dogma que prescribe la propiedad pública. • ... De acuerdo con la teoría económica y la economía política del socialismo ... no debe llegarse hasta la propiedad privada•, afirmó, en marzo de 1987, el miembro del Comité Central Evald Figurnov.¹⁹

Aquí se sitúa la diferencia entre el capitalismo y el socialismo. El capitalismo aprende de la experiencia; el socialismo está encadenado al dogma. Deberá pasar algún tiempo para que los rusos acepten la propiedad privada, pero hasta que no alcancen este estadio no conseguirán generar el output ahora improductivo en la URSS. Debe elegirse entre la doctrina marxista en pro del purismo socialista o niveles de vida más elevados en beneficio del pueblo. • ... incluso la 'radical' innovación del alquiler ha sido incapaz de provocar entusiasmo entre los granjeros para una mejor producción•, ha observado Bukovsky, casi refutando a Figurnov.²⁰

El capitalismo ha perfeccionado asimismo los conceptos de propiedad y cultivo de la tierra. No es necesario que el arrendatario tenga que allegar fondos para comprar los terrenos. Puede especializarse como mero cultivador. Puede incluso ocurrir que no basten los arrendamientos de la tierra por 50 años, porque no se la puede vender o transmitir en herencia. De ahí que la propiedad capitalista prevea la figura del alodio, equivalente de la propiedad absoluta, ya que extiende la duración del arrendamiento hasta 999 años, así como alquileres por períodos más cortos, que pueden venderse en el mercado. El ciudadano británico propietario de una de las 50 millonésimas partes en que se divide una locomotora de los Ferrocarriles Británicos, o un centro escolar o una biblioteca •pública•, no puede vender esta propiedad. Puede, en cambio, vender su parte del agua privatizada. La capacidad de vender es la esencia misma de la propiedad privada.

Los rusos tendrán que purgar durante mucho tiempo las consecuencias de su abandono de los usos de la sociedad comercial. Bukovsky ha afirmado que no hay nadie en Rusia que sepa cómo funciona una economía de mercado. Se requerirán muchos años para aprender y aplicar, mediante un laborioso proceso de ensayo y error, los inhabituales y desdeñados conceptos de costes de efectividad, rentabilidad, control de calidad y cosas semejantes. A

esto se debe que la perestroika no haya conseguido hasta ahora una producción más elevada. Se trata de habilidades que sólo prosperan en el suelo del mercado capitalista, no en el sistema socialista. Abel Aganbegyan, economista de Gorbachov, ha subrayado, a propósito de este parálisis: • ... los directores temen la independencia Siguen pidiendo permiso para hacer esto o aquello, a pesar de que no lo necesitan. •²¹ No tiene, pues, mucho de extraño que tras los primeros años de perestroika las tiendas sigan medio vacías. Pero cuanto más tiempo permanezcan así, más deberán impulsarse las reformas y tanto más deberán asumirse los riesgos de actuar en contra de los intereses creados. Al final, será preciso debilitar, disciplinar y expropiar a los despojadores políticos de las masas, al apparatchiki de la industria militar. Habrá completado su círculo la resonante predicción de Marx de la expropiación de los expropiados. Sólo que ahora esta expropiación descenderá sobre la cabeza de los magnates del marxismo.

Las verdades capitalistas sobreviven a la, supresión

Los eurocomunistas italianos conocen hace ya largo tiempo estas verdades capitalistas. Giorgio Napolitano, durante muchos años líder del Parti-do Comunista Italiano, comprendió mejor que algunos rusos la necesidad de reformas en la URSS. La fuerza laboral –decía- ha estado acostumbrada a •puestos de trabajo seguros, baja productividad, controles mínimos de calidad, escasa disciplina y prebendas extralegales•. Además, -la política soviética del igualitarismo» ha impedido •ofrecer a la gente auténticas recompensas [es decir, las del mercado] a los más capacitados-.²²

Pero, más allá de la duda de si la cultura rusa heredada podrá y querrá, en las décadas por venir, rechazar las recompensas únicas del capitalismo, lo verdaderamente significativo es que este dirigente comunista italiano había descubierto en las grietas del comunismo una presión cada vez mayor hacia el cambio. Y así lo están reconociendo también los liberales de Gorbachov. Ya no se oye hablar para nada de la batalla final entre el socialismo y el capitalismo. Ya nadie presta atención a aquel •os enterraremos• de Jruschef.

Los imperativos para aceptar el capitalismo son nacionales e internacionales. Rusia se enfrenta a nuevos riesgos y peligros, desconocidos por Stalin. Para superarlos se requiere la cooperación global con el capitalismo. Gorbachov ha subrayado las nuevas condiciones de la coexistencia mundial -poder nuclear, endeudamiento del Tercer Mundo, hambre-que han alejado a la humanidad de la situación de entreguerras. En este nuevo escenario, Rusia tendrá poca influencia si su economía se sigue deteriorando como una reliquia decimonónica. Deben rechazarse las objeciones de los •conservadores• rusos, que temen perder sus puestos de trabajo. El socialismo no puede aguantar el paso del capitalismo. La elección es capitalismo (tal vez bajo la denominación de algo así como •socialismo democrático•) o contumelia.

Los eurocomunistas italianos habían percibido esta realidad ya en los años 60. Los rusos de la vieja guardia la desconocían. Pero ahora ya no pueden ignorar o contemplar con indiferencia los acontecimientos mundiales. Dentro de poco, estas desagradables verdades sobre el socialismo, admitidas y reafirmadas por los comunistas de fuera de la URSS, se abrirán paso también en este país y en las mentes de quienes todavía siguen enseñando marxismo en las universidades de las naciones occidentales y las repiten en sus publicaciones, así como entre los clérigos británicos y norteamericanos que las subrayan cándidamente en el suave lenguaje de la Biblia.

Las verdades se multiplican. La nacionalización de todos los medios de producción no es, dice Napolitano, •ni necesaria ni deseable•. •Estamos acostumbrados a pensar que cuando la clase obrera se haga con el poder y los medios de producción ... estén en manos del Estado, habrá llegado a su fin la lucha de clases y desaparecerán los conflictos sociales ... pero este análisis es falso. Persisten los antagonismos en la URSS y en el Este europeo ...•²³ Y, con todo, se siguen manteniendo obstinadamente, en Gran Bretaña y en otros países, las recetas de un siglo de doctrina marxista.

Cuando, en los años 30, Lionel Robbins refutó estas simplistas ideas marxistas de la lucha de clases,²⁴ no le prestaron mucha atención los socialistas de la London School of Economics. Si lo hubieran hecho, tal vez no habría echado raíces el mito de la armonía social en la URSS (enseñado durante medio siglo en cientos de libros y miles de artículos).

Pero en los 50 largos años transcurridos desde 1938 se está abriendo paso la justicia poética. Se está abandonando, por fin, el mito marxista bajo el que se camuflaban los abusos y las inhumanidades socialistas en la URSS: ... será muy difícil detener los cambios que [Gorbachov] ha puesto en marcha.²⁵ Y aunque Gorbachov invoca a Lenin en apoyo de su Nueva Política Económica• de reestructuración iniciada en 1985, de hecho está allanando el camino para el abandono de las fórmulas marxistas: •Así como no todas las propuestas de Marx y Engels pueden extrapolarse dogmáticamente a ... los inicios del siglo, así tampoco pueden usarse los postulados de los años 50 y 60 para enjuiciar el mundo actual. Se necesita un nuevo lenguaje para el legado teórico de nuestros predecesores en nombre de la emancipación social del hombre.²⁶ En resumen, lo que Gorbachov afirma es que los que vemos la urgencia de la reforma económica de la URSS en dirección al mercado no debemos decir que estamos abandonando el socialismo, sino que debemos practicar el capitalismo. Podemos seguir reverenciando los nombres de Marx y Engels, de Jruschef y Kosyguin, pero debemos abandonar sus consignas.

El libro de Gorbachov traza un balance histórico. Resulta difícil imaginar que pudiera escribirlo ninguno de la larga serie de sus antecesores. Si Lenin hubiera vivido, o si Trotsky no hubiera sido desterrado, o si otros líderes no hubieran sido liquidados, tal vez Rusia habría entendido los cambios del mundo y se habría acercado más rápidamente al resto del género humano. Gorbachov escribía su libro para •los ciudadanos del mundo ... a propósito de

cuestiones que ... nos afectan a todos , ellos, como yo, están preocupados por el futuro de nuestro planeta ... Tenemos que abordar los problemas con espíritu de cooperación y no de enfrentamiento ... necesitamos unas relaciones internacionales normales para nuestro progreso interno•.²⁷

La prosperidad y el futuro de la URSS dependen mucho más del resto del mundo capitalista que éste de aquélla. A pesar de la confiada bravata de Gennady Gerasimov y de otros portavoces, la popularidad de Gorbachov en Alemania Occidental, Polonia y Europa refleja la ansiedad sobre la oculta capacidad de Rusia para emprender la guerra. No debemos partir del supuesto de que Gorbachov busque el bien de los países capitalistas. Tampoco debemos adscribir a los políticos de los países socialistas intenciones más elevadas que las que abrigan sus colegas del mundo occidental. El dictum de Adam Smith es por un igual aplicable a unos y otros: es el egoísmo del carnicero y del panadero el que asegura al resto de los ciudadanos buena carne y buen pan. Es el egoísmo el que ha movido a Rusia a concluir acuerdos con los países capitalistas que éstos necesitan tanto como aquélla. Podemos poner en duda que pueda seguir siendo socialista si desea aguantar nuestro paso, pero pronto lo descubrirá por sí misma.

No parece que la historia rusa o la memoria popular tengan muchas posibilidades de oponerse a los nuevos líderes de Rusia y a su tardío reconocimiento de que será preciso abandonar las enseñanzas marxistas y sus recetas económicas para poder satisfacer el hambre -sobre todo de la juventud-con las tartas occidentales en vez de con el pan soviético.

Rusia tendrá que adoptar por tercera vez el capitalismo -la primera ocurrió entre 1885 y 1917, la segunda de 1921 a 1929-, porque ha fracasado en su intento de hallar una solución a la contradicción socialista entre la centralización política exigida por los privilegios de los controladores y la descentralización económica reclamada por las expectativas de las masas.

Milovan Djilas, el segundo de la cúpula yugoslava hasta su destitución por Tito, dudaba que los rusos pudieran seguir ignorando en el siglo XXI la presión humana hacia niveles de vida civilizados. En 1946 vaticinó que en un plazo de 10 años la producción per cápita de Yugoslavia igualaría la de los británicos. En 1961, Jruschef, más modestamente, predecía que la URSS superaría a los Estados Unidos en 20 años, pero la profecía llegó a su cita, en 1981, y la pasó, sin que se produjera el milagro. En 1988, 27 años después de la predicción de Jruschef, Djilas había aprendido de la experiencia: «La crisis del comunismo ... es mundial.»²⁸ Las dos razones que apunta -la huida del poder centralizado y el conflicto entre la planificación económica y la naturaleza humana-hacen que parezca precario el futuro del socialismo en la URSS.

Los políticos de todos los restantes países comunistas, desde Yugoslavia a China, están intentando imaginar soluciones apoyadas en un andamiaje socialista para preservar su poder. Pero fracasarán hasta tanto no descubran y acepten resignadamente la verdad de que son el socialismo en sí y la propiedad •pública■ los que bloquean el camino.

En lenguaje económico se dice que los resultados dependen del pre-cio. Se perderá la alternativa de mayores niveles de vida y de libertad si los rusos continúan sucumbiendo a sus presuntamente muy enraizadas características nacionales de sometimiento al paternalismo y a la reglamentación. El mercado -tanto dentro como fuera de la URSS invadirá la política y permitirá tomar decisiones con mucha mayor rapidez de lo que suponen los rusos y sus dirigentes. En 1919, 1929 y 1956 pudieron confiar en ignorar el mundo exterior sin grandes sacrificios para los niveles comparativos de la vida cotidiana. Pero ya en las postrimerías del siglo xx, a muchos, especialmente entre los jóvenes, les parece demasiado alto el precio a pagar por aferrarse a reliquias decimonónicas. Y su número aumentará de año en año, hasta convertirse en mayoría. Con todo, antes de alcanzarse esta fase se irá viendo que mientras los ciudadanos sigan aceptando el sometimiento socialista a la autoridad y a la organización colectivizada de la economía, se retrasarán los niveles de vida propios de los siglos xx y xxi. E incluso, las cosas podrían rodar a peor antes de llegar a esta etapa: podría debilitarse la posición de Rusia como potencia mundial.

El trauma chino: Tiananmen, 1989

Todos los grandes países comunistas/socialistas han tenido que enfrentarse con la delicada tarea de evitar un aterrizaje duro en su aproximación al capitalismo. Surge un dilema inevitable cuando se desea tolerar el liberalismo económico en las dosis exactamente precisas para evitar la pérdida de poder político de los comisarios de las instancias centrales. Si se le admite con excesiva lentitud y demasiado tarde, disminuye la producción; si se hace con excesiva rapidez y prontitud, queda amenazado el poder político. El dilema degeneró en crisis en la Matanza de los Inocentes de la plaza de Tiananmen, en Beijing (Pekín).

Pero el resultado final puede tener tan amplias repercusiones como en la propia URSS: las exigencias de mayor productividad de las masas pueden ser tan fuertes que no pueda evitarse el riesgo de derrota política en el centro. Los conservadores pudieron ganar el primer asalto al suprimir la incipiente exigencia de libertad en 1989, pero tal vez los liberales se alcen con el triunfo definitivo en los años 90. El alzamiento se expresó tácticamente como una demanda de libertades políticas protagonizada por los estudiantes - a los que se unió el pueblo, pero en su esencia era una reclamación de libertad de mercado con el objetivo de alcanzar los niveles de vida que sabían disfrutaban sus paisanos y paisanas de Hong Kong y de otras economías capitalistas asiáticas y occidentales.

En consecuencia, en los años 1990 China tendrá que dar los primeros cautelosos pasos hacia la colaboración con empresas occidentales y deberá galvanizar su actividad económica interior si quiere conseguir más elevados niveles de vida. En caso contrario, volverá a

reaparecer con acelerada urgencia, hasta verse satisfecho, el latente anhelo de emancipación económica. Tal vez resulte más fácil conceder las libertades políticas -las clásicas libertades de prensa y reunión-, pero éstas son sólo los medios con que calmar el elemental deseo de estándares de vida más altos que requieren, a su vez, la liberación económica.

Podría darse el caso de que China renuncie al socialismo incluso antes que Rusia, tal vez, una vez más, bajo etiquetas o denominaciones políticamente inofensivas. Tres años antes de Gorbachov, el IEA encargó al economista Steven Cheung, profesor de la universidad de Washington y más tarde de la de Hong Kong, un estudio de las perspectivas de un •avance de China hacia el capitalismo•. Su veredicto final fue que la China conti-nental acabaría por desarrollar un sistema de derechos de propiedad pri-va-da parecido a los de Hong Kong y Japón.²⁹

Desocialización en Asia, África y Sudamérica

Con independencia de cuál de las dos grandes potencias comunistas será la primera en abandonar el socialismo, no provocará dislocaciones de tanta envergadura el retorno de o el avance hacia el capitalismo de las industrias socializadas de los continentes, en su mayoría no socialistas, de Asia, África y Sudamérica.

La desocialización es un invento en muy buena parte británico. Una vez más los dioses han hecho justicia poética. Gran Bretaña se deslizó, a finales del siglo XIX, cuesta abajo hacia el callejón sin salida del socialismo; al parecer, un triste siglo más tarde, está señalando el camino de retorno y son autores británicos quienes se encargan de explicar lo que debe hacerse.

Apenas se han dado los primeros pasos en el camino del retomo. Aunque los economistas liberales venían pidiendo desde varias décadas atrás la desocialización, nadie acertó a predecir la forma concreta que han tomado los procesos de privatización. Tal vez el motivo político haya sido, al menos en parte, obtener ingresos que permitan reducir los impuestos, pero el resultado ha sido una dispersión sin precedentes de la propiedad desde el sector público a las manos privadas de directores, empresarios y obreros manuales, que han abandonado su hostilidad al capitalismo y han comprendido rápidamente sus ventajas.

Cento Velianovsky ha resumido los argumentos económicos del proceso y sus primeras experiencias en Gran Bretaña.³⁰ John Redwood, antiguo profesor de economía de Oxford, que pasó más tarde a la Cámara de los Comunes, y Oliver Letwin trabajaron juntos, como pioneros, en la regulación y financiación de las instituciones para idear una perestroika británica de la privatización, sobre todo durante el segundo gobierno Thatcher, de 1983 a 1987, y han llevado a cabo un análisis de las causas y de las consecuencias.³¹

Letwin revisó la evolución registrada en los principales países en los que se han desnacionalizado empresas estatizadas mediante el procedimiento de vender al público los derechos de propiedad. Las privatizaciones efectuadas en el Reino Unido, Francia, Alemania Occidental, Japón, Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda y Jamaica en el corto espacio de 8 años significaban, en 1987, la creación de 25 millones de nuevos inversores y ha proporcionado a 1 millón de empleados participaciones en sus empresas como trabajadores-capitalistas. La privatización ha generado soporte político para nuevas desocializaciones. El Partido Laborista británico ha sopesado sus repercusiones en el electorado y el resultado ha sido la renuncia a su proyecto histórico de nacionalizar los medios de producción, distribución y cambio.

Letwin ideó ofertas de participación que abarcarían desde empresas de servicios públicos de propiedad estatal o municipal (otra engañosa expresión socialista para denominar los monopolios locales) hasta los ferrocarriles y las industrias del carbón. En Europa, el movimiento de las privatizaciones se expandió hacia Austria (privando así a los socialdemócratas de su caso modélico), Portugal y España (ambas con gobiernos de cariz socialdemócrata) y Turquía. En el Lejano Oriente se han sumado al movimiento de las privatizaciones Malasia y Filipinas, seguidas por Sri Lanka, e incluso la •socialista• India. No han querido quedarse atrás Australia y Nueva Zelanda, las dos regidas por gobiernos laboristas. Y de Japón dice Letwin que •puede dejar pequeño al resto del mundo•.

La reestructuración desde la propiedad socialista a la capitalista implicará también la incorporación de una mayor competitividad. Los beneficios de la privatización no se verán anulados ni siquiera en el caso de que sigan existiendo monopolios. Entre los dos males, es más rechazable el monopolio público que el privado, ya que, de todas formas, este segundo está sujeto a la disciplina comercial externa en cuanto que inyecta capital en el mercado competitivo. Y los cambios tecnológicos lo socavarán más rápidamente si se trata de un monopolio privado sin protección gubernamental. Si a Mercury, filial de Cable & Wireless, no se le permite en un próximo futuro prestar mejores servicios telefónicos domésticos que los que proporciona British Telecom, la industria y el público reclamarán un tercer oferente, que comenzará a funcionar más rápidamente que cuando los teléfonos estaban regidos por el socializado Ministerio de Correos.

Con el tiempo, hasta la mitad de los ciudadanos del mundo podrían convertirse en propietarios privados de los sectores industriales. Tal vez Africa, dice Letwin, retrase su participación en las compras (aunque la desocialización puede revestir otras formas), pero otros países caribeños podrían imitar el ejemplo de Jamaica. En América del Sur, México y Brasil podrían seguir el camino de las amplias privatizaciones de Chile. Y, en fin, algunas provincias canadienses -aunque no, por ahora, el gobierno federal- están poniendo en marcha con entusiasmo • procesos de privatización.

Los métodos de desocialización de la industria propiedad del gobierno se desarrollarán -como hasta ahora en el capitalismo- de tal modo que se respeten las características de los

pueblos, con sus diferentes pre-ferencias en las diversas instituciones políticas y en las varias instituciones de los diversos países. Se desarrollarán nuevas formas del mercado de capitales. Los métodos se irán enriqueciendo al compás de las experiencias. Madsen Pirie, del Adam Smith Institute, analizó 21 sistemas de privatizaciones de las industrias y los servicios estatales --desde la venta de participaciones al público o a los empleados para poner fin a los monopolios a través de la competencia hasta nuevas autorizaciones privadas para sustituir los servicios del gobierno por servicios de los particulares.³² Al igual que Letwin y Redwood, también Madsen Pirie entendió que existían amplias posibilidades de expansión en Gran Bretaña, en otras naciones industrializadas y en los países en vías de desarrollo.

Este y Oeste - Norte y Sur

Es muy posible que en los próximos años vean la luz pública numerosos estudios británicos sobre la desocialización, algunos de ellos salidos de la pluma de antiguos socialistas, o de socialistas aún en activo que intentan salvar el buen nombre del socialismo a base de liberarle del peso de industrias o de servicios que no ha sabido gestionar bien o que bajo ningún concepto debería haber tomado a su cargo: transportes, y más especialmente los ferrocarriles, combustibles, y más en concreto la minería del carbón; servicios de bienestar, sin duda y sobre todo en la educación y las atenciones médicas; a todas luces la vivienda y, cuanto antes posible, las pensiones y los seguros de enfermedad y desempleo. Y, en fin, la mayoría de los servicios de las administraciones locales, especialmente las obras extravagantes o fantásticas, que ni son bienes públicos ni responden a una demanda de la ciudadanía.

También están publicando escritos sobre desocialización algunos autores norteamericanos y australianos. El Pacific Research Institute, versión californiana del Institute of Economic Affairs británico, ha editado un estudio sobre diversas formas de socialización de los servicios de las administraciones públicas, desde los transportes y el agua hasta pistas de patinaje y protección contra incendios.³³ Con el título *Restraining Leviathan* se ha publicado un estudio australiano, dirigido por Michael James, que abarca doce documentos y comentarios sobre un seminario del Centre for Independent Studies.³⁴ En 1989 apareció una colección de 15 ensayos del IEA sobre *Privatization and Competition*, que incluían informes sobre las telecomunicaciones, los servicios postales, la electricidad, el carbón, los ferrocarriles y otras industrias.³⁵ Tempranos análisis de este mismo Instituto de los años 50, es decir, muy anteriores a las preocupaciones privatizadoras de los políticos, aducían argumentos en pro de la desocialización de los cuatro componentes básicos del estado de bienestar (capítulo X) y de otros servicios e industrias.

Se trata de una evolución histórica, extendida por todos los continentes, que sólo un puñado de académicos se habría atrevido a calificar de políticamente posible• hace tan sólo 10 o 20 años. A muchísimos lectores les habría parecido, ya de entrada, optimista el título de este capítulo del presente libro. Entre ellos a Gabriel Roth, autor de un estudio sobre el Banco Mundial, cuando hablamos, por primera vez, en 1985, de este tema.³⁶ Si los países en vías de desarrollo pueden proporcionar servicios públicos por medio de empresas privadas, sin supervisión gubernamental ni distorsiones políticas, en respuesta a las fuerzas del mercado y a pesar de unos ingresos relativamente bajos, parecidos a los del siglo pasado en Gran Bretaña, son pocos los obstáculos que impiden que los países desarrollados sustituyan el control político por la democracia del mercado en la situación de elevadas rentas de los siglos XX y XXI.

Un movimiento de amplitud mundial desde el espejismo al milagro

El capitalismo, bajo diversas formas según los diferentes valores y culturas, es capaz de elevar los niveles de vida de todos los países en todos los puntos de la tierra, con diversos grados, de acuerdo con la disposición a aprender y practicar sus principios: el trabajo directamente encaminado a satisfacer las necesidades de los demás consumidores, el ahorro para generar capital, la primacía de la libertad sobre la igualdad, la adquisición de experiencia al valorar los riesgos de las nuevas iniciativas, impuestos reducidos, gobierno mínimo. De hecho, el capitalismo ha elevado el nivel de vida de todos los pueblos y en todos los continentes donde ha sido aplicado. El requisito de más difícil cumplimiento es disciplinar el proceso político de suerte que la democracia del mercado capacite a los ciudadanos para abandonar en paz las maniobras electoralistas a corto plazo y el desgobierno político de la economía y poder dedicarse a los negocios cotidianos, a producir lo que cada cual sabe hacer mejor, a vivir, a nivel individual e internacional, en relaciones de intercambio con los demás, para beneficio de todos.

Ahora, tras los traumas y las tiranías de un siglo de socialismo, iniciado en los años 1880, podríamos entrar en un prolongado período, tal vez de un -siglo• metafórico, de capitalismo liberal, en el que los ciudadanos corrientes conseguirán imponerse a los falsos profetas que les prometen abundancia y liberación, pero de los que sólo reciben penuria y coacción.

Es posible que a este nuevo capitalismo le apliquen diversas etiquetas algunos políticos para ocultar el embarazo que sienten ante la devastación causada durante los cien últimos años por sus numerosos socialismos, desde las benignas socialdemocracias hasta el corporativismo capital-trabajo patrocinado por el Estado en un intento por salvar el comunismo. Y tomará diversas formas y caminará con diferentes ritmos en los diversos países, de acuerdo con el progreso social y los avances técnicos de cada uno de ellos. Pero

incluirá, en todo caso, lo esencial de los principios enseñados por los filósofos economistas clásicos ingleses y escoceses: un Estado mínimo reducido a su papel relativamente modesto por un ethos público que pide disciplina para las mayorías temporales salidas de las urnas, propiedad privada en el mayor grado posible, mercados abiertos con oferentes que compiten entre sí para abolir los monopolios, recompensas por los logros alcanzados, sin obsesión por la igualdad pero garantizando siempre recursos suficientes para que la gente que no puede competir en el mercado tenga niveles de vida tolerables.

De las incertidumbres que aún quedan por despejar, la más importante es la relativa a la capacidad de bloqueo de los políticos. Marx destacaba el poder de los intereses creados para determinar las «relaciones sociales», pero llegó a la errónea conclusión de que para «expropiar» estos intereses debería aumentarse el tamaño del Estado. Keynes subrayaba la primacía de las ideas sobre los intereses, pero enseñaba ideas equivocadas. En las décadas por venir, el capitalismo podrá tropezar con obstáculos desde un doble frente, a saber, el de la utilización política de ideas erróneas y el de la tolerancia política de los intereses creados que las sustentan. La mayoría de las mentes socialistas en la política, la universidad, la literatura y las diferentes iglesias de todos los continentes, desde Europa, Norteamérica y Australia hasta Asia, Sudamérica y África, intentarán oponer resistencia al capitalismo emergente, porque no pueden librarse de la influencia de los cien años de error intelectual del socialismo. Y aquí más que en ninguna otra profesión, quienes piensan ser contrarios al socialismo pueden inconscientemente reforzar la mentalidad izquierdista, porque el mercado libre del capitalismo perturbará las expectativas industriales, profesionales y laborales desarrolladas bajo las restricciones y los privilegios de los cien años de socialismo.

La defensa y la reivindicación en favor del pueblo, en especial de las capas más pobres de todos los continentes, consiste en poner al descubierto los errores del socialismo y las virtudes del capitalismo, de modo que puedan surgir y combinarse ideas e intereses contrapuestos para rechazar el siglo de falsas esperanzas y de prácticas fallidas. Ésta es la meta que se persigue en este libro.

Notas

- 1 Peter Berger, *The Capitalist Revolution*, Gower, 1987.
- 2 Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Allen & Unwin, 1942.
- 3 Arnold Heertje (dir.), *Schumpeter's Vision After 40 Years*, Praeger, 1981, p. X.
- 4 "Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom*, Routledge, 1944.
- 5 Milton Friedman y Rose Friedman, *Capitalism and Freedom*, University of Chicago Press, 1962.
- 6 Irving Kristol y Daniel Bell (dirs.), • *Capitalism Today* •, Encounter, 1970; Irving Kristol, *Two Cheers for Capitalism*, Basic Books, 1978.
- 7 Ernest van den Haag (dir.), *Capitalism: Sources of Hostility*, Epoch Books, 1979; Ben Rogge, *Can Capitalism Survive?* Liberty Press, 1979.
- 8 Graham Hutton, *All Capitalists Now*, Institute of Economic Affairs, 1960.
- 9 Geoffrey Sampson, *An End to Allegiance: Individual Freedom and the New Politics*, Temple Smith, 1984, p. 10.
- 10 Mancur Olson, *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation and Social Rigidities*, Yale University Press, 1982.
- 11 Hernando de Soto, *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World* ' Harper & Row, 1989.
- 12 Arthur Seldon, *Corrigible Capitalism, Incurable Socialism*, Institute of Economic Affairs, 1980.
- 13 Alan M. Ball, *Russia's Last Capitalists*, University of California Press, 1987. -Los últimos • [capitalistas] se refiere a la secuencia histórica, no a la probabilidad de las perspectivas.
- 14 Michael Binyon, *Life in Russia*, Hamish Hamilton, 1983; Hedrick Smith, *The Russians*, Ballantine, 1976; Mervyn Matthews, *Privilege in the Soviet Union*, Allen & Unwin, 1978; Trevor Buck y John Cole, *Modern Soviet Economic Performance*, Blackwell, 1987.
- 15 George Urban (dir.), *Can the Soviet System Survive Reform?*, Pinter/Spiers, 1989.
- 16 Ibidem, p. IX
- 17 Ibidem, p. XIX
- 18 Friedrich Hayek, *the Fatal Conceit*, Routledge, 1988, p. 30. [Ed. española: *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, 1990.)
- 19 Evald Figurnov, citado en Urban, *Can the Soviet System Survive Reform?*, p. 239.
- 20 Ibidem, p. 240.
- 21 Abel Aganbegyan, en ibidem, p. 241.
- 22 Giorgio Napolitano, en ibidem, p. 277.
- 23 Giorgio Napolitano, en ibidem, p. 286.
- 24 Lionel Robbins, *The Economic Basis of Class Conflict*, Macmillan, 1939.
- 25 Giorgio Napolitano, en Urban, *Can the Soviet System Survive Reform?*, p. 287.
- 26 Mijail Gorbachov, *Perestroika: New Thinking for our Country and the World*, Collins, Londres 1987.

- 27 Ibidem, pp. 9, 11.
- 28 Urban, Can the Soviet System Survive Reform?, p. 300.
- 29 Steven Cheung, Will China Go Capitalist?, Institute of Economic Affairs, 1982, 1986.
- 30 Cento Velianovsky, Selling the State, Weidenfeld & Nicolson, 1987.
- 31 John Redwood, Popular Capitalism, Routledge, 1988; Oliver Letwin, Privatizing the World, Cassell, 1988.
- 32 Madsen Pirie, Privatization: theory, Practice and Choice, Wildwood House, 1988.
- 33 Randel Fitzgerald, When Government Goes Private, Pacific Research Institute, Universe Books, 1988.
- 34 Michael James (dir.), Restraining Leviathan, Centre for Independent Studies, 1987
- 35 C. Velianovsky (dir.), Privatisation and Competition, Institute of Economic Affairs, 1989.
- 36 Gabriel Roth, The Private Provision of Public Services, Banco Mundial, 1987.

Capítulo V

DEMOCRACIA POLÍTICA Y DEMOCRACIA DE MERCADO

... la actividad de los políticos es una condición previa y a la vez una característica necesaria de las sociedades auténticamente socialistas ...

BERNARD CRICK
In Defence of Politics

... la vieja clase política está a punto de desaparecer. Es posible, sencillamente posible, que ... los nuevos políticos ... sean políticos para el pueblo.

SHIRLEY WILLIAMS
Politics is for People

[En] la noción de la política como educación recíproca ... la política deja de ser materia reservada ... a los políticos. Todos los ciudadanos son políticos.

DAVID MARQUAND
The Unprincipled Society

Es de decisiva importancia que ... abandonemos de una vez para siempre la idea, genuinamente romántica, de que cuando los procesos son democráticos todo es juego limpio ... La democracia ha rebasado sus límites ... [en] la explotación excesivamente politizada que ejercemos los unos contra los otros ... casi todos acabamos siendo perdedores netos.

J.M. BUCHANAN
The Legal Order in a Free Economy•
Thinking About America

El capitalismo supera al socialismo porque, al minimizar la autoridad de la política y maximizar la del mercado, crea una forma más eficaz de democracia que capacita a todos los ciudadanos -tanto a los corrientes como a los de la clase política- para decidir sobre su propia vida.

La crítica a la democracia política y a los gobiernos representativos no afirma que sean en principio indeseables, sino que, primero, tal como se han desarrollado hasta ahora, no han cumplido la tarea de convertir al pueblo en soberano, y segundo, que incluso en el caso de que funcionen con eficacia, se les aplica también cuando no es necesario. Debe recurrirse a ellos sólo cuando son los únicos medios de que se dispone para producir los bienes y servicios que el pueblo quiere o necesita y que no pueden obtenerse de ninguna otra manera. Y aun entonces son un instrumento imperfecto, defectuoso, no una inmaculada bendición. Su método característico de funcionamiento, basado en la toma de decisiones por mayoría o recuento de votos, ignorando otras muchas opiniones por la simple razón de que son menos numerosas, es una manera infantil e incivilizada de determinar la utilización de recursos cuando existe un sistema eficaz, activamente empleado en los países capitalistas, que tiene en cuenta todas las opiniones, incluidas las de las minorías y las de individuos independientes o excéntricos.

Este sistema alternativo, que recuenta, o puede recomtar, todos los votos, es el mercado. Tiene el inconveniente de que no recuenta votos, sino centavos. La desventaja del recuento de votos del proceso político es que tiene que olvidar necesariamente muchas opiniones. La desventaja del recuento de centavos de mercado es que pueden ignorarse los deseos de algunas personas que tienen demasiado poco dinero si no se les da algo más. La cuestión central es si le resulta más fácil al proceso político tener en cuenta todas las opiniones que al proceso de mercado proveer de suficiente dinero a todos los ciudadanos. Ninguna de las dos situaciones alcanza el ideal, pero el proceso de mercado puede acercarse a él más que el proceso político. En la medida en que el capitalismo recurre más al mercado y el socialismo más a la política, el primero es superior al segundo.

Existen divergencias entre ambos procesos en lo referente a la facilidad con que puede accederse a los servicios que producen. En los dos topa este acceso con deficiencias, porque está influenciado o determinado por diferencias en los medios. Se afirma que existe igualdad de acceso en los servicios producidos por el proceso político. Así reza, al menos, el núcleo esencial del sistema político socialista. Esta afirmación se referiría a servicios tales como la educación y la asistencia médica generados por el proceso político bajo el capitalismo.

La experiencia de todos los servicios socializados politizados, desde la alimentación en la URSS a la sanidad en Gran Bretaña, indica que no existe esta igualdad de acceso, porque está condicionada por una serie de influencias -políticas, profesionales, económicas, sociales y de otro tipo- que pueden describirse, colectivamente, como •culturales•. Es también desigual el acceso a los servicios producidos por el proceso de mercado capitalista. Aquí la desigualdad obedece a las diferencias de rentas y riqueza, esto es, se trata de una desigualdad de naturaleza financiera•. La cuestión, a la hora de optar o por el capitalismo basado en el mercado o por el socialismo basado en gobiernos políticamente elegidos, es cuál de los dos sistemas puede

suavizar o eliminar con más facilidad las diferencias, sean financieras o culturales. Yo afirmo que el sistema capitalista es superior al sistema político socialista porque es más fácil corregir las diferencias financieras que las culturales.

Democracia y mercado

Aunque el profesor Buchanan se refería a los Estados Unidos cuando criticaba la fe exagerada e infundada en la democracia -Compartida por numerosas publicaciones británicas sobre las instituciones políticas y ejemplificada en los resúmenes de los tres diferentes tipos de socialistas británicos reseñados en la entrada de este capítulo-, su censura es perfectamente aplicable a Gran Bretaña. Resulta, en definitiva, peligrosa la creencia de la señora Williams de que la •participación• puede disciplinar al Gran Gobierno hasta el punto de convertirle en institución benevolente que adopta sus decisiones •en beneficio del pueblo•. Al no entender bien el funcionamiento real y cotidiano de los gobiernos representativos tal como se han desarrollado de hecho, se estampa el sello de la aprobación sobre las iniciativas del Gran Gobierno. En la práctica, este Gran Gobierno, llamado democracia política representativa, no ha estado al servicio de todo el pueblo, sino de quienes han heredado o adquirido las habilidades políticas o culturales que capacitan a algunos para obtener más beneficios que otros. No se ha materializado bajo el Gran Gobierno favorecido por el enfoque socialista la política democrática que había soñado Abraham Lincoln.

Los políticos socialistas y el proceso político se han apoderado para su discurso de las palabras libertad, independencia y democracia. Hayek habla de •nuestro envenenado lenguaje• y menciona de forma expresa y como singularmente vulnerable •la equívoca palabra 'social', derivada de 'sociedad' (y fácilmente prolongada en 'socialismo')•.¹ El término •sociedad• se emplea de ordinario para significar una forma de autoridad más amable y benevolente que la otra -a veces opresora, coactiva y corrompida- del gobierno «democrático• debidamente elegido. Muchas de las palabras utilizadas en las ciencias políticas son engañosas, erróneas o maliciosas.

De ordinario, por democracia se entiende la parafernalia de las elecciones políticas, con su acompañamiento de sondeos, captación de votos, campañas electorales y papeletas en las urnas, que llevan a la formación de asambleas representativas ideales encargadas de tramitar y aprobar las leyes al servicio del bien común. Como cada persona es un voto -reza la doctrina de la democracia política-, está dotada de un mismo derecho a elegir a sus representantes y a determinar, por ende, la línea de conducta del gobierno que regula el país en el que vive. Al votar, ejerce la libertad y la independencia y -tanto si aprueba los resultados como si no- puede considerarlos como emanados de un organismo que dicta democráticamente las leyes y regulaciones y establece los controles de la vida económica, social, cultural y política en beneficio del pueblo o de los •intereses públicos•.

Pero no es así como funcionan los gobiernos en el mundo real. Lionel Robbins supo ver bien, hace ya 50 años, lo que se ocultaba tras esta simplista pretensión. Y por eso no es posible estar de acuerdo con el profesor Marquand cuando propone someter el mercado a la política. Debemos considerar hasta qué punto el objetivo no es más bien lo contrario: convertir el proceso político en siervo, no en señor, del pueblo en el proceso de mercado. Tal vez el gobierno haya creado la estructura o el marco legal, aunque, como arguye el profesor Robert Sudgen (ver más abajo), ciertas normas brotan más bien de forma espontánea, por mutuo acuerdo. Incluso allí donde el gobierno tiene que •dirigir•, debe •seguir• al pueblo. Pero no puede hacerlo con total certeza, porque la maquinaria política no es capaz de abarcar el vasto campo de las diferentes preferencias individuales. El punto débil de la estructura legal creada por el gobierno en el proceso político es que el mecanismo de las elecciones y las presiones es también, a la vez, el mismo imperfecto instrumento empleado para crear el marco dentro del cual deben desarrollarse las actividades económicas.

El capitalismo es -o puede ser- más democrático que el socialismo. No siempre lo ha sido. De hecho, algunos pequeños países capitalistas, entre ellos varios del Lejano Oriente, no tienen los niveles de democracia de los grandes países capitalistas occidentales. Las preguntas fundamentales, no todas ellas resueltas en la literatura sobre esta materia, son si el capitalismo se hace más democrático cuanto más madura, si existe la posibilidad de elegir entre democracia y capitalismo y qué preferiría en tal caso el pueblo (no los políticos), si el capitalismo puede funcionar sin democracia, si sus logros son mejores con más que con menos democracia y qué revelan, como argumento extraído de la vida práctica, los sucesos del mundo real.

El sociólogo y antiguo socialista burgués profesor Peter Berger, de la universidad de Boston, ha explicado, en su estudio de las pruebas empíricas sobre el funcionamiento del capitalismo y el socialismo en el Este y en el Oeste, por qué cambió de parecer y pasó a defender el sistema capitalista.² Su análisis llega a la conclusión de que -sean cuales fueren sus otros defectos y virtudes:- el capitalismo es compatible con la democracia. Es evidente que puede funcionar con diversos grados de democracia política en diferentes fases culturales y en diferentes países, mientras que la democracia política entra en conflicto con la planificación centralizada del socialismo de Estado. Los países comunistas que desean introducir un sistema democrático multipartidista, básicamente para conseguir una mejor respuesta del lado de la producción, están descubriendo y revelando al mundo que el control político centralizado es inconciliable con las iniciativas económicas descentralizadas. Los gerentes de las fábricas y empresas, acostumbrados a esperar órdenes -de arriba•, siguen solicitando permisos a pesar de que ahora ya no son necesarios. El socialismo real que el mundo ha conocido no es democrático ni hay modo de que pueda llegar a serlo. Las supuestas excepciones de Austria y Suecia no son tales. Es una conclusión irrefutable. El socialismo bajo control estatal de la economía es incompatible con la democracia política, porque ésta otorgaría a los ciudadanos la posibilidad de exigir que la economía discorra

por cauces no socialistas o incluso antisocialistas que socavarían o eliminarían el poder de los planificadores del Estado.

Ni existe tampoco la vía de escape de redefinir el socialismo de modo que pueda incluir el mercado libre, con todos sus peligros e inconvenientes. Han sido muchas estas redefiniciones a lo largo de los 10 últimos años, desde que se hizo evidente el fracaso del socialismo que conocemos en el mundo real desde finales de la guerra. Estas nuevas definiciones revelan la ansiedad que produce tener que abandonar la concepción del socialismo como sistema económico regido por el proceso político a través del Estado y de sus órganos. El profesor y sociólogo marxista Stuart Hall, que ha sido quien con mayor penetración ha sabido explicar la incapacidad del socialismo de Estado, no ha podido evitar verter sus ironías -a pesar de su fama de moderado- sobre los fabianos por uncir el socialismo al carro del Estado, y ha afortunado elocuentemente, en una disquisición sobre la reciente noción de marxismo de los •Nuevos Tiempos•, en un encuentro fin de semana en Marxism Today, que la izquierda tiene que renunciar tristemente a las esperanzas puestas en el socialismo estatal.³

El socialismo fabiano o democrático insiste ahora -y así lo viene haciendo desde hace aproximadamente 10 años- en la necesidad de retor-nar a lo que se proclama como la primitiva tradición del socialismo, eso es, a los esfuerzos municipales locales voluntarios a pequeña escala desarrollados por la gente para mejorar su situación. Un valeroso ensayo anterior, de Evan Luard, razonaba que el socialismo de Estado había •fraasado en el intento de aumentar la calidad ... abolir la alienación ... proporcionar a los obreros un genuino sentimiento de control sobre su destino o sobre las decisiones que les afectan (este último es el fallo crucial, especialmente de los gobiernos socialistas, porque fue en el pasado y sigue siendo en el presente el Gran Gobierno).⁴ Luard extraía la conclusión lógica: • ... tal vez se deban revisar a fondo algunos de sus dogmas•. La solución que ofrecía era un nuevo socialismo, frágilmente cimentado sobre comunidades •de base popular• a pequeña escala, •esparcidas por el ancho mundo•. Un libro anterior de R.N. Berki pasaba revista a las diversas formas de socialismo, desde las marxistas, por las que parecía inclinarse, hasta las libertarias.⁵ Una exposición más reciente de Anthony Wright propugna que debe abandonarse por errónea la tradición marxista de un solo socialismo y que la salvación se encuentra en una serie de •tradiciones socialistas sumergidas, preteridas y minoritarias-⁶ Citaba las sátiras de George Orwell en apoyo del argumento de que debe abrazarse el socialismo democrático ... y debe combatirse el socialismo autoritario•. El profesor Bernard Crick ha luchado resueltamente por rescatar a Orwell para el socialismo, pero no ha conseguido resolver el dilema de que cuanto más socialista es el sistema más precaria es la democracia.⁷ Orwell observaba que las buenas costumbres tradicionales (es decir -pemútaseme subrayarlo- capitalistas) se daban más entre los ciudadanos corrientes que en la clase intelectual. No deseaba vivir •en un mundo en el que todos y cada uno pudieran ser manipulados, ni

siquiera en nombre del interés público.⁸ Pero ocurre que la manipulación •en nombre del interés público• es, justamente, la esencia misma del socialismo. También los nuevos ilustrados del tipo de Gould y Hattersley, creen que el gobierno conoce las cosas mejor que las personas concretas. La esencia del capitalismo -más como podría haber sido que como ha sido de hecho- es que permite a los individuos asumir riesgos para gobernar su vida del modo que más les plazca. El espíritu de Orwell concuerda con la libertad del mercado, no con la tutela de la política.

Los escritores socialistas revisionistas no han reconocido aún que sin el mercado, creado por la propiedad privada y creador a su vez de la posibilidad de elección de los consumidores entre varios oferentes que compiten entre sí, no están bien aseguradas las libertades democráticas. Los recientes intentos por salvar el socialismo recaen en la falacia fundamental de que todo sistema nacido del proceso político de la democracia tiene capacidad suficiente para garantizar la soberanía del pueblo sobre el gobierno o sobre la vida económica.

Debate nacional para élites

El argumento esencial a favor del capitalismo es que la democracia de mercado ofrece a las masas mayores ventajas que la democracia de la política. Pueden corregirse las insuficiencias y las desigualdades derivadas de •los peniques•. No se pueden corregir, en cambio, las desigualdades derivadas del poder cultural. Por consiguiente, se ha distorsionado la democracia política en beneficio de los que gozan de influencia política, de los habildosos y experimentados. Sus asambleas, nominalmente representativas, reflejan la influencia de los grupos organizados a expensas de los que no lo están; han construido una jerarquía de poder y son, por tanto, injustas y arbitrarias. La duda que flota es si los defectos del proceso político pueden ser eliminados por este mismo proceso.

Raras veces han acertado a comprender los críticos del capitalismo este auto de acusación contra el proceso político sobre el que se basa el socialismo. Cuando la reafirmación del capitalismo tomó forma política, en la pasada década, bajo los gobiernos de la señora Thatcher, los escritores socialistas los condenaron (a ellos y a ella) como autoritarios, insensibles y materialistas, y pasaron casi totalmente por alto sus éxitos en el campo de la emancipación respecto al Estado conseguida en el corto espacio de diez años.

La cita de Marquand en el inicio de este capítulo sintetiza la conclusión de *The Unprincipled Society*,⁹ un libro muy alabado por la crítica, salido de la pluma de un politólogo que primero fue laborista, luego socialdemócrata y ahora profesor de historia y política contemporánea de la Universidad de Salford y activo demócrata social-liberal. El libro rechaza tanto el socialismo como el capitalismo, tanto el Estado como el mercado, y se inclina por un tercer principio, que pretende evitar los fallos de los dos anteriores. El análisis del profesor

Marquand es elegante y seductoramente convincente. Revela por qué a los socialistas de la vieja guardia les resulta tan difícil entender el capitalismo y su mercado y por qué les cuesta tanto aceptarlos como el mejor, o al menos el menos imperfecto, de los sistemas políticos alternativos. Pero como ya había adivinado Lenin en 1919 y satirizado Brecht tras las agitaciones de Alemania Oriental en 1953, la solución de Marquand insiste de nuevo en el consabido •cambiar de pueblo•. Es, una vez más, una huida de la realidad.

La •tercera vía• de Marquand consiste en sustituir las órdenes del socialismo estatal y los intercambios del mercado capitalista por la •persuasión, la discusión, la enseñanza, la conversión•; en resumen, por el •precepto•, entendiendo este término, tomado en préstamo del politólogo y profesor norteamericano Charles Lindblom, en el sentido de instrucción didáctica.¹⁰ Marquand describe con elocuencia los contrastes:

Las relaciones no son ya las propias del amo con los criados o las del vendedor con los compradores, sino las del maestro con los discípulos o los discípulos con el maestro. Mientras que una sociedad que actúa según el sistema de órdenes y mandatos se parece más a un regimiento y la del sistema de intercambios más a un bazar, la que actúa según el sistema didáctico se parecerá más a una clase, a una cámara de debate ...¹¹

La idea de una sociedad cuyos asuntos se dirimen en un foro de discusiones procede, obviamente, de los cuerpos académicos de las clases medias, que saben emplear eficazmente las palabras en las controversias políticas y en el periodismo escrito. Este enfoque da una pista para comprender la centenaria defensa del socialismo desarrollada por estas clases medias y su utilización del proceso político en las asambleas representativas. Marquand cita en su apoyo una tesis doctoral de filosofía de la Universidad de Londres que describe la política como un proceso 'civilizado y civilizador' mediante el cual son hombres y mujeres libres quienes asumen el peso de las elecciones y las decisiones sociales, en lugar de confiarlas a un líder carismático o a un proceso social impersonal.¹²

Los liberales (de la estirpe filosófica europea, no de la británica) deben dar la bienvenida a la confesión de Marquand de que el sistema de relaciones de tipo didáctico no es moralmente superior a los otros sistemas y está igualmente expuesto a los abusos de los tiranos. Parece aprobar la campaña de Gladstone en Midlothian en las elecciones de 1876, cuando intentaba convencer al electorado de que eran los búlgaros quienes cometían atrocidades contra los turcos, y no, en cambio, el estilo de la Revolución Cultural de Mao Tse Tung de 1966-69. Y menos aún aprobaría los •preceptos• de Adolf Hitler en Nuremberg o de Benito Mussolini en Palazzo Venezia. El punto débil de una sociedad basada en estos preceptos es que la posibilidad de que los tiranos se encaramen a la cima, recurriendo a menudo a la violencia y la tortura, cuenta en ella

con más probabilidades que en las sociedades de mercado capitalista donde, como ocurre en Suiza, los ciudadanos apenas si conocen los nombres de los jefes de gobierno.

Se trata de refugiarse, una vez más, en las cada vez más habituales ideas, presentadas bajo nuevo cuño, de comunidad o comunitarismo que, bien mirado, apenas son otra cosa que dependencia del proceso político. Pero es una aspiración sin soluciones: la tarea -se dice- consiste en facultar a los hombres y las mujeres para realizarse a sí mismos no simplemente como consumidores, sino también como productores y como ciudadanos. La solución propuesta por Marquand es una especie de -democracia de hidalgos• en la que pequeños propietarios demócratas ejercen una •ciudadanía activa y rechazan la sujeción pasiva•;¹³ pero es evidente que, hasta ahora, no ha funcionado este mecanismo. El poeta Roy Campbell habría preguntado:

¿Dónde está el maldito caballo?• El liberalismo de mercado elimina los abusos del Estado socialista al limitar el alcance del poder político. La -democracia de hidalgos• ampliaría y generalizaría, al parecer, el poder político, pero sólo en beneficio de la clase política. Advuéntase bien el contraste: el liberalismo de mercado reduce las fronteras de la política; la •democracia de hidalgos-las ampliaría: se trataría de una democracia que evita el lenguaje, pero que abraza el mecanismo del socialismo: el proceso político.

La •política didáctica• o •preceptiva• es una visión típica de la clase media para confundir a las masas trabajadoras. Los economistas liberales thatcherianos han puesto en marcha el primer motor, la energía impulsora del mercado, el •maldito caballo• de Campbell. El socialismo encontró su inspiración original en el poder público: en la idea de que los hombres y las mujeres con poder político, adquirido ya sea a través de elecciones abiertas o mediante los cerrados sobres de la conspiración, lo usarían en beneficio del interés común. El mercado capitalista no depende de este supuesto de buenas intenciones o de pensamientos desiderativos. Ni depende tampoco del ejercicio equitativo de unas iguales habilidades políticas. No induce a la gente a confiar en el proceso político. No supone, con independencia de la buena o mala voluntad de los demócratas socialistas, que •la política sea [necesariamente] para el pueblo•. Pone el poder el poder de compra efectivo-directamente en manos de los ciudadanos corrientes, para que lo usen como mejor les plazca, o para dejar de emplearlo cuando así lo prefieren. El proceso político no otorga parecidos poderes al pueblo. De ahí que el mercado sea, en su misma esencia, más democrático que el gobierno, y el capitalismo más que el socialismo. Y de ahí también que el mercado pueda alcanzar en el futuro, bajo el capitalismo, mayores co-tas de democracia que la política bajo el socialismo.

Los liberales, que comprenden bien el proceso de mercado y su inconmensurable superioridad sobre el proceso político, no pueden admitir la errónea concepción de Marquand de que el mercado excluye las relaciones didácticas. Según él, •los hombres y las mujeres no se limitan a man-dar y obedecer y a cambiar unos bienes por otros. También enseñan y aprenden, convencen y son convencidos•.¹⁴ Precisamente el gran mérito del sistema de mercado es que

mantiene abiertas las tres alternativas de regimiento, bazar y escuela. Son las personas concretas quienes deciden qué cosas quieren que sean fijadas, y hasta qué punto, mediante órdenes, cuáles, y en qué medida, a través de intercambios y qué otras, y con qué alcance, en virtud de la convicción. Algunos sectores (sobre todo en el ámbito de los bienes públicos, como la defensa o la investigación pura) no pueden concertarse a través de intercambios individuales, porque generan beneficios inseparables y deben decidirse mediante órdenes. Otros, como las obras de caridad voluntarias o los donativos, están influidos por las actitudes morales, y el método de la persuasión los puede hacer más fáciles. Pero, en la economía moderna, la mayoría de las relaciones humanas se concertan a través de la compraventa en el mercado, porque es así como los hombres y las mujeres quieren vivir entre sí y también, y no en último lugar, porque ningún otro sistema consigue niveles de vida que permitan conciliar la libertad con los avances tecnológicos. El mercado galvaniza las energías de los ciudadanos, sean buenas, malas o indiferentes. Todos los demás sistemas las coartan, las encadenan o las distorsionan, con desastrosos resultados.

Desigual poder cultural: igualable poder financiero

También puede aducirse a favor del sistema capitalista de mercado que permite que los hombres y mujeres reduzcan al mínimo el papel de las órdenes y eleven al máximo el alcance de los intercambios o se dediquen al ejercicio de la persuasión, cuando así lo prefieren. Existe una buena razón para ello. Un gran número de ciudadanos corrientes no desean ver-se envueltos en discusiones políticas de tipo didáctico porque advierten que no pueden defender sus propios puntos de vista frente a políticos sólidamente ejercitados en las habilidades de los asuntos públicos. La inmensa mayoría de la población se desenvuelve mejor en el mercado. La diferencia es clara. Los centavos del ciudadano común cuentan tanto como los del ciudadano culto o los del que tiene buenas relaciones sociales o posee habilidad política. Tal vez no tenga tantos centavos. Pero resulta más fácil eliminar las diferencias innecesarias (alguna siempre es necesaria para actuar de incentivo, como han advertido desde hace ya mucho tiempo los sistemas socialistas) en el número de centavos que la arbitrariedad y la desigualdad de oportunidades del poder cultural que imperan en la sociedad didáctica.

Aquí se encuentra el núcleo esencial de la diferencia entre el Estado y el mercado, entre el socialismo y el capitalismo. A los socialistas les resulta dificultoso comprender esta diferencia, tal vez porque la mayoría de ellos son, por instinto o de forma congénita, políticos adeptos a la teoría o la práctica del gobierno socialista. Recuerdo que en un debate con el más tarde transfuga• y ministro conservador Reg Prentice, el laborista Ian Mikardo argumentaba, en una reunión del Partido Laborista en Orpington, en los primeros años 70, que la gente .. activa• (se refería, y podía haberlo dicho explícitamente, a los leales al laborismo) que participaba en los

encuentros y otras iniciativas de los partidos debería gozar de mayor influencia en la política que quienes llegan a casa por la noche y se sientan a ver la televisión. Esta es la actitud inducida por la participación activa en el proceso político: considera a la clase no política como inferior, menos digna y desigual.

Y ésta sería la suerte de la mayoría de los •pequeños propietarios• en una -democracia de hidalgos•. Pero el capitalismo no hace esta distinción, porque el mercado es ciego para los colores, sordo para los acentos e indiferente para los orígenes sociales. La acusación habitual de que en el sistema capitalista la búsqueda del beneficio individual excluye consideraciones de más vasto alcance constituye tanto su fortaleza moral como la posible fuente de su debilidad (en sus externalidades), porque elimina las parcialidades políticas, los prejuicios raciales y, no en último término, las influencias culturales. Para el tendero, el centavo del albañil tiene tanta importancia como el del plutócrata y, por supuesto, el impersonal cajero automático del banco capitalista no establece diferencias entre los propietarios de las tarjetas. Puede ocurrir que algunos oferentes se sientan influidos por el acento o la raza, pero el mercado se cobra un alto precio por estas discriminaciones: pérdida de clientela, disminución de las ventas, reducción de los beneficios y, a la postre, bancarrota. El voto del albañil cuenta tanto como en el del plutócrata en el recuento de papeletas de las poco frecuentes elecciones, pero tiene menos peso -y de ordinario ninguno---en los grupos de presión activos y en el resto de la parafernalia de los políticos durante los intervalos entre elecciones.

Este es el comodín de que disponen los individuos en la baraja del mercado capitalista, pero no en los servicios públicos socialistas. Cuando una persona se siente discriminada, puede acudir a otros proveedores. Pero esta vía de escape del capitalismo frente a proveedores o vendedores inaceptables no tiene su paralelo en el socialismo, que ofrece sólo el precario poder del •voto•, el derecho a •participar•, que es intrínsecamente desigual y que, de ordinario, favorece y fortalece a los que ya son fuertes e influyentes, esto es, de ordinario a las clases medias bien organizadas y provistas de poder cultural.

Añádase que, en general, el voto es inútil si no se tienen otras salidas. A los padres que no pueden abandonar el centro educativo estatal, a los pacientes que no tienen otra opción que el hospital del Servicio Nacional de la Salud, a los inquilinos que no pueden dejar la vivienda de protección oficial se les presta menos atención que a quien puede echar mano de su dinero para pagar el alquiler, las tasas escolares o las primas del seguro de enfermedad privado. (Estas ideas fueron ya desarrolladas por Hirschmann,¹⁵ aunque él no estaría necesariamente de acuerdo con la aplicación que se hace aquí de ellas.)

Se ha ido abriendo paso en las mentes socialistas, tal vez de forma inconsciente, la diferenciación entre los poderes relativos del voto político y la solución del mercado. El profesor Crick previene a sus amigos que puede ocurrir que en las sociedades socialistas ... el pueblo no

quiera lo que se le da ... y debe gozar de libertad para reclamar o para rechazar [volver la espalda] en los debates públicos tanto los valores como los programas¹⁶. Voto y rechazo aparecen aquí como mecanismos de defensa del pueblo frente a •su• presunto gobierno, pero el acento sigue recayendo sobre el familiar voto político, mientras que el rechazo (volver la espalda) aparece sólo a modo de paréntesis adicional. Los grupos menos organizados no podrán aguantar en el debate público la presión de los políticamente adiestrados. Su capacidad para conseguir que los políticos, los funcionarios, los planificadores y controladores le presten atención se basa esencialmente en que •puede volverles la espalda•. Pero para poder hacerlo de hecho deben contar con la capacidad de reserva de desviar su dinero de •lo que se les da• a lo que prefieren: deben tener mercado.

Sin mercado, los padres con menor nivel cultural (probablemente educados en centros estatales) están perdidos. Citaré un ejemplo que es, casi con entera seguridad, aplicable a otros miles de casos. •A mi hija•, escribía una madre de Liverpool a los Friends of the Educational Voucher (FEVER), -no le gustaba su escuela primaria (de los 5 a los 11 años), por las peleas y el grosero lenguaje. Así que busqué otra en la vecina ciudad y dije que vivíamos allí. Pero al cabo de un año el asistente social lo averiguó e informó a las autoridades correspondientes, que obligaron a mi hija a volver a la escuela donde se había sentido tan a disgusto. El director del nue-vo centro deseaba que siguiera allí; la niña había progresado mucho y acudía muy contenta a las clases, pero tuvo que dejarlo. •¹⁷ No es esta niña la única víctima de un proceso político del que no tenía escape y de una mentalidad socialista que lo sigue imponiendo cuando ya no es necesario, tras decenios de fracaso en la tentativa de salvaguardar a los ciudadanos de a pie sin influencia -como a esta madre de la clase obrera- de la degradación, o dicho en lenguaje orwelliano, de ser menos iguales que los que tienen influencia política.

La clase política y el ciudadano de a pie

El proceso político y el proceso de mercado configuran dos mundos separados. El primero es campo propio de especialistas en las artes de la persuasión, la organización, la infiltración, el debate, los grupos de presión, los encuentros manipulados, las resoluciones efectivas en las conferencias, las duras negociaciones a puerta cerrada. El segundo es el ámbito de las personas corrientes -de los hombres y mujeres comunes que trabajan durante el día y regresan a sus hogares por la noche.

Los partidarios del proceso político deberían advertir qué clase de gente huye de él porque sienten que soportan excesivas cargas fiscales y reciben a cambio malos servicios, y se refugian, por consiguiente, en la economía sumergida, donde pueden vivir mejor ejerciendo sus habilidades elementales de compradores y vendedores y ofreciendo lo que los consumidores

están dispuestos a pagar. Pueden aquí ganarse la vida sin autoridad cultural, sin relaciones sociales, sin estar afiliados a asociaciones profesionales o sindicales, sin influencia política. Ha sido la política la que les ha empujado a vivir como personas ajenas a los valores civiles ... el rechazo del gobierno adquiere su expresión más destacada bajo la forma de evasión fiscal hacia la economía sumergida, que provocaría el silencioso aplauso de los liberales clásicos, porque es, en principio, resistencia a la inaceptable coacción política, comparable a la resistencia francesa frente a la ocupación nazi ... la economía sumergida ... es, en su esencia más profunda, una vuelta al mercado libre entre individuos dotados de talento comercial, que tienen que compensar la falta de habilidades políticas exigidas para conseguir los favores de la Administración.

Los que no pueden •participar• en el gobierno por medio de los •votos• lo «superan» volviéndole la espalda.¹⁸

La hipótesis de que las personas con bajos niveles culturales son expulsadas de la economía de Estado por los que tienen mayor capacidad cultural podría haberse formulado mucho antes simplemente a partir de los datos que proporcionan la naturaleza humana y las experiencias cotidianas. La huida del Estado politizado pudo y debió ser prevista por politólogos como Crick y otros socialistas: anunciaba ya la creciente desilusión provocada por la economía estatal y por su componente más compasivo, el Estado de bienestar.

Pero las mentes socialistas ignoraron durante mucho tiempo o citaban sólo de pasada estas tempranas consecuencias. Se debe una de las primeras referencias al profesor Brian Abel-Smith, el mejor del trío de sociólogos socialistas que más influencia han ejercido en el consenso de postguerra sobre el Estado de bienestar (tal vez porque tenía algunos conocimientos básicos de economía, a diferencia de los otros dos, los profesores Richard Titmuss y Peter Townsend). Sólo que sacó la peor conclusión para la política. En los años 60 declaró enérgicamente que eran las clases medias las que obtenían los mayores beneficios de los servicios de bienestar. De donde deducía que deberían darse mayores y mejores prestaciones a las clases obreras (incluido el salmón ahumado en los hospitales de la Seguridad Social). Se abría así la perspectiva de niveles incesantemente más altos financiados por impuestos interminablemente más elevados. Aquel error no tenía en cuenta las crecientes rentas, que podían permitir que en el futuro (casi) todos podrían pagar en el mercado lo que deseaban, con la ventaja añadida, sobre todo para la clase obrera, de una amplia posibilidad de elección entre proveedores que compiten entre sí.

En 1981, Shirley Williams se refería a •la extraordinaria habilidad de las clases medias para hacerse con la mayoría de los servicios públicos gracias a la combinación de destreza, seguridad de sí, perseverancia y capacidad de convicción•.¹⁹ Desde entonces, investigaciones detalladas han

confirmado la amplitud del fallo del Estado en la postguerra, y más en especial el fracaso del proyecto del Estado de bienestar de proporcionar igualdad de acceso para todos.

Entre los estudios más recientes figura el de Le Grand y Goodin sobre los esfuerzos desarrollados por la clase media no sólo en Gran Bretaña, sino también en Estados Unidos y Australia, para obtener una porción de los beneficios del Estado de bienestar mayor que la que honradamente • les correspondía.²⁰ Su título -Not Only the Poor (No sólo los pobres)- podría sugerir que el Estado de bienestar habría sido previsto e intentado sólo, o principalmente, para personas necesitadas. Fue vendido políticamente como una conquista social para todas las clases que, por otra parte, se integrarían en él en virtud de la cohesión social y capacitaría a todos para participar en el bienestar del Estado benevolente. Pero los análisis de los autores justifican sus dos principales conclusiones: que de este Estado, pensado para los pobres, se han beneficiado también gentes no pobres, y en especial las clases medias, y que, además, han sido estas mismas clases medias las que más se han opuesto a los recientes intentos por reducir sus beneficios.

Es sorprendente que estos resultados hayan sorprendido a los académicos de la izquierda. Tal vez los sentimientos más apropiados sean los de decepción y consternación: una nueva demostración del fracaso de la teoría de que el gasto público garantizaría el interés público. Pero la sorpresa obedece a la poco realista suposición de que, en virtud de una alquimia todavía por descubrir, los políticos se transmutan de seres humanos falibles en santos desprendidos y abnegados, o de que la gente, cualquiera que sea su profesión, renunciará a utilizar sus habilidades para obtener del prójimo -también, y no en último término, de los inagotables recursos del Estado -los máximos beneficios posibles, de suerte que ambas partes negocian con el dinero de otros. Puede parecer caritativo el calificativo de •romántica• aplicado por el profesor Buchanan a la idea de que todo cuanto produce la democracia es beneficioso, mientras que parecerá muy severo su adjetivo de •idiota•. Pero ha llegado ya el momento de cuestionarse la capacidad de juicio, el buen sentido o el conocimiento de la historia de quienes -fundamentalmente en la izquierda, pero también en la derecha-persisten en el gran engaño de nuestro tiempo de que el proceso político ha convertido finalmente en realidad el sueño de Abraham Lincoln: gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

No existe modo de garantizar, mediante órdenes burocráticas, justicia social para los culturalmente débiles. La solución consiste en capacitar a los infraprivilegiados en la economía de Estado para huir de lo inaceptable. La respuesta fue en el pasado y sigue siendo hoy la emancipación mediante el poder de compra. El remedio para la irremediable desigualdad en el Estado no es intentar igualar los votos, que no pueden igualarse, sino hacer posible la superación de las desigualdades, y esto puede conseguirse a través de la redistribución del poder de compra. La solución ofrecida por los gobiernos británicos de los años 80 en la educación, y tal vez también en los servicios médicos, de •libertad de elección• (mediante cupones), no fue aceptada por los centros educativos y los hospitales. Pero esta libertad de elección de los productores

mantiene en pie el proceso político de negociación entre las instituciones estatales y el Estado. Se posponía la mejor solución, a saber, la libertad de elección de los consumidores individuales en el mercado. La libre elección es, en principio, un avance, aunque en la práctica política, donde no se abandona fácilmente una nueva idea incluso cuando funciona mal porque genera intereses creados, puede ocurrir que lo que parece ser a primera vista y directamente mejor sea enemigo de lo que es bueno en la práctica y en definitiva. En el mercado, con un poder de compra reforzado, todos los ciudadanos podran tener lo mejor; en el proceso político se les concede sólo a medias.

Se trata de elegir entre dos planteamientos imperfectos el proceso político o el proceso de mercado, la política o los mercados, la ética política o la mercantil-más que entre dos sistemas imperfectos, dado que ambos son necesarios. Pero en la mezcla pueden darse muchas variedades, desde una utilización mínima de gobierno combinada con una utilización máxima de mercado, que defino como capitalismo, hasta un uso máximo de gobierno combinado con un empleo mínimo de mercado, que defino como socialismo.

La política y los políticos, el gobierno y la burocracia ocupan sectores demasiado amplios de nuestra vida cotidiana, de nuestra existencia personal. Me atrevería a indicar que son tres o cuatro veces más extensos de lo debido, porque sólo una tercera o una cuarta parte de los servicios públicos (suministrados por la Administración) son realmente bienes públicos. El éxito del capitalismo es que reduce, o puede reducir, al mínimo tales poderes, mientras que el socialismo los aumenta al máximo.

Gobierno de entrometidos, por mandones, para matones

La democracia de la política es menos efectiva para los ciudadanos corrientes que la democracia de mercado. Se ha sobreestimado la vía política hacia la democracia e infravalorado la del mercado.

Ha podido comprobarse que es infundado el supuesto de que se cumplen las exigencias de una democracia política cuando hay gobiernos representativos elegidos por el pueblo para ejecutar sus deseos. La señora Williams ha formulado del siguiente modo el argumento clásico a favor de los políticos demócratas: • ... la mayoría de los hombres y mujeres que se adhieren a partidos políticos o que se embarcan en la carrera política lo hacen con la intención de mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos. • Ahora bien, • para implantar mejoras, los políticos tienen que hacerse con el poder. La tentación de la clase política consiste en buscar el poder para su personal provecho y por el status que confiere ... • Y en otro lugar: • La política práctica gira en torno a los gobernantes, los burócratas, los partidos, los grupos de presión, los intereses y los ascensos. •²¹

Los políticos socialistas han apostado por la vía política hacia la democracia. Los políticos no

socialistas han tenido, por desgracia, cierto interés profesional en promover el método político, aunque también, tal vez, objeciones doctrinales al mismo. Los gobiernos Thatcher se propusieron reducir la influencia del Estado y, por ende, de la política. En los años 80 pusieron en marcha algunos programas que, como la desocialización (privatización), disminuían la influencia política, pero otros (como impuestos en conjunto más altos) la ampliaban. La historia no ha emitido aún su veredicto. Los resultados no dependen de las buenas intenciones de los políticos, sino de lo que la maquinaria y las recompensas electorales de la democracia representativa les impulsan a hacer.

Esta pregunta se descompone en tres subpreguntas, de acuerdo con la visión tripartita del gobierno democrático de Abraham Lincoln: este gobierno, ¿es •de• (elegido por) el pueblo? ¿Está (dirigido) •por• el pueblo? ¿Funciona •para• el pueblo? Hasta hoy, no ha habido ni un solo gobierno en el mundo que haya convertido en realidad plena el sueño de Lincoln. La mayoría de los gobiernos no son democráticos: no representan a (no surgen de la elección •de•) todo el pueblo, no están dirigidos •por• todo el pueblo ni actúan de ordinario sólo para• el pueblo.

La doctrina socialista, incluidas sus recientes correcciones y revisiones, implica que los así llamados gobiernos democráticos elegidos a través del proceso político son necesariamente -de•, por• y •para• el pueblo. En la práctica pueden verse distorsionados (y de ordinario lo están) por las presiones de los grupos de interés que se desarrollan en el seno del propio proceso político. Lo dicho es cierto respecto a los sectores •públicos• tanto de los sistemas socialistas como de los capitalistas. Y es tanto más cierto cuanto más controla la administración la actividad económica. Y es, en fin, mucho más cierto en los países socialistas que en los capitalistas.

De todo ello se sigue una conclusión aún más radical. Para utilizar los recursos de un país de acuerdo con los deseos del pueblo no basta con la democracia política. El frisson de estremecimiento que despertó en los académicos, políticos, periodistas, enviados de la televisión y otros observadores la eclosión emocionante de la •democracia• en Hungría y en otros países comunistas descubre el difundido error del Oeste de que basta la democracia política para crear el gobierno del pueblo. La equivocación de los Crick, los Marquand y los Williams es compartida por un buen número de demócratas. La verdad, gráficamente demostrada por la experiencia de la postguerra y explicada por la (todavía demasiado poco estudiada) economía de la política (capítulo VII), es que para que el régimen democrático sea una realidad en la vida cotidiana del pueblo la democracia política debe desembocar en la democracia del mercado.

Es sumamente interesante la relación entre ambas. Parece evidente que es necesaria la democracia política para poder votar en una economía liberal de mercado. Pero no es tan evidente que todas las normas requeridas para un régimen de mercados libres deban ser necesariamente promulgadas por el gobierno. El profesor Robert Sugden ha demostrado con argumentos convincentes que los individuos desarrollan espontáneamente muchas reglas que les

permiten convivir en armonía sin la acción del gobierno.²² Y aun admitiendo que las autoridades políticas deban promulgar algunas normas y proporcionar algunos servicios (los llamados bienes públicos [capítulo VIII]) que las personas concretas no pueden producir por sí mismas y de forma espontánea, no es menos cierto que ti nen la peligrosa propensión a traspasar los límites de estas funciones necesarias. Si los países comunistas restauran plenamente la democracia política, con elecciones multipartidistas y cosas semejantes, el uso de los recursos se verá sujeto a la influencia de muchos partidos en vez de uno solo, pero no todavía a la del pueblo. Los partidos crearán mercados politizados a través del proceso político. Una auténtica democracia del pueblo• requiere -a diferencia del fraude de las versiones comunistas- mercados libres donde la influencia política se vea reducida a sus valores mínimos. Incluso en el caso de democracias políticas restringidas, los mercados libres serían capaces de crear las libertades indispensables para que sea el pueblo quien ejerza el control democrático de los recursos. Si Lincoln volviera a la vida, no contemplaría el gobierno de la totalidad del pueblo, sino de activistas entrometidos en los negocios políticos, ni por el pueblo, sino por directivos mandones especializados en el manejo de la burocracia administrativa, ni para todo el pueblo, sino para grupos organizados con la misión de influir, chantajear o intimidar al gobierno.

La «democracia» política en la práctica

Ya los economistas liberales clásicos conocieron bien esta verdad. En 1861 escribía John Stuart Mill: •El verdadero principio del gobierno constitucional requiere que se dé por supuesto que abusará del poder político para promover los objetivos de los propietarios; ... existe una tendencia natural ... a precaverse contra la utilización especial de instituciones libres. •²³ Mill fue citado por el profesor Buchanan, considerado el Padre Fundador del moderno estudio de la economía de la política (llamada en la literatura académica •elección pública•), en una conferencia pronunciada en 1978, en el IEA.²⁴ En la década de los 30, cuando me hallaba inmerso en la tarea de buscar una filosofía que sustituyera al socialismo, Lionel Robbins resumió en unas pocas y simples palabras el núcleo del problema (cito de memoria): •Un hombre tiene más libertad con 50 libras en el bolsillo que con un voto en el comité. •

No se ha convertido aún en realidad el sueño de Lincoln porque existen obstáculos o fallos en el camino que recorren las tres partes del proceso político para que el gobierno pueda ser •de•, por• y •para• el pueblo, todo el pueblo y nada más que el pueblo. Estos son los resultados a que ha llegado la economía de la política y que serán detalladamente expuestos en una obra de próxima aparición.²⁵

Primero, el gobierno no podrá ser «de» el pueblo mientras existan dificultades para poner en marcha métodos de elección que reflejen con mayor exactitud los deseos de los consumidores.

Todos los métodos conocidos -incluidas las formas aparentemente más refinadas de la representación proporcional- son imperfectos. La última prueba ha sido la proporcionada por la maquinaria electoral establecida para las decisiones de libertad de elección de centros educativos estatales según el modelo británico (capítulo X). La mayoría de los padres que votaron a favor de un solo centro y en contra de otros tipos de centros escolares reflejaba tan sólo la opinión de una minoría, porque casi la mitad de los padres se abstuvieron de votar. En consecuencia, la mayoría tuvo que aceptar una decisión por la que no habían votado. En un mercado libre de centros escolares es inconcebible que los padres que se abstuvieron hubieran dejado de •votar• con su dinero si hubieran tenido la oportunidad de elegir en uno u otro sentido en cuanto individuos dotados del necesario poder de compra. Más aún, sin que causara la menor sorpresa entre los estudiosos de la economía de la política, los partidarios de los centros estatales desarrollaron una intensa campaña política para intimidar a los padres, directores de centros y profesores favorables a la libre elección. Ésta es la democracia política real, en contraste con los sueños democráticos de los románticos, o de la clase política que puede hacer funcionar el proceso político en su propio provecho. El ministro se vio obligado a poner en circulación algunas directrices para impedir que los contrarios a la posibilidad de elección engaña-ran a quienes la querían. A los especializados en cuestiones políticas les resultan bien conocidas estas previsible estrategias electorales -grupos de presión, sollicitación del voto y cosas parecidas,- para situar las decisiones íntimas de las familias sobre los centros educativos dentro del proceso político, con las ya habituales ventajas para la clase política.

Segundo, no puede implantarse el gobierno •por• la totalidad del pueblo. Lo ejerce de forma indirecta, a través de los miembros de las asambleas que elige para que le representen. Es muy tenue el control que el pueblo soberano puede ejercer sobre sus portavoces. En el mercado, to-dos los ciudadanos toman sus propias y personales decisiones y las aplican pagando por ellas o desplazándose a otros proveedores. No hay aquí delegados que lo representen mal.

Tercero, no puede haber gobierno •para• el pueblo mientras los representantes elegidos por los ciudadanos tengan motivaciones que les aparten de la idea de servir a los intereses de sus votantes. Y que pueden tenerlas es de todo punto indiscutible, no en último término debido a que son mucho más claras las expectativas de promoción cuando se sirven los intereses de los líderes del partido para la conquista o el mantenimiento del poder en el corto plazo de legislaturas de tres, cuatro o cinco años que sirviendo al pueblo soberano a largo plazo. El profesor Tullock ha aludido al •intercambio de favores• en Gran Bretaña,²⁶ una forma de chalanee entre los miembros del Parlamento en virtud del cual los parlamentarios se prestan entre sí apoyos para unas determinadas medidas, tal vez orientadas a bienes sectoriales, pero nocivas para el conjunto nacional. Un bien conocido ex ministro del Gabinete declaró que en la Cámara de los Comunes británica eran desconocidas estas incorrectas prácticas. Pero un miembro del Parlamento, en

aquel entonces con menor renombre, proporcionó puntualmente, aunque sin darse cuenta, algunos ejemplos clarificadores.

Decisiones políticas y decisiones de mercado

El proceso político se diferencia del de mercado en que algunos de sus procedimientos son menos democráticos. Aquí se encuentra una de las razones básicas de la superioridad del capitalismo sobre el socialismo.

Los gobiernos que intentan prescindir del papel de recopilación de información del mercado y de su coordinación con las decisiones individuales de millones de ciudadanos tienen que recurrir a la formulación de decisiones colectivas en las asambleas representativas, que varían desde los 15 miembros de los consejos parroquiales británicos, pasando por los 100 de la Knesset hebrea o los 600 del Parlamento Británico, a los 2.000 que integraban el Soviet Supremo de la antigua URSS.

Existen cinco importantes diferencias entre los mercados como vehículos de las decisiones individuales y los gobiernos como vehículos de las decisiones colectivas. Así se explican los resultados, verdaderamente divergentes, del capitalismo, que recurre lo menos posible a las decisiones a cargo del gobierno (aunque ninguno de los actuales gobiernos capitalistas lo cumple, excepto tal vez el de Suiza) y el socialismo, que hace el uso máximo (y así lo intentan la mayoría de los gobiernos socialistas).

Sintetizo a continuación ideas extraídas de la literatura sobre la elección pública, y más en concreto de las dos últimas publicaciones de los IEA Hobart Papers, que edité en 1987-88, salidas de la pluma de un politólogo norteamericano y otro británico. Ambas son una excelente fuente de información sobre la economía de la política.²⁷

Primero, en el mercado los ciudadanos toman sus decisiones en cuanto personas concretas; en el gobierno lo hacen colectivamente, a una con muchos otros. En los mercados capitalistas no tienen que esperar a ponerse de acuerdo con los demás; en el proceso político (del socialismo o de los sectores socialistas del capitalismo) tienen que esforzarse por convencer a otros para formar mayorías, organizar •movimientos•, desplegar banderas y crear delegaciones para intimidar a los políticos. Aquí está la raíz de la innata discriminación del proceso político entre la clase política activista ducha en estas maniobras y los callados ciudadanos corrientes, carentes del temperamento, del carácter, las habilidades sociales o la vigorosa salud requeridas para la vida política. El mantenimiento de la educación y la medicina británicas dentro del proceso político explica la inquietud conservadora por galvanizar a los •ciudadanos activos• para contrarrestar a los activistas de la izquierda en los consejos escolares o en los comités del Servicio Nacional de la Salud. Para conseguir la igualdad de trato del Estado en el socialismo y en los sectores socialistas

del capitalismo todo hombre y toda mujer deben ser políticos. No deja de ser una extraña exigencia en una sociedad de hombres y mujeres libres.

Segundo, dado que en el mercado las personas deciden por sí mismas o dentro de pequeñas unidades familiares o de asociaciones voluntarias, todos se conocen entre sí. En el proceso político se toman decisiones colectivas que afectan a millares o millones de individuos que, en general, no mantienen -ni es posible que mantengan- relaciones o contactos directos. Es preciso agruparlos dentro de categorías -propietarios de viviendas, usuarios del ferrocarril, padres, pacientes, pensionistas. No pueden tenerse en cuenta las concretas diferencias derivadas de las circunstancias, las exigencias, las preferencias individuales. El Estado prepara menú para grupos; el mercado ofrece comidas a la carta según los gustos personales. Las agrupaciones, indispensables para el funcionamiento de la burocracia del Estado, proporcionan inevitablemente un trato igual para personas desiguales o un trato desigual para personas iguales. Esto es algo que la mentalidad socialista se resiste a admitir.

Tercero, en el mercado los ciudadanos toman sus decisiones directamente, cara a cara, en virtud de intercambios personales con otros individuos. En el gobierno las decisiones se toman de forma indirecta, por delegación en los representantes. En la larga cadena de instrucciones o de órdenes que va desde el votante al representante, al ministro, a la burocracia, para recorrer a continuación el camino en sentido inverso, se produce un amplio espacio de penumbras de incompreensión de las preferencias, de errónea interpretación de las circunstancias, de mala descripción de los deseos, de ambigüedad de las instrucciones y de equivocada dirección de los esfuerzos. El mensaje de la I Guerra Mundial: •Enemigo avanzando en descubierta, enviad refuerzos• se corrompe, bajo formas trágicas, en el Estado socialista en -enemigo danzando en cubierta, enviad dinero•.

Cuarto, en los mercados la gente gasta de ordinario su propio dinero; los gobiernos gastan siempre el dinero de los demás y en cantidades mucho más elevadas. No hay garantía de que los cuerpos representativos reproduzcan el conocimiento íntimo y personal de las condiciones y exigencias de cada hombre y cada mujer que se obtiene en el mercado. No hay una preocupación parecida por estirar al máximo cada penique, cada peseta, cada franco o cada florín. No se tiene conciencia de las consecuencias personales de los errores, los descuidos o las necesidades, ni el adecuado sentimiento de responsabilidad a la hora de ahorrar, gastar, invertir o derrochar el dinero.

No existen garantías democráticas frente a la irresponsabilidad política, porque los •otros• cuyo dinero se gasta no pueden analizar cuidadosamente y aprobar los motivos, examinar las cuentas y seguir el rastro de las pérdidas individualizadas. El político puede dividir y vencer. Puede estar justificado el subsidio extraordinario de 18 millones de libras concedido en 1989 a los productores de huevos británicos por un joven ministro que reaccionó con gran rapidez de reflejos al peligro de la salmonella, pero ninguno de los contribuyentes, que aportan, contra su

voluntad, 10 o 100 libras, puede juzgar si es acertada una nueva subvención a los agricultores (o a los propietarios de tierras), de los que cabría esperar que dispondrían de fondos para afrontar sus propios riesgos.

Quinto, en el mercado las personas que soportan malos servicios pueden, de ordinario, acudir a otros proveedores; ya el simple conocimiento de que pueden hacerlo impide que estas deficiencias se extiendan o se mantengan durante mucho tiempo. En los servicios de la Administración los individuos están, en general, atados. Tendrán que esperar la venida de un nuevo gobierno, o hacer sus compras en otros países (que el gobierno puede estorbar mediante restricciones a la importación) o desplazar su capacidad de compra al extranjero (que, una vez más, el gobierno puede estorbar mediante el control de cambios).

Falacias en el recurso al gobierno

Aunque los liberales clásicos tenían clara conciencia de la navfíté de considerar al gobierno como una benévola institución invariablemente neutra, el pensamiento político ha estado dominado durante un siglo por la idea, o la esperanza, de que podría recurrirse a él para curar los males de la especie humana. Aquí está la base del incesante flujo de propuestas de políticos, ciudadanos compasivos, clérigos, científicos y artistas buscadores de rentas, pacifistas, amigos de la tierra y otros muchos que solicitan la intervención del gobierno para enderezar entuertos, reparar injusticias, socorrer a los lisiados, humillar a los poderosos, allegar -fondos• para todo género de causas deseables, abolir la pobreza, fortalecer la industria, •proteger• los puestos de trabajo, asegurar niveles existenciales mínimos, combatir el desempleo, domeñar la inflación y, en general, crear una buena calidad de vida para todos.

El recurso al gobierno es la tendencia instintiva característica de la mentalidad socialista que ha infectado, hasta fechas recientes, a los políticos de todos los partidos de Occidente y ha socavado el desarrollo de las instituciones voluntarias que habían comenzado a difundirse bajo el capitalismo. (Son incontrovertibles, a este propósito, los resultados de las investigaciones del profesor E.G. West sobre la educación y del doctor David Green sobre los servicios médicos [véase el capítulo XI].)

Esta tendencia instintiva se alimenta de seis fuentes principales: primera, la idea de que si el mercado falla, la única alternativa es el Estado; segunda, la falsa creencia de que las acciones colectivas aseguran un mejor uso de los recursos que las individuales; tercera, el mito de que el control público es más responsable que el privado; cuarta, el non sequitur de que, dado que el gobierno es obviamente necesario para la defensa exterior y la seguridad interior, podría también proporcionar otros servicios; quinta, el pensamiento desiderativo de que, puesto que el gobierno dispone de recursos para llevar a cabo buenas obras, debe incorporar a personas ca-pacitadas,

para garantizar así que efectivamente lo hace e acuerdo con la afirmación de la señora Williams sobre •la mayoría de los hombres y las mujeres•; sexta, el autoengaño de que el gobierno es la arena propia de las personas más inclinadas, por vocación, a proporcionar servicios a otros que a trabajar en beneficio propio. El doctor Anthony King, profesor de Administración Pública de la universidad de Essex, advirtió recientemente al gobierno que perdería el apoyo de las personas con vocación es de generales a profesores universitarios-que no se preocupan por las ganancias personales sino que desean llevar una vida de servicio.²⁸ Esta incompreensión del significado del proceso de mercado y de su función de fijación de precios por parte de un politólogo no es un caso atípico. El profesor King proclamó que las inestimables encuestas de opinión de 1986 presagiaban una •espantosa convulsión• para la señora Thatcher en las elecciones de 1987.²⁹

Todas y cada una de estas seis ideas son discutibles.

Primero, si se produce un fallo del mercado, esto no significa que el gobierno sea necesariamente superior, porque también los gobiernos fallan. Los errores de los primeros e inexperimentados gobiernos socialistas no habían proporcionado aún suficiente materia de reflexión a los fabianos, pero Beveridge y Keynes deberían haber estado mejor informados. La secuencia •el capitalismo es malo, el socialismo es bueno• es el más persistente y también el más dañino de los non sequitur de las ciencias políticas.

Añádase que los fallos del gobierno son más indeseables que los del mercado, porque resulta más difícil corregirlos o erradicarlos. Los estudiosos de los dos sistemas reconocen que ambos tienen defectos. La diferencia central es que los fallos del mercado capitalista admiten casi siempre corrección, mientras que los de la Administración son, por principio, incorregibles, debido, sobre todo, a que los gobiernos capitalistas no apues-tan tanto como los socialistas en el proceso político.³⁰

Segundo, la idea de que •la sociedad en su conjunto• puede controlar -sus recursos productivos•³¹ es un lugar común de los escritos socialistas patentemente falto de realismo. Nunca ha sido bien diseñada la maquinaria del control social. No hay modo de imaginar sistemas que permitan a los ciudadanos británicos controlar a los •controladores• de sus ferrocarriles estatales o de su Servicio Nacional de la Salud, o se lleva a cabo de una manera tan superficial que en la práctica resulta inoperante.

Tercero, la idea del control público es una vaciedad. El control diario debe delegarse en los funcionarios en el caso de la administración pública y en los directores de las firmas en el caso del mercado, pero la diferencia entre la reducidísima capacidad de esquivar a funcionarios inefaces o corruptos y la facilidad de rehuir a inefaces o corruptos directores de compañías privadas es de un grado tan amplio que se convierte en una diferencia de principio. Se ha elegido la palabra público• para suscitar la impresión de un control efectivo sobre los activos públicos a través de la administración fiduciaria de los políticos. Aquí se encuentra la raíz de la oposición a las desocializaciones (privatizaciones) que ha infectado también a los no socialistas: el ex primer

ministro conservador Harold Mac-millan hablaba incluso de -vender la plata de la familia•. Pero los empleados que han comprado participaciones en la National Freight Corporation tienen un sentimiento de propiedad mucho más vivo, no en último término porque pueden vender sus participaciones particulares en la Corporación, que el que tienen los propietarios políticos nominales respecto a su posesión pública del Servicio Nacional de la Salud. Esta es la respuesta que debe darse a aquel entrevistador de la radio que se preguntaba ingenuamente •por qué hemos de desear comprar participaciones en la industria del agua que es de nuestra propiedad•. No somos propietarios efectivos de la industria nacionalizada, mientras que sí lo somos de la industria privada.

Cuarto, el gobierno es proveedor insustituible de bienes públicos. Pero de aquí no se sigue que deba proporcionar también otros bienes, como de hecho está haciendo en Gran Bretaña. Y menos aún se sigue que deba hacerlo en régimen de monopolio. En términos generales, teme someterse a la prueba de competir con proveedores privados. Incluso después de la privatización de la industria, la mayoría de los servicios de bienestar que no son bienes públicos, sino declaradamente privados y personales seguirán, en la década de los 90, bajo el control del Estado.

Quinto, nadie duda de que las personas que están en el gobierno puedan hacer cosas buenas. La cuestión es el coste de oportunidad: si no harían cosas mejores fuera del gobierno. Los ciudadanos imbuidos del espíritu de servicio público de que habla la señora Williams no son santos. Se han metido en política porque es una profesión en la que esperan obtener beneficios para sí mismos. También otras personas, y el pueblo en general, puede verse beneficiado, pero esto es accesorio. Si se produce un choque de intereses, la gente no puede esperar que los políticos coloquen los suyos personales en segundo lugar. La abundancia de talento en la política es una pérdida para la industria privada, aunque no todos los po-líticos se ganarían su sueldo parlamentario compitiendo en el mercado.

Sexto, los funcionarios públicos no se transforman de mortales egoístas en desinteresados benefactores públicos. Se cuentan a menudo entre las personas mejor formadas, con mayor talento y de 1nás alto nivel cultural del país. Pero es cierto que son demasiados los que, entre ellos y ellas, se hallan entregados a las inapreciables tareas de la administración pública en lugar de las funciones a precia bles en cuanto competitivas de la industria privada. Una vez más, la ventaja del capitalismo es que puede funcionar con una burocracia mucho más reducida que la del socialismo.

El hombre como consumidor y como productor

La democracia del mercado se basa en la soberanía de los consumidores. Se registra aquí una nueva confusión. Los observadores de la escena política hablan de que el parlamento se informa de las opiniones tanto de los consumidores como de las organizaciones de productores. Pero el consumidor no es una persona distinta de la del productor. Aparte los niños y los ancianos, todos somos las dos cosas. La tarea consiste en imaginar instituciones que subordinen nuestros intereses como productores a los que tenemos como consumidores. Sólo el capitalismo es capaz de convertir en soberano al consumidor que hay en nosotros, y así lo ha venido haciendo, en diversos grados, a lo largo de la historia, porque la competencia del mercado puede precavemos de la tentación miope de asegurar nuestros intereses como productores mediante el procedimiento de proteger las industrias, ocupaciones y trabajos ya establecidos, pero obsoletos. La •creación de empleo• y la •protección de los puestos laborales• son medidas empobrecedoras y regresivas que sólo pueden mantenerse a través del proceso político. Encarnan el pensamiento socialista y requieren las medidas coercitivas del Estado.

Todos los sistemas político-económicos distintos del que se basa en el mercado someten los intereses del hombre consumidor a los del hombre productor. El feudalismo fijó la norma de que debían obedecerse las órdenes del señor de las tierras. El mercantilismo estuvo regido por los gremios de productores. El sindicalismo pretendía imponer las reglas de los trabajadores productores. El corporativismo intentó agrupar a empleados y empleadores en cuanto productores. El municipalismo concibió las empresas de servicios públicos como creadoras de trabajo. El socialismo estatal dirigió las industrias nacionales como núcleos de protección del empleo. El consenso británico de la postguerra fue un corporativismo democrático. La autogestión obrera yugoslava fue, en su máxima parte, sindicalismo con fuertes dosis de autoritarismo. El Estado de bienestar ha situado los puestos de trabajo por encima de los servicios. La promesa de Jacques Delors de •interlocutores sociales• es la versión socialista-sindicalista de la -democracia industrial• de los sindicatos británicos.

Todas estas alternativas al mercado fueron y siguen siendo expresiones miopes de la preocupación por asegurar los intereses de los propietarios, empleadores, vendedores y comerciantes en cuanto productores. Fueron y siguen siendo conspiraciones o trapacerías• proteccionistas que obstaculizan los cambios con el propósito de salvaguardar las expectativas de los productores establecidos. En los períodos en que han conseguido imponerse, como por ejemplo en la Edad Media y también en algunos países de nuestro tiempo, han degenerado en estancamiento y acarreado, finalmente, la decadencia. A medida que pasaba el tiempo, la economía reducía su ritmo hasta llegar a paralizarse. El mercado es el único mecanismo que ha conseguido inducir al hombre a tener en cuenta sus intereses a largo plazo. No consume para producir, sino que produce para consumir.

El mercado es incómodo. Da rienda suelta a los innovadores. Hace que la gente se aparte de los lugares habituales y de los rostros familiares. Pero consigue los altos niveles de vida que, en

definitiva, los productores de- sean más que sus empleos inmediatos. Esta es la razón económica de la superioridad del capitalismo. Pero en la práctica no siempre los políticos le han ofrecido la oportunidad de dar lo mejor de sí. En Gran Bretaña se lo permitió el Partido Liberal durante unos pocos decenios en el siglo XIX. En sus primeros años de gobierno, el Partido Laborista contó con la cooperación de algunos liberales residuales, como Philip Snowden, pero, en términos generales, fue el brazo proteccionista de los sindicatos reaccionarios y regresivos. Los conservadores exhiben en principio un historial neutro. En los años 30 se inclinaron a favor de la protección de los productores al abandonar, en 1932, el libre comercio e implantar las licencias para el transporte, las juntas de comercialización agrícola y otros criterios restrictivos anticapitalistas•.

El capitalismo no ha estado a salvo con los políticos británicos hasta que la generación de los nuevos conservadores, los whigs libertarios inconformistas, vino a sumarse al grupo remanente de viejos tories de los gobiernos Thatcher. Ha exigido un extenuante esfuerzo la tarea de desembarazar a la economía británica de un siglo de hipergobierno, mercantilismo, proteccionismo y sobreregulación y restablecer los mercados libres en los que los intereses primarios de cada individuo concreto en cuanto consumidor pueden imponerse a sus miopes intereses como productor. En diez años ha retornado la marea de los negocios de los hombres, pero serán necesarios al menos otros diez años más para liberar y liberalizar la economía británica.

La empresa no es fácil, porque todos nosotros percibimos con mayor viveza nuestros intereses de productores que los de consumidores. Las recompensas que podemos cosechar al imponernos al gobierno para conseguir que se doblegue a nuestras demandas o nuestras exigencias o nuestras peticiones de •ayuda• superan las pérdidas inmediatas que sufrimos como consumidores. Cuando los agricultores, mineros, maestros, enfermeras, ferroviarios, profesores de universidades y de institutos politécnicos o funcionarios del gobierno demandan y obtienen mayores subvenciones, salarios más altos, jornadas más cortas, vacaciones más largas o mejores condiciones de las que merecen, porque es políticamente conveniente mantenerlos contentos, ganan como productores pero pierden como consumidores, porque tendrán que pagar mayores impuestos o precios más altos. Sólo que su ganancia es inmediata, perceptible y mensurable, mientras que las pérdidas son distantes, oscuras y minúsculas. Los resultados son nocivos para la democracia. Dado que el coste de la presión sobre el gobierno alcanza rendimientos mucho más elevados en términos de ganancia para los productores que las pérdidas que se les derivan a los consumidores, todos tendemos a organizarnos más como productores que como consumidores. Pero al final todos perdemos más como consumidores que lo que ganamos como productores: se mantienen en pie industrias, firmas y profesiones obsoletas, aumenta el tamaño de la Administración, se disparan los impuestos, se incita a las personas a articularse en organizaciones, los ciudadanos se ven impelidos a buscar medios indirectos para conseguir ser oídos, se evita el parlamento.

La consecuencia última es que la democracia política, de la que se supone que proporciona una visión imparcial de los asuntos nacionales, se ve socavada desde un doble frente. Primero, se deja a un lado el parlamento, sustituido por las influencias, los ascensos y las políticas del

poder sectorial de los productores. Los políticos demócratas que han capitulado ante los intereses de los productores organizados han provocado un debilitamiento de la democracia política y minado su propia autoridad. Segundo, la inflación del mercado político, en el que las personas desorganizadas se ven desalojadas a codazos por grupos organizados, ha empujado a muchos hacia la economía sumergida. Es probable que el mercado negro británico supere con mucho el 7,5 por 100 del producto interior bruto oficialmente admitido y se aproxime al 20 por 100, sobre todo porque no es posible contabilizar los trueques, que no requieren pago en metálico, de suerte que escapan a todo cálculo. Las estadísticas oficiales, aquí lo mismo que en los restantes campos, pueden aportar datos muy erróneos tanto sobre la economía oficial como sobre la sumergida.

El requerimiento definitivo es una filosofía pública que enseñe que es inmoral utilizar la democracia para obtener ventajas sectoriales, obteniendo favores a expensas (aparentemente) de los demás, pero en última instancia de nosotros mismos. Tal vez la mayor conquista de los nuevos conservadores bajo la señora Thatcher sea haber iniciado el proceso de la reeducación pública, cuando la inmoralidad de la presión política para sobornar a los representantes elegidos del pueblo ha alcanzado ya hasta los profesionales de la moralidad.

El medio •técnico• a que debe recurrir el gobierno para dominar a los grupos de presión es el restablecimiento de los mercados libres del capitalismo. La dificultad, en este punto, es que tal vez el mercado funcione lentamente, de tal modo que se necesite, para palpar sus beneficios, un período de tiempo superior a los cuatro años -más o menos- de poder político. Esto explicaría la parálisis de los gobiernos, que juzgan que la prudencia política aconseja promulgar medidas necesarias pero impopulares sólo en el primero o segundo año de sus mandatos de cinco años. Los economistas norteamericanos de la elección pública insisten, a tra-vés de una creciente bibliografía, en la necesidad y la trascendencia de una reforma constitucional que limite los poderes económicos de los gobiernos.³² Al carecer de una constitución escrita, los británicos pueden imaginar otras soluciones, entre ellas la de ampliar la duración de los mandatos parlamentarios. En todo caso, deben arbitrarse medios para impedir que los •términos a corto plazo• en política frustren el interés común al trastornar el mercado, único instrumento que garantiza, a largo plazo, la soberanía de los ciudadanos corrientes en cuanto consumidores.

Por eso la fórmula de Marquand pone el carro delante de los bueyes. Si se ponen las fuerzas del mercado al servicio de las democracias políticas, los políticos se sentirán inclinados a suprimirlas o deformarlas, de suerte que saldrán perjudicados los intereses públicos. Es necesario reformar y disciplinar las políticas democráticas mediante el reforzamiento de los inalienables derechos ciudadanos, pero siempre existirá la tentación de distorsionar el mercado. La •nueva• política de la señora Williams sigue siendo política, y la política es campo acotado de los políticos. Tal vez la política propuesta por el profesor Crick sea necesaria en el socialismo, pero se la puede mantener dentro de sus límites en el capitalismo.

Aparte la provisión del pequeño sector de bienes públicos, el objetivo de la política consiste en hacer el mejor uso posible del mercado, permitiendo que se desarrolle espontáneamente al servicio del bien común. La política es la sierva del pueblo en el mercado.

Notas

- 1 Friedrich Hayek, *The Fatal Conceit*, Routledge, 1988, p. 114. [Ed. esp.: *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, Madrid 1990]
- 2 Peter Berger, *the Capitalist Revolution*, Gower, 1987.
- 3 Stuart Hall, *Marxism Today*, Institute of Education, Universidad de Londres, fin de semana de 27 de octubre de 1989.
- 4 Evan Luard, *Socialism Withoitt the State*, Macmillan, 1979, p. 9.
- 5 R.N. Berki, *Socialism*, J.M. Dent, 1975.
- 6 Anthony Wright, *Socialism*, Oxford University Press, 1986, p. IX.
- 7 Bernard Crick, *George Orwell: A Life*, Secker & Warburg, 1980; Penguin, 1982, p. 17. 8
- 8 Ibidem, p. 19, el subrayado es mío.
- 9 David Marquand, *The Unprincipled Society*, Cape, 1988.
- 10 Ibidem, p 229
- 11 Ibidem
- 12 Ibidem, p 232
- 13 Ibidem, p.237
- 14 Ibidem, p.230
- 15 Albert O. Hirschmann, *Exit, Voice and Loyalty*, Harvard University Press, 1970.
- 16 Bernard Crick, *In Defence of Politics*, Penguin, 1982, p. 215.
- 17 Citado en Ruth Garwood Scott, Marjorie Seldon y Linda Whetstone, *The Education Votcher System*, National Council for Education Standards, 1977, p. 17.
- 18 Arthur Seldon, •Public choice and the choices of the public•, en C.K. Rowley (dir.), *Democracy and the Public Choice*, Blackwell, 1987, p. 131.
- 19 Shirley Williams, *Politics isfor People*, Penguin, 1981, p. 36.
- 20 Julian Le Grand y Robert Goodin, *Not Only the Poor*, Allen & Unwin, 1987.
- 21 Williams, *Politics is for People*, pp. 204, 209.
- 22 Robert Sugden, *Econotnics of Rights: Co-operation and Welfare*, Blackwell, 1986.
- 23 John Stuart Mill, *Representative Govemment*, Dent, 1861.
- 24 J.M. Buchanan, en *The Economics of Politics*, Institute of Economic Affairs, 1978, p.18
- 25 Charles Rowley, Arthur Seldon y Gordon Tullock, *Primer on Public Choice*, Blackwell.
- 26 Gordon Tullock, *The Vote Motive*, Institute of Economic Affairs, 1976.
- 27 William Mitchell, *Government as it is*, JEA Hobart Paper, Institute of Economic Affairs, 1988;
- Norman Barry, *The invisible hand in economics and politics*, IEA Hobart Paper, Institute of Economic Affairs, 1988.
- 28 Anthony King, *Sunday Telegraph*, febrero de 1989.
- 29 Anthony King, *The World tn 1987*, Economist Intelligence Unit, 1986.
- 30 Arthur Seldon, *Corrigible Capitalism, incorrigible Socialism*, Institute of Economic Affairs, 1980.
- 31 Gareth Stedman Jones, *Marxism Today*, junio de 1985.
- 32 Pueden citarse, entre los más recientes, a Richard Mackenzie (dir.), *Constitutional Economics*, Lexington Books, D.C. Heath, 1984, una colección de 14 ensayos, y a J.M. Buchanan, *Explorations into Constitutional Economics*, dir. por Roqert D. Tollison y Victor J. Vanberg, Texas A & M University Press, 1989, colección de 31 ensayos.

Capítulo VI

EL SECRETO A VOCES DEL CAPITALISMO

... el control descentralizado sobre los recursos a través de varias propiedades [privadas] genera más información que ... una dirección centralizada.

FRIEDRICH A. HAYEK

La fatal arrogancia

La economía de mercado ... la información privada •agregada• ... los precios ... emiten señales para la asignación de recursos[...] desde los informados a los desinformados. Tiene razón Hayek ... cuando argumenta que estas consideraciones transmiten una siniestra visión de la planificación global •centralizada•.

Puede constituir una alternativa a la planificación la consciente implantación de una economía de mercado mucho mejor que la proporcionada por la sociedad capitalista. Así lo proclamaron los socialistas de mercado, como Lange y Lerner.

FRANK HAHN

en ROBERT SKIDELSKY (dir.)

Thatcherts m

Toma lo que quieras•, dice Dios, •Y págalo•

Proverbio español

Pon un precio a las cosas y conocerás la verdad.

Anónimo

El instrumento esencial que ha permitido al capitalismo alcanzar niveles de vida varias veces superiores a los del socialismo y combinarlos con una libertad desconocida en este último es el mecanismo de fijación de precios del mercado. Existen otras divergencias entre ambos sistemas, no siendo las menos importantes las relativas a la estructura de los derechos de propiedad, pero los precios son el principal dispositivo diferenciador, estrechamente vinculado con los otros. No se le puede utilizar en la forma centralizada del socialismo estatal porque descentraliza la capacidad de tomar decisiones y la reparte entre los compradores y vendedores individuales en mercados muy alejados del control de los planificadores políticos del centro. Ni se le puede tampoco emplear bajo la forma descentralizada de -socialismo de mercado• que

algunos economistas socialistas, comenzando ya por Evan Durbin, H.D. Dickinson, Abba Lerner y otros en mis días de la London School of Economics, están procurando configurar desde hace medio siglo. Sus esfuerzos por •participar en la competencia• fueron rechazados por Hayek y otros economistas liberales.¹ De todas formas, esta idea de utilizar los mercados reaparece periódicamente en el socialismo merced a un porfiado intento por mostrar que los valores socialistas pueden combinarse con la productividad del capitalismo.

La perenne búsqueda del mercado socialista

Dado que ha habido grupos de economistas y políticos, tanto de países capitalistas como comunistas,² que han renovado, en los años 80, la búsqueda de medios para introducir en el socialismo los mercados descentralizados, tiene poco sentido empeñarnos aquí en refutar los trillados argumentos e impugnar la inquebrantable fe de ciertos politólogos socialistas, como Ernest Mandel, de la universidad de Bruselas, o el historiador y profesor Hobsbawm, de que, más pronto o más tarde, amanecerá el día en que el socialismo estatal centralizado creará niveles de vida superiores a los del capitalismo.

No deja, con todo, de resultar sorprendente que un economista de la talla de Frank Hahn, profesor de Cambridge (y presidente de la Royal Economic Society), haya repetido, con plena seguridad, en 1988, aquella infundada esperanza de los años 30 de que antes o después llegará el momento en que el socialismo de mercado creará una economía de mercado mejor que la del capitalismo, y presuntamente convertirá en realidad la fanfarronada de Jruschef de que el socialismo demostrará, al final, que posee una capacidad productiva material superior a la de los mercados capitalistas. La fórmula se parece mucho a la ya enunciada en la década de los 30: •Hagamos que los medios de producción sean de propiedad colectiva, pero instruyendo a los directivos, etc., para actuar como se supone que actúan en los manuales clásicos ... • -dice el profesor Hahn- • ... el centro puede lograr la coordinación intertemporal guiando las expectativas de los directivos. Ésta es ... la razón de los excelentes resultados alcanzados en Francia por la 'planificación indicativa' y de los que también se están consiguiendo, al parecer, ... en Japón. •³ Esta argumentación se ha venido repitiendo, a intervalos regulares, durante medio siglo, sin que el bando socialista se haya aproximado en ningún momento a la solución.

Está en lo cierto el profesor Hahn cuando afirma que la economía socialista de mercado era •lo que los socialistas de mercado pretendían, (el subrayado es mío). Nunca se ha podido demostrar que se trate de un sistema viable, ni siquiera tras el ferviente esfuerzo desarrollado en la voluminosa obra del profesor Hahn. Y nunca tampoco ha sido implantado en la práctica.

Los países socialistas del Este de Europa, que han comprendido, al fin, la urgencia de los mercados, están aplicándose ahora a la tarea de injertarlos en un sistema socialista en el que los recursos sean de propiedad estatal y se les utilice bajo dirección política. Pero fracasarán en el empeño, salvo que se plieguen al imperativo de que el mecanismo de los precios exige propiedad privada para crear y calibrar los incentivos que mueven a innovar, invertir, anticiparse a la demanda, ajustar la oferta y asumir los riesgos inherentes a todas estas decisiones, con recompensas por los éxitos y también con penalizaciones por los fracasos. El dilema es que el socialismo se fundamenta en la propiedad pública, y ésta es incapaz de generar los incentivos necesarios, las recompensas y los castigos.

Incluso la •planificación indicativa• puesta en marcha durante algún tiempo en Francia tuvo que ser abandonada en beneficio de la desocialización y de los mercados libres. Es discutible que se la esté practicando en Japón. La industria japonesa, altamente competitiva merced a su avanzada tecnología, ignora con frecuencia las •directrices• de su gobierno y sólo se siente responsable (•dirigida•) ante los consumidores japoneses, que discriminan severamente en el mercado. La información de los planificadores centrales de la Administración restalta de utilidad para la industria privada que, guiada por incentivos comerciales, la emplea cuando concuerda con sus mercados, tanto nacionales como internacionales, pero no para los dirigentes de empresas estatales de propiedad colectiva, que tienen incentivos políticos para usarla o motivaciones personales para abusar de ella. Es obvio que la planificación estatal entrará en conflicto con el socialismo de mercado privado pedido por el profesor Hahn. La idea, nutrida por la izquierda, de que la prosperidad japonesa se basa en algo así como una dirección o guía del Estado ha sido ya refutada por el profesor de economía británico G.C. Allen --que conocía el Japón por dentro-- y por economistas japoneses.⁴

El profesor Hahn insiste: • ... en algunas importantes materias la información central es mejor que la aportada por cualquier otro agente•.⁵ Puede ser cierto, pero para utilizarla no se requiere la transformación masiva de los derechos de propiedad privados en derechos públicos. Ciertas informaciones son un bien público y la Administración tiene el deber de difundirlas (aunque es probable que deje de hacerlo en buena parte o casi en todo), porque no se generan en el mercado. Las empresas privadas producen por sí mismas casi toda la información que necesitan y sólo ellas saben qué tipo de conocimientos son deseables y merece la pena comprarlos. El mercado proporciona una masa de información sobre precios, stocks, rendimientos de la inversión, alcance de los riesgos, precios futuros y muchas cosas más. La información del gobierno es a menudo defectuosa o irrelevante, compuesta esencialmente por macroestadísticas de totales y porcentajes, mientras que las decisiones industriales se basan de ordinario en microestadísticas de pequeños cambios marginales• en los precios, según que la producción atraviese fases de expansión o de contracción. Las estadísticas de la Administración son con frecuencia erróneas o están retrasadas. Y, lo que es más importante, no proceden de fuentes neutrales, sino que obedecen a veces, o incluso a menudo, a motivaciones políticas. Su publicación anticipada puede influir en los resultados de las elecciones.

Propiedad real (privada) y propiedad irreal (pública)

Los socialistas se han negado persistentemente a aceptar la verdad de que la propiedad pública destruye la esencia de la verdadera propiedad. La expansión de la propiedad pública, nominal e ineficaz, convierte en papel mojado la propiedad real. Transformar la propiedad privada identificable en propiedad pública inidentificable equivale a destruir los incentivos para protegerla, conservarla, mejorarla y hacerla rentable utilizándola de manera provechosa en la producción de bienes y servicios que los consumidores están dispuestos a pagar.

Que por este camino [es decir, mediante la combinación de propiedad pública con instrucciones a los directores de las empresas, que son simples asalariados, no propietarios] sea posible que cada cual pueda comer su propia tarta» —concluía el profesor Hahn—«es una cuestión demasiado prolija para abordarla ahora.»⁶ La verdad es que Hahn no ha realizado en ninguna parte una explicación completa. Mientras que los economistas socialistas no se enfrenten con la tarea de resolver el dilema de que la propiedad pública es una propiedad irresponsable e incontrolable y demuestren con pruebas convincentes la viabilidad de los mercados socialistas con gerentes empresariales que, a pesar de no ser propietarios, actúan con plena responsabilidad de acuerdo con las enseñanzas de los manuales que analizan las reacciones de los gerentes propietarios, seguirán sembrando confusión en el debate a base de limitarse a presentar -declaraciones•. Los economistas del Este europeo que han intentado durante varios años proyectar mercados sin los incentivos de la propiedad real han hecho cuanto podían, pero siguen debatiéndose con esquemas teóricos que no dan los resultados de los mercados capitalistas basados en la propiedad privada.

Si no se aceptan estas ideas, fracasará el proyecto de incrementar la producción agrícola de la URSS. Los liberales de Gorbachov han sugerido una solución basada en derechos de propiedad: el alquiler a largo plazo de las tierras para despertar los incentivos de una agricultura eficaz. Quedaría así a salvo la dignidad del socialismo, porque la propiedad seguiría en poder del Estado. El alquiler a largo plazo aflojaría el control de los funcionarios del Partido sobre las tierras. El profesor de economía Nikolai Shmeliov ha insistido en que deben abolirse las •entregas obligatorias• de los agricultores al Estado a precios fijados por la Administración, y sustituirlas por contratos de arrendamiento que puedan pasar de padres a hijos. «Nadie creará en los arrendamientos mientras no se les pueda transmitir a los herederos.»⁷ Nadie se sentirá satisfecho con el alquiler de una vaca. Pero esto equivale a reintroducir la propiedad privada, la más grave de las herejías ideológicas. Se han opuesto a ella los conservadores (su supuesto líder, Yegor Ligachov, fue virtualmente Ministro de Agricultura), porque advierten claramente que de este modo perderían el control de la producción agrícola, temor que disfrazan con invocaciones a la todavía influyente, pero evanescente, doctrina socialista de la propiedad.

De este ejemplo se desprenden cinco verdades básicas: primera, que la propiedad es la clave de la productividad; segunda, que 70 años de pro-piedad colectiva no han conseguido borrar el sentimiento de la familia en Rusia; tercera, que el instinto de propiedad, y en especial sobre la tierra, es común a todos los pueblos en todos los puntos del planeta; cuarta, que los liberales de Gorbachov pueden confiar en gozar de una amplia reserva de apoyos políticos si promueven en el futuro la propiedad privada; quinta, que la opinión (capítulo IV) de que los rusos preferirán seguir estando sometidos al paternalismo autoritario también en el siglo XXI es un punto de vista sumamente precario. En 1875 Marx exhortaba a los obreros de todo el mundo a unirse, porque no tenían nada que perder, salvo sus cadenas. Ahora se les podría advertir que el socialismo no tiene nada que ofrecerles, salvo la negación de los derechos de propiedad que pueden adquirir bajo el capitalismo.

La larga marcha socialista hacia el mercado

El secreto capitalista de la fijación de precios por el mercado ha dividido a los socialistas durante medio siglo. Evan Durbin, que fue el principal representante de los socialistas de mercado de la LSE, fue también el más sensible a las críticas de Hayek, y a la vez el más convincente, porque supo entender la función de los mercados. De entre todos los brillantes profesores universitarios que tuve la ocasión de escuchar en las salas de conferencias, Durbin fue el número dos, sólo aventajado por Amold Plant, como conferenciante sólido y persuasivo. De la lista de académicos de tendencias izquierdistas de la LSE de los años 30 -los economistas Hugh Dalton y Nicholas Kaldor, los administrativistas W.A. Robson y Herman Finer, los historiadores Eileen Power y H.L. Beales,- Durbin se contó entre los pocos que influyeron en mí, porque actuaba a modo de puente de unión entre los economistas liberales entonces encabezados por Lionel Robbins y los demócratas socialistas. Supo captar la función del mercado y refutó resueltamente a los marxistas: a Harold Laski y sus colegas del Left Book Club.⁸ Herman Finer, que se sintió en 1944 consternado por Camino de servidumbre de Hayek y escribió una angustiada respuesta, ejercía menor influencia, porque tenía más de administrativista que de economista.

No tardaron en manifestarse las divisiones socialistas en el tema del mercado. Los académicos que compartían con G.D.H. Cole el rechazo tanto de la economía de mercado como del socialismo de mercado confiaban en revolucionar la distribución del poder combinando la propiedad privada con la participación de los obreros en la toma de decisiones industriales. Pero ahora las dos partes de su receta parecen -incluso a los ojos de la izquierda-deficientes y engañosas. La propiedad pública es incontrolable. La participación• (sin propiedad) de los trabajadores es (lógicamente) miope, como se ha demostrado en Yugoslavia: se otorga la preferencia a las ganancias inmediatas sobre las inversiones para un futuro en el , que no se •participara•.

Y, sin embargo, •los que estaban de acuerdo con Durbin y Gaitskell• -ha escrito afectuosamente la profesora Elizabeth Durbin sobre su padre y sobre el que fue su mejor amigo- •rechazaban tanto el sueño webbiano del control administrativo [de la industria] como la fe gremial socialista en el control de los trabajadores. Compartían la creencia de los economistas de mercado en la libertad de elección y en la eficiencia que proporciona a la economía el sistema de fijación de precios a través del mercado.•⁹ De ahí que, aunque siguieron siendo socialistas, se ganaran la estima de Mises y Hayek, de Robbins y Plant. Se producía un clima de auténtica expectación intelectual cuando se presenciaban los debates entre las dos escuelas de mercado, pues aunque ambas estaban de acuerdo en la necesidad del mercado, sostenían opiniones divergentes respecto de las instituciones políticas: los liberales insistían en la institución capitalista de la propiedad privada; los socialistas se pronunciaban a favor de la propiedad pública. A la luz de los acontecimientos registrados desde los años 30 no puede existir hoy ninguna duda sobre cuál de los dos grupos estaba en lo cierto.

Resulta fascinante imaginar el posible curso de los acontecimientos en Gran Bretaña si Durbin, más tarde diputado laborista, no hubiera fallecido prematuramente (a los 42 años) y en trágicas circunstancias, en 1948, cuando intentaba salvar a unos niños en apuros en el mar de Cornwall, y si Gaitskell, jefe de la oposición laborista, no hubiera fallecido, en 1963, a la temprana edad de 57 años. Durbin estaba trabajando en su nuevo libro *The Economics of Democratic Socialism*, que habría desarrollado sin duda su concepción del uso de los mercados en el socialismo y analizado el ataque de Hayek a la idea de que el socialismo pueda ser democrático.¹⁰

Si en las elecciones de 1964 se hubiera alzado con la victoria Gaitskell en lugar de Harold Wilson y, contando con Durbin como Ministro de Hacienda, hubiera introducido el precio dentro de los servicios (públicos) socializados del Reino Unido, la economía británica no se habría visto debilitada por la triste etapa del corporativismo de la década de los 60, que Wilson había proyectado con la intención de inducir a los industriales capitalistas a firmar una alianza con los sindicatos. El Partido Laborista se habría anticipado a la secesión de David Owen en 1981 y habría convertido a la izquierda demócrata británica (al modo como hizo, durante un corto espacio de tiempo, en 1966-67, el Partido Socialdemócrata alemán) en paladín del mercado. Se habría adelantado también la era Thatcher; las alas de los partidos laborista y conservador inclinadas al mercado se habrían impuesto a los intereses corporativistas del capital y del trabajo y se habrían fusionado para gobernar en Gran Bretaña durante 40 años en pos de las huellas de los wighs del siglo XVIII. O bien se habría registrado en los gobiernos británicos una alternancia entre los conservadores wighs incluidos al mercado y los partidos políticos radicales.

Propiedad pública y mercado

Se mantienen todavía en pie ideas erróneas sobre la naturaleza del sistema de precios del mercado. Aún sigue siendo necesario, al parecer, explicar e ilustrar tanto las diversas funciones del mecanismo de los precios, especialmente en el ámbito de la promoción y distribución de la producción, como sus todavía poco comprendidas virtualidades para la vida económica, política y social.

La viabilidad de los precios y de los mercados en el sistema descentralizado de «mercados socialistas» se ha convertido en tema de suma actualidad merced a las reformas de Gorbachov y a la nueva libertad de maniobra que parece advertirse en los países, más occidentalizados, de Hungría, Polonia y Yugoslavia y, con el tiempo, también tal vez en todo el mundo comunista, donde los reformistas pueden, al fin, examinar impacientemente e iniciar una tímida implantación de las estructuras de mercado.

El problema es siempre el mismo: ¿puede el socialismo, con propiedad pública, utilizar mercados que hasta ahora sólo han funcionado bajo el régimen de propiedad privada capitalista? En 1982, Hayek (a sus 82 años) envió al IEA un corto escrito, enigmáticamente titulado •Dos páginas de ficción: la imposibilidad del cálculo socialista•. Yo sabía algo sobre la •imposibilidad•, pero ¿qué era aquello de •dos páginas•? Hayek me aclaró que estaba ya harto de las constantes deformaciones de los escritores socialistas sobre el uso del mercado en el socialismo. Se sentía •particularmente indignado por las continuas fanfarronadas de que Lange había refutado a Mises•. ¿Está.b.a.mos dispuestos a publicar su texto como breve •paper•? Para entonces el IEA había editado ya varios escritos suyos, entre ellos el voluminoso *Denationalisation of Money* [en español, *La desnacionalización del dinero*], que había exigido una cierta traducción al inglés (Hayek deseaba titularlo «desmonopolización del dinero», porque argumentaba en contra de todos los monopolios, fueran estatales o privados) y, por mi parte, me había familiarizado con el sabor germánico de su prosa inglesa cuando se hallaba fuera de Inglaterra. El escrito era demasiado corto para un número de los •Paper• y aceptó que se publicara dentro de una nueva se-rie del IEA, *Economic Affairs*.¹¹

Hayek parece hacer seguido a lo largo de su vida el consejo que él mismo daba a los liberales: suaves en las maneras, pero firmes en la argumentación, incluso bajo las más adversas circunstancias. El razonamiento de aquel breve manuscrito era, desde luego, firme en el fondo, aunque no tan suave en las maneras. Atacaba en él a varios distinguidos economistas. Su carga principal se dirigía contra la •infinitamente repetida pretensión de que Osear Lange habría refutado en 1936 la afirmación de Mises en 1921 de que 'en una sociedad socialista es imposible el cálculo económico'•. El enigma de aquellas -dos páginas• se explicaba porque aludían a las páginas 59-61 de la obra de Lange¹² en las que este autor aseveraba lo contrario. Las 3.000 palabras de la vivisección de Hayek ocupaban nueve páginas, en las que se analizaban casi línea por línea las afirmaciones de las dos páginas de Lange.

En el capítulo final de su *Collectivist Economic Planning*¹³ Hayek se inspiraba en los escritos de David Hume sobre la naturaleza de la propiedad¹⁴ según la interpretación de Arnold Plant, que estaba por aquel entonces trabajando en un libro que dejó, por desgracia, inacabado. Hume había visto en la propiedad privada emergente el mejor medio para conservarla cuando era escasa. Hayek razonaba que no eran posibles los mercados bajo el socialismo ínter alta porque los gerentes de las empresas, que deberían ser instruidos para, como repetía por aquel entonces el profesor Hahn, -actuar [sobre los precios] como ... enseñan los manuales clásicos• no eran los verdaderos dueños de las fábricas. En cualquier caso, no interpretarían necesariamente las instrucciones recibidas de modo que quedara garantizado un uso eficiente de la propiedad pública cuando esta utilización entrara en colisión con sus personales intereses. Y existen abundantes pruebas de la existencia de estas colisiones, por ejemplo en la autogestión obrera de Yugoslavia, como han mostrado los escritos del doctor Ljubo Sirc, economista yugoslavo que tuvo que huir tras ser encarcelado por Tito, lo que no le impidió llevar a cabo un cuidadoso estudio de su país.¹⁵

Hayek citaba también a mi maestro y colega Ronald Fowler, desdichadamente perdido para el mundo académico cuando entró en el servicio civil durante la guerra. Según Hayek, Fowler había demostrado¹⁶ que los beneficios y la depreciación de las instalaciones fijas de las empresas de servicios públicos sólo pueden determinarse después de conocerse el precio que puede obtenerse por sus productos (transportes, combustibles, etc.). Pueden pasarse por alto los costes fijos a corto plazo cuando los productos tienen precios establecidos, pero más pronto o más tarde, cuando se procede a reposiciones de capital, ya no hay costes fijos, todos son marginales• y los precios deben reflejar o cubrir la totalidad de los costes. Hayek concluía que •es imposible otorgar una función monopolista al precio que regirá bajo la competencia• (como de hecho había sugerido en 1988 el profesor Hahn) •o a un precio igual a los costes necesarios, porque no puede conocerse el coste competitivo o necesario mientras no exista la competencia•.¹⁷ En resumen, se incurre en un círculo vicioso cuando se pide una fijación de precios socialista, tal como han venido postulando los socialistas de mercado desde Lange hasta Hahn.

Así se refutó, ya en 1935, la hipótesis defendida por los mencionados socialistas. En 1982 Hayek volvía al palenque intelectual. Sus críticas incluían una larga lista de autores de reconocido prestigio. Figuraba en primer término Lange, el economista comunista polaco que afirmó más tarde que con la ayuda de ordenadores ultrarrápidos sería posible recopilar toda la información de que necesita un sistema socialista. Se le había ocurrido aquella su •más extraordinaria 'solución'• en 1935, cuando declaró que una economía socialista puede conseguir, en el tema de las preferencias individuales y los recursos, la misma información de que dispone la economía de mercado y le es posible, por tanto, calcular los precios. ■ Los administradores de la economía socialista •había dicho Lange «tendrán exactamente la misma información ... que los empresarios capitalistas».¹⁸ Pero, en opinión de Hayek, es una •afirmación cínica•, para la que no se aportan •ni pruebas ni justificación•, suponer que los datos que los economistas presumen que existen son

realmente conocidos por los organismos de planificación.¹⁹ Si en 1935 Lange no presentaba «ni pruebas ni justificación», tampoco las aportaba, al parecer, el profesor Hahn en 1988. El segundo de la lista, Robert Heilbroner (un combativo analista marxista y crítico del sistema capitalista a quien, significativamente, han elegido los editores del engañosamente titulado *New Palgrave Dictionary of Economics*) para redactar la entrada a la voz «capitalismo», mereció la condena de Hayek por haber lanzado la -aún más fantástica afirmación• de que una oficina de planificación central •recibiría exactamente la misma información en un sistema de economía socialista que la que reciben los empresarios en el sistema de mercado•.²¹ Esto, observaba Hayek, era -una descarada falsedad, una aseveración tan absurda que resulta difícil comprender cómo una persona inteligente puede hacerla honradamente•.²² El error consistía en suponer que la información requerida, y dispersa entre millones de personas, podría ser conocida por las autoridades planificadoras, sin indicar cómo o de quién la obtendrían. El capitalismo proporciona el mecanismo que acumula dicha información: el mercado. El socialismo no.

Venía en tercer lugar su compatriota austriaco, el célebre Joseph Schumpeter, cuya fe en el capitalismo estaba en fase menguante. Según Hayek, habría sido •inducido a creer ... como otros muchos economistas matemáticos ... que los hechos relevantes [sobre la oferta y la demanda] que los teorizadores deben asumir que existen son conocidos por todas las mentes• (el subrayado es mío).²³ Schumpeter hizo -una sorprendente y extraordinaria afirmación• acerca de la -racionalidad económica•• en un sistema planificado en el que se conocieran las posibilidades técnicas: que sería -un puro disparate•, porque lo que tiene que conocerse son sus valores y éstos dependen de su escasez relativa, que no puede ser conocida si no hay mercado (el subrayado es mío). Schumpeter ofrecería, pues, •equivocos, no explicaciones reales•.

Los economistas, no todos ellos declaradamente socialistas, que afirman, o suponen, que la información requerida para una asignación inteligente, •racional•, de los recursos escasos generada por el mercado capitalista podría ser aprovechada también por una autoridad de planificación socialista, eran acusados por Hayek de •negligencia y descuido, palabras que se habían venido empleando a lo largo de todo este prolongado debate• sobre el cálculo económico durante medio siglo, desde mediados de los años ³⁰. Sería una «ficción cómica» y -la necia culminación de toda la farsa• afirmar que la autoridad planificadora puede capacitar a los gerentes de las empresas para desempeñar su trabajo a base de fijar precios uniformes. «Lo que los precios deben ser no puede determinarse sin mercados competitivos» (se pone este subrayado bien a ciencia y conciencia).²⁴

No siempre se han evitado esta •ficción• y esta •farsa•, a pesar de los intentos acometidos en algunos países comunistas por introducir elementos del cálculo capitalista. La razón está en las •contradicciones del socialismo•. Aquellos intentos se llevaron a cabo bajo la tolerancia y el control de las autoridades políticas, cuyo poder se reduce a medida que se amplía el mercado. En este dilema se debate actualmente la perestroika de Rusia, o los húngaros y polacos cuando insisten en reconstruir el sistema socialista pero sin los

derechos de propiedad del capitalismo. Y éste es también el dilema del Partido Laborista británico, que ha acabado por aceptar la necesidad de los mercados, pero con la declarada intención de mantenerlos sujetos a una estricta vigilancia política, y siente una radical renuencia a reconocer la superioridad de lo privado sobre lo •público•, esto es, sobre la propiedad socializada. La ausencia del sistema de fijación de precios de los mercados libres, con sus defectos de desigualdad y sus virtudes de eficacia, siguen constituyendo el eslabón perdido de las últimas revisiones de los socialistas de mercado británicos.

La solución es clara desde el punto de vista técnico: motivar a los gerentes de las empresas mediante el recurso de introducir los derechos de propiedad privada. Esto es lo que debería hacerse en Yugoslavia, Hungría, Polonia y también en Alemania Oriental y en la propia URSS. Pero esto significaría, a la vez, el fin de su socialismo.

Propiedad privada e información del mercado

Y así hasta nuestros días. Hayek reafirmó una vez más, en 1988, la necesidad de la información para la utilización racional de recursos escasos y la imposibilidad de recopilarla, salvo que exista una estructura de mercados espontáneamente descentralizados basados en la propiedad privada:

En una dirección centralizada sólo [pueden] conseguirse un orden y un control que vayan más allá de la esfera inmediata de la autoridad central ... si los gerentes locales que [pueden] calibrar tanto los recursos visibles como los potenciales [están] también puntualmente informados de las constantes modificaciones de su importancia relativa [es decir, de sus precios competitivos], y pueden comunicar plena y cuidadosamente los detalles ... a una autoridad de planificación central a tiempo para debatir con ella lo que procede hacer a la luz de toda la restante, diferente y concreta información que ésta recibe de otros directivos locales o regionales que, a su vez, topan con las mismas o parecidas dificultades para obtener y transmitir tales informaciones.²⁵ (Los subrayados son míos, excepto el también de la línea 4.)

Hay aquí una exposición razonablemente clara, pero formidable, de la tarea con que se enfrenta la Administración cuando tiene que planificar sin mercados capitalistas. Y las dificultades son mayores aún•en la modalidad de los mercados socialistas. Pero incluso en el caso de que la información de los gerentes de las empresas se basara en mercados libres y competitivos, no puede admitirse como evidente que sea auténtica. Debemos dar por supuesto que será manipulada por razones políticas para resaltar los logros y disimular los fracasos en la ejecución de los planes. Estas distorsiones se han dado también, y no a pequeña escala, en las estadísticas de la producción de las empresas de Europa Oriental. Las pretensiones sobre la floreciente producción sugieren conclusiones erróneas o sin sentido, porque se refieren únicamente a cantidades y dejan en un segundo plano el problema de la calidad.

Las estadísticas recopiladas y difundidas por las versiones rusas o húngaras de las computadoras IBM, Honeywell Bull o Amstrad serán inactuales, artificiales, ambiguas y politizadas. Incluso en el caso de que consigan procesar los millones de ecuaciones requeridas día a día, o incluso hora a hora, no podrán igualar la información generada por los mercados capitalistas.

Para colmo de la ironía sobre la falta de realismo político de la planificación benevolente socialista debe añadirse que no es verosímil que el Gosplan nacional desee transmitir información que tiende a socavar su poder. La información de los mercados capitalistas es con frecuencia muy imperfecta, pero se halla en su mayor parte fuera del alcance de los políticos. La información que tiene que pasar por el filtro de la maquinaria política corre un peligro adicional. Los planificadores nacionales no se sienten de ordinario inclinados a transmitir información sobre las preferencias de los consumidores. Tienen, al contrario, interés en ampliar más aún la producción de determinados bienes o servicios (tal vez armamentos o la exploración espacial) y en restringir otros (como lavavajillas, que emplean acero) por debajo de lo que indican las estadísticas sobre el consumo. O bien falsean la información sobre los precios para reducir los superávits de stocks o para desalentar la demanda de bienes no producidos en cantidades suficientes por la ineficacia o la corrupción de los gerentes de las empresas. Al cabo de 50 años, pocas veces se pone en duda la existencia de estos riesgos en los mercados socialistas.

Los gerentes de las empresas socialistas justificarán, por supuesto, su adulteración de las estadísticas del consumo apelando a su superior conocimiento del interés nacional •real•. Como el profesor Hahn subraya, •... en algunas importantes materias la información del centro es mejor que la que tiene a su disposición cada uno de los agentes•.²⁶ Y esto induce de por sí a ocultarla o distorsionarla mediante abusos políticos. Los académicos socialistas que han asimilado algunas de las ideas de la economía austriaca sobre el mercado siguen todavía pasando por alto una buena parte de las enseñanzas de la economía de la política.

Reaparece aquí, una vez más, la contradicción socialista entre el poder político centralizado y las decisiones económicas descentralizadas. Cuanto mayor sea la libertad de los ciudadanos para comprar, como consumidores, los bienes y servicios que desean, y cuanto mayores incentivos tengan para realizar un trabajo eficiente y aumentar sus rentas, tanto más esperarán gozar de derechos civiles para leer los libros, periódicos y revistas que prefieren y tanto más reclamarán derechos políticos para formar grupos o partidos que reflejen sus opiniones. Si pueden elegir bienes de consumo en el mercado, ¿por qué no han de poder elegir programas políticos en las urnas? ¿Y cómo han de poder elegir entre varios candidatos si no existe un debate previo sobre sus políticas, sus pros y sus contras, sus costes y consecuencias? El dilema de los planificadores socialistas -la contradicción del socialismo en las postrimerías del siglo xx-es que cuanto más aumente la producción nacional generada por los mercados descentralizados mayores niveles de libertad se exigirán en todas las restantes esferas del comportamiento humano. Y cuanto más se concedan, más socavada se verá la autoridad política de los planificadores. El dilema se intensificó a finales de los 80, alcanzó un punto crítico en China y se acentuará aún más en los años 90.

La consiguiente alternancia -liberalización económica para estimular la producción y centralización política para retener el poder- podrá mantenerse, con cierta estabilidad, durante unos pocos años. Pero más pronto o más tarde la balanza se inclinará decididamente por uno u otro de los dos extremos. En cualquiera de los dos casos se producirán discordias y agitaciones. Si va demasiado lejos la liberalización económica, se llegará también a una excesiva liberalización política, cívica y cultural. Y si prevalece el autoritarismo, surgirán protestas y oposición. A mediados del siglo XIX, Marx había vaticinado que el proletariado expropiaría a sus explotadores burgueses. A finales del siglo XX los socialistas explotadores del mundo se están viendo expropiados por los obreros de una nueva clase burguesa.

La idea de los mercados socialistas dirigidos por políticos y burócratas benevolentes, neutrales y desinteresados es sólo un espejismo. Los estudiosos, tanto liberales como socialistas, podrán hacer mejor uso de sus talentos descubriendo y proyectando el más vasto campo posible de acción para las instituciones de mercado, que convertirán a los ciudadanos de a pie en soberanos al impedir que sean explotados por los políticos de todos los partidos.

Los deseables objetivos de la fijación de precios

La fijación de precios del mercado es el instrumento característico del capitalismo, pero tiene, además, otras ventajas intrínsecas, profundamente enraizadas, que pasan inadvertidas. Se le podría haber empleado con mucha mayor amplitud si no hubiera sido reprimido en los países capitalistas por gobiernos que han suprimido o manipulado los precios de los bienes y servicios procedentes del sector público. La ausencia de precios de mercado o la fijación de precios políticos es uno de los distintivos del socialismo, aunque se le ignora en sus mercados negros subterráneos.

La fijación de precios del mercado es imperfecta, pero también lo es la fijación de precios políticos. La diferencia entre ambos es que tienen de ordinario causas y soluciones muy dispares. Cuando las imperfecciones de la fijación de precios del mercado son graves, provocan el fracaso del mercado. Las imperfecciones de la fijación de precios políticos provocan el fracaso del gobierno. De todas formas, las ventajas del sistema de fijación de precios del mercado sobre los restantes sistemas de asignación de recursos son mucho más profundas de lo que generalmente se cree. Sobre todo, y en primer lugar, la fijación de precios políticos puede causar mayores males que los precios de mercado.

Los precios desempeñan dos funciones básicas. La más patente es proporcionar formas de ingresos a través del mercado como resultado de negociaciones sobre salarios, honorarios, cargas, rentas, royalties, remuneraciones y retribuciones similares. Así entendidos, los precios se utilizan tanto en el capitalismo como en el socialismo, pero el método característico del primero es llegar a acuerdos entre compradores y vendedores, mientras que el segundo recurre a decisiones políticas.

La segunda función es menos visible, pero más vital: el precio es el mecanismo que sirve para decidir dónde deben emplearse los recursos de acuerdo con las preferencias individuales. En general, cuanto más elevado es el precio de un producto, más recursos se destinan para su utilización en las empresas, en las profesiones o en las industrias. El socialismo no dispone de un mecanismo comparable: los recursos se asignan según el parecer de los planificadores, que - dado que en los mercados socialistas no puede recurrirse a la fijación de precios, -no disponen de ningún otro instrumento para descubrir las preferencias de las personas concretas, que pueden ser, y de hecho casi siempre deben ser, pasadas por alto. Cualquiera que sea el uso que los planificadores hacen de los precios, no se preocupan tanto por descubrir los deseos individuales cuanto más bien por ocultar los errores de los políticos. Incluso cuando se les utiliza para desalentar la demanda de bienes particularmente escasos o para estimular la de los producidos en cantidades excesivas, las decisiones siguen siendo de naturaleza política, y de ordinario encaminadas a encubrir la ineficiencia de la planificación central.

Salta a la vista la función renta de los precios. Es, en cambio, más abstracta y más difícil de precisar su función de información y racionamiento, de incentivación y señalización. Además, la información transmitida por los precios, o por los cambios en los precios, puede resultar antipática o desagradable. El racionamiento, o los cambios que provoca en la disponibilidad de bienes y servicios, puede ser adverso o dañoso para sus productores. Las señales que emite pueden exigir o inducir desplazamientos en la producción de unos determinados bienes o servicios hacia otros muy distintos, desde puestos de trabajo confortables a otros inseguros, desde entornos y ambientes familiares a otros inhabituales.

Aquí está la raíz de muchas de las antipatías que despiertan los mercados libres. Son responsables del resentimiento contra la competencia, que descubre las empresas o las industrias que no saben reaccionar con suficiente rapidez y contundencia a los cambios de los precios. Y explican la oposición política al sistema capitalista que crea el marco para los mercados libres, para los precios flexibles y, en general, para el liberalismo económico.

Los partidos políticos de la izquierda confían en poder explotar las inevitables incomodidades de los cambios sociales y técnicos descargando aprendido a replicar que los cambios se producen inexorablemente en todos los sistemas y que no se trata de elegir entre cambiar o no cambiar, sino entre los cambios graduales de la economía de mercado y los arbitrarios e impredecibles de un sistema politizado en el que el ritmo está marcado por los cálculos de la clase política. Si no se utiliza la fijación de precios del capitalismo, la alternativa es la maquinaria política del socialismo, que ordena al pueblo producir más o producir menos, cambiar de puesto de trabajo o mudarse de hogar y rige, en general, sus vidas.

Las perniciosas consecuencias de la confusión entre efectos renta y efectos precio surgen, en su máxima parte, como consecuencia de los programas gubernamentales. Los políticos deben estar pendientes de las repercusiones a corto plazo sobre ellos mismos y de las a largo plazo sobre los ciudadanos. Los efectos renta de muchos programas sobre la educación, las atenciones médicas, la vivienda, las pensiones, el desempleo y los seguros de enfermedad, sobre las viudas y las madres solteras y otros beneficios sociales (en efectivo) son más inmediatos y más perceptibles,

y a veces su consiguiente subproducto electoral ofrece suficiente recompensa, sobre todo en épocas de elecciones, sean parciales o generales. Los efectos precio son más distantes e indistintos.

Y, sin embargo, los efectos precio pueden causar más daño que provecho los efectos renta. Una ley básica de la economía y de la conducta humana en general establece que cuanto más elevado es el precio que puede fijarse a un producto mayor es la oferta. Cuanto más elevado es un beneficio social, mayor es su demanda. Pueden parecer cínicos los periódicos que bromean acerca de las jóvenes que dan a luz sin estar casadas con la intención de conseguir una vivienda o un piso de protección oficial. Tal vez haya matrimonios que tienen hijos para reclamar las correspondientes subvenciones o las desgravaciones fiscales. El Estado no puede distinguir, en la masa de reclamantes, entre los efectos precio no intentados y los efectos renta perseguidos cuando se presta ayuda a personas con bajos ingresos o con especiales necesidades. Pero el daño existe. Y el proceso político es tal que -para decirlo con palabras de un ex ministro de Hacienda- **•una vez concedido un beneficio social, ya no puedes eliminarlo•**. La incapacidad de la Administración para cambiar sus programas cuando se modifican las circunstancias es un fallo constante del proceso político que las mentes socialistas (de todos los partidos) raras veces añaden a los cálculos de lo positivo y lo negativo cuando contraponen el socialismo al capitalismo.

Aquí se encuentra uno de los inconvenientes de las propuestas de redistribución de las rentas por el gobierno para corregir las diferencias que produce inevitablemente el mercado. El dinero «gratuitamente» proporcionado por la Administración incrementa el número de personas que pueden optar por trabajar menos de lo que harían en otro caso, o para no trabajar nada o para contraer cargas familiares. El escritor norteamericano Charles Murray ha aportado pruebas que demuestran los efectos perniciosos, debilitantes y destructivos que han causado a los supuestos beneficiarios, los pobres, a lo largo de 30 años, las medidas adoptadas desde la década de los 50 para protegerlos.²⁷ Esta irrefutable verdad era ya conocida por los liberales clásicos, como Alexis de Tocqueville. Las subvenciones en metálico apagan el incentivo de ganancias. La mejor solución es combinar un mínimo de desincentivaciones con un máximo de ayuda a la obtención de rentas. Un estudio piloto llevado a cabo en New Jersey en los primeros años 70 reveló que la cifra óptima consistía en reducir las prestaciones al 50 o al 75 por 100 de cada unidad salarial.

Con este dilema, consecuencia inevitable de la naturaleza humana, tienen que enfrentarse tanto el socialismo como el capitalismo. Debe admitirse que no existe sistema alguno que lo solucione en tanto no cambien los seres humanos. En todo caso, así se mantendrá durante muchas décadas. Lenin supo comprender que el comunismo exigía un hombre nuevo. Por consiguiente, hizo sagazmente que el hombre llegara a ser desinteresado y espiritual a base suprimir la escasez, de suerte que si una persona podía vivir sin trabajar no corrieran peor suerte los que trabajaban. Ahora bien, dado que la situación de escasez no será suprimida ni por el capitalismo, porque las demandas humanas crecen a una con la producción, ni menos aún por el socialismo, que restringe la producción y hace más apremiante la escasez, la especie humana tiene que aceptar desagradables compromisos.

El déficit de comprensión y de explicación queda bien ilustrado en las entrevistas de la radio y la televisión con personas asalariadas, desde enfermeras a profesores, desde mineros a ferroviarios, que piden mayores remuneraciones. Los entrevistados ponen invariablemente el acento en el efecto renta de la ayuda a los necesitados, y muy raras veces en el efecto precio del creciente desempleo. Si su cuota de retribución salarial es •demasiado baja• para lo que se considera un nivel de vida aceptable, pero su oferta es suficiente, el gobierno debería suplementar aquella cuota a través de los impuestos. Elevar su retribución mediante salarios más altos aumentaría la oferta de su tipo de trabajo y entonces el gobierno tendría que racionar los puestos laborales, lo que desembocaría en los bien conocidos instrumentos del proceso político: grupos de presión, con sus patentes injusticias arbitrarias frente a los ciudadanos peor organizados o más pobres. La diferencia es que las cuotas de retribución son probablemente más adecuadas en la industria privada competitiva, porque les resulta más fácil a los monopolios estatales trasladar las retribuciones excesivas a los confiados contribuyentes que a los empresarios privados cargarlas sobre los exigentes consumidores. Es cierto que han aflorado sospechas y prejuicios en contra de la fijación de precios del comercio privado. Pero aunque a menudo puede parecer cruel, esta fijación es más humana que la alternativa política.

En consecuencia, los ciudadanos necesitan las ventajas a largo plazo del mercado y de la fijación de precios que aumentan la producción, posibilitan la elección entre varios oferentes y estimulan la innovación, todo ello al servicio de su poder como consumidores. El dilema es que la gente siente más de cerca sus intereses a corto plazo como productores afectados por las rentas que perciben por su trabajo que los futuros efectos sobre el desempleo, incluidas sus propias perspectivas de encontrar un puesto laboral. Este es el conflicto humano interno que todos los sistemas económicos tienen que resolver, sean socialistas o capitalistas. El capitalismo lo ha solucionado, o puede hacerlo, mejor que ningún otro de los sistemas conocidos en la Historia universal.

Racionar mediante el precio o mediante la política

El racionamiento mediante el precio ofrece ocho importantes ventajas respecto al político: es neutral, informativo, aleccionador, pacífico, humano, no at1toritario, presenta el eslabón perdido entre la oferta y la demanda y es, bajo cualquier circunstancia, indestructible. La fijación de precios es un mecanismo imperfecto, pero sus deficiencias quedan superadas por sus méritos. El racionamiento político, que es el método utilizado en el socialismo, no siempre ha sido analizado a fondo y hasta sus últimos consecuencias por los mismos que lo propugnan como alternativa, los académicos socialistas. De todas formas, la historia del socialismo revela claramente sus defectos, abusos y excesos. La nueva fórmula de mercado politizado aportada por los socialistas de mercado no puede

evitar la politización de la vida económica que los mercados tienen justamente la misión de suprimir o minimizar. Le falta, además, una de las condiciones básicas del mercado, la fijación de precios de la propiedad privada del capitalismo.

Primero, el precio es neutral. Surge espontáneamente dondequiera los ciudadanos que quieren vender se reúnen con los que quieren comprar. El precio expresa los términos bajo los que se procederá, de forma voluntaria, al intercambio. Si no hay beneficio para ambas partes, tampoco habrá intercambio. Si hay varios compradores o vendedores, cada vendedor está protegido por todos los demás compradores para no verse en la precisión de tener que aceptar precios demasiado bajos, y cada comprador por todos los demás vendedores, para no pagar precios demasiado altos. El conjunto de compradores y vendedores forma un mercado.

Segundo, el precio es informativo. Si un vendedor desea saber cuánto vale su producto o su habilidad, para no venderlo demasiado barato, el mercado se lo dirá. Si no hay varios vendedores o compradores, habrá tenido que juzgar por sí mismo e indicar el precio que estima deberá pagarse o espera recibir. El mercado es el instrumento más neutral para descubrir el verdadero valor.

Tercero, el precio es aleccionador. El comprador se lo piensa dos veces antes de adquirir un producto. Si no hay precio, porque lo paga indirectamente a través de los impuestos estatales, no se lo pensará tanto y demandará más servicios de los que realmente «necesita». Ralph Harris ha expresado con humor este principio: •De lo que no cuesta, llenemos la cesta.• Pero el humor decrece cuando se recuerda que los precios gratuitos —o, por mejor decir, indirectos, disfrazados de impuestos pueden inducir al derroche, sin tener para nada en consideración a los amigos y vecinos y, en el límite, pueden desencadenar una guerra de todos contra todos de la que todos salimos perdiendo. El ejemplo más patente es el del Servicio Nacional de la Salud, en el que todos intentamos utilizar el tiempo de médicos sobrecargados, solicitamos más medicamentos de los que nos hacen falta, prolongamos las estancias en los hospitales y usamos los equipos sin el debido esmero. Los servicios •gratuitos• provocan un empobrecimiento generalizado irresponsable. Al destruir la información, abren las puertas a una sociedad que deja a un lado los sentimientos humanitarios, la preocupación por los demás y la compasión. Sólo el mercado proclama la verdad de que no hay, ni puede haber, tanta asistencia médica, que no pueden evitarse todos los dolores ni salvarse todas las vidas. Ningún político nos lo dirá. Pero, al descubrir esta verdad, los precios suscitan una humanitaria preocupación por la escasez de la oferta. La política incita a la prodigalidad.

Mucho de lo dicho es asimismo aplicable a los precios artificialmente deprimidos, incluso cuando se hace con la mejor intención. Si los arrendamientos de la vivienda están subvencionados en virtud de la congelación de alquileres, de modo que puedan pagarlos también las familias con bajos salarios, éstas tenderán a alquilar casas más espaciales de lo que realmente necesitan, o se quedarán en ellas aunque ya los hijos hayan dejado el hogar. El resultado es que impiden que puedan ocuparlas familias con niños pequeños. El mejor medio es suplementar sus bajos ingresos, de modo que puedan pagar el alquiler al precio real de mercado. Los suplementos variarán, por tanto, según las rentas. Será así más fácil reducirlos

cuando las rentas aumenten que modificar los alquileres artificialmente bajos, porque éstos generan intereses creados y resulta políticamente difícil incrementarlos, como ha demostrado la experiencia.

Pero incluso la existencia de precios por debajo de las tasas de mercado proporciona un símbolo y un recordatorio del valor de las cosas del que se prescinde con excesiva ligereza, especialmente en el proceso político. Es, en efecto, testimonio de la decisión, la elección y la capacidad de sacrificio de los seres humanos. Mientras existieron en la educación secundaria británica (principalmente en los centros de humanidades) los precios (tasas o cuotas), aunque a menudo eran bajos, la inmensa mayoría de los padres no tenían nada que objetar contra quienes los pagaban, sea porque eran más ricos o porque se sacrificaban por sus hijos, renunciando a comprar otras cosas. Cuando, en virtud del consenso-coalición del tiempo de guerra, la Education Act de 1944 suprimió estas cuotas, fueron muchos los que anunciaron a bombo y platillo la •liberación• de la esclavitud de tener que pagar; pero se pasó por alto la circunstancia de que en adelante la selección de los alumnos debería hacerse según otros criterios, que hicieron acto de presencia en el proceso político bajo la forma del veredicto de los órganos educativos locales sobre la capacidad (real o potencial) de los escolares. La consecuencia, no prevista por los políticos, fue una nueva forma de envidia frente a los padres cuyos hijos se veían favorecidos, lo que sembró entre amigos y vecinos discordias que habían sido más bien poco frecuentes antes de que la selección del mercado a través de los precios fuera reemplazada por la de la Administración a través de los políticos locales.

La sustitución del mercado -incluso bajo su forma atenuada de bajas cuotas nominales- por la regulación y el racionamiento político tuvo un efecto ulterior igualmente imprevisto. Los colegios selectivos de humanidades fueron virtualmente sustituidos por centros comprehensivos supuestamente dotados de mayor capacidad de integración social. Pero no tardó mucho en aflorar la suprema ironía de que alzaban una barrera de separación entre los alumnos según los niveles de renta. Los niños de los barrios pobres de los centros urbanos no podían, en general, acudir a los colegios estatales de las zonas residenciales, que eran mejores. Un nuevo y garrafal error del gobierno: sus centros •comprehensivos• se convertían en vallas de segregación social. •

Una vez más, el mecanismo político de provisión gratuita fue la peor de todas las soluciones posibles para resolver el problema de una demanda deficiente surgida como consecuencia de rentas bajas. La mejor solución no consistía en destruir la barrera de los precios y la indispensable información que proporcionan, sino en mantener las tasas o cuotas y capacitar a un mayor número de padres para pagarlas. El método central es el contenido en la propuesta de bonos escolares de los economistas liberales y difundido por los Amigos de los Bonos Escolares (Friends of the Education Voucher [FEVER]) y mucho más tarde adaptada por académicos y educacionistas socialistas en Market Socialism y Samizdat. Este refuerzo de la capacidad de compra de cada familia concreta habría acelerado el dinamismo financiero como consecuencia de la demanda de centros que respondieran a las expectativas de los padres, en particular respecto a los centros de humanidades. Se habría dado una respuesta por el lado de la oferta, mediante la expansión o la imitación de los mejores centros privados o de los centros estatales

con pago de tasas, bajo formas que superan la imaginación de las mentes políticas que han venido dominando el panorama del sistema educativo británico.

Cuarto, el precio es pacífico. Al indicar dónde deben utilizarse del mejor modo posible los recursos escasos, el precio señala también a la vez qué usos deben excluirse. Esta es la decisión •impersonal• del mercado de que habla el profesor W.H. Hutt, surgida de la interrelación entre todos los compradores y todos los vendedores. La alternativa, según la clase política, sería el debate y el razonamiento, la organización de partidos políticos y el control del gobierno para hacer prevalecer los deseos de las mayorías sobre las minorías o, lo que sería aún peor en los sistemas multipartidistas, los de las minorías sobre las mayorías. En los sistemas fascistas o socialistas totalitarios estas mayorías y minorías se combaten y se matan entre sí. El precio ofrece un método pacífico para la resolución de las discusiones y los conflictos.

Quinto, el precio es humano. Nadie, en un mercado, tiene que decir no• a un oferente de bienes o servicios: como comprador, lo primero que hace es intentar rebajar el precio que le piden; como vendedor, aumenta el que le ofrecen. El comprador decide en consecuencia si acepta o no. En el mercado privado, el posible comprador de una casa reduce su oferta; el posible vendedor eleva su precio. En los empleos de la administración, la dificultad política de podar la proliferante burocracia mediante dimisiones o jubilaciones anticipadas, que son arbitrarias y acarrear la pérdida de hombres y mujeres experimentados, puede obviarse mediante reducciones en las pagas de los funcionarios excedentes, hasta que cada uno de ellos decida jubilarse, o no, a la luz de sus circunstancias personales. Algunos se decidirán ya con la primera reducción salarial; otros aguantarán hasta la tercera o la cuarta. Cada individuo tomará su propia y personal decisión. La administración no despidе a nadie.

Sexto, el precio no es autoritario. La alternativa a la asignación de recursos mediante el precio es la asignación por la vía de la autoridad. Este segundo método ha sido el empleado en Alemania Oriental y en el Servicio Nacional de la Salud británico, donde el dinero que los médicos de cabecera pueden gastar en medicinas --cantidades indudablemente inferiores a las que la gente estaría dispuesta a pagar como particulares en los seguros del mercado-- es limitado por decisiones políticas, prestamente abolidas en períodos electorales.

Séptimo, el precio enseña. Nos capacita para comparar valores, induce a utilizar con esmero los recursos, incita a hacer economías a la hora de gastar el dinero y estimula la reflexión a largo plazo en la administración del presupuesto familiar. Exige atención y reflexión antes de tomar decisiones, porque luego es demasiado tarde.

Octavo -pero no menos importante, el precio es el eslabón perdido entre compradores y vendedores. En el pasado sembraron ideas confusas los sociólogos que hablaban del mercado como de una barrera que se debería eliminar. Destruían así la única información disponible sobre los valores relativos creada por el mercado. Sin precios que reflejen las preferencias, las circunstancias, las condiciones, las exigencias y las idiosincrasias individuales, la conducta humana carece de mapa y brújula. El socialismo es el sistema en el que el ciego insolente pretende saber guiar al ciego inocente a quien ha impedido aprender.

Los tres errores

Los economistas contrarios a la economía de mercado del capitalismo han estado tan absortos en la tarea de descubrir las imperfecciones técnicas de los precios en los monopolios, monopsonios (un solo comprador frente a varios vendedores) y cosas parecidas que han llegado a obsesionarse con sus diferencias respecto a los mercados «perfectos» (que sólo existen en los libros de texto y con propósitos didácticos) y han pasado por alto sus objetivos primarios y sus virtudes básicas. Han incurrido en verdaderas necedades en tres errores de juicio.

Primero, los economistas de Cambridge de los años 30, encabezados por Joan Robinson (y acompañados por el norteamericano E.H. Chamberlin), se embarcaron en una disección clínica de las imperfecciones del mercado (a menudo ilustrada con figuras geométricas), que era técnicamente correcta pero que tenía escasa o nula utilidad en el mundo real, y que, además, perdió pronto de vista las aplicaciones únicas del mercado. La mayor parte, por no decir todas, las instituciones humanas son imperfectas, pero el mundo no podría funcionar sin ellas. Han sido atesoradas y empleadas en las actividades humanas porque sus ventajas son mayores que sus desventajas y porque el balance de sus beneficios es más favorable que el de las instituciones alternativas.

Segundo, los críticos analizaban el mercado como si se tratara de un andamiaje estático y no acertaron a comprender su función dinámica, en constante proceso. Ésta es la razón fundamental de la insistencia de Hayek en el mercado como mecanismo que permite descubrir nuevos y mejores métodos de producción, de reducción de costes, etc.; es decir, su función como •procedimiento de descubrimiento•. Los escritos de los economistas que prolongan la tradición austriaca de los mercados como registros de las valoraciones subjetivas, desde el veterano profesor Ludwig Lachmann, pasando por los profesores Israel Kirzner (de origen británico) y Murray Rothbard, hasta los autores más recientes, como Roger Garrison, Gerald O'Driscoll, Mario Rizzo y otros, de la George Mason University (y su asociado Institute of Humane Studies) y de otros puntos de Estados Unidos, son todavía poco conocidos por los economistas británicos y por los comentaristas de temas económicos de la prensa escrita que, cautivados un día por la macroeconomía keynesiana, son incapaces de superar este error. Las ideas esenciales de la escuela austriaca han sido claramente expuestas por Alexander Shand y por Wolfgang Grassl y Barry Smith.²⁸

Tercero, hasta hace pocos años, los críticos han ignorado los puntos débiles de las alternativas politizadas. La fijación de precios es un método imperfecto de asignación de recursos y un sistema deficiente para la distribución de las rentas. Pero no hay nada mejor. El convencional enfoque socialista consistía en eliminar los precios. Ahora, al cabo de un intervalo de 50 años, parece que el socialismo está dispuesto a utilizarlo, aunque no se sabe cómo. No hay mejor salida que estudiar el mecanismo de los precios para eliminar sus defectos. Se le ha revelado al mundo el secreto capitalista. Sólo los trasnochados, los simplistas y las mentes desesperadas pueden vivir sin él.

Notas

- 1 F.A. Hayek (dir.), *Collectivist Economic Planning*, Routledge, 1935. Incluye el texto original de Mises en 1921 sobre la imposibilidad del cálculo socialista.
- 2 Alee Nove, *The Economics of Feasible Socialism*, Allen & Unwin, 1983; Bryan Gould, *Socialism and Freedom*, Macmillan, 1985; Roy Hattersley, *Choose Freedom*, Michael Joseph, 1987, especialmente el cap. 8, titulado «Los mercados son necesarios».
- 3 Frank Hahn, «On market economics», en Robert Skidelsky (dir.), *Thatcherism*, Chatto & Windus, 1988.
- 4 G.C. Allen, *How Japan Competes*, Institute of Economic Affairs, 1978; *Japan's Economic Policy*, Macmillan, 1980; Yutaka Kosai y Toshitaro Ogino, *the Contemporary Japanese Economy*, Methuen, 1984.
- 5 *Ibidem*, p.114
- 6 *Ibidem*.
- 7 *Ibidem*. p. 7. Nikolai Shmeliov, *the Times*, 20 de febrero de 1989.
- 8 Evan Durbin, *The Politics of Democratic Socialism*, Routledge, 1940.
- 9 Elizabeth Durbin, *New Jerusalem: The Economics of Democratic Socialism*, Routledge, 1985, p. XII.
- 10 Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom*, Routledge, 1944.
- 11 Friedrich Hayek, «Two pages of fiction: the impossibility of socialist calculation», *Economic Affairs*, abril de 1982.
- 12 Oskar Lange, en B.E. Lippincott (dir.), *On The Economic Theory of Socialism*, University of Minnesota Press, 1938.
- 13 Hayek, *Collectivist Economic Planning*, Routledge, 1935.
- 14 David Hume, *Enquiry Concerning the Principles of Morals*, 1740.
- 15 Yugoslav Economy under Self-management, Macmillan, 1979; *Economic Devolution in Eastern Europa*, Longman/Institute of Economic Affairs, 1969; y otros escritos.
- 16 Ronald Fowler, *The Depreciation of Capital*, P.S. King, 1934.
- 17 Hayek, *Collectivist Economic Planning*.
- 18 Lange, citado por Hayek en «Two pages of fiction», p. 136.
- 19 Hayek, «Two pages of fiction», p. 136.
- 20 John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman (dir.), *New Palgrave Dictionary of economics*, Macmillan, 1987.
- 21 Robert Heilbroner, *Between Capitalism and Socialism*, Vintage, 1980, p. 88, citado por Hayek en «Two pages of fiction», p. 137.
- 22 Hayek, «Two pages of fiction», p.137.
- 23 *Ibidem*, p.139.
- 24 *Ibidem*, p.141.
- 25 Friedrich Hayek, *The Fatal Conceit*, Routledge, 1988, p. 86. [Ed. española: *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, 1990]
- 26 Hahn, «On Market economics», p. 114

27 Charles Murray, *Losing Ground: American Social Policy 1950-1980*, Basic Books, 1984; *In Pursuit of Happiness and Good Government*, Simon & Schuster, 1988.

Los centros de educación secundaria -humanista • (Grammar School) imparten estudios clásicos (especialmente latín y griego) y ponen especial énfasis en la formación del carácter y en las normas de comportamiento social. En este tipo de enseñanza se obtiene, a los 16 años, un •Grammar School Certificate• y, a los 18, el -Higher School Certificate•. La segunda enseñanza -comprehensiva• incluye, el estudio de ciencias naturales y humanistas, además de lenguas modernas. (N. del T.)

28 Alexander Shand, *The Capitalist Alternative*, Wheatsheaf, 1984; Wolfgang Grassl y Barry Smith (dir.), *Austrian Economics*, Croom Helm, 1986.

Capítulo VII

REFUERZOS INTELECTUALES A FAVOR DEL CAPITALISMO

No existe, en definitiva, ninguna coacción centralizada capaz de predecir los asuntos humanos, aunque sí puede, en cambio, destruir la proliferante germinación de ideas en millones de cerebros.

G.L.S. SHACKLE
en ALEXANDER SHAND
The Capitalist Alternative

Se ha reforzado el rigor de los criterios morales aplicables a los contenidos de los programas de los negocios; es lástima que no puedan reforzarse estos mismos criterios en lo relativo a la veracidad de algunos políticos ...

JOHNJEWKES
A Return to Free Market
Economtcs?

A mi parecer, tanto ia compleja teoría de la economía de bienestar el análisis económico de los fallos del mercado-como la combinación de esperanza y escepticismo que pasa por ser sabiduría política son estériles y ofusadoras.

GEORGE STIGLER
The Citizen and the State

Existe en nuestros días una mayor comprensión del mercado por parte de los investigadores y los políticos, aunque se mantiene la ofuscación entre los escritores. De todas formas, las críticas académicas al capitalismo muy raras veces han estudiado a fondo los avances del análisis económico de los últimos años, que refuerzan las pruebas empíricas a favor de la supe-rioridad del sistema capitalista.

Los recientes progresos del pensamiento económico y de la interpretación del mundo real, colectivamente descritos como -nueva economía•, han constituido el núcleo esencial de las publicaciones promovidas por el IEA. En su mayor parte, esta -nueva economía• ha tenido sus orígenes en los Estados Unidos, dato nada

sorprendente si se considera que el número de economistas norteamericanos es superior al de los de cualquier otro país o continente. Ha habido economistas británicos que han aportado ideas a la nueva economía y no han faltado excelentes contribuciones británicas en varias de estas innovaciones. Pueden citarse a este propósito, en el ámbito de la economía monetarista, los nombres de los profesores sir Alan Peacock, Charles Rowley, Jack Wiseman y Norman Barry, aparte varios jóvenes muy prometedores, entre ellos el profesor Martín Ricketts; en el campo de la economía sobre los criterios de seguridad figuran el profesor Michael Jones Lee y algunos otros.

Francia ha proporcionado a les nouveaux économistes varios activos seguidores. Su cronista más sistemático, Henri Lepage, periodista clarividente pasado a la economía, que ya acertó a ver la luz a finales de los años 70, ha ofrecido interpretaciones de la nueva economía que han cosechado merecidos aplausos.¹ Ha habido también originales colaboradores en Suiza, entre los que merecen citarse concretamente los profesores Peter Bernholz y Bruno Frey, en Austria (los profesores Friedrich Schneider y Erich Streissler), en la República Federal de Alemania, en Escandinavia, en España (los profesores Lucas Beltrán, Pedro Schwartz, Francisco Cabrillo y Jesús Huerta de Soto) y en otros países.

No todos los representantes de lo que considero las diez aportaciones más importantes de la nueva economía estarán de acuerdo con mi aseveración de que su efecto general ha sido consolidar la causa del capitalismo. Aunque todos ellos se sienten más inclinados a ver las virtudes del mercado y los defectos del proceso político, algunos todavía se aferran a la esperanza de que el gobierno funcionará mejor si es regido por las personas adecuadas, lo que en la práctica significa por los socialistas, no por los liberales o los conservadores.

La nueva economía es fundamentalmente un redescubrimiento un perfeccionamiento y una reafirmación, en lenguaje moderno y con aplicaciones al mundo contemporáneo, del pensamiento y de la política económica clásica británica o, si se prefiere, angloescocesa. Todo conocimiento procede de ideas anteriores; pero cuando se registran avances sustanciales en el campo de la comprensión o en el de la aplicación, es lícito describir los nuevos conocimientos como distintos de los precedentes y, por ende, renovadores.

Pueden articularse en diez grupos sus principales elementos:

1. la nueva interpretación de la historia del capitalismo;
2. el nuevo análisis de los derechos de propiedad;
3. la nueva insistencia en el mercado como proceso;
4. la economía de la política (la elección pública);
5. el análisis crítico de las regulaciones gubernamentales;
6. la visión escéptica de los bienes públicos;
7. la naturaleza y los efectos de las externalidades;
8. el control monetario de las fluctuaciones;
9. la economía de la autoinversión en capital humano;
10. el Estado limitado y el Estado mínimo.

La nueva interpretación de la historia del capitalismo

Dos han sido los avances intelectuales registrados en el estudio de la historia que han contribuido a reforzar la posición del capitalismo. El uno es la contrarrevolución acontecida en la análisis económico de la historia, que rechaza la interpretación materialista de Marx. El otro se refiere al nuevo acento puesto en la función de los derechos de propiedad privados.

El primero ha restablecido y consolidado la interpretación clásica del capitalismo como fuente de un incremento de la productividad y de crecientes niveles de vida. Durante largas décadas, los economistas e historiadores británicos de la economía, y más concretamente G.R. Porter, T.B. Macaulay (famoso por su interpretación whig de la historia), John Stuart Mill (con algunos lapsus), J .E. Cairnes, Alfred Marshall y Herbert Butterfield entendieron que la Revolución Industrial, la aurora del capitalismo, desembocó en una mejora de las condiciones de vida de las masas de la población británica, que se habían mantenido inalteradas, o con muy pocos y muy graduales cambios, durante siglos, hasta los últimos años del siglo XVIII. Los primeros marxistas y otras varias especies de escritores --desde Engels y Marx en los años 1840, reforzados, a partir de 1880, por Arnold Toynbee, que forma con los dos anteriores el trío de historiadores esencialmente socialistas, hasta los Hammond, Webb y Cole y, más recientemente, los profesores marxistas Eric Hobsbawm y E.P. Thompson-- enseñaban lo contrario: que las condiciones de vida habían empeorado, más en unos periodos que en otros, y que el capitalismo había generado miseria. Se aseveraba, con resonantes argumentos, o se daba por absolutamente evidente, que sólo el socialismo ofrecía esperanzas de mejora.

La visión clásica se basaba en el simple e irrefutable sentido común. La Revolución Industrial capitalista trasladó a la población desde sus rudimentarias casas campesinas a viviendas más confortables en las ciudades. Sustituyó las toscas ropas por tejidos más finos, puso fin a las interminables horas de los trabajos del campo mediante la legislación sobre las jornadas laborales en las fábricas. Mejoró las condiciones higiénicas gracias a la instalación de desagües y garantizó el orden público en las grandes reuniones y en otros acontecimientos de la vida urbana. Atribuir al capitalismo todos los males que aparecieron por aquel entonces sería tanto como rechazar todo progreso humano porque acarrea incidentales desventajas, imprevistas y transitorias, hasta que pueden ponerse en marcha nuevas medidas para eliminarlas.

De la crítica marxista se afirma que es científica y profunda. Pero su jerga no hace sino camuflar su radical naivité. ¿Pueden mirarse con prevención los descubrimientos técnicos, como la fuerza del vapor y su aplicación a los transportes, la manufactura de textiles, la imprenta y otras industrias, porque provocan nuevos problemas que es preciso resolver?

¿Los habrían aceptado las organizaciones gremiales y los sindicatos a la vista de sus ventajas o se opondrían porque perturbaban sus intereses establecidos? ¿Han hecho la Administración y la burocracia un balance correcto de las ventajas de las innovaciones y de los costes de las nuevas tareas? ¿Habría introducido una sociedad socialista los progresos tecnológicos al ritmo de cambio lo más rápido posible para responder a los intereses tácitos de la gente normal y carente de influencias? ¿O los habría, por el contrario, retardado para aplacar los chillones intereses de productores, planificadores y burócratas sólidamente asentados?

La crítica marxista ha adolecido de historicismo, método histórico consistente en evaluar los sistemas económicos y juzgarlos como causas de las que se derivan consecuencias, el familiar *post hoc, ergo propter hoc*. Argumentaba que el capitalismo fue seguido de una caterva de desventajas y que, por consiguiente, era él quien las provocaba. Se advierte así que esta crítica incurre en otra de las falacias comunes del *non sequitur*, como el capitalismo causa problemas (aserto no demostrado), debe ser sustituido por el socialismo en sus variadas formas, desde la dictadura del proletariado hasta la municipalización del gas o del agua. Pero los socialistas se limitaban a hacer conjeturas. No aducían razón alguna que permitiera suponer que el socialismo es sinónimo de progreso.

Aquellos autores siguieron condenando el capitalismo y pidiendo la implantación del socialismo durante más de 200 años, y algunos lo siguen haciendo todavía hoy día, sin pararse a reflexionar sobre dos cuestiones relacionadas con esta materia, ya planteadas y respondidas por los economistas e historiadores liberales. Primera: ¿podrían haberse alcanzado sin el capitalismo los altos niveles de vida de hecho conquistados? La respuesta es que no se habrían conseguido ni bajo los gremios medievales ni bajo el socialismo estatal. Segunda: ¿podrían haberse previsto, evitado o realizado las tareas de organización de la vida urbana mejor bajo el socialismo? La respuesta es que el historial de los países del mundo donde se ha implantado este sistema no indica que existan razones sólidas para suponer que sea más presciente, o más rápido, o más competente que el capitalismo.

Era simple cuestión de tiempo que se rechazara la inverosímil interpretación marxista-socialista y fuera restablecida la interpretación clásica del capitalismo. Los primeros contrarrevolucionarios de los años 20, los historiadores John Clapham, Dorothy George, Dorothy Marshall y más tarde Ivy Pinchbeck, fueron seguidos por W.H. Hutton sobre el sistema fabril y el sindicalismo, T.S. Ashton sobre algunos aspectos de la industrialización y, de forma más sistemática, por el economista e historiador australiano R.M. Hartwell, que cuestionó los principios básicos de la interpretación marxista. A Hayek y Hutt se añadieron, en los años 50, el politólogo francés Bertrand de Jouvenel y el norteamericano L.M. Hacker (en un primer momento de mentalidad marxista), que reafirmaron el planteamiento clásico de Clapham. Se rechazó la doctrina marxista del empobrecimiento: el proletariado marxista no estaba formado por clases trabajadoras de principios o mediados del siglo XIX reducidas a la miseria bajo el primer capitalismo. Muchas de las

personas de las nuevas generaciones no habrían nacido, o no habrían podido sobrevivir, si el nuevo capitalismo no hubiera producido alimentos hasta entonces inimaginados gracias a la nueva maquinaria de su revolución técnica. Los decrecientes índices de mortalidad derivados de unas mejores condiciones higiénicas salvaron muchas vidas que antes se habrían perdido. Además, la Revolución Industrial producía nuevas herramientas que creaban nuevas ocupaciones que elevaban gradualmente los niveles de vida que sustentaban la vida de más gente durante mas años.

Los marxistas insistían mucho en la caída general de las rentas durante ciertos períodos. De hecho, era muy poco probable que pudieran mantenerse sin interrupciones las nuevas condiciones industriales y laborales. (La idea de que el socialismo pone en marcha un progreso continuo e imparable, sin fluctuaciones, es un mito, alentado por el ocultamiento o la simulación de estadísticas.) Pero los marxistas estaban predispuestos a ver (casi) en cada bache la catástrofe final. Se comprende fácilmente que les disgustara asistir al resurgimiento del capitalismo tras cada nueva crisis, fuera cual fuere la fase en que ocurría, desde la primera, detectada por Engels ya en 1844, hasta la última, en octubre de 1987 (o en el otoño de 1989, aparte las reales, o imaginadas, que se producirán indefectiblemente en los años 90). Existe toda una batería de teorías sobre las relaciones sociales, los conflictos y la hegemonía, pero en el mundo real de la vida cotidiana de los ciudadanos corrientes el socialismo es un sistema vagamente deseable al que muchos aspiran pero pocos entienden, que está siendo reemplazado por el capitalismo en todas las regiones del mundo, desde Europa al Lejano Oriente.

No deja de ser cierto que la reputación del capitalismo se ha visto afectada por la constante influencia de la interpretación marxista de la historia, que todavía se sigue enseñando en numerosos puntos del mundo occidental. Pero es una interpretación falaz. Aún se niega a plantearse la pregunta de cuál habría sido la suerte del mundo sin capitalismo. Y no puede explicar por qué aspiran al capitalismo los pueblos, especialmente los que han experimentado en su propia carne el socialismo.

La nueva interpretación de los derechos de propiedad

La segunda de las innovaciones en la reinterpretación de la historia es el énfasis puesto en la evolución de los derechos de la propiedad privada. Hayek ha restablecido el término de propiedad «plural» o «separada» (aparte y distinta de la común o compartida).²

Una de las diferencias cruciales entre el capitalismo y el socialismo es la función de la propiedad. En principio, el capitalismo amplía al máximo el alcance de la propiedad privada, mientras que el socialismo hace lo mismo respecto a la propiedad pública o nominalmente común. En el capitalismo la propiedad se halla directamente en manos de

personas concretas o de concretos grupos de individuos; en el socialismo esta posesión es indirecta y se ejerce a través del Estado o de los cuerpos representativos. El capitalismo tiende a potenciar los derechos de propiedad -conservar, vender, alquilar, arrendar, legar o donar; el socialismo tiende a reducirlos: el ciudadano puede tal vez disfrutar de algunos derechos de uso, pero la propiedad es del Estado, convertido en una especie de gran terrateniente de rango superior. En el capitalismo los propietarios tienen nombres propios, son identificables y responsables; en el socialismo los propietarios nominales, el pueblo, son anónimos e inidentificables y los propietarios efectivos, los planificadores, no tienen que rendir cuentas a los propietarios nominales y, por consiguiente, tampoco se les pueden exigir responsabilidades.

Dado que el sistema capitalista contiene algunos elementos de socialismo y el sistema socialista algunos de capitalismo, las diferencias son a veces más de grado que absolutas: en el capitalismo existen propiedades privadas poseídas conjuntamente por grupos de personas, por ejemplo, en las sociedades anónimas, las cooperativas y otras asociaciones voluntarias; y, por el lado contrario, no faltan en el socialismo propiedades personales y privadas. Pero aunque de grado, estas diferencias son tan profundas que pueden ser analizadas como diferencias de principio. El capitalismo está atravesando una fase en la que los grandes grupos comerciales que tienen en sus manos la propiedad (el fordismo de la crítica marxista) tienden a convertirse en unidades más pequeñas, en las que es mayor el número de propietarios personales identificables.

La ventaja central del capitalismo sobre el socialismo en la gestión de la propiedad es que los propietarios reales capitalistas cuidan con esmero sus posesiones, mientras que los propietarios nominales del socialismo no pueden hacerlo, aunque quisieran, porque no las conocen. Lo que sobre el papel pertenece a todos y cada uno, en la práctica no pertenece a nadie. Las minas de carbón, los ferrocarriles, los colegios y hospitales que son propiedad del pueblo están poseídos por fantasmas. Ningún propietario nominal puede vender, alquilar, arrendar, legar o donar su parte de las propiedades a su familia, a sus amigos o a una buena causa. La propiedad pública es un mito, un espejismo. Es la falsa promesa y el talón de Aquiles del socialismo. El esfuerzo requerido para «cuidar» la 50 millonésima parte de participación individual de un hospital o un colegio poseídos por 50 millones de propietarios sería -suponiendo que esta parte pudiera determinarse- demasiado grande comparado con el beneficio. Por tanto, no se hace, aunque se pudiera. Se descarga la tarea sobre los funcionarios públicos, responsables ante los políticos, quienes a su vez son -en la mitología socialista- responsables ante el pueblo. En esta larga línea de comunicación los ciudadanos quedan a menudo desconectados. Lo prodigioso es que haya todavía hombres y mujeres aspirantes al liderazgo político que siguen propalando este mito de la propiedad pública. Si fuera publicidad comercial, los socialistas la habrían denunciado como frau- de a los ciudadanos.

En los casos de posesión conjunta de una propiedad privada, las tareas de gestión y conservación recaen sobre compañías o asociaciones privadas (de viviendas y otras), pero con una diferencia fundamental. Todo propietario privado puede vender sus derechos de propiedad individuales; ejerce el control mediante su capacidad de salida, porque hay mercado; en el proceso político, para controlar la masa de propiedades comunes compartidas tiene que contentarse con el ejercicio ineficaz del voto.

Buena prueba de la capacidad de convicción de la incesante propaganda política es el hecho de que mucha gente sencilla siga creyendo en la realidad de la propiedad pública. Hay aquí una invitación a reflexionar sobre los políticos no socialistas que han sido incapaces de elaborar una estrategia para destruir el mito. La explicación, poco caritativa pero realista, no puede ser otra sino que, al menos hasta 1979, la clase política de todos los partidos ha aspirado a hacerse con el control de la propiedad nacionalizada o municipalizada en manos de la Administración, porque sabían bien que su carácter público no tenía repercusiones reales.

Esta verdad, sólidamente anclada en el ideario del liberalismo clásico, es un componente decisivo de la contrarreacción a la crítica marxista del capitalismo. Dos historiadores norteamericanos, el profesor Douglass North y Robert Thomas, han explicado la evolución desde los estancados sistemas feudal y gremial al crecimiento económico progresivo en Europa, primero en Holanda y luego en Inglaterra, como consecuencia de la transición desde la propiedad común de la tierra, por aquel entonces habitual, a la propiedad personal.³ El método consistía esencialmente en cercar parcelas de la tierra común y dedicarlas a la explotación exclusiva de propietarios individuales.

Tal proceder es exactamente el polo opuesto de las persistentes enseñanzas socialistas, incluso de las aportadas por las últimas revisiones de los programas del Partido Laborista, según las cuales el progreso se basa en el paso desde la propiedad privada a la pública. Ahora que la glasnost ha permitido a los rusos liberarse de las informaciones desfavorables, no nos sorprende descubrir que la productividad de las parcelas privadas en la URSS era de 10 a 20 veces superior a la de la tierra socializada. El Tolstoy terrateniente y el Lenin codicioso de tierras deseaban, al igual que sus homólogos del siglo XVIII en Francia y del siglo xx en América del Sur, quitar las tierras a los ricos para dárselas al «pueblo». Si las hubieran dividido en parcelas individuales, habrían sido laboreadas con mejores resultados. Pero en el lenguaje socialista por «pueblo» no se entiende al pueblo real de la vida cotidiana, compuesto de individuos concretos, sino que se refiere a que las tierras deben ser de propiedad común. Los propietarios efectivos que controlan su uso forman una masa amorfa de políticos y burócratas inidentificables, y no resulta tarea fácil obligarles a rendir cuentas de su gestión. Y, colmo de la ironía, si se diera el caso de que se les pudiera identificar para exigirles responsabilidades, echarían mano, para su defensa, de los recursos financieros y de otro tipo pertenecientes a sus víctimas.

La doctrina socialista ha lanzado sus anatemas contra la propiedad individual. Los socialistas no entendieron en el pasado y siguen sin entender en el presente que es la propiedad privada la que produce buenos frutos. Y lo mismo podría suceder con la

propiedad privada sobre zonas vírgenes o salvajes, el lecho marino o el espacio aéreo, si se aprontaran medios para dividirlos en «parcelas» entre propietarios individuales que consideraran beneficioso invertir para hacerlos productivos.⁴ Mientras tanto, su uso será fijado por gobiernos movidos por objetivos políticos, a los que pueden otorgar prioridad postergando usos mejores, que aportarían un máximo de eficiencia en beneficio de los ciudadanos de a pie.

Han sido la evolución y el perfeccionamiento de la legislación sobre los derechos de la propiedad privada los que explican que el estancamiento medieval haya sido desplazado por el progreso moderno. North y Thomas⁵ han presentado una reinterpretación de la historia británica y europea que ha convertido en anticuados casi todos los precedentes manuales de historia.

Los servicios (bienes públicos) prestados por los señores feudales y los terratenientes a la defensa y la seguridad, a la administración de justicia y a la corte, se recompensaban mediante la servidumbre de la gleba y los trabajos mal pagados en los campos. La costumbre vigente durante aquel sistema económico de intercambiar prestaciones laborales por bienes públicos resultaba ser más barata que los contratos, porque reducía los costes de información y transacción que habría acarreado la revisión periódica de los pagos laborales por los servicios del señor de la tierra. No podía recurrirse al pago mediante impuestos, porque estaba muy restringida la circulación monetaria. También el pago en especie presentaba inconvenientes, porque aún no se habían desarrollado mercados que pudieran facilitar la medida del valor del trabajo. Pero con el tiempo los mercados evolucionaron: el crecimiento demográfico impulsó el cultivo de nuevas tierras; se diversificaron las especializaciones y los consiguientes intercambios; creció el uso del dinero y de los créditos; fueron cada vez más numerosos los siervos convertidos en propietarios que se sintieron estimulados a pujar por parcelas privadas en las que cultivar productos cuyos excedentes, una vez atendidas las necesidades familiares, podían venderse, con el consiguiente beneficio, en los mercados.

Es posible que las repercusiones de la legislación sobre la propiedad fueran incluso más importantes como estímulo al crecimiento económico que los avances técnicos de la Revolución Industrial. De hecho, ya en el siglo XI se habían registrado aumentos demográficos y se habían introducido nuevas técnicas (agrícolas), pero proporcionaron un escaso crecimiento económico porque las tierras seguían siendo de propiedad común, de suerte que los individuos concretos tenían pocos incentivos para invertir y aumentar la producción. En el siglo XVIII, en cambio, el nuevo impulso demográfico y los avances técnicos estuvieron acompañados de un notable crecimiento económico porque para entonces existía un número suficiente de propiedades agrícolas privadas que hacían rentables las inversiones. Los dueños de las tierras consiguieron desarrollar el derecho de propiedad: y como al adquirir la propiedad en exclusiva podían conocer los costes y los beneficios de la inversión, sabían también qué ganancias (o pérdidas) se les seguían (a ellos y a sus familias) de sus decisiones. Cada labrador concreto podía introducir mejoras en sus

propiedades sin tener que esperar, en el proceso político, la aprobación de un comité o de una mayoría, y sin incurrir en los costes de transacción de acuerdos de organización (y de lo que podría llamarse la discusión, persuasión y negociación asociadas y los costes del consenso en tiempo, energía y dinero). Cuando un campesino aventajaba a los otros, se reducían para todos los restantes los costes de información sobre los efectos de los nuevos métodos. Mejoraron por doquier la productividad y el nivel de vida. La propiedad privada contribuyó a la prosperidad pública en el sentido real de que fue compartida por el pueblo, no controlada por políticos y burócratas.

Este fue el secreto capitalista: los mercados y sus precios comunicaban a los campesinos la información vital sobre ingresos, costes y beneficios requerida para tomar decisiones sobre qué productos cultivar y en qué cantidad, a qué precio vender y cuánto reinvertir. En contraste, las ahora ya centenarias reclamaciones socialistas sobre la utilidad de la propiedad pública y la venalidad -el egoísmo, la codicia, la explotación y la alienación- de la propiedad privada han sido invención de un pensamiento desiderativo, una huida del mundo real, como ha confirmado, de forma trágica, la experiencia de todos los países que han implantado el socialismo, desde la URSS, pasando por China, hasta África.

De todo lo dicho deben extraerse dos conclusiones más, ambas desagradables para el socialismo pero esperanzadoras para los ciudadanos corrientes. La historia de Europa demuestra que la desigualdad es necesaria para poner de relieve los diversos niveles de progreso entre los pueblos y para recompensar a los que asumen los riesgos de lo desconocido desplegando esfuerzos e iniciativas con el propósito de descubrir nuevos modos de resolver viejas tareas o de solucionar las nuevas. Y es asimismo fundamental para estimular la emulación, de la que todos obtendrán ventajas futuras. Si la legislación laborista refuerza la igualdad, o la costumbre conservadora la fomenta, se retrasará o se paralizará el progreso. De proceder así, los pueblos de Europa habrían seguido siendo más pobres durante más tiempo.

Pero es que, además, dado que la capacidad de persuadir y agrupar a los otros en organizaciones colectivas es en sí misma desigual, la habilidad de los ciudadanos para prosperar como individuos concretos en el mercado sin tener que depender de los otros es, en definitiva, más igualitaria que el método socialista que obliga a esperar a que el proceso político consiga acuerdos, por unanimidad o mediante mayorías, en los centros de debate. La libertad evolutiva espontánea bajo el capitalismo, que induce a los individuos a actuar sin restricciones colectivas, es elemento imprescindible para que algunos se pongan a la cabeza e indiquen el camino a los demás. Al final, cuando los restantes les siguen, son mucho más numerosos los que comparten los progresos. La desigualdad de las acciones es el camino hacia la igualdad de los resultados.

En síntesis, el mercado es una vía más segura hacia una atmósfera igualitaria en la que todos pueden sentir que han alcanzado tanto como los demás gracias a sus propios esfuerzos -que la de la implantación de la igualdad a través del Estado. La igualdad del Estado es engañosa: en el mundo real (aunque muy raras veces en los manuales socialistas) la desigualdad hunde sus hondas raíces en amplias diferencias de poder político y cultural

personal, en general más ramificadas y más profundas que las diferencias de rentas o de riquezas del capitalismo. El mecanismo de mercado del capitalismo, creador de igualdades futuras, se basa en la libertad de competir y de emular, y es más perdurable que la igualdad decretada por el proceso político bajo el socialismo. La igualdad es el producto indirecto -no intentado, pero más seguro- del proceso liberador del mercado. Cuando la igualdad se convierte en objetivo directo de los programas políticos, genera impulsos y presiones para conseguirla a expensas de otras finalidades. Y entonces, lo políticamente más probable es que entre las metas sacrificadas se encuentre la libertad intangible. La igualdad del socialismo desemboca en su implantación forzosa sobre el pueblo mediante coacción; la ironía consiste en que la clase política es más igual que el resto de los ciudadanos. Esta es la realidad; lo demás es autoengaño o pensamiento desiderativo.

Tenemos pruebas por doquier. Los Estados Unidos capitalistas han alcanzado mayores niveles de igualdad -indirectamente y bajo formas menos sistemáticas, pero más seguras que la URSS. En Gran Bretaña los mercados han requerido más tiempo para alcanzar la igualdad, porque las resistencias jerárquicas y la aversión cultural han sido un obstáculo para la competencia, de modo que a los jóvenes capacitados de las clases trabajadoras les ha resultado más difícil que a los estadounidenses penetrar en las profesiones mejor remuneradas. No siempre los trabajadores británicos del Norte son bien recibidos en las zonas residenciales de las clases medias del Sur. Los padres con estudios universitarios se oponen a la competencia que plantean en «sus» centros educativos estatales los hijos de las clases trabajadoras a los que el sistema de bonos escolares podría capacitar para escapar (para salir) de los centros públicos deprimidos de los barrios obreros

Puede discutirse si, y hasta qué punto, el crecimiento económico y el progreso se deben más a los avances registrados en la legislación sobre los derechos de propiedad que a las conquistas tecnológicas. Parece convincente la conclusión de North y Thomas⁶ de que la condición crucial del progreso fue más la legislación que la tecnología. Los nuevos caminos para la actividad económica creados por la invención y la innovación tanto en la primera Revolución Industrial de finales del siglo XVIII como en la contemporánea y más rápida Revolución de la Información de finales del siglo xx proporcionaron entonces y proporcionan ahora campo de aplicación para nuevas formas de los derechos de propiedad en las industrias manufactureras y en los servicios personales.

Pero el avance económico posibilitado y estimulado por los mercados abiertos se ha visto obstaculizado por la legislación sobre derechos de propiedad intelectual, patentes y otras creaciones políticas que impiden que los mercados ejerzan mejor su función de multiplicadores de la riqueza. A esta conclusión llegó el profesor sir Arnold Plant, cuyas conferencias desarrollaban las enseñanzas de David Hume (para quien la propiedad privada venía exigida por la escasez) y reforzaban el punto de vista de que la propiedad privada es esencial para la conservación y utilización óptima de los recursos escasos no sólo a través de los cuidados directos de los dueños sino también, de forma indirecta, a través de la comunidad en beneficio de la cual actúan los propietarios privados como fideicomisarios ociosos con mucha mayor eficacia que los fideicomisarios políticos de la

propiedad pública del socialismo. En los mercados competitivos, los propietarios privados se ven castigados si no utilizan con eficiencia sus propiedades; los propietarios públicos pueden ocultar en el proceso político su incapacidad y poner rumbo hacia el siguiente puerto de ineptitud. La propuesta de entregar a los agricultores colectivizados de los países socialistas parcelas privadas para incrementar las cosechas de productos de uso corriente habría aumentado sus rentas personales y ampliado, a la vez, la oferta de alimentos para el conjunto de la población. La idolatría de la propiedad pública es el auténtico obstáculo económico para la producción en los países socialistas y para la erradicación del hambre en los Estados socialistas africanos. Es, además, y no en último término, el persistente impedimento político para llevar adelante el proceso de desocialización de la propiedad en Gran Bretaña y en otros países capitalistas de Europa y de los demás continentes. Éste es el dilema: que la propiedad pública crea la indigencia privada: la contradicción que los socialistas se empeñan en ignorar, incluso en la Gran Bretaña de los años 90.

El capitalismo cobró una gran ventaja en el siglo XVIII merced al impulso de la revolución tecnológica, pero se vio frenado por el lento progreso, en el siglo XIX, de la legislación sobre los derechos de propiedad que era necesaria para que pudiera alcanzar su rendimiento máximo. Los primeros inventos de la década de 1760 y los posteriores permitieron fundar empresas que fueron financiadas en muy buena parte a través de préstamos privados de la familia, los amigos y los vecinos. La Ley de Sociedades Anónimas que creó las sociedades por acciones con responsabilidad limitada para estimular los préstamos y las inversiones extranjeras no llegó hasta finales de la década de 1850, es decir, con 90 años de retraso. Los cercados de la Inglaterra del siglo XV fueron los antecesores del retorno, en el siglo XX, de la propiedad común del socialismo a la privada del capitalismo mediante las desnacionalizaciones o privatizaciones de los años 80. La tardía transferencia desde la posesión nominal de la propiedad pública en la navegación aérea, el gas, el agua y otras sociedades nacionalizadas a la posesión real de la propiedad privada mediante participaciones en las líneas aéreas o en las compañías de gas han atraído la atención del cuerpo académico sobre la naturaleza de -y el interés público por- los derechos de propiedad. Ha sido el cálculo político partidista de los períodos electorales el que ha impedido hasta ahora el paso de la propiedad irreal a la real en las minas de carbón y los ferrocarriles, pero la desocialización no podrá retrasarse durante mucho tiempo. La asimismo retardada liberación del control estatal y político de los colegios y hospitales tal vez requiera la creación de nuevas formas de propiedad.

Éstas son las nuevas tareas a que se enfrentan economistas, historiadores y juristas. Pero el principal obstáculo sigue siendo de naturaleza política. El capitalismo ha degenerado hasta tal punto que las deseables reformas deberán ser implantadas también a través del proceso político. No se promulgarán, en efecto, las normas necesarias para que el sistema capitalista dé los mejores frutos de que es capaz si no se consigue antes el asentimiento de la clase política y de su entorno burocrático. Es preciso desechar de una vez por todas la superstición de que, mientras no debemos olvidar que es el egoísmo del panadero de Adam Smith el que nos garantiza un buen pan, podemos confiar, en cambio, en el desinterés de los políticos que nos proporcionan buenos programas. La diferencia fundamental es que los panaderos no pueden atamos durante

cuatro o cinco años, mientras que los políticos sí pueden. El día que queramos, podemos dejar al panadero que nos resulta inaceptable. No es ya tan fácil dejar a los grandes proveedores semimonopolistas de la industria pesada fordista con proyectos que se prolongan durante muchos años, sobre todo en las empresas nacionalizadas. Con todo, su poder está siendo socavado en virtud de las innovaciones tecnológicas y sustituido por unidades más pequeñas, que abren vías de escape hacia otros competidores. Tampoco aquí ofrece mejor protección a los consumidores el proceso político a través de •regulaciones• que son dominadas por los regulados o de burocracias de inspección convertidas en instrumento del proceso político.

Ya que nos hallamos atados a los políticos durante años, tenemos que crear nuevos sistemas de defensa contra sus arbitrariedades. Los políticos sólo pondrán en marcha buenos programas si éstos sirven a sus intereses o si al menos no los contrarían gravemente. No es necesario llegar a situaciones conflictivas; el objetivo debe consistir en avanzar asegurando la armonía entre los intereses de los políticos y el interés público. Y esto requiere un arsenal de incentivos y alicientes, de castigos y penalizaciones, para garantizar que, al servirse a sí mismos, los políticos sirven al pueblo. Los políticos han dañado la causa del capitalismo con sobreimpuestos, hiperinflación, supersubvenciones, hipercentralización ... y con otras numerosas acciones y omisiones. Ha estado en boga durante mucho tiempo impedir los mercados abiertos mediante el recurso de eliminar las necesidades.

Aún no está a punto el paquete de incentivaciones y castigos. Donde -quiera sea posible, es esencial transferir todas las propiedades públicas innecesarias a manos privadas. Los obstáculos subyacentes a las medidas requeridas surgirán del hecho de que tendrá que pasar mucho tiempo antes de que los investigadores anticapitalistas comprendan por qué los derechos de propiedad privada son superiores a los de la propiedad pública y por qué los políticos y los burócratas se resisten a aceptar las lecciones de las experiencias de la postguerra. Éste es el dominio de la economía de la política, del gobierno, de la democracia y de la burocracia, o de la elección pública, que es como la definen sus fundadores escoceses-norteamericanos (ver más abajo).

El mercado como proceso

Le advino al capitalismo un tercer reforzamiento en virtud de la profundización de las reflexiones económicas sobre la idea de mercado. Durante décadas se había considerado anatema la noción de que los seres humanos se vieran sujetos al mercado, sobre todo entre los políticos que, aunque de forma inconsciente, se ofrecían como alternativa. Incluso la prensa seria y muchos escritores opinaban que las fuerzas del mercado son un poder elemental que escapa a la esfera de la simpatía y del control humano. Los políticos, y en especial los de inclinaciones socialistas de todos los partidos, que piensan que el gobierno existe para promover las causas dignas, se presentan a sí mismos - y con frecuencia también

otros los consideran- como más humanos, más compasivos, más accesibles y más civilizados.

La sobria realidad es casi exactamente todo lo contrario. Los mercados se componen de hombres y mujeres que se reúnen para adquirir los objetos o servicios que necesitan, ofreciendo otros a cambio. El hecho de que en la práctica los mercados sean imperfectos ha oscurecido la verdad, más fundamental, de que son el mejor medio hasta ahora conocido para capacitar a los individuos a juntarse en un lugar en mutuo beneficio. Las críticas socialistas han estado tan obsesionadas con las imperfecciones del mercado que no han sabido ver sus excepcionales ventajas. A cambio, el socialismo ofrece aspiraciones sin realizaciones. Ni la práctica ni la experiencia universal de todos los continentes han logrado descubrir ningún mecanismo mejor -,incluso con sus imperfecciones- que el capitalismo tal como ha sido, y ello teniendo en cuenta que es inferior al que podría ser con mercados libres no estorbados por el proceso político.

Las pérdidas incalculables -los costes de oportunidad- de medio siglo de macroeconomía keynesiana se condensan en la renuncia a las mejoras que podrían haberse conseguido mediante estudios microeconómicos de mercado. Se habrían podido descubrir nuevos medios con que hacer frente a sus imperfecciones -los bienes públicos que se creía no podía aportar, los monopolios, las externalidades y las innecesarias diferencias en las rentas que hasta ahora no ha logrado suprimir.

Resulta fascinante imaginarse un mundo sin Keynes. Los economistas que estuvieron y aún siguen estando cautivados por sus enseñanzas - los profesores James Tobin y Paul Samuelson en Estados Unidos, Hahn en Cambridge, y otros muchos.- parecen insinuar que sin él el desempleo habría sido aún peor y se habría producido tal vez un colapso social generalizado. Pero lo cierto es que los países que han ignorado a Keynes, entre ellos, y no los últimos, Alemania, Japón y, durante muchos años, Estados Unidos, han progresado con bajas tasas de desempleo. Y así habría prosperado también el Reino Unido cuando, a finales de los años 30, empezó a menguar la depresión de 1929-31, si en lugar del Estado corporativista conservador-laborista de la postguerra hubiera puesto en práctica un sistema liberal de mercado.

Hoy, 50 años más tarde, se está aplicando otra vez, y con intensidad creciente, la microeconomía al estudio, nuevamente sistematizado, del proceso de mercado en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. Los hombres que inspiraron el milagro económico alemán -Walter Eucken, Ludwig Erhard, Alfred Müller-Armack y otros rechazaron (o ignoraron) la macroeconomía keynesiana. Los macroeconomistas cuyas ideas sobre la política de rentas y los objetivos de crecimiento y reflación (a menudo un eufemismo por inflación) fueron seguidas en Gran Bretaña y en Estados Unidos por gobiernos de todos los partidos en los decenios de 1960 y 1970 no sólo nos han legado una herencia de estagnación o de inflación, o la irónica combinación de ambas en la estagflación. Es que, además, han debilitado la democracia política al privar de fuerza a los mercados libres y reforzar los controles estatales, lo que equivale a desvirtuar el capitalismo y fortalecer el socialismo. Hasta que su influencia como consejeros económicos no fue sustituida, a partir

de los años 70, por la de economis-tas que también habrían sabido desplegar modelos macroeconómicos, pero que advirtieron a tiempo y como por instinto sus peligros, a no ser que se les aplicara a la luz de sus principios microeconómicos, los controles del Estado no fueron reemplazados por mercados ni el estancamiento por la expansión.

El error fundamental de los modelos macroeconómicos todavía utilizados por los planificadores de la Administración es que reflejan totales o porcentajes de producción y consumo, de ahorro o de inversión, mientras que las decisiones individuales se guían básicamente por pequeñas variaciones marginales en estas cantidades. Los macromodelos que ignoran sus microfundamentos no dicen nada realmente interesante sobre las reacciones personales a los cambios marginales en los precios. Los totales macro-económicos de la producción de automóviles ocultan diferencias entre las varias empresas; los totales sobre el consumo de pan o de cerveza ignoran las diferencias entre los grupos de edad. El retorno desde los controles estatales a los mercados libres podría devolver los estudios y las aplicaciones macroeconómicas a las actividades mínimas de la Administración y difundir el estudio microeconómico de las individuales.

El resurgimiento y profundización de los estudios de microeconomía podría mitigar la influencia y disciplinar la sobreutilización de la macro-economía. Hayek ha insistido en que la función esencial de los mercados no se circunscribe simplemente a la asignación racional de los recursos existentes, sino que es también un proceso mediante el cual se descubren nuevos medios para mejorarlos y desarrollarlos. El politólogo y profesor británico Norman Barry ha contrapuesto los antiguos objetivos estatales últimos de los gobiernos centralizados -su benevolencia en las altas tasas de empleo y baja inflación, su autoritarismo en la investigación espacial o en la capacidad militar. con los recientes estudios sobre la conducta humana como proceso de interacción descentralizada entre individuos en cuanto compradores y vendedores capaz de conseguir una mejor armonización de las actividades de los hombres.⁷ Y concluía, en su condición de politólogo que juzga un mecanismo económico:

Son demasiados los economistas que se han entregado alegremente a la demostración de cómo las actuales estructuras de mercado se alejan de un óptimo hipotético. Los politólogos se imaginan con demasiada frecuencia que el único medio de evitar la dictadura es permitir que los políticos actúen hasta cierto punto sin trabas, pasando por alto los daños que pueden causar a las cualidades de eficiencia del mercado... ...el mundo económico se convierte en juguete, al principio de ... impetuosos teorizadores abstractos faltos de realismo que son, por tanto, blancos indefensos de una ilimitada autoridad política.⁸

El profesor G.L.S. Schackle ha puesto gráficamente de relieve la falta de realismo de la suposición de que el gobierno y sus instrumentos básicamente macroeconómicos pueden conseguir los mejores resultados de los recursos humanos y naturales y la necesidad de que se imponga en el mundo el punto de vista microeconómico. Describe, en efecto, el rompecabezas de la oferta y la demanda, de las decisiones y las expectativas, «a modo de un movedizo y fugaz caleidoscopio, capaz de cambiar rápida y completamente al más mínimo

movimiento. Una torsión de la mano o la aparición de una nueva pieza pueden deshacer una figura y sustituirla por otra completamente diferente.»⁹

No es realista suponer que los procesos políticos y los derechos de propiedad pública del socialismo puedan utilizar los micromercados de la misma manera y en la misma medida que el capitalismo. El resurgimiento de la microeconomía es un nuevo refuerzo intelectual a favor del capitalismo del mundo futuro.

La economía de la política (La elección pública)

Existen estudios sobre la economía de mercado desde hace al menos 200 años. No es, pues, extraño que sus imperfecciones llenen las páginas de los manuales y se reflejen en los artículos periodísticos de los escritores que crecieron durante el apogeo del keynesianismo, en la postguerra. Ni es menos predecible la disposición de los políticos, profesionalmente preocupados por extender las fronteras de sus imperios, a encontrar razones para arrojar al niño del mercado, a una con sus imperfecciones, por el desagüe de la bañera. •Fallos del mercado•: éste es el irresponsable lema inscrito en las banderas del socialismo universitario. No se ha dedicado, en cambio, el mismo meticuloso y detallado examen al estudio de los fallos del gobierno.

Y, sin embargo, el registro y la historia de estos fallos llenaría los estantes de una vasta biblioteca. Se presta escasa atención en las ciencias políticas convencionales y en la prensa a la dañina y omnipresente incapacidad del gobierno para representar al pueblo, cumplir sus promesas, corregir sus defectos, disciplinar la burocracia, recortar los despilfarros, respetar las diferencias individuales entre los ciudadanos, evitar los monopolios, proporcionar oportunidades de elección y depurar la corrupción, especialmente la de las Administraciones locales, y otras muchas cosas de este tenor.

El fallo del gobierno es la principal conclusión de los cerca de 30 años dedicados al estudio del análisis microeconómico de las motivaciones y las reacciones de los individuos en la política: en el gobierno, la democracia, los impuestos, la burocracia, los sistemas electorales y otros componentes del proceso político. Aunque la materia analizada es política, el tratamiento es económico. El politólogo norteamericano profesor William Mitchell ha dicho que sus colegas no han percibido con la necesaria rapidez su importancia porque no están habituados a reflexionar sobre las conductas individuales en la política y porque sus conclusiones son muy poco gratas. Es significativo el hecho de que los especialistas en Administración pública no ponderen los costes y beneficios de los programas alternativos. Dado que «en política nadie conoce el valor de nada», la asignación política de los escasos recursos es probablemente menos eficiente que en el mercado, donde todo el mundo tiene que conocer los precios para que sus decisiones sean inteligentes, por estar bien informadas.¹⁰

El profesor de economía sueco Ingemar Stahl expuso sucintamente los rasgos esenciales de la nueva especialidad cuando hizo, ante los reyes de Suecia, la presentación del profesor Buchanan, galardonado con el Premio Nobel de Economía 1986.¹¹

Tanto las personas concretas en las economías domésticas como las empresas intercambian derechos de propiedad mediante el sistema de fijación de precios del mercado, coordinando así miles de millones de transacciones espontáneas. Los individuos actúan por el motivo del interés personal, pero de ordinario el resultado es servir al interés público, porque normalmente no se acuerdan transacciones que no sean beneficiosas para ambas o para todas las partes. Ahora bien, no debe confundirse el interés personal con el egoísmo. La gente actúa movida por su personal interés porque es el único que conoce y sobre el que puede opinar. Nadie afirma conocer el interés de los demás mejor que los interesados mismos. Pero los políticos sí lo afirman. La suposición de que conocen siempre e invariablemente los intereses del resto de los ciudadanos no sólo ha hecho que las ciencias políticas convencionales sean irrelevantes, sino que ha desviado, además, el estudio de la política actual. El análisis de la elección pública («Stahl la describía como -la nueva política económica») ha ampliado el campo de competencias de la economía bajo un triple aspecto.

Primero, ha aplicado la microeconomía tanto al proceso político como a las Administraciones públicas y a los organismos que las integran. Los individuos concretos que actúan movidos por su interés personal en cuanto componentes de unidades familiares o empresariales forman también parte del sistema político. «Es difícilmente creíble» -subraya Stahl- «que renuncien a sus intereses personales y se conviertan en eunucos económicos enteramente volcados en la ingeniería social al servicio del interés común.» La elección pública se ha esforzado cuanto ha podido por averiguar el comportamiento macroeconómico de las organizaciones políticas y administrativas a partir de los intereses microeconómicos de cada uno de sus miembros.

Segundo, la elección pública indica que los votantes situados en la franja central de la escala de intereses (los votantes medios) consolidarán su influencia cuando los partidos de la izquierda y de la derecha intenten conseguir su apoyo para formar mayorías. En consecuencia, las tentativas por corregir el fallo del mercado a través del gobierno pueden producir el fallo de este último. Los déficit presupuestarios son una tentación política, porque los beneficios económicos de los gastos de la Administración van a parar a los ciudadanos de hoy, que son los que tienen los votos, y, en todo caso, a los políticos de ahora, mientras que los costes serán soportados por los electores futuros, que no pueden votar en contra de los déficit actuales. Los políticos derrochadores que viven de préstamos hoy no se encontrarán ya en la arena política para afrontar la cólera de los votantes de mañana. No es, por tanto, demasiado extraño que los gobiernos dejen a menudo en herencia grandes deudas a sus sucesores. También los grupos de productores se ven favorecidos con grandes ganancias, a pesar de sus pocos votos, a expensas de los consumidores, que disponen de más votos pero tienen menos incentivos para organizarse, por ser muy reducidas sus ganancias individuales.

Tercero, siguiendo al economista sueco Knut Wicksell (1851-1926), la elección pública de Buchanan ha desarrollado el punto de vista «contractualista» del Estado para explicar las decisiones sobre gastos e impuestos de los gobiernos. En los contratos privados entre dos personas los acuerdos se toman por unanimidad: ambos ganan y ninguno pierde. La idea de un contrato social unánime en el que todos, en general, ganan lleva a la teoría (o la explicación) económica del Estado en el que la norma óptima para los gastos e impuestos de la Administración viene determinada por los costes de las decisiones unánimes en las que todos ganan, contrapuestos a las pérdidas que sufren las personas concretas. El resultado dependerá de la constitución y de las reglas que fijan el balance adecuado entre la coacción gubernamental exigida para la protección de dichas reglas y el peligro y los riesgos de que los grupos de interés exploten en su favor los poderes coercitivos del Estado. La bibliografía sobre la elección pública ha registrado durante los 30 últimos años la tasa de aumento tal vez más rápida en el ámbito de la evolución de las ideas económicas. Muchos de estos escritos han tenido como punto de arranque la obra germinal de Buchanan y Tullock,¹² en la que el primero analizaba la política como un proceso de cambio (supra) y el segundo estudiaba a los «electores públicos» (votantes, políticos, burócratas) como individuos preocupados fundamentalmente por sus propios intereses.¹³

Esta evolución y los ulteriores progresos de la elección pública han desplazado a una buena parte de las ciencias políticas convencionales y a su poco realista enfoque sobre la potencial benevolencia de los gobiernos. Nunca volverán a ser como antes, tras su invasión por la economía y la sustitución de las «necesidades» y las «prioridades» indefinidas y generalizadas por los costes y beneficios calculados o estimados (o conjeturados) de los programas específicos como criterio de las decisiones políticas y de la valoración de los políticos.

Todas las ciencias sociales han considerado positivos los revolucionarios puntos de vista de la escuela de la elección pública. Gracias a ella ha podido demostrarse, de forma realista, que los políticos no son una raza especial, sino que son igual que el resto de los hombres y de las mujeres. Con algunas excepciones históricas, especialmente en situaciones de emergencia, no son ni peores ni mejores -no son más amables, más atentos, más morales o menos corruptibles que el resto de los seres humanos. Los estudiosos de las ciencias políticas, de la filosofía y la sociología pueden añadir a sus recomendaciones para la lectura textos sobre el tema de la elección pública escritos por maestros medievales e incluso anteriores.¹⁴

Dos de las más profundas y fundamentales contribuciones de la doctrina de la elección pública a la formación de la política son, primero, haber llamado la atención sobre el poder de que disponen los grupos de interés, básicamente formados por productores, para frustrar la capacidad potencial con que cuentan las instituciones económicas libres para servir a los intereses generales, esto es, tanto los de los productores como los de los consumidores; y segundo, haber denunciado la tendencia intrínseca de los gobiernos miopes a plegarse a los grupos organizados en detrimento de los desorganizados y a dar así la primacía al presente a corto plazo en detrimento del futuro a largo plazo.

Al primero de estos elementos, es decir, al poder de que disponen los políticos en el gobierno de obtener retribuciones que se les niegan a los consumidores en los mercados competitivos, se le describe en la literatura como búsqueda de rentas.¹⁵ No parece existir en la escuela de la elección pública un término oficial para designar al segundo de los elementos, la enervante miopía creada por el egoísmo político, aunque a uno de sus principales componentes se le aplica la denominación de «chaleo» o intercambio de favores. Consiste en el mutuo apoyo que se prestan entre sí los políticos para conseguir beneficios personales sin tener en cuenta los ocasionales daños que pueden derivarse de estos manejos a la ciudadanía en su conjunto. Algunos otros componentes han recibido los calificativos, significativos y a veces cínicos, de «pensionado», «motivo del voto» (título de una publicación de Tullock en el IEA,¹⁶ en analogía con el motivo del beneficio del mercado), colusión, chanchullos, intrigas y cosas peores. «Los políticos» -dice el profesor Mitchell- «viven de estratagemas y tácticas. Aunque su mundo es un monopolio, difícilmente les proporciona una vida tranquila deben 'tener grandes tragaderas', ocultar, disimular, fingir, mentir, exagerar y fanfarronear ... Llevan sobre sí las pesadas tareas del Estado ... sin un marco ético que sirva de soporte a una gestión eficaz.»¹⁷

Hay una cierta ironía en el hecho de que los daños pueden ser menores en el socialismo que en el capitalismo. Un gobierno socialista que prescinde de los votos de la democracia política, como ocurre en algunos países de Europa, Asia, Africa y Sudamérica, podría ignorar las importunas súplicas de los grupos de presión y conceder la primacía a los intereses a largo plazo del pueblo, tal como dicho gobierno los entiende. Pero para ello se requiere que sea benevolente, que esté bien informado y que tenga el don de la clarividencia: una combinación de cualidades poco común. Y, además, los intereses del pueblo tal como los ven los controladores socialistas no coinciden necesariamente con los que los ciudadanos consideran como tales.

El capitalismo se ha puesto a la cabeza y ha demostrado ser superior precisamente porque, excepto en los casos de emergencia nacional, cuando por ejemplo Lloyd George o Churchill pusieron la supervivencia de la nación por encima de los intereses del partido o, cuando, sin darse una situación de tan extremada gravedad, un Gladstone o una Margaret Thatcher consiguen imponer sus convicciones, sus principios o su visión de la sociedad a ministros pragmáticos (es decir, inspirados por propósitos calculadores o cínicos), salvo estos casos, los hombres y mujeres que tienen las riendas del gobierno siguen siendo humanos, falibles, deficientemente informados, de miras cortas y atentos a sus intereses; en definitiva, hombres y mujeres como todos los demás. Un siglo de creciente hipergobierno bajo el socialismo ha creado la ilusión de superhombres políticos, asistidos por burócratas que se disfrazan a sí mismos de «su seguro servidor». William Shakespeare recurre a Casio para instar a los romanos a no doblar la rodilla ante el tirano César. Lo mismo podría decir ahora al pueblo: «Alguna vez los hombres son dueños de sus destinos. La culpa ... no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos, si consentimos en ser inferiores.» El socialismo corre el peligro de engendrar Césares. Necesita, en mucha mayor medida que el capitalismo, planificadores, controladores y administradores armados de terribles poderes. Bajo el capitalismo, ciudadanos corrientes realizan trabajos ordinarios y no dependen de personas excepcionales que los «dirijan». El capitalismo funciona

mejor cuando un puñado de personas razonablemente capacitadas hace lo relativamente poco que el gobierno tiene que hacer y se retiran a un discreto segundo plano para vivir su propia vida. Suiza es el caso ejemplar.

El período de transición para el resurgimiento del capitalismo tras una prolongada fase de socialismo puede exigir un gobierno activo, enérgico, y sus formidables riesgos. La acusación de intransigencia lanzada contra los tres gobiernos Thatcher puede reflejar en parte el esfuerzo requerido para restablecer tanto el espíritu como las instituciones del liberalismo de mercado. De todas formas, los culpables últimos son los gobiernos de todos los partidos que implantaron controles sociales cuando no eran necesarios. Los programas centralizadores para restablecer la descentralización encierran evidentes peligros: políticos ambiciosos carentes de convicciones podrían sentir la tentación de prolongarlos. Y, en este punto, no han sido los conservadores menos culpables que los socialistas. La solución obvia es ahora limitar el poder de todos los políticos al mínimo esencial. La elección pública marca limitaciones constitucionales a los políticos para poner freno a sus inclinaciones naturales. Tal vez se precisen nuevas soluciones, al margen del proceso político, de las que se hablará en los capítulos finales.

Las enseñanzas de la elección pública aportan un nuevo refuerzo intelectual a favor de la causa del capitalismo, porque el mercado reduce al mínimo el poder de los hombres y de las mujeres en el proceso político.

Las seducciones de la regulación gubernamental

Aunque los socialistas se han visto obligados a aceptar que las industrias privadas del mercado pueden obtener mejores resultados que las empresas públicas controladas por la Administración, han insistido en que, a pesar de ello, deben ser reguladas por el gobierno para salvaguardar el bien común. La revisión del pensamiento socialista en 1989, tal como se refleja en el examen de sus principios y propuestas llevado a cabo por el Partido Laborista, se diría que es, a una distancia de 30 años, el eco de la aceptación de la economía social de mercado asumida en 1959 por el Partido Socialdemócrata alemán, y relacionada con más de cien nuevas autoridades reguladoras dotadas de poderes políticos.

Al igual que algunos profesores universitarios, ha habido también políticos socialistas británicos que han tomado nota, aunque tardíamente, de la existencia del mercado, si bien todavía no de la economía de la política. Exigía un cierto esfuerzo aceptar el proceso del mercado tras décadas consagradas a condenar sus defectos. La solución del socialismo laborista consiste en aceptarlo, sí, pero sometiéndolo a control político (democrático). Ahora bien, es imposible suavizar o neutralizar el impacto de los defectos del proceso político, porque son la esencia misma del socialismo. La política puede civilizar al mercado pero difícilmente puede civilizar a la política. La democracia política, tal como la conocemos, no ha sabido convertirse hasta ahora en representante de todo el pueblo.

El dilema es insoluble. Pero no se le puede seguir ignorando indefinidamente. Los políticos socialistas preocupados por el poder electoral pueden disimularlo durante algún tiempo. La confianza que los académicos socialistas depositan en su ciencia para la búsqueda de una verdad esquiva no conseguirá ocultarlo de ningún modo.

La nueva economía de los profesores George Stigler, Gary Becker (Premio Nobel de Economía 1982), Sam Peltzman y otros, sobre todo de Estados Unidos, sugiere claramente que, dado el modo de funcionar del proceso político, las regulaciones acaban favoreciendo siempre e indefectiblemente a las industrias reguladas. El regulado cautiva a su regulador. Ha fallado la esperanza postrera de la mentalidad socialista (en todos los partidos) de que el gobierno y la política hallarían, al fin, la solución.

Los impuestos de circulación son en Estados Unidos un 50 por 100 más altos que en los países sin regulación del transporte por carretera, como Bélgica. Los pasajeros de las cortas distancias urbanas estaban subvencionando -como se ha descubierto recientemente en Gran Bretaña- a los de largo recorrido. Los mercados no regulados de los nuevos países capitalistas han inventado los •autobuses colectivos• (grandes taxis) que ofrecen a los pasajeros mayor flexibilidad para elegir los itinerarios. Pero como están prohibidos en los sistemas de transporte regulado, los viajeros dependen de los autos privados, lo que aumenta aún más el caos circulatorio. La regulación en el ámbito de las medicinas ha retrasado la producción de nuevos fármacos, porque las autoridades políticas reguladoras -no en último lugar las de los Estados Unidos- son, comprensiblemente, muy cautelosas: serán denostadas por los efectos imprevistos y ampliamente divulgados del sida, pero no por las vidas desconocidas que podrían haberse salvado de no haber suprimido ciertos medicamentos. La hipercautela política al establecer niveles demasiado rigurosos, de modo que la popularidad política se compra a costa de los ciudadanos, añade una nueva deficiencia, ampliamente ignorada por las ciencias políticas. El uso obligatorio de los cinturones de seguridad en los automóviles ha trasladado un número desconocido de víctimas desde los conductores a los peatones. Se alaba al gobierno por salvar vidas de pasajeros, pero no se le condena por matar a viandantes. La persistente protección a las «empresas de servicios públicos» •teléfonos, electricidad, radiotelevisión, correos- repetía la calamitosa enfermedad profesional del proceso político de subvencionar a los productores a costa de los consumidores, y agravaba además el delito al reprimir la innovación. ¿Durante cuántos años tuvieron que soportar las familias británicas el rancio chiste de que podían elegir entre toda una gama de colores para sus teléfonos, a condición de que escogieran el negro? La simple respuesta es: tanto tiempo cuanto el gobierno impidió la competencia mediante la nacionalización de los servicios de telefonía.

La idea de la política convencional de que la función básica del gobierno es rescatar a los ciudadanos de los fallos del mercado ha entrado en una lenta agonía. La historia de las regulaciones administrativas es un vivo ejemplo de la incapacidad del proceso político para poner remedio a aquellos fallos. Está a veces justificada la acusación de que los criterios del mercado son demasiado bajos, pero la razón es casi siempre que se impide que los mercados sean tan competitivos como podrían ser si se les permitiera generar más información de un mayor número de proveedores, de tal modo que los consumidores dispusieran de más amplias opciones.

que les facultaran para evitar los niveles demasiado bajos acudiendo a otros más altos. De ordinario, es el propio gobierno el que suprime la competencia mediante la creación de vastos monopolios. Así lo testifican patentemente los casos de los combustibles y del transporte, de la educación y la sanidad.

La nueva economía de la regulación ha aportado pruebas de los daños ocultos causados por gobiernos a menudo bienintencionados. No deja de ser cruel ironía que cuanto mejor es la intención mayor es el daño, debido a la tentación de poner el listón demasiado alto y a la preocupación por evitar las críticas de que es demasiado bajo. Los niveles de mercados muy reducidos no duran mucho tiempo, y se les corrige cuando los consumidores dan la espalda a proveedores infractores. Pero el proceso político genera fuertes incentivos para cautelas excesivas, que permiten cosechar votos a costa de opciones, comodidades, accesos y vidas en el futuro. De todas estas cosas, la que menos se detecta es la restricción de acceso: los estándares demasiado exigentes aumentan los costes y los precios innecesariamente elevados excluyen más a los pobres que a los relativamente ricos. Las regulaciones administrativas tienen la irremediable consecuencia de que en ellas se detectan los costes y las cargas de los estándares desmesurados con mayor dificultad que mediante el mecanismo autocorrector de los mercados competitivos. Las externalidades del socialismo pueden causar mayores daños que las del capitalismo.

La conclusión central es que el muchas veces subrayado argumento aducido por los políticos en favor de la regulación repite el error decisivo del socialismo de que la gestión correrá a cargo de una nueva raza de hombres y mujeres. Han surgido en la historia británica algunas personalidades descolantes: podrían citarse aquí tal vez los nombres de Pitt el Joven, Gladstone y Churchill. Se discute mucho si podría sumarse a la lista Margaret Thatcher. Si la historia lo considera así, debe añadirse que sólo fue secundada por un puñado de personas, pero que, en general, estuvo rodeada de políticos convencionales, en su mayoría nada excepcionales, para quienes la política era una profesión y el poder su objetivo esencial, que demasiadas veces se parecen a esos abogados que defienden causas en las que no creen. Pero incluso en el caso de que los personajes excepcionales aparecieran en la escena política con mayor frecuencia y seguridad, sigue en pie, en favor del capitalismo, el argumento de que circunscribe los poderes de todos y cada uno en la política a las tareas que sólo el gobierno puede llevar a cabo.

En este capítulo se han analizado los cinco primeros de los 10 avances del pensamiento económico que han confirmado la causa del capitalismo. En el siguiente se estudiarán los cinco restantes.

Notas

- 1 Henri Lepage, *Demain le Capitalisme*, Open Court, 1981.
- 2 Friedrich Hayek, *The Fatal Conceit*, Routledge, 1988. [Ed. esp: *La fatal arrogancia*, Unión Editorial, 1990.)
- 3 Douglass North y Robert Thonlas, *The Rise of the Western World*, Cambridge University Press, 1973.
- 4 D.R. Denman Y Jack Wiseman, *Market unter the sea?*, Institute of Economic Affairs, 1984.
- 5 North y Thomas, *The Rise of the Western World*.
- 6 Ibidem.
- 7 Norman Barry, *The Invisible Hand in Economics and Politics*, Institute of Economic Affairs, 1988, p. 83.
- 8 Ibidem, p.83.
- 9 G.L.S. Shackle, en Alexander Shand, *The Capitalist Alternative*, 1984.
- 10 William Mitchell, *Government As It Is*, Institute of Economic Affairs, 1988, pp. 16-17.
- 11 Ingemar Stahl, Nobel Priset. La cita textual dice: •por su desarrollo de las bases contractuales y constitucionales de la teoría de la toma de decisiones económicas y políticas•; cita en las pp. 35-36.
- 12 J .M. Buchanan y Gordon Tullock, *The Calculus of Consent. Logical Foundations of a Constitutional Democracy*, University of Michigan Press, 1962.
- 13 C.K. Rowley (dir.), *Democracy and Public Choice*, Blackwell, 1987.
- 14 Pueden proporcionar un buen punto de partida los ensayos de Richard Musgrave, Mark Blaug, Hilda y William Baumol, Herbert Giersch y otros, en homenaje a uno de los más destacados representantes británicos de la elección pública, el profesor sir Alan Peacock (Davids Greenaway y G.K. Shaw [dir.], *Public Choice, Public Firzance and Public Policy*, Blackwell, 1985) y los escritos de los profesores Jack Wiseman y Martin Ricketts.
- 15 J.M. Buchanan, R.D. Tollison y Gordon Tullock (dir.), *Toward a Theory of the Rent-Seeking Society*, Texas A&M University Press, 1980.
- 16 Gordon Tullock, *The Vote Motive*, Institute of Economic Affairs, 1976. 1776
- 17 Mitchell, *Government As It Is*, pp. 17-18.

Capítulo VIII

NUEVOS REFUERZOS INTELECTUALES A FAVOR DEL CAPITALISMO

El capitalismo se basa en el interés personal y en la autoestima; considera la integridad y la formalidad como virtudes cardinales que obtienen su compensación en la plaza del mercado, y afirma que los hombres sobreviven gracias a ... las virtudes, no a los vicios.

ALAN GREENSPAN

en AYN RAND

Capitalism: The Unknown Ideal

Estamos radicalmente a favor del capitalismo ... abogamos por el capitalismo porque es el único sistema acorde con la vida de los seres racionales.

AYN RAND

Capitalism: The Unknown Ideal

... la impresionante economía, y las aún más impresionantes conquistas culturales del orden capitalista ... podrían descargar la pobreza de los hombros del género humano.

JOSEPH SCHUMPETER

Capitalism, Socialism and Democracy

Este capítulo abarca la segunda mitad de las diez innovaciones del pensamiento económico que refuerzan la causa del capitalismo.

La reducción del ámbito de los bienes públicos (Las funciones colectivas insustituibles)

Uno de los argumentos aparentemente más sólidos de los socialistas es que el socialismo es indispensable para proporcionar bienes públicos que el mercado no puede producir. Sería, pues, igualmente indispensable su financiación conjunta mediante tributación y producción por (o para) el gobierno.

La expresión de «bienes públicos» es defectuosa. Sugiere -tal vez sin pretenderlo- que son proporcionados necesariamente por el gobierno para «bien» del «público». Si se desea analizarlos con ánimo desapasionado sería preferible emplear una descripción más neutral desde el punto de vista ético. Hasta tanto no se descubra un término mejor, recurriré de vez en cuando a la fórmula de «funciones colectivas insustituibles», para indicar que son, desde luego, necesariamente colectivas, pero no necesariamente «bienes», en cuanto contrapuestos a los «males» públicos, producidos por la Administración.

El hecho de que algunos bienes y servicios sean funciones insustituibles de colectivos como el gobierno no es un argumento intelectual a favor de la superioridad del socialismo como principio. La producción colectiva es necesaria sólo respecto de una pequeña parte del conjunto de la actividad económica (tal vez el 15 por 100 en Gran Bretaña, véase más abajo), pero es defectuosa por principio y censurable en su aplicación. No se elige la provisión colectiva (de bienes públicos) porque sea preferible a la del mercado. No se recurre a una intervención quirúrgica del corazón porque sea mejor que tener el corazón sano, sino porque es mejor que un corazón que no funciona. El gobierno debe proporcionar bienes públicos no porque sean mejores que los de mercado, sino porque el mercado no tiene posibilidad alguna de producirlos. Y aun así, esta provisión de bienes públicos del gobierno está sujeta a todos los «males» del proceso político.

En la defensa moderna y en algunos otros bienes públicos propios el socialismo es, por desgracia, insustituible, aunque se libra un prolijo y permanente debate en torno a la naturaleza y el alcance de estos bienes. El sector público implantado por la mayoría de los gobiernos europeos y, en general, por el Occidente capitalista, no se ha detenido en la frontera de los bienes públicos. El socialismo imperante en los sectores de los combustibles y los transportes, de la educación y la sanidad, de las viviendas y las pensiones, en muchas Administraciones locales y en otros bienes (en su mayoría) privados, pero «socializados», no es producto de una necesidad técnica; responde, casi en su totalidad, a conveniencias políticas basadas en falaces razonamientos. Es un socialismo en su mayor parte innecesario, indeseable y sustituible. Pero la política imperialista ha invadido y capturado estos sectores y no renunciará fácilmente a ellos si no hay una demostración explícita de que desagradan a la población, y ello incluso en el caso de que haga evidente que su producción a través del gobierno -«nacionalización» bajo sus diversos disfraces es superflua y de una calidad cada vez peor comparada con la del mercado.

Los bienes públicos nacionalizados no sólo padecen todas las deficiencias de las actividades socializadas, sino que arrastran otras nuevas. Es posible escapar y dar la espalda a los bienes no públicos socializados, como la educación y la medicina; pero es imposible hacer otro tanto con bienes específicamente públicos, como la defensa, la ley o el orden, salvo el recurso extremo de la emigración. La frustración de las preferencias ciudadanas en el ámbito de los bienes públicos propios el pago forzoso de impuestos por servicios que amplias minorías no desean, la irresponsabilidad, lo

chaleos políticos, las fricciones sociales (por ejemplo, a propósito del desarme unilateral o -multilateral) y otros desacuerdos, la diferente influencia de que gozan la clase política organizada y los ciudadanos de a pie desorganizados, la burocracia, las obstrucciones de los colegios profesionales y de los sindicatos a la hora de introducir mejores métodos de oferta a través de proveedores privados competitivos, todos estos defectos del socialismo y otros muchos se intensifican y maximizan en los bienes públicos insustituibles.

Los bienes públicos propios se distinguen de los «impropios» por dos características: no pueden ser financiados a precios de mercado (mediante diversos tipos de cargas), porque no puede excluirse de ellos a los ciudadanos que no los quieren, y los individuos que los utilizan sin pagarlos no reducen la oferta disponible para quienes los pagan. En la terminología técnica se les define como «inexcluibles» y «no rivales» o «no competidores». El ejemplo arquetípico de estos bienes es la defensa, que protege por un igual y sin excepciones a todos los ciudadanos, incluidos los que evaden impuestos, y es, por tanto, inexcluible. Los servicios de la radiotelevisión, que todos pueden recibir sin reducir la oferta a nadie, son «no rivales», o «no competidores», pero son excluibles mediante técnicas de decodificación y mecanismos de interferencias, de modo que puede eliminarse la posibilidad de que haya quienes los utilizan sin pagar a costa de quienes los pagan. No es, pues, necesario que las cadenas de radiotelevisión se financien a través de los impuestos, porque pueden basarse en el pago de cuotas privadas.

Existe una diferencia, que afecta a los programas prácticos, entre las exclusiones físicamente impracticables, como la defensa exterior, y las practicables, pero financieramente antieconómicas, porque los costes para cobrar las «entradas» o las cuotas son mayores que las ganancias, por ejemplo, en el caso de los parques nacionales. Aunque es técnicamente posible fijar un precio por la entrada, no es económico y, por consiguiente, lo sensato es permitir acceso «gratuito» para todos. Aquí se encuentra otra de las fuentes de la confusión creada por la conveniencia política de describir como «gratuitos» los servicios indirectamente pagados por los contribuyentes, aunque no por los evasores fiscales.

Es clara la distinción entre bienes públicos propios y servicios del sector privado. Estos últimos son bienes públicos impropios siempre que sean excluibles y rivales. La mayoría de los servicios públicos británicos no son bienes públicos propios y, por tanto, no deben ser proporcionados por la Administración.

Hace algunos años, en el curso de un intento por averiguar la amplitud de las actividades gubernamentales insustituibles, llegué a la conclusión de que sólo aproximadamente una tercera parte del imperio administrativo correspondía, en 1976, a los bienes públicos propios.¹ Dado que desde aquella fecha el sector público ha mantenido su dinámica expansiva, al menos hasta 1979, es probable que el porcentaje se sitúe ahora en torno a la cuarta parte. Las restantes dos terceras o tres cuartas partes son bienes públicos impropios. Las nuevas perspectivas de desarme

nuclear y convencional, más probables tras el tardío reconocimiento, en 1989, por parte de la Unión Soviética, de que la producción socialista iba a la zaga de la capitalista y requería no sólo mercados sino transferencias masivas de recursos desde las fábricas de armas a los bienes de consumo, puede contribuir a una reducción sustancial de estos porcentajes. Podría, pues, ocurrir que, bajo sus nuevos líderes -liberales•, los países comunistas aumenten sustancialmente, en la década de los 90, la expansión de los bienes de consumo, si cambian de la producción socializada a la de mercado. El peligro aquí radica en que los elementos militares consideren que la expansión de la economía de mercado sea un modo de debilitar el potencial de las fuerzas armadas soviéticas.

Sea cual fuere la naturaleza de los bienes públicos propios, materia sobre la cual existen discrepancias entre los economistas y los politólogos (el pensador germinal Anthony de Jasay ha cuestionado recientemente [más abajo] el enfoque convencional), la imposición de cargas o tasas podría proporcionar un mecanismo técnico pragmático o una regla empírica para distinguirlos de los impropios. Si pueden financiarse mediante tasas, cuotas o cargas, no son bienes públicos propios, porque mostrarán que tienen beneficios separables por los que se puede cobrar a los usuarios o mediante los que es posible excluir a los que no quieren pagarlos. Si no pueden financiarse mediante tales cargas, o si los costes por cobrarlas son superiores a los ingresos obtenidos por ellas, son bienes públicos propios.

Es discutible que en la política práctica se impongan cargas de esta manera clínica. Probablemente la Administración tenderá a exigirlos para conseguir sus objetivos a corto plazo, tal vez para aumentar los ingresos procedentes de monopolios virtuales, como se argumentó a propósito del gas y de la electricidad nacionalizados. Pero la diferencia es de principio: si los políticos fueran santos o se les pudiera disciplinar a través de una Cámara senatorial o mediante la fijación de cláusulas constitucionales que les fueren a actuar conforme a derecho y razón, las cargas o cuotas podrían ser un poderoso instrumento para resolver el problema en determinados casos. Se podría entonces prescindir de teorizaciones estériles e interminables entre los académicos a quienes molesta la financiación mediante impuestos sobre qué bienes son públicos y cuáles no lo son.

Según este criterio de las cargas, hay una larga lista de servicios públicos que no son bienes públicos, desde los ferrocarriles y el transporte aéreo, pasando por el carbón, la electricidad y el gas, hasta la mayoría de los colegios y hospitales, y desde las bibliotecas públicas hasta las agencias de colocaciones. Muchos de ellos, por ejemplo, la educación, han sido defendidos como medios para suprimir la pobreza, pero incluso cuando la pobreza está experimentando un paulatino retroceso se les mantiene -e incluso se les amplía-en el sector público a causa de la inercia de la política partidista y de la búsqueda de rentas de los intereses creados, que descubren que pueden obtener más provecho de la negociación política con los ministerios o con los funcionarios civiles que de los consumidores en el mercado (capítulo XI). La mayor

parte del sector público es un artefacto político, no una necesidad económica o una preferencia pública. Su permanencia sólo puede explicarse a través del análisis económico de la política.

Debo declarar aquí, por deferencia a los académicos de la elección pública, que sólo a la luz de sus estudios se descubre el fraude de los servicios públicos, pero también he razonado que se trata de una expresión poco afortunada. La elección pública es el análisis del comportamiento de los •electores públicos• en el proceso político (su desmañada denominación original era aún peor: •toma de decisiones no de mercado•). Fuera como fuere, su descubrimiento básico es que el proceso político es una vasta maquinaria que más conduce a la frustración que a la satisfacción de las elecciones del público. La expresión •economía de la política• evita la aprobación implícita del proceso político tal como se ha desarrollado en el mundo real.

El eufemismo de •público• es, en sí mismo, un término erróneo para referirse a los servicios politizados regidos por la burocracia. Oculta el amplio sector de bienes públicos impropios del innecesario socialismo que distorsiona la economía británica y la de otros países capitalistas. La palabra •servicio• es un ejemplo más de los eufemismos políticos a que se recurre para designar una lista de bienes y de ofertas que varían desde los aceptables- Como los policiales para muchas aunque no para todas las actividades de protección, ya que algunas pueden ser desempeñadas por agencias privadas que aseguran contra robos o proporcionan escolta para el transporte por carretera de mercancías valiosas hasta los inaceptables, como colegios «deprimidos», hospitales inhóspitos y viviendas miserables. En estrecha conexión con el engañoso término «público», la fórmula «servicios» contiene una petición de principio que sugiere una benevolencia que está en abierta contradicción con la experiencia cotidiana de los pasajeros de los ferrocarriles, de los cabezas de familia, los padres, los pacientes, los inquilinos de viviendas de protección oficial, los pensionistas y de otros muchos que difícilmente pueden renunciar a tales servicios, o que no pueden de ningún modo si son pobres.

Tampoco existen bienes públicos propios fijados de una vez y para siempre. Los avances técnicos pueden transformar algunos de ellos en bienes privados que pueden ser financiados pagando su precio en el mercado y restableciendo así todas o la mayoría de las ventajas de la soberanía de los consumidores. En épocas pasadas se daba por supuesto que los faros eran bienes públicos, porque todos los barcos se beneficiaban de ellos -pagaron o no- al reducir el riesgo de naufragios. Pero evitar el peligro de hundimiento por choque contra las rocas o contra otros obstáculos naturales también reporta un beneficio privado y, en este sentido, los navíos deberían correr con una parte al menos de los costes del servicio. Con mecanismos parecidos a los de «decodificación», se conseguiría que sólo pudieran utilizar la luz emitida por los faros los navíos que pagan, excluyendo a quienes querían usarla gratis y a expensas de otros. Estos progresos tecnológicos permitirán un mejor empleo de los recursos y un aumento de la eficiencia en general, dado que en la actualidad cuando

se utilizan estos servicios sin pagarlos se están realizando travesías por debajo de los costes totales, ya que se ahorra el equipo, el trabajo y otros recursos necesarios para la seguridad de la navegación.²

Tampoco la radiotelevisión es necesariamente un bien público. En la taquigrafía económica es un bien •no rival•, pero no es •no excluible•. Sir Sydney Caine, economista liberal que ocupó la vicepresidencia de la Independent Television Authority (ITA), argumentó hace ya varios años que los decodificadores permiten a los radio escuchas o televidentes seguir los programas que prefieren, pagando por ellos;³ la Comisión Peacock de la Radiotelevisión recomendó, en 1987, que, en principio, se impusieran cargas o tasas por los programas.

Dos eventos han puesto sobre el tapete el problema del alcance y de la importancia de los bienes públicos; el primero ha sido la innovación tecnológica, a un ritmo desconocido desde los días de la Revolución Industrial; y el segundo, el retroceso incontestable del socialismo frente al capitalismo en todos los países de la tierra. Los bienes públicos han tenido una gran importancia en los presupuestos de las Administraciones, tanto socialistas como capitalistas, durante más de medio siglo, porque las partidas más sustanciales eran las destinadas a los gastos que los políticos llaman -defensa•, aunque en la práctica se trata de la preparación frente a una posible guerra o una agresión. El tardío reconocimiento, en la década de los 80, por parte de los países comunistas, de que no podrían alcanzar al mundo capitalista ni mediante su productividad interna ni mediante aventuras imperialistas parece que permitirá que ahora, y por vez primera desde 1917 -con la excepción de los años de la II Guerra Mundial- se reduzcan las tensiones entre los dos bloques, de modo que las espadas de su formidable arsenal nuclear y convencional se conviertan en civilizadas rejas de arado, en escuelas y hospitales, en calzado y vestido, en casas, coches, televisores y juguetes. El anuncio de Gorbachov, en mayo de 1989, ante el recién elegido (aunque en su mayoría •seleccionado•) Congreso de los Diputados del Pueblo, de que los gastos soviéticos en armamento habían sido no menos de cuatro veces superiores a lo que se había venido declarando ante la opinión pública (lo que podría ser, incluso, una infravaloración política) ofrecía al mismo tiempo una confesión de duplicidad política inigualada en el mundo capitalista. Los vastos recursos de trabajo y equipamiento podrían elevar muchos grados el confort de millones de maltrechas viviendas soviéticas. La preocupación actual de los rusos por aumentar la producción de bienes de consumo puede llevar a un proceso de desarme ca paz de provocar transferencias masivas de bienes públicos al sector de bienes privados. En este caso, se registraría una drástica reducción de los gastos armamentísticos de los países líderes. Los gastos •públicos• totales del Occidente capitalista podrían disminuir desde el 40-50 de la renta nacional en Europa al 20-35, o incluso menos si el gasto se circunscribe a los bienes públicos propios. Y podría, en fin, aligerarse la carga de socialismo que pesa sobre la vida de los ciudadanos de todos los rincones del mundo.

Los avances tecnológicos, la incapacidad de los gobiernos para aumentar lo suficiente los niveles de los servicios que presta de modo que se eliminen las largas listas de espera (desde las atenciones hospitalarias y la administración de justicia hasta la tramitación de los permisos de conducir y la expedición de pasaportes) o que se supriman las aglomeraciones (desde la masificación en las aulas hasta las salas de los hospitales, compartidas a regañadientes por hombres y mujeres ancianos y pobres), el reconocimiento por parte de los funcionarios del sector público de que, como ha dicho de las Administraciones locales Anthony Crosland, •manda el partido-,⁴ la nueva inclinación de los antiguos trabajadores asalariados por una «participación» real en la industria, la sincera aceptación de los partidos de la izquierda de que el capitalismo se mantiene en pie ... , todas estas evoluciones y otras muchas, imprevisibles hace tan sólo 10 años, parecen reducir más aún el peso específico de los bienes públicos en muchos o en la mayoría de los países del mundo. La auténtica revulsión contra los excesos del Estado -Contra su insaciable voracidad, su inmovilismo y su pretensión de santidad-estimulará a inventores, innovadores y empresarios a descubrir nuevos medios para reducir su alcance.

Servicios que en el pasado parecían ser incuestionablemente bienes públicos están siendo proporcionados, y cada vez en mayor medida, por proveedores privados, más en América del Norte que en Europa, también con la reciente y destacada incorporación de Gran Bretaña. (Gabriel Roth ha recopilado la documentación relativa al Tercer Mundo.⁵) Los tribunales de justicia encargados de la solución de conflictos pueden ser sustituidos en (buena) parte por comisiones de arbitraje privadas. La policía debería seguir garantizando el orden público, pero podría traspasar algunos o muchos de los servicios de protección de personas o de propiedades a agencias privadas. Una gran parte de la seguridad de Heathrow y de otros aeropuertos corre a cargo de compañías capitalistas. También las cárceles podrían ser gestionadas por empresas privadas. Sería función del gobierno fijar la cuantía de los impuestos, pero podría confiarse su recaudación a grupos privados. Los servicios contra incendios no son necesariamente públicos: en Dinamarca y en algunas ciudades de Estados Unidos corren a veces a cargo de firmas particulares.

Los cuadros universitarios y otros observadores están sometiendo a detenido análisis el tema de los bienes públicos. Dos académicos belgas, el profesor de economía Boudewijn Bouckaert y el jurista Frank van Dun,⁶ han estudiado su naturaleza y alcance con un escepticismo poco habitual; ponen en duda que los bienes públicos sean tan inequívocos y tan indispensables como de ordinario se da por supuesto. El escritor húngaro Anthony deJasay, residente en Francia y autor de una penetrante vivisección de The State,⁷ ha prolongado esta línea con un estudio no menos escéptico del problema de los bienes públicos.⁸ Aduce, con sólidos argumentos, que lo que de verdad consigue la Administración con sus esfuerzos por proporcionar bienes públicos sin cargas a todos y a cada uno de los ciudadanos es que proliferen los parásitos usufructuarios que justamente pretende suprimir -un

ejemplo más de la tosca perversidad del Estado. De Jasay lleva adelante el razonamiento de que muchos de los bienes públicos que hoy día son proporcionados por la Administración podrían muy bien ser producidos por la •cooperación espontánea de grupo•. La conclusión de que -dado que resulta difícil excluir a los usuarios reacios a pagar los servicios-debería presionarse para pasar de las soluciones voluntarias a las obligatorias parece insinuar una tendencia en la que se darían cita las poderosas fuerzas que intentan reducir el ámbito de los bienes públicos en un mundo que ha renunciado al armamento nuclear.

Hasta aquí, los bienes públicos (en su totalidad, en su mayoría o en parte) propios. Están ciertamente contados los días de los bienes públicos impropios. Los dos principales bastiones del sector público, la educación y la sanidad, que proporcionan beneficios personales cada vez más separables, están sufriendo la erosión de rentas crecientes o de evasión fiscal si la Administración persiste en impedir buscar otras salidas a base de imponer cargas fiscales para centros educativos deprimidos o para poco acogedores hospitales considerados inaceptables. Los combustibles pueden ser suministrados en su totalidad o en su máxima parte por empresas privadas. No existen sólidas razones para que los transportes sean propiedad del Estado y estén dirigidos por funcionarios públicos. Los servicios personificados de las agencias de colocación para trabajos de todo tipo, desde oficinistas y enfermeras a empleadas del hogar, pueden ser -y están siendo-mejor gestionados, y con mayor sensibilidad, por entidades privadas. Las universidades y otros oferentes de enseñanza superior podrán conseguir mayores rentas de sus clientes - investigadores, industrias e instituciones internacionales. La imposición de mayores cargas que cubran los costes de las bibliotecas públicas, los museos, las galerías de arte, óperas, ballets e instalaciones costeras, así como nuevas cargas por la recogida de basuras y otras prestaciones de las Administraciones locales, los alejarían del sector de los mal llamados bienes públicos y los desplazarían desde las Administraciones locales a las empresas particulares. El suministro de agua para los hogares y la depuración de aguas residuales pueden estar mejor atendidos por empresas privadas, entre otras razones porque es más probable que estas últimas instalen contadores que promuevan conductas ahorrativas.

La provisión eficiente de bienes públicos propios se ha visto, en fin, perjudicada por la ineficaz oferta de bienes públicos impropios mucho después incluso de que los avances técnicos y sociales los hubieran convertido en superfluos. No tiene nada de sorprendente que el gobierno haya tardado en garantizar el aprovisionamiento de nuevos posibles bienes públicos, como la protección contra la contaminación del agua o del aire, o la conservación de las costas, de edificios históricos o de especies animales en peligro de extinción. Si hubiera recortado en las décadas pasadas los bienes públicos impropios, podría haberse adaptado con la debida antelación a sus nuevas tareas. La incapacidad política para cambiar la composición del sector de los bienes públicos a medida que cambiaban las circunstancias aporta una nueva prueba del fracaso del gobierno que la mentalidad socialista no acierta todavía a comprender .

La explotación política de las externalidades

El coste social impuesto a terceras partes inocentes por el intercambio privado en el mercado proporciona, al parecer, un argumento adicional y sencillo a favor de quienes piden la intervención del gobierno para corregir los fallos del mercado. Los bienes públicos intentan proporcionar beneficios a todos los ciudadanos, los paguen o no; otros bienes provocan efectos externos no intencionado-beneficiosos o perjudiciales-a terceras partes.

A primera vista, el argumento parece irrefutable. Las fábricas expulsan humos. Las autopistas producen ruido. El tráfico por carretera quema gasoil o gasolina con plomo, que provoca emisiones de gases nocivos. El vertido de residuos industriales destruye los recursos piscícolas. La lista parece interminable. •El planeta• -afirma el por otra parte sobrio Sunday Times •Se está muriendo.●⁹ Que sea el gobierno --dice la respuesta habitual-quien se ocupe de la protección medioambiental y prohíba estas externalidades•, o quien garantice al menos la reparación de los daños.

Pero no es un argumento evidente. Presenta, como mínimo, ocho dificultades.

Primera, prácticamente todas las actividades humanas producen efectos externos no intentados; si se les quisiera prohibir o someter a análisis y aprobación burocrática serían mayores los costes que los beneficios. Al igual que la identificación de los bienes públicos, el control de las externalidades es una tarea económica, no técnica. Algunas tienen que ser toleradas, tanto en las economías capitalistas como en las socialistas. Su prevención no tiene un valor más absoluto que el de cualquier otra actividad humana.

Segunda, algunas externalidades probables o posibles son conocidas con antelación y con tiempo suficiente para un cálculo humano. A la gente, por ejemplo, no le gusta vivir cerca de lugares de aguas residuales; en este caso, el mercado abarata los precios de los pisos para compensar los riesgos o los inconvenientes. El paternalismo político, aquí como en todas partes, es superfluo y destruiría, además, las señales de los precios emitidas por el mercado.

Tercera, las externalidades pueden ser tanto beneficiosas como perjudiciales: si hubiera que compensar a los ciudadanos perjudicados, también habría que sobrecargar a los que obtienen ganancias; si el Estado grava a los propietarios de una fábrica por la emisión de humos, tendría que recompensar a las amas de casa de aquella zona por el trabajo adicional de las coladas de las sábanas. Pero si se suman todas las ganancias y pérdidas, todas las compensaciones y recargos, los costes exigidos por la compensación y/o la penalización a todos y cada uno de los afectados

superarían, en el balance final, al bien obtenido. Llevar las externalidades hasta sus últimas consecuencias sería crear un galimatías empobrecedor, una Valhalla para burócratas, un cuerno de la abundancia para contables, pero no serviría de mucho para el resto de nosotros.

Cuarta, las soluciones teóricas para las externalidades, sean perjudiciales o beneficiosas, crean una especie de •ábrete sésamo• para el proceso político y todas sus obras; podemos imaginar lo que significaría la tarea de evaluar millones y millones de cargas y subsidios en concepto de externalidades.

Quinta, merece la pena sacrificar una onza de medio ambiente por una libra de una nueva medicina capaz de curar el cáncer. No puede salvarse el medio ambiente a cualquier precio. Nadie se comporta como se piensa que debería hacerlo. Levantamos el césped de una propiedad comunal para convertirlo en un campo de cricket. La vida humana se sustenta de la no humana (gallinas, vacas, ovejas, peces) y ésta, a su vez, de las criaturas inferiores. En cualquier caso, el medio ambiente se encuentra más a salvo en un régimen de mercado: con derechos de propiedad privada, que sometido a las decisiones politizadas de la Administración.

Sexta, la utilización del mercado puede desaconsejar hasta cierto punto la degradación medioambiental. Menores impuestos para la gasolina sin plomo invitarían a renunciar al uso de la gasolina con plomo. El profesor Wilfred Beckerman, no siempre favorable al mercado, razonaba sólidamente, en los años 70, respaldado por el científico lord Zuckerman, que era más eficaz recurrir a la imposición de cargas o tasas que a las prohibiciones gubernamentales.¹⁰ El análisis y las propuestas de Beckeriiian fueron divulgados en 1975, en una de las publicaciones del IEA, y hallaron eco en un informe encargado por el Departamento del Medio Ambiente en 1989.¹¹

Séptima, la condición fundamental que invita a que una posesión o un entorno se vean condenados a la destrucción es que sean de propiedad común, que no estén en manos de un propietario privado dispuesto a protegerlos y conservarlos. Antes que permitir que los políticos se hagan con un capital electoral a base de preparar cooperaciones internacionales para la protección del medio ambiente, que podrían ser vulnerables a discutibles influencias políticas, sería preferible ampliar al máximo posible los derechos de propiedad privada para crear incentivos eficaces en orden a la conservación del medio ambiente. Hasta que no se haga así, los políticos pueden sentirse tentados por la idea de construir imperios.

Octava y última, el gobierno es, en sí y por sí mismo, fuente de la mayoría de las más trascendentales y más incorregibles externalidades, porque es más difícil descubrir los fallos de los políticos o de los burócratas y menos probable castigarlos (o recompensarlos) que los de los ciudadanos particulares. No siempre ni necesariamente sus programas están dictados por el leal propósito de servir al bien público, sino que pueden estar influidos por intereses creados políticos o industriales

o por los intereses de quienes, preocupados por el entorno natural, desearían que se pagara un precio exorbitante por su conservación, imponiendo mayores contribuciones a los ciudadanos.

Dos ejemplos pueden arrojar luz sobre este error. Las universidades generan incalculables externalidades al estimular el respeto a los valores, el placer de la vida cultural y cosas parecidas. Por consiguiente -argumentan los espíritus de inclinaciones culturales- deberían ser subvencionadas por los gobiernos. Muchos estudiosos, vicescandalleros y socialistas de todas las especies han acusado a los gobiernos de los años 80 de bárbaros filisteos por convertir a los centros universitarios en entidades dependientes de la financiación privada. El argumento parece irrefutable en teoría, pero falla en la práctica. ¿Hasta dónde se extienden las externalidades culturales? ¿Cuál es la cuantía de los subsidios estatales requeridos? ¿Quién paga (sus costes de oportunidad)? ¿Quién decide? ¿Es que se pretende, una vez más, que sean los pobres quienes subvencionen a los potencialmente ricos? No sirve de gran ayuda plantear grandes reclamaciones a los fondos estatales sin una noción más o menos precisa de la cuantía de lo que se pide. Es tarea propia de mentes elevadas impedir que se realicen trabajos a costa de quienes deben pagarlos sin que se les permita emitir su propia opinión. Hay aquí una negligencia aún más irresponsable, estimulada por el proceso político.

Si estas cuestiones no se resuelven en el mercado, las decisiones serán políticas. Los proveedores de cultura universitaria están bien equipados para aportar razones en favor de sus interminables demandas de subvenciones. Junto a los restantes innumerables proveedores de innegables externalidades, serían capaces de justificar la asignación de subsidios que superan la renta nacional. También el mercado genera, por supuesto, externalidades, pero no considera que el proceso político sea el mejor juez para determinar su alcance. Las subvenciones a las universidades y su separación del mercado y de sus (imperfectos) indicadores de costes ha producido una grotesca expansión en materias muy alejadas de sus necesidades cotidianas. Los gobiernos Thatcher han actuado con acierto al desplazar la balanza de la financiación desde el sector público al privado.

El proceso político puede provocar daños a pesar y por encima de las mejores intenciones del cuerpo docente. La Comisión de Educación Superior, encabezada por el profesor (y más tarde lord) Robbins, recomendó en 1964 que al menos el 10 por 100 de los costes de los estudios universitarios fueran sufragados a través de tasas de los propios alumnos. Poco después, con ocasión de una visita al IEA, le pregunté -si aquella sugerencia del 10 por 100 había sido aprobada por unanimidad o si había quienes preferían tasas más altas o, por el contrario, más bajas, y si no habría resultado más ilustrativo que el informe reflejara aquel abanico de opiniones. Contestó que lo deseable habría sido, por supuesto, llegar a un acuerdo sobre las cifras; que era cierto que hubo quienes se inclinaban por tasas más bajas y también quienes deseaban elevarlas hasta el 40 por 100. Se trató de un ejercicio de táctica política. La publicación

de la gama de propuestas habría inspirado un debate abierto mucho más valioso sobre los pros y los contras de la financiación de una universidad politizada que la de aquel inocuo porcentaje concertado. El mercado revela las vitales diferencias de los juicios individuales; la política busca acuerdos para alcanzar consensos a la sazón de transacciones impersonales y sin sentido.

La serie de accidentes sufridos por los Ferrocarriles Británicos en los primeros meses de 1989 ofrece un segundo ejemplo en relación con los excesos del proceso político en el marco de los criterios sobre externalidades. La respuesta -muy humana y muy natural -del Secretario de Estado para los Transportes fue garantizar que se haría •todo lo posible• por descubrir las causas e impedir que volvieran a repetirse. Esto puede ser bueno en política, •ero es un despilfarro en economía. En un mundo de escasez, no todo objetivo -deseable• (incluidas la seguridad y la vida misma) puede ser perseguido -a toda costa•. Todo propósito debe paralizarse cuando se alcanza un punto en el que los recursos que deben añadirse tienen una utilidad igual en cualquiera de los empleos que se le den, de tal modo que la comunidad no obtiene ya ninguna ganancia al trasladar los recursos de unos usos a otros (regla económica de la utilidad equimarginal). El mercado nos capacita para medir la utilidad que pensamos que se añade mediante el trabajo, el equipo y la tierra en usos alternativos. Pero en política lo más probable es que las decisiones se tomen con cortas miras y en virtud de conjeturas egoístas, sobre todo en fechas próximas a las elecciones.

Los análisis de coste-beneficio pueden derramar alguna luz, como sustrayendo el profesor Michael Jones-Lee, aunque hace ya tiempo que el profesor George Peters demostró, en un informe muchas veces reimpreso, que son con frecuencia precarios y pretenciosos.¹² La principal objeción es que ponen en manos de los políticos otro instrumento •científico• que utilizan en su propio provecho. Al contrario que el mercado, la política es la arena en la que el interés propio no tiende generalmente a coincidir con el beneficio público.

Las externalidades más amplias, y también las más controvertidas, del gobierno son las repercusiones, indirectas o incidentales, pero muy difundidas, de tipo político, fiscal, burocrático, laboral, sindical, profesional, familiar, financiero e internacional del Estado de bienestar. Este Estado consume impuestos mucho más elevados de los que, en otro caso, serían necesarios. Las contribuciones imponen costes a la Hacienda nacional y provocan evitación y evasión fiscal. Y como ya no se considera que los impuestos, aunque sean legales, son necesariamente morales, se ha creado una zona de penumbra en torno a la violación de la ley que he bautizado como •aversión fiscal•, hecha de una mezcla de evitación y evasión, que se genera cuando el resentimiento por impuestos pagados para objetivos inadecuados, por ejemplo subvenciones para inquilinos de viviendas oficiales que no son pobres, supone un primer paso imperceptible hacia la evasión fiscal •justificada• como rechazo a las imposiciones de políticos irresponsables.¹³

El Estado de bienestar distorsiona, además, la maquinaria administrativa. Hinchaba los costes de la burocracia, expande su poder para dirigir monopolios que deciden las opciones y oscurecen la calidad de los servicios de la Administración. Aumenta la amenaza de huelgas de los profesionales y de los sindicatos del sector público. Al sustituir las decisiones individuales de mercado por las de las mayorías/minorías del proceso político fomenta la conflictividad social entre la clase política y los ciudadanos de a pie (capítulo XIII).

Raras veces cubre el Estado de bienestar sus costes de oportunidad, y no en último término los relativos a la expansión que podría haberse dado en los seguros y en otras formas voluntarias de autoayuda entre los ciudadanos a medida que aumentaban sus rentas (capítulo XI).

Aunque pueda parecer ejercicio de ironía subrayar los males que surgen de los servicios ideados para hacer el bien, lo cierto es que el Estado de bienestar ha generado un amplio campo de juego para el absentismo laboral, la evasión de responsabilidades, el ocultamiento de la culpabilidad por los errores y los despilfarros, la redistribución de la renta desde los pobres a los ricos, el nepotismo, el chalanear, la corrupción y los latrocinios. No tiene nada de sorprendente que las clases medias obtengan mayores beneficios, en cuanto políticos que gestionan los servicios, profesionales que copan los puestos seguros y consumidores con buenas relaciones sociales a quienes se dispensan mejores atenciones que a la clase trabajadora.

Lo verdaderamente sorprendente es que, al cabo de 40 años, los académicos socialistas sigan más aferrados a la visión del Estado de bienestar imaginada en el decenio de los 40 que a la realidad de las externalidades que emergen en el mundo cotidiano de los años 80. Y menos aún advierten cuáles son los servicios de bienestar que deberían desarrollarse en los años 90 y en el 2000 bajo el estímulo de las fuerzas de mercado que producen la incomparable riqueza, la diversidad y calidad de bienes de consumo personales y familiares que los ciudadanos comunes han recibido del capitalismo tal como de hecho ha sido, y que habrían sido mayores tal como pudo ser.

La importancia del dinero

Se han vertido frecuentes mofas sobre el capitalismo por la al parecer incurable inestabilidad de los ciclos económicos, de aproximadamente una década de duración cada uno, que durante medio siglo, entre los años 1880 y 1930, dieron lugar a la alternancia de fases de expansión y recesión, de riqueza y miseria, de las que se derivaban paro, privaciones y pobreza para el común de los ciudadanos. El capitalismo cruzó su etapa más sombría en el decenio de los 30, en el aspecto material por la Gran Depresión de 1929-33 y en el intelectual por el feroz ataque académico

político desencadenado por amplios sectores de críticos, desde los fabianos demócratas hasta los marxistas dogmáticos, que enseñaban la dictadura del proletariado de acuerdo con la síntesis trazada en 1932 por Stepehn Spender.¹⁴ Los liberales que en aquellos años se atrevían a deslizar una cautelosa palabra en defensa de la sociedad libre estaban condenados a la burla universal. Raras veces se pronunciaban con aprobación, ni siquiera en las academias y universidades, las palabras •mercado• y •capitalismo•.

La nueva economía de la moneda, de la inflación y el desempleo ha restablecido la reputación del capitalismo y ha valorado positivamente sus constantes esfuerzos por encontrar caminos para reducir las fluctuaciones. Hay todavía aspectos controvertidos; son discutibles algunas de las formulaciones de la explicación monetarista de la inestabilidad. Hay tentativas de forjar síntesis entre la economía clásica y la keynesiana y pervive el persistente anhelo de una nueva combinación de mecanismos fiscales y monetarios que permitan al gobierno, pilotado por políticos honrados y clarividentes, encauzar el rumbo de la vida económica por derroteros a salvo de perturbadoras tempestades.

Pero se ha evaporado la antigua confianza de los críticos. Los no so-cialistas de entre ellos, que habían confiado en que el control keynesiano de los gastos gubernamentales podría disciplinar las fases de prosperidad y miseria, evitaría la inflación y el desempleo y salvaría al capitalismo liberal, comenzaban a tener dudas. Los que albergaban tendencias más socialistas, que veían en Keynes al artífice de un sistema socialista democrá-tico dirigido por el gobierno que combinaría la producción de mercado con la distribución socialista, se veían en la precisión de hacer concesiones doctrinales. Tuvieron que aceptar cuatro innovaciones del pensamiento económico, dos ya familiares y otras dos algo menos conocidas.

El análisis de Friedman sobre el origen esencialmente monetarista de las fluctuaciones ha proporcionado a los gobiernos reglas con las que controlar la oferta de dinero. Los economistas discuten los tramos temporales y las relaciones matemáticas entre la oferta monetaria y la subsiguiente elevación de los precios. Están proporcionando numerosas pruebas los países socialistas, que advierten a su costa en nuestros días que el medio esencial para contener la inflación es paralizar el flujo de dinero. El énfasis de Minford en las •expectativas razonables• a la luz del uso eficiente de una información fiable, desarrollado a partir de las ideas del norteamericano John Muth, indicaba que los cambios anunciados en la oferta monetaria tienen menores repercusiones en la producción y mayores en los precios que los cambios no anunciados. Por consiguiente, el gobierno carecería de capacidad económica para dominar la inflación o para crear alto empleo. Los ciudadanos normales conseguirían imponerse en el mercado a los ministros, expertos y burócratas del proceso político: la información del mercado sería la clave para anticipar y reducir las fluctuaciones. Se empañarían las esperanzas de que el gobierno pueda convertirse en el vehículo de una política de estabilización efectiva.

Las otras dos innovaciones, menos conocidas, han sido aportadas por la escuela de la elección pública y por la escuela austriaca del proceso de mercado. Los profesores J. M. Buchanan y Richard Wagner aplicaron la economía de la política a la política monetaria y afirmaron que el análisis keynesiano de la utilización de la política presupuestaria para allanar las fluctuaciones era defectuoso en el plano económico y carecía de realismo en el plano político. El gobierno puede recurrir a déficit presupuestarios para inflar la economía y aumentar el empleo, con lo que conseguiría granjearse las simpatías del electorado, pero no es probable que imponga superávit del presupuesto para provocar deflaciones y reducir el sobreempleo, porque de aquí se le seguiría la pérdida del favor de los electores. Los superávit presupuestarios de Lawson en los últimos años 80 tuvieron una existencia demasiado efímera, de suerte que no pueden valorarse sus efectos sobre los sentimientos de la masa de votantes. La impresión creada por las convencionales encuestas de opinión que olvidan tocar el tema de los precios, según la cual los superávit harían que el pueblo estuviera dispuesto a seguir pagando impuestos más elevados para facilitar mayores gastos de la Administración, ha sido fuente y origen de una persistente confusión en la programación política. Estas encuestas han ignorado literalmente el problema de los precios y han llevado a conclusiones erróneas, porque a los encuestados no se les preguntaba cuánto estarían dispuestos a pagar y por qué aumentos en los beneficios (capítulo X). Al cabo de 6 o de 7 años de superávit presupuestarios, el público advertirá que paga más impuestos de los requeridos por los servicios estatales que recibe y esperará una disminución de la presión fiscal. Y no se sentirá agradecido a los gobiernos, sean de izquierdas o de derechas, que se la nieguen. El efecto neto a largo plazo de la alternancia de déficit y superávit presupuestarios podría ser un gradual aumento de la tendencia a la inflación contrarrestada por una desinflación de signo contrario.

La cuarta y última de las novedades es la más revolucionaria. Desde los días de Adam Smith se venía dando por sobreentendido que la provisión de dinero es un bien público primario que debe reservarse al gobierno. Hayek desarrolló o redescubrió inadvertidamente la duda persistente de si, en ausencia de un control como por ejemplo el patrón oro, que priva a los gobiernos nacionales del poder de provocar unilateralmente una inflación, serían los políticos capaces de resistir la tentación de alterar la acuñación (o impresión) de dinero y de recurrir a la inflación para frenar el crecimiento del paro. Basándose esencialmente en el principio microeconómico de que un aumento de la oferta de una mercancía reduce su precio, Hayek propuso, a mediados de los 70, que el dinero dejara de ser un monopolio estatal y pasara al mercado competitivo de proveedores que tendrían incentivos para impedir la inflación que no tiene el Estado. Estos proveedores resistirían, en efecto, la tentación de proceder a ofertas inflacionistas de su moneda, porque en tal caso perdería valor y sus clientes preferirían, en consecuencia, utilizar el dinero privado de sus competidores, lo que supondría la bancarrota de la moneda inflacionaria.

En 1975, Hayek envió al IEA el original de un texto que se publicaría en 1976 con el título de *The Denationalization of Money*.¹⁵ La competencia entre diversas monedas había sido ya sugerida con anterioridad (y sin saberlo Hayek) por un economista norteamericano. Por otra parte, existía desde mucho antes una teoría que propugnaba la existencia de dinero privado dentro de •un sistema bancario libre•. Con todo, no era probable que la idea de lo que ahora podría denominarse privatización del dinero fuera rápidamente asimilada por los prácticos banqueros centrales, tanto privados como estatales, que perderían sus negocios, ni por los políticos, que perderían su comodín electoral. Cuando expuse la idea a un ex gobernador del Banco de Inglaterra, me respondió plácidamente que tal vez una cosa así podría ocurrir •un día después de pasado mañana•. Pero sa-bemos, desde hace ya bastante tiempo, que lo que los hombres prácticos, preocupados por las tareas de hoy y de mañana, juzgan •políticamente imposible• puede convertirse con gran rapidez en políticamente urgente si el electorado estima que han fallado sus anteriores estratagemas. Lord Callaghan dio pruebas de ser un hombre de excepcional valor cuando en 1976 dijo en público, a sus aliados, los sindicatos, que la vieja superstición (keynesiana) -según la cual el gobierno podría provocar inflación para combatir la depresión era ilusión vana. Tal vez recurrió a la franqueza para aligerar la presión ejercida por la agresividad de los sindicatos, pero en todo caso asumió el riesgo de la impopularidad general y tal vez per-dió apoyos para las elecciones de 1979. Más recientemente, en 1989, el entonces Ministro de Hacienda, Nigel Lawson, propuso una competencia entre las diversas monedas nacionales en lugar de una moneda única en la Comunidad Económica Europea, y defendió esta idea, con sólidas razones, en un documento del Tesoro.¹⁶ Esta reforma en favor de la competencia entre las divisas estatales reduciría el riesgo de inflaciones nacionales, aunque estaría expuesta al peligro de acuerdos entre políticos de varios países sobre la inflación internacional. Sólo la moneda privada puede impedir la inflación.

Para salir al paso de la proclividad de los políticos a recurrir, cuando se ven presionados por las circunstancias, a la inflación --con la esperanza de que la rápida expansión de la producción llegue mientras ocupan el cargo y los aumentos de los precios sólo surjan cuando las próximas elecciones les devuelvan a la oposición -no hay otro medio que los presupuestos anuales equilibrados o cláusulas constitucionales, o bien, en fin, disciplinas externas, por ejemplo, una versión siglo XX del patrón oro. La búsqueda de estabilidad en la actividad económica no depende tanto de omniscientes políticos salvadores instalados en el gobierno cuanto de banqueros que buscan beneficios y evitan pérdidas en el mercado. Un nuevo argumento a favor del capitalismo en su pleito con el socialismo.

Nuevas actividades para el microscopio económico

Ha aportado una poderosa contribución a la contrarrevolución contra el proceso político la •invasión• imperialista llevada a cabo por el análisis de mercado de la conducta humana, durante mucho tiempo considerada dominio de la politología, la sociología y otras ramas. Todos los estudios de estas ciencias concluían invariablemente con propuestas de solución, mediante la intervención del Estado, para los problemas de la familia, de los hogares y los matrimonios, para el crecimiento demográfico, la diplomacia, la guerra, el servicio militar, el altruismo y la filantropía, la evasión fiscal, la delincuencia y para otras muchas materias.

La conclusión general de este nuevo modo de enfocar las actividades humanas, desde lo saludable a lo venal, desde lo sacro a lo profano, es que se las comprende mejor cuando se las analiza, bajo el prisma de la microeconomía, como reacciones personales a los incentivos y los castigos individuales más que como amplias y vagas tendencias o movimientos sociológicos o psicológicos. Esta innovación económica tiene un origen básicamente norteamericano, con raíces que se remontan en buena parte al profesor Gary Becker, de Chicago. En Gran Bretaña fue difundida por uno de sus discípulos, Ivy Papps, de la universidad de Durham.¹⁷

A la familia se la entiende mejor como una empresa, como una unidad de producción de rentas y de hijos, dentro de la cual no hay mercado monetario pero se eliminan los costes de transacción de negociaciones repetidas sobre los intercambios de servicios: cuesta mucho tiempo y mucho dinero romper, mediante el divorcio, un contrato matrimonial a largo plazo, pero asegura contra pérdidas súbitas cuando se produce la separación de la contribución especializada de cada uno de los cónyuges. Al igual que a otras unidades de la actividad económica, tampoco a la familia se la puede analizar total y exclusivamente en términos financieros. Así lo enseñó el economista Alfred Marshall, figura descollante de Cambridge, cuando afirmaba que los intercambios se basan en el balance neto entre beneficios monetarios y no monetarios. Los programas económicos gubernamentales pueden provocar graves daños si ignoran las reacciones individuales en el seno de las familias y de los hogares.

Los profesores Tullock y Mackenzie¹⁸ han analizado otras actividades, que han sacado a la luz nuevos descubrimientos cuando se las estudia como mercados, en un libro que ha sido traducido al alemán, al japonés y al español.

La ficción del bienestar social

El décimo y último de los avances del pensamiento económico que han corroborado la causa del capitalismo y de su mecanismo de mercado y no la del socialismo y su proceso político ha sido la derrota del Estado •máximo-socialista a manos de las dos corrientes de la ideología liberal, la favorable al Estado •limitado• y la que reclama el Estado «mínimo».

Está en pleno retroceso el Estado máximo o ilimitado. Los políticos han mantenido durante mucho tiempo el aserto de que los servicios públicos son intrínsecamente mejores que los privados, los gastos públicos son mejores que los privados y las empresas públicas mejores que las privadas, pero esta posición está siendo rápidamente abandonada por casi todos, incluido el público que creyó en ella en el pasado.

La idea de que las personas concretas pueden tomar decisiones racionales colectivamente y de que se trata de un mecanismo para descubrir lo que desean como colectividad tuvo un noble origen intelectual. El Premio Nobel profesor Kenneth Arrow concibió una •función social de bienestar• en la que quedarían recogidas todas las opciones individuales, acaso con la ayuda del fantasmal ordenador ultrarrápido de Lange. Sería, por consiguiente, una elección •representativa• de todos. Tal vez un sistema de votación pueda reunir un •mensaje• colectivo con destino a los legisladores. La -elección social• representaría el máximo común divisor de las preferencias.

El resultado último de esta tentativa de reducir todas las preferencias a una ha desembocado irónicamente en el Teorema de la Imposibilidad de Arrow, que reconoce que •no existe ningún mecanismo de elección social• que pueda desempeñar esta tarea.

Han sido varios los economistas que han intentado resolver el teorema, pero sigue siendo un peligroso callejón sin salida que impulsa a algunos de ellos a buscar medios para que se cumpla esta función aunque sea a la fuerza. Un distinguido economista norteamericano ha dicho que, después de todo, las diferencias individuales no son tan importantes comparadas con las decisiones comunitarias. Amartya Sen, ex profesor de Oxford, revisando la •vasta bibliografía• de la elección social, que registra una gran abundancia de artículos y libros de numerosos economistas y politólogos lo largo de 20 años, ha declarado: •Como disciplina metodológica, la teoría de la elección social ha aportado una gran contribución a la clarificación de los problemas que antes habían sido oscurecidos ... , ha sido indudablemente una tradición creadora ... que puede utilizarse para analizar los problemas económicos, sociales y políticos concernientes a la formación de grupos.• Pero concluye con encantadora franqueza: •Tal vez los resultados han sido más bien mediocres ... •¹⁹

Hay aquí una fácil pretensión y una dañosa concesión por parte de un veterano economista que realiza tareas docentes y ejerce gran influencia en los jóvenes estudiantes. A los economistas se les enseña a contrapesar los costes y beneficios de recursos escasos. ¿Hasta qué punto se ha conseguido con esta teoría •una gran clarificación•? ¿Quién sale beneficiado? ¿Y en qué medida?

Existe el peligro de que los académicos elijan materias -por ejemplo, el verdadero alcance de la -formación de grupos- que tienen más interés para ellos que bien potencial para la comunidad. La universidad de Oxford y sus centros afines tienen la fortuna de vivir en parte de donaciones (privadas), pero los salarios y otros costes de sus cuerpos docentes están siendo cubiertos, cada vez en mayor cuantía, por los contribuyentes, muchos de ellos no ricos y algunos incluso pobres. ¿Qué clase de compensación -de qué extensión,

comparada con lo que podría haber sido de otra manera- ha obtenido el contribuyente por su •inversión• en las •vastas• investigaciones sobre •elección social•? Al menos, el mercado compararía estos resultados con los obtenidos en otras inversiones. La universidad (privada) de Buckingham tiene que prestar más atención a los beneficios y costes de oportunidad de sus cuidadosamente administrados ingresos. Los académicos que han debido dedicar muchos miles de horas-hombre a la •elección social•, ¿habrían hecho lo mismo si hubieran sido financiados por ciudadanos que habrían planteado más preguntas sobre el destino que se da a su dinero?

La idea de la •elección social•, que significa lo que dice el intento de imaginar un método para unificar todas las opciones individuales en una sola -no alcanza nada o muy poco del valor que consigue el análisis de la economía de la política en la elección pública, que arroja nueva luz sobre el funcionamiento del gobierno en el mundo real. No en último término, y a diferencia de las caprichosas visiones de las ciencias políticas, la economía de la política demuestra que los políticos no pueden ejecutar -y de hecho no ejecutan-las elecciones públicas, y que incluso en el caso de que fuera posible reducir todas las elecciones a una en virtud de la función social de bienestar, no sería necesariamente promulgada en beneficio del interés público.

La reacción liberal ha consistido en cuestionar la eficacia de la Administración y en mantenerla dentro de las fronteras del Estado limitado o del Estado mínimo. La diferencia esencial entre estos dos enfoques liberales se basa en una diversa percepción del alcance de los bienes públicos. La tesis del gobierno limitado ha sido defendida con persuasivas razones por el filósofo de Oxford John Gray.²⁰ Según él, debe invertirse la tendencia a la centralización, el gobierno debe •renunciar a su rol paternalista• y debe devolverse el poder a la •sociedad civil•. Y citaba al profesor Michael Oakeshott en apoyo del punto de vista de que no es función del gobierno «galvanizar» a sus súbditos, sino actuar como •árbitro ... -para hacer cumplir las reglas del juego ... •. Pero aun admitiendo que es preciso limitar el gobierno, Gray opinaba que debían concedérsele más facultades que las señaladas por Oakeshott: tendría una •importante agenda positiva•, que incluiría, en primer lugar, los bienes públicos clásicos, a continuación, y de una manera inesperada, la protección de «cuantos desean alcanzar un nivel módico pero suficientemente aceptable de riqueza y de responsabilidad en la conservación de la propia salud, en la educación y en las previsiones para la vejez» y, finalmente, y de nuevo de forma sorprendente, la responsabilidad -de facilitar la transmisión de valiosas tradiciones culturales a través de las generaciones•.

El segundo enfoque liberal, que propugna el gobierno mínimo, surge del trabajo llevado a cabo por varios seguidores de Mises y de otros economistas austriacos, en especial del profesor Murray Rothbard, y de los escritos •anarcocapitalistas• del profesor David Friedman. Estos dos autores han desencadenado, en efecto, un asalto frontal contra la idea del gobierno máximo o ilimitado basado en variantes de la elección social.

La dificultad con que tropieza el gobierno limitado y que los liberales tienen todavía

que resolver es que sus funciones deben ser ejercidas a través del imperfecto proceso político que distorsiona y manipula las preferencias individuales. ¿Quiénes fijan las normas que los políticos deben implantar para el interés público sino los mismos políticos? Quis custodiet ipsos custodes? Los partidarios del gobierno limitado dan implícitamente por supuesto que éste quiere llevar a cabo, y con lealtad, las importantes funciones que se le confían, incluso aunque se le considera incompetente para cumplir otras misiones. Esta suposición carece de aquella dosis de instintivo escepticismo frente al gobierno que ya enseñaron los economistas liberales clásicos y que les indujo a desear reducir las tareas gubernamentales a las indispensables funciones mínimas de bienes públicos más que a las imprecisamente limitadas que serían fijadas por el propio gobierno. Si no cabe esperar que la Administración realice aceptablemente los servicios que puede dejar al mercado, tampoco se puede confiar en que establecerá con espíritu imparcial las reglas que determinan los servicios que ella misma debe desempeñar.

No se han ideado aún los medios con que disciplinar a los políticos. La nueva economía constitucional se ha esforzado por clarificar los requisitos y discernir los elementos esenciales de la solución. Los liberales partidarios del gobierno mínimo expresan la preocupación por confinar al gobierno a las funciones indispensables que no pueden ser realizadas de ninguna otra manera ni por ninguna otra institución. Conceder a los políticos nuevos poderes y funciones es poner en sus manos un potencial de abusos que ningún gobierno democrático, en ningún lugar del mundo, ha rechazado o al que se haya escrupulosamente resistido.

Las nuevas tendencias conceptuales que intentan limitar o minimizar el poder del gobierno constituyen el décimo avance de la economía que refuerza las posiciones del capitalismo en su litigio contra el socialismo.

Notas

- 1 Arthur Seldon, *Charge*, Temple Smith, 1977; reimpresso en 1978.
- 2 R.H. Coase, •The lighthouse in economics•, *Journal of Law and Economics*, octubre de 1974;
- A.T. Peacock •The limitations of public good theory•, *Economic Analysis of Government*, 1979.
- 3 Sydney Caine, *Paying for TV?*, Institute of Economic Affairs, 1968.
- 4 El legado de Anthony Crosland ha sido revisado en David Lipsey y Dick Leonard (dir.), *the Socialist Agenda*, El Cabo, 1981.
- 5 Gabriel Roth, *the Private Provision of Public Services*, Oxford University Press, 1987.
- 6 Boudewijn Bouckaert, Asamblea General de la Mont Pelerin Society, San Vincenzo, Italia, 8 de septiembre de 1986; Frank van Dun, *Economic Affairs*, julio-septiembre de 1984.
- 7 Anthony de Jasay, *The State*, Oxford University Press, 1985.
- 8 Anthony de Jasay, •A Study of the public goods problem•, en *Social Contract, Free Ride*, Clarendon, 1989.
- 9 Sunday Times, febrero de 1989.
- 10 Wilfred Beckerman y lord Zuckerman, *Minority Report*, Royal Commission on Environmental Pollution, HMSO, Londres, 1972; la argumentación de Beckerman fue ampliada con un análisis económico en *Paying for Pollution*, Institute of Economic Affairs, 1975, y luego corregida y mejorada en la segunda edición, de 1990.
- 11 D.Pearce, A. Markandya y E.Barbier, *Sustainable Development*, London Environmental Economics Centre, 1989.
- 12 George Peters, *Cost-Benefit Analysis and Public Expenditure*, Institute of Economic Affairs, 1966.
- 13 Arthur Seldon, en *Tax Avoidance: The Economic, Legal and Moral Interrelationship between Legal Tax Avoidance and illegal Evasion*, Institute of Economic Affairs, 1979.
- 14 Stephen Spender, *Forward from Liberalism*, Gollancz, 1932.
- 15 Friedrich Hayek, *The Denationalisation of Money*, Institute of Economic Affairs, 1976. [Tr. española de la 2da ed. inglesa (1978): *La desnacionalización del dinero*, Unión Editorial, 1983.]
- 16 *An Evolutionary Approach to Economic and Monetary Union*, HM Treasury, noviembre de 1989.
- 17 Ivy Papps, *For love or money*, IEA Hobart Paper, Institute of Economic Affairs, 1980. [Ed. española: *¿Por amor o por dinero?*, Unión Editorial, 1983.]
- 18 Gordon Tullock y Richard Mackenzie, *the New World of Economics; Explorations into the Human Experience*, Irwin, 1975.
- 19 Amartya Sen, en John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman (dir.), *New Palgrave Dictionary of Economics*, Macmillan, 1987, vol. 4, p. 389.
- 20 John Gray, *Limited Government: A Positive Agenda*, Institute of Economic Affairs, 1989

Capítulo IX

LA CRÍTICA DEL CAPITALISMO

... la •contradicción del capitalismo• describe virtualmente toda disfunción o ... todo rasgo indeseable del sistema capitalista ...
... uno de los dogmas fundamentales de la teoría marxista del materialismo histórico es que puede darse una contradicción entre la organización económica de una sociedad y su capacidad para desarrollar su potencial productivo.

ANDREW GLYN

«Contradictions of capitalism»
New Palgrave Dictionary of Economics

Aunque el capitalismo puede asegurar una libertad negativa igual para todos ... no puede garantizar una distribución igual, y ni siquiera equitativa, de ... aquellos bienes que son necesarios para poder ejercer ciertas libertades.

RAYMOND PLANT

Conservative Capitalism

Hay malos restaurantes privados

Un ministro del Gabinete Conservador primeros años 80

Sobre el capitalismo se han venido vertiendo críticas durante más de un siglo desde todos los puntos cardinales y a través de una amplia gama de humores y talantes -desde las universitarias y civilizadas, pasando por las tímidas y quejumbrosas, hasta las feroces y dogmáticas. Es posible clasificar a sus censores en cinco grupos: el primero está formado por los socialistas marxistas autoritarios; el segundo por los socialdemócratas al estilo del étatist fabiano originario; el tercero por los nuevos socialistas de mercado fabianos; el cuarto por los demócratas del mercado social antisocialistas; el quinto y último por los nuevos conservadores, más del signo político whig que del viejo tory que, aunque consideran que el mercado tiene muchas sólidas cosas a su favor, se sienten atezados por algunas dudas.

La crítica marxista es históricamente la más tenaz, pero la que menos luz arroja, porque es impermeable a las pruebas y los razonamientos. Ha sufrido periódicas revisiones para eliminar sus elementos menos convincentes, pero en sus líneas esenciales sigue siendo la formulada por Marx y Engels a mediados del siglo XIX.

El segundo de los asaltos, mantenido durante más de un siglo, esto es, desde el advenimiento de los fabianos, en la década de 1880, asegura que el mercado es injusto e ineficaz y que, por consiguiente, debe ser sustituido por el Estado, más eficaz y más justo tanto en su Administración central como en los órganos de sus Administraciones locales.

El tercer grupo, formado por los nuevos socialistas de mercado fabianos, tiene un mayor nivel de refinamiento conceptual, porque en definitiva se basa en un esfuerzo de comprensión de los argumentos a favor de la fijación de precios y de la competencia en el mercado. Sus orígenes se remontan, como se dijo en el capítulo VI, a los años 1930, pero sus tentativas quedaron interrumpidas a consecuencia del consenso fabiano-keynesiano-beweridgiano alcanzado después de la 11 Guerra Mundial, en virtud del cual se recurría al Estado, en sustitución del mercado, en la industria, el bienestar y la dirección o regulación gubernamental de la economía. Su resurgimiento en estos últimos años ha sido una de las consecuencias de la rehabilitación de la filosofía clásica liberal del mercado, gracias sobre todo a las publicaciones del IEA, que promovieron su presentación bajo ropaje moderno, a través de la colaboración de varios cientos de economistas, politólogos e historiadores. Durante la última década se ha hecho ya evidente, bajo los gobiernos Thatcher, que es perfectamente posible restablecer el mercado a despecho de las inquebrantables afirmaciones socialistas de que había desaparecido para siempre. También en el pasado reciente Gorbachov acabó por aceptar, aunque no con absoluta franqueza, que podrían volver a implantarse y desarrollarse en su país los mercados de los capitalistas prerrevolucionarios y de los autorizados por Lenin entre 1922 y 1928. Y si la URSS ha asumido, finalmente, el capitalismo, difícilmente podrían quedarse atrás sus Estados satélites y sus satrapías.

El cuarto grupo es el de los académicos y políticos no socialistas o antisocialistas que han abogado por el mercado social en el seno del Partido Social Demócrata y en su centro de reflexión, la Social Democratic Foundation.

El quinto grupo de críticos con dudas e inquietudes acerca del mercado es, posiblemente, el que más daño está causando al capitalismo, porque procede de personas de mente conservadora supuestamente favorables al sistema capitalista.

La perenne profecía marxista del colapso capitalista

Uno de los argumentos centrales del asalto intelectual al capitalismo desencadenado por la crítica socialista (y en especial por la marxista) es que padece insuperables contradicciones, que acabarán por desmenuarlo en la desintegración y el colapso definitivos. Las enseñanzas marxistas habrían contribuido, al parecer, a acelerar este curso inevitable de la historia.

Las contradicciones del capitalismo• son uno de los temas favoritos y recurrentes en las numerosas publicaciones periódicas socialistas en las diversas especies de esta doctrina. Se mantiene decenio tras decenio, a despecho de las pruebas históricas del avance del capitalismo, más recientemente en aquellos mismos países de Europa Oriental y del Lejano Oriente donde había sido violentamente suplantado por el socialismo marxista.

La interpretación marxista de la historia es un acto de fe inmune a la razón; se la repite una y otra vez, ignorando su evidente fracaso como explicación de los acontecimientos históricos. El New Palgrave Dictionary of Economics expone dócilmente una reciente versión, como si el mundo se hubiera parado en 1867, fecha de la publicación del primer volumen de *Das Kapital*. Puede haber una contradicción explica Andrew Glyn en las •contradicciones del capitalismo• destinadas a estudiantes (los supuestos lectores típicos)-- entre la organización económica de una sociedad y su capacidad para desarrollar su potencial productivo. Esta contradicción entre la propiedad o el control (•las relaciones de producción• en la jerga marxista) y el potencial productivo (•las fuerzas de producción•) requiere una transformación del sistema económico •a través de uno u otro mecanismo•. (La ambigüedad de la fórmula sugiere o reticencia erudita o perplejidad dialéctica.) Cuando las rigideces del feudalismo impedían la expansión económica, hubo que buscar otros medios de producción para el mercado.¹

Si es éste el auténtico pensamiento de Marx, el marxismo es una simple pero grullada. Desgraciadamente, Marx hizo a continuación una pirueta lógica de millones de millas: dado que el capitalismo no puede avanzar más allá de un cierto estadio•, será superado por el socialismo. Esta es la célebre •contradicción• descubierta por Marx. Pero su explicación ha sido un tesoro oculto aún no desenterrado. En vano se han venido empeñando los socialistas marxistas en descubrir su paradero. No obstante, este fracaso en su búsqueda les deja impávidos.

El mundo no ha evolucionado en el sentido que Marx pensaba. Pero su craso error de proyectar hacia el indefinido futuro del siglo XX lo que percibía en los sucesos corrientes de mediados del siglo XIX no ha desanimado a los marxistas. Sólo ahora han descubierto (capítulo 111) que la estructura de la industria ha tenido una

evolución distinta y que ha pasado de la gran escala del fordismo a las unidades de pequeña escala •postfordistas• bajo la influencia de rápidos cambios tecnológicos que Marx no pudo prever (no en último término los relativos a la tecnología informática, como el impresionante procesador de textos con que estoy •escribiendo• estas páginas).

Pero el marxismo sigue siendo las tablas de piedra de la ley y, en definitiva, es tarea imposible refutarle. Se le seguirá enseñando mientras el Estado financie esta doctrina en las universidades, e incluso después, porque es la biblia secular que no necesita el toque de prueba del mundo real. Los marxistas políticamente practicantes de Rusia y China y los eurocomunistas teóricos de Italia y de otros países intentan disfrazar con hábiles razonamientos su abandono virtual del marxismo. Los marxistas restantes de Gran Bretaña y de otras universidades, que figuran con ánimo imperturbable en el New Palgrave Dictionaryy en otras publicaciones, se han convencido a sí mismos de que el capitalismo no sólo es ineficaz e injusto, sino que es también inmoral: algún día se desplomará. Y aquel día surgirán ellos como profetas vengadores. Es ésta una de las imponderables extermalidades que se mantienen en pie porque •vosotros nunca llegaréis a saber•. El Estado comunista puede esperar a ser implantado en el siglo XXI, o en el XXII, o en el XXIII, cuando la oferta supere a la demanda, sea abolida la escasez, los seres humanos se truequen en santos y se produzca el advenimiento final del milenarismo.

Mientras tanto, los ciudadanos de los países en los que se purifica y se mejora paulatinamente el capitalismo, a los que se están sumando ahora los de los países socialistas en estancamiento y decadencia que han perdido su esperanza en el socialismo (los últimos de la lista parecen ser, por el momento, los jemeres rojos del reducto de Tailandia), quieren llevar adelante la tarea de conseguir que la mayor parte de su vida discorra bajo el sistema capitalista, imperfecto, sin duda, pero más prometedor a la luz de la historia.

Las inquietudes de los socialistas demócratas

Las dudas y reservas de los socialistas demócratas no marxistas de la tradición fabiana que todavía siguen deseando sustituir el mercado por el Estado se distinguen del enfoque, intelectualmente más sólido, de quienes dan la bienvenida al mercado: los socialistas de mercado que se denominan a sí mismos fabianos (aunque se diferencian radicalmente de los fabianos históricos anti-mercado) y los académicos y políticos de mercado social del Partido Social Demócrata. Ambos grupos no sólo han intentado -aunque algunos no en el grado suficiente-comprender el mercado, sino que lo han aceptado hasta el punto de desear incorporarlo a sus enseñanzas y a las

instituciones que han proyectado para lo que los nuevos fabianos de mercado siguen llamando socialismo y los socialdemócratas que han rechazado el socialismo denominan mercado social o democracia social.

Los fabianos, tanto del antiguo como del nuevo cuño, se enfrentan a situaciones irónicas y sus vinculaciones políticas son confusas. Los viejos fabianos antimercado siguen ateniéndose a sus tradicionales condenas del capitalismo; los nuevos están intentando construir una nueva modalidad de socialismo con las herramientas del capitalismo. Tal vez el hecho de recurrir a los mecanismos capitalistas no signifique que el nuevo fabianismo de mercado quiera abandonar a los fabianos antimercado, que deben ahora hacerse a la idea de que no es posible construir el socialismo por el que suspiran con los medios que utilizaron en el pasado, es decir, mediante nacionalizaciones o regulaciones públicas a través del proceso político. En el aspecto político, los fabianos de la antigua y de la nueva escuela parecen cohabitar precariamente en el seno del Partido Laborista, al que los nuevos fabianos presentan como un mejor usuario potencial del mercado que sus oponentes conservadores. Hasta las elecciones de 1987, los fabianos de la vieja guardia se mofaron del mercado e incluso ahora siguen resistiéndose a aceptarlo como parte constitutiva de los programas laboristas. En el aspecto moral, los políticos laboristas que han acabado por aceptar el mercado tienen que asignar un rango más modesto a las instituciones capitalistas que ahora invocan y un rango superior a los valores socialistas que afirman salvaguardar. En resumen, se ven forzados a ser más papistas que el papa: sus intelectuales tienen que conservar la confianza de sus seguidores a base de condenar a los intelectuales liberales de mercado cuyos escritos despreciaron en el pasado, y sus políticos se sienten obligados a poner en duda la competencia de los políticos conservadores para usar el mercado que ahora aceptan.

Los fabianos antimercado y los socialistas demócratas (no marxistas) siguen aferrándose a sus cuatro críticas al capitalismo: primero, es inestable -fluctúa entre los extremos de alta inflación y elevadas tasas de paro y a veces incluso combina los dos; segundo, es ineficaz a causa de los monopolios; tercero, es injusto, porque el mercado genera amplias desigualdades de rentas y de riqueza; y cuarto, degrada el medio ambiente, porque en las transacciones comerciales el mercado no puede tener en cuenta los efectos externos de los negocios privados.

La réplica liberal no niega que el capitalismo tenga puntos débiles. El mercado capitalista muestra a veces fallos en las cuatro categorías mencionadas. Pero no se trata de elegir, ni en el Este ni en el Oeste europeos, ni en Europa o Asia, ni en ninguno de los cinco continentes, entre un capitalismo imperfecto y un perfecto socialismo. Se trata de elegir entre un capitalismo imperfecto y una de las variantes del imperfecto socialismo, que abarcan desde el convencional socialismo estatal hasta las nuevas formas de socialismo de mercado o socialismo por el lado de la oferta. Y todas ellas son más imperfectas que el capitalismo imperfecto, porque recurren, incluso cuando no es necesario, a los mecanismos del Estado.

Estas cuatro censuras al capitalismo tienen puntos débiles (ver más adelante), pero son, además, rebatibles por cuestiones de principio.

La réplica general de los liberales a las críticas al capitalismo de los fabianos socialistas desarrolla un triple argumento.

Primero, el capitalismo comparte² con el socialismo ciertos defectos que los socialistas ignoran y que el capitalismo puede corregir, con sus propios medios, mejor que el socialismo, debido, entre otras cosas, a que discute abiertamente y sin pausa, en el mercado, los problemas del desempleo, la inflación y sus otras deficiencias, en contraste con el secretismo de las sociedades socialistas. Es cierto que también bajo el capitalismo puede manipular el gobierno las estadísticas oficiales, pero hay mucho más espacio para su falsificación y, en todo caso, es menos probable su autocorrección bajo el socialismo, porque aquí abundan mucho más estas estadísticas.

Segundo, algunos de los defectos específicos del capitalismo son un precio que merece la pena pagar a cambio de las sólidas ventajas que ofrece, entre las que no son las menos importantes los altos niveles de vida y de libertad, comparados con los del socialismo. Su deficiencia principal es que a menudo se adapta con menor prontitud a las condiciones cambiantes, porque sus decisiones están descentralizadas, en contraste con las decisiones centralizadas del socialismo. Pero para que esta ventaja en favor del socialismo sea real se requiere la generosa presunción de que las decisiones centralizadas disponen de mejor información. lo que es dudoso, y son políticamente desinteresadas, lo que es discutible.

Tercero, existe una gran diferencia entre el proceso capitalista y el socialista. El capitalismo es orgánico: procede por ensayo y error. El socialismo es una construcción política: lo más probable es que cambie por convulsiones asimismo políticas. Esta ventaja es el anverso de la diferencia del ritmo de cambio: el capitalismo puede cambiar con mayor lentitud, pero lo hace merced a pequeños ajustes •marginales• de mercado; el socialismo es más probable que cambie a grandes saltos discontinuos, como consecuencia de decisiones políticas, por ejemplo, las modificaciones para el control del conjunto de las industrias en Gran Bretaña o la destrucción de poblados enteros en Rumania.

Las cuatro deficiencias reseñadas, a saber, la inestabilidad, la ineficacia, la injusticia y la falta de sensibilidad, son comunes al capitalismo y al socialismo. Cuanto a la primera, es probable que las fluctuaciones extremas de desempleo e inflación desfiguren más a las economías socialistas que a las capitalistas. Existe una doble dificultad, una de tipo económico y otra política, para establecer un juicio comparativo entre el desempleo y la inflación capitalista y la socialista.

Dado que los sistemas socialistas proclaman haber dominado el desempleo y la inflación, tienen más motivos políticos para intentar ocultar su verdadero alcance. Ningún observador puede creer que los países socialistas han conseguido suprimir estos dos azotes, aunque ambos pueden ser fácilmente disfrazados: el

desempleo en virtud del recurso de asignar a todos y cada uno un puesto de «trabajo», añada o no mucho o nada a la producción real total (en valor de mercado) y a los niveles de vida de los consumidores. Y puede también ocultarse la inflación decretando precios fijos y silenciando a los transgresores mediante multas, cárcel o cosas peores. (Aunque no son menos responsables del riesgo de decadencia económica los países capitalistas que rinden culto al •pleno empleo• a cualquier precio.) Carecen de contenido las afirmaciones de la URSS o de los países satélites de que están libres de la inflación o del paro. Los satélites más abiertos al exterior, como Yugoslavia, han publicado estadísticas que pueden ser auténticas, pero también pueden no serlo.

La tasa del paro capitalista, situada en el 12, el 10 o el 8 por 100 en Gran Bretaña a finales de los 80 y primeros años 90, es una estimación mucho más realista del trabajo no ocupado, porque tiene menos valor la producción marginal que podría añadirse con este empleo, salvo cuando el paro es generado por prácticas restrictivas de las industrias o por las mal aconsejadas decisiones legislativas del gobierno sobre el salario mínimo, pero ninguna de estas dos causas son producto del capitalismo. Puede estimarse en torno al 5-10 por 100 el porcentaje de fuerza laboral que cambia de empleo porque así lo exige un sistema económico que se desplaza desde viejas a nuevas demandas y tecnologías, tanto en los mercados europeos como en los mundiales.

La segunda razón económica- que invita a poner en duda las estadísticas socialistas es más dañosa, porque durante algunos años es de más difícil identificación. Cuando se disfrazo o se reprime la inflación, no es tarea sencilla estimar sus verdaderas dimensiones. Los precios soviéticos son una masa confusa de indicadores a veces significativos y otras insignificantes de las realidades subyacentes de oferta y demanda, de excedentes y escaseces que los precios del mercado libre miden, aunque imperfectamente, en el capitalismo. Las estadísticas oficiales sobre el desempleo no son mejores indicadores del uso productivo del trabajo que lo eran el 99 por 100 de votos favorables al comunismo antes de las elecciones de marzo de 1989. Y son, en todo caso, medidas menos exactas que las estadísticas oficiales (aunque también imperfectas) de los países capitalistas publicadas por la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE). A falta de medidas seguras, y teniendo en cuenta las confusiones de la planificación centralizada, los bajos niveles de vida y la dilatada burocracia, puede deducirse con un cierto grado de probabilidad que el alcance real del empleo productivo en la URSS se sitúa en torno al 40 por 100 de la fuerza laboral y que el desempleo real, o empleo fingido, alcanza, por consiguiente, el 60 por 100. Este 40 por 100 de empleo productivo podría aumentar su porcentaje si se le añaden las ocupaciones realmente productivas de su muy amplia economía subterránea, tal vez del orden del 15 por 100. En consecuencia, el empleo real sería del orden del 45 por 100. Este casi 50 por 100 en la tasa del paro permitía explicar -y se reflejaría en- los bajos niveles de vida de los regímenes

soviéticos. Si no se hubiera suprimido el capitalismo emergente prerrevolucionario o el capitalismo de la NPE de Lenin, tal vez los niveles de vida de la actual población rusa no estarían demasiado alejados de los del resto de Europa.

Las tasas de desempleo comparables de los países semisocialistas o de socialismo atenuado son, probablemente, más elevadas de lo que indican sus estadísticas oficiales, aunque en este caso más por la razón económica de «medidas de aumento del empleo limitando la producción media por hora trabajada» y otros recursos que malgastan el trabajo que por la razón política de una intencionada represión o falsificación de las estadísticas.

El desempleo que se abate sobre el capitalismo obedece a dos razones básicas. Primera, perrúte a las fuerzas del mercado descubrir los cambios en la oferta y la demanda, los avances técnicos y los progresos sociales, lo que exige que haya ciudadanos que cambian de ocupación, de empresa o de industria, e incluso, a menudo, de domicilio, de ciudad y de región. Esta es la razón más fundamental de los cambios subyacentes al empleo y por qué en el porcentaje medio del 10 por 100 del Reino Unido hay zonas que señalan un 4 por 100, mientras que otras alcanzan valores del 20 por 100, o más, hasta que la población se recicla o se desplaza. Hay puntos en los que la tasa del paro puede llegar al 40, el 60 y hasta al 80 por 100 si se desincentivan los movimientos de traslado de los trabajadores en virtud de subsidios a las viviendas de protección oficial o de los beneficios sociales del gobierno. En segundo lugar, los sistemas políticos de todos los países capitalistas han impedido hasta fechas recientes, en algunos, como Suiza, menos que en otros, como el Reino Unido, que el mercado emita las señales de exceso o de escasez laboral en determinadas profesiones o regiones, o permiten que las organizaciones de productores, los colegios profesionales o los sindicatos pongan impedimentos a los desplazamientos de trabajo desde ocupaciones de menor valor a las mejor remuneradas.

El capitalismo revela sus tasas de desempleo, mientras que el socialismo las reprime. En los años más corruptos del comunismo soviético, el sistema no sólo falsificaba los libros de contabilidad, sino que asesinaba a los contables.

También el segundo cargo contra el capitalismo, el de ineficacia a causa de los monopolios y de las prácticas restrictivas, es en parte verdadero, pero en parte falso, porque en buena medida, por no decir casi siempre, los monopolios no podrían mantenerse sin el apoyo del gobierno. Durante cortos períodos de tiempo un alto nivel de monopolio es inevitable; es posible durante algunos años, pero es ya excepcional que pueda resistir durante décadas, y sólo en el supuesto de que algún gran grupo empresarial sea capaz de producir a costes más reducidos que los de las pequeñas unidades. En todo caso, se les puede corregir mejor en el capitalismo que en el socialismo. El capitalismo ha desarrollado un entramado de leyes -antimonopolio•, aunque, como argumentan algunos economistas, entre ellos el profesor Yamey, en conjunto podría ocurrir que el bien que se consigue disciplinando a los monopolios sea menor que el mal que se causa al debilitar la reacción interna orgánica de las

empresas para cambiar en el mercado. «Los economistas liberales ... recelan de las intervenciones del Estado en el funcionamiento de los mercados particulares, aunque estén guiadas por las mejores intenciones ...»² La obsesiva y meticulosa preocupación por las imperfecciones del mercado -a modo de los hipocondríacos que reaccionan al más mínimo cambio de la temperatura corporal- ha llevado a remedios peores que la enfermedad. Es la táctica empleada por los políticos que desean vender la imagen de que son muy activos y de los burócratas que ven ampliarse así las fronteras de su imperio. (La propuesta de reducir el número de concesiones para la venta de cerveza en las que los propietarios de los locales son los propios fabricantes es una reacción típica de los «desmontadores de monopolios»; la solución de mercado sería suavizar la legislación sobre licencias, de modo que se reduzca la tendencia a adquirir los locales en propiedad.)

El socialismo entroniza el monopolio como un instrumento del gobierno. Se le pueden aplicar otros nombres el predilecto ha sido el de •propiedad pública•, recientemente sustituido por el de no menor círculo vicioso de •propiedad social-, pero siempre consiste en eliminar la posibilidad de elegir entre varios o muchos proveedores que compiten entre sí, en beneficio de un proveedor dominante, público o social. Se ha querido disfrazar su poder de explotar a los ciudadanos presentándolo como público o social y con la proclama socialista de que se responde de ellos ante los ciudadanos, porque se capacita a estos últimos para participar en su control mediante las indicaciones -indirectas y fácilmente manipulables- emitidas por las urnas o bien, según la última trinchera de las mentes socialistas (de todos los partidos), a través de la •ciudadanía activa•: la receta para todos los males del proceso político. La virtud del mercado es que los consumidores pueden comparar y someter a comprobación bienes y servicios alternativos. Algunos académicos socialistas han admitido ya la vacuidad de los servicios públicos políticos que sustituyen el poder real de los hombres y de las mujeres comunes para hacer comparaciones entre oferentes alternativos y rechazar a los que son poco satisfactorios.³ De todas formas, los manoseados conceptos de responsabilidad y participación, elevados a nuevas cumbres políticas por el profesor Marquanda y otros, aún no han sido abandonados por los socialistas británicos que afirman estar revisando los programas del Partido Laborista.

Hay también algo de verdad en el tercer cargo, el de injusticia. Las rentas y la riqueza presentan bajo el capitalismo amplias diferencias entre ricos y pobres. Los habitantes del East End de Londres en la época de entreguerras tuvieron que pasar muchas estrecheces. Los deslizamientos hasta ellos de las rentas más altas fueron al principio muy lentos, aunque les permitieron trasladarse poco a poco hacia mejores viviendas (ver más abajo). Debe admitirse, en todo caso, que las grandes acumulaciones de riqueza pueden ser perturbadoras y ofensivas. La cuestión es si la causa fue el capitalismo y, si lo fue, por qué no fue capaz de evitar tan amplias y tan innecesarias diferencias.

En un sistema capitalista tal como podría haber sido, la gente podría haber cambiado desde profesiones mal pagadas a otras mejor retribuidas. Y, en tal caso, es evidente que abandonarían los salarios bajos por otros más altos. Estas rentas más altas reducirían las diferencias de la escala salarial tan pronto como los ciudadanos empezaran a desplazarse, de modo que se acortarían las desigualdades de los ingresos por un doble camino: los sueldos y salarios de las regiones y de las ocupaciones que se abandonaban tenderían a subir, y tenderían, por el contrario, a bajar los de las regiones y profesiones receptoras, hasta que el movimiento eliminara las amplias diferencias. Este efecto de deslizamiento podría haber sido sin duda más rápido en mercados laborales libres de lo que le permitieron ser los sindicatos restrictivos y las subvenciones a la vivienda que la gente no podía llevarse consigo cuando se trasladaba a otros lugares (versión contemporánea de las Settlement Acts del siglo XVIII, que ponían obstáculos a los desplazamientos), las ayudas regionales a las industrias en declive y otras medidas políticas que han maniatado al capitalismo. Lejos de ser la causa de diferencias indeseables o injustas, el mercado es, a condición de que se le permita funcionar, el más poderoso instrumento de igualación de rentas que el mundo ha conocido. Resulta incomprensible que las mentes socialistas no acierten a ver este poder del mercado. Tal vez la razón radique en la resistencia psicológica a aceptar verdades penosas. La pregunta decisiva es: ¿qué es lo que impide que los mercados funcionen y los ciudadanos se desplacen?

No el capitalismo. Es posible que algunos capitalistas deseen retener a sus trabajadores en algunas industrias y por algún tiempo, pero los poderosos intereses subyacentes a largo plazo de la clase capitalista apuestan más por una fuerza laboral móvil que se adapta por sí misma a los cambios de las técnicas, de los equipos y de las ubicaciones, cuando las factorías, los astilleros, las minas de carbón y las oficinas deben instalarse de tal modo que se reduzcan los costes y los precios y pueda adquirirse una nueva clientela.

Es cierta la crítica socialista de que el mercado produce rentas desiguales; ofrece mayores recompensas a personas dotadas de cualidades excepcionales en el sentido de atraerlas hacia las industrias donde más escasean. Pero más pronto o más tarde el auténtico movimiento genera igualdad al aminorar las desigualdades. No se crean industrias para el corto plazo. Las instalaciones, las fábricas, las inversiones de dinero, la formación de especialistas, todo ello se hace con miras al largo plazo. Los capitalistas y los inversores no piensan en términos de años sino de décadas, y las empresas que levantan pueden prolongar su existencia durante siglos. Son legión los nombres que han adquirido celebridad en todo el mundo: desde Wedgwood y Spode en porcelana, Barclays y Hoare en la banca, Jaeger y Burberry en prendas de vestir, Wisden y Lillenywhite en artículos deportivos, Cadbury y Terry en chocolate, Whitbread y Guinness en cerveza, y otros muchos.

Son los actores del proceso político, pieza central del socialismo, los que piensan en plazos cortos, de tres a cuatro años como máximo, pero no porque sean miopes,

sino porque la naturaleza de sus habilidades y de su profesión les exige adecuar sus «productos» -sus programas- de modo que les ofrezcan las mayores oportunidades de adquirir posiciones y poder en el marco de los cinco años de una legislatura en Gran Bretaña. En algunos países, los plazos son aún más cortos: cuatro años en los Estados Unidos, tres en Australia y en otros lugares. La señora Thatcher constituyó un caso excepcional cuando afirmó, en 1979, que se necesitaba un espacio de diez años para implantar sus reformas (tal vez se requieran muchos más). El •corto plazo• de que se acusa una y otra vez al capitalismo es otro de los constitutivos de la miopía ideológica. Es, por el contrario, la grieta no rellenada de la política en todos los puntos, incluidos los innecesarios sectores socialistas del capitalismo. El socialismo crea más espacio para la política que el capitalismo. Los académicos que desean elevar la política por encima del mercado ponen al pueblo a merced del corto plazo y le niegan la seguridad y la estabilidad de los plazos largos. La supresión de los principales obstáculos políticos al funcionamiento del mercado en el capitalismo aceleraría el ritmo de deslizamiento de las rentas y las riquezas desde los ricos a los pobres. Debe compararse la capacidad del capitalismo para suprimir diferencias injustificadas con el ritmo de deslizamiento de las rentas y riquezas del proceso político imperante en las sociedades socialistas. Las cualidades humanas requeridas para triunfar en el proceso político -la capacidad de persuasión, de organización, de intriga y de dominio de otros hombres y mujeres- son más raras y, sin duda, de más difícil aprendizaje que las habilidades innatas o adquiridas que permiten a todos los hombres y todas las mujeres producir e intercambiar bienes y servicios. La política es el feliz territorio de caza de las élites; el comercio es el universo de los ciudadanos corrientes. El deslizamiento desde la clase política a los ciudadanos no políticos es un proceso menos seguro que el deslizamiento y los caminos paralelos entre los ciudadanos comerciales no políticos que viven de su trabajo y compran y venden productos entre sí.

El ritmo de deslizamiento en el socialismo está determinado por los detentadores del poder político, que sufrirán si pierden su control y permiten crecer el malestar y las reclamaciones populares. Ésta es la delicada tarea a que se enfrentan los líderes de la URSS y de China, que advierten bien la necesidad de descentralizar las iniciativas económicas para aumentar la producción. Si el poder se desliza con demasiada lentitud, los ciudadanos se impacientarán. El resultado puede ser o la persuasión restringida de un Gorbachov o los fusiles de Deng Xiaoping. En ambos casos podría darse el •descenso• (o, por mejor decir, el ascenso económico) desde el Estado al mercado, pero podría ser un accidentado cabalgar, con un duro aterrizaje de contiendas o incluso de guerra civil al acercarse el momento final.

La capacidad de igualación potencial del mercado capitalista es un camino más esperanzador, tanto en el campo de las ideas como en el de la acción, para eliminar las diferencias indispensables de rentas y riquezas que los remedios específicos a plazo corto ideados para reparar los daños causados por el proceso político. Los procedimientos

ofrecen una amplia gama, desde elevar las rentas bajas, por ejemplo, mediante la devolución de impuestos (fiscalidad negativa) en cuantía inversamente proporcional a las rentas, hasta subvenciones suplementarias de capital, como han propuesto (para los estudiantes) los profesores Peacock y Wiseman.⁵ o los «subsidijs de capitación» recientemente sugeridos por el profesor Le Grand para los ciudadanos con escasos o nulos ahorros.⁶ Estas soluciones, aportadas por académicos tanto liberales como socialistas (de mercado), podrían ser medios eficaces para reducir las amplias divergencias de rentas y riqueza y cabría pensar aplicarlas en varios niveles, de manera especial en los inicios de las actividades profesionales (abajo). El gobierno ha actuado con excesiva lentitud en la adopción de estos y otros parecidos expedientes.

Con todo, a largo plazo podría parecer que todo esto son remedios secundarios. El objetivo primario debe consistir en abrir al capitalismo espacio de juego libre donde poder desplegar todas sus virtualidades para crear una sociedad igualitaria basada en la capacidad natural o adquirida de las personas para enriquecerse entre sí. Esta podría ser una aplicación más segura del marxista •a cada cual según su trabajo, cada cual según su valía• que la igualdad impuesta, antinatural e insostenible del socialismo.

La desigualdad a corto plazo es el resultado de diferentes tipos de causas, tanto en el capitalismo como en el socialismo, pero de más fácil modificación en el primero. En el mercado capitalista el acceso a los bienes y seivicios está influenciado o determinado por las diferencias de renta y riqueza. En el socialismo (y no menos en las industrias y servicios socializados bajo el capitalismo, como la educación y la sanidad), este acceso está influido o determinado por diferencias en el entramado de las relaciones económicas, políticas o sociales, por las interconexiones, la influencia, el carácter y el temperamento personal. El contraste básico es el que se da entre el poder financiero en los mercados comerciales del capitalismo y el poder cultural (que incluye el político) en los escenarios políticos del socialismo (y de los seivicios socializados del capitalismo).

La fortaleza esencia del capitalismo y la debilidad radical del socialismo a la hora de poner remedio a las desigualdades y la pobreza consiste en que es más fácil corregir la.s diferencias indeseables del poder financiero que las del poder cultural. Las diferencias de medios económicos pueden reducirse mediante entregas en metálico, con un posible coste en términos de disminución de incentivos. Pero resulta mucho más difícil -admitiendo que sea posible-remover las diferencias del poder cultural; se precisan, para ello, cambios en el acento, el temperamento y el carácter, supresión de las influencias sociales, profesionales y políticas y, llevado al límite, la disolución de los lazos familiares. El socialismo no es capaz de eliminar o neutralizar todos estos factores. Más bien, existen pruebas en contrario que indican que los exagera -desde las dachas y las tiendas reseivadas a grupos privilegiados en Rusia hasta el nepotismo y la corrupción de las Administraciones locales británicas. La

clase «política» organizada, hábil y culta, extrae de los colegios, hospitales, transportes y otros servicios socializados británicos más provecho que los ciudadanos «de a pie», desorganizados, inhábiles y poco cultivados. Las diferencias culturales del socialismo son relativamente incorregibles; las diferencias financieras del capitalismo son relativamente corregibles.

Una dificultad común a los dos sistemas es que puede darse el caso de que el trabajo que desempeñan algunas personas no tenga valor bastante para asegurarles a ellos y a sus familias un nivel de vida aceptable. Se trata, una vez más, del conflicto entre el efecto renta deseable de la ayuda y el efecto precio inevitable. Los subsidios monetarios a personas que tienen poco o nada deben sopesarse con el efecto debilitador sobre la voluntad de ganarse un sueldo con su trabajo. Hay personas que desean trabajar por sus intereses intrínsecos, o por compañerismo, o por el respeto de sí; pero hay otras que no. Existen amplias diferencias individuales en la tendencia humana a reducir esfuerzos cuando se reciben rentas sin trabajo. La ayuda a los «pobres» plantea un embarazoso dilema con el que se enfrentó el siglo XIX y que el siglo XX ha preferido escamotear.

Los economistas clásicos buscaron la solución distinguiendo entre pobres activos e inactivos: a estos últimos, que no procuraban valerse por sí mismos, no se les dispensaba el mismo trato que a los que sí lo hacían. Un siglo más tarde, en nuestra era de relativa opulencia, aquella doctrina nos hiere como innecesariamente dura e inhumana. Pero los políticos con votos que grangearse que rigen el Estado de bienestar del siglo XX tienden a no hacer la más mínima distinción. A todos deben dispensárseles las mismas atenciones: a los •inactivos• que no quieren ayudarse por sí mismos igual que a los •activos• que no pueden. La falta de sensibilidad de tratar de un mismo modo a personas desiguales degrada a los pobres activos y dificulta la tarea de darles más que a los inactivos. En años recientes, los activos se han rebelado contra los •gorriones• y han obligado a los políticos buscadores de rentas a ser más valientes y más honrados. A la gente que percibe rentas sin trabajar debería obligárseles por ley a demostrar que han intentado buscar un empleo. Estos medios para conseguir un equilibrio entre las ayudas y los recursos contribuyen tanto al respeto personal como a la justicia debida a quienes intentan ayudarse por sí mismos.

La solución debería consistir en arbitrar un término medio entre ayudas máximas y desincentivos mínimos. No se trata de una deficiencia del capitalismo, sino de la naturaleza humana. Bien al contrario, son los países capitalistas cada vez más ricos de Occidente los que pueden mostrarse más tolerantes con los •gorriones• que no los países pobres y estancados, porque su riqueza nacional, cuatro o cinco veces superior, les capacita para amortiguar más fácilmente los efectos de las •rentas gratuitas• sobre la debilitación de los incentivos y el decaimiento de la producción.

Hay también, en fin, algo de verdad en la acusación de que el capitalismo es insensible a los efectos externos de los negocios privados en los mercados. Las externalidades del ruido, la contaminación del agua y la degradación del medio

ambiente se están haciendo cada vez más patentes en todos los países, tanto socialistas como capitalistas. Es también común a los dos sistemas el efecto de despoblación de algunas regiones en respuesta a los cambios de la oferta y la demanda de los mercados. Puede incluso verse amenazada la continuidad cultural. En los años de entreguerras, Gales se vio parcialmente despoblado a causa del declive de la minería del carbón y de la siderurgia. Los coros galeses sonaban más tristes. Cuando visité, en 1937, el Rhondda Valley, en el Morgan tres ruedas realmente minúsculo de mi hermano, debí parecer un potentado: las esquinas de las calles de Llanbradach estaban llenas de corrillos de hombres en paro; los únicos que parecían desarrollar alguna actividad eran los empleados de Labour Exchanges (en versión moderna: agencias de colocación). El legado de miseria de 1929-32 y las nuevas fuentes de energía eléctrica habían forzado a la juventud en virtud de las leyes del mercado— a buscar trabajo en Inglaterra. La cultura galesa se estaba empobreciendo. Pero la culpa no era del capitalismo, sino de los cambios tecnológicos y sociales.

La alternativa socialista no puede consistir en ignorar que el mundo cambia. Esto sólo significaría que las adaptaciones serían aún más arbitrarias. En fechas recientes, el proceso político ha sustituido o complementado al mercado en los cambios de la estructura industrial. En 1989, Gales contó con un enérgico ministro conservador que consiguió de Hacienda -y- de los contribuyentes más fondos en concepto de ayuda regional que otras zonas. Con un 6 por 100 de la población, supo atraerse cerca del 20 por 100 de estos fondos para regenerar las industrias galesas. Parecidas subvenciones consiguió también Escocia mediante presión e influencia política sobre el gobierno.

Éstas son las opciones: ambas imperfectas, sólo -segundas mejores soluciones*. Galeses y escoceses pueden depender o bien del mercado o bien de los políticos para obtener rentas. Ninguna de estas dos fuentes es cierta, segura y para siempre. El mercado es un severo capataz; los galeses (y otros) pueden elegir entre cambiar sus productos o abandonar sus hogares. Los escoceses han perdido la mayoría de sus ingenieros, sus contables y sus actuarios. Puede parecer más sencillo influir en los políticos, pero no es así siempre, ni por siempre. Puede elegirse esta opción durante unos pocos años; pero aquellos políticos benefactores con dinero de otros pueden trocarse un día en derrotados legisladores que se ponen a la cola para suplicar votos. Los ciudadanos de Gales, Escocia, Inglaterra y otras regiones tienen que optar por lo más seguro: o trabajar para los consumidores dispuestos a adquirir sus productos y a pagar por ellos, o importunar a los políticos que necesitan sus votos y que, más pronto o más tarde, perderán la posibilidad de «pagárselos» con subvenciones, ayudas regionales y otras douceurs y cohechos del proceso político.

Aquí, como en otros puntos, es tarea estéril comparar al mercado imperfecto con el proceso político perfecto. El mercado refleja los cambios fundamentales de la oferta y la demanda entre los ciudadanos. El proceso político refleja una amplia gama de influencias, desde los objetivos a corto plazo para ganar votos por parte de políticos

en busca de poder, hasta los a largo plazo de reforma de la sociedad por parte de políticos honestos y convencidos, pero que se ven precisados a hacer concesiones al plazo corto para conservar o recobrar el poder en las siguientes elecciones, si quieren llevar adelante sus proyectos.

La opción definitiva discurre entre la sociedad comercial del mercado que paga a los ciudadanos corrientes que crean satisfacciones para otros ciudadanos asimismo corrientes (pero permanentes), o la sociedad política del gobierno que •paga• a ciudadanos adornados de cualidades políticas para que persuadan a un puñado relativamente pequeño de ciudadanos dotados de habilidad política (pero temporales) en el gobierno para que repartan subvenciones.

La síntesis del socialismo de mercado

Toman parte en este debate intelectual dos escuelas de pensamiento aca-démico y político de ordinario críticas frente al capitalismo pero deseosas de usar el mercado: los nuevos fabianos que ahora reclaman el mercado para el socialismo, y los propugnadores del mercado social, que ofrecen una nueva combinación de mercado capitalista –debido a su eficiencia– y de controles sociales (colectivos) para garantizar que está al servicio de los objetivos sociales. La última versión de estas ideas apareció a mediados de 1989.

Los nuevos fabianos defensores del mercado difundieron una serie de artículos, publicados en una edición especial de *The New Stateman*, en marzo de 1987, a través de una recopilación de ensayos⁷ en la que figuran los nombres del profesor Le Grand, de la universidad de Bristol (economista), del doctor Saul Estrin, de la LSE (economista), de los profesores Plant (politólogo) y Peter Abell, de la universidad de Surrey (sociólogo), de David Miller, de Oxford (politólogo) y de David Winter, de Bristol (economista). Se debe a la pluma del profesor Robert Skidelsky, politólogo de la universidad de Warwick, autor de una biografía de Keynes y consejero del Partido Social Demócrata, la primera colaboración, titulada •The social market economy•, encargada por la Social Market Foundation, cent10 de estudio y debate del mencionado partido.

Los nuevos fabianos confiaban en romper los lazos de unión entre el mercado y el capitalismo y en poner punto final a un siglo de enseñanzas de la izquierda a base de establecer una conexión entre mercado y socialismo, pero ahora al servicio de los ideales socialistas. Para llevar a buen término su tarea intelectual y práctica intentaron «iniciar la radical reorientación del pensamiento socialista exigida por una comprensión adecuada del socialismo de mercado».⁸ Resulta conmovedora esta franqueza, más propia de colegiales. Tras haber enseñado y practicado falsas doctrinas durante más de cien años, se pasa ahora la página y estos seis estudiosos, jóvenes o de mediana edad, parecen convertirse en mentores de las nuevas ideas.

Los nuevos fabianos han aportado en Market Socialism los conceptos más profundos y refinados sobre los métodos que deben aplicarse para organizar el mercado y crear la sociedad socialista de la que afirman que será • a la vez igualitaria, no explotadora, eficaz y libre ...•.⁹ Pero tampoco en sus filas reina una total armonía. Cantan las loas del mercado y ensalzan muchas de las virtudes que los liberales vienen describiendo desde hace muchos años. Sus argumentos parecen apuntar más directamente a los socialistas, para enmendar los errores de décadas pasadas y abandonar las críticas simplistas del mercado, que a los liberales a cuyos antecesores condenaron por defender este mismo mercado. Por lo que respecta a los restantes defectos del mercado -sus externalidades, los monopolios que surgen de las economías de producción a gran escala (otro de los temas ya obsoletos una vez que los marxistas han reconocido que el fordismo pertenece al pasado), el desequilibrio de información entre productores y consumidores;- buscan una redefinición de los derechos de propiedad bajo las diversas formas de gestión o de autogestión de los obreros. Pero, en definitiva, se inclinan más por el Estado que por el mercado.

Sus críticas habituales se centran en el capitalismo tal como ha sido de hecho, no en el que podría haber sido y podría haber producido mejores frutos. La nueva especie de socialismo que presentan y que ahora reclama el Partido Laborista se basa, primero, en conjeturas o en construcciones hipotéticas y, segundo, en ejemplos aislados de Yugoslavia y de algunos otros países, entre los que se incluyen, sorprendentemente, los Estados Unidos, punto culminante del capitalismo.

Si a los analistas políticos preocupados por descubrir el error y manifestar la verdad les está permitido aducir a favor del socialismo el argumento de que no ha existido, de que es impracticable y chocaría con la oposición de los intereses creados de los sindicatos que financian a los políticos y atacan a los literatos que presionan para que se adopte (David Edgar y Anthony Barnett entre otros muchos escritores), no es lícito condenar al capitalismo por los errores que ha cometido en el pasado sin pararse a reflexionar si era posible evitarlos o suprimirlos. Este es el contraste habitual-y una vez más desacreditado-entre el socialismo tal como pudo ser, con sus imperfecciones (o cánceres) eliminadas mediante una cirugía no especificada, y el capitalismo tal como ha sido, con todo su acompañamiento de fallos y defectos.

-El sangriento capitalismo no es atractivo porque explota a los trabajadores a través del monopolio del empleo y ... a los consumidores a través del monopolio de los mercados de bienes.¹⁰ Resulta difícilmente aceptable esta descripción del capitalismo cuando los monopolios de amplia escala fordistas están tendiendo al tipo de empresas medianas y pequeñas de la era postfordista, que pueden ser explotadas por los monopolios de amplia escala de los sindicatos. Y tampoco pueden las firmas capitalistas explotar a los consumidores en los mercados competitivos. Si la solución de la gestión de los obreros resulta eficaz, porque satisface los deseos de los trabajadores en su doble condición de empleados y propietarios, acabará por imponerse en los grandes países capitalistas, como ha sucedido ya en Francia, Italia y

España. Con todo, los socialistas de mercado han ubicado, correctamente, la solución en los Estados Unidos, el más poderoso país capitalista del mundo: la propiedad privada de acciones de riesgo como medio para evitar la concentración miope en pagos al contado y el consiguiente abandono de las inversiones para el futuro, que es un fallo común a los yugoslavos y a otras cooperativas de propiedad pública gestionadas por los trabajadores.

La evolución norteamericana denuncia también otro de los callejones sin salida del pensamiento izquierdista: la gestión obrera de la llamada democracia industrial que el presidente de la Comisión Europea, el socialista Jacques Delors, viene reclamando con urgencia para Europa. También aquí, como en los demás casos, es la solución de la propiedad capitalista, con su indispensable y fortalecedora estructura de incentivos, y no el método socialista de votaciones (y de presiones de grupos, con la regla de la mayoría y todo lo demás), la que mejor concilia la productividad con la propiedad individualizada. Si la autogestión es eficaz porque satisface a los trabajadores como consumidores y como empleados, y si su eficacia es mayor que la de la división del trabajo entre los trabajadores pagados con sueldos o salarios y los propietarios de acciones de riesgo pagados con dividendos (cuando hay beneficios), entonces es más seguro que brotará y se difundirá en el capitalismo, porque satisface a los consumidores de sus bienes y servicios en el mercado mejor que la clase política con el poder que les otorga en el proceso político.

Incorre aquí el análisis de los socialistas de mercado en un sorprendente error, sólo explicable por la dificultad de escapar del pensamiento socialista establecido. Los nuevos fabianos •presionan en favor de una sociedad en la que el poder esté más equitativamente distribuido entre ... los intereses de los propietarios del capital, de los trabajadores y de los consumi-dores ... , en la que nadie detente una prioridad automática. •¹¹ Hay aquí un eco de la división marxista de la sociedad en •clases•. Pero el mundo marxista simplista de las primeras décadas del capitalismo se ha transformado en un universo en el que los capitalistas se muestran ambivalentes en lo relativo al capital, los trabajadores se están convirtiendo en capitalistas y ambos grupos son, además, consumidores. La línea de división significativa no discurre ya entre los diferentes grupos o clases de individuos, sino entre los intereses de los productores y de los consumidores dentro de una misma persona.

La barrera última y definitiva que es preciso superar es la que se alza entre el hombre como productor (sea capitalista o trabajador o, cada vez más acentuadamente, ambas cosas a la vez, cuando los trabajadores son también propietarios del capital) y él mismo como consumidor. Y no hay duda sobre cuál de estas dos condiciones debe configurarse como la más importante. Los hombres no consumen para producir, para crear puestos de trabajo; producen para consumir, para disfrutar de alimentos, vestidos, abrigo, comodidades, diversiones y los artículos de lujo que hacen que la vida sea tolerable, agradable y civilizada. Un hombre no escribe un libro porque le han dado un procesador de textos; al contrario, se hace con un procesador porque

quiere escribir un libro. La tarea consiste en imaginar -o en permitir que surjan- instituciones que sitúen firmemente los intereses de los individuos en cuanto consumidores por encima de los que tienen como productores. La primacía del consumidor es esencial en una sociedad sana; la permanente esperanza socialista de que el Estado podrá capturar al mercado y utilizarlo para conciliar los intereses de los consumidores y los productores, además de los intereses restantes, es el constante talón de Aquiles del socialismo de mercado.

Si no se alcanza esta primacía del consumo sobre la producción, o si no se permite que aflore, los individuos se verán tentados de diversas maneras a emprender la miope y destructiva carrera de conseguirlo por otros rodeos. Levantarán barreras para proteger su puesto de trabajo y/o sus inversiones en •SU• industria o su profesión. El socialismo posibilita - y algunos gobiernos complacientes del sistema capitalista permiten- que los propietarios de tierras y los agricultores, los mineros y los ferroviarios, los médicos y los abogados, los maestros y los estibadores y muchos otros grupos antepongan sus intereses como productores a los que tienen como consumidores. Si la preocupación por la continuidad, por las costumbres y la tradición, tan apreciadas tanto por los socialistas como por los viejos torios, permite que se mantenga esta elemental anarquía del predominio de los productores, la sociedad se opondrá a las mejoras y los cambios, la economía se agarratará y retrocederá, la sociedad se estancará, descenderán los niveles de bienestar y la vida del hombre se tomará -como ya se anticipaba en el *The Leviathan* de Thomas Hobbes si no •solitaria•, sí ciertamente •pobre, sucia, embrutecida y breve•.

La gloria del capitalismo radica en que utiliza -más que ningún otro sistema conocido en la historia- el único mecanismo que puede situar los intereses de las personas como consumidores por encima de los que tienen como productores. E incluso allí donde el capitalismo lleva a cabo esta tarea imperfectamente, como a menudo ocurre, conserva siempre su capacidad de hacerlo mejor. El obstáculo sigue siendo, hasta nuestros días, el proceso político. Todos los demás sistemas que el hombre ha diseñado -feudalismo, mercantilismo, sindicalismo (en el que puede degenerar la gestión obrera), corporativismo, socialismo tanto municipal como estatal- tienden, fueran cuales fueren sus proclamas, a anteponer los intereses de los productores a los de los consumidores. El mercado ha sido imperfecto, pero muchos de sus defectos o de sus excesos no le son inherentes; han sido el resultado de fallos del gobierno que no le ha permitido dar lo mejor de sí. El mercado es a menudo un severo capataz, pero sin él, o si se le regula para satisfacer los deseos de políticos miopes o para adaptarse al pausado paso de complacientes tradicionalistas, serán los ciudadanos comunes, y en especial los más pobres, quienes sufran las consecuencias. Los que ya se hallan bien situados en el mundo de la industria, la universidad, las artes o la política tal vez prefieran cambios acompasados. Pero los pobres sólo prosperan gracias al poder y al ritmo del mercado.

La oposición socialista a la propiedad individual de acciones de riesgo, no sólo en

la empresa que les emplea sino en otras del tejido económico, eliminará los incentivos personales y los alicientes que hacen que los difundidos mercados capitalistas de propiedad privada sean productivos y salvaguarden la libertad. Si existen formas nuevas de propiedad capaces de conferir una mayor eficacia a esta combinación, surgirán bajo el capitalismo. Si es el sistema político el que las impone a la fuerza, se convertirán en instrumentos políticos de ideologías no demostradas y será problemática su efectividad.

A los socialistas de mercado les ha de resultar difícil -explicar a la luz de sus nuevos razonamientos el fracaso de la autogestión obrera yugoslava. Existen abundantes pruebas de este fracaso, proporcionadas a través de la acrisolada información del Centro de Investigaciones de las Economías Comunistas dirigido por el economista yugoslavo doctor Ljubo Sirc, ex profesor de la universidad de Glasgow.

Las ideas socialistas mejor perfiladas sobre la propiedad y sobre los derechos de propiedad proceden de Raymond Plant, que se ha revelado como el académico más brillante y más sereno de la escuela de mercado socialista. En sus últimos escritos floran dos líneas de razonamiento. Primero, Plant reconoce, más que otros pensadores de la izquierda, que la prolongada oposición socialista al mercado es estéril, aunque se apresura a añadir que las libertades •negativas• o •básicas• civiles y políticas del capitalismo son insuficientes si no están acompañadas de los derechos «positivos» o •sociales• a los recursos que las hacen efectivas: rentas, salud, seguridad social y educación.¹² Segundo, admite que los valores comunitarios convencionales del socialismo -sensibilidad para con la comunidad, fraternidad, justicia social, igualdad económica-han sido sustituidos, lenta pero imparablemente, por los individuales de la mejora de la situación personal y familiar y por las iniciativas privadas en todos los campos, del mismo modo que la solidaridad de las organizaciones vinculadas a la vida laboral -la fábrica, la mina, el astillero, el sindicato, el sector- está siendo reemplazada a su vez por unidades de producción industrial más pequeñas, por los servicios personales a pequeña escala, el autoempleo, la jornada a tiempo parcial, el empleo temporal y las unidades de producción domésticas posibilitadas por los ordenadores personales creados por la inigualable revolución tecnológica de la postguerra, no prevista por Marx, pero ampliamente adoptada por el capitalismo.

Plant sugiere que el socialismo de mercado es •el más serio intento intelectual• para adaptarse a esta revolución•. Su planteamiento se diferencia del neoliberal (y de este libro) en que no acepta la actual estructura de los derechos de propiedad, con su secuela de desigual distribución de la renta y la riqueza. Los neoliberales aducen a favor de la actual desigualdad de recursos o bien que han sido justamente adquiridos y que la redistribución impuesta por el gobierno sería, por tanto, injusta, o bien que los propietarios actuales son probablemente los que mejor los utilizan. El profesor Israel Kirzner ha añadido un nuevo argumento, que refuerza el enfoque liberal: que

dado que han sido los descubrimientos de individuos emprendedores de mente ágil los que han añadido nuevos productos y recursos a los stocks existentes, puede aplicarse a la justicia de la distribución bajo el capitalismo la regla moral de •posesión a favor de quien encuentra•.¹³ A esto replican los socialistas de mercado, primero, que es difícil o imposible justificar las grandes desigualdades en la distribución de los recursos, y segundo, que no es probable que los recursos fluyan hasta llegar a los que tienen menos. En opinión del profesor Plant, los movimientos de salarios y presupuestos familiares de los últimos años señalan que el mecanismo de deslizamiento no funciona tal como los defensores de los mercados libres habían esperado..¹⁴

Los liberales (o neoliberales) han analizado estas posibles deficiencias del capitalismo y han mantenido frecuentes discusiones, durante decenios, con los socialistas sobre estos temas. Para resolver estas dos tareas se requieren compromisos, porque se alzan dos obstáculos inevitables que han impedido hasta ahora hallar una solución. Primero, el persistente aplazamiento de la sobreabundancia hace que la naturaleza humana siga necesitando incentivos; y segundo, las instituciones políticas son instrumentos imperfectos para trasladar la voluntad del pueblo a su vida cotidiana. Marx, Engels y Lenin alimentaban un pensamiento desiderativo fantaseador y prematuro acerca de la abolición de la escasez. La visión marxista de la superabundancia sigue impidiendo que se concentren los esfuerzos en la mejora de un mundo en el que resulta difícil llevar a cabo muchas tareas justamente a causa de la persistencia de la escasez. Mises, Hayek, Friedman, Stigler, Alchian, Coase, Robbins y la escuela liberal tienen plena conciencia de las imperfecciones del mercado, mientras que Buchanan, Tullock, Peacock, Bernholz, Frey y la escuela de la elección pública han visto con realismo las imperfecciones de la política. Y a esto se debe que los liberales de mercado y los economistas de la política hayan podido ofrecer un mayor número de posibles soluciones.

En mis días de estudiante, los socialistas argumentaban, en una temprana versión de la distinción de Raymond Plant entre derechos básicos y derechos sociales, que la libertad política era insuficiente sin seguridad económica (o social). El profesor Harold Laski acuñó una frase brillante sobre la libertad de los pobres para hospedarse en el Ritz. Las libertades políticas -decían- son inútiles sin la seguridad económica o social que sólo el gobierno puede proporcionar. Y sus dudas aumentaron cuando vieron cómo Hitler destruía las libertades políticas, aunque no acertaron a entender, como todavía algunos socialistas de mercado de nuestros días, que son las libertades políticas -de prensa, de reunión y de discusión-, las que exigen libertades económicas que sólo el mercado puede crear. No obstante, la metáfora de Laski fue la base de la argumentación en el pleito a favor del Estado de bienestar. Existen pocas dudas de que el Estado socialista puede asegurar la igualdad de acceso al bienestar de una manera más expeditiva que el mercado capitalista. Pero este falso contraste oculta

peligros. El socialismo que hemos conocido no funciona como los socialistas vienen proclamando que lo haría. El capitalismo podría haber creado mejores accesos al bienestar para los pobres si no se lo hubiera estorbado el proceso político. Los socialistas de mercado han ignorado la existencia de un cuádruple peligro.

Primero, el socialismo no aporta más justicia en el acceso a los recursos. Sustituye los obstáculos financieros por obstáculos culturales. Y es más fácil, como se ha dicho antes, eliminar los primeros que los segundos. Raras veces se analiza en la literatura socialista esta irónica e incurable prevención socialista contra la gente carente de influencia.

Segundo, los recursos fluyen más lenta, pero más seguramente, bajo el capitalismo que bajo el socialismo, y los niveles de vida suben más en el primero que en el segundo. Los refugiados de la Rusia zarista que vinieron a establecerse en el East End londinense después de la guerra ruso-japonesa de 1905 partían de una situación de extrema pobreza, pero sobrevivieron a la I Guerra Mundial y a los años de miseria de 1929-33 y con duro trabajo y personal esfuerzo comenzaron a penetrar en los suburbios internos de Hackney en los años 20 y en Highgate, Hampstead, Finchley y más allá en el decenio de los 50. Cuando el Estado acelera el proceso de deslizamiento y el gobierno toma a su cuidado directo la igualdad de acceso a los recursos, surge el peligro de que se genere o se justifique una creciente coacción para acercarse a los objetivos. La igualdad de mercado es de ordinario más lenta que la que podría imponer el Estado, pero se implanta sin suprimir las libertades individuales. La seguridad económica o social reclamada por los socialistas en los años 30 no aseguró -aunque se consiguió hasta un cierto punto- las libertades políticas básicas que propugnaba Laski, sino que a menudo las perdió a lo largo del proceso de expansión de los poderes del Estado. Desde la Suecia políticamente democrática a la URSS políticamente autoritaria, la seguridad ha exigido un desplazamiento de opciones de poder desde los individuos a los gobiernos. La democracia política sueca no ha garantizado la libertad de los elementos íntimos de la vida cotidiana, tales como la educación, la salud, las pensiones y otras formas de seguridad social.

Tercero, aunque tal vez el socialismo de mercado recurra más al mercado que el socialismo estatal, lo hace menos que el capitalismo imperfecto tal como de hecho ha existido y menos aún que el capitalismo que habría podido ser. En el socialismo de mercado es todavía muy importante, en efecto, el factor de la propiedad pública, lo que significa propiedad políticamente controlada por la Administración. Ahora bien, la propiedad pública pierde una buena parte de la eficacia de la propiedad privada, porque niega a sus poseedores algunos derechos decisivos -de uso, de alquiler, de venta y otros- que confieren a los propietarios privados poderosos estímulos para una utilización eficiente. Los planificadores soviéticos están descubriendo ahora que no basta con alquilar las propiedades estatales. Todo hombre desea transmitir a su familia las propiedades que ha mejorado con su personal esfuerzo.

Cuarlo, los liberales conocen desde hace mucho tiempo las ventajas que acarrea la reducción de las desigualdades de la propiedad. (•Desigualdad• es otra de las palabras peyorativas explotadas por la izquierda. Implica injusticia. Pero tira la piedra contra su tejado: igualdad entre personas de distintas capacidades o necesidades es injusticia. El profesor Bauer ha sugerido utilizar el término, más cauteloso, de «diferencia».) Mi primera intervención en la arena política ocurrió en 1938, de la mano de mis profesores Arnold Plant y Lionel Robbins, en el Comité del Partido Liberal sobre Propiedad para Todos. Dicho Comité estudió las herencias, los monopolios, las patentes y otras causas removibles de las indeseables diferencias de propiedad. Su presidente, Elliot Dodds, editor del *The Huddersfield Examiner*, gustaba de citar un dicho del Yorkshire según el cual el estiércol sólo es bueno cuando se le esparce. Los liberales reclamaban la implantación de la propuesta del economista italiano Rignano que sugería un impuesto sobre los patrimonios heredados para estimular la dispersión de la riqueza. De una u otra forma, aquella propuesta se anticipaba en cerca de medio siglo a Jeremy Waldron, profesor de Derecho en la universidad californiana de Berkeley, cuyo extenso estudio¹⁵ citaba, con aprobación, al filósofo decimonónico Hegel: •todos deben tener propiedades•. Y concluía: •Precisamente en cuanto línea de razonamiento que parte del derecho a la libertad de expresión [dando por supuesto que es moralmente deseable para todos] establece la obligación de procurar que todos y cada uno puedan hablar con libertad.• Y, en este sentido, el argumento en favor de la propiedad privada fundamentado en la noción de los derechos generales determina que si la propiedad privada es deseable, lo es para todos, de donde se deduce que •fija la obligación ética de procurar que todos y cada uno puedan llegar a ser propietarios privados•. Además, añade, •es de hecho un argumento contra la desigualdad y a favor de lo que se ha venido en llamar 'una democracia de propietarios'•.¹⁶

Pero hay aquí una confusión legalista a partir de ideas de Ronald Dworkin, investigador del igualitarismo norteamericano. El derecho a la libertad de expresión y el derecho a la propiedad no son conceptos equiparables. Es fácil promulgar el primero: se trata de un bien público no rival: más libertad para unos ciudadanos no reduce en nada la oferta para los restantes. En cambio, el derecho a la propiedad privada es un bien privado: más propiedad privada para unos significa menos para otros (aunque también podría significar más, tanto para el poseedor actual como para otros, si mediante la reducción de precios se induce una mayor productividad). Es, en todo caso, tarea muy diferente •procurar que• (nuevo poder coercitivo del Estado) todos sean propietarios. Redistribuir la propiedad mediante leyes coactivas puede deteriorar los incentivos y reducir el monto total de propiedad. Añádase que la libertad de expresión es un derecho legal que puede no ser utilizado, pero que en todo caso no puede ser intercambiado. Se puede, por el contrario, consumir la propiedad privada vendiéndola o intercambiándola por unos ingresos inmediatos.

Existen amplias diferencias de unos individuos a otros respecto a las preferencias entre rentas actuales y futuras, y ello por razones muy humanas: si una persona (o sus hijos, o su cónyuge) tiene precaria salud, puede muy bien preferir rentas actuales para disfrutar de ciertas comodidades en el tiempo que le resta de vida. Si estos individuos, y otros muchos, disponen de sus propiedades, el momento óptimo de su utilización podría coincidir con los inicios de la carrera profesional. La interesante propuesta del profesor Le Grand en favor de los •subsidios de capitación• proporcionaría un buen punto de partida en la vida a la gente que no dispone de otros medios. Si se les distribuye en fases de 5 o de 10 años, se aceleraría el ritmo de disposición o de intercambio de estos subsidios por rentas actuales. Este es el efecto precio de la distribución de rentas del Estado que podría desbaratar el proyecto y exigir restricciones del derecho de disposición, al modo de las restricciones temporales impuestas a la venta de las viviendas de protección oficial.

El profesor Plant ha propuesto cuatro procedimientos para la dispersión de la propiedad privada. En todos ellos, -el papel principal recae más en el Estado que en el mercado•:¹⁷ dispersión individual mediante participaciones privadas en la empresa empleadora o por medios similares; préstamos estatales de capital a cooperativas de trabajadores propietarios; impuesto negativo de capital (al modo de la fiscalidad negativa de la renta, que variaría de forma inversamente proporcional a los ingresos); en los servicios de bienestar, mecanismos tales como bonos para centros educativos y protección a la infancia. Si se pusieran en práctica estas medidas, igualarían la propiedad de capital más rápidamente que el mercado capitalista, aunque expondrían a los individuos a los caprichos de las fluctuaciones políticas. Aparte otras dudas, la cuestión es si pueden implantarse estos métodos en el mundo real de la manera que los estudiosos se imaginan. Los análisis de la economía de la política sugieren otras consecuencias.

Si los trabajadores adquieren acciones en la empresa empleadora al mismo ritmo y con la misma amplitud con que son vendidas por sus poseedores, estos obreros se convierten en •capitalistas•. Pero si a esta reforma se la quiere llamar •socialismo•, es preciso redefinir el término: cuando los obreros poseen tantas acciones como los propios accionistas, el sistema se ha convertido ya -si no antes- en capitalista. Si los trabajadores obtienen un plus de rentas una vez descontados los gastos de personal y administración, estarán dispuestos a comprar participaciones en otras empresas e industrias. ¿En qué punto el socialismo pasa a ser capitalismo? Probablemente habría que prestar a los trabajadores, a tasas de interés subsidiadas, un capital estatal que es dinero de los contribuyentes. Pero entonces se abrirían las puertas a los ya conocidos abusos del proceso político. Un impuesto negativo (inverso) sobre el capital tendría que hacer frente a las dificultades de los incentivos a través de sus efectos sobre los precios. La propuesta liberal de los bonos escolares, durante largo tiempo rechazada por los socialistas antimercado pero ahora aceptada por los socialistas de mercado,

preveía ya su sustitución en el futuro por reducciones en los impuestos, precisamente con el propósito de evitar estas y otras parecidas distorsiones políticas.

El punto fuerte de la propuesta de Raymond Plant es que evita los puntos débiles de los argumentos socialistas, tales como la necesidad de crear solidaridad para acelerar los valores socialistas de espíritu comunitario o cultura común, y se ha concentrado en la supuesta superior capacidad del socialismo sobre el capitalismo para llevar a su plenitud los valores de la individualidad, de las libertades personales y de la propiedad privada. Pero precisamente todo esto son valores e instituciones propios del capitalismo (capítulo XII).

La solución del mercado social

El mercado es un organismo vivo, compuesto por millones de personas con miles de millones de juicios individuales, de gustos y antipatías, de preferencias, deseos, «necesidades» y decisiones en constante cambio. En él se reflejan los errores, las falsas apreciaciones y las indecisiones de los consumidores. Y no siempre compensa con la suficiente rapidez y exactitud por sus errores, pero si se le sobre regula para evitarlos no podrá dar lo mejor de sí.

Este es el talón de Aquiles del Estado. Incluso cuando abriga buenas intenciones, uno de sus rasgos característicos es excederse en sus objetivos. La regulación política no se propone el grado óptimo, sino el que resulta ser políticamente más posible o más conveniente. En cualquier caso, desemboca en sobre regulaciones, como ya está ocurriendo de hecho en el campo de las transacciones financieras y como tiende a hacer en todos los demás sectores. El Estado se ve empujado por la conveniencia o el oportunismo político a fijar niveles demasiado elevados, que aumentan los costes innecesariamente, confieren una excesiva rigidez a la industria y sitúan los servicios fuera del alcance de los ciudadanos de más modestos ingresos.

Éste es el punto final, a la hora de elegir entre los sistemas políticos. El mercado puede a veces poner el listón demasiado bajo; el Estado normalmente lo pone demasiado alto. El mercado tiende habitualmente a regular o restringir demasiado poco, el Estado a hacerlo con exceso. Hay riesgos y peligros tanto en ir demasiado lejos como en quedarse demasiado corto. Pero dado que es menos probable que el Estado corrija sus excesos que el mercado sus defectos, porque es más difícil que el mercado controle al Estado (excepto en el muy largo plazo) que a la inversa, también desde este punto de vista es mejor enfrentarse a los riesgos del capitalismo que a los del socialismo.

Debe aceptarse el mercado en razón de sus virtudes y asumiendo el coste de sus defectos. Es el único generador de riqueza del mundo que no sacrifica la libertad. Debe aceptarse como la pieza central, el primer agente, el motor de una sociedad libre y floreciente, capaz de reflejar los deseos individuales y la voluntad popular, no

como instrumento utilizado por una docena o una veintena o unos cientos de hombres y mujeres dotados de un poder político temporal, •revestidos• --diría Shakespeare--•de una fugaz autoridad• (Medida por medida). Como de ordinario, conocía la naturaleza humana mejor que los constructores de sistemas basados en el poder de políticos presuntamente santos.

La incapacidad del Estado para corregir los fallos del mercado e imponerle en cambio excesivas regulaciones por oportunismo político (o demasiado pocas bajo la presión de los grupos de interés) es el punto débil de muchos de los intentos por delinlitar las funciones ideales del gobierno, incluido el del por otra parte profitndo estudio *The Economic Role of the State* del profesor Joseph Stiglitz.¹⁸

Es imposible eliminar hasta en sus últimos detalles las imperfecciones del mercado mediante sistemas socialistas introducidos sin previo examen de sus defectos. Hay que aceptarle a pesar de sus fallos, en su mayoría remediables. No se le debe considerar, como hacen todavía los socialistas de mercado, como un tigre que los políticos pueden agarrar por la cola con la vana esperanza de que la política le domesticará y perfeccionará.

El profesor Robert Skidelsky ha explicado las principales diferencias entre los socialistas de mercado y los partidarios del mercado social como resultado de la diferente actitud con que se enfrentan al mercado.¹⁹ «La innovación más esperanzadora registrada en los últimos años es el resurgimiento de la fe en el sistema de mercado.» Skidelsky, biógrafo de J.M. Keynes, considera (como este libro) que el mercado es una institución tanto política como económica, no perfecta pero cada vez más perfeccionable:«... acudimos al mercado como al primer recurso y al gobierno como al último, no como a una senda paralela». Se le aplica al mercado el calificativo de •social• porque es el instrumento del beneficio general, del bien «social».. «... nuestro primer impulso es usar el mercado, no ignorarle».

Existe una diferencia verdaderamente radical entre este enfoque y el de Market Socialism.²⁰ Significa una ruptura total respecto a los prejuicios de la izquierda británica convencional según la cual el mercado sería el motor del capitalismo monopolista y se le debería apresar y disciplinar por medio del bien intencionado, adecuadamente equipado y santificado Estado, si se desea que produzca algún bien. Pero si se fuerza al mercado a insertarse en la vida de los políticos y a desplegarse en el mundo cotidiano de la Realpolitik a través de decisiones políticas, con sus mecanismos, estratagemas, maquinaciones, componendas y corrupciones, se le destruye. Los socialistas de mercado le están sometiendo actualmente a un examen clínico para descubrir sus defectos y ofrecen ingeniosas propuestas de reforma, pero, para no romper sus lazos con la tradición socialista, le convierten en instrumento del proceso político. Los defensores del mercado social desean, por el contrario, mantener el orden del mercado, si es preciso por medio del gobierno, pero, a diferencia de los socialistas de mercado, saben ver agudamente los riesgos del fallo del gobierno.

Un gobierno perfecto, benevolente, desinteresado, altruista, clarividente e incorruptible debería ser capaz de llevar a buen puerto cualquier tarea. El peligro es que, en el mundo real, los gobiernos son imperfectos en todo cuanto emprenden, y ello aunque les guíen las mejores intenciones de protección del mercado. La pregunta aún no respondida es si debe optarse por el riesgo de los excesos, muchas veces autocorregibles, del mercado o por los menos controlables del gobierno. Este es el tema decisivo que se analiza en los capítulos finales.

Las dudas de los políticos conservadores

El capitalismo y el socialismo parten de diferentes supuestos intelectuales, políticos, financieros y emocionales. Los socialistas (de diversa especie) tienen fe en el socialismo (de diversos géneros). En general se muestran muy seguros. Sus filas se nutren de escritores, conferenciantes, activistas, organizadores, agentes de operaciones y traficantes de doctrinas activos y convincentes. A los conservadores les ha faltado, en términos generales, fe en el capitalismo, comprensión del capitalismo y compromiso con el capitalismo. Están divididos sobre el modo de capitanear el capitalismo. Están también divididos a propósito de los gobiernos Thatcher, aunque, para decirlo con etiquetas del siglo XVII en el contexto del siglo XX, los liberales radicales whigs que se han concentrado en torno al liderazgo Thatcher han conseguido poner fin a lo que podría considerarse la supremacía temporal de los tories conservadores paternalistas que accedieron a sus cargos y al poder en virtud de la apelación whig a los votos de las clases trabajadoras prósperas, pero que no veían con buenos ojos la marcha ascendente de estos grupos sociales.

Los tories mantienen aquella irónica actitud de los conservadores de postguerra de que el socialismo de Estado es rechazable, salvo que sean ellos quienes lo administran. En la perspectiva de la historia británica desde el fin de la contienda hasta 1979, los conservadores han contribuido a socavar los cimientos del capitalismo liberal igualitarista, ajeno a las diferencias de clases, tanto como ha podido hacerlo el Partido Laborista de orientación izquierdista, y acaso incluso más, porque han inducido a los británicos, esencialmente no socialistas, a aceptar el socialismo bajo las formas suavizadas de la propiedad pública, las nacionalizaciones, el Estado de bienestar y las amplias Administraciones locales para una dilatada gama de servicios que no son en ningún sentido •funciones colectivas insustituibles• perfectamente adecuadas a una organización socialista.

La desazón y las vacilaciones de los conservadores para apostar por el capitalismo quedan resumidas en la duda de un whig liberal de inclinaciones intelectuales y elevada sensibilidad moral acerca de la desocialización de los servicios gestionados por el Estado emprendida en los años 80. Sus inquietudes giraban en torno a la

cuestión de si podía demostrarse que los servicios prestados por empresas privadas y en el marco de la competencia eran necesariamente, o al menos en general, superiores: porque también -hay malos restaurantes privados• y no siempre el mercado funciona del mejor modo posible.

El argumento que se aduce en el pleito a favor del capitalismo y sus mercados frente al socialismo y su toma de decisiones políticas no es que los servicios privados sean general o invariablemente mejores que los de la Administración. A los sistemas económicos no se les puede juzgar como si fueran fotos fijas: son imágenes en movimiento, o caleidoscopios. Es indudable que algunas veces y en algunos lugares hay •malos restaurantes•. La cuestión es cuánto tiempo durarán. Hay también garajes particulares demasiado caros, tiendas de ultramarinos privadas desaseadas, hoteles y bares incómodos, empresas privadas de alquiler de automóviles informales, servicios privados de transporte de viajeros poco fiables, lóbregas residencias privadas de ancianos, colegios privados con disciplina innecesariamente rígida, terratenientes despóticos y bancos privados que cobran intereses usureros.

Todo esto no implica una condena del capitalismo. Hay también hoteles nacionalizados muy caros, deplorables residencias para ancianos gestionadas por las Administraciones locales, servicios de transporte público impuntuales, colegios públicos desagradables y hospitales del Servicio Nacional de la Salud dirigidos con talante autoritario, y todo esto sí es una condena del socialismo.

La diferencia, simple y fundamental, es que el capitalismo ofrece de ordinario vías de escape que permiten alejarse de sus proveedores de inferior calidad, mientras que el socialismo no lo hace. Y aun cuando no siempre ha sido tan fácil o tan habitual como debiera la posibilidad de recurrir, bajo el capitalismo, a esta vía, se la puede facilitar y generalizar a base de eliminar los obstáculos puestos por la Administración. Pero en el socialismo no se puede, porque provocaría el hundimiento del sistema. Si no hubiera malos hoteles nacionalizados, ni malas residencias públicas para ancianos, ni transportes públicos o viviendas de protección oficial o colegios públicos o cosas parecidas de baja calidad, el gobierno habría demostrado su superioridad, pero incluso entonces a condición de permitir la existencia de servicios privados competidores y de facilitar las opciones reduciendo los impuestos, demasiado elevados a causa de las subvenciones, para hacer que sean los usuarios quienes emitan su veredicto. Pero ni siquiera en esta hora undécima se han distinguido los políticos y académicos socialistas precisamente por su perspicacia en imaginar y ofrecer medios que den la bienvenida al juicio del mercado.

El capitalismo tiene mercados que ofrecen, o pueden ofrecer, alternativas y vías de salida o de escape hacia otros proveedores, cuya simple existencia hace que no puedan durar mucho tiempo los •malos restaurantes•. Pero es que ni siquiera hace falta que estos restaurantes alternativos existan de hecho; de ordinario basta la simple

perspectiva de que puedan entrar en los mercados para llamar al orden e imponer disciplina a los propietarios de los malos restaurantes. En cambio, los British Restaurants de los años de la guerra, básicamente instituciones socializadas supuestamente proyectadas para proporcionar al público buenas comidas, ofrecían, con harta frecuencia, comidas indiferentes indiferentemente servidas, precisamente porque todas eran iguales y la gente no podía escapar a otras mejores.

Hasta finales de los años 80, los socialistas habían venido proclamando que las alternativas eran innecesarias, porque ellos garantizarían niveles tan altos -también, y no en último término, en los centros educativos - que nadie desearía buscar otros. Pero ha sido forzoso abandonar esta ilusión. Hubo un renombrado líder conservador que llegó a afirmar que el objetivo era conseguir que los hospitales del Servicio Nacional de la Salud fueran tan buenos que nadie deseara •ir a los privados•. También de este sueño se ha tenido que despertar. Y, a pesar de todo, se mantiene en pie la nueva ilusión del socialismo de mercado, imaginado por los académicos fabianos y aceptado por los políticos laboristas, según la cual el Estado regido por gobiernos socialistas, guiado por economistas socialistas y servido por burócratas de mentalidad socialista (mediante votos con frecuencia conservadores) conoce bien si y cuándo debe tolerarse el mercado (y sus vías de escape) y cuándo se le debe prohibir. Este es el engreimiento que diferencia a los socialistas, incluidos muchos viejos tories, socialistas por sus obras, aunque no de nombre, de los liberales.

El triunfo de la fe sobre la dialéctica en el socialismo

Se siguen vertiendo críticas al capitalismo; sean cuales fueren los razonamientos y las pruebas que ponen en duda su validez.

La última renovación de la tesis marxista de las contradicciones del capitalismo aconteció en 1987, con ocasión de la depresión financiera de octubre de aquel año, presentada con los tintes de una nueva crisis capitalista. El buen sentido de que habían dado prueba, a mediados de los 80, algunas publicaciones socialistas, y más concretamente Marxism Today y New Statesman, y que había inspirado varias sobrias y realistas reflexiones sobre el tercer descabro consecutivo del Partido Laborista en unas elecciones generales y sobre la desagradable necesidad de proceder a una revisión del socialismo de Estado convencional en Gran Bretaña y de su antigua capacidad de atracción entre las clases obreras cedió el paso a una nueva oleada de euforia sobre la ya próxima desaparición del capitalismo, y esta vez para siempre. Reaparecía aquí la renovada fe en la validez de la crítica marxista o en el triunfo futuro de los valores socialistas, a pesar del revés sufrido por su razonamiento sobre las instituciones, y a pesar también, y no en último término, de la necesidad del mercado.

Sólo muy excepcionalmente, si alguna vez, se han parado a pensar los académicos socialistas, incluidos los más influyentes, como los profesores E.J. Hobsbawm, del Birkbeck College, o John Saville, de la universidad Hull, o los más inteligentes, como Andrew Gamble, de la universidad de Sheffield, o Stuart Hall, de la Universidad a Distancia, o los más clarividentes y valerosos escritores, como Martin Jacques, del *Marxis Today*, y John Lloyd, del *New Statesman* y del *Financia/ Times*, sobre el hecho de que el capitalismo ha sobrevivido a pesar de la historia de sus crisis, desde aquella primera y gozosa aseveración de Friedrich Engels de que la crisis financiera de la década de 1840 señalaba el fin del capitalismo. Han sido muy escasos los debates sistemáticos sobre los componentes del capitalismo que le han capacitado para remontar su sujeción a los defectos de la naturaleza humana, a las precarias instituciones políticas, a las catástrofes humanas y naturales, a las guerras y a las miserias, a los Hitler, Musso-lini y Stalin y a otras muchas calamidades.

La capacidad de recuperación del capitalismo a lo largo de la historia se apoya en siete pilares: la habilidad humana para rehacerse tras las adversidades que los hombres mismos provocan; la familia, a la que fortalece poniendo coto al paternalismo; la propiedad privada, que consolida mediante la legislación; la promoción de nuevas ideas y conceptos a través de las libertades políticas; la liberación del impulso para los descubrimientos científicos en virtud de las perspectivas de ganancias; el fomento de la generosidad en los donativos a los que induce mediante la reducción de impuestos; las enseñanzas éticas según las cuales el valor de una persona debe medirse más por su contribución a la riqueza tal como la juzgan sus próximos en el mercado que por su influencia político-cultural. Ésta es la gloria del capitalismo que debemos celebrar.

Pero no se trata tan sólo de virtudes capitalistas del pasado, por encima y a salvo de invasiones políticas y de asaltos socialistas. Son asimismo, y más aún, un formidable potencial de futuro cuando los pueblos, también y de forma creciente los de Europa Oriental, comprendan cada vez mejor, a una con los de Occidente, cuáles son las fuentes de su bienestar y rechacen los falsos dioses que les enseñaron a adorar.

No existe paralelo más irónicamente opuesto a las virtudes del pasado y del futuro inherentes al capitalismo que el fracaso, durante décadas, de los esfuerzos socialistas por transformar los dones de la naturaleza y los talentos humanos, no en último término en la propia URSS, en niveles de vida aceptables y en una sociedad civil armoniosa. En los análisis de los méritos y deméritos relativos de los sistemas político-económicos enfrentados entre sí no se menciona el argumento esencial a favor del capitalismo. El comportamiento característico de los bandos enfrentados consiste en señalar y destacar los puntos fuertes del sistema que prefieren y los puntos débiles del que rechazan; y tienden a minimizar los puntos fuertes del sistema que rechazan y los débiles del que defienden. Los sociólogos no son sólo universitarios, analistas e investigadores de la sociedad; son también ciudadanos,

contribuyentes, votantes y, a menudo, partidistas. Es, pues, tarea difícil descubrir a un economista, un politólogo o un filósofo que no tenga preferencias por el capitalismo o por el socialismo, que no haya comprometido sus simpatías personales y que no se haya inclinado clara-mente en uno u otro sentido a lo largo del intenso debate, tal vez el más importante de nuestros días, en esta guerra de ideas que está forjando el destino de la humanidad en lo concerniente a géneros de vida en prosperidad o en pobreza, en libertad o en esclavitud, en paz o en guerra.

La combinación de análisis objetivos y preferencias subjetivas, de metodología e ideología, de erudición y partidismo entre los mejores -o al menos los más conocidos- sociólogos (aunque con ciertas ausencias, algunas de ellas muy destacadas) es evidente, desde la obra inmensa, de 4 millones de palabras, del New Palgrave Dictionary of Economics, publicado a finales de 1987, hasta el mundialmente famoso Palgrave Dictionary of Política/ Economy, obra de consulta obligada durante casi medio siglo, desde su primera aparición en los años 1890. Figuran debidamente, como colaboradores, muchos (aunque no todos) de los estudiosos de mayor autoridad, en su mayoría alineados en una u otra de las dos escuelas de pensamiento dominantes. Los hay estrictamente neutrales, pero no faltan quienes, con la pretensión de mantenerse a prudente distancia del debate del momento, afirman con renovada fraseología ser imparciales entre el bien y el mal, eunucos filosóficos que mantienen oculta su opinión, que pasan de largo ante el otro bando y han Inerecido que Arnold Plant les censure de •pedantes que presumen de imparcialidad•.

El Dictionary of Political Economy, que era el nombre originalmente aplicado, en los últimos años del siglo XIX, a las ciencias sociales que hoy llamamos Economía, fue publicado por Inglis Palgrave, editor de The Economist hermano de Francis Palgrave, compilador del Golden Treasury of English Verse, obra asimismo de dilatada existencia. Fue revisado en los años 20 por Henry Higgs y rebautizado como Dictionary of Economics. Su última edición, de 1987, corrió a cargo de tres economistas, John Eatwell, de Cambridge, Murray Milgate, de Harvard, y Peter Newman, de la Johns Hopkins University. Su importancia radica en su pretensión de ser considerado como auténtico sucesor del Palgrave, aunque su contenido no responde a una organización sistemática por materias, sino que se le puede consultar por entradas sueltas y está pensado sobre todo para consulta de estudiantes y otros usuarios no especializados, que lo leerán como si fuera el evangelio. Esta obra es relevante para el razonamiento que aquí nos ocupa, porque descubre las simpatías, inclinaciones, tendencias o propensiones de economistas y sociólogos que influyen tanto en la opinión pública y política como en el pensamiento intelectual. Las tendencias de los políticos se manifiestan, en efecto, como mínimo, por la etiqueta de su partido; las del cuerpo académico, en cambio, o las de los editores de publicaciones, son menos perceptibles, lo que, para bien o para mal, les permite ejercer mayor influencia.

Las entradas sobre el capitalismo y el socialismo aclaran el planteamiento de influyentes economistas sobre estas materias. Las 6.000 palabras dedicadas al tema del capitalismo proceden de la pluma de Robert L. Heilbroner, crítico hostil perteneciente a la

Nueva Escuela de Investigación Social de Nueva York, centro de estudios y de enseñanza de tendencias socialistas. Podría achacarse el hecho a un interesante y deliberado propósito de los editores, que declararon su intención de escribir -con más rigor que blandura• para estimular el estudio de los temas. Pero entonces resulta más bien sorprendente que las 9.500 palabras dedicadas a la entrada del socialismo no hayan sido encomendadas a un crítico de este sistema, o cuando menos a un escéptico, sino a un simpatizante, el profesor Nove, de la universidad de Glasgow. Ambos, Heilbroner y Nove, juzgan al capitalismo a partir de sus conocidas deficiencias y al socialismo desde sus (nunca cumplidas) promesas. En resumen, describen las debilidades, ciertas o supuestas, del capitalismo, pero no mencionan su capacidad de eliminarlas, que es una de las características intrínsecas de este sistema.

La importancia básica de este enfoque radica en que crea la impresión de que al capitalismo y al socialismo se les puede (esta es la parte metodológica de la argumentación) y se les debe (la parte ideológica) juzgar por sus virtudes y sus defectos, por sus puntos fuertes y débiles, por sus ventajas y desventajas, tal como los descubre el razonamiento (teoría) y los ponen de relieve los hechos históricos (demostración empírica).

El razonamiento de este libro avanza por una línea muy diferente. La teoría es esencial como posible explicación de la secuencia de causa y efecto, y las pruebas empíricas son valiosas e incluso fundamentales (según las diferentes escuelas) en orden a proponer una teoría como interpretación probable (no como cierta). Pero el criterio básico para poder emitir un juicio sobre el capitalismo y el socialismo no es ni lo que la razón sugiere ni lo que la historia indica a propósito de la superioridad del uno sobre el otro, sino cuál de estos dos sistemas puede eliminar más fácilmente sus defectos, de modo que pueda confiarse en su potencialidad para el futuro.

Con el correr del tiempo irán apareciendo, tanto en el capitalismo como en el socialismo, debilidades, defectos, imperfecciones y excesos. A veces se les puede anticipar como precio a pagar por las ventajas del sistema; otras se presentan de forma totalmente inesperada. Tanto el capitalismo de Occidente y, en estos últimos años, también el del Lejano Oriente, como el socialismo en sus varias especies y en un amplio abanico de países, que van desde la URSS, pasando por Yugoslavia, hasta China y Cuba, Suecia y Austria, han mostrado inconvenientes, no anticipados por la teoría ni revelados por la historia. Los economistas clásicos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX que describieron y anunciaron el sistema capitalista de Occidente como basado en mercados descentralizados que responden a los deseos de los consumidores no supieron anticipar las fluctuaciones de expansión y depresión, de prosperidad y miseria de las décadas de preguerra. Tampoco los marxistas y leninistas supieron anticipar las privaciones y coacciones que seguían abatiéndose sobre Europa Oriental 70 años después de la Revolución rusa. Los maoístas no pudieron vaticinar la Revolución Cultural ni los sucesos de la plaza de Tiananmén. El criterio esencial para ambos sistemas es hasta qué punto aprenden a eliminar los defectos que se presentan, hayan sido anticipados o no. La diferencia radical es que el capitalismo es en muy buena medida capaz de autocorregirse, y el socialismo no.

El capitalismo incluye el mecanismo autocorrector del debate abierto en una sociedad libre para descubrir los errores y la libre competencia en mercados abiertos que permite introducir las correcciones. El socialismo de la URSS y de sus satélites, incluida Alemania Oriental, sólo muy recientemente, y con tímidos pasos, está permitiendo la presencia de sociedades libres en una democracia política. Más problemático es el componente esencial de los mercados libres, a saber, la propiedad privada: allá donde signifique una amenaza para el poder de los planificadores políticos y de sus intereses creados topará con obstáculos y resistencias.

La doctrina socialista no ha dado aún respuesta a la pregunta de si en los países en que se ha implantado el socialismo podrán aplicarse en los años 90 las correcciones sin enfrentamientos o incluso sin guerra civil. China pareció abandonar, en junio de 1989, el concierto de las sociedades civilizadas. Pero si el socialismo de Europa Oriental quiere aguantar el vivo ritmo del capitalismo, tendrá que usar los mercados libres y, más pronto o más tarde, éstos crearán la demanda de una sociedad libre. Y esto será el fin del sistema socialista.

En este criterio crucial de la autocorrección, el capitalismo se alza claramente con la victoria. Cuando hice esta afirmación en una publicación del IEA del año 1980,²¹ no tenía presente el concepto de democracia propuesto por sir Karl Popper,²² aunque bien podría parecer su eco. Popper volvió a insistir sobre estas ideas 43 años más tarde,²³ porque, como decía, habían sido olvidadas o mal entendidas. Su razonamiento establecía que la diferencia esencial entre la democracia y la dictadura no es que la primera sea buena y la segunda mala, sino que el mandato de la ley de la democracia capacita al pueblo para desembarazarse por sí mismo de los malos gobiernos, mientras que la dictadura le priva de esta posibilidad. Así, pues, el alegato de Popper en favor de la democracia se basa en que puede librarse del mal por sí misma: en que es corregible.

En este sentido, el argumento a favor de la democracia y en contra de la dictadura coincide con el del capitalismo frente al socialismo. Los defectos reales o supuestos del capitalismo -alternancia de inflación y desempleo, o empleo e inflación simultáneamente, extremos de riqueza y pobreza, monopolios y competencia excluyente o de eliminación, hipercentralización, burocracia opresora, pobre escolarización, atenciones médicas carentes de sensibilidad, viviendas miserables y otras muchas cosas- no son endémicos: al contrario, son en muy buena parte el resultado de hipergobiernos o de desgobiernos. Y se les puede eliminar. Los defectos reales del socialismo -desempleo e inflación reprimidos, amplias injusticias y privaciones, autoridad arrogante, supresión de la libertad para las actividades económicas, de los derechos políticos y de la vida cultural, profundo arraigo de nepotismos y chanchullos y otras muchas cosas- son endémicos. Son parte constitutiva del sistema; sin ellos, el socialismo no funciona.

Esta es, en definitiva, la defensa del capitalismo, imperfecto, pero perfectible, y la réplica a sus críticos.

Notas

- 1 Andrew Glyn, en John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman (dir.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, Macmillan, 1987, vol. 1, p. 638.
- 2 B.S. Yamey, -The new anti-trust economics•, en *The Unfinished Agenda*, Institute of Economics Affairs, 1986, p. 77.
- 3 Julian Le Grand y Saul Estrin (dir.), *Market Socialism*, Clarendon, 1989.
- 4 David Marquand, *The Unprincipled Society*, El Cabo, 1988. ·
- 5 A.T. Peacock y Jack Wiseman, documento no publicado, Universidad de York, a finales de los 60.
- 6 Le Grand y Estrin (dir.), *Market Socialism*, pp. 210-211.
- 7 Le Grand y Estrin (dir.), *Market Socialism*.
- 8 *Ibidem*, p. 1.
- 9 *Ibidem*, p. 24.
- 10 *Ibidem*, p. 23.
- 11 *Ibidem*
- 12 Raymond Plant, -The market: needs, rights and morality•, *New Statesman*, 6, marzo de 1987; Kenneth Hoover y Raymond Plant, *Conservative Capitalism in Britain and the United States*, Routledge, 1989, y otros escritos.
- 13 Israel M. Kirzner, *Discovery, Capitalism, and Distributive justice*, Blackwell, 1989.
- 14 Hoover y Plant, *Conservative Capitalism*, pp. 263-268.
- 15 Jeremy Waldron, *The Right to Private Property*, Oxford University Press, 1988.
- 16 *Ibidem*, p. 4.
- 17 Raymond Plant, *The Times*, 10 de abril de 1989.
- 18 Joseph Stiglitz, *The Economic Role of the State*, Blackwell, 1989.
- 19 Robert Skidelsky, *The Social Market Economy*, The Social Market Foundation, 1989, p. 4.
- 20 Le Grand y Estrin (dir.), *Market Socialism*.
- 21 Arthur Seldon, *Corrigible Capitalism, Incurable Socialism*, Institute of Economic Affairs, 1980.
- 22 Karl Popper, *The Open Society and its Enemies*, Routledge, 1945.
- 23 Karl Popper, •Popper on democracy: the open society and its enemies•, *The Economist*, 23 de abril de 1988.

Capítulo X

LA «VISIÓN» DEL CAPITALISMO

Berger (en la Revolución capitalista) no ha logrado convencerme de que sea mejor la presencia viva del capitalismo depravado que la visión del socialismo democrático ...

Profesor ROBERT LEKACHMAN
(En la cubierta del libro de Berger)

También los liberales deberían tener su Utopía ...

FRIEDRICH HAYEK

En muchos de los escritos sobre capitalismo y socialismo, sus autores han condenado -al igual que el profesor Lekachman, aunque con un lenguaje más comedido- al capitalismo depravado frente a su visión del socialismo. Así, por ejemplo, los autores, más moderados, de Market Socialism censuran el libre mercado capitalista y ofrecen, en su lugar, el «anteproyecto de una sociedad que pueda ser a un mismo tiempo igualitaria, no explotadora, eficiente y libre; es decir, una sociedad socialista».

No hay un solo autor que haya contrapuesto el socialismo depravado a la visión del capitalismo. Y, sin embargo, es una tarea sencilla .

Las «Visiones» socialista y capitalista

Los socialistas sólo pueden ofrecer una visión todavía por descubrir. Se ven forzados a recurrir a estas visiones impelidos por la desagradable realidad de un socialismo depravado, tal como le hemos conocido, desde la blanda incompetencia o las inhibiciones obsesivas de las democracias sociales europeas hasta la violencia del comunismo, del que se tenía la esperanza de pertenecer al pasado, pero que ha reaparecido en Georgia y Pekín, en junio de 1989. Si el socialismo real fuera presentable, lo habrían presentado. Pero sus modelos sólo exhiben visiones. deplorables y sus partidarios se han visto obligados a suspender los alegatos que venían haciendo en su favor hasta la década de los 80, cuando comenzaron a reconocer sus fallos.

Si no literalmente depravado, el socialismo que nosotros conocemos no ha aportado, bajo ninguna de sus diversas formas, las ventajas que con absoluta seguridad se le han venido atribuyendo durante los últimos 200 años: ni libertad, fraternidad e igualdad según

la Revolución francesa, ni paz, pan y tierra según la Rusia leninista y la Revolución china maoísta. ¿Quién se acuerda ahora de que los bolcheviques prometían tierra a los campesinos? En vez de ello, fueron brutalmente colectivizados y, para sobrevivir, tuvieron que cultivar precariamente, con consentimiento táctico, minúsculas parcelas privadas. Apenas 70 años después de aquel 1917, se ha llegado a reconocer la necesidad de la propiedad privada para garantizar la productividad en los proyectados contratos de alquiler por 50 años. E incluso así se abocará al fracaso si los derechos de propiedad no incluyen la posibilidad de vender las tierras o de dejarlas en herencia a los familiares.

Hace ya mucho tiempo que han enmudecido las proclamas que describían a los países comunistas como versiones fin de siglo de aquella irresponsable visión de Webb que describía a la URSS de Stalin, en 1935, como la «nueva civilización». No es probable que se siga proclamando que trae las semillas de la libertad o de la prosperidad.

Incluso en los dos modelos de socialismo democrático más presentables, los casos de Suecia y Austria, existe la tacha de privilegios políticos y de inhibiciones personales que han sido demasiado fácilmente ignoradas ante el consuelo de haber hallado, al fin, al menos dos pequeños países europeos de los que poder afirmar que muestran cómo, a pesar de todo, es posible conquistar, bajo el socialismo, tanto la democracia política como niveles de vida aceptables. Pero el socialismo se ha comprado en Suecia al precio del debilitamiento espiritual de la seguridad social del Estado providencia a manos de los nuevos totalitarios.¹ El coste del socialismo en Austria es la colusión corporativista entre políticos, industriales y líderes sindicales. Ninguno de estos dos países exhibe el modelo de socialismo largo tiempo prometido por los socialistas. Hasta donde el socialismo económico de Suecia y Austria permite la democracia política, ésta se convierte en la arena de grupos de presión que mantienen la estructura del estatismo que es la fuente de su poder. Y hasta donde el socialismo produce, en los dos citados países, estándares de vida relativamente elevados, ello se debe a que son pequeñas barcas en un mar capitalista que les proporciona precios de referencia o •faros• en los mercados internacionales que les previenen frente a los naufragios económicos. Dependen de la atmósfera comercial del mundo capitalista que les rodea. Si los eurocomunistas, como Giorgio Napolitano, consideran que la URSS comunista, geográficamente inmensa pero económicamente ciega (y disparatada), es un parásito en los mercados internacionales del mundo capitalista, de cuyos costes y precios competitivos depende para obtener información sobre el valor real de intercambio de sus productos y sus exportaciones, las pequeñas democracias socialistas o socialismos democráticos de Suecia y Austria están más modelados aún por el mundo capitalista y más distantes todavía de la visión del socialismo que sigue siendo el salvavidas del pensamiento socialista, es decir, de la visión que presentan en el Oeste los profesores universitarios ante los estudiantes y, con más cinismo aún, los políticos ante los votantes, como un sistema independiente, fuerte y libre.

La visión del socialismo respaldada por socialistas como Lekachman en los Estados Unidos o por marxistas como Hobsbawm en el Reino Unido ha sido destruida con argumentos que no han podido rebatir y con pruebas que se empeñan en negar. Se les puede admirar por la fe que les anima, a despecho de -las hondas y las flechas de la atroz fortuna• que han aniquilado sus esperanzas. Pero deben aceptar la crítica de que hay profesores universitarios de su estirpe que continúan descarriando a los estudiantes y políticos que engañan al pueblo con ficciones que serían condenadas por inmorales también, y no en último término, por los mismos clérigos británicos que les sirven de caja de resonancia si los capitalistas recurrieran a tales métodos para la venta de bienes y servicios comerciales.

Pero en la imaginación de los socialistas se mantiene viva necesaria-mente la visión del socialismo con su máximo de méritos y su mínimo de defectos, aunque deban conjurarlo mediante las artificiales su posiciones del desinterés de la naturaleza humana y el espejismo de la producción ilimitada. Al menos aquí, y desde los tiempos de Marx, han mostrado comprensión para las dos partes del mercado: la oferta y la demanda. Pero la visión del socialismo no sólo sigue siendo un simple sueño al cabo de más de un siglo de proletarización: es que no es probable que se convierta en realidad hasta tanto no consiga resolver el interminable círculo vicioso del razonamiento en que está atrapado: que la naturaleza humana no será desinteresada mientras la escasez no sea sustituida por la sobreabundancia, pero que la sobreabundancia no reemplazará a la escasez hasta que la naturaleza humana no sea desinteresada. Aquí está el fallo trágico tanto del socialismo marxista como del democrático, al que ninguno de los dos puede escapar, porque sin mercados liberados de la presión política -que ambos rechazan- no pueden ni conseguir la productividad que elimina las limitaciones económicas de la escasez ni crear, por consiguiente, una universal ausencia de egoísmo humano para su distribución. Los socialistas que han vivido o siguen viviendo bajo el socialismo real y la mayoría de los científicos de la URSS, China y Europa Oriental que están abandonan-do, a regañadientes, el socialismo por el capitalismo, han aprendido estas verdades mejor que los socialistas de Occidente, que persisten en sus sue-ños con renovaciones periódicas, revisiones y recomienzos.

En la visión del capitalismo no existen estos obstáculos. Sabemos cómo se desarrolló el capitalismo en Europa, Norteamérica y Australasia en el siglo XIX, antes de que las doctrinas socialistas indujeran a los gobiernos a sustituir los mercados emergentes en muchas, más aún, en la mayoría de las actividades económicas, y no en último término en los servicios de bienestar de la enseñanza y la salud, por un proceso político que casi ha acabado por destruirlos. Podemos ver cómo habría sido posible corregir y perfeccionar las primeras formas del capitalismo a través de otras nuevas si los políticos hubieran limitado su poder a las ineludibles funciones colectivas del gobierno. Donde mejor se advierten los caminos que habría podido recorrer el capitalismo de no haber sido desviado o deformado por los políticos de los siglos XIX y XX es en Norteamérica y, sobre todo, en Suiza.

Las críticas al capitalismo se han aferrado al viejo ardid de contra poner el capitalismo imperfecto, tal como es, o ha sido, a la visión de un socialismo ideal, que nunca ha existido ni existirá en un futuro previsible. Se trata de una estrategia acusadamente dialéctica puesta al servicio de profesores universitarios y de políticos, que no puede ser rechazada con los recursos de la lógica: siempre será posible reivindicar la doctrina marxista del inevitable ocaso del capitalismo en un futuro impredecible. Y mientras el capitalismo avanza -según dicen- de crisis en crisis, los pontífices de un socialismo todavía por venir pueden disertar sobre algunos flagrantes fallos del mercado. Los esperanzados militantes de un socialismo una vez más revisado y corregido, actualizado y modernizado que nunca ha existido, como el del enésimo esfuerzo acometido por el pensador político Giles Radice,² despliegan una batería de ejemplos de supuestos fallos del capitalismo -desde los socorridos temas de la inflación y el desempleo, los monopolios o la ineficiencia, la desigualdad o la pobreza, a las nuevas acusaciones de descuido de las artes, degradación medioambiental y destrucción del patrimonio- en contraste con la promesa de un socialismo nuevo, nunca ensayado pero esta vez sí indestructible, a la vuelta de las próximas elecciones generales.

Es una evasión frente a las pruebas históricas y el razonamiento profundo esperar que los pueblos del mundo actúen como si una remota posibilidad pudiera convertirse en una probabilidad inmediata tan sólo con marcar con una cruz en la papeleta del voto el nombre del candidato adecuado. Con escasas excepciones, los visionarios del socialismo rechazarán las pruebas o los razonamientos que siembran dudas sobre su visión. Desde que Mises demostró, en los primeros años 20, la imposibilidad teórica del cálculo racional en una economía socialista, hasta el rechazo del socialismo en el mundo comunista a finales de los años 80, se han malgastado 65 años de discursos y demostraciones contra un socialismo empeñado en mantener aquella visión beatífica. Se han registrado repetidos cambios en la redefinición o revisión, con nuevas propuestas para que la intervención del Estado ponga remedio a los fallos del mercado que el nuevo socialismo subraya, porque el Estado se verá debilitado o desvirtuado dondequiera se permita la presencia del mercado.

Este es el acto de fe que sustenta el esfuerzo intelectual durante largo tiempo realizado por los críticos del capitalismo para mostrar sus contrastes con la alternativa de un socialismo sin tacha. La mayoría de los escritos socialistas están impregnados del conocido non sequitur •el capitalismo que conocemos es malo, el socialismo, tal como podría ser, es bueno• (o, en todo caso, mejor). Este tipo de contrastes es ilógico y ahistórico. Puede muy bien admitirse que los investigadores, los políticos y los observadores, disgustados por los abusos o los excesos del capitalismo, busquen una alternativa. Pero es inadmisibles que intenten crear nuevos socialismos para eludir los fallos del antiguo. Su análisis del capitalismo pasa, además, por alto la cuestión de si los abusos y los excesos de este sistema son orgánicos e inseparables de su naturaleza o si le vienen sobreimpuestos por las distorsiones políticas. Repiten invariablemente que los

males del capitalismo son endémicos, aunque no han logrado establecer una conexión intrínseca y son pocos los partidarios de la izquierda que admiten hoy día el argumento marxista -más aseveración que ciencia -de la inevitabilidad del colapso capitalista. Aunque el instrumento político británico del socialismo, el Partido Laborista, aceptó finalmente, en junio de 1989, tardíamente y tras sufrir tres derrotas electorales sucesivas, que el mercado es inevitable, son muchas las personas, incapaces de aceptar una derrota espiritual o intelectual, que se aferran tenazmente a la visión socialista. Con honrosas excepciones, continúan ignorando la persistente evidencia del fracaso del socialismo real y se aferran a su fe a largo plazo en el sueño socialista.

El espejismo socialista y el capitalismo posible

Para conservar su credibilidad intelectual y sus lealtades políticas, el socialismo ha tenido que soportar con el paso del tiempo varios períodos y fases de revisionismo. Hemos sido testigos del último, a finales de los 80, cuando el socialismo fue sometido a nueva revisión y redefinición. La tentativa académica más importante fue la acometida por el profesor Nove³ con el propósito de hacer ver, a quienes todavía seguían creyendo en el marxismo y pensaban que el socialismo rechazaría el mercado, que sólo con el mercado podría sobrevivir. La más reciente y más refinada remodelación del socialismo, basada en la idea de la ciudadanía, ha sido la emprendida por el profesor Plant.⁴ Ambos autores evidencian una fuerte dependencia del proceso político, con escasa discusión sistemática sobre el análisis de la elección pública, lo que indica que más tienden a debilitar que a liberar el mercado.

La alternativa a la visión socialista no es la visión sino la realidad capitalista. Esta realidad se apoya en tres pilares: primero, la evolución de la historia del capitalismo; segundo, la lógica de que donde y cuando los ciudadanos puedan elegir con libertad, conservarán los aspectos buenos del capitalismo y rechazarán los malos; tercero, las pruebas que está dando de sí el capitalismo práctico en nuestros días.

Hayek ha argumentado que los liberales han tenido sabiduría suficiente para imaginarse una Utopía liberal. (Sus reflexiones sobre el tema han sido reeditadas en *La fatal arrogancia*).⁵ Los liberales pudieron sentirse con-fortados por el sueño de una Utopía liberal durante su época oscura subsiguiente a la última guerra y durante muchas de las décadas anteriores, cuando el socialismo fue abrazado y defendido en todo -menos en el nombre- por políticos de todos los partidos, tanto conservadores y liberales como laboristas. En mis días de estudiante, la argumentación socialista parecía arrasarlo cuanto se le ponía por delante. Incluso la guerra fue citada como confirmación de las demandas socialistas de eficacia, equidad y humanidad en una sociedad planificada. Pero la visión del capitalismo tiene solidez sin necesidad de recurrir a los sueños improbables e insostenibles de la evasión socialista de la realidad:

la asunción, a menudo implícita en los escritos liberales y perfectamente explícita en los socialistas, de que el único capitalismo que ha podido desarrollarse ha sido el desvirtuado y deformado por el proceso político.

No es difícil precisar que la única fase excepcional y fugaz- de verdadero liberalismo económico fue un corto período, de 30 a 50 años, a mediados del siglo XIX, tal vez, para ser más exactos, entre 1830 y 1880. Existe un amplio debate entre los historiadores acerca de la importancia, la adecuación y la oportunidad de las medidas políticas -leyes concretas, regulaciones y decisiones ad hoc. Pero han sido muy pocos, o ninguno, los esfuerzos dedicados a describir qué clase de capitalismo se habría desarrollado si se hubieran adoptado decisiones políticas para reforzar el sistema con el propósito de conservar sus ventajas potenciales para el pueblo, en lugar de debilitarlo para ponerlo al servicio de los fines inmediatos de los gobiernos, o de los intereses de los políticos y burócratas, o de grupos de presión sectoriales. Ofrece una rara excepción el historiador doctor Stephen Davies, de la Politécnica de Manchester, en una obra de próxima aparición.

Este enfoque suscita preguntas muy delicadas sobre la naturaleza de la democracia, sus horizontes temporales, la duración óptima de los mandatos parlamentarios, y hasta qué punto los gobiernos sirven al interés general más que a los intereses particulares.

En todo caso, lo que no puede darse por supuesto es que todas las decisiones políticas que han afectado al desarrollo del sistema capitalista durante más de 200 años hayan sido sabias y prudentes, previsoras, políticamente desinteresadas y tomadas con la intención de mantener y consolidar el sistema. Difícilmente puede admitirse que el estadista lord North fuera tan perspicaz, tan benevolente, tan previsor, tan autosacrificado o tan sabio como William Pitt, Castlereagh como Robert Peel, Disraeli como Gladstone, Lloyd George como Asquith, Neville Chamberlain como Winston Churchill (•siempre he sido liberal•, afirmó en sus últimos años), Harold Wilson como Alee Douglas-Home, Edward Heath como Margaret Thatcher. Y resulta aún más difícil aceptar que, incluso en el caso de que lo fueran, el sistema político en el que actuaban les permitiera desplegar y aplicar a todos ellos por igual tales virtudes. Y, en fin, fueran cuales fueren sus cualidades personales, tenían que enfrentarse con problemas in-mediatos, nacionales e internacionales, que les distraían, tenían que zanjar diferencias entre sus colegas, sopesar su popularidad electoral a corto plazo.

No ha habido en los últimos 200 años ni un solo político o gobernante capaz de proponer en el supuesto de que hubiera abrigado esta intención- como objetivo principal de la política a largo plazo el mantenimiento o fortalecimiento del sistema económico de mercado que nosotros -y en medida creciente los antes críticos del socialismo y los defensores coherentes del liberalismo-- sabemos ahora que habría obtenido los mejores resultados con el paso del tiempo.

¿Debemos suponer que el capitalismo ha sido fomentado por los gobiernos durante los dos últimos siglos? ¿Adoptan siempre los políticos las perspectivas adecuadas a largo plazo? ¿Sacrifican siempre sus objetivos políticos a corto plazo? ¿Son siempre fieles a sus promesas de servir al interés público? ¿Anteponen siempre los intereses de los demás a los suyos propios? ¿Abandonan el poder y se retiran a sus familiares y sencillas ocupaciones cuando advierten que provocan daños?

Hemos tenido el caso ejemplar de un hombre que anticipó e inició la Revolución Industrial y la Revolución Agraria del siglo XVIII. Sir Robert Walpole ingresó en el Parlamento, como whig, en 1700, a la edad de 24 años. Fue el arquetipo de aquella «vieja guardia» de principios del XVIII que Hayek consideraba como modelos de estadistas y de filósofos políticos. En la mayor parte de los casi 40 años de gobierno whig, Walpole dominó la vida política inglesa como Ministro de Hacienda y Primer Lord del Tesoro, desde 1721 a 1742. Fue un liberal auténtico, cuyas prácticas de gobierno no se adelantaban a las enseñanzas de Adam Smith. Estimuló el comercio internacional (aunque los torios le forzaron a renunciar, en 1733, al Acta de Libre Comercio), mejoró las aduanas y los impuestos mediante la introducción de los depósitos de mercancías y redujo la deuda pública. Pero la quitaesencia de sus reformas creadoras de mercado de aquellos años cristalizó en los vallados privados de tierras públicas sin explotar, que contribuyeron decisivamente a configurar los bellos paisajes de la campiña inglesa. Los portazgos (peajes) privados crearon la infraestructura básica de la red de carreteras que, gracias al recubrimiento trianual con macadam, han tenido solidez bastante para aguantar el peso de los vehículos gigantes de 250 años más tarde. Los canales privados redujeron los costes de los transportes. Y, lo que no es menos importante, no aumentó el tamaño del gobierno a base de recurrir a hombres de talento y a una viva actividad legislativa del Parlamento. Aparte Gladstone, fue el único que practicó este tipo de gobierno mínimo. Sus sucesores, con lúcidos intervalos en períodos de emergencia, se dedicaron sobre todo a la política.

Ningún investigador socialista apoyaría, por supuesto, una interpretación antihistórica de la historia que su ponga que los políticos son servidores desinteresados de los ciudadanos. Los escritos de los críticos del capitalismo, desde los marxistas a los socialdemócratas, están también repletos de censuras contra los líderes políticos socialistas. No hay un solo líder de la antigua URSS que haya escapado a los reprohes por su tardío reconocimiento de los fallos del socialismo soviético. Todos ellos desde Lenin, pasando por Stalin, hasta Kosyguin y Breznev, han sido acusados de errores, cómodo eufemismo que todo lo abarca, y con el que se designa toda la escala de los males, desde la represión moderada hasta la sanguinaria violencia. Incluso a Mijaíl Gorbachov, el más humano y civilizado de los líderes comunistas rusos, se le acusa de haber cometido «errores» por introducir con excesiva rapidez el mercado, poniendo en peligro la estabilidad de la sociedad rusa y exponiéndose a revueltas prematuras. Ahora está pendiente del juicio de los críticos socialistas. Este coro de críticas puede añadir a la

galería de tunantes los nombres de casi todos los líderes comunistas de Europa Oriental, tal vez con las únicas excepciones del checo Afexander Dubcek, de corta vida política activa, y del húngaro Imry Nagy, ejecutado por traidor.

Tampoco se salvan de las críticas los líderes occidentales. Han llovido las censuras socialistas sobre los dirigentes del Partido Laborista, desde la «traición» de Ramsay Macdonald, pasando por la supuesta duplicidad de Harold Wilson, hasta la timidez de James Callaghan, que perdió las elecciones generales de 1979. A la única excepción, Clement Attlee, se le perdonaron los fallos en atención al mérito de haber introducido el Estado de bienestar por consenso. Tal vez el mejor Primer Ministro salido de las filas laboristas haya sido Hugh Gaistkell, debido sobre todo a que fue un economista que, junto con su íntimo amigo Evan Durbin, comprendió el mer-cado. Pero también él tuvo que enfrentarse a las tendencias de Aneurin Bevan y otros socialista.s estatistasy, lo que era aún más destructivo, en el marco de un proceso político -gobierno democrático representativo- que había impedido hasta entonces que los políticos antepusieran el interés público a los intereses personales, los partidistas o, en general, a los intereses creados.

Los dirigentes conservadores y liberales, simplistamente descalificados por los socialistas marxistas como defensores del capitalismo, si no ya miembros de aquel comité ejecutivo supuesto por Marx para gestionar los negocios de la clase capitalista gobernante, han venido debilitando el capitalismo durante más de cien años. De entre los liberales, el menos dañoso fue Gladstone; podrían seguirle en la enumeración Asquith, Churchill, tal vez también su amigo Archibald Sinclair, y Jo Grimond, nieto político de Asquith. David Steel nunca entendió el mercado. Y los líderes conservadores, dejando aparte al citado Churchill y hasta la llegada de Margaret Thatcher, como no se dejaron la barba metafórica ni se pusieron la gorra de paño revolucionaria, no parecían ser adversarios de la libre empresa y tuvieron, por tanto, manos libres para minar el capitalismo liberal al aumentar el tamaño del Estado mediante la nacionalización de la industria y de los servicios de bienestar en la postguerra.

La frustración política del capitalismo liberal

Si el comunismo se ha visto desbaratado por políticos autocráticos y la socialdemocracia distorsionada por políticos cínicos, no se ha visto menos estorbado el capitalismo por políticos de todos los partidos cuyas posibles buenas intenciones quedaban relegadas a un segundo término frente a las inevitables presiones del proceso político. A esta conclusión deberán llegar los académicos socialistas que creen que la verdad sobre los dos sistemas sólo podrá surgir de una comparación entre lo que son y lo que po-drían haber sido, pero sin perder de vista tanto el auténtico carácter de la naturaleza humana como el funcionamiento real de las instituciones políticas.

El capitalismo posee un mecanismo, el mercado, que le capacita para utilizar los recursos de acuerdo con las preferencias de los ciudadanos. Pero el proceso político bajo el que tiene que actuar, esto es, la democracia representativa de los gobiernos parlamentarios, se ha visto crecientemente distorsionado por la inflación provocada por los propios gobiernos, no en último término como consecuencia de los obstáculos e imperfecciones de sus procedimientos electorales, de sus chalaneos, de sus intercambios de favores y de acuerdos bajo cuerda de mutuo apoyo caballeramente cumplidos-entre los lobbies de votos y de su sensibilidad, en fin, frente a las presiones sectoriales. Por todos estos caminos han desvirtuado, suprimido o debilitado el mercado los gobiernos representativos de todas las democracias. Han inutilizado el instrumento que podría haber hecho en favor de los ciudadanos normales más que la libertad política nominal de voto, que en la práctica enmascara sus preferencias.

Esta es la causa de que el sistema capitalista no haya conseguido hasta ahora desarrollar todo su potencial para crear un mercado que reaccione ante la soberanía del pueblo. Los gobiernos han dirigido su evolución más con el designio de satisfacer la presión de los objetivos políticos que de responder a los intereses fundamentales a largo plazo de la población. A la hora de formar y dirigir gobiernos, los intereses políticos no se han guiado por la intención de capacitar a los gobernantes para poner en práctica lo mejor del sistema capitalista. La comparación con el socialismo es defectuosa, salvo que en el otro punto de la comparación se ponga un capitalismo que funcione en el marco de un sistema político que le permita actuar a través del libre mercado -un proceso político que se limita a cumplir el mínimo de funciones colectivas imprescindibles.

El requisito político es que los gobiernos permitan y capaciten al mercado para expresar las preferencias de los ciudadanos. Incluso en Estados Unidos, el país con el sistema supuestamente más capitalista del mundo después de Suiza, se ha maltratado, pervertido y debilitado el mercado. Sus gobiernos nunca han sido totalmente del pueblo, ni han sido totalmente aprobados por el pueblo, ni han trabajado sin reservas para el pueblo." No ha habido gobiernos que se hayan propuesto abiertamente socavar el sistema capitalista, pero tampoco ha habido nunca -salvo en la década en torno a 1890, cuando se intentó el •desmontaje de los trusts- un gobierno que haya pretendido hacer funcionar a pleno rendimiento el capitalismo. En general, los demócratas han causado perjuicios y los republicanos no muchos beneficios. El largo mandato de Franklin Roosevelt fue casi un desastre para el capitalismo, los años de Eisenhower fueron neutrales, la interrumpida presidencia de Nixon una bendición a medias y los dos períodos de Reagan una bienintencionada decepción. En Europa, con la sola excepción de Suiza, el capitalismo ha tenido que funcionar en todos los países en Francia, durante la mayor parte del tiempo en Alemania Occidental, en Italia, España, Portugal, los Países Bajos, Bélgica, Suecia, Noruega y Dinamarca- con gobiernos socialdemócratas o conservadores, dirigidos por políticos cuyo abierto propósito era diluir o destruir el mercado. No tiene, pues, nada de extraño que no haya alcanzado

los niveles de eficacia de que de suyo este mercado es capaz. Lo milagroso es que haya sobrevivido y haya podido triunfar a despecho de la comprensible indiferencia, negligencia o animadversión de los políticos. El mercado es el adversario indestructible del político. Del capitalismo occidental dijo Jrushev: «Te enterraremos». Aunque subterráneo y clandestino, el capitalismo ruso ha sobrevivido, a pesar de décadas de opresión y de asesinatos, y le ha sobrevivido a él.

La exigencia política del capitalismo de que los gobiernos liberen el mercado surge de una relación entre gobierno y mercado que los críticos del capitalismo no aciertan a comprender. Para los socialistas, el proceso político del gobierno es el instrumento esencial y efectivo de la soberanía popular ante la que los gobernantes son responsables y en la que el pueblo puede participar democrática y decisivamente. Hoy reconocen su error y admiten que el mercado es deseable e ineludible. Pero debe seguir siendo instrumento de los políticos. Esta conclusión pone el carro delante de los bueyes. El profesor Marquand ha dicho que el objetivo es poner las fuerzas del mercado al servicio de la política democrática. Pero la exigencia de la soberanía popular, aquel •gobierno para el pueblo• de Abraham Lincoln, pide exactamente lo contrario: poner el proceso político al servicio de la soberanía del pueblo, que en ninguna otra parte se ejerce mejor que en el mercado.

Tenemos que averiguar ahora el modo de conseguir que el proceso político sea tan responsable ante el pueblo como lo puede ser el mercado. Ambos son imperfectos. En 200 años de capitalismo, ninguno de los dos ha conseguido, hasta ahora, el grado de efectividad que se esperaba de ellos. Los dos han experimentado mejoras: el proceso político mediante la ampliación de los derechos políticos, la disminución de la corrupción y otros medios; el proceso del mercado mediante el control de los monopolios, el tratamiento de los efectos externos y la corrección de las desigualdades innecesarias en la distribución de las rentas. Pero los economistas han obtenido mejores resultados en su examen crítico y su identificación de las imperfecciones del proceso de mercado que los alcanzados por los politólogos en su análisis crítico y su tarea de identificación de las imperfecciones del proceso político.

El politólogo y profesor norteamericano William Mitchell ha argumentado con sólidas razones, en estos últimos años, que sus colegas han dado muestras de lentitud para aprender las lecciones de la nueva economía de la política.⁶ Por lo que hace al funcionamiento de las instituciones políticas, es más lo que los economistas pueden enseñar a los politólogos que éstos a aquéllos. Desde el descubrimiento de la auténtica capacidad del mercado realizado por Adam Smith, los economistas han tenido clara conciencia de lo que ahora se llaman fallos del mercado. Los politólogos, en cambio, han iniciado hace apenas 30 años el análisis sistemático de los fallos políticos y fueron precisamente los economistas quienes les incitaron a fijar su atención en ellos. Ha sido, además, el análisis económico el que ha proporcionado las intuiciones más penetrantes. No existen críticas más severas del mercado que las de los economistas liberales, que son quienes mejor advierten su fortaleza y su capacidad. Han sido mucho mayores los

esfuerzos de los economistas por eliminar las imperfecciones del mercado que las de los politólogos por superar las imperfecciones del proceso político. La diferencia entre el mercado y la impermeabilidad política para las reformas y las correcciones es una de las razones fundamentales a favor de la necesidad de disciplinar y reducir al mínimo el proceso político si se quiere que el capitalismo dé sus mejores frutos, es decir, si se desea que el sueño del capitalismo (ver más abajo) se convierta en realidad.

Las desigualdades del capitalismo son un manantial inagotable para las críticas socialistas. Pero es evidente que las diferencias de acceso a los bienes y servicios se dan tanto en los mercados capitalistas como en el sistema político socialista. El acceso está influenciado o determinado en el mercado por la desigualdad en las rentas o las riquezas, y en el Estado por la desigualdad de influencia, de capacidad persuasiva y de la red de relaciones sociales. La desigualdad en el mercado es consecuencia de los flujos y stocks de poder financiero, y en el Estado (también, y no en último término, en la mayoría de las regiones de la antigua URSS) del status familiar, de la escala social y profesional y de otras fuentes de poder cultural. Pero es precisamente el proceso político el que impide eliminar en el capitalismo las diferencias evitables en todos los campos (aunque no en el corto plazo) y el que proporciona amplio espacio de juego para el ejercicio del poder cultural que perpetúa las indeseables desigualdades del socialismo.

Hay entre el capitalismo y el socialismo cuatro diferencias que los socialistas suelen ignorar o minimizar:

Primera: Para corregir las diferencias evitables del poder financiero, el gobierno puede redistribuir las rentas con daños mínimos para el mercado y con las estructuras más fácilmente modificables de la burocracia, los intereses creados y la fiscalidad. La redistribución es posible y está siendo ampliamente practicada en todos los países capitalistas, incluidos los más destacados, como Estados Unidos y Suiza. Es, en cambio, pura fantasía proponer la redistribución del poder político-cultural que emana de la familia, de los orígenes sociales, de las relaciones personales, de los vínculos profesionales y de los lazos políticos. No es nada sorprendente que esta redistribución haya sido raras veces acometida en los países socialistas, desde la URSS a Suecia y Austria, o en los sectores socialistas de los países capitalistas, por ejemplo en Gran Bretaña. Son risibles las estrategias a que recurren los socialistas dotados de poder cultural para mantener algo así como una apariencia de igualdad. El Secretario de Estado para la Salud que jura haber sido tratado en la sala de espera de un hospital de la Seguridad Social exactamente igual que los simples votantes difícilmente puede esperar que la gente crea que ha guardado cola como los demás.

Segunda: Es más fácil escapar de oferentes insatisfactorios en el mercado, donde hay de ordinario muchos proveedores, que en el Estado, que es suministrador único. En las actividades en las que, bajo los sistemas capitalistas de Gran Bretaña y de Europa, hay pocos proveedores, la causa radica generalmente tanto en la intervención del gobierno, que ha creado monopolios en el campo de los combustibles y el transporte, el

agua y los servicios postales, en la fabricación y distribución de diferentes artículos, en la educación y la sanidad, como en el mercado que permite que las economías de (amplia) escala creen algunos oligopolios (un reducido número de ofertantes) en el sector de la energía eléctrica y en pocas cosas más. Pero los monopolios creados por el gobierno son permanentes, o de larga duración, mientras que los oligopolios del mercado son, de ordinario, temporales o de corta vida. El gobierno puede proporcionar respiración asistida durante mucho tiempo a sus monopolios mediante privilegios a expensas del pueblo: los aranceles han sido con frecuencia la madre de los trusts (carteles) en Estados Unidos. La réplica marxista de que ocurre exactamente lo contrario, esto es, que son los carteles la madre de los aranceles, ha tenido eco en el análisis moderno de la elección pública de búsqueda de rentas, pero las soluciones son frontalmente opuestas: los investigadores liberales de la elección pública dirigen sus miradas a las disciplinas constitucionales o de mercado para reducir el poder de los gobiernos, mientras que los marxistas persisten en el viejo error de confiar en la aparición de políticos santos y de videntes que regulen, con creciente poder gubernamental, las realidades económicas.

Tercera: Los ciudadanos que no pueden competir en el proceso político porque carecen de la pericia política necesaria y tienen, de ordinario, menor poder cultural, pueden escapar del mercado y refugiarse en la economía sumergida, donde el mercado negro es más democrático por ser menos jerárquico. Sus participantes compiten en habilidades comerciales que no exigen las raras capacidades políticas arbitrariamente adquiridas y desigualmente repartidas desplegadas en las tareas de gobierno por los políticos, los burócratas y sus consejeros. Ha sido el proceso político el que ha creado los mercados negros libres a los que empuja a la fuerza a los ciudadanos observantes de la ley con su torpe engrعيمiento de que es capaz de disminuir el instinto humano de intercambio, transacción y trueque.

Cuarta: El sistema capitalista no exige una ciudadanía activa: concede a cada persona concreta la libertad de elegir entre las dos principales formas de las actividades humanas. De ellas, la más interminablemente discutida, la que más espacio consume en la prensa y más tiempo en la radiotelevisión, es la política: sus mítines y conferencias, sus comités directivos y sus conspicuas personalidades. Son mucho menos comentadas las actividades no políticas, que son justamente las practicadas por un número incomparablemente mayor de personas. Los asuntos familiares, los objetivos artísticos, las obras de caridad, las conversaciones con amigos o sencillamente no hacer nada, son otros tantos modos de emplear el tiempo de ocio que desconciertan a la clase política y la induce a calificar a los no políticos de irresponsables, insolidarios o antipatriotas.

El título del libro de Shirley Williams *Politics is for People* revela lo que a la clase política le gusta imaginarse.⁷ Se ven, por supuesto, a sí mismos como agentes del bien. Y algunos lo son. Pero no es éste el problema. La delicada pregunta que debe hacerseles es si están dispuestos a poner el interés del pueblo por encima de sus intereses personales. Algunos lo están, y añadirán que, en definitiva, esperan realizar algún bien a través de sus actividades políticas. (Lo que puede ser un error: la mayoría de ellos

pueden hacer mayores bienes, o causar menores males, en el mercado comercial.) El libro de la señora Williams podría haberse titulado, para ser más precisos, *Politics for Political People* (La política es asunto de la clase política). Estos atípicos y poco representativos activistas eligen la política como profesión o como su actividad laboral, en vez de ser abogados, contables, escritores, maestros o fabricantes de los diversos y vulgares bienes y servicios, porque consideran que es una carrera más atrayente o más remuneradora. Muchos de ellos lo hacen bien y estas ocupaciones pueden proporcionarles satisfacciones personales. Pero de aquí no debe seguirse que actuaríamos sabiamente confiando nuestras familias o nuestros bienes a sus cuidados. Hasta las buenas personas hacen cosas dañosas en política. El mercado no exige que las personas sean buenas. Las toma como son, y las induce a actuar bien pidiéndoles simplemente que utilicen sus capacidades para producir lo que otros desean.

Los críticos británicos del capitalismo no han sabido ver hasta fechas recientes las virtudes del mercado. Sólo ahora comienzan a descubrir que el mercado es más indiferente que el proceso político respecto a los orígenes, la clase social, la región, la raza, el color o las idiosincrasias del carácter o del temperamento de las diferentes personas. La gente común tiene mayores posibilidades para hacer valer sus deseos en el mercado que en la arena política, incluso bajo los regímenes más democráticos. De ahí que, por revolucionario que parezca, el objetivo debería ser poner la política democrática al servicio de las fuerzas del mercado.

Cualquier otra suposición peca de falta de realismo. En la visión capitalista el ideal consiste en que el proceso político ocupe el menor espacio posible de la vida económica. Los bienes de dominio público deberían alcanzar, como máximo, la quinta parte de la actividad económica total de la nación. (Un economista sueco los ha situado entre el 7 y el 12 por 100.) La partida principal es la defensa. En Gran Bretaña supone el 8 por 100 de la renta nacional. Si los conservadores de la antigua Unión Soviética están dispuestos a admitir, al cabo de 70 años, una disminución de su capacidad militar, el sector de los bienes públicos podría reducirse hasta cerca de un 10 por 100 en todos los países del mundo. El capitalismo podría arreglárselas con el 90 por 100 restante en los mercados libres, sin injerencias políticas. Pero si el mercado se convierte en siervo del Estado dirigido por los políticos, los burócratas y sus consejeros -la política democrática del profesor Marquand-, en el que la voz del pueblo (que se deja oír una vez cada cuatro años) sería sustituida por las diarias tácticas políticas, las presiones de los intereses creados y otras funestas politiquerías, el gobierno convertiría sin tardanza en cuestión política la producción de alimentos, vestidos y ropas de abrigo, del mismo modo que ha politizado la oferta de educación, de servicios sanitarios, de viviendas y de pensiones.

La visión del gobierno limitado

El capitalismo, tal como ha sido configurado por la política desde los últimos años del siglo XIX y como se presenta en los primeros años 1990, es muy diferente del capitalismo que podría haber sido. Si la política se hubiera limitado a sus tareas esenciales, el capitalismo podría haber generado más riqueza con menos pobreza y más libertad con menos restricciones.

Esta afirmación es válida también respecto a los sistemas políticos democráticos. Los gobiernos representativos, tal como nosotros los conocemos desde que se amplió el derecho de voto para incluir a todos los adultos, han insistido en sus promesas pero no han alcanzado la meta señalada por sus fundadores. Lincoln habló de las tres formas de soberanía popular: «de», «por» y «para» el pueblo. Cuanto a la primera, hasta ahora ningún gobierno es creación «de» todo el pueblo: ninguno de los sistemas electorales hasta ahora utilizados da como resultado un microcosmos en el que pueda reconocerse la totalidad de la voluntad popular. Por lo que hace a la segunda, es evidente que las asambleas elegidas no son guiadas «por» el pueblo. Abraham Lincoln debió pensar en gobiernos mucho más reducidos, que pudieran ser regulados «por el pueblo». Los asuntos diarios de nuestras Administraciones, que se llevan el 50 por 100 de nuestras rentas, son dirigidos por ministros elegidos y por funcionarios seleccionados que no son directamente responsables ante el pueblo. Tienen que rendir cuentas ante asambleas representativas, ya sea la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña o el Congreso de los Diputados de la antigua URSS, que sólo de manera muy imperfecta reflejan la voluntad general. (Era todavía menos representativo el Soviet Supremo, compuesto por diputados seleccionados.) Y, cuanto a la tercera forma de soberanía, los gobiernos representativos no gobiernan «para» todo el pueblo; responden más a lo acordado en «conversaciones» secretas con promesas de ayudas financieras y a la presión moral ejercida por la plebe callejera a través de sus amenazas de violencia que al demos de las urnas. No tiene nada de extraño que los grupos de presión hayan recurrido a maniobras que desvirtúan o, en último extremo, ignoran las decisiones de las asambleas elegidas.

Con independencia del grado de representatividad de las asambleas elegidas, la elección se lleva a cabo según procedimientos que las apartan del control democrático. La nueva democracia de la antigua Unión Soviética será una promesa del gobierno a los ciudadanos soviéticos carente de contenido si no se garantizan a la vez reformas económicas que pongan fin a la planificación central controlada por el Gosplan y no se crean mercados al servicio de clientes que pagan por lo que compran. Han sido muy superficiales los debates de la prensa británica en torno a los parecidos entre los gobiernos parlamentarios occidentales y los nuevos Estados «democráticos» socialcomunistas. De los 2.250 diputados soviéticos elegidos por votación secreta, se estima que no pasan de 300 a 450 los reformistas favorables a la reconstrucción del mercado. Nos hallamos, pues, ante un puñado de radicales o «liberales» que apoyaban

las ideas de Gorbachov frente a 1.500 •conservadores•, funcionarios del Partido, gestores de la planificación estatal, directores de granjas estatales y otros que como fácilmente se comprende-preferían el status quo de los monopolios del Estado. El gobierno -democrático• confeccionado en Polonia en agosto de 1989 se basaba en los intereses de los productores (Solidaridad), de los granjeros (el Partido de los Campesinos) y de un convencional grupo socialde-mócrata (los Demócratas). De aquí no podía salir un gobierno efectivo del, por y para el pueblo polaco si no se creaban mercados libres.

Los estudiosos de la historia política británica pueden conjurar las esperanzas de un duelo Gladstone/Disraeli trasladado a gobiernos rusos en los que se alternarían las directrices de partidos «liberales» y partidos conservadores. Pero incluso en el caso de que esta transformación de la política rusa figurara en el próximo Plan Quinquenal, no reflejaría la voluntad del pueblo mientras ésta no se exprese todos los días en la plaza del mercado. Las obstrucciones no procederán tan sólo del «Partido conservador» del Congreso, que representa a o está influido por políticos, militaristas, planificadores, comisarios, burócratas y pequeños funcionarios. Procede-rán también de la versión rusa de las imperfecciones de los sistemas poli-ticos del Oeste. Hasta que el capitalismo ruso no se convierta en realidad viva en unos mercados omnipresentes, podemos dar por descontada la existencia de la familiar rutina de pactos electorales, probablemente secretos, concesiones mutuas en el Parlamento y búsqueda de rentas por parte de los intereses creados de los militares, los planificadores, los grupos de presión culturales, los millones de funcionarios de segunda fila, de los campesinos y el habitual desfile de productores que saben cómo organizarse y ejercer presión. Sectores bien encuadrados y obstinados entre ellos algunos nombres famosos, como el de Borís Yeltsin y otros radicales -desean tener su voz como nuevos parlamentarios. Pero los ciudadanos comunes no podrán escapar de las empresas monopolistas del Estado y se seguirá mimando a los nuevos políticos «democráticos» hasta que no se imponga la competencia en la economía rusa. La democracia política no es suficiente.

¿Debe darse por supuesto que los gobiernos de Gran Bretaña, o de Europa, o de Norteamérica, han gobernado justamente de acuerdo con los deseos del pueblo? ¿Que han proporcionado los servicios que se necesitaban? ¿Que no han regulado más allá de lo estrictamente necesario para proporcionar bienes públicos que sólo los gobiernos pueden ofrecer? ¿Que han renunciado, al llegar la paz, al cúmulo de poderes que tuvieron que asumir en épocas de guerra? ¿No se extiende la burocracia más allá de lo requerido? ¿No son los impuestos más altos de lo necesario para hacer frente a las irrenunciables tareas colectivas del gobierno?

¿Han sometido a prueba los gobiernos democráticos su eficiencia me-diante experimentación y contraste sistemático con otras formas de gestión? ¿Devuelven impuestos a los clientes insatisfechos? ¿Hacen reajustes en la distribución de las prestaciones cuando cambian las circunstancias de las rentas individuales y las necesidades familiares? ¿Les mueve más la compasión por los pobres que las

concesiones a los poderosos? ¿Otorgan la primacía a los intereses a largo plazo del pueblo en cuanto consumidor frente a sus intereses a corto plazo como productor?

¿Están dispuestos a modificar los poderes legalmente creados de las asociaciones privadas, tanto profesionales como sindicales y de otras instituciones autónomas burkianas, cuando cambian las condiciones del mercado? ¿Resisten siempre y decididamente las presiones de los intereses sectoriales?

¿Autolimitan los gobiernos su «liderazgo» y sustituyen las valoraciones políticas individuales por otras colectivas sólo cuando es deseable? ¿Invaden los ámbitos individuales y familiares sólo cuando no hay otro remedio? ¿Es la democracia en Gran Bretaña (o en cualquier otro lugar de Occidente) gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo? ¿Es el procedimiento político la mejor maquinaria para someter los políticos al pueblo, los ostensibles servidores a los supuestos amos? ¿Son los funcionarios civiles agentes responsables o, en la práctica, funcionarios irresponsables?

¿Por qué hemos de confiar en que la Administración y sus organismos han de ser diferentes en los países socialistas recientemente emancipados en virtud de la democracia política, pero con gobiernos de entrometidos, por mandones y para matones?

Un repaso a la historia reciente proporciona pocas respuestas convincentes. Preguntémosles hasta dónde debería alcanzar el poder del Estado si Gran Bretaña fuera un país recién descubierto que estudia la forma ideal de gobierno. ¿Qué servicios debería prestar la Administración pública y cuáles insistiría el pueblo en reservarse?

¿Qué debería hacerse en el caso de un bien público arquetípico como es el de la defensa? ¿Desearían los ciudadanos mantener el nivel actual en gastos de armamento o tenderían más bien a reducirlos? No podemos dar una respuesta, porque a la hora de votar, los políticos democráticos no proporcionan en las cabinas de las urnas medios para averiguar la opinión pública sobre cada una de las acciones del gobierno por separado. Al parecer, la única vía posible para la defensa, que es un bien público, es la decisión adoptada por el gobierno electo. Pero, ¿han puesto en práctica las autoridades otros métodos para descubrir otras posibles decisiones? La respuesta es «no». Y si insistimos en preguntar por qué no lo hace, la única razón que se nos da, en la política democrática, es que gracias al débil control de los electores, a las obstrucciones burocráticas y a la conspiración del silencio entre la masonería de los políticos, al menos este sector de la defensa es un ámbito del gobierno no sujeto a la fastidiosa política de la influencia pública.

Pero aun admitiéndolo así, ¿significa esto que los medios necesarios para la defensa deben ser producidos por el gobierno, en fábricas creadas por decreto? Difícilmente, porque es posible pedir presupuestos a varias empresas británicas (o extranjeras) para averiguar las mejores condiciones para los contribuyentes. ¿Por qué no se ha hecho así hasta hace muy poco? La causa es, una vez más, la política democrática cultivada por los gobiernos no sólo en las cuestiones relacionadas con la defensa, sino en otras mucho más amplias de lo que debieran ser.

El doctor John Gray, profesor de filosofía en Oxford, ha sugerido la pregunta de cuánto gobierno puede tolerar una sociedad capitalista liberal sin verse dañada por las política partidistas.⁸ Todos los liberales están de acuerdo en afirmar que en los países capitalistas ha crecido en demasía la autoridad de los gobiernos. El problema que ahora se plantea es cómo reducirla, y hasta qué punto. El doctor Gray aduce argumentos convincentes a favor de un gobierno •limitado•, aunque no •mínimo•: las dos alternativas en tomo a las cuales giran las principales divergencias entre los liberales.

El concepto de gobierno limitado, desarrollado por una larga serie de filósofos liberales, desde Thomas Hobbes a Michael Oakeshott, considera que el gobierno debe reducirse a ser •protector de la paz y guardián de la sociedad civil•. A excepción de tres funciones •positivas•, el doctor Grey estima que el gobierno debe mantenerse alejado de la vida política y limitarse a promulgar las leyes que permitan que las personas concretas puedan realizar sus negocios en paz y seguridad. Estas tres funciones serían: liberar a los pobres de la dependencia, emanciparlos como miembros independientes de la sociedad civil y capacitarlos para adquirir los medios necesarios con los que poder hacer sus propias elecciones, •ejercer su responsabilidad en el control de su salud, su educación y sus previsiones para la vejez• y •facilitar la transmisión de tradiciones culturales valiosas a través de las generaciones•.⁹

Esta lista de actividades tiende a reducir el papel del gobierno al desempeño de las tareas colectivas insustituibles (los bienes públicos), aunque desborda su misión de «gobierno limitado ... a ser árbitro y custodio de la paz».¹⁰ Los liberales favorables al gobierno limitado del doctor Gray o al gobierno mínimo del que se hablará más adelante concuerdan en su deseo de proporcionar una brusca sacudida a la mentalidad política instalada en todos los partidos políticos británicos. La «desocialización» de las prestaciones del Estado de bienestar y su transferencia masiva al mercado pretende, no en último término, provocar una convulsión en la mayoría de los políticos, en todos los burócratas y (casi todos) los sociólogos (con un puñado de excepciones), en gran parte de los economistas (si bien aquí las excepciones son ya más numerosas), en amplias secciones de los politólogos convencionales, en la práctica totalidad de los responsables de los temas de la educación, la salud, la vivienda y las pensiones, en los periódicos y la radiotelevisión, en todos los funcionarios y en la mayoría de los miembros de los sindicatos del sector público. En cualquier caso, ninguno de los cuatro componentes básicos del Estado de bienestar educación, sanidad, vivienda, pensiones debe ser transferido en su totalidad al Estado. No es el interés público sino los intereses creados quienes los mantienen en este ámbito (capítulo XI). Pero siguen en pie las diferencias entre Estado limitado y Estado mínimo.

El pensamiento liberal clásico intentó fijar las funciones deseables y las indispensables del Estado a partir de un principio -formulado por Adam Smith, confirmado por Keynes antes de que diera en cavilar que había descubierto una grieta en la economía clásica, y reafirmado por Lionel Robbins y por los economistas liberales

en general-según el cual el Estado sólo debe hacer lo que no pueden los individuos por sí mismos. Tras-ladado al mercado, esto significa que las tareas gubernamentales abarcan la ya familiar lista de las funciones colectivas insustituibles. El doctor Gray aduce sólidos argumentos para demostrar que no es posible predetermi-nar las funciones del gobierno, porque éstas se hallan necesariamente condicionadas por •el tiempo, el lugar y las circu.nstancias históricas•.¹¹ Gray define como Estado mínimo al que está confinado a la protección de los -derechos negativos-¹² y como limitado al que garantiza los •derechos positivos-.¹³ Este punto de vista se hace eco del planteamiento del profesor Plant, que insiste en los derechos positivos, por ejemplo, la satisfacción de las necesidades básicas, que el doctor Gray considera más como una explanación que como una desviación del principio clásico de Adam Smith: «no ... distorsiones o desviaciones de una anterior ... teoría de los derechos negativos, sino el inevitable desarrollo del discurso sobre los derechos cuyos contenidos son forzosamente indeterminados».¹⁴

Este modelo de gobierno severamente limitado estuvo en vigor durante algunas décadas del siglo XIX, pero el doctor Gray afirma que un siglo, o más, de gobiernos intervencionistas han cimentado «necesidades y expectativas que es preciso corregir». Según esto, «Se estarían encomendando al gobierno actividades que desbordan con mucho la provisión de los bienes públicos de la defensa nacional y de la ley y el orden», para «proporcionar a las familias y los municipios» recursos con los que «afianzar y renovar ... sus valores distintivos y sus sistemas de vida ... a través de las generaciones». Estas funciones del gobierno incluirían también, y no en último término, «materias relacionadas con la buena salud de instituciones autónomas e intermedias que se sitúan entre los individuos y el Estado: sindicatos, universidades, organizaciones profesionales y entidades parecidas».¹⁵

Es una agenda realmente muy amplia para tratarse de un gobierno «limitado». Hay cinco dudas que justifican la sospecha de que es demasiado extensa como para garantizar la existencia de las instituciones propias de una sociedad liberal capitalista basada en el mercado, en la que el Estado sólo lleva a cabo las funciones colectivas insustituibles.

Primera, es, sin duda, muy cierto que no es posible fijar de una vez por todas las funciones residuales necesarias, ya que, como se acaba de decir, varían según los «tiempos, lugares y circunstancias históricas». Los servicios públicos que debe proporcionar el gobierno porque no pueden ser producidos por el mercado dependen en parte de los avances de la tecnología. El desarrollo de decodificadores que limitan el acceso a los programas de radiotelevisión, a los faros y a otros servicios tecnológicos permite reservar todos estos servicios a quienes estén dispuestos a pagar por ellos, excluyendo a quienes querrían utilizarlos gratuitamente, y hace posible el paso de un bien público suministrado por el gobierno a un bien privado producido por el mercado. Pueden asimismo ejercerse a través del mercado ciertas funciones de los tribunales de

justicia, que son otro de los ejemplos arquetípicos de bienes públicos: la acumulación de pleitos ante los juzgados pueden inducir a algunos litigantes a pedir a antiguos magistrados de tribunales de mayor o menor categoría, retirados o que desean un cambio respecto a la legislación política a llevar a cabo un arbitraje. En el capítulo VIII se ha reseñado otra serie de razones que sugieren que el ámbito y el alcance de los bienes públicos no es tan extenso como de ordinario se supone.

Puede ampliarse, pero también puede reducirse -y así me inclino a pensarlo-, con el paso del tiempo y la modificación de las circunstancias, el campo de los bienes proporcionado por el gobierno. En todo caso, debe mantenerse firme, como guía de las actividades gubernamentales en una sociedad liberal, el axioma de que el Estado sólo debe proporcionar lo que no puede aportar el mercado. No pueden fijarse de una vez y para decenios y siglos futuros los objetivos y los límites del gobierno, pero una sociedad liberal sí puede formular principios con validez para todos los tiempos.

La lógica económica indica que el mercado no puede producir bienes o servicios en respuesta a demandas individuales si no los puede reservar para el uso exclusivo de las personas que los pagan, excluyendo a cualquier otro. De no ser así, nadie querría pagar. La solución para cuantos se benefician de estos bienes se basa, por consiguiente, en el acuerdo voluntario de aceptar una forma obligatoria de pago llamada impuestos. Este sencillo principio puede ser perfectamente entendido por todo el mundo y es aceptado como el método inevitable de pago por el disfrute de servicios que tienen beneficios no separables. Pero aunque el principio es simple, su aplicación es compleja, discutible y conflictiva, porque, en definitiva, prácticamente todas las actividades producen «externalidades» - beneficios o perjuicios para otras muchas personas. (Los rosales de su jardín pueden producir placer a los que pasan frente a él.) Si fuera el Estado quien tuviera que proporcionar todos los servicios que originan sustanciales beneficios externos, debería producir poco menos que todas las cosas. Todavía no hay nadie que haya propuesto tal grado de socialización universal definitiva. El genuino concepto de bienes públicos plantea, entre otras muchas preguntas, la relativa a cómo medir el beneficio para el pueblo bajo diferentes circunstancias (capítulo IX).

Segunda, muchas de las actividades hoy realmente amplias que el Estado ha venido desarrollando durante el último siglo no son ni bienes públicos ni funciones colectivas inevitables. Se mantienen por la sencilla razón de que los intereses creados que los proporcionan se verían perjudicados si fueran transferidos al mercado. Pero esto no es razón suficiente para incluirlos en la agenda del gobierno (capítulo XI).

Tercera, el doctor Gray argumenta que no puede restablecerse el gobierno «severamente limitado» del siglo XIX porque la intervención gubernamental ha «creado necesidades y expectativas».¹⁶ Pero si no es posible fijar de antemano la extensión de los bienes públicos y si es de esperar que éstos cambien con el tiempo, el lugar y las circunstancias históricas, entonces es indudable que puede confiarse en que cambiará el grupo de servicios que nunca pueden ser totalmente bienes públicos, entre

ellos, y no los últimos, los de la educación y la sanidad. Las «necesidades» son ambiguas y, en definitiva, ilimitadas. Las «expectativas» son creadas por los gobiernos y, en último término, artificiales. Los contribuyentes de una sociedad liberal con rentas cada vez más altas desean saber por qué tienen que pagar impuestos por unos servicios que el gobierno no tiene que prestar y que, además, algunos de estos contribuyentes no necesitan. Mientras que el mundo comunista de los años 80 estaba retomando a –o avanzando hacia– el capitalismo a ritmo acelerado, el proceso ha sido menos convulsivo para el mundo capitalista, que había perdido una buena parte de su vigor y se esforzaba por reducir sus elevadas dosis de socialismo. La verdad es que el capitalismo ha desparramado socialismo por toda la tie-rra (capítulo IV). De todas formas, no está justificado el pesimismo del doctor Gray: deplora, con mucha razón, que el gobierno británico se haya transformado «de proveedor de bienes públicos en una máquina para la promoción de intereses privados. En esta metamorfosis, el gobierno no ha cumplido sus funciones clásicas de defensa del reino, de guardián de la paz y de renovación y reparación de las instituciones de la sociedad civil.»¹⁷ Y propone acuerdos constitucionales para imponer disciplina a la Administración a base de limitar las cargas fiscales, equilibrar el presupuesto, mantener estable el valor de la moneda y preservar los derechos humanos. Y, en todo caso, siempre es posible el retorno- o, por mejor decir, el avance- hacia un Estado no ya limitado, sino mínimo.

Cuarta, aunque el gobierno puede ser indispensable para algunas tareas, no es porque sea superior al mercado, sino porque el mercado no puede funcionar en estos ámbitos. El principio clásico, reafirmado por Keynes, es que el gobierno debe actuar no allí donde es mejor que el mercado, sino sólo allí donde no existe el mercado. Dondequiera se recurre a sus servicios, el gobierno resulta a la postre tan decepcionante, por no decir algo peor -ineficaz, inextricable y corrupto-, que es mejor no acudir a él salvo para aquellas funciones respecto de las que no hay otro remedio que tolerar sus deficiencias para obtener los servicios requeridos. Si el gobierno es indeseable porque es intrínsecamente defectuoso, entonces cuanto menos Estado mejor. Y esto es verdad haga lo que haga. En síntesis, el precio del gobierno es tan alto que debe evitarse siempre que sea posible. Y se le puede evitar en muchos más ámbitos de cuanto los socialistas y algunos liberales suponen. Un ejemplo: en el pasado se entendía que el suministro de dinero era una función irrenunciable del gobierno. Todavía hoy se cree que compete a las autoridades estatales doblegar la inflación. Los liberales llamados monetaristas han imaginado fórmulas para limitar el poder de los gobiernos en el control de la oferta monetaria. La dificultad radica en cómo calcular con exactitud la masa de dinero. «Dinero» es todo lo que se acepta generalmente como pago de bienes o servicios -todo, no solamente las monedas y billetes de banco, sino lo que promete el pago a partir de la posesión de activos, presentes o esperados, tales como depósitos bancarios, instrumentos financieros basados en la propiedad absoluta de una casa y cosas parecidas (de ahí los varios sistemas que utilizan los gobiernos para medir la cantidad de dinero -M1, M2, M3, M0-que no son autopistas», sino medidas diferentes, algunas de ellas limitadas a las monedas y billetes en manos privadas, mien-tras que otras incluyen los depósitos en las instituciones financieras).

Al gobierno le resulta más difícil controlar estos últimos sustitutos del papel moneda. A corto plazo, pueden desencadenar impulsos inflacionistas al poner de relieve el fracaso de la tarea gubernamental de evitar excesivas ofertas de dinero convencional, como ocurrió en los últimos años 80. A largo plazo, lo que estos sustitutivos ponen de relieve es la incompetencia del gobierno para dominar la inflación, de modo que se hace más urgente la necesidad de recurrir a otros métodos hasta ahora ignorados o preteridos por los políticos conservadores o los banqueros convencionales.

La dificultad de calcular la masa monetaria ha llevado a la solución obvia: hay que -desocializar• el dinero y transferirlo al mercado. Así reza el argumento esgrimido por Hayek y desarrollado por Dowd y Selguin.¹⁸ De ahí el dilema liberal. Tiene razón el doctor Gray cuando afirma que los gobiernos son tan poco fiables que no cabe esperar que pongan en marcha las reglas óptimas para controlar la oferta monetaria y doblegar la inflación. Ésta es la verdad básica sobre el gobierno que a los socialistas y conservadores paternalistas les resulta tan difícil asumir. Hasta las reglas técnicamente más inmaculadas corren el riesgo de ser mal utilizadas por los políticos, no porque éstos sean intrínsecamente mendaces, sino por-que el proceso político les induce a abusar de ellas al ofrecerles ocasiones en las que el abuso es políticamente rentable para conseguir votos, para ganar tiempo tras un fiasco o un golpe de mala suerte o para fomentar un boom de corta duración ante la inminencia de nuevas elecciones generales. Todas estas prácticas, ventajosas para los políticos pero dañinas para la nación, han sido evidentes en Gran Bretaña (y en otros puntos) en la historia de postguerra.

La propuesta lanzada en 1989 por el Ministro de Hacienda británico, que consideraba más beneficiosa una competencia entre las divisas nacionales de la Comunidad Europea que una moneda europea única, es un «término medio» respecto a la competencia de las divisas en el libre mercado. Según este enfoque, los consumidores se inclinarían por la moneda más fiable -probablemente el marco alemán-, lo que induciría a los restantes gobiernos a disciplinar sus excesos monetarios. Pero las divisas nacionales seguirán siendo vulnerables al control político, con sus ya habituales riesgos internos de oportunidades a corto en épocas de elecciones, intensificados ahora por el nuevo riesgo internacional de colusión política entre los gobiernos de las diferentes naciones. El valor esencial del patrón oro, que se pretendió imitar con el sistema de tipos de cambio fijos de Bretton Woods en la postguerra, radicaba en que establecía las paridades con independencia de los partidos políticos; pero en sus últimos años había sido prostituido por la «neutralización» nacional de movimientos de oro específicamente diseñados para producir expansiones o reducciones de la oferta monetaria con el propósito de mantener constantes los tipos de cambio.

Estas ventajas políticas de los tipos de cambio fijos fueron olvidadas por los comentaristas económicos británicos de los años 60 y 70, que pedían insistentemente cambios «flotantes», ignorando su vulnerabilidad frente a las manipulaciones políticas. Al igual que la competencia entre las diferentes divisas nacionales, podría darse otro caso de «término medio» doméstico en la libre opción de colegios y hospitales o en los impuestos municipales recientemente adoptados por los gobiernos conservadores a instancias de asesores políticos guiados por la idea miope de lo «políticamente posible», pero indiferentes a los planteamientos a largo plazo exigidos por las soluciones definitivas. Con todo, el fracaso de los expedientes políticos convencionales ha obligado a reconocer, aunque con retraso, el fallo gubernamental, y ha despejado el camino hacia una nueva reflexión sobre las soluciones de mercado. Una vez más, el pensamiento socialista ha tenido que doblegarse ante la reformulación heterodoxa capitalista.

Tales son los «peligrosos juguetes» (capítulo XIV) que los especialistas manejan con inconsciencia y los políticos con inevitable egoísmo. El ejemplo más notorio lo proporcionó el argumento de Keynes para combatir el desempleo a través de la financiación mediante déficit, lo que significaba dar a los políticos un cheque en blanco para presupuestos desequilibrados y para gastos irresponsables, sin necesidad de aumentar los impuestos, puesto que un economista tan influyente había afirmado que éste era el remedio para combatir el paro (y, añadían sotto voce, para conseguir votos sin irritar a los contribuyentes).

Pero si no cabe esperar que el gobierno aplique las reglas necesarias con lealtad, justo en el ámbito de una tarea tan radicalmente humana como es la eliminación de la inflación, no podemos confiar en que desempeñe ningún tipo de función prescindiendo de sus repercusiones políticas, especialmente en los campos de la educación, de la asistencia médica, de la vivienda y de las pensiones, aparte otros varios servicios estrictamente personales. Esta es la verdadera cuestión del Estado de bienestar, durante demasiado tiempo ni planteada ni, por supuesto, respondida. Al Estado le compete la función, necesaria pero difícil, de garantizar un mínimo de poder adquisitivo a los ciudadanos, donde puede hacer menos daño que en el suministro de servicios que exigen enormes inversiones en edificios y equipamiento y grandes ejércitos de empleados. Ha desempeñado su papel como proveedor, suministrador, propietario, empleador, controlador y regulador en los campos de la educación, la sanidad, la vivienda y las pensiones y en otros muchos sectores de modo insensible, injusto, coactivo y a menudo corrupto. La función del gobierno del doctor Gray como «pilar» de la educación y de los cuidados médicos puede ser mejor cumplida mediante la entrega de dinero en efectivo que no mediante prestaciones en especie.

De donde se sigue que deberíamos pedir al gobierno que haga lo menos posible. A la vista del peligro de que los políticos provoquen daños en su intento por proporcionar bienes, y con la virtual certeza de que no aplicarán las medidas de la mejor manera posible para el pueblo si no es también, a la vez, la mejor manera posible para ellos

mismos, deberíamos prescindir del gobierno incluso cuando puede hacerlo bien, salvo que no haya otro remedio. La tragedia es que, aunque a menudo este remedio existe el mercado—, el gobierno lleva adelante, año tras año y decenio tras decenio, tareas innecesarias que, además, realiza mal. Y lo viene haciendo desde hace tanto tiempo ya que no figura en el horizonte de la mentalidad del público la posibilidad de otros caminos. «¿De qué otra manera mantener los hospitales?» es la pregunta que tipifica un estado de opinión que paraliza las reformas. Al seguir aplicando remedios políticos a problemas con frecuencia pasajeros se retrasa la urgencia de las soluciones de mercado. La conclusión es severa. La más firme objeción contra el recurso al gobierno no es ya sólo que con frecuencia está mal informado, o influido por intereses vocingleros, o que no puede modificar fácilmente o poner fin a una política ya obsoleta como consecuencia de los cambios tecnológicos o sociales. Se trata, más bien, y sobre todo, de que toma medidas a corto plazo y adopta grandes precauciones para dar la impresión de que está «preocupado» por el bien público, lo que le permite pasar por alto los costes a largo plazo de su excesiva cautela, no en último término porque es muy probable que para entonces el ministro de turno habrá ya dejado el cargo. Apres nous le déluge puede ser un prudente lema para la política partidista pero no para el bien público.

Tenemos un ejemplo reciente en la sobrerregulación de las nuevas instituciones financieras. Se estimula lo público -personificado en la «tía Jane» como prototipo de los inversores de recursos modestos, pero se ha reducido, estrechado y confinado el servicio de financiación de nuevos proyectos. El Gulliver del capitalismo está desde hace mucho tiempo atado por los políticos liliputienses. Comparado con los mejores logros de la enana clase política, el capitalismo tiene para hacer el bien la fuerza del gigante.

Quinta, el doctor Gray dice que -los legisladores prudentes (si es que los tenemos) quieren cerciorarse de «que las demandas de las instituciones autónomas no desemboquen en desorden», pero quieren también garantizar «una esfera protectora de independencia bajo el imperio de la ley»¹⁹, manteniendo así lo que Edmund Burke describía como «una constitución equilibrada». Afloran aquí dos dificultades. En primer lugar, la oferta de «legisladores prudentes» es escasa e incierta. Ocurre, por tanto, que muchos de los servicios que podría proporcionar el gobierno si dispusiera de abundantes legisladores prudentes los presta mejor el mercado, donde no se exige sabiduría política. La afirmación del doctor Gray²⁰ confirma el avisado punto de vista de Oakeshott (en *Rationalism in Politics*) de que «el verdadero oficio» del gobierno es ser «árbitro cuya misión consiste en hacer cumplir las reglas del juego, o moderador que regula el debate según unas reglas conocidas, pero sin tomar parte activa en él». Y éste fue el punto de vista que perturbaron los fabianos cuando lograron convencer tanto a los liberales como a los conservadores y a los laboristas de que podían utilizar el poder para hacer el bien. En el siglo pasado, los gobernantes intervinieron en los juegos y debates con mucho más poder e influencia que los propios jugadores o los

controversistas, individualmente o por equipos. Los gobiernos se apoderaron de la pelota y la lanzaron fuera del campo para llevar adelante sus maniobras electorales; fueron ellos quienes dominaron el debate y quienes tomaron las medidas con sesgos encaminados a cumplir sus calendarios políticos. No aplicaron las reglas como eunucos neutrales, sino que las ignoraron, torcieron o cambiaron, aunque cuidándose muy mucho de proclamar que lo hacían por el bien de los jugadores o de los controversistas. En segundo lugar, las instituciones autónomas pueden degenerar en monopolios protegidos por el Estado: los colegios profesionales de doctores y licenciados, los sindicatos de mineros y ferroviarios y las universidades estatales encabezadas por importunos científicos o sociólogos han figurado entre los culpables de la peor ralea. Estas son aquellas «pequeñas secciones» de Edmund Burke de las que se supone llegarán a producir una «constitución equilibrada». Pero no es otra cosa sino espejismo conservador trocado en nuestros días en corporativismo. Las payasadas, en los años 80, de la Asociación Médica Británica, de la Unión Nacional de Mineros y de los profesores de la Universidad de Oxford revelaron su verdadera naturaleza: no estaban a favor del individuo y en contra del Estado, sino que buscaban ampliar su poder para su personal exaltación. Son monopolios desordenados que sólo pueden ser disciplinados abriendo las puertas para poder entrar y salir, en un mercado que humillaría y destruiría su arrogancia si se estableciera el Estado mínimo.

Estas dudas sobre el gobierno limitado han inducido en los últimos años a algunos liberales, tanto en Estados Unidos, donde a sus principales representantes, los profesores David Friedman y Murray Rothbard,²¹ ha venido a sumarse el profesor Robert Nozick, de Harvard, como en Gran Bretaña, donde jóvenes profesores universitarios trabajan activamente en la Libertarian Alliance, no tanto a limitar las funciones del Estado cuanto más bien a volver sobre la idea de redescubrir y redefinir las reglas y principios que reduzcan el gobierno mínimo.

Existen distintas opiniones entre los liberales sobre el uso óptimo del Estado. Los economistas liberales de Alemania Occidental, algunos de ellos organizados en torno al Kronberger Kreis, que continúa la tradición de Ludwig Erhard, autor del «milagro económico» alemán, consideran en general que la actividad estatal debe ceñirse a la eliminación de la inflación y al control de los monopolios, tal como se razona en su revista *Ordo*. Pero otros liberales son más escépticos frente al Estado, justamente a propósito de estas funciones. Los «libertarios» han visto reforzadas sus posiciones gracias a los escritos de Anthony de Jasay²² y de otros pensadores de Francia, Bélgica y algunos otros países de Europa, Estados Unidos y Australasia. Sus publicaciones están insistiendo recientemente en el enorme desembolso que su ponen las demandas de mayores ámbitos de beneficencia y de más amplias competencias para el Estado. Todos ellos refuerzan, además, la causa intelectual a favor de reducir al mínimo, en los sistemas capitalistas, las funciones del gobierno.

El principio del gobierno mínimo

El principio de Adam Smith según el cual el gobierno sólo debe hacer lo que no puede hacer el mercado es universal y válido para todos los tiempos. Está siendo aplicado en los últimos años del siglo XX y tendrá en el siglo XXI, entre nuestros hijos y nuestros nietos, la misma vigencia que tuvo a finales del siglo XVIII, cuando fue formulado por primera vez.

Deberá ser asimismo aplicado en las nuevas democracias capitalistas de los países ex-comunistas si quieren conseguir las libertades capaces de combinar una elevada productividad con la independencia de las personas sin el debilitamiento de la democracia social o sin la violencia del socialismo autoritario.

El Estado ha demostrado ser el falso ídolo de cuantos acudían a él para enderezar entuertos, asegurar la justicia, eliminar la pobreza, domeñar la inflación, combatir el desempleo, elevar el nivel de vida, emplear la ciencia en beneficio de los ciudadanos corrientes, proteger el medio ambiente o salvaguardar, en fin, los valores culturales deseados por el pueblo. No ha garantizado el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. No ha aportado libertad, igualdad y fraternidad, pan, tierra y paz para los millones de personas que confiaron en él. Ha defraudado las esperanzas de los marxistas, de los socialdemócratas y de algunos políticos liberales y conservadores paternalistas. La creencia de que las personas dotadas de poder lo emplearían en beneficio de otros incluso a costa de sí mismos es la esencia misma del falso ídolo al que han seguido todas las numerosas variantes socialistas, incluido el socialismo de mercado fabiano. La decisión crucial, si es que hay espacio para ambos, es si debe ponerse al Estado antes que al mercado o a la inversa.

Hemos aprendido por nuestra sobria y propia experiencia lo que el Estado no puede hacer. Y hemos aprendido también que lo que debe hacer lo hace imperfectamente. Además, los fallos del gobierno son más nocivos que los que se dan en los intercambios voluntarios del mercado. Al cabo de un siglo, el mundo está abandonando el Estado para buscar remedio en soluciones que les permitan a los ciudadanos vivir juntos sin él hasta donde sea posible y, donde no lo sea, a utilizarlo a más no poder y como un mal inevitable.

El sistema económico o los convenios de cooperación que permiten a los ciudadanos reunirse para intercambiar los excedentes de sus capacidades en un sistema de permutas voluntarias en el que ambas partes salen beneficiadas el juego de suma más cero de la economía ha sido llamado capitalismo por sus críticos, que hasta fechas recientes no han conseguido entenderlo. Una denominación más descriptiva, exenta del resentimiento fomentado por Marx, es la de economía de intercambio. Nosotros debemos enjuiciarlo por lo que ha sido capaz de llevar a cabo y, dando un paso más, por lo que la experiencia indica que podría haber conseguido de haberse reducido al mínimo el peso del proceso político. Los abusos, las condenas y las calumnias se convertirán entonces en salvajes y parabienes.

Una vez ya reconocidas las falsas esperanzas y admitidos los errores, la tarea consiste en quitar al Estado las funciones que es incapaz de llevar a cabo y en confiarle las menos posibles, porque las desempeñará imperfectamente. Debemos aceptar, pues, la presencia del Estado, aunque sea imperfecto, cuando es mejor que su ausencia. Debemos aceptar el capitalismo, aunque imperfecto, cuando ha sido y puede ser mejor que el socialismo. Este es el concepto del Estado mínimo.

Los inicios serán difíciles. El primer paso debe consistir en averiguar cómo pudo haberse desarrollado lo que estaba emergiendo bajo la libertad de intercambio en el capitalismo del siglo XIX de no haber sido paralizado por el Estado. Podemos afirmar con total certeza que las actividades, los servicios y las industrias que el Estado y sus instituciones sacaron fuera del campo de la cooperación voluntaria en los transportes y combustibles, en la industria manufacturera, en la educación y la sanidad, en las Administraciones locales y en cualquier otro punto-habrían tenido una evolución enteramente diferente de la de las estructuras incontroladas, burocráticas, insensibles, dominadas por los productores, inflexibles, perpetuadoras de sí mismas, que el pueblo tiene que tolerar y aceptar casi como inevitables.

Se ha comenzado a revisar, al fin, en la década de los 80, en un período de rápidos progresos científicos, la ineficacia y la irrelevancia de las actividades estatales. Algunas de ellas han podido ser rescatadas del control de la política merced a los procesos de desocialización o privatización. Las más difíciles de salvar han sido las que proporcionan servicios estrictamente personales, de los que los políticos de mentalidad socialista de todos los partidos afirman desde hace largo tiempo que son agentes de la justicia social, porque pueden acceder a ellos tanto los pobres como los neos.

Por desgracia, los pobres se lo han creído. Aún no han advertido que el torpe mecanismo del gobierno ha sido incapaz de garantizar la misión de caridad de hacer que se valgan por sí mismos. Se supone que es tarea difícil e incluso «políticamente imposible» arrebatar al gobierno las funciones de que se ha apropiado el sempiterno pretexto aducido por los políticos que fracasan en su autoimpuesta y estentóreamente proclamada misión de estar al servicio del pueblo.

A los servicios de caridad, compasión, equidad y benevolencia universal se les ha aplicado una denominación de cálidas resonancias: «bienestar». Se ha conseguido así eliminar la pregunta nunca planteada por la mentalidad socialista: si tales servicios proporcionan lo que la gente desearía para sí si se les permitiera tomar sus propias decisiones. La denominación que se les aplica refleja las dotes de vendedores de los políticos el Estado de bienestar sugiere, en efecto, que los servicios no prestados por el Estado son menos deseables, menos recomendables o menos beneficiosos. Como el Estado de bienestar está organizado por servidores públicos, se supone que generan el bien público. Tal vez los beneficiarios a quienes se les ofrecen estos servicios no estarían tan ansiosos para hacerse con ellos, o pro-pondrían algunas reformas, si conocieran los costes de oportunidad: lo que podrían recibir a cambio de sus impuestos. Pero de esto, los políticos no les dicen ni una sola palabra. Dificilmente puede esperarse que la clase política se prive por su propia voluntad

del poder o, como ellos prefieren decir, de la oportunidad de hacer aquel bien por cuya causa decidieron entrar en la política.

De todas formas, no es misión insuperable mostrar a los ciudadanos corrientes qué clase de educación, de servicios médicos, de viviendas y de pensiones de jubilación -los cuatro servicios básicos del Estado de bienestar- están disfrutando en la actualidad. Han sido las víctimas de un abuso de confianza político-burocrático-filosófico. Ni tampoco es difícil señalar qué poder podrían haber ejercido en el mercado como clientes que pagan los cuatro citados componentes, en lugar de verse reducidos en el proceso político a la condición de importunos pordioseros.

Si la empresa parece ardua, es sólo porque se trata de servicios que afectan a la vida cotidiana de los ciudadanos, o porque se requieren cuando estos ciudadanos son más vulnerables, o porque sin ellos resulta difícil (o imposible en la ancianidad) mantener un nivel existencial digno. El Estado ha conseguido aquí el objetivo ideal de los monopolistas: hacer creer que su presencia es indispensable. La idea de que la educación, la salud, la vivienda y las pensiones sólo pueden ser proporcionadas por el Estado ha sido asumida, sin el menor análisis crítico, por millones o, en todo caso, por la mayoría de la población británica. Esta es una de las razones de los resultados erróneos, ni no ya dañinos, a que llegan las encuestas de opinión de los electores sobre los servicios de bajo o nulo precio (capítulo XIV). Los reformadores de los gobiernos Thatcher han procedido aquí con tanta prudencia como quien camina pisando huevos. En sus esfuerzos por soltar las ataduras del Estado se olvidaron de hablar en inglés, de utilizar la gráfica honestidad de este idioma.

Y, con todo, los británicos no son personas intrínsecamente tramposas. Desean saber qué es lo que se les quiere decir, traducido a inglés paladino, cuando se les afirma que una gran parte de su propia vida y la de sus familias ha sido creación artificial de partidos políticos y que podría modificarse sin riesgos o sin injusticias. El pueblo -y más especialmente el pueblo llano- no tiene por qué aguantar centros educativos de baja calidad para sus hijos; no tiene por qué aguardar en las listas de espera durante meses por una operación de varices o durante años por una sustitución de cadera. No tiene por qué habitar en casas miserables o en semiderruidos bloques de viviendas municipales. Y no tiene por qué subsistir en su vejez con un tercio de lo que fueron sus rentas laborales.

Todo esto ha sido creación del Estado y de sus instituciones. Y las quejas, principalmente de sus funcionarios y empleados, de que no hay recursos financieros suficientes es el alegato ya habitual esgrimido por los intereses creados: que la misma gente aporte más dinero según los mismos principios modificaría muy poco, o nada, el mecanismo que genera los bajos niveles, la calidad caprichosa y la burocracia indiferente del Estado de bienestar. Para modificar la situación, sería necesario nada menos que cambiar el status y el poder de los beneficiarios, de modo que de mendicantes agradecidos pasen a ser clientes exigentes. Lo que esta revolución exige respecto al status de los hombres y de las mujeres corrientes es sencillamente el cambio del monopolio gubernamental a la competencia entre oferentes en el mercado. Dicho de otro modo, en lugar del bienestar socialista artificial creado por el gobier-

-no, debe llevarse adelante el bienestar capitalista tal como lo forjaron por sus propios medios los ciudadanos del siglo XIX.

La idea de que el bienestar depende del Estado es antihistórica. Fue promovida al amparo del torrente de superficiales escritos de postguerra sobre los cuatro servicios básicos (y algunos otros, secundarios). Las rigurosas investigaciones inconformistas, en su mayoría patrocinadas por el Institute of Economic Affairs (IEA) y expuestas, entre otros, por el profesor E.G. West para el campo de la educación, por el doctor David Green para el de los servicios sanitarios, por el difunto profesor F.G. Pennance para la vivienda y por el doctor Charles Hanson para los seguros voluntarios sobre rentas de jubilación, no dejan la menor sombra de duda sobre el hecho de que la clase obrera británica no era el Lumpenproletariat de Marx, no eran padres de familia que se desentendían de su futuro y el de sus viudas y sus hijos, sino que, a despecho de los bajos salarios de hace un siglo y más, comenzaban a ahorrar y a concertar seguros, a pagar cuotas de escolarización y a crear asociaciones médicas, a comprar casas y a dar claras muestras de espíritu previsor y de responsabilidad en el gobierno de su vida familiar.²³ En el capítulo XI se presentan las pruebas y los argumentos que demuestran que el bienestar de la clase obrera habría evolucionado mucho mejor en el mercado.

La cuestión, no planteada por los políticos ni por los académicos, sumidos en asombro ante la maravilla del Estado de bienestar, es qué podrían estar haciendo hoy los ciudadanos o sus nietos. No se preguntan si el pueblo habría tolerado pasivamente la disminución de la calidad de la enseñanza, las súplicas en los hospitales, las casas pobres o las menguadas pensiones. Si no fuera por el peso de los impuestos del Estado de bienestar, sus rentas actuales les habría permitido salir de los barrios bajos creados por el gobierno a través de las viviendas de protección oficial. Podrían haberse complementado sus bajos salarios de hace décadas hasta capacitarles para ejercer su autoridad y para negociar, desde su poder de consumidores, en los mercados competitivos de bienestar que estaban comenzando a surgir. Una demanda más firme y más amplia de niveles y de opciones crecientes de bienestar habría provocado en los mercados, como es habitual, la rápida respuesta de un número creciente de oferentes y diversos tipos de escuelas, hospitales, viviendas y fondos de pensiones. Podrían también complementarse las rentas de sus nietos, donde todavía son bajas, hasta permitirles adquirir la misma capacidad negociadora que los de ingresos más elevados. Este proceso habría creado aquella «Una Nación» con cimientos más firmes que la proclamada, con nebulosas razones, por los conservadores desde los tiempos de Disraeli.

Se le habría dado al pueblo británico la posibilidad de escapar de un bienestar pobre y menguante a niveles más altos y de disfrutar de mejores calidades que las que ahora espera y recibe en sus compras personales y familiares en el mercado. Los políticos y los académicos, los profesores de los centros educativos públicos, los funcionarios y los médicos contratados por el Estado esperan evidentemente que el pueblo llano comparta su rechazo de clase media ante la perspectiva de tener que pagar escuelas y hospitales como se pagan las judías o la sopa de guisantes. La gente corriente puede contestar con el melancólico deseo de que los

colegios y hospitales se «vendan» a la misma alta calidad que los bienes y servicios que compra en el mercado. Podrían reflexionar que los Marks & Spencer o los Sainsbury, o la histórica tienda en la esquina de Grantham que pro-vocaba la mofa de lord Hailsham, tendrían más respeto por sus clientes a la hora de suministrar las judías en salsa de tomate a los colegios públicos o la sopa de guisantes a los hospitales de la Seguridad Social si estos clientes pudieran acudir a otra parte.

Hay otros servicios estatales que sienten que están contados sus días como monopolio y están comenzando a compartir el espíritu de los mercados competitivos. Los Ferrocarriles Británicos no sólo han procurado restablecer el sabor regional de sus servicios locales con pinceladas coloristas y viejos adjetivos aplicados a los nuevos sustantivos, como «Sección Meridional» (que todavía arrastra el resabio de la nacionalización burocrática) en lugar del original Ferrocarriles Meridionales; han transformado, además, a sus nacionalizados «pasajeros», a los que se daban falsos pretextos por los retrasos en las llegadas, en «clientes» comerciales, recibidos en las estaciones fin de trayecto de Londres con profusas disculpas. La aparición de transportes competitivos está llenando de nuevo las carreteras inglesas de autobuses privados con paradas discrecionales a petición de los viajeros, como lo hacían antes de las regulaciones estatales, en lugar de atenerse a los horarios prescritos por los sindicatos. Estas mismas mejoras podrán registrarse en la educación, la medicina, la vivienda y las pensiones cuando el error de que los funcionarios de la Administración pueden garantizar los servicios estatales se vea reemplazado por la realidad de los éxitos de la competencia, que humillan a los monopolistas del Estado.

Esta es la perspectiva de los servicios de bienestar y de otros servicios personales que el pueblo tiene a su alcance en el último tramo del siglo XX. Una rápida ojeada a sus inicios, a mediados del siglo XIX, ayuda a desenmascarar los mitos puestos en circulación por la clase media sobre la cruel negligencia de sus bisabuelos y a señalar los niveles que podrían haber alcanzado los servicios de bienestar en nuestros días y que alcanzarán de hecho, a medida que se alejen del Estado.

El capítulo XI será una excursión al interior del siglo XIX para extraer las lecciones que encierra para el siglo xx. El primer capitalismo mostró la educación capitalista, los servicios médicos capitalistas, las viviendas y las pensiones capitalistas que podrían haberse desarrollado en las décadas pasadas si no se lo hubieran estorbado el Estado y sus instituciones, sus controladores y sus funcionarios.

Notas

- 1 Roland Huntford, *The New Totalitarians*, Allen Lane, 1971; Eli Schwartz, *Trotbble in Eden: A Comparison of the British and Swedish Economies*, Praeger, 1980.
- 2 Giles Radice, *Labour's Path to Power: The New Revisionism*, Macmillan, 1989.
- 3 Alee Nove, *The Economics of Feasible Socialism*, Allen & Unwin, 1983.
- 4 Raymond Plant, *Citizenship, Rights and Socialism*, Fabian Tract, 1988, y los escritos subsiguientes.
- 5 Friedrich Hayek, •The Intellectuals and Socialism•, en *Univesity of Chicago Law Review*, 1949.
- 6 William Mitchell, *Government As It Is*, Institute of Economic Affairs, 1988.
- 7 Shirley Williams, *Politics for People*, Penguin, 1981.
- 8 John Gray, *Limited Government: a Positive Agenda*, Institute of Economic Affairs, 1989
- 9 *Ibidem*, pp. 15-16
- 10 *Ibidem*, p. 16.
- 11 *Ibidem*, p.20
- 12 *Ibidem*, p.20
- 13 *Ibidem*, p.16
- 14 *Ibidem*, p.21
- 15 *Ibidem*, p.22
- 16 *Ibidem*, p.22
- 17 *Ibidem*, p.30
- «M» puede ser, indistintamente, la inicial de Money(dinero) y de Motorway(autopista). (N. del T.)
- 18 F. A. Hayek, *Denationalisation of Money*, Institute of Economic Affairs, 2.^a ed. 1978;
- Kevin Dowd, *Private Money*, Institute of Economic Affairs, 1988; George Selgin, *The Theory o/ Free Ranking*, Rowman & Littlefield con el Cato Institute, 1988.
- 19 Gray, *Limited Government*, pp. 22-23.
- 20 *Ibidem*, p. 15.
- 21 David Friedman, *The Machinery of Freedom: Guide to a Radical Capitalism*, Harper & Row, 1973; Murray Rothbard, *For a New Liberty*, Macmillan, 1973, y *Power and Market*, Sheedd Andrews and McMeel, 1970.
- 22 Anthony de Jasay, *The State*, Blackwell, 1985.
- 23 Se analiza esta serie de ideas en Arthur Seldon, *Wither the Welfare State*, Institute of Economic Affairs, 1981.

Capítulo X

CABALLOS AL GALOPE

... cuando el gobierno [británico] hizo su debut en la educación, el año 1833 ... fue como si hubiera saltado a la silla de un caballo ya lanzado al galope.

E.G. WEST
Education and State

... hacia 1830, pacientes, médicos y empresarios habían creado en el mercado organizaciones de servicios ... Había sociedades de asistencia médica (organizaciones laborales) que contrataban servicios médicos ... mutualidades (semicaritativas) ... compañías comerciales de asistencia médica ... asociaciones médicas ... servicios públicos de salud fundados por médicos ... mutualidades ...

DAVID GREEN
Working-class Patients and the Medical Establishment

... los más graves impedimentos y las más profundas distorsiones del mercado de la vivienda fueron, con mucho, los provocados por la intervención legislativa, fiscal y directa ...

F. G. PENNANCE
Housing Market Analysts and Policy

... era cada vez más numerosa la gente que acumulaba riqueza ... en ahorros a través de Mutualidades, en la Caja Postal de Ahorros, la Caja de Ahorros, en pólizas de seguros de vida, en casas -propiedades privadas que ofrecen mayor seguridad que el Estado ...

La visión del capitalismo tiende al gobierno mínimo. Se excluye, pues, al Estado, o a sus instituciones, de la producción de bienes y servicios que los particulares pueden obtener mediante intercambios voluntarios en el mercado. Esta visión pide, por tanto, la consiguiente retirada del gobierno de casi todas las actividades que hasta ahora ha venido acumulando. Podría estudiarse periódicamente la asunción de nuevas funciones gubernamentales cuando así lo pidan los avances tecnológicos, la protección

medioambiental, los cambios sociales o, en fin, el debate sobre la conservación de la continuidad cultural de los edificios históricos. Se hacen necesarias estas ampliaciones cuando el mercado no puede desempeñar tales labores, y ello a sabiendas de que el gobierno es ineficaz, distribuye los costes arbitrariamente, es corrupto e incapaz de poner punto final a una tarea cuando ya los cambios sociales o tecnológicos la han convertido en superflua. Pero en la perspectiva de la visión capitalista más se halla el propósito de restringir que de aumentar las funciones administrativas.

Donde estas restricciones topan con las mayores dificultades es en el ámbito de los llamados servicios de bienestar, porque, como se ha indicado en el capítulo anterior y se mostrará también en éste, afectan de manera profunda y cotidiana a la vida de las personas. Puede justificarse la decisión de sustraer al gobierno (en todo o en parte) los servicios arbitrariamente nacionalizados o municipalizados analizando quién los proporciona con mayor eficacia, si las instituciones privadas o los organismos gubernamentales. Pueden ser buenos ejemplos de supresión de funciones estatales los ferrocarriles y las minas de carbón, la electricidad (en el sector de la distribución), el gas, el agua y los servicios de limpieza, las carreteras de largo recorrido y la mayoría de las cárceles, los servicios de meteorología y cartografía, la recogida de basuras y los servicios contra incendios, las bibliotecas y museos, las piscinas, la policía (en el campo de la protección contra robos mediante un ordenamiento no público), los aparcamientos, las agencias de colocación y los aseos públicos, el arbitraje de disputas, las oficinas de registro de la propiedad y otros muchos.

Sigue en pie el debate entre los partidarios de eliminar los servicios de forma masiva, mediante la desocialización (privatización) --que es una decisión política- y los que prefieren hacerlo mediante la devolución de impuestos o la suplementación de las rentas bajas y cargando precios para cubrir costes, poniendo de este modo en manos de los consumidores individuales la decisión económica de si quieren pagar por el servicio gubernamental o eligen un servicio privado en un nuevo mercado en que ambos oferentes, el gobierno y los particulares, compiten entre sí. Cargar los precios equivaldría a conferir a los consumidores un nuevo poder, basado en un nuevo derecho •Constitucional• de los ciudadanos a la devolución (directa o indirecta) de tasas que se han pagado por servicios de la Administración, central o local, que ya no se desean. Es un «derecho» creado por el mercado, no legal, pero el más poderoso de todos, porque es económico y se basa en la capacidad de compra. Ya no se podría exigir por ley a los ciudadanos pagar por servicios estatales comparativamente inferiores cuando pueden conseguirse en el mercado otros servicios mejores. Hace mucho que venimos pasando por alto, o que nunca hemos considerado, cuántos servicios, flexibles y «adaptados» a las necesidades personales, pueden obtenerse en el mercado. Si el Estado es incapaz de competir por ellos, la nueva posibilidad de pedir que •se devuelva el dinero• le obligará a mejorarlos o a renunciar a prestarlos.

Más difícil es la reforma de los servicios de bienestar. La reflexión tranquila y razonada del debate actual se ve enturbiada por las emociones y las simpatías humanas,

por la «preocupada solicitud» y la «compasión». La modernización de la producción de bienestar para mantenerse a la altura de una oferta y una demanda cambiantes y la exclusión del gobierno (a excepción de los elementos constitutivos del bien público, como la medicina pura y otras investigaciones) ha agitado los sentimientos humanos y alcanza a veces niveles de histeria. Recae sobre el estamento universitario una cierta responsabilidad por esta degeneración del debate; las honrosas excepciones se han visto desbordadas por la multitud de los que insisten más en los síntomas que en las causas de la enfermedad. Al hablar de los efectos renta se ignoran los efectos precio de los remedios propuestos. La expresión de «desmantelamiento» del Estado de bienestar • -la fórmula reduccionista preferida por los que son, en principio, partidarios de la conservación de este tipo de Estado -es un buen ejemplo de una utilización del lenguaje más apta para enturbiar que para clarificar los problemas. Con este ardid se desplaza el frente de la batalla conceptual desde la razón al prejuicio. Ha permitido a los políticos nacionales o locales favorables al Estado de bienestar -o que desean proteger sus cotos políticos presentar la modernización del bienestar poco menos que como una amenaza para la vida de las personas. Y ha hecho, en fin, que los intereses creados que se benefician del status quo sean capaces de sembrar el terror entre los ciudadanos para conseguir que apoyen los ineficaces y dañosos servicios del Estado de bienestar. Las verdades a medias de la campaña de prensa de la Asociación Médica Británica en 1989, oponiéndose a la reforma del Servicio Médico Nacional, han mancillado la reputación de una profesión tan respetada en el pasado, que se ha visto envuelta en el embrollo del proceso político.

Los servicios del bienestar son los más sensibles políticamente y los más fundamentales a la vez para la existencia personal. Si se logra introducir racionalidad en el debate en torno al punto más espinoso de los servicios socializados, puede abrigarse una cierta esperanza de que se pueda eliminar o al menos debilitar la oposición puramente politizada, y en muy amplia medida emocional, a la reforma de los fundamentos doctrinales. Cabría entonces confiar en que las medidas se tomen a partir de consideraciones sobre su conveniencia humana más que en virtud de la perenne objeción de su •imposibilidad política•.

Se analizan aquí las prestaciones del Estado de bienestar no sólo porque son las que más habría deseado la visión capitalista que se produjeran con abundancia en el mercado, sino porque configuran, además, las actividades gubernamentales que causan los daños más directos y los mayores perjuicios a los ciudadanos. Es, pues, necesario prestar atención a estos servicios no después de haber analizado los restantes combustible y transportes, servicios públicos y Administración local que pueden venderse más fácilmente al electorado, sino antes que a la mayoría de éstos, precisamente porque debe proporcionarse información a los electores sobre los daños que el propio Estado está causando con su insistencia en politizar los principales servicios de bienestar.

No es probable que sean los políticos quienes -sin contar con la ayuda de profesores universitarios o de observadores bien informados- difundan estas ideas. Los economistas clásicos -John Stuart Mili, Nassau Senior, Alfred Marshall y otros- barruntaron la probabilidad de que el Estado no quisiera aflojar su control aunque los ciudadanos se propusieran decidir por sí mismos. Y tenían razón. No lo ha hecho. Deben idearse los medios -constitucionales o a través de otras reformas para rogarle cortésmente que se vaya antes de causar mayores daños.

Estado y mercado en los sen,icios de bienestar

Los 40 años de Estado de bienestar, tal como fue sistematizado después de la última guerra, han dado lugar a la proliferación de cientos de libros y de miles de folletos y artículos de prensa que le presentan como el culmen de la compasión, y de innumerables discursos políticos que prometen ampliarlo a la educación de la juventud, al apoyo a la clase trabajadora en los casos de enfermedad y desempleo y a las atenciones a los jubilados. No es sorprendente que una generación que no ha conocido ningún otro sistema de organización o financiación de la educación, de los servicios médicos, del acceso a la vivienda y de pensiones para millones de personas dé por supuesto, de forma inconsciente y sin-reflexionar, que el Estado es no sólo la única fuente, sino también la mejor.

Esta es la herejía de nuestro tiempo. Ignora los antecedentes espontáneos de los servicios ahora prestados por el Estado. Ignora un pasado histórico que se anticipó a la educación estatal de 1870, a las viviendas de protección oficial de 1915, a las pensiones estatales de 1908 y 1925 y al Servicio Médico Nacional de 1948. Ignora los cambios en los hábitos y en las preferencias de los ciudadanos .. No se pregunta cómo habrían podido desarrollarse los servicios voluntarios si no hubieran sido asumidos por el Estado. Y niega la experiencia de otros países con culturas similares.

Ya analizamos en otros capítulos los cambios de hábitos y de preferencias del público (también, y no en último lugar, los que han sido oscurecidos por defectuosas encuestas de opinión) y la experiencia de otros países. En este capítulo se traerán a la memoria los olvidados orígenes de los servicios del Estado de bienestar y se afirmará que la educación, la asistencia médica, la vivienda y las pensiones podrían haber evolucionado de una manera muy diferente, más sensible a las circunstancias y las preferencias individuales, si no se las hubiera insertado dentro del proceso político.

Es una afirmación de validez universal, fundamentada tanto en la naturaleza humana como en la experiencia histórica, que a medida que aumenta la renta, la gente desea mejores servicios, más adaptados a sus circunstancias personales y familiares que los que el Estado proporciona, o dice proporcionar, con mayor o menor igualdad, a todos los ciudadanos. Aunque goza de amplia difusión la idea de que el Estado ha conseguido

arbitrar medios para ofrecer sus servicios por un igual a todos, está hoy día siendo abandonada, como falsa, por investigadores de todas las escuelas, tanto socialistas como liberales, no obstante, siguen afirmándolo así los políticos de todos los partidos, de derechas y de izquierdas, ignorando los pruebas en contrario actualmente bien documentadas.

El proceso político del bienestar ha cometido tres fallos. Primero, ha insistido, desde los primeros tiempos de la seguridad social y de los servicios de bienestar, en el empeño de mantener una estructura de beneficios burocratizados, sin preguntarse por las preferencias de los ciudadanos. Segundo, no ha sido capaz de poner en práctica sus propias (y erróneas) intenciones de prestar servicios iguales para todos, aunque se obstina en proclamarlo, a despecho de las crecientes pruebas en contrario: en vez de redistribuir recursos de los ricos a los pobres, lo está haciendo en el sentido opuesto, esto es, de los pobres a los ricos, o de los más pobres a los más ricos dentro de los grupos de ingresos medios. Y tercero, aunque se ha advertido con retraso la urgencia (o la justicia) de la redistribución hacia los más pobres, otorgando prestaciones selectivas en lugar de las universales, ha sido políticamente incapaz de poner remedio a su fallo a causa de la obstrucción de los intereses de las clases de rentas medias que él mismo ha creado en las personas de los directores, los oferentes o los consumidores de los servicios que se suponían instituidos para todos, pero especialmente para los pobres.

La historia de los orígenes o antecedentes de los servicios prestados por el Estado proporciona el pliego de cargos fundamental contra los fallos del gobierno en el tema del bienestar. Se han creado en los sectores de la educación, la asistencia médica, la vivienda y las pensiones monopolios mastodónticos de servicios estatales en vez de una redistribución de las rentas que traslade a todos los ciudadanos el poder de los consumidores sobre los productores en el mercado que un número cada vez más amplio de personas habían venido desarrollando a medida que aumentaban sus ingresos. Más adelante se analizará si era posible, y hasta qué punto lo era, suplementar las rentas en 1870 o en 1925. El primer intento, del año 1870, fue desbaratado por los políticos aduciendo razones que tienen un eco singularmente parecido en las alegaciones de los políticos de nuestros días. Aunque difícil en 1870, resultaba algo más factible en 1925 y más todavía, por supuesto, en 1948, en vez de construir la vasta maquinaria que da empleo actualmente a tres millones de personas, desde los burócratas de los servicios civiles nacionales y los funcionarios locales hasta los clérigos y las asistentes sociales.

Sólo ahora, al cabo de cincuenta o cien años, comienza a ver el gobierno su error y -sobre todo a partir de 1979- está intentando sustituir servicios estatales en especie dominados por una burocracia de productores por prestaciones diversificadas en efectivo, afirmando que así se refuerzan los servicios del Estado, para aplacar a las profesiones de la clase media y a los sindicalistas que explotan a las mil maravillas al Estado de bienestar en calidad de controladores, empleados o beneficiarios. Mientras tanto, los consumidores, especialmente los pobres, en vez de llegar los primeros, tendrán que

esperar todavía otro decenio o más antes de que se ejecuten las tortuosas reformas con un mínimo de perturbaciones laborales, sin contar con la ansiedad de la clase política sobre si el largo retraso de las mejoras no precipitará su derrota electoral a manos de aquellos a quienes realmente se pretende beneficiar.

El continuo aplazamiento de la reforma del Estado de bienestar es la señal del fracaso del proceso político. Pudieron implantarse hace ya mucho tiempo los mercados para servicios sociales que ahora, por fin, están comenzando a construirse en virtud de las prestaciones en metálico generalizadas o bajo la forma de asignaciones específicas, en sustitución de los servicios en especie que estuvieron a punto de aniquilar el embrión del desarrollo del mercado del siglo XIX. El obstáculo, hace cincuenta o cien años, no fue el mercado, sino el proceso político. El culpable, hoy día, no es el capitalismo, sino el socialismo.

Al aumentar las rentas durante la segunda mitad del siglo XIX, los padres desearían pasar de las mejoras en la alimentación y el vestido de la familia a la escolarización de los hijos, a mejores servicios médicos y más confortables viviendas para toda su familia y a la garantía de rentas para la vejez. Suponer otra cosa es olvidar la historia.

La educación capitalista

La educación es uno de los capítulos principales de los presupuestos familiares, a renglón seguido de las necesidades básicas de la vida cotidiana.

No es ésta la impresión que transmiten los historiadores y los novelistas sociales. Pero que los padres se preocupan por todo lo relacionado con sus hijos es una aseveración confirmada por la historia. Así lo testifican, cada vez más acentuadamente, los padres de las familias obreras a lo largo del siglo XIX, mucho antes de que el Estado iniciara lo que ha venido en llamarse, de forma acrítica, «el sistema nacional de educación». (Lo mismo que «público», «social» y otros eufemismos políticos, el adjetivo «nacional» sugiere la injustificada implicación de benevolencia.)

Ya desde los primeros años del siglo XIX, e incluso antes, comenzaron las familias a enviar a sus hijos a la escuela. Sus rentas eran bajas; necesitaban ayuda, y la recibían, de la Iglesia, de las obras de caridad y de otras fuentes. Aunque las cuotas de escolarización eran a menudo sólo unos pocos peniques por semana durante los primeros años, podían entrañar la renuncia a algunas de las necesidades primarias de alimento y vestido. Pero se pagaban. Los padres, en muy buena parte analfabetos, sentían la creciente necesidad de que sus hijos aprendieran los rudimentos de la lectura, la escritura y la aritmética.

Los historiadores han bosquejado sus pruebas a partir de los informes oficiales de mediados del siglo sobre los todavía altos porcentajes de niños sin escolarizar y los novelistas sociales han descrito en sus ficciones escuelas de ínfima calidad. Al parecer, entonces, como ahora, las deficiencias, los casos dramáticos, aunque aislados, despertaban más interés y vendían más que los lances afortunados. Lo normal resultaba aburrido. Los episodios trágicos despertaban la simpatía filantrópica, la imaginación literaria o la indignación política.

Las difamaciones sobre la situación de las familias de la clase obrera británica proporcionaban excelente materia prima a políticos y novelistas sociales y fue más tarde explotada también por los escritos fabianos y por los socialistas de toda laya. Todos advertían sin dificultad que el nivel de escolarización era insuficiente. Se ofrecían soluciones sin riesgo de ser desechadas porque, entre otras cosas, no implicaban sensibles desembolsos para cada individuo concreto. El socialismo ha medrado siempre a base de ofrecer hipotéticos remedios, al parecer sin costes, para síntomas dolorosos. Como las escuelas privadas no habían conseguido educar a todos los niños, era el gobierno quien debía tomar el relevo. Y así es como en virtud de un non sequitur que no lograría convencer ni a un alumno del primer nivel•-se crearon reputaciones política y literarias sobre las espaldas de los trabajadores.

Cuando el profesor West, historiador y economista, puso en duda la validez de los argumentos políticos y adujo las pruebas en contra de la Comisión de Newcastle de 1861 y de otras fuentes ignoradas o pasadas por alto por los historiadores convencionales,¹ la reacción de estos últimos fue sumirle en el descrédito. Su razonamiento era discutible; las pruebas no podían ser correctas: entraban en contradicción con Dickens. Pretendía destruir las ilusiones, tal vez incluso la reputación de estos historiadores.

Pero las pruebas han resistido todos los ataques. Los subsiguientes trabajos del profesor West en Gran Bretaña y Canadá le han convertido en una autoridad mundial de primera fila en el campo de la historia de la educación y de sus aspectos económicos. Han sido los historiadores ortodoxos los que se han visto desacreditados y la novelística social la que ha demostrado ser buena ficción literaria pero mediocre fuente histórica, y materia apta para que se abuse de ella con fines políticos.

La supuesta negligencia en el campo educativo de que se acusa a las décadas iniciales y centrales del siglo XIX ha sido uno de los elementos determinantes del descrédito y la condena que los socialistas han lanzado contra el capitalismo. Durante varios años, a partir de 1965, los textos escolares difundieron una y otra vez falsas ideas sobre el siglo XIX y los políticos las siguen repitiendo sobre el siglo XX. La izquierda, afirma Roy Hattersley, podrá tal vez llegar a aceptar el mercado, que aspira a regular a los ciudadanos corrientes, salvo en el ámbito de la educación y de otros servicios sociales.²

El error es patente. Según este non sequitur, el mercado no debe proporcionar educación a nadie si algunos no pueden pagarla. Casi nunca se discute su pago por cuotas

o tasas, al principio indirectas y más tarde directas. Hay aquí una confusión entre la nacionalización de la oferta y el fortalecimiento de la demanda. Si la demanda es insuficiente porque algunas rentas son bajas, la solución lógica es complementarlas de modo que todos los padres puedan pagar, no crear una oferta monopolista del Estado para todo el mundo, con poco campo de opción, escasa influencia y pocas posibilidades de escape para los ciudadanos particulares. La comida y el vestido son más elementales que la educación. Y no por eso se crean monopolios estatales sobre estos artículos. Los complementos a las rentas bajas amenazan con causar daños desproporcionados a los incentivos por el salario, pero es mucho más difícil aún eliminar los defectos del monopolio de la oferta.

El gobierno de 1870 (encabezado por Gladstone) fue lo bastante im-prudente como para poner en marcha el extenso monopolio de la educación. En aquella época, tanto Gladstone como Disraeli maniobraban para atraerse el voto de las nuevas masas de electores. Tal vez en aquellos años 1870 resultara difícil complementar las rentas; tal vez los trabajadores habrían destinado el aumento a cerveza o cosas peores, como vienen afirmando monacordemente los reformistas de la clase media. Como ya es habitual, el proceso político concedió, a través de la Trade Union Act de 1871, ventajas a los trabajadores en cuanto productores organizados, pero ignoró sus intereses como consumidores desorganizados -la enfermedad profesional de los políticos. (Cayó sobre Gladstone la justicia poética cuando Disraeli se alzó con el triunfo sobre la Ley de 1871 con su Trade Union Act de 1875.) Pero, a partir de entonces, conservadores, liberales y laboristas han sido cada vez más miopes y superficiales al no tener en cuenta los costes que implica para las nuevas generaciones el mantenimiento del monopolio estatal.

Se han querido olvidar las pruebas de que ya mucho antes de 1870 hubo maestros voluntarios que ofrecían enseñanza a cambio de unos honorarios. Al volver de unas vacaciones en los Highlands escoceses, mi mujer y yo, animados por un interés compartido por la antigua escolarización británica, pudimos leer el pitafio de una lápida reproducido en un hotel de Dunkeld, que testifica la existencia, hacia 1770, de una escuela privada, dirigida por una cierta Eppie Brown, a la que las familias pobres de los Highlands pagaban unos pocos peniques por semana:

Imaginad una mujer de más de siete decenas.
Combate lo peor que la pobreza encierra
dando clase a niños de la clase obrera.
Por toda la semana, desde que el lunes llega,
por dos peniques van con Eppie Brawn, la maestra.

Dos peniques por semana eran un notable sacrificio en aquellos tiempos. En Inglaterra, el economista James Mill, padre de John Stuart Mili, observó, en 1813, es decir, 57 años antes de la Ley de 1870, que • ... en los alrededores de Londres, apenas hay un pueblo que no tenga escuela; y no son muchos los niños de ambos sexos que no

sepan leer y escribir, más o menos bien •. ¿Cómo se financiaban aquellas escuelas? Mili añadía: •A familias que se alimentan exclusivamente de patatas ... no les falta nunca la suma, restada a un duro salario, para mandar a los niños a la escuela. •³ En 1835 proporciona un nuevo testimonio de la difusión de la escolarización voluntaria el estadista whig Henry Brougham, nacido en 1776, el año de la publicación de la Riqueza de las naciones, y sin duda educado en las enseñanzas de este libro. Brougham vivió hasta 1868, es decir, la época del auge del liberalismo económico inglés, y brilló en los debates en torno al histórico Reform Bill (proyecto de ley de reforma) de 1832, que desarrollaba el proceso político de las votaciones y las elecciones, aunque no dejaba de advertir, al mismo tiempo, su potencial peligro para el proceso de creación de mercados libres y para las escuelas de nueva fundación: •Tenemos un número de escuelas ... financiadas con los salarios de los padres y con aportaciones de personas bien dispuestas ... nos incumbe actuar en la máxima discreción antes de interferir en un sistema que tan bien está funcionando. •⁴ Sus observaciones fueron ignoradas en 1870, justo cuando más numerosas eran las escuelas pagadas por los padres. Por desgracia, la enfermedad profesional de los políticos les hace sucumbir a los alicientes del proceso político a «interferir» poniéndose a sí mismos a la cabeza de los •sistemas progresistas• con el propósito de acreditar su sabiduría y su espíritu de servicio público, pero a menudo, en realidad, para estorbarle. El profesor West acusó a los políticos de querer montar en •caballos lanzados al galope•, con el consiguiente riesgo de caerse. Desde 1870, momento a partir del cual los impuestos indirectos aumentaron sin pausa a lo largo de los cien años siguientes, disminuyó el número de familias que podían pagar las escuelas privadas que ellas mismas habían creado, y fueron también menos los padres que consideraban la escolarización como un servicio que les atañía directamente, dado que ahora lo proporcionaban políticos bien intencionados (que necesitaban sus votos) y burócratas incorruptibles (que obtenían ganancias en sus nuevos puestos).

Todas estas pruebas siguen siendo ignoradas por la mentalidad socialista (en todos los partidos), que considera que el Estado es el patrocinador indispensable de la educación, porque en los años 1990 los padres no están dispuestos a pagar por ella. Los lectores de las hermanas Bronte poseen algunos indicios respecto de la vida a mediados del siglo XIX. En 1841, Charlotte escribía a su tía Elizabeth Branwell: -Mis amigos ... dicen que las escuelas en Inglaterra son tan numerosas ... y la competencia tan grande, que sin seis meses ... (de experiencia en la enseñanza) en algunas escuelas del Continente ... tendremos una dura lucha y podemos acabar fracasando. •Agradecía, por tanto, el préstamo de 100 libras de su tía para abrir la escuela. Con la experiencia adquirida en Bruselas, confiaba en que Emily y Anne Bronte podrían acompañarla en las clases: •Os gusta emplear vuestro dinero del mejor modo posible; no sois aficionada a hacer malas compras; cuando tenéis que hacer un favor, lo hacéis siempre con estilo. •Aseguraba a la señorita Branwell que el dinero •sería bien empleado ... garantizando una rápida devolución tanto de los intereses como del principal. •⁵ No sería realista suponer que los

servidores públicos gastan con este mismo sentido de la responsabilidad un dinero de los ciudadanos que, además, no tienen que devolver. Los mofados •valores victorianos• inculcaban responsabilidad, economía e integridad, actitudes que a menudo brillan por su ausencia en las actividades socializadas, también bajo el capitalismo.

En los años anteriores a 1870, el número de niños que asistían a escuelas privadas había pasado de 500.000 en 1818, según el citado James Mili, a más del doble, es decir, 1.250.000, poco después, en 1834, de acuerdo con el informe Brougham. En 1851, dos de cada tres niños de edades comprendidas entre los 4-6 y los 10 años recibían instrucción escolar.

Estos son los datos aportados por el profesor West, extraídos de la Comisión de Newcastle de 1861 y de otras fuentes. El profesor Marc Blaug ha llegado a la conclusión de que hacia 1850 la asistencia escolar y los índices de alfabetización, en escuelas básicamente financiadas por los padres, tenían en Inglaterra valores más altos que los que se registraban en 1950, un siglo más tarde, en el mundo en su totalidad, es decir, incluidos los países del Tercer Mundo.⁶

La sutil diferencia del efecto sobre las relaciones sociales entre los padres -a veces en una misma calle-que enviaban a sus hijos a centros educativos del mercado y los que los matriculaban en los proporcionados por el proceso político queda plásticamente ejemplificada en la supresión final de las cuotas escolares para los centros secundarios estatales, en virtud de la muy celebrada Buttler Education Act de 1944, otra piedra miliaria en el camino hacia el control total de la educación por el Estado, salvo el pequeño enclave de colegios privados mantenidos por un puñado de familias de mentalidad independiente, con capacidad de autosacrificio, religiosas, tenaces o ricas. Junto con la Fisher Act de 1918, que suprimió las cuotas de los centros primarios, la Buttler Act impedía a la clase obrera emergente competir con la clase media por una enseñanza de alta calidad.⁷

Antes de 1944, todos los padres conocían las cuotas que se debían pagar por los puestos que quedaban libres en la enseñanza secundaria (incluidas las humanidades), una vez que la mayoría habían sido ocupados por alumnos que habían aprobado el examen pertinente. El sistema pro-vocaba poca o ninguna envidia, al menos en la superficie. Los padres de los niños que habían aprobado el examen podían admirar el sacrificio de aquellas otras familias, no siempre ricas, por dar a sus hijos, que posiblemente tomaban la salida con retraso, las mejores posibilidades que podían proporcionarles. Los que no podían o no querían pagar las reducidas cuotas (dos libras y media por trimestre en la Raine's School en mis tiempos, hacia 1930, cuando los salarios se situaban en torno a las 150 libras al año) no organizaban protestas públicas ante los anuncios que invitaban a los padres a optar por los puestos de pago.

Después de 1944, los colegios gratuitos de segunda enseñanza humanista creados por el proceso político fueron ocupados en su totalidad por alumnos que habían aprobado el pertinente examen. Los que no lo aprobaban se matriculaban en la segunda enseñanza

moderna o en centros de Artes y Oficios. Pero a los padres de estos alumnos les parecía que por este camino sus hijos quedaban discriminados de por vida, en virtud de una decisión política basada en la habilidad o la capacidad de los niños a la temprana edad de los 11 años. Los padres que antes de 1944 habían seguido pagando la educación secundaria humanista de sus hijos también después de los 11 años, contaban, en virtud de la Butler Act, con muy pocas o con ninguna oportunidad de sacarles de los colegios secundarios modernos o de los centros de Artes y Oficios, salvo que estuvieran dispuestos a pagar cuotas mucho más elevadas en los (escasos) centros privados. A partir de 1944, las familias de la clase media expulsaron a codazos a los hijos de las clases obreras de los centros de enseñanza secundaria humanista mediante artimañas político-culturales encaminadas a influir sobre los miembros de los consejos escolares y/o preparando a sus hijos para los puestos libres en la enseñanza de humanidades, lo que no dejaba de ser un buen negocio cuando la alternativa era el pago de altas cuotas en internados privados.

Tuvo que pasar bastante tiempo antes de que la mentalidad socialista de la clase media llegara a comprender estas desagradables consecuencias de la educación estatal «gratuita». La falsedad política de la educación •gratuita• ha engañado a menudo, aquí como en otros campos, a los inocentes ciudadanos. Tal vez los padres de las clases trabajadoras habrían modificado su supuesta aprobación de la educación estatal si hubieran comprendido que la estaban pagando a través de impuestos indirectos, cuando no directos, y de tasas (ocultas en las rentas). En educación, como en todas las restantes materias, les habría ido mejor en el mercado que en el proceso político. Aquí, como en todo lo demás, el principio esencial consiste en restablecer la realidad (y la información) de que se paga un precio, y de que la •gratuidad• es una ficción. Las encuestas de opinión con-tribuyen a mantener este olvido y esta ficción: nada extraño, pues, que, según ellas, haya ciudadanos partidarios de los servicios de bienestar •gratuitos•.

El creciente resentimiento de las familias de la clase obrera ante la desigualdad del sistema estatal igualitario, nutrido fundamentalmente por la envidia frente a los padres de la clase media que tienen opciones de las que ellos carecen, fue fomentado a ciencia y conciencia por todos los partidos deseosos de ganar votos y llevó al Partido Laborista a la implantación, a mediados de los años sesenta, de centros de segunda enseñanza •comprehensivos• para todos los niños. Salvo algunas Administraciones locales controladas por las clases medias, como las de Kent y Buckinghamshire, que desplegaron tácticas dilatorias, o en Enfield, donde los padres opuestos a la mencionada introducción -comprehensiva• consiguieron paralizar esta iniciativa, el resultado fue el cierre, tanto a cargo de ministros conservadores como laboristas, de los centros secundarios «humanistas» en casi todas las áreas de las clases obreras. Este atentado contra el pueblo llano, perpetrado por políticos y burócratas, debe inscribirse entre los más repudiables, por no decir los más crueles, de la historia británica de post-guerra. No es de extrañar que

el obispo de Peterborough echara en cara a Shirley Williams haber cerrado sus centros de humanidades (capítulo XII).

El Estado se ha propuesto como objetivo la igualdad. En el consiguiente esfuerzo administrativo por la estandarización, ha pasado por alto, según su costumbre, la familia. Y el resultado final ha sido el fomento de la discordia y de la fricción, clima en el que prospera una guerra de intensidad creciente de todos contra todos. Ha introducido de manera tan innecesaria como miope más dosis de política en la vida privada. Tal como le ha ocurrido ya otras muchas veces, ha conseguido lo contrario de lo que pretendía: en vez de ayudar a las familias de bajos ingresos, las ha perjudicado al cerrar los centros de estudios humanistas a sus eventuales mayores ingresos. No es, pues, sorprendente que, a una con el aumento de las rentas, aumente también el número de padres que acuden a los centros privados del mercado como salvación de sus hijos. El mérito recae sobre los profesores universitarios de la izquierda. Han sido ellos, en efecto, quienes en los últimos años 80 han comenzado a buscar medios para restablecer el mercado, con esquemas que intentan sustituir los centros estatales gratuitos por otros pagados con la ayuda de subvenciones para fines específicos que algunos veteranos han organizado en el grupo de presión Amigos de los Vales para la Educación (Friends of the Education Voucher [FEVER]). Desde mediados de los setenta, este grupo cuenta con el apoyo de eminentes economistas liberales, que vienen reclamando, desde hace décadas, los bonos o vales para la enseñanza.

¿Hasta dónde se habría expandido una escolarización despolitizada, bajo la influencia de los padres, de no haber sido desincentivada y reprimida por el Estado? ¿Cuántos padres estarían dispuestos hoy, con rentas muy superiores a las de sus bisabuelos de 1870, especialmente si el aumento es debido a la disminución de impuestos directos e indirectos, a pagar centros de estudios de su libre elección? Nunca lo sabremos. Los historiadores no se lo han preguntado. La mentalidad socialista rehúye el problema y no tiene ojos para las posibilidades futuras. Parece que en los primeros años 90 se situaba en torno al 7 por 100 el número de familias que financiaban este tipo de centros. Con subvenciones específicas, o con vales escolares, prácticamente todos los hijos de las clases obreras habrían tenido la posibilidad de disponer de centros educativos responsables, que tratarían a los padres como a clientes de pago, porque podrían abandonar los malos colegios como se abandonan los malos restaurantes.

¿Es el Estado el único que puede proporcionar la escolarización para todos? Así lo cree la mentalidad socialista (en todos los partidos). ¿Nunca podrá, pues, el 93 por 100 restante elegir sus centros? La respuesta aquí es: •No•. ¿Pueden funcionar eficazmente los centros si se producen traslados frecuentes de alumnos de unos colegios a otros, según el capricho de los padres? No, afirman los funcionarios de las Administraciones locales y los portavoces de los profesores. Así suena la respuesta que vienen dando, desde hace un siglo, las diversas corrientes socialistas. Se equivocan.

Podrían haberse proporcionado centros escolares a todos los niños sin necesidad de que el Estado fuera su constructor, su propietario, su empleador y su gestor. La práctica totalidad de los escolares podría haberse inscrito en centros elegidos por sus padres. Y estos centros habrían podido funcionar eficazmente si los padres hubieran podido cambiar de unos a otros, con preavisos de un trimestre (o incluso menos).

Proporcionan las pruebas a favor de estas afirmaciones los 2.500 centros que imparten enseñanza a cerca de 750.000 alumnos bajo estas condiciones. Cada familia concreta puede comparar centros, porque hay dentro de la zona varios a los que se puede llegar en autobús o en automóvil (individual o compartido con otros). Los centros de pago ofrecen elevados niveles, debido a que tienen que competir por atraerse a los padres: saben bien que éstos cambiarán de colegio para sus hijos si los niveles descienden. Ninguna familia está obligada. No tienen que dar explicaciones de por qué cambian de centro. No dependen de las decisiones de la mayoría de las otras familias. No están sujetas al proceso político de la elección de los Consejos Escolares, donde las personas más elocuentes ejercen mayor influencia que las normalmente reservadas o que los obreros, que se sienten intimidados. Un mercado competitivo sin restricción de salidas convierte a cada familia individual en soberana.

Esta es la visión capitalista de la educación.

Hubo en la era victoriana malos centros educativos, que los novelistas sociales supieron explotar con provecho en sus creaciones literarias. Pero, como se argumentó en el capítulo IX, los malos ejemplos aislados no constituyen una prueba decisiva contra el capitalismo (como tampoco lo son, a favor del socialismo, los casos de buenos centros estatales). No durarían mucho los malos centros si aumentara la capacidad de compra de la enseñanza o si esta capacidad fuera suplementada por el gobierno en las situaciones de rentas bajas. No durarían más de lo que duran los malos restaurantes. Los centros de enseñanza privada se difundieron en un sistema que proporcionaba salidas frente a los malos oferentes; los centros estatales fueron creados en un sistema que cerraba tales salidas. Un Director of Education de los Home Counties declaró, en los primeros años 1980, al presidente de FEVER: •Sabíamos que había malos centros; pero teníamos que llenarlos. • Esta frase encierra la condena definitiva del •sistema de educación nacional• iniciado en 1870 en virtud del proceso político, no por la voluntad del pueblo. No se preguntó entonces al pueblo. Tampoco se le ha preguntado en los años 1990.

Un siglo después de 1870, los padres que pagan directamente la escolarización mediante tasas o cuotas (en vez de hacerlo indirectamente a través de los impuestos) se han visto reducidos a 1 de cada 15, y la educación británica ha quedado atrapada en la red del proceso político. Las reformas de 1989, que preveían una salida cualificada -una cláusula de salvaguarda frente a las decisiones colectivas de los Consejos Escolares, a su vez sujetos a la aprobación politizada de una entidad política, la Secretaría de Estado- siguen manteniendo dentro del proceso político los centros educativos estatales. No proporcionan, en efecto, salidas para decisiones independientes de los padres en los centros cuyos Consejos Escolares se hayan pronunciado en contra de la cláusula de

salvaguarda. La mayoría de las decisiones son tomadas por los Consejos Escolares y por votaciones de padres que pasan por alto los deseos individuales. No existen buenas razones -salvo la timidez política y la conveniencia de la Administración•-para otorgar la cláusula de salvaguarda frente al sistema estatal a los centros y no a los padres, a los oferentes y no a los consumidores. La cláusula de salvaguarda para los centros educativos es una solución política. La solución de mercado sería poner esta cláusula en manos de cada familia concreta.

En 1990, 120 años después de aquel 1870, 93 de cada 100 familias no pueden dar a sus hijos la educación que desean. Esta es la inhumanidad del proceso político. Este 93 por 100 está socialmente segregado del restante 7 por 100 que hacen sacrificios y pagan en el mercado. Esta es la frustración de aquella Una Nación de Disraeli que, a manos del proceso político conservador-laborista, ha creado Dos Naciones. Ya es demasiado tarde para que los políticos puedan forzar a este 7 por 100 a insertarse en el sistema estatal. El único camino viable hacia aquella Una Nación es que a este 7 por 100 se sume el 93 por 100 restante.

Los servicios médicos capitalistas

El desarrollo voluntario de los servicios sanitarios a través de mutualidades, asociaciones médicas, seguros industriales y otros mecanismos de mercado del siglo XIX -la medicina capitalista -se vio entorpecido y al final casi destruido por políticos, burócratas y productores a lo largo de una serie de etapas que culminaron en el Servicio Nacional de Salud (National Health Service, NHS) de 1948, es decir, en la •medicina socialista•.

El mercado embrionario de servicios médicos había desarrollado, desde hacía más de un siglo, la soberanía de los consumidores. El NHS lo sustituyó por el predominio de los productores, disfrazado de paternalismo político y de benevolencia profesional. La evolución del mercado de los compradores, en el que eran los consumidores quienes marcaban la pauta a los médicos, fue reemplazada por el mercado de los vendedores, reforzado por el Estado, en el que los consumidores se veían reducidos a mendicantes en los consultorios médicos. Ésta es la triste historia económica de la medicina británica, disfrazada en sus rasgos esenciales con el ropaje de declamaciones políticas sobre la igualdad, la justicia y la compasión. La mentalidad socialista se ha impuesto durante más de cien años a las enseñanzas liberales, dejando su huella de coacción estatal, concentración de poder, monopolio y miopía de los productores en todo el espectro de las conductas humanas.

Los servicios médicos británicos no podrán experimentar mejoras sustanciales mientras el mercado de vendedores del NHS no tienda a convertirse en mercado de compradores. Debe invertirse la situación actual, en la que los pacientes tienen que esperar y suplicar a los médicos. Son los médicos quienes tienen que esperar a los

pacientes. Y, entonces, las largas dilaciones del NHS -a menudo semanas para una consulta, meses para una operación y años para las llamadas •intervenciones quirúrgicas no urgentes• que provocan ansiedad mental y, con frecuencia, deterioros físicos-se verán sustituidas por cortas esperas esporádicas, porque el mercado coordina los tiempos de los pacientes y de los médicos individuales con mayor eficacia que los procedimientos centralizados del Estado en las oficinas de clasificación de grandes grupos de enfermos y doctores.

La escueta verdad es que el su puesto sobre el que se basa el NHS --que el tiempo de los médicos es invariablemente más valioso para la co-munidad que el de los pacientes carece de fundamento. Podría ser cierto respecto de algunos médicos excepcionales; pero no lo es, con toda seguridad, en el caso de todos los pacientes. El tiempo de un médico de amplia experiencia puede ser menos valioso que el de un humilde carpintero, un electricista o un fontanero cuya ausencia puede desbaratar la labor de un equipo de trabajo en un petrolero destinado a la exportación.

El mercado no clasificaría bajo la etiqueta de pacientes a los millones de personas aquejadas de diversas enfermedades, achaques, síntomas, temperamentos y psiques. Sólo un vasto artefacto político impersonal como el NHS considera esencial hacerlo para evitar una elefantiasis administrativa. Los Ferrocarriles Británicos han tardado bastante tiempo en descubrir que los pasajeros son •clientes•. Los servicios médicos sólo mejorarán cuando se basen en las disciplinas de la •relación médico-cliente•. Pero esto exige pagos individualizados.

Al electorado se le vendió políticamente el NHS con la promesa de que todos y cada uno de los ciudadanos dispondrían de los mejores servicios médicos que la ciencia pudiera proporcionar. Este eco del segundo axioma marxista •a cada cual según sus necesidades• acabó en una decepción cuyos resultados están pagando la democracia, los médicos y los ciudadanos. Ha degradado a la democracia al nivel de subasta política, ha inducido a los médicos a pensar que están por encima de la fundamental condición humana de escasez y ha despertado tercamente expectativas irrealizables de atenciones médicas universales sin límites de coste en concepto de equipos y tiempos médicos, de instalaciones, de amables enfermeras, ambulancias y otros innumerables recursos escasos que la sociedad civilizada debe administrar con gran parsimonia, si no quiere verse hundida en una escabrosa lucha por la supervivencia.

Estos principios sobre el esmero y la economía en el uso de los recursos habían sido ya respetados por los trabajadores ingleses, que los incorporaron a sus primeros esfuerzos por organizar servicios médicos para sí y para sus familias. Los convenios voluntarios entre obreros y médicos en instituciones, mutualidades y otras parecidas organizaciones médicas impedían que tanto los ciudadanos como los cuadros médicos y los políticos albergaran expectativas irrealizables. La visión capitalista afronta la realidad e intenta soluciones que obtengan el máximo rendimiento posible de recursos escasos. La visión socialista del NHS es el irracional círculo vicioso de todos los problemas con que

tropieza la humanidad cuando se aplica a las relaciones entre la naturaleza humana y la escasez de recursos la ingenuidad de la falacia central del marxismo. Y cuando, en 1989, por vez primera en 40 años, hubo un gobierno dispuesto a enfrentarse a la verdad que se esforzó por introducir las realidades económicas en el campo de la medicina, provocó la cólera de los políticos que temían perder su comodín ante el electorado y de los médicos frustrados que oían decir que también ellos, como el resto de los mortales, tenían que vigilar sus presupuestos, y desagradó a los pacientes que habían creído que dispondrían, por fin, y de acuerdo con las promesas de los políticos, atenciones médicas que, como el maná, nunca les faltarían.

El doctor Green ha narrado recientemente la saga —denigrada y despreciada por los historiadores de toda una centuria, desde 1850 a 1948, de una clase obrera que fue capaz de forjarse su propia ayuda.⁸ Incluso *New Society*, la publicación de tendencias socialistas de sociólogos y asistentes sociales, ha reconocido que el doctor Green ha presentado un «fascinante análisis de los logros conseguidos por las mutualidades en el campo de los servicios médicos». •La competencia del mercado• -acepta esta publicación •satisfacía las necesidades [quiere decir los deseos] de la población ... los miembros de las mutualidades y los médicos intentaban mantenerse siempre en equilibrio, compartiendo intereses realmente recíprocos ...•⁹ (Siempre en equilibrio no es bastante: el consumidor debe primar sobre el productor.) El *Political Quarterly*, también inclinado a la izquierda, calificaba las investigaciones del doctor Green de •un estudio excepcional ... sobre las relaciones entre productores y consumidores ... en los 100 años anteriores al NHS ...•¹⁰

Conviene, a este propósito, preguntarse por qué ha sido ignorada esta historia de la autoayuda, la responsabilidad y la capacidad de previsión de la clase obrera. El debate público televisado celebrado en 1989 entre el ministro del ramo y el portavoz de los cinco sindicatos sobre el pago al personal de las ambulancias pierde toda su importancia cuando se le contrasta con los orígenes del sistema monopolista estatal enfrentado al monopolio de los sindicatos, cuyos resultados deben ser forzosamente caprichosos y precarios, porque están dirigidos desde dentro del proceso político. El pensamiento socialista de todas las formaciones políticas, incluido el Partido Liberal de Beveridge, acepta con excesiva facilidad el argumento históricamente incorrecto de que los costes de las organizaciones voluntarias eran altos, no podían cubrir a las familias y todo el sistema era, en definitiva, el mosaico acolchado de un proyecto elaborado sin metodología. La solución correcta, concluyen las mentes socialistas, consistía en un sistema unificado, uniforme, centralizado, estandarizado y comprensivo de servicios médicos iguales (sobre el papel) para todos.

Los descubrimientos del doctor Green sobre los progresos y la financiación de los servicios médicos voluntarios fueron muy parecidos a los que el profesor West había hecho en el campo de la educación: el Estado saltaba a la silla de un caballo lanzado al galope. Lo único que hizo fue reducir la marcha. Los socialistas, a través de sus ubicuos activistas, desde Sidney y Beatrice Webb antes de la I Guerra Mundial hasta Richard

Titmuss después de la II, ayudaron a la implantación del sistema mediante el proceso político de consejos al gobierno. Los productores, a través de la Asociación Médica Británica (British Medical Association, BMA), incitaron a su puesta en práctica mediante el proceso también político de presión sobre el gobierno. Al final, se impuso de forma casi absoluta el dominio del go-bierno y de los productores sobre los consumidores de la clase obrera. En los años 50 pudo salvarse, gracias al mercado, un residuo, que mantuvo en pie las reliquias de las organizaciones voluntarias hasta que consiguieron reagruparse y reanudar sus servicios, interrumpidos por injerencias políticas, bajo la influencia de las rentas crecientes y del embourgeoisement generalizado después de la II Guerra Mundial.

Al igual que el *Education and the State* del profesor West, también el *Working Class Patients and the Medical Establishment* del doctor Green presentaba una excitante investigación que sacaba a la luz una documentación histórica durante mucho tiempo ignorada. Hubo dos instituciones médicas, dice el doctor Green, con las que •se topó• en 1937 la Planificación Política y Económica (Political and Economic Planning, PEP), más tarde Instituto de Estudios Políticos, grupo de especialistas de entreguerras animados de las mejores intenciones, que difundieron en la década de los 30 los errores socialistas en circulación. Dichas instituciones proporcionaban servicios médicos generales que el PEP tuvo el buen acuerdo de recomendar como •el modelo de todo el sistema nacional de servicios médicos-¹¹ Se reflejaba aquí aquella primera concepción de la que nació más adelante el NHS, con la romántica visión habitual del proceso político entendido como fuente desinteresada de conocimientos y de recursos financieros. La Great Western Railway Medical Fund Society of Swindon, fundada en 1847, un siglo antes que el NHS, contaba en 1944 con 14 médicos y especialistas a jornada completa, tenía especialistas que giraban visitas a domicilio y 3 dentistas de dedicación plena, gestionaba un hospital con 42 camas, disponía de un amplio Departamento de consulta externa, todo ello al servicio de más de 40.000 afiliados y sus familias, lo que significaba la mitad de la población de Swindon. El Llanelli and District Medical Service, por su parte, contaba en 1937 con 18.000 suscriptores en su •modelo [comprehensivo] de cualquier sistema nacional de servicios médicos•.

Swindon y Llanelli no eran casos únicos. Samuel Smiles intentó conseguir la aprobación de las organizaciones de autoayuda de los ferroviarios y mineros. Pero la creación, en 1948, del Servicio Nacional de Salud supuso el práctico desmantelamiento tanto de los mencionados Greast Western Railway Medical Fund Society y Llanelli District Medical Service como de todos los restantes intentos del instinto innato de la clase trabajadora inglesa a ayudarse por sí mismos.

Hay dos estadísticas de nivel nacional que descubren la calumnia lanzada sobre las clases obreras, ya que prueban que los ejemplos arriba citados no eran casos aislados de organizaciones voluntarias en el campo de la sanidad. El número de instituciones médicas pasó de 2 en 1870 a 32 en 1883, con 139.000 afiliados. En 1910, las sociedades eran ya 85, con 329.000 asociados. En 1911 se introdujo el seguro obligatorio de enfermedad que

incluía subsidios en efectivo. Esta iniciativa causó estragos en las organizaciones de autoayuda. Aunque el número de miembros potenciales iba en aumento, las instituciones médicas descendieron de 88 en 1912, con 312.000 afiliados, a 49 en 1947, con 166.000 miembros. Y luego vino, en 1948, el NHS, que anunciaba el fin de la autoayuda a través de los seguros médicos voluntarios. En 1949 todas estas instituciones cerraron sus puertas.

La advertencia de Brougham a propósito de las escuelas podría trasladarse igualmente a los servicios médicos: • ... nos incumbe actuar con la máxima discreción antes de interferir en un sistema que tan bien está funcionando •.¹² El mercado estaba cumpliendo su cometido tanto en la sanidad como en la educación. Pero el proceso político ha desencadenado otros impulsos, distintos de los que mueven a las personas a ser dueñas de su propio destino. De los 12 millones que tuvieron que ingresar forzosamente en la seguridad estatal por la Ley de 1911, 9 millones estaban ya cubiertos por planes voluntarios, de ellos 6,6 millones en sociedades registradas y 2,2 millones en sociedades no registradas. La afiliación había aumentado a ritmo acelerado durante un tercio de siglo. A los 2,8 millones de 1877 se sumaron en 1887 otros 90.000 socios, hasta alcanzar los 3,6 millones; a partir de esta fecha, las nuevas inscripciones fueron 120.000 por año, de modo que se llegó a los 4,8 millones en 1897; a continuación, el ritmo de nuevos afiliados fue de 140.000 anuales, hasta alcanzar en 1910 la cifra de 6,6 millones. Con estas tasas de crecimiento, al estallar la guerra en 1914 habría estado cubierto un millón más. Pero todo quedó destruido, no por voluntad del pueblo, sino por imposición del proceso político. Los pretextos habitualmente aducidos de la mayor rapidez de la acción estatal, de la difusión de la pobreza o del desordenado mosaico ocultan los motivos, menos honorables, de ventajas para los partidos políticos, creación de un imperio burocrático y capitulación ante los intereses organizados.

Pero, a despecho de la represión gubernamental, el mercado ha sido capaz de recuperarse merced a las fuerzas de la oferta y la demanda. Después de la II Guerra Mundial se redescubrieron los seguros médicos voluntarios a través de las mutualidades supervivientes y se reasumieron sus métodos de pago por los servicios según el mercado. El gradual aumento de la demanda procedía de cabezas de familia con crecientes rentas y de empleadores deseosos de obtener más rápida y mejor asistencia médica para sus empleados y asalariados, por cuya recuperación se sentían inquietos cuando tenían que atenerse a la norma del NHS: •No nos llame, nosotros le llamaremos. •

El NHS ilustra bien las consecuencias que se siguen cuando se arrebató un servicio al mercado para transferirlo al proceso político. Los médicos metidos en política que regían los destinos de la BMA mostraron sus cartas en cada fase. Que esta Asociación represente realmente al estamento médico no pasa de ser, aquí como en cualquier otro proceso político, mera conjetura. La afirmación, ya familiar, de que el espíritu de servicio está siempre por encima de los intereses monetarios ha carecido, desde siempre, de capacidad de convicción. Ya en 1910 anticipaba un médico, de forma realista, que los seguros obligatorios fortalecían las perspectivas de rentas más elevadas: cuando se hizo pública la propuesta del gobierno (liberal), afirmó en el *British Medical Journal*: •Nosotros ahora

volveremos a nuestros puestos ... como vendedores dispuestos a. prestar nuestros servicios a quien los paga. • E identificaba, muy correctamente, a estos clientes, •no con menesterosos asalariados, sino con la solvente Compañía Aseguradora del Estado.¹³ El poder de cada trabajador concreto ha pasado del mercado, donde era él quien empleaba a su médico, al Estado, donde los empleadores son los políticos. Esto es lo que ha venido haciendo hasta ahora, en la práctica, el gobierno representativo: ha sustituido la influencia directa ejercida por el poder de compra en el mercado por la influencia indirecta basada en el voto ineficaz del proceso político. Los políticos no saben dónde les aprieta el zapato a los pacientes.

En adelante, estos pacientes no podrán ya guardarse su dinero y darse de baja si no están satisfechos, sino que se verán reducidos a dejar oír su voz, junto a la de otros muchos millones de personas, cuando voten en las elecciones generales sobre si las tiendas abrirán los domingos, sobre la ayuda a las familias monoparentales, sobre desarme nuclear unilateral o multilateral, gastos en cárceles transitorias para menores, el problema de Irlanda del Norte, las sanciones a la República de Suráfrica y otras innumerables medidas políticas. La oportunidad substitutiva que les ofrecen las encuestas para expresar su opinión sobre la política nacional -pero no sobre sus preferencias respecto a los servicios personales, que es precisamente lo que el mercado les permite hacer- no les dicen nada sobre los costes y las alternativas, de modo que son como un hombre que compra a ciegas, con los ojos vendados, sin conocer los precios (capítulo XIV).

No resulta difícil adivinar que los médicos se inclinarían a favor del Estado, como medio para disciplinar a aquellos fastidiosos obreros que sabían qué servicios necesitaban y no estaban dispuestos a pagar a quienes no se los proporcionaran. Los médicos podrían seguir votando conservador o liberal, pero se tornaban socialistas en virtud de su mentalidad tecnocrática y de su actitud autocrática frente a los pacientes. Entre los más conocidos, gracias su novela *The Citadel*, figuraba el doctor A.J. Cronin, que ponía sus opiniones en labios de uno de los personajes. Se había sentido irritado por la inicial resistencia del •no excesivamente inteligente• Comité de la Tredegar Medical Aid Association a seguir, en los años 20, sus consejos e investigar las enfermedades de los mineros. La Secretaría le ayudó a convencer finalmente al Comité, pero le disgustaba la pérdida de tiempo que le suponía asumir la defensa de su caso.

La reacción de Cronin es habitual en las profesiones de las clases medias, médicas y otras, dominadas por especialistas tecnócratas que desprecian a los obreros, aficionados «ignorantes». Pero la cuestión era que había que convencer a aquellos mineros aficionados a la medicina: porque se trataba, en definitiva, de su dinero; sabían dónde les apretaba el zapato, cosa que Cronin ignoraba. Los mineros querían sopesar costes y beneficios. Conocían bien el coste (de oportunidad) de la alternativa a que ellos y sus familias tenían que renunciar. Estaba poco menos que destruido el proceso del mercado en el que las cuotas abonadas a Tredegar and Llanelli o a Great Western Railway capacitaban a los mineros, los ferroviarios, los siderúrgicos, los tejedores, los sastres y los zapateros a decidir

sobre su propia vida. El proceso político al que les empujaba la mentalidad socialista con los seguros y los impuestos obligatorios no sustituía sino que destruía su soberanía como clientes en el mercado.

No fue glorioso el papel desempeñado por los dirigentes políticos de la clase médica en el campo de la medicina. Las discusiones, prolongadas durante más de dos años (1968-1970), en un comité de la BMA formado por diez médicos y dos pacientes (el otro fue más tarde un Ministro de Hacienda), me produjo una gran desilusión respecto al espíritu de servicio público de las organizaciones médicas. En realidad, -no debería haber esperado otra cosa, dado que la BMA actuaba dentro del proceso político. Entonces, la BMA se oponía, igual que se opuso en 1989, a la política gubernamental, que en 1968 era laborista y en 1989 conservadora. En 1967, 17.000 médicos de cabecera firmaron su renuncia juzgando inadmisibles los términos del gobierno. El comité había establecido, bajo la orientación del valeroso médico de cabecera Ivor Jones, que deberían estudiarse vías alternativas para financiar los servicios de la sanidad. Recomendaba la sustitución de las tasas políticas por un pago individualizado a través de seguros privados para una amplia gama de servicios, excepción hecha de los bienes públicos de la investigación pura, de las enfermedades infecciosas y contagiosas y algunos otros casos. Pero en el transcurso de las numerosas reuniones e investigaciones en los dos años que precedieron a 1970, la BMA negoció unos términos que juzgaba aceptables. Se pasaron por alto el futuro del NHS, la inconveniencia de la financiación de los servicios médicos personales a través de los impuestos, la historia de la BMA durante el siglo XIX como una conspiración contra los pacientes y contra el porvenir mismo de la medicina. Los políticos del estamento médico habían conseguido su objetivo inmediato, que los sindicatos resumirían en un lacónico •pagar más•. Fue archivado y olvidado un informe del comité, detalladamente razonado y documentado,¹⁴ que analizaba la financiación de la sanidad en todos los grandes países. Un reciente Ministro de Sanidad recomendaba encarecidamente sus soluciones a sus amigos conservadores,¹⁵ pero aunque las reformas gubernamentales propuestas en 1989 hubieran causado mella en el monopolio de los médicos productores de servicios, la influencia de la BMA era ya sólo aparente. La implantación del mercado en el ámbito de la medicina habría conferido inequívocamente el primer rango a los pacientes, al poner en claro las obstrucciones para el restablecimiento de la soberanía del consumidor de la que habían sido pioneros los «pacientes de la clase obrera» de que habla el doctor Green.

El NHS no es la envidia del mundo, como proclaman sus incondicionales seguidores. Sólo Italia lo copió, íntegramente, en 1981, y fracasó al cabo de dos o tres años. La estructura estatal poco a poco desarrollada en Nueva Zelanda padece las mismas distorsiones que el NHS. La tentativa británica de una medicina socializada se ha convertido en un callejón sin salida que, al igual que en el ámbito de la educación, ha reforzado aque-lla sujeción de la clase obrera de la que había conseguido evadirse un

número cada vez mayor de trabajadores gracias exclusivamente a los crecientes niveles de vida proporcionados por el sistema capitalista.

El NHS no es ni popular ni barato, como había proclamado un asesor de los conservadores, y más tarde Ministro del Gabinete. Las encuestas de opinión que informan periódicamente de que un 80 por 100 de la población está a favor se basan en la ignorancia de los costes. Y los bajos costes administrativos en torno a un 6 por 100 se aplican a servicios públicos coordinados que no podrían afrontar la competencia salvo que se ofrezcan •de balde• y omitiendo renglones tales como gastos políticos generales, documentación industrial, grandes pérdidas de tiempo y otras cosas, que superan con creces el 6 por 100 calculado por un antiguo alto funcionario de la BMA, que renunció a su puesto porque no podía admitir sus principios.¹⁶

En los años 1990, cuando los británicos podrían estar saboreando la soberanía del consumidor en el campo de la medicina, sus políticos todavía siguen haciendo concesiones al predominio de los productores. Esta es la realidad del proceso político.

Las viviendas capitalistas

Pocos académicos, tanto de la izquierda como de la derecha, estarían hoy dispuestos a afirmar que el proceso político ha proporcionado a los británicos el tipo de vivienda que les gusta. Ya quieran habitar en casas de su propiedad o alquiladas, lo cierto es que desde hace más de 70 años la mayoría no ha podido vivir como desearía. Se lo han impedido dos decisiones políticas, comprensibles, pero no por ello menos destructivas. En 1915 (dos años antes de la Revolución Rusa), el Gabinete de Guerra congeló los alquileres con la encomiable intención de mantener bajos los costes de la vivienda y desalentar las demandas salariales inflacionistas, que podrían haber complicado la financiación de la contienda. En 1919, el gobierno requirió de las Administraciones locales la construcción de viviendas para permitir rentas subvencionadas, con el argumento, también esta vez razonable, de que la congelación de los alquileres había convertido en simple goteo el espontáneo crecimiento de las casas o pisos en propiedad y había desalentado la inversión privada para la construcción de viviendas de alquiler.

El resultado fue que en los años 1970 más de seis millones de familias obreras se vieron forzadas a vivir en casas de protección oficial que no habían elegido por sí mismas. Aquel apañío político afectaba a un tercio del total de las viviendas de la nación. Los laboristas doctrinarios y los políticos conservadores poco reflexivos se mostraban orgullosos de esta iniciativa. Pero su legado comprende el deterioro material de las viviendas protegidas, de las calles, los barrios y los bloques municipales, que forzaron a millones de personas a tener que contentarse con una jardinera en la ventana en lugar de un jardín y acarrear a sus viudas el riesgo de salteadores o de escaladores, debido, entre otras razones, a que se les negó la oportunidad de adquirir una vivienda en propiedad, que habría constituido, además, un ahorro para su vejez. Es éste un ejemplo más de los fallos del gobierno, incapaz tanto de reconocer sus errores como de remediarlos con eficacia. Aunque los gobiernos de la señora Thatcher ven-dieron, en los años 90, más de un millón

de casas de protección oficial a sus inquilinos, el proceso político en materia de viviendas ha aumentado la miopía de los intereses creados del inmovilismo intelectual, que desearía prolongar hasta el siglo XXI el mito de la benevolencia de las viviendas protegidas.

El mercado habría reaccionado con prontitud frente a un cambio de la situación social; podría haber suprimido las viviendas de protección oficial de los años 50, 60, 70 y 80, para sustituirlas por las que venía reclamando un número creciente de trabajadores. Pero el proceso político prefirió condenar a millones de obreros a las viviendas protegidas tal vez durante cien años a partir de 1915.

Las mejores intenciones de la visión socialista aparecen reflejadas en las zonas residenciales de viviendas de protección oficial para inquilinos de la clase media y de las clases obreras ideadas por Aneurin Bevan con el propósito de promover la integración social. Se incurrió aquí en el error, característico del socialismo, de ignorar el *embougeoisement* inducido por el capitalismo. Los obreros se convirtieron en clase media mucho más rápidamente de cuanto los políticos hubieran creído, y sus hijos, con dos automóviles, dos receptores de televisión y dos vacaciones anuales, no estaban dispuestos a tolerar las modestas viviendas construidas por el Estado. No necesitaban políticos paternalistas que les dijeran dónde y cómo tendrían que vivir. Preferían recurrir a la visión capitalista del mercado libre, en el que cada cual puede comprar o alquilar el piso o la casa que más le gusta.

Los observadores han prestado poca atención al caballo al galope en el tema de la vivienda. Este caballo no avanzó por la senda del razonamiento socialista, que mira al gobierno en espera de soluciones. El profesor O.V. Donnison, influyente pensador socialista de los años 1960, argumentaba que, en el terreno de la vivienda, el mercado sería ineficaz durante tan largo tiempo que eran muy remotas las expectativas de que volviera a funcionar.¹⁷ Y, sin embargo, este mercado empezó a florecer hace más de un siglo. El stock de viviendas de bajo coste de construcción privada (que incluían tiendas con terrazas) pasó de 3,9 millones en 1875 a 6,4 millones en 1910.¹⁸ Han sido pocas las investigaciones académicas que se han preguntado hasta dónde habría podido llegar esta cifra si el Estado hubiera concedido subvenciones (o los bonos y vales estudiados por el Urban Institute de Estados Unidos) para esta modalidad de viviendas, en lugar de las construcciones baratas que convierten a los inquilinos en súbditos importunos de los funcionarios de las viviendas de protección oficial, de las que sólo uno de cada seis ha conseguido escapar. No ha habido gobiernos que hayan secundado ninguna de estas dos opciones, hasta que el de los años 1980 tuvo el buen juicio de conceder subsidios para la vivienda al portador, de acuerdo con la propuesta original del profesor Pennace en 1968.¹⁹ Se eliminaban así, al fin, de la lista de nocivas consecuencias de las viviendas protegidas los desincentivos para la movilidad laboral.

Las deficientes condiciones de las viviendas de los obreros pobres fueron motivo de queja constante tanto de los informes oficiales como de las novelas no oficiales del siglo XIX. Pero en el contexto de las mejoras sociales posibilitadas por el liberalismo económico

lo significativo no era tanto la evolución y las soluciones cuanto más bien la anterior experiencia de que el aumento de las rentas provocaría una respuesta por el lado de la oferta bajo la forma de inversiones de capital en la construcción privada. Como a veces el mercado es lento, la mentalidad política pretendía soluciones inmediatas, con el propósito de captar los votos de los nuevos electores cuando en 1918 el derecho al sufragio se amplió a todos los hombres a partir de los 21 años y a las mujeres a partir de los 30, a éstas también a los 21 años en 1928, y a todos los ciudadanos mayores de 18 años en 1969.

Pero se iban acumulando pruebas que confirmaban los recelos de quie-nes temían que el Estado acabaría por imponerse a los individuos. En 1871, un año después de la Forster's Education Act, la Comisión Real de Mutualidades Benéficas de la Construcción se quedó sorprendida al saber que nada menos que 13.000 obreros de Birmingham poseían viviendas en propiedad, que habían comprado con salarios que se situaban, por término medio, en 1,5 libras por semana. En 1884, la Comisión Real de la Vivien-da supo que la Mutualidad Benéfica Permanente de la Construcción de Leeds había conseguido que 7.000 obreros se convirtieran en propietarios de sus casas. No es de suponer que Birmingham y Leeds fueran las úni-cas ciudades industriales en las que se estaba difundiendo este tipo de propiedad. Algunos de los miembros de las citadas Comisiones se mostra-ron asombrados y escépticos. Pero es que, al contrario que el gobierno, el mercado no se hacía su propia publicidad. Los historiadores sociales no tienen que cavar muy hondo para encontrar las pruebas de la existencia de la autoayuda en el ámbito de la vivienda. Se abre paso la hipótesis de que lo que ocurre es que no esperaban encontrarlas.

La autoayuda para la vivienda no se limitó al ámbito urbano. Quienes busquen la confirmación de ello la encontrarán. Los políticos, burócratas y escritores de ficción no la buscaron y, por tanto, no la descubrieron. Cabría pensar que Samuel Smiles, en su tiempo vilipendiado autor de *Self-Help* (1959), había forzado los datos a favor de sus ideas en este campo. En un libro posterior, *Thrift*, publicado en 1875, y también ridiculizado en nuestros días, afirmaba lo siguiente: • Hay ciudades y pueblos singulares en Lancashire, en los que los operarios han ahorrado grandes sumas para comprar o construir confortables viviendas campestres. El año pasado [1874], Padiham ... una población que no pasa de los 8.000 habitantes, ahorró 15.000 libras ... La Burnley Building Society ... cuenta con 6.600 inversores cuyos ahorros suman 160.000 libras, con un promedio de 24 libras ... principalmente tejedores, mineros, mecánicos, carpinteros, albañiles y braceros. Entre los compradores hay también mujeres, tanto casadas como solteras. • La información de Smiles añadía: • ... un gran número de perso-nas de la clase obrera han comprado casas en las que vivir [y] como inversión ... •.²¹ Los textos clásicos hablan muy poco de estos tempranos inicios de las viviendas en propiedad.

Si Smiles se mostraba satisfecho con estas pruebas, Thomas Wright descubrió otras nuevas que testificaban la gran amplitud del embourgeoisement. En *Our New Master*, nombre dado a los obreros a quienes la ley de 1867 concedía el derecho a voto, escribía agudamente, a propósito de los nuevos capitalistas: • La meta de la gran mayoría de ... las

clases obreras -de sus miembros más clarividentes, más enérgicos y más perseverantes es elevarse por encima de su clase. Muchos de ellos lo consiguen, se convierten, en mayor o menor grado, en capitalistas o pasan a ocupar posiciones en las que sus intereses se identifican más con los del capital que con los del trabajo. • Sus ahorros se estaban expandiendo en varias direcciones, relacionados con el cuarto de los caballos galopantes, el de las pensiones (ver más abajo): • Es mayor aún el número -una parte considerable de la clase obrera-... que son hombres ricos [con] dinero en el banco y participaciones en sociedades cooperativas y constructoras ... • Otro de sus comentarios parece haber hallado eco en el creciente porcentaje de viviendas en propiedad de los años 1980: • Están muy atentos y son firmemente contrarios a todo cuanto tienda a interferir con 'el sagrado derecho de la propiedad privada' o a disminuir los dividendos, como si fueran grandes capitalistas. •²²

Hay otra resonancia de este mismo fenómeno en el reciente debate sobre los valores comunitarios frente al comercialismo supuestamente documentado a través de las engañosas encuestas de opinión. El comentario pertinente en este punto es que el paso al embourgeoisement, la difusión del mercado, la velocidad de los caballos lanzados al galope, todo ello habría sido mucho más rápido si el gobierno hubiera ayudado a los obreros emergentes a conseguir su independencia en vez de uncirlos al carro del Estado.

El porcentaje de ciudadanos que poseen su casa en propiedad ha pasado en Australasia del 60 al 75 por 100. El mercado es, además, capaz de permitir a la mayoría de los restantes encontrar las viviendas en alquiler que más les gusten. En aquellas regiones son desconocidas las tristes y monótonas casas de protección oficial o los edificios-colmena de los regímenes soviéticos.

Setenta y cinco años después de 1915, y casi setenta después de 1922, todavía hay cinco millones de familias británicas que viven en casas de protección oficial que ni han elegido personalmente ni pueden adaptar a sus gustos. Y son varios los millones que pagan alquileres mucho más elevados de los que tendrían que pagar en el mercado libre. Abundan las ciudades desfiguradas por bloques de viviendas protegidas convertidos en centros de delincuencia. Tal es la incompetencia, tal la impertinencia y la falta de humildad del proceso político generado por el socialismo.

Las pensiones del capitalismo

El cuarto de los caballos galopantes, el de las pensiones privadas, habría avanzado con mayor rapidez si el Estado hubiera proporcionado su ayuda a las instituciones de ahorro voluntarias, en lugar de poner en marcha su oferta coercitiva para implantar el fraude político de la seguridad social. Las iniciativas estatales en este punto se remontan al año 1908, con las pensiones liberales de 50 peniques por semana para personas de más de 70

años con bajos o nulos ingresos. Pero en 1925, el gobierno conservador de Baldwin sucumbió a la tentación política de desplegar las alas y alzar el vuelo en busca de nuevos medios para ganarse el afecto y los votos del electorado y para alumbrar nuevas fuentes de ingresos gubernamentales.

El impulso intelectual originario provino, una vez más, del ubicuo Webbs, que venía insistiendo desde tiempo atrás en la idea de las pensiones estatales. Los políticos pasaron por alto la incómoda advertencia que el economista liberal Alfred Marshall dirigía, en 1893, a la Comisión Real de ancianos pobres: •Las pensiones universales ... no contienen las semi-llas de su propia desaparición. Temo que, una vez puestas en marcha, se perpetuarán para siempre.• Pero el proceso político induce, justamente a los políticos más honestos, a actuar con criterios a corto plazo. La Comisión Real no imaginaba una pensión que •desapareciera• cuando los ancianos no fueran pobres. Las pensiones estatales, nominalmente basadas en un Fondo Nacional para la Seguridad Social, pero financiadas de hecho, en muy buena parte, por los impuestos generales, son pagadas ahora, al cabo de 80 años después de aquel 1908, y casi 70 después de 1925, a casi 10 millones de personas, entre las que no está presente el espectro de la pobreza. Los pensionistas del Estado de los años 1990 y de los primeros años del siglo XXI son relativamente opulentos. Pero la maquinaria política se mueve como una apisonadora. Paga a los políticos para que sigan describiendo a los •pensionistas• como pobres e infelices. Esta es la humanidad y la compasión del proceso político.

Las pensiones estatales no sólo se han convertido en perpetuas, sino que están inmersas en un proceso de auto-expansión que desincentiva la movilidad laboral, traiciona la confianza de los pensionistas (las pensiones no están garantizadas mediante seguros), genera una ulterior corrupción del gobierno representativo y se está convirtiendo en un lastre cada vez mayor y más pesado para la Hacienda nacional. El sistema se apoya en la ironía de que aumenta a medida que aumentan la renta nacional y las individuales. La idea de que cuanto más rica sea una nación mayores serán las pensiones estatales implica una confusión mental en la política del Estado de bienestar. A medida que aumente la renta nacional, lo harán también las rentas personales. Por consiguiente, dicha confusión mental supone que el Estado distribuirá pensiones más elevadas justamente cuando los ciudadanos que se jubilan menos las necesitan. El resultado final es que el Estado paga pensiones a gente cada vez más acomodada. Fui testigo de esta trágica charada en 1968, en Canberra, cuando me hallaba preparando un informe para el Comité del Gabinete sobre el bienestar. Los pensionistas estaban cobrando su pensión en un mostrador de la Caja Postal e ingresándola en un banco que había al lado. Era claro que no acudían allí urgidos por el inmediato apremio de comprar alimentos y otros artículos de primera necesidad, sino para llevar uvas de postre a la vendimia.

Tal vez el mejor modo de derribar el castillo de naipes del Estado sea recurrir al ridículo más que a los razonamientos. En las ciencias políticas convencionales se mantiene

en pie la ilusión de que los planes que el gobierno acepta con mayor prontitud y rapidez son los que están mejor elaborados. Cuando, en 1947, el entonces presidente del Partido Liberal, Philip Fothergill, me pidió que presidiera (con la señora Barbara Shenfield y lord Amulree, hijo de un par laborista) un pequeño comité para meditar sobre la tercera edad, pedí consejo a lord Beveridge, líder liberal con el que había entrado en contacto en los años 30, cuando era director de la LSE. Beveridge había reconocido su error demasiado tarde. Su famoso informe de 1942 recomendaba la ampliación de los servicios de bienestar. Ahora, sólo unos pocos años después, estaba trabajando en un libro que prevenía contra el peligro político que podía causarse a las cooperativas, mutualidades y otras organizaciones voluntarias.²³ Más tarde, en 1961, durante una cena en el Reform Club con algunos incondicionales del IEA, se lamentó de la erosión que la inflación estaba provocando en las pensiones estatales. Pero los riesgos eran forlidadables ya en 1957 y en 1960, cuando abordé, en uno de los Papeles del IEA, este tema de las pensiones.

También aquí se había ignorado que el caballo avanzaba ya al galope desde tiempo atrás. Al igual que el profesor West en el capítulo de la educación, el doctor Green en el de los servicios médicos, y el profesor Pennance en el de la vivienda, el doctor Charles Hanson ha comenzado a documentar la olvidada autoayuda voluntaria en los ahorros para la vejez y sugiere medios para consolidarla en vez de debilitarla. En su estudio *The Long Debate on Poverty* ha trazado una síntesis, bajo el afortunado título de *Welfare before the Welfare State* (•El bienestar antes del Estado de bienestar•), de los ahorros para pensiones de vejez de las organizaciones voluntarias.²⁴ Hanson criticaba en su libro las obras de algunos académicos por su falta de comprensión hacia la importancia de los seguros voluntarios. Incluso lord Beveridge se había equivocado en su escrito *Voluntary Action*: ignoraba, en efecto, las *Death and Burial Societies* no registradas y otras organizaciones voluntarias, que contaban con 1,64 millones de afiliados, y había subestimado, por consiguiente, el peso de estos seguros. Los miembros de las sociedades registradas, que están bien documentadas, pasaron de 4,2 millones en 1891 a 6,2 millones en 1909. El censo de población de 1891 enumeraba 7, 1 millones de varones de más de 24 años en Inglaterra, Gales y Escocia. Si se suman los miembros de sociedades no registradas, el doctor Hanson considera correcto concluir que el porcentaje de hombres no voluntariamente asegurados contra la enfermedad y, por extensión, contra la vejez no pasaba de una exigua minoría.

Quedaba a salvo el honor británico. No eran ni irreflexivos ni obtusos. Se preocupaban por sus familias y se habrían preocupado mucho más si el Estado no les hubiera sustraído una parte de sus rentas, primero a través de los impuestos indirectos y luego también de los directos para pagar prestaciones forzosas. De hecho, sus cuidados y su solicitud aumentaban más que sus ingresos. Las investigaciones llevadas a cabo para analizar las propuestas de Crossman, en 1956, para la *National Superannuation* (Régimen Nacional de Retiro, otro de los eufemismos políticos para designar las prestaciones sociales forzosas) revelaron que el pueblo llano había amasado varios miles de millones de libras esterlinas en ahorros a través de instituciones como Cajas de

Ahorro, participaciones en empresas de la construcción, sociedades industriales y de previsión, mutualidades, seguros industriales, seguros de vida, viviendas, ajuar doméstico y otras varias propiedades.

El caballo privado aceleraba el paso a medida que se expandían los planes de pensiones profesionales en los años 50 y 60. El primer proyecto se remontaba al año 1931. En 1936, sus miembros ascendían a 1,8 millones y en 1951 sumaban ya los 3,9 millones en la industria privada. En los años 70 el total de afiliados en los proyectos implantados en la industria y en las Administraciones locales se situaba en torno a los 12 millones, en su mayor parte trabajadores a sueldo y asalariados.

Este movimiento surgió en el mercado. Los empleadores capitalistas se estaban esforzando por atraerse directivos a base de garantizarles pensiones como pago diferido añadido a las remuneraciones del momento. Como era de esperar, los críticos se cebaron en los defectos: que no quedaban cubiertos todos los asalariados, especialmente las mujeres y los trabajadores de contrato temporal (cierto, pero mejorable); que se entorpecía la movilidad (indiscutible, pero remediable); que las compañías aseguradoras controlaban las inversiones de los fondos de la industria (¿habría sido pre-ferible un monopolio del Estado?) y, no en último término, que las pensiones profesionales generaban Dos Naciones en la tercera edad (innegable, pero la culpa era del gobierno, por imponer ahorros de jubilación forzosos a través de la seguridad social). Una vez más se pasó por alto el efecto del mercado: las pensiones privadas confieren a los trabajadores independencia frente al proceso político y sus discutibles mecanismos. El profesor Titmuss se lamentaba de que los empleados se hallaban a merced de •un vasto sistema comercial•; la respuesta es que se encuentran mucho mejor dentro de un sistema que ofrece salidas hacia opciones de planes alternativos que no a merced de un vasto sistema político que no ofrece ninguna.

La historia del caballo de las pensiones coincide, en sus rasgos esenciales, con la de los caballos de la educación, los servicios médicos y la vivienda. El caballo de la educación partió mucho antes que los otros tres. Los caballos de los servicios médicos, de la vivienda y de las pensiones caminaron más despacio. Pero el Estado saltó a la silla de los cuatro y refrenó su avance.

Puede parecer que rescatar del proceso político los servicios del bien-estar resulte más difícil que rescatar otras prestaciones y servicios que el Estado se ha apropiado y que no está dispuesto a devolver, porque podría creerse a primera vista que los electores no quieren dejar a la niñera por miedo a algo peor. Pero lo cierto es que resulta más fácil, por la fundamental razón de que sus cuatro componentes se desarrollaron antes de que el Estado de bienestar llegara casi a suprimirlos. Sus raíces se hunden en el carácter británico: en su independencia innata, su orgullo por el esfuerzo personal y su sentido de la responsabilidad por la familia. Todo esto ha sido debilitado por la acción del Estado, que ha usurpado el papel de los padres, ha cortado los lazos afectivos entre padres e hijos

y ha incitado a todos a buscar socorro y asistencia en la burocracia. Pero muy al contrario de hallarse demasiado lejos para ser restablecido, el mercado está a un paso de la superficie. Por apelar a la metáfora, todo lo que se necesita es que los políticos dejen que los caballos galopen de nuevo.

Algunas décadas después de las pensiones de 1908 y 1925, la gente que habría podido ahorrar de muy diversas maneras para una jubilación más o menos cercana tiene que contribuir, con sus impuestos, a un inexistente fondo de seguridad social para una pensión básica que se paga, cada vez más, a los ricos. La ironía del proceso político es que incluso donde se pone en marcha para hacer el bien acaba por causar daño. Comparado con los caballos de carrera de los servicios de bienestar capitalista, el Estado de bienestar fue definido por el sindicalista David Low como un percherón de tiro.

Conclusión

Los cargos contra el proceso político por haber impedido el desarrollo del capitalismo de bienestar privado y voluntario no se limitan al hecho de que la educación, la medicina, la vivienda y las pensiones podrían haber evolucionado con mayor eficacia y responsabilidad si se hubieran trasladado los deseos y las situaciones individuales al mercado en vez de confiarlos al Estado. Ni es sólo que, del modo que fuere, habría que transferir esos servicios del Estado al mercado, sin tolerar nuevas prevaricaciones políticas. Se trata más bien, y esencialmente, de que existe una amplia documentación histórica que demuestra que habrían continuado expandiéndose en el mercado de no haber sido reprimidos por el Estado.

Tal como de hecho se ha podido comprobar, los servicios del Estado de bienestar no se desarrollaron como respuesta a los deseos de los ciudadanos, sino que fueron el resultado de cálculo político y de persuasión burocrática. Ambos factores fueron racionalizados y reforzados en virtud de un error conceptual acerca del poder y de la beneficencia del Estado. El debate académico clínico sobre los méritos y deméritos del Estado de bienestar antes de que éste se implantara giraba en torno a la pregunta de si el Estado podría hacer las cosas mejor de lo que lo estaba haciendo el mercado, y no en torno a la otra, mucho más interesante, de cuánto mejor podría hacerlo el mercado. Una vez ya instalado el Estado, el tema era si el Estado lo hacía mejor de lo que lo había hecho el mercado y no la otra, más importante, de cuánto mejor lo hubiera hecho el mercado. Con independencia del resultado del debate, el Estado de bienestar tal como ha sido implantado en el terreno de la realidad no ha sido la reacción de instituciones de bienestar privadas a deseos o situaciones individuales, sino una decisión del gobierno fundamentada en apreciaciones políticas sobre lo electoralmente deseable y conveniente.

Una vez iniciado, hace ya un siglo, el Estado de bienestar, se expandió como respuesta a los deseos internos de sus proveedores, no mediante aprobación o demanda

externa de sus beneficiarios. Los instrumentos elegidos fueron las iniciativas estatales, la dirección del gobierno, los precios cero, la financiación a través de los impuestos y la administración pública (burocrática). Es fácil comprender por qué. Los investigadores sociales estaban multiplicando las pruebas sobre la pobreza, las grandes desigualdades, las amplias privaciones y las •necesidades• generalmente desatendidas. Según ellos, no cabía esperar que los pobres pudieran salir de aquella situación tirando de sus orejas. Escuelas rudimentarias, cuidados médicos inaccesibles, miserables viviendas y escasas rentas para la vejez eran cosas que debían ser mejoradas a través de las aportaciones del gobierno. Las familias no recibían ayuda bastante. La caridad era insuficiente y degradante. Era patente que las ayudas eficaces sólo podrían llegar de organismos dotados de mayores recursos.

No es difícil advertir por qué los políticos (de todos los partidos) y los funcionarios (de todos los servicios estatales) aplaudieron la idea de los observadores políticos y literarios de la escena social, que no veían más solución que la intervención del Estado. Las ciencias políticas han comentado con absoluta seguridad las intenciones de los políticos contrarios a esta mentalidad y las de los incorruptibles burócratas verdemar, a los que considera preocupados fundamentalmente por el bien público más que por el deseo de nuevas fuentes de patrocinio y de poder político, de altos cargos y honores en el floreciente Estado de bienestar. Ha sido en gran parte ignorado el puñado relativamente pequeño de los que albergaban dudas. Las organizaciones voluntarias, las mutualidades y cooperativas, las compañías de seguros industriales y comerciales del pueblo, por el pueblo y para el pueblo fueron despedidas con algunas tibias alabanzas, rechazadas como costosas y derrochadoras y, finalmente, casi por completo destruidas.

¿Qué ha enseñado la historia a los políticos, los burócratas y los académicos? Un siglo después de 1880, los fabianos y otras mentes socialistas de todos los partidos que han ejercido una profunda influencia en la evolución del Estado de bienestar han comenzado a conceder que no se han cumplido por entero las expectativas de sus predecesores, que no previeron la insensibilidad del Estado y de sus organismos, su arrogancia, inflexibilidad, burocracia, despilfarro y corrupción. Si como Nassau Senior, John Stuart Mili, Alfred Marshall y otros, hubieran mirado hacia el futuro para descubrir las ventajas del siglo xx, ¿qué habrían recomendado enca-recidamente para la educación en 1870, para la vivienda en 1919, para las pensiones en 1925 y para la asistencia médica en 1948? ¿Qué responsabilidad han contraído los hombres y mujeres bienintencionados de la política y de la universidad, de las artes y las ciencias, los profesores y predicadores que han difundido el error y han acarreado sufrimientos a sus prójimos?

El error principal fue recurrir al Estado. Y, a continuación, y como segundo en importancia, a sus prestaciones de servicios en especie. La cuestión es: ¿qué otra cosa debería haberse hecho? El otro término de la alternativa consiste, obviamente, en dotar de poder de compra en metálico, de forma general o con fines específicos, en vez de las prestaciones en especie. Puede parecer poco realista argumentar a favor del poder de compra en lugar de los Consejos escolares en 1870. Pero esta duda ha sido solventada por

el profesor T.W. Hutchison, escrupuloso historiador del pensamiento económico. Hutchison aduce un argumento de mucho peso. Es posible que los subsidios en metálico no hubieran sido empleados de forma responsable por algunos padres con bajos ingresos y carentes de artículos de primera necesidad. El consumidor, como acentúan los actuales críticos de la familia, no es el padre, sino el niño, del que difícilmente puede esperarse que a los 5 o 6 años de edad sepa manejar dinero.

Y, sin embargo, la historia contradice esta especulación posterior, aun-que bien fundamentada. El liberal W.E. Forster, ministro con Gladstone, estudió la idea de conceder vales o bonos que conferirían a los padres de familias numerosas poder para comprar las cuotas escolares. La sugerencia figuraba en el Decreto de 1870, pero el profesor West afirma que, a excepción del Consejo Escolar de Manchester, que lo utilizó para centros privados, el experimento fue abandonado como consecuencia de una campaña política dirigida por el conservador Joseph Chamberlain porque -dijo- utilizaba métodos que, como han repetido las mentes socialistas de nuestro tiempo, humillaban a las familias pobres.²⁵

Éste es el argumento eternamente esgrimido por las mentalidades socialistas de todos los partidos para cerrar el paso a medidas dictadas por la compasión y encaminadas a dar más a los pobres que a los ricos. El consenso de la postguerra favoreció las medidas generalizadas: la izquierda porque así se conseguía más Estado, la derecha porque se perdían de vis-ta los principios del socialismo y resultaba conveniente para sus fines electorales.

Tal vez sea excesivo esperar que Joseph Chamberlain previera en aquellos años 1870 la humillación que la evolución del Estado de bienestar acarrearía a las familias pobres (y no tan pobres) carentes de la habilidad política necesaria para abrirse paso a las prestaciones estatales. Pero si el experimento de la capacidad de compra para fines específicos fracasó en 1870 por razones de miopía política, en 1908 el Estado entregó dinero a los ciudadanos de más de 70 años; no se les degradaba por darles bolsas de comestibles. También más adelante concedió el sistema de la seguridad social cantidades en metálico, a los desempleados en 1911 y a los enfermos en 1925.

Es evidente que ya antes de iniciarse el siglo XX los británicos no eran los irreflexivos incurables ni los incompetentes irresponsables que se ima-ginaban las mentes paternalistas. Hubo, sin duda, algunos malos ejemplos, pero estos casos pasajeros han sido utilizados con demasiada frecuencia en la historia británica para crear malas instituciones permanentes. Este es el cargo que debe formularse contra los fundadores, administradores y perpetuos defensores del Estado de bienestar.

Los políticos y sus burocracias son, en general, malos historiadores. La bien comprobada habilidad británica para usar el dinero ha sido el legado de las auténticas instituciones de mercado en la educación, la medicina y la vivienda que el Estado de bienestar destruyó casi por completo. Los británicos han sabido reservar fondos para hacer frente a sus necesidades personales y familiares en los casos de enfermedad, desempleo y vejez mucho antes de que el Estado asumiera el relevo de las instituciones voluntarias que fueron creación de obreros, por obreros y para obreros. Pero aquellas organizaciones fueron desalojadas a codazos por políticos y burócratas que se apoderaron de su dinero, bajo el nombre de impuestos, para comprar sus

activos, recurriendo a técnicas de mano dura que las expulsaron del mercado a base de cobrar por debajo de los costes (el eufemismo de «gratuito») y amenazándolas constantemente con la extinción.

Llegados aquí, debería ya ser patente el círculo vicioso del razonamiento sobre el que se basa el largo alegato del Estado de bienestar. Según él, la clase obrera carece de capacidad para elegir de forma responsable. Es el Estado quien tiene que elegir por ellos y por sus familias. A lo largo del proceso (político) quedaron casi completamente destruidas las facultades de juicio y discernimiento de los obreros. Y aunque en las décadas siguientes la práctica les confirió una mayor competencia para opinar sobre las compras privadas en el mercado, seguían careciendo de capacidad para enjuiciar las prestaciones ofrecidas por el Estado. *Quod erat demonstrandum*.

Está fuera de toda duda que el volumen de las prestaciones en especie del Estado se ha visto progresivamente desplazado, sobre todo a partir de los años 1920, en favor de las prestaciones en metálico. Podría haberse evitado el Estado de bienestar creado después de la II Guerra Mundial, a finales de los años 1940, mediante el recurso de perfeccionar los métodos para suplementar las rentas bajas. Todos los ciudadanos, incluidos los disminuidos físicos (y con la única excepción de los enfermos mentales), podrían haber ocupado sus puestos como consumidores-compradores de educación, servicios médicos, vivienda y pensiones, junto a la creciente mayoría de aquellos cuyas rentas no requieren ayudas adicionales. Esta es la visión capitalista del bienestar en el mercado.

Las dudas que todavía flotan son secundarias. Hay algo de verdad en el efecto de debilitación del carácter de las rentas no ganadas procedentes del Estado, así como en el peligro de pobreza secundaria, porque pueden ser malgastadas; existe la incertidumbre de si pueden confiarse a ciertos padres los intereses de sus hijos. Pero sigue en pie el círculo vicioso del razonamiento. Se le puede rebatir fácilmente. Es mejor dar dinero que prestar servicios, porque los errores sólo pueden ser detectados y corregidos a partir de la experiencia. E incluso aunque no todos aprendan a evitar los fallos, no hay razón alguna que justifique someter al mismo paternalismo a quienes sí saben hacerlo. Si algunos padres son incapaces de elegir por sus hijos, ha sido el Estado de bienestar quien ha usurpado sus funciones y quien ha debilitado los lazos familiares al dar a entender a los padres que pueden hacer poco por sus hijos y al enseñar a los hijos que sus padres son espectadores impotentes de su educación, de sus condiciones de vivienda y de sus enfermedades.

El único obstáculo alzado contra la concepción del capitalismo de bienestar es el proceso político. Cuando la gente pueda elegir en el proceso de mercado, con un cálculo realista de los costes y de los beneficios individuales (y no al amparo de la universal oscuridad de las encuestas de opinión sobre precios bajos o nulos, porque los impuestos son pagados por otros), escogerán la educación privada en vez de la estatal, médicos y hospitales privados en vez de los de la seguridad social, comprarán o alquilarán las viviendas que les gusten en vez de pagar rentas, aunque sean subvencionadas, en pisos de alquiler de protección oficial y preferirán las pensiones privadas, flexibles y transferibles, en lugar de las estandarizadas y politizadas del Estado.

Han sido los abusos del proceso político los que han impedido que se implante la visión capitalista de la libertad en la prosperidad.

Notas

- 1 E.G. West, *Education and the State*, Institute of Economic Affairs: 1965, 2.^a ed. 1970.
- 2 Roy Hattersley, *Choose Freedom*, Michael Joseph, 1987.
- 3 James Mili, *Edinburgh Review*, febrero 1813.
- 4 Henry Brougham, *Edinburgh Review*, abril 1835.
- 5 Muriel Spark, *The Bronte Letters*, Macmillan, 1966, pp. 93-94.
- 6 Blaug, «Education in classical political economy», en *Essays on Adam Smith*, ed. A. Skinner y T. Wilson, Oxford University Press, 1975.
- 7 Marjorie Seldon, *School grants a bar to consumer sovereignty*•, -*Economic Affairs*, abril-mayo 1987.
- Para la distinción entre los centros secundarios «humanistas» y los centros •comprehensivos• véase la N. del T. del capítulo VI, p. 193.
- 8 David Green, *Working-class Patients and the Medical Establishment*, Temple Smith/Gower, 1985.
- 9 New Society, citado en el 1988 Progress Report of the IEA Health Unit.
- 10 *Political Quarterly*, citado en el 1988 Progress Report of the IEA Health Unit.
- 11 Green, *Working-class Patients*.
- 12 Brougham, *Edinburgh Review*
- 13 *British Medical Journal*, 12 de noviembre de 1910, p. 1556.
- 14 Health Services Financing, *British Medical Association* 1970.
- 15 Ray Whitney, *National Health Crisis: A Modern Solution*, Shephard-Walwyn, 1988
- 16 Frances Pigott, •The hidden costs•, en Arthur Seldon (dir.), *The Litmus Papers: A National Health Disservice*, Centre for Policy Studies, 1980, p. 72.
- 17 D.V. Donnison, *The Government of Housing*, 1967.
- 18 *Abstract of British Historical Statistics*. viviendas por debajo de las 20 libras al año
- 19 F.G. Pennance, *Choice in Housing*, Institute of Economic Affairs, 1968.
- 20 David Rubinstein, *Victorian Homes*, David & Charles, 1974, pp. 215ss.
- 21 Samuel Smiles, *Thrift*, John Murray, 1875, citado en *ibidem*.
- 22 Thomas Wright, *Our New Masters*, 1873, citado en Rubinstein, *Victorian Homes*.
- 23 Lord Beveridge, *Voluntary Action: A Report on Methods of Social Advance*, Allen & Unwin, 1948. Apareció a continuación *The Evidence for Voluntary Action*, Allen & Unwin, 1949.
- 24 Charles Hanson, -Welfare before the welfare state•, en *The Long Debate on Poverty*, Institute of Economic Affairs, 1972.
- 25 E.G. West, en *Education: A Framework for Choice*, Institute of Economic Affairs, 1967; 2.^a ed. 1970.

Capítulo XII

LOS VALORES DEL CAPITALISMO

Tal vez la coordinación de las actividades humanas mediante un sistema de reglas impersonales, dentro del cual las relaciones voluntarias desembocan en beneficios mutuos, una concepción tan sutil al menos como prescribir cada acción mediante una autoridad planificadora centralizada, ... no esté en menor armonía con las exigencias de una sociedad espiritualmente sana.

LIONEL ROBBINS

Economic Planning and International Order

... no eliminaréis los falsos valores ... instalando simplemente la propiedad del Estado en lugar de las empresas privadas.

J.B. PRIESTLEY

Out of the People

... en términos generales, las personas son más honradas en sus asuntos privados que en los públicos.

DAVID HUME

Essays Moral, Political and Literary

Hay pocas cosas a las que un hombre pueda dedicarse con mayor honradez que a ganar dinero.

SAMUEL JOHNSON

Boswell, Life of Johnson

Los valores de los ciudadanos normales están más allá del control del gobierno ... Están forjados por la experiencia, no por la teoría, y cambian lentamente, en respuesta a cambios reales, no a exhortaciones gubernamentales.

IVOR CREWE

en Dennis Kavanagh y Anthony Seldon (dir.)

The Thatcher Effect

El capitalismo ha sido condenado a causa de su reprensible moralidad. Aunque se reconoce su productividad, se le acusa de imponer un precio inaceptablemente alto por ello - la obsesión por sí mismo.

A los valores del socialismo se les presenta como evidentemente superiores: serían la esencia misma del desinterés, de la participación, la com-pasión, el espíritu comunitario y otros rasgos sumamente estimables del carácter humano. Y, sin embargo, en el socialismo, tal como nosotros le conocemos -desde el totalitario de la antigua URSS hasta el democrático de las industrias británicas nacionalizadas, los servicios de bienestar y las Administraciones locales no siempre destacan estas cualidades. Es demasiado patente su precaria existencia como para negar que son el poder del Estado, el proceso político en la elección de gobiernos y el ethos de la política los que dominan la vida económica y los intercambios individuales. No es preciso insistir en la ausencia de estos valores en los países comunistas. Resulta más ingrata, pero no menos pertinente, la tarea de señalar que la historia reciente de las minas de carbón y de las industrias de transporte británicas nacionalizadas, de la educación y de los servicios médicos estatalizados y de las Administraciones locales revela abusos y excesos que los socialistas no querrían aceptar como característicos del socialismo que han descrito o deseado.

En muy contadas ocasiones, por no decir que casi nunca, han destacado los valores supuestamente típicos del socialismo en los sectores socializados de la economía y la sociedad británicas. El comportamiento cotidiano de los mineros y de los ferroviarios, de los profesores y los médicos (salvo en las urgencias), de los consejos escolares y de sus funcionarios no se ha situado, por lo general, en un plano moral más elevado que permita presentarlo como paradigma de virtudes frente a la conducta de sus cónyuges y de sus hijos, o la de sus parientes y amigos que trabajan en la industria privada o en la sociedad comercial. Ni tampoco el nivel ético de los ámbitos artísticos y culturales manifiesta ser evidentemente superior o más desinteresado que el del resto de los ciudadanos que trabajan en la industria o el comercio y de cuyos impuestos viven.

La moral socialista y la moral capitalista

A pesar de todo, los socialistas insisten tercamente en proclamar estos valores como rasgos característicos del socialismo. Durante décadas se les ha venido asegurando a los ciudadanos que los servicios públicos son moralmente más elevados que los privados, que los funcionarios del gobierno trabajan desinteresadamente por el bien común mientras que los agentes del mercado actúan por motivos egoístas y sólo buscan su beneficio personal. El manido y curioso lema inscrito en las banderas socialistas, según el cual la producción socialista se destinaría -al uso, no al beneficio•, ha resultado ser un eficaz eslogan político; se ha ganado el respaldo de millones de votos. Pero no responde a la experiencia diaria de estos mismos votantes en cuanto consumidores de los servicios públicos proporcionados por los monopolios del Estado.

Ni la teoría socialista ni su práctica demuestran que existan tales virtudes, proclamadas como superiores. La naturaleza humana -mezcla de bien y de mal, de egoísmo (con repercusiones no necesariamente negativas para otros) y desprendimiento (no siempre bueno)- es básicamente igual bajo todos los sistemas económicos, sean socialistas o capitalistas. La diferencia está en las oportunidades que cada uno de ellos ofrece a los instintos más bajos y a los más nobles de la especie humana.

Buscar el propio bien es una tendencia universal, no porque los hombres y las mujeres sean conscientemente egoístas, sino porque sólo se pueden perseguir los objetivos que se conocen, lo que en la práctica equivale a decir los de las personas más cercanas, los de cada individuo concreto y su familia. Los restantes se sitúan a una distancia cada vez mayor: los de los vecinos, los amigos, la comunidad y el hospital local, el colegio, la residencia de ancianos, la ciudad, la región.

El error consiste en confundir los objetivos con los resultados, los motivos con las consecuencias. Hombres y mujeres que buscan el bien harán el mal si se hallan sujetos a perversos incentivos. Los buenos propósitos, incluso los animados por las mejores intenciones, pueden provocar graves daños.

La diferencia decisiva se encuentra en las instituciones que se crean y en los impulsos que generan, porque de ellos depende que la búsqueda del bien propio beneficie o perjudique a otros. Aquí se encuentra la divergencia radical entre la sociedad política y la económica, entre el socialismo y el capitalismo.

La autoproclamación de benévolas intenciones no es buena guía de las consecuencias. No hay ni un solo político que declare que pretende hacer el mal, aunque son muchos los que lo perpetrar. Los hombres de negocios no pregonan que les anime la intención de hacer el bien, pero en el capitalismo competitivo más pronto o más tarde les llegará la bancarrota si no lo hacen. Con la mejor de las intenciones, los dérgigos anglicanos han causado daños en estos últimos años al censurar las oportunidades que se le ofrecen al pueblo de ganar dinero en el mercado. Es indudable que las personas que han ganado dinero fabricando cosas o creando servicios por los que otros pagan voluntariamente hacen el bien, incluso en el caso de que hayan actuado con el único propósito de amasar una fortuna. Los impulsos que genera el capitalismo inducen a quienes buscan el lucro a hacer el bien. Los impulsos que genera el socialismo capacitan a los detentadores del poder a hacer el mal. La virtud del capitalismo radica en que separa las intenciones de los resultados: no necesita hombres buenos o mujeres buenas. El vicio del socialismo consiste en que hombres y mujeres que pueden estar animados de las mejores intenciones, pero que han maniobrado hábilmente para hacerse con el poder coactivo, pueden utilizarlo para causar daño.

Desde mucho tiempo atrás se le viene echando en cara al capitalismo la fácil crítica de que no siempre hace lo que se propone: no siempre es competitivo; no siempre descubre con rapidez a los ineficaces o los tramposos; no siempre están los consumidores bien informados. El capitalismo no pretende ser virtuoso, pero aun así puede aducir en su descargo no que las malas personas no puedan hacer malas cosas, sino que, si lo hacen, serán descubiertas y expulsadas del sistema con más presteza que bajo el socialismo. El

socialismo profesa altos valores morales, pero su debilidad radica en que cuando los hombres malos actúan mal, no son pronta ni fácilmente descubiertos o, si lo son, pueden mantenerse en el poder, subrepticamente o mediante el empleo de la violencia, durante décadas. El capitalista rico que vive gracias al monopolio puede tiranizar al prójimo durante algún tiempo, pero no puede disfrutar indefinidamente de su precaria riqueza ni su poder puede imponerse durante tan largos periodos como el del dictador que controla el Estado. Las quiebras comerciales son la prueba de que ha entrado en acción el capitalismo. La longevidad política en el socialismo es probable indicio de prolongada irresponsabilidad.

Se da una nueva diferencia en la circunstancia de que el capitalismo tal como de hecho ha existido no siempre ha actuado como hubiera deseado, porque ha tenido que funcionar con o bajo un proceso político que le encadena. El socialismo, tal como se ha instalado en la sociedad, ha dado de sí lo mejor que tenía, porque sus defectos brotan de sus propias instituciones. El hecho mismo de que haya tenido que sufrir a consecuencia de los «errores» de hombres malos es un síntoma de su dolencia, pues permite que estos hombres escalen las cumbres y se mantengan en ellas, sin ser descubiertos, durante casi toda su existencia, y mueren en avanzada edad, tras haber producido enormes estragos. No hay un solo capitalista que pueda permanecer durante toda su vida causando males al conjunto de la economía de mercado.

La moral de los hombres y mujeres que trabajan en el mercado es de ordinario más elevada que la de quienes se dedican a actividades públicas, incluyendo a cuantos viven de la Administración -a los políticos y a quienes dependen de ellos, a los burócratas y funcionarios y a los destinatarios de fondos públicos, que abarcan desde terratenientes y agricultores, pasando por médicos y profesores, hasta artistas y escritores, empresarios y directores artísticos. Tal vez el mercado no produzca, en un primer momento y de por sí, hombres y mujeres buenos, pero no tarda en expulsarlos si, al ejercer su poder, se toman malos. El proceso político atrae a buenos y malos, pero los malos consiguen arbitrarias recompensas y pueden autoperpetuarse.

Esta afirmación, entendida en sentido comparativo, no admite discusión: el mercado descubre y expulsa a la gente mala mucho más rápidamente que el proceso político. El capitalismo es en gran parte corregible; el socialismo es relativamente incorregible.

La solemne declaración de que el socialismo encierra valores morales más elevados ha impedido que el debate se centre en las virtudes del capitalismo. No siempre se ha distinguido con suficiente claridad la diferencia entre las frecuentes condenas a las decisiones de los gobiernos británicos de los años 80 y las críticas a la ética del mercado. A los socialistas, en cambio, no les agradaría mucho tener que defender los valores del socialismo a partir de la realidad de los gobiernos socialistas, ya sea en la antigua URSS, en Suecia o en Gran Bretaña.

La probabilidad de que los gobiernos capitalistas que cultivan la economía de mercado traicionen los valores capitalistas y se distancien de ellos es menor que la que existe de que

hagan esto mismo los gobiernos socialistas respecto a los valores del socialismo. Dado que el abandono de los valores capitalistas se descubre antes y se corrige más prestamente que cuando ocurre esto mismo en los valores socialistas, los gobiernos capitalistas tienen menor capacidad para encubrir su alejamiento que la que tienen los gobiernos socialistas respecto a sus propios valores. En este mismo sentido, los gobiernos capitalistas disponen de menor espacio de juego para evitar las críticas de sus partidarios que el que pueden utilizar los gobiernos socialistas frente a los defensores de los valores del socialismo.

En las economías relativamente abiertas del Reino Unido y de Estados Unidos la actividad del mercado en los años 1980 estuvo más expuesta a análisis y críticas que lo que lo estuvieron las economías de planificación estatal de las décadas de 1960 y 1970 en estos mismos países. En ninguno de los dos se pudieron encubrir las estadísticas de producción, inflación y desempleo; el simple intento de manipulación habría elevado hasta el cielo el grito de protesta de los críticos. Bajo los gobiernos británicos de post-guerra, que buscaban la salvación en la planificación estatal y el corporativismo industrial, los resultados económicos no reflejaban tanto los valores reales que los consumidores daban a los bienes y servicios en el mercado cuanto más bien los valores artificiales de las estadísticas gubernamentales. Así, por ejemplo, los datos oficiales sobre el desempleo señalan el empleo productivo del trabajo sólo bajo regímenes de economía de mercado. Pero cuando el gobierno influye en amplios sectores de la actividad económica, sus estadísticas apenas pueden indicar otra cosa que los imperativos y las conveniencias políticas a corto plazo.

Los resultados económicos están más expuestos a la crítica bajo los gobiernos capitalistas que bajo los socialistas, porque los representantes de los valores capitalistas están menos influenciados por las creencias filosóficas frente a los gobiernos capitalistas que los de los valores socialistas respecto a los gobiernos de este signo. Se detecta aquí una profunda diferencia en la actitud de los académicos británicos que explica en parte el amplio desequilibrio que se ha registrado durante un siglo, desde Marx y los fabianos, entre los defensores del capitalismo y del socialismo.

Los intelectuales liberales son, por naturaleza, más independientes e individualistas que sus colegas socialistas. Los primeros se sienten mucho menos inclinados a impartir consejos a los políticos no socialistas que los segundos a los socialistas. Hayek escribió un apéndice titulado •¿Por qué no soy conservador?• a su gran exposición de política liberal los fundamentos de la libertad.¹ No puedo recordar un testimonio que marque distancias parecidas salido de la pluma de un intelectual socialista de rango similar.

También respecto de adhesiones y connivencias políticas tienden los liberales a una mayor independencia. Su aversión a lealtades partidistas puede reflejar, sin duda, el fracaso de los políticos conservadores que no supieron, precisamente en los años 80, ganarse, para reforzar sus medidas políticas, apoyos universitarios, en parte porque hay políticos y académicos conservadores que defienden el punto de vista de que la política gubernamental tiene que ser más pragmática que ideológica, lo que en la práctica significa, a menudo, que debe atenderse más a las oportunidades que a los principios. Prescindiendo de sus posibles méritos en cuanto que capacita a los gobiernos conservadores para avanzar con

el viento en popa de la moda popular, este pragmatismo les indujo a aceptar el socialismo en los años de la postguerra. Se dejó en manos del IEA, apolítico, filosóficamente libertario e intelectualmente radical, la tarea de reformular el liberalismo económico casi veinte años antes de que lord Joseph y las convicciones políticas de la señora Thatcher revolucionaran al Partido Conservador en los años 70, veinticinco años antes de que David Owen en 1981, y treinta antes de que Neil Kinnock, con mayores reservas, en 1989, aceptaran la necesidad del mercado.

Los argumentos políticos y económicos sobre las pretensiones del capitalismo y del socialismo se han desplazado desde las instituciones a los valores. En el campo de las instituciones, la victoria se ha decantado claramente a favor de los liberales partidarios del capitalismo, no de los socialistas que impulsaron el socialismo. No es gran cosa lo que los liberales han tenido que aprender de los socialistas. Han sido los socialistas quienes han tenido que aprender de los liberales. Al admitir el mercado, los socialistas adoptan una postura ambivalente respecto a su aceptación del capitalismo que lo crea y lo exige. La pretensión socialista reza ahora que la contribución del socialismo a la sociedad civilizada radica en su insistencia en los valores auténticamente socialistas: participación, compasión, espíritu comunitario y derivados.

Este cambio de acento tiende a proteger una acción de retirada en las tácticas de la filosofía política. Ya que los socialistas han perdido el pleito intelectual sobre las instituciones, sería un acto de caridad conceder que han ganado al menos el litigio sobre los valores. Pero aquí el debate ha descendido desde las sublimes cumbres de los principios filosóficos a los ámbitos profanos de la maquinaria política, donde la cuestión consiste en determinar qué clase política, si la liberal o la socialista, parece que salvaguarda mejor los valores de participación, compasión, espíritu comunitario, etc. etc.

La réplica liberal inmediata es que pueden aducirse tres razones que invitan a pensar que estos valores están mejor asegurados bajo el capitalismo que bajo el socialismo. Primera, la institución capitalista de la propiedad privada crea la riqueza necesaria para aplicar los valores de la compasión, la participación y la caridad. Segunda, la institución capitalista del gobierno mínimo y descentralizado permite que el entorno personal de los ciudadanos influya en estos valores con mayor eficacia que la administrativa y despersonalizada de los políticos y los burócratas. Tercera, la participación compasiva en las comunidades requiere la asociación voluntaria de las personas; si se la convierte en una creación artificial de la dirección coactiva del gobierno se la destruye. Los donativos son mucho más frecuentes en Estados Unidos que en la URSS. Se da, por ejemplo, un acusado contraste entre la Community Chest de EE UU y los robos de las -existencias• que se conseguían ahorrar en las fábricas de propiedad común del comunismo soviético y en las oficinas y cocinas del socialismo de Gran Bretaña y de otros países.

En lo tocante a las probabilidades políticas de las medidas gubernamentales, el problema consiste en si las instituciones capitalistas, tardíamente reconocidas como indispensables por los políticos socialistas, estarán tan a salvo en sus manos como en las de los políticos liberales, que las han admitido y aplicado intermitentemente en su historia

política. Lo menos que los políticos no liberales deben suscitar es escepticismo. Cabe dentro de lo posible que los socialistas de los años 90 quieran desarrollar instituciones capitalistas; de hecho, así lo intentaron Gorbachov en la antigua URSS y sus correligionarios en el Este de Europa. Pero en Gran Bretaña, la larga herencia del sentimiento anticapitalista entre los académicos y la realidad de la financiación a través de los sindicatos aumentan las dudas sobre si la nueva doctrina del socialismo de mercado puede inducir a un gobierno laborista de inspiración socialista a preferir el mercado al socialismo.

Pero es que, además, los valores protegidos y apoyados por las instituciones capitalistas no son menos esenciales para lo que Lionel Robbins ha llamado •una sociedad espiritualmente sana• que la participación compasiva en las comunidades. La mentalidad socialista sigue repitiendo el círculo vicioso de John Stuart Mili (en su fase socialista) cuando se insiste en la distribución o redistribución y se pasan por alto sus nocivos efectos sobre la producción, sin la que la distribución se hunde en el fracaso. Para distribuir los bienes y servicios, antes hay que producirlos. La principal tarea económica es maximizar la producción, no optimizar la distribución para satisfacer una determinada concepción de la justicia o la honradez. A los pobres se les sirve mejor maximizando la producción que igualando la distribución. El capitalismo aumenta la producción. La distribución igualitaria proclamada (pero no implantada) por el socialismo la reduce.

A la mentalidad socialista le siguen resultando molestos ciertos valores que son esenciales para maximizar la producción. Esta exige la aceptación ética del motivo primario del interés personal, en el sentido de que una persona da lo mejor de sí por aquellos intereses que mejor conoce, en cuanto que son los más cercanos a él. Trasladado a las actividades económicas, se traduce en una maximización de los superávits de los ingresos sobre los gastos en los mercados en los que la compra y la venta se basan en decisiones individuales. Pero para la mentalidad socialista (de todas las escuelas y en todos los partidos) resulta aún más revolucionaria la afirmación de que las preferencias, las decisiones y los valores individuales, tal como se expresan en el mercado, deben anteponerse a las preferencias, decisiones y valores expresados en el proceso político; es decir, en el sistema en el que se ejerce el poder de regular a los ciudadanos mediante decisiones de la mayoría, lo que implica que se ignoren y se frustren los deseos de las minorías o de las personas concretas.

La vida comercial posee una moralidad tanto absoluta como relativa, que no se basa tan sólo en la necesidad de producir los recursos cuya distribución se exige. Se apoya también en su superioridad frente a la moralidad de su alternativa, la vida política. Ninguna de las dos es totalmente perfecta. Ambas tienen fallos. La gente que tiene en su mano el poder puede abusar de él, tanto en el comercio como en la política, para sus fines personales, a expensas de sus conciudadanos. Pero el ámbito de abusos del poder es más reducido en las actividades comerciales que en las políticas. Se trata, pues, de elegir entre las ventajas y desventajas de la una y la otra. El capitalismo se apoya esencialmente en el comercio, el socialismo en la política. Por eso debe preferirse el primero al segundo: no sólo porque ofrece más ventajas, sino porque presenta menos limitaciones.

El lazo de unión entre el capitalismo y el comercio es el mercado. Esta forma de vida económica, que el socialismo ha venido condenando durante un siglo, pero que ahora acepta y que es esencial para el mantenimiento de los valores proclamados como socialistas, exige la rehabilitación de conceptos que estos mismos socialistas siguen repudiando en algunos tramos de su vida. El rechazo ético de los valores comerciales es el obstáculo que les impide aceptar la moral y los principios del capitalismo.

Si se quiere que las instituciones capitalistas salven los valores socialistas, deberán abandonarse, entre otras muchas, cuatro de las fuentes permanentes de la crítica a la ética comercial del capitalismo. Dichas fuentes manan de la errónea intelección de los imperativos elementales de la vida humana o de confusiones intelectuales en el campo de las artes, el periodismo, la sociología y la religión.

La crítica cultural y los valores de la cultura

La animadversión surgió una vez más en el curso de las críticas moralistas al capitalismo, nuevamente puestas en circulación con ocasión de las opiniones vertidas sobre los valores capitalistas en 1989, décimo aniversario de la primera elección de la señora Thatcher como Primera Ministra, en 1979. Los críticos del gobierno conservador aprovecharon las conmemoraciones para condenar al capitalismo y a todas sus obras.

Las censuras se limitaban -reflejando la mentalidad socialista de todos los críticos, fuera cual fuere su vinculación política o su ocupación profesional -al corto período de 10 años y a los tres sucesivos gobiernos thatcherianos, pero revelaban una hostilidad de principio hondamente enraizada frente a los valores del sistema económico capitalista. Las condenas al capitalismo se personificaban, además, en una figura política femenina.

Los gobiernos Thatcher de los años 80 provocaron un vivo debate práctico sobre el papel del mercado como árbitro de la calidad tanto de los bienes como de los servicios cotidianos. Un sencillo ejemplo, tomado de entre el torrente de argumentos publicados en los periódicos y en las revistas •serias•, ilustra la cuestión fundamental de los valores del socialismo y el capitalismo.

El historiador John Vincent, profesor de la universidad de Bristol, corrigió las inexactitudes históricas de la crítica aportando datos sobre otros anteriores Primeros Ministros.² Venía ya de antiguo la costumbre de los círculos culturales y literarios de lanzar acusaciones de filisteísmo, de exacerbada codicia y de mal gusto contra hombres como Wellington, Gladstone, Balfour, Asquith y Churchill. En estas diatribas se revela el distanciamiento entre los críticos y el modo de ser del pueblo llano por el que aquéllos esperan ser pagados a través de subvenciones en atención a su exquisito gusto cultural y a sus actividades literarias.

Su causa fue defendida, mediante un alegato redactado en términos comedidos, por Terry Hands, director artístico de la Royal Shakespeare Company, que abogaba por subsidios más generosos para el mundo del arte,³ que pide análisis respetuosos en lugar de condenas que encubren enemistad política o esnobismo social.

La argumentación resultaba conmovedora, pero se olvidaba de cuantificar los costes de oportunidad de los subsidios deseados: «... el aumento de la inversión en las artes devolvería al Tesoro una suma aún mayor que la recibida.» Es una afirmación que también podrían hacer, aunque no justificar, otras muchas actividades -los deportes, la investigación pura, la enseñanza del ruso en los planes de estudios y muchas cosas más. El aumento de las inversiones incrementaría su posible productividad a largo plazo, pero el gobierno no podría justificarlas, salvo que esta productividad fuera mayor aquí que la generada por las inversiones en otros campos que se sitúan extramuros de los cálculos de los círculos artísticos. Al fondo de su imponente serie de estadísticas, las decisiones gubernamentales, aquí como en otros ámbitos, están basadas, en todo o en parte, en conjeturas. No son, ni con mucho, tan responsables como las decisiones del mercado, donde la gente gasta su propio dinero y sufre las consecuencias si no actúa con sumo cuidado. Como se dijo en el capítulo V, a las personas que gastan su dinero con responsabilidad en el mercado se las empuja a gastar • irresponsablemente sus votos en las urnas a favor de medidas de cuyos resultados nadie les informa y cuyos costes no pueden calcularse, pero que se cree que son pagados por otros.

El debate sobre las artes • -se lamentaba el Sr. Hands: -•debe empezar por la economía. • Pero un economista replicaría que no sólo debe comenzar sino también finalizar con el análisis económico, porque no existe ningún otro enfoque capaz de arrojar luz sobre los costes de oportunidad respecto a otras decisiones políticas. Las personas son, de ordinario, extremadamente sensibles a los sacrificios de alternativas a las que tienen que renunciar cuando hacen sus compras en el mercado; los gobiernos dan muestras de una menor sensibilidad porque su horizonte temporal es corto y no tienen reglas para medir lo que se pierde ni a costa de quién. El mercado proporciona información sobre costes y preferencias. Es, desde luego, una información incompleta, que debe ser ampliada, pero refleja, en todo caso, las opiniones y las decisiones del pueblo real, que es quien paga. La alternativa que prefieren los políticos -y los artistas subvencionados por ellos es, de hecho; si no ya también en la intención, ignorancia crasa, disfrazada de conjeturas y condimentada con egoísmo político.

Los gobiernos -se argumentaba- deben subvencionar • los aspectos espirituales, educativos y saludables del arte •. Sí. Pero, ¿cuánto? ¿En beneficio de quién? ¿A expensas de quién? Al mundo artístico no le interesan las respuestas a estas preguntas, pero el pueblo llano se siente interiormente inquieto, porque el dinero debería ir adonde la gente prefiere, por ejemplo, y no en último lugar, a los ancianos empobrecidos que no pueden ganarse un jornal.

Desde siempre han necesitado las artes mecenazgo. De ordinario, las naciones y los Estados se han mostrado orgullosos de manifestar su vitalidad económica a través del despliegue creador de sus respectivas culturas. Pero los Estados y los gobiernos han echado mano del dinero del pueblo, sin preguntar a los ciudadanos, o han recurrido a procesos democráticos muy imperfectos y chapuceros para averiguar sus opiniones.

Los prelados medievales y los aristócratas rurales fueron mecenas de las artes. Algunos fueron autócratas, pero había modos de evitarlos. Handel pudo trasladarse a Inglaterra, donde compuso *Water music* para Jorge I en 1713 y el *Mesías* en 1723. También la clase media industrial del siglo XIX patrocinó las artes. A veces tenían gustos pésimos, pero existía la posibilidad de busear otros protectores.

El estamento artístico tiende a minusvalorar el papel de los mecenas industriales y, al igual que los médicos y vicescandalleros de las universidades, preferirían recibir dinero del Estado. Bradford produjo un William Rothenstein, un David Hockney, un Richard Eurich y otros artistas. Es menos sabido que también produjo excepcionales mecenas industriales de las artes en la era victoriana, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, cuando los hombres de Bradford habían amasado mucha •pasta• en los días del auge del capitalismo textil. Algunos capitalistas industriales crearon colecciones privadas, financiaron exposiciones y apoyaron clubs locales de arte.

Tal vez el más generoso de todos ellos fue Samuel Cundliffe Lister, que nació en 1815, el año de la batalla de Waterloo, y vivió hasta el advenimiento, en 1906, de los brillantes gobiernos liberales de Campbell-Bannerman y Asquith, que comprenden a Winston Churchill y Lloyd George. En 1898 donó a la Bradford Corporation la para aquella época nada desdeñable suma de 40.000 libras para construir una galería de arte en memoria de su célebre tío Edmund Cartwright, inventor, en 1789, de la máquina cardadora. El Cartwright Hall fue inaugurado el año 1904. Su fondo estaba constituido por cerca de mil cuadros, grabados y dibujos, en su mayoría creados por el New English Art Club, fundado en 1885.

Se comprende fácilmente que los artistas prefieran una fuente única y simple, sobre todo si esta fuente es el Estado, para la obtención de fondos, lo que liberaría a las artes teatrales de la presión de los •tazones mendicantes de la competencia•. Pero aquí todos deberían ser iguales. Es la universal Utopía, anhelada tanto por los médicos y los científicos como por los artistas. •Que el gobierno ponga el dinero• -dicen, en efecto-, •Y que nos deje a nosotros, que somos los entendidos, buscar y vender el bienestar público, porque somos los únicos que sabemos cómo hacerlo•.

Este fue el espejismo de Marx. Emancipémonos del mundo real. No tendremos necesidad de justificarnos ante nuestros clientes, compitiendo con todos los demás, que también reclaman atención y peniques. Pero esto es formular el dilema humano, no resolverlo. No tiene nada de extraño que la estrella polar de la benevolente izquierda lo abandonara, aunque tar-díamente, en favor del mercado, el único mecan.ismo que enseña la incómoda pero inevitable verdad de que no hay en el mundo recursos suficientes para conseguir todo lo deseable. Ni es tampoco muy de maravillar que los herederos de Thomas

Carlyle, que desviaron al género humano al rechazar el mundo real sin ofrecerle, al mismo tiempo, los postes indicadores hacia el mundo de su imaginación, tacharan a la economía de •ciencia sombría•.

La cuestión central es si las artes deben ser patrocinadas directamente por el pueblo, mediante el pago de las entradas para el teatro, el ballet, la ópera, los museos, las galerías de arte y cosas parecidas, o indirectamente por el gobierno. En esencia, los problemas presentan aquí los mismos perfiles que en cualquier otra parte. Se trata de elegir entre el sistema de producción y de pago comercial o el político. Al método comercial se le califica de filisteo, al político y público de espiritual y civilizado. Para los ciudadanos de a pie la diferencia está en pagar, como consumidor, sus decisiones individuales, o pagar como contribuyente las decisiones políticas colectivas. Como consumidor paga con su propio dinero; como contribuyente son otros los que gastan por él.

Afloran, pues, aquí los mismos peligros que en los restantes ámbitos. Como consumidores, los ciudadanos pueden estar mal informados, tomar decisiones miopes, hallarse excesivamente influidos por la publicidad, perder la elevación espiritual de un mundo del arte que desconocen. En un plano ideal, el gobierno puede tomar decisiones con perspectivas a largo plazo, mantener vivas las obras del pasado, desde los dramas de Shakespeare, pasando por las óperas de Mozart y Rossini, hasta los cuadros de Constable, Manet y Chagall. Pero hay peligros.

Al igual que en cualquier otro campo, hay riesgos en el proceso del mercado y los hay también en el político. Si los productores o los expositores del arte se dirigen tanto o más al gobierno que a los consumidores para conseguir dinero, se mostrarán sensibles a la autoridad política. No se elige a los políticos para promocionar las artes, sino para defender al reino. Sus gustos, o los de sus consejeros, pueden verse desplazados por los de los contribuyentes, con cuyos dineros pagan. Y, no en último lugar, aquí, como en todo lo demás, las clases medias con gustos refinados obtienen más, a través del mecenazgo del gobierno, que las clases obreras con cuyos impuestos se financia en gran parte aquel mecenazgo.

El alegato a favor de los artistas recurre al habitual argumento de que las actividades con patentes beneficios externos para la comunidad en su conjunto justifican su financiación colectiva a través del gobierno. Se trata, al parecer, de un principio –o de un valor– incontrovertible. Las últimas estimaciones sitúan los ingresos de las industrias de la cultura en 4.000 millones de libras esterlinas al año, de ellos 1.500 millones procedentes de visitantes extranjeros que acuden a presenciar representaciones de Shakespeare en Stratford, escuchar ópera en Covent Garden y Glyndebourne, asistir al teatro en Londres y muchas otras cosas por el estilo.⁴ Pero esta significativa suma no proporciona una base indiscutible para la concesión de subvenciones. Las externalidades son un fenómeno universal. También otras industrias obtienen dólares americanos, marcos alemanes, francos franceses y suizos ..., merced a sus exportaciones invisibles de servicios: seguros, operaciones bancarias, fletes, corretajes y otras actividades. Y no por eso reclaman subvenciones. Los visitantes de Stratford, Glyndebourne, Londres, Edimburgo y otros lugares utilizan los transportes, compran en las tiendas, se alojan en los hoteles. Si hubiera que subvencionar toda actividad que genera beneficios externos, serían infinitas las demandas dirigidas al erario público.

Aunque no debe rechazarse el principio de las subvenciones, lo que ocupa el centro de la discusión es la competencia del gobierno para determinar su alcance, controlar su utilización, modificarlas cuando mudan las circunstancias o finalmente suprimirlas si se tornan obsoletas. La fijación del montante óptimo que se toma de la financiación colectiva es una decisión política; en este caso, no hay valoración de los costes óptimos de oportunidad en la financiación de los déficit del transporte, de las pensiones extraordinarias para ancianos que no pueden ganarse la vida, los enfermos mentales sin familia, los riñones artificiales o la protección de las costas. Lo más probable es que los políticos tomen decisiones a corto plazo, con la mirada puesta en las próximas elecciones, más que en perspectivas que abarquen décadas. La experiencia acumulada durante los últimos cien años no permite confiar en que el gobierno combine competencia con desinterés.

Se trata, pues, de elegir entre los peligros del comercio y los de la política. El peligro central del comercio es que los consumidores apunten demasiado bajo y quieran gastar demasiado poco en el arte: que tiendan a ser filisteos. El peligro opuesto es que los políticos se rindan a los ruegos importunos pero persuasivos de los entusiastas del arte y pasen por alto los callados sentimientos de los filisteos desorganizados y poco instruidos: los políticos tienden a ser oportunistas, a pasar por entendidos en arte y actuar como dispensadores de otro néctar del pueblo. Y entonces gastarán demasiado.

La razón inconsciente del afán de los políticos por entrar en la arena política y adquirir poder es que por este camino tienen acceso a vastas sumas de dinero de las que, de otro modo, no tendrían expectativas de disponer. Este es el aspecto de la •política• ignorado por los académicos cuando reclaman como por instinto más poder para que el gobierno reforme la libre elección de los consumidores en el mercado. Se comprende fácilmente que los políticos racionalicen el proceso afirmando que les mueve la intención de hacer las cosas bien. No debemos quedar decepcionados.

El mayor peligro que entraña la decisión de insertar a las artes dentro del proceso político es que reduce los ingresos que probablemente podrían conseguirse a través de los consumidores en el mercado y mediante subvenciones privadas de la industria. El mundo del arte es más convincente cuando recurre a las finanzas públicas sólo como complemento de los ingresos privados. Pero hay aquí dos errores. En primer lugar, estas dos fuentes no son necesariamente complementarias; pueden competir entre sí. Las finanzas estatales han hecho indolentes a las artes (y a las universidades) al desplazar el apoyo financiero procedente de la industria privada y de los consumidores. Es a todas luces más cómodo importunar a los políticos, sobre todo a los que tienen aficiones artísticas o temen ser tachados de filisteos, que solicitar el apoyo de la industria o el de los consumidores que pasan por taquilla o abonan su entrada en la caja. A los gobiernos les resulta menos difícil justificar ante sus incultos contribuyentes sus subvenciones culturales que a los gerentes de compañías explicar sus decisiones ante los accionistas. Los políticos tienen que dar menos cuenta de sus actos que los capitalistas.

Las subvenciones políticas, aquí como en cualquier otro campo, debilitan el instinto de victoria, de supervivencia sin ayudas externas. Así, pues, la comodidad de las subvenciones políticas ha alejado a las artes de su misión de vender sus mercancías a los consumidores. No es, por tanto, sorprendente que éstos compren menos artículos artísticos de lo que sus productores desearían. El mundo del arte se ha colocado espiritualmente por encima de la plaza del mercado, pero la verdad es que debe vender sus creaciones compitiendo con otras mercancías por ganarse el favor del público. Si vendiera sus obras como se venden los comestibles, obtendría mayores ganancias. La ausencia de una auténtica mercadotecnia de las artes ante posibles compradores que no las conocen ha sido la causa de la menor afluencia de visitas a los teatros y galerías, con precios inferiores a los que una agresiva política de ventas podría conseguir. Una mejor técnica de ventas aumentaría la demanda de producción artística de parte de un público cada vez más numeroso, permitiría elevar los precios y reduciría la dependencia frente al gobierno.

Las subvenciones políticas han tenido el efecto contrario de estimular los productos superelaborados que han inflado los costes. Los precios subvencionados de los patios de butacas benefician más a la clase media que los precios subvencionados de los «gallineros» a la clase obrera. El dueño de un equipo de fútbol puede pedir compensaciones procedentes de la clase media para subvencionar los asientos y otras comodidades que reducen los peligros de enfrentamientos entre las masas de seguidores. Los beneficios externos en términos de tiempo de la policía, de ambulancias desviadas de accidentes de circulación y de «canguros» para cuidar de los niños son incalculables.

El mercado del arte bajo todas sus manifestaciones podría haber sido más amplio si se hubiera enseñado a apreciarlo desde los centros educativos estatales. En la enseñanza primaria del Estado no oí absolutamente nada, hasta los 12 años, sobre artes figurativas y música clásica. Probablemente los centros privados dedicaban más atención a estas materias. A los 12 años, mi mujer conocía los grandes dramaturgos ingleses, escuchaba semanalmente lecturas de los novelistas y poetas clásicos, oía música y óperas clásicas, acudía a exposiciones de los grandes pintores. Las tasas escolares eran de 20 libras al trimestre, reducidas a menos de 10 porque su padre era mutilado de guerra (y eran totalmente gratuitas para los hijos de los refugiados de Alemania). Los niños británicos habrían aprendido mucho más en centros responsables ante las expectativas de los padres y tendrían ahora mucho mayor conocimiento de las artes si hubieran podido asistir a centros pagados con cuotas, a los que todos habrían aspirado si el Estado hubiera creado una estructura de elección en lugar de los centros del paternalismo estatal dominados por los profesores.

Los británicos no son intrínsecamente más filisteos que los alemanes o los italianos que atestan la ópera, ni que las familias holandesas e italianas que pagan gustosamente la entrada de sus numerosos museos y galerías de arte. Las obras de Shakespeare fueron escritas para y celebradas por los ciudadanos corrientes de finales del siglo XVI. Si los

ciudadanos británicos del siglo xx han crecido con menor aprecio por los matices de la lengua inglesa, son filisteos quienes han pasado por alto la misión de fomentar y dar una mejor acogida a la literatura y al teatro ingleses, a las magníficas óperas italianas y francesas, a la porcelana alemana, al ballet ruso, a los Lieder austriacos y a otras muchas cosas, que habrían podido venderse perfectamente a los ciudadanos corrientes si no se las hubiera alejado de los gustos del pueblo a causa de su excesiva dependencia del Estado.

Se da por supuesto que el teatro es la expresión más sublime del mundo del arte. Dificilmente puede afirmarse que carece de importancia que un teatro subvencionado por el pueblo hiera sus sentimientos morales. La Royal Shakespeare Company representó en octubre de 1989 una pieza que trazaba paralelismos entre los campos de concentración nazis y la Gran Bretaña de la señora Thatcher. Tales comparaciones ofendían la sensibilidad de muchos de los que subvencionan a la Shakespeare Company. Se tributaron grandes alabanzas a la representación, técnicamente amoral, incluida la dirección de Terry Hands. Sigue en pie el debate sobre la discutible ética de las subvenciones del Estado.

La crítica periodística y los valores del periodismo

El deseo de huir del mercado está presente en todas partes. La mayoría de nosotros pensamos que somos entendidos en nuestro oficio. Conocemos lo que está bien y lo que está mal, y lo sabemos mejor que nuestros clientes, que no pasan de ser simples aficionados. Esta autoilusión parece responder a la realidad en los casos de los periodistas, los artistas, los médicos, los abogados y otras profesiones que pueden razonablemente reclamar para sí la autoridad de ser especialistas.

Los periodistas se han rebelado con frecuencia contra el valor central del capitalismo de que es el cliente quien más sabe y el que está en mejor disposición de aprender de sus errores cuando no compra lo mejor. Este gremio ha formado parte del grupo de los más obstinados críticos del capitalismo en general. Se han alzado, en su industria o profesión, contra el comercialismo que afirma que si la prensa quiere obtener beneficios, tiene que vender sus productos. Algunos de los periódicos (y de las revistas) británicos •serios• han recibido durante mucho tiempo -y algunos siguen recibiendo todavía- subvenciones de hombres acaudalados. Una de las más gratificantes actividades de los pudientes es proporcionar periódicos baratos para el común de los lectores.

La aparición de un tipo de periódicos que ofrecen a las clases obreras de nuevo instaladas en cotas de prosperidad tanto o más entretenimiento que noticias e interpretación de las mismas ha ofendido a ciertos periodistas y provocado críticas por el escaso buen gusto de las publicaciones populares británicas de gran circulación. Y el pecado es aún mayor debido a la concentración del control, que ha permitido que un puñado de propietarios expulsen del mercado a los periódicos de menor tirada.

En una sociedad abierta, que se apoya en la libertad de los mercados de capital, papel, imprentas, periodistas, impresores, grandes cadenas y pequeños distribuidores de la prensa escrita, más pronto o más tarde aparecerán competidores que pujarán frente a los actuales propietarios, lanzando periódicos mejores y más baratos. Si estos propietarios no están protegidos o subvencionados por el Estado, los nuevos competidores les obligarán a sacudirse el sopor o los expulsarán del mercado, con provecho para el público.

No hay monopolios en el ámbito de las publicaciones. Como ocurrió en la Revolución Industrial, las más recientes tecnologías han hundido a los actuales mercantilistas en la ciénaga de los sindicatos de la prensa. Las nuevas técnicas han permitido mejorar la calidad de los periódicos, han aumentado su valor y han hecho posible el florecimiento de la prensa local emprendedora. El objetivo debería ser ahora eliminar los últimos obstáculos que aún se alzan contra el mercado libre para la producción y distribución de las publicaciones tanto de los periódicos de circulación nacional como de los especializados, con tiradas cortas, para apicultores y pescadores.

Estas medidas de política liberal, que estimulan el progreso sin menos-cabo alguno para la independencia y la libertad del periodismo, no acaban de satisfacer a ciertos periodistas. Quieren soluciones más rápidas, más directas. Se cuenta entre ellos el antiguo estadista Geoffrey Goodman, que estuvo en los años 70 al servicio del Primer Ministro como jefe de una «Publicity Unit» anti-inflacionista. Goodman fue elegido para formar parte de la Real Comisión de la Prensa, que presentó un informe en 1977. Como era de esperar de un periodista de tendencias laboral-socialistas, el señor Goodman redactó, con la colaboración de un líder socialista, un *Minority Report* en el que se recomendaban subvenciones estatales para la prensa, es decir, la ya habitual solución de los críticos del mercado libre de mentalidad socialista.

A finales de los años 80, el señor Goodman, insatisfecho ante el bajo nivel de las publicaciones, decidió editar un periódico pensado para •ser un reflejo de la prensa, aplaudir sus excelencias y someter a crítica sus lados oscuros•.⁵ Este propósito no es sólo algo usual: es la salvaguarda natural -aportada por el mercado libre frente a la deficiente calidad y a favor de la protección de los consumidores. Existe desde hace ya largo tiempo este tipo de asesores independientes para los bienes y servicios de otras industrias, aunque, como ocurre con *Which?y Where?*, en su mayoría apa-recieron a continuación de los análisis independientes de bienes y servicios llevados a cabo en el hogar del capitalismo competitivo, los Estados Unidos. Es cierto que estas publicaciones ofrecen sus servicios más a las tiendas de las clases medias que a las de la clase obrera. Pero no he oído que exista nada parecido a *Which?y Where?* en el hogar del socialismo, la antigua URSS. Al igual que otras tentativas bienintencionadas de la clase media, entre ellas y no en último lugar la Universidad a Distancia, que pretenden orientar al público, enseñan a los que ya están enterados.

Como algunos otros periodistas, el señor Goodman no supo advertir la importancia del mercado -y de sus principios-para su iniciativa. La concentración de la propiedad ha

generado una creciente polarización entre la minoría de alta calidad de la prensa nacional y la mayoría de los tabloides de gran circulación, que ofrecen únicamente diversiones y trivialidades ... •con profundas implicaciones sociales y políticas•. La nueva revista trimestral *British Journalism Review*, que, desbordando el campo estricto de la prensa, incluiría la televisión, la publicidad y las relaciones públicas, aspiraba a convertirse en el vehículo de quienes •se preocupan por el periodismo y sus valores•. Estos valores aparecerían reflejados en artículos que difundirían •un periodismo humano, un periodismo de apertura y de información que pone la verdad y la democracia por encima de las demandas del mercado•.

En román paladino, esto quiere decir que se prefieren los valores de los periodistas a los de la masa de los lectores. Ahora bien, téngase en cuenta que si los tabloides son propiedad de hombres ricos, estos tales son ricos porque las masas pobres compran sus periódicos. Desde que el gran público dispone de una amplia oferta en el mercado libre entre los periódicos serios y los tabloides, no está ya enteramente sometido al influjo de los periodistas o de los propietarios, a quienes les gustaría lanzar los periódicos que, en su opinión, deberían leer las masas.

Por otra parte, puede influirse en estas masas a base de introducir material que refleje los auténticos valores del periodismo; por ejemplo, los de •verdad y democracia• del señor Goodman. Los mejores valores serían los enunciados por el venerado C.P. Scott, del liberal *Manchester Guardian*, periódico que admiré en mi juventud, antes de que se transformara en el socializante *Guardian*. Scott pronunció (en 1926) aquella inmortal sentencia, desde entonces respetada por todos los periodistas: •Los comentarios son libres, los hechos son sagrados.• El liberal *Manchester Guardian* estuvo siempre a favor de un mercado libre que respeta la opinión de los consumidores. El enfoque de Goodman sugiere falta de res-peto hacia estos valores.

El mercado no supone que el (la) consumidor(a) sea omnisciente, sino que sólo él, o ella, sabe dónde le aprieta el zapato, se preocupa por utilizar del mejor modo posible su dinero, está atento a la publicidad y le sienta mal que haya gente que pretenda decirle cómo tiene que vivir, porque piensa que ellos son mejores. A esto se debe que, a lo largo de un siglo de gobiernos paternalistas, aplaudidos por periodistas bienintencionados pero superficiales, animados por una fe acrítica en el Estado, los consumidores hayan ido desarrollando subrepticamente la habilidad del pueblo llano de aprender de la experiencia y de la publicidad, y de ignorar el poder de quienes pretenden determinar su estilo de vida.

La •verdad y la democracia• que la mayoría de los periodistas han puesto, desde la guerra, •por encima del mercado• les ha llevado, hasta fechas recientes, a dispensar una cálida acogida y difundir el poder del Estado en la existencia de los ciudadanos normales, que verían de este modo disminuida su capacidad de juzgar por sí mismos. No era, pues, nada extraño que a menudo estos ciudadanos eligieran de forma poco prudente. Pero si hay que tratar al pueblo como a incompetentes que malgastan su dinero y sus bienes en «tabloides de circulación masiva» que únicamente ofrecen •diversiones y trivialidades•, la

culpa es, al menos en parte, del sistema educativo, que no ha sabido enseñarles cosas mejores. Pero los periodistas de mentalidad socialista de las publicaciones tanto de izquierdas como de derechas no sólo fueron entusiastas defensores del principio de la educación estatal, lo que en la práctica significa una educación politizada; es que, además, hicieron campaña a favor de la idea de reunir a todos los niños de todo tipo de habilidades y capacidades dentro de un único y mismo género de escuela. Y los columnistas de los temas de educación --,con honrosas pero escasas excepciones, por ejemplo, las de John Izbicki en The Telegraph y Tim Devlin en The Times, que expusieron con honestidad el punto de vista de los bonos escolares desacreditaron, en general, la solución de emancipar a las familias de la clase obrera de la tutela de las malas escuelas estatales a base de habilitar otras salidas. La idea de introducir el mercado en la enseñanza, ofreciendo posibilidades de elección tanto a los padres de la clase obrera como a los de las clases medias, causó sensación cuando fue analizada (aunque nunca puesta en práctica) por sir Keith Joseph en los primeros años 80, pero fue luego abandonada ante una obstrucción de políticos y eclesiásticos que tenía poco que ver con el tema del bienestar de los niños. La fe sin fundamento de la corriente mayoritaria de los periodistas en la benevolencia del Estado se encuentra hace ya largo tiempo en sus postrimerías. Despierta escaso eco su pretensión de poseer un juicio superior, que los convertiría en mentores de los ciudadanos de a pie.

El talón de Aquiles profesional de los periodistas a la hora de presentar y de interpretar la evolución de la educación es que su información depende de los datos que les proporcionan los sindicatos de profesores y de otros empleados y el propio gobierno. Y en ambos casos se trata de fuentes monopolistas que no pueden ser fácilmente contrastadas o recusadas.

Las •profundas implicaciones sociales y políticas• de los periódicos de circulación masiva consistían, según el señor Goodman, en que •sus entretenimientos y trivialidades• más se preocupaban por su función de •caja registradora• para sus propietarios que por la de ser •poderosas armas políticas• para •sentar las bases de la democracia•. Los editores estarían sujetos a las presiones comerciales de los propietarios, a las que podrían resistir mejor si contarían •con una subvención básica del Estado que les asegurara un nivel mínimo de independencia•. Pero esta solución minaría otro de los valores del mercado: su independencia frente a la influencia política. A la postre, resultaría imposible frenar la injerencia de un Estado que subvenciona a la prensa con los impuestos de los ciudadanos. Es responsable ante los contribuyentes a través del Parlamento. El factor racional del valor del capitalismo de mercado es que la independencia está mejor asegurada cuando existen múltiples proveedores en el mercado abierto. Los cambios tecnológicos y la potencialidad de la nueva competencia son mejor garantía de la independencia que la aceptación del dinero de los políticos, con sus permanentes inquietudes ante las próximas elecciones.

Hay periodistas que aún no han comprendido que sin mercados libres la democracia ofrece al pueblo una precaria protección frente a los poderes indisciplinados. El señor

Goodman pensaba que en el futuro el periodismo estaría más diversificado: •Pero si queremos tener una sociedad democrática sana, necesitamos una prensa mejor. •6 Pues bien: no habrá una prensa mejor si no hay mercados libres.

No son sólo los lectores de periódicos quienes necesitan orientación. También los periodistas que escriben para ellos se alejan con demasiada frecuencia del imperativo de Scott de distinguir entre los hechos y los comentarios. Cuando los niveles morales son bajos, nada impedirá que los periódicos sensacionalistas invadan la vida privada de los ciudadanos. Los periodistas de fírrles convicciones de los periódicos «serios» disponen del poder de calificar los hechos a través de sus comentarios. La insinuación es el arma del periodismo tergiversador. Sus informaciones son fiel reflejo de sus prejuicios, sus simpatías y antipatías. Al IEA se le tachaba invariablemente de •derechista• incluso cuando adoptaba las actitudes más radicales. La virulencia, la furia y el aborrecimiento harvrido el elemento característico de las valoraciones emitidas sobre la señora Thatcher por algunos periodistas carentes del talento de reconocer que había sabido imponerse a la vieja guardia de los •altos tories•, que había proporcionado al proletariado un patrimonio real que jamás habría podido adquirir por otros medios, que había elevado las rentas de la mayor parte de la clase obrera y había hecho mucho más que ellos por los desvalidos a los que decían favorecer, lo que por fuerza tenía que sembrar la consternación en las filas socialistas.

Salvo honrosas excepciones, los principios de algunos periodistas británicos, tal como se reflejan en el trato que dan a la gente objeto de sus críticas, son con frecuencia menos elevados que los de sus lectores. Robert Liarris rechazó con toscas maneras a lord Joseph, uno de los más escrupulosos y honestos políticos de nuestro tiempo, porque se dejaba arrastrar por la emoción cuando respondía a las preguntas. •Aunque le pregunte por el tiempo, es seguro que sus ojos se llenarán de lágrimas. •7 Periodistas de peso han publicado en diarios serios, sobre todo en The Observer, The Guardian y The Independent, un material que ha desprestigiado al periodismo británico.

La crítica religiosa y los valores de la Iglesia

El orden del mercado que comenzó a restaurarse gradualmente en los años 80 tuvo que aguantar ataques sostenidos procedentes de un nuevo sector, el de los arzobispos, obispos y varios otros prelados de la Iglesia Anglicana.

Al capitalismo, ligeramente disfrazado de thatcherismo, se le acusó de inmoral con el argumento de que haría perder el primer año a los estudiantes no licenciados y posiblemente a los del sexto curso. El perfil y la calidad de aquellas críticas aparecían, con talante más moderado, pero sin dejar de abordar los aspectos esenciales, en una carta fechada el 27 de mayo de 1988, dirigida a la Primera Ministra por uno de los obispos decanos, muy influyente en el Sínodo General de la Iglesia Anglicana. Como ocurre en otros

gremios, es posible que el Sínodo no represente con absoluta fidelidad los diversos sentimientos de los miembros de la Iglesia, sino que proporcione una plataforma para clérigos obstinados que sólo se representan a sí mismos y cuya influencia es superior a la calidad de sus argumentos.

El obispo conjuraba a la Primera Ministra a que respetara las enseñanzas -los valores de la Iglesia en ocho aspectos de política económica que contenían casi todos los errores económicos de la mentalidad socialista.⁸

Sobre la distribución, o redistribución, de las rentas: •Los cristianos siempre han ... aprobado la función positiva del gobierno en la remodelación de la sociedad ... [que comprende) una particular dedicación a los pobres ... •

Sobre las externalidades: •Las personas nacen en el seno de familias y comunidades. La dimensión social es fundamental e inevitable. Los gobiernos tienen, por consiguiente, la obligación moral de poner en marcha programas políticos que estimulen el espíritu comunitario y la cooperación ... sello de una vida completa. •

Sobre el gobierno representativo y el Estado de bienestar: •El gobierno [debería] aceptar en nombre del conjunto de la sociedad la responsabilidad de asumir un papel esencial en la lucha contra la pobreza, el desempleo, las persecuciones, la miseria. •

Sobre el proceso de producción: •... que los medios por los que la gente adquiere riqueza sean legales no significa que sean moralmente aceptables. •

Sobre el proceso del mercado como juego de suma cero, en el que algunos acumulan riquezas a expensas de los demás: •Es difícilmente justificable un dinero ganado sin consideración al resto de la comunidad. •

Sobre la moralidad de la autoayuda: •La riqueza actúa a modo de barrera para el Reino de Dios si estimula la autoconfianza y la independencia, induciendo a la gente a creer que son los dueños de su propio destino. •

Sobre la caridad voluntaria y los donativos impuestos: •¿No es irrealista pensar que pueda ponerse remedio a las necesidades de los pobres mediante actos de caridad individuales? •

Sobre las repercusiones de las rentas libres concedidas por el gobierno: •El gobierno tiene el deber de hacer frente al mito de que los pobres son gente irreflexiva a la que se puede inducir a la avaricia o a la pereza si se les da demasiado. •

Las enseñanzas de estos clérigos transmiten una soterrada reprimenda a los ciudadanos normales que de ordinario sienten la imperiosa necesidad de mejorar su situación y aceptan implícitamente el consenso de post-guerra de que el Estado es la fuente de compasión indispensable, sin admitir al mismo tiempo que es también fuente de desigualdades, de incompetencias, de sumisión a influencias arbitrarias y de corrupción. Estas enseñanzas revelan un fallo en la intelección del poder del mercado como el instrumento de que pueden servirse los ciudadanos comunes, carentes de poder político o de influencia cultural. Este punto de vista no alcanza a comprender la diferencia entre la auténtica caridad y la compasión de los donativos voluntarios, que implica sacrificios conscientes, y la falsa caridad

y la compasión impersonal de los donativos impuestos por el Estado, que fuerza a sacrificios involuntarios.

A juzgar por las declaraciones de estos eclesiásticos, se diría que la Iglesia ha abandonado su misión espiritual de maestra de los preceptos morales para hacer cola con los políticos buscadores de rentas. En el siglo XIX, la Iglesia fue un pilar de la libertad económica, del aumento de la riqueza, de la creciente caridad privada. En estos últimos años se ha sumado a las críticas que denuncian la moral y los valores del capitalismo. En el siglo XIX fue manantial de caridad mediante la creación de escuelas, la construcción de hospitales y la fundación de asilos para ancianos. Sus templos estaban llenos. Desde que se han impuesto por y a través del gobierno los donativos coactivos, la Iglesia ha resignado en el Estado de bienestar su misión de compasión hacia los necesitados, los enfermos, los ancianos. La asistencia a los servicios religiosos ha caído por debajo del 10 por 100. Para conservar su campo de acción, los eclesiásticos sustituyen sus buenas obras por reclamaciones para que el Estado dé limosnas financiadas con los impuestos. Sus alegatos en pro de la ayuda a los necesitados, a los enfermos y a los ancianos se han convertido en un recurso político. Se ha unido al coro de terratenientes, de profesores, de vicescandalleros de universidades, de cirujanos, de ferroviarios y otros buscadores de rentas que intimidan a los políticos complacientes para conseguir subvenciones más generosas a expensas de contribuyentes que están lejos de ser ricos.

La Iglesia admite, por supuesto, que el capitalismo ha aportado riqueza y libertad de elección para muchos ciudadanos, incluso para la mayoría de ellos, pero afirma al mismo tiempo que se ha despreocupado de la suerte de los pobres restantes, de las •clases inferiores•. Comenta los síntomas de la pobreza, no analiza sus causas. Sus soluciones se circunscriben a las habituales demandas de rentas o de servicios del Estado para todos los pobres, con independencia de cuál sea la raíz de su pobreza y suponiendo que ninguno de ellos aceptaría •demasiadas cosas• proporcionadas en parte por los impuestos de otros ciudadanos tal vez más necesitados de ayuda. Hace hincapié en el efecto renta, pero pasa por alto los efectos precio sobre los incentivos, el respeto personal y la justicia entre los pobres que procuran valerse por sí mismos y quienes no lo hacen.

A los clérigos les resulta particularmente ventajoso capitalizar su autoridad espiritual para insistir en la compasión hacia los pobres sin costes para sí mismos. Ha habido, con todo, algunos eclesiásticos excepcionales que han resistido la tentación. En una entrevista con el agudo periodista Graham Turner,⁹ el obispo de Peterborough afirmaba que la Iglesia Anglicana ha actuado más en el plano intelectual que en el espiritual: tiene poco que decir a los millones de personas que tienen un puñado de monedas en el bolsillo, salvo que deberían dárselas a los pobres. •La Iglesia Anglicana ... a menudo [parece] tener mala opinión de quienes luchan por subir peldaños ... , de quienes han trabajado duro y han conseguido algo en la vida, en su propio beneficio y a menudo en el de otros. • En su diócesis, cuando se cerraron los astilleros, las fábricas de calzado y la siderurgia Corby, los obreros que se

quedaron sin trabajo descubrieron sus cualidades de empresarios y crearon numerosas pequeñas unidades de producción. Pero la Iglesia no bendijo sus dotes creativas y se sintió incluso desconcertada ante su éxito. En •nuestro constante esfuerzo por atender a la gente necesitada, se diría que no tenemos un mensaje que llevar a quienes, con su trabajo, ayudan a cubrir aquellas necesidades. •• ... una buena parte de esta gente tiene la impresión de que no hay sitio para ellos en la Iglesia. •

Al parecer, la Iglesia ha aceptado acríticamente las manidas críticas al capitalismo. El machaqueo constante de universitarios y políticos de mentalidad socialista sobre las explotaciones de la industria, las fechorías de los empleadores, la inmoralidad de los beneficios, la avaricia de los propietarios privados y demás ha minado las verdaderas instituciones y cualidades, las costumbres y los valores exigidos para poner fin a las complacencias y dependencias de las décadas de la postguerra y producir los recursos necesarios para acudir en ayuda de los pobres.

Al centrarse más en los síntomas que en las causas de la pobreza, la Iglesia ha retrasado el proceso por el que la productividad y el aumento de la renta fluye desde los ricos a los grupos de rentas medias y de éstos a las clases pobres. El profesor Plant desearía, al igual que los profesores universitarios liberales, que este flujo se produjera con mayor rapidez, de modo que llegara a convertirse en una corriente impetuosa de riqueza hacia los de menor capacidad económica. Pero la Iglesia ha personificado una de las influencias, entre otras varias, que han refrenado este flujo hasta casi , paralizarlo, allí donde los pobres han dirigido sus miradas al Estado, cuyos recursos han sido desviados hacia los políticamente poderosos.

El obispo de Peterborough exponía penetrantes puntos de vista, basados en su conocimiento de la situación económica de los clérigos, que describían los valores y el fallo de la Iglesia. Muchos de sus miembros jóvenes centraban sus actividades en los barrios céntricos •donde encontraban gente que esperaba que alguien los atendiera•. La tarea era menos absorbente que en los suburbios, donde •la mitad de la población tenía estudios universitarios, hacían montones de preguntas y tienes que mantenerte muy alerta•. El sínodo de York presentó una moción sobre la vivienda de la que surgió un voto en favor de la abolición de la desgravación fiscal de los intereses hipotecarios. La mayoría de ellos, decía el obispo, no tenían que pagar estos intereses, o bien porque ya los habían reembolsado, o porque vivían en casas proporcionadas por la Iglesia. ¿Eran desinteresados? Los obispos educados en Eton, Sherborne, Marlborough y otros centros públicos «elitistas» se opusieron al restablecimiento gubernamental de la enseñanza secundaria de humanidades para los niños capacitados de la clase obrera: •Shirley Williams no destruía sus centros educativos: destruía los míos-(las cursivas en el original).

«La Iglesia», decía el obispo de la enseñanza secundaria humanista, •quedó tan atrapada en el consenso [de la postguerra] que ahora tenía una respuesta automática para cada problema. • Muchos de los dirigentes eclesiásticos de mayor edad vivieron sus experiencias religiosas fundamentales en los años 1950 y 1960, e iniciaron sus actividades pastorales •en

la época de las soluciones colectivistas•. Él esperaba más de los prelados más jóvenes.

El obispo de Peterborough ha seguido de cerca el análisis de la elección pública en el tema de las presiones sobre el gobierno. La Iglesia Anglicana debe evitar convertirse en una Iglesia de intereses creados y aspirar a ser una Iglesia de toda la nación. Sería fatal que cortejara a grupos de interés y rehuyera enfrentarse a ellos. La misión de la Iglesia consiste, en su opinión, en embarcarse en una década de evangelización de todo el país en vez de intentar alcanzar acuerdos con determinados grupos de presión. (En los capítulos finales se analiza la misión de una filosofía pública que enseñe las categorías del buen y del mal comportamiento político.)

Era un prelado que rechazaba las tentaciones de la política eclesiástica, que advertía claramente el peligro de someterse a grupos de presión dotados de gran capacidad de convicción, fueran cuales fueren sus inquietudes, y que se ponía confiadamente al servicio del propósito pastoral de enseñar la santidad de vida. La entrevista con Graham Tumer fue publicada el Domingo de Resurrección. En la introducción se decía, resumiendo las opiniones del obispo del no consenso: •Son muchos los clérigos de la Iglesia Anglicana que parecen sentirse más interesados por la sociología que por la Resurrección. • De ser esto verdad, indicaría que la Iglesia de Inglaterra ha condenado los valores del capitalismo sin conocerlos.

Es indudable que la incompreensión de la Iglesia Anglicana respecto a la génesis y los valores del sistema económico que produce riqueza y su insistencia en los síntomas de la pobreza y de las privaciones, pasando por alto sus causas, la han llevado a la errónea conclusión de estimular la irresponsabilidad política mediante una dispersión indiscriminada de los recursos escasos tanto entre los ricos como entre los pobres. Un par practicante, lord (Ralph) Harris, cuya inquebrantable fe cristiana se opuso a los falaces alegatos de los bancos episcopales de la Cámara de los Lores, se lanzó a una entristecida contracondena de los dirigentes espirituales de la Iglesia de Inglaterra por su aceptación de la herejía universal de la época, tal como se desprendía de las afirmaciones de los obispos de Durham y de Liverpool y de los compromisos asumidos por el arzobispo de Canterbury.¹⁰ Lord Harris contraponía el •agresivo, partidista y político-materialista manifiesto del arzobispo• (en el Informe eclesial Faith in the City) a unas declaraciones sobre el desempleo y la holgazanería del Gran Rabino y sus sobrios, realistas y refrescantes preceptos sobre la caridad privada, la familia y la participación comunitaria (voluntaria), la creación de riqueza (cosa distinta de su distribución) y, sobre todo, la ética del trabajo:

No existe ningún trabajo, por bajo que sea, que comprometa la dignidad humana y la autoestima•; ... la holgazanería es mayor mal que el desempleo, especialmente en un Estado de bienestar que mantiene a todos los ciudadanos por encima de los niveles de la subsistencia•;

« el trabajo, por mal pagado que esté, dignifica más que la limosna»;

« la laboriosidad genera más riqueza que los salarios más altos por jornadas laborales más reducidas».

Es evidente que lo que Tawney considera como el valor en que se apoya el capitalismo es la ética judía del trabajo¹¹ en la que se basa la ética protestante.¹²

Ninguna Iglesia parece estar a salvo de los buscadores de rentas, que desearían utilizar al Estado y su redistribución coercitiva como muleta permanente en vez de verla sólo como unos primeros auxilios contra la pobreza. Consideran que la propiedad pública es más moral que la privada, condenan las empresas personales como egoístas y confunden los motivos con los resultados. Y, sin embargo, las recientes investigaciones del economista argentino Alejandro Chafúen indican que los valores humanos de la sociedad armoniosa más tarde desarrollados por el capitalismo habían sido ya claramente percibidos por la Escolástica tardía precapitalista de los siglos XVI y XVII en España, más tarde transmitidos en los escritos del holandés Hugo Grocio, del alemán Samuel Pufendorf y de otros autores protestantes.¹³

Todos ellos dedicaron análisis singularmente penetrantes a los aspectos racionales de la propiedad privada y de las finanzas gubernamentales. Sus ideas sobre el comercio, su teoría del dinero, del valor, del precio, de los salarios, los beneficios, los intereses y la justicia social anticiparon algunos de los principios de los economistas clásicos. Distinguían nítidamente entre propiedad privada y propiedad pública (común). El más conocido de los escolásticos, Tomás de Aquino, afirmó: •La propiedad privada es necesaria para la vida humana ... primero porque las personas se preocupan más por una cosa cuando cae bajo su propia responsabilidad ... ; segundo, porque si todos tuvieran que ocuparse de todas las cosas se produciría el caos; tercero, porque los hombres viven juntos en mayor paz cuando cada cual está contento con lo que tiene ... mientras que son frecuentes las disputas entre personas que poseen las cosas en común ... •¹⁴

Los rusos que crearon las granjas colectivas con la esperanza de obtener así mayores rendimientos habrían hecho mejor si, volviendo la vista atrás, hubieran aprendido la lección que enseñaba, ya en 1594, Domingo Báñez, cuando afirmaba ser cosa sabida que no se cultivan con provecho los campos que son de propiedad común y que con esta propiedad no hay paz en la república, de suerte que lo mejor es proceder a dividir los bienes.¹⁵ El vallado de tierras comunes en Inglaterra bajo Enrique VIII aportó la demostración práctica, inimaginable para los obispos británicos de nuestros días, que todavía no han advertido que para conseguir la elevada productividad exigida para acudir en ayuda de los pobres se precisa un desplazamiento masivo desde la propiedad común (o socialista) a la prudente gestión de la propiedad privada (o capitalista).

Una lección parecida enseñaba en 1571 Tomás de Mercado cuando afirmaba que podemos ver con nuestros propios ojos cómo prosperan las propiedades privadas, mientras que las comunales están descuidadas y mal atendidas.¹⁶ Resulta empresa difícil querer citar a un clérigo contemporáneo que haya condenado el deterioro de las viviendas de protección oficial como un pecado del gobierno o que alabe los méritos de la buena gestión privada. Mercado añadía que el amor universal es incapaz de inducir al pueblo a tener cuidado de las cosas, mientras que sí puede hacer-lo el interés privado. Podrían haberse evitado muchas

simplezas socialistas, desde Marx en adelante, si sus seguidores hubieran puesto en práctica estas ideas; si la gente a la que descarriaron hubiera simplemente aplicado su experiencia personal a su existencia cotidiana.

Ya antes, en 1567, Domingo de Soto había escrito palabras que podrían haber ahorrado muchos inútiles esfuerzos a los yugoslavos entusiasmados por la autogestión. Según el teólogo español, todo trabajador tiende a apropiarse de los mayores bienes posibles y, dado el deseo natural de riquezas del ser humano, todos quieren tenerlas de igual manera. Y así, se subvierte inevitablemente aquella paz, tranquilidad y amistad que buscan los filósofos.¹⁷

Para fijar sus enseñanzas en un proverbio a menudo citado por la Escolástica tardía: •Asno de muchos lobos pronto es devorado. • No es mucho el respeto tributado por los animales a la propiedad pública. La creencia de que los lobos refrenarán sus instintos y concederán larga vida al asno cuenta con el apoyo, fascinante pero mitificante, de políticos románticos como Anthony Benn. Fueron los economistas liberales, no los clérigos, quienes enunciaron, hace 40 años, la desagradable verdad, enturbiada por los sentimientos: es la propiedad común la que convierte a los seres humanos en •lobos• poco caritativos. No se ha visto mucho respeto público hacia los ferrocarriles, los hospitales, las escuelas, los teléfonos, las viviendas, los parques, etc., de propiedad pública, porque las personas concretas no pueden identificar aquella millonésima parte que les corresponde. ¿Es el asiento en la sala de espera del hospital? ¿O las vendas de los armarios? ¿O la radio de la ambulancia? Si lo supieran, lo cuidarían como suyo. Pero no pueden saberlo ni, por tanto, hacerlo, porque todo es de propiedad común y nada pertenece a cada individuo en particular. Este fue otro de los grandes mitos de la clase media que engañó a millones de personas y las incitó a dar su voto a políticos que les privaban de una propiedad que ellos hubieran hecho florecer.

Mayor sabiduría mostraron los clérigos españoles de los siglos XVI y XVII. Ya en 1619, Pedro Fernando Navarrete había previsto la evolución del capitalismo de los siglos siguientes. En su opinión, •el origen de la pobreza estaba en los elevados impuestos. Ante el constante temor a las contribuciones elevadas, [los campesinos] prefieren abandonar sus tierras y evitar de este modo las aflicciones•. Respecto a los límites de las imposiciones elevadas, que •despluman• a los ricos, la curva de Laffer muestra que con tasas más bajas se consiguen mejores resultados, pues de lo contrario se produce una omnipresente evasión fiscal. •Quien impone tasas altas recibe muy poco. •Y en consecuencia con de la sentencia de Gladstone de que el dinero fructifica en el bolsillo de la gente y de la •exigencia• de préstamos pre-Lawson del sector público, el teólogo español pensaba que •el rey no será pobre si sus vasallos son ricos, porque las riquezas están mejor guardadas en las manos de los súbditos que en las arcas bajo tres llaves del Tesoro de la nación, que va a la bancarrota cada día•.¹⁸ Los líderes espirituales del siglo xx se han distanciado mucho de la sabiduría de los del siglo XVI porque viven en una sociedad politizada y se han dejado imbuir inconscientemente de su ética de la irresponsabilidad.

La politización de los valores

El debate sobre los valores se ha politizado desde que la compasión, la participación, la caridad y las •atenciones humanitarias• se trasladaron desde las opiniones personales y las organizaciones privadas al Estado de bienestar. A aquellos sentimientos humanitarios desarrollados bajo el capitalismo del siglo XIX se les ha inculcado la parcialidad política y el oportunismo. El debate no discurre ya entre académicos que buscan la verdad, sino entre políticos que buscan los votos. En la rebatiña, quienes sufren las consecuencias son los pobres.

Pudieron verse los valores instintivos de la Iglesia Anglicana en la impulsiva condena que lanzó el obispo de Stepney contra un político que había desarrollado una razonada refutación de la idea de pobreza como desigualdad. En mayo de 1989, John Moore, Secretario de Estado para los Servicios Sociales, argumentaba que la pobreza aludía a necesidades ab-solutas, no a posesiones relativas. Es pobre la gente que carece de los alimentos y de los recursos esenciales para una vida aceptable, no la que tiene menos cosas que sus vecinos. En su sentido absoluto, la pobreza ha desaparecido prácticamente en Gran Bretaña. En sentido relativo, siempre habrá pobres entre nosotros, pues se trata de un concepto con múltiples significados. La pobreza aún remanente no es producto de desigualdades sino de la mala utilización de las rentas, ya sean las obtenidas mediante el propio esfuerzo o aportadas por el Estado (pobreza primaria y pobreza secundaria). Esta pobreza remanente es debida a defectos de carácter que el dinero no puede eliminar o a que se asumen voluntariamente inferiores condiciones de vida.

No hay en lo dicho nada nuevo. La distinción entre pobreza absoluta y relativa fue ya discutida en los años 60 entre un trío de socialistas (Titmuss, Abel Smith y Townsend) y académicos liberales del IEA y de otros centros. El argumento de la adecuación de las rentas fue aducido por los liberales en las citadas fechas y se aceptó, en principio, que las prestaciones generalizadas del Estado de bienestar habían privado a los pobres de mayores ingresos y que deberían ser sustituidas por prestaciones selectivas, últimamente llamadas «objetivos».

Los dañinos efectos de las ayudas estatales sobre el carácter de las personas al debilitar la voluntad y la capacidad de autoayuda para salir de la pobreza han sido descritas con vigorosas pinceladas en los influyentes escritos del norteamericano Charles Murray, del Manhattan Institute de Washington.¹⁹ Murray ha subrayado la superioridad de las medidas adaptadas a las circunstancias individuales. Los principios generales de ayuda a los pobres están, en el capitalismo, a favor de la permanente importancia del dinero como el maestro en última instancia definitivo del juicio y el discernimiento para aprender a elegir las cosas y los servicios exigidos por la vida cotidiana y del desarrollo de la autoestima para el fortalecimiento del carácter. La causa principal de la incapacidad de muchas personas para enfrentarse a las oportunidades y los desafíos de la vida y hacer sus propias elecciones radica en la estructura misma de las prestaciones del Estado, que les ha privado de muchas de las ocasiones de actuar con su personal discernimiento en las alternativas de la educación, los

servicios médicos, la vivienda y las pensiones. Si son verdaderamente muchos los individuos incapaces de optar por sí mismos, la solución no consiste en aumentar más aún aquellas prestaciones, que exigen de todo esfuerzo a los padres, los pacientes, los inquilinos y los futuros pensionistas, atrofian la capacidad de juicio y debilitan los lazos de la familia al usurpar la función de los padres. Lo que se debe distribuir es aquella capacidad de discernimiento mediante el ejercicio directo de la autoridad a la hora de emplear, o no emplear, el poder de compra.

Más allá de la función positiva del Estado de dotar a todos los ciudadanos capaces de aprender a elegir del poder de ejercerlo, queda su misión, negativa, pero más fundamental, de eliminar los obstáculos. Todos los bienes que el Estado puede proporcionar están expuestos al peligro de las arbitrariedades y las distorsiones del proceso político. La función negativa de eliminación de los obstáculos es, por definición, menos vulnerable. En este campo, el recurso básico para reducir el sentimiento de pobreza inculcado por las bajas rentas sigue siendo la supresión de los impedimentos, en muy buena parte creados por el propio Estado (en virtud de las ayudas regionales, los subsidios a la vivienda y las prácticas sindicales), que impiden desplazarse desde ocupaciones, industrias y regiones de bajos salarios a otras donde son más elevados.

Las mentes guiadas por consideraciones políticas, tanto de la prensa como de la Iglesia, tacharon la exposición del ministro de carente de sensibilidad ante el evidente espectáculo de la pobreza todavía existente. La «compasión por los pobres» es una fórmula cómoda para aquietar las conciencias desasosegadas. De ella surgen propuestas para asistencias cada vez más amplias, pagadas con el dinero de otros contribuyentes. El plano moral de la Iglesia contemporánea no es más elevado que el de los seglares. En lugar de aquel sólido pensamiento de la Escolástica tardía por descubrir modos de aumentar la producción de riqueza de la que los pobres pudieron participar, sus declaraciones se centran esencialmente en su redistribución desde los afortunados a los desafortunados, prestando escasa atención a la idea de proporcionar a los pobres la capacidad de contribuir al aumento de esta riqueza, cooperando así, a la vez, al restablecimiento de su propia estima.

El obispo de Stepney reconocía que en la mayoría de los miserables bloques de viviendas municipales algunas familias tenían varios ingresos y •vivían muy confortablemente•, otras practicaban el pluriempleo (trabajando en la economía sumergida) o se habían convertido en •defraudadores profesionales del bienestar•. Concedía también que lobbies organizados de pobreza •pueden exagerar su situación•, cándida confesión que revela que los eclesiásticos han obtenido su información de fuentes sesgadas.²⁰ Ofrece también una pieza maestra de la tendencia natural de los lobbies a destacar enérgicamente los puntos fuertes de su argumentación y minimizar sus aspectos débiles. Pero, añadía el obispo, el ministro ha demostrado que ignora la verdad; y consideraba •gravemente insultante• la afirmación de que las clases inferiores de 1989 disfrutaban de una •prosperidad como nunca habrían soñado• los pobres de la época victoriana.

No dejaba de reconocer que la pobreza que había encontrado en el East End de Londres no se parecía a la descrita por Dickens, pero era, de todos modos, •absolutamente real: era la pobreza de la desesperación, del desaliento, de un vivir para ir tirando ... •. Su mayor inquietud consistía en que precisamente el ministro había conseguido hacer •invisible• la pobreza, de modo que •no se hará nada por ayudarlos•.

Lo que el prelado ofrecía, pues, a los pobres era, en primer lugar, ayu-da política, no medios para salir de la pobreza con sus propio esfuerzo. Clamaba por un aumento de la redistribución de los recursos disponibles, no por métodos para aumentarlos. Repetía los errores de la época, sin someterlos a un análisis personal. Aplicaba los paños calientes del socia-lismo, no la esperanza del capitalismo. Recurría a los valores de la dependencia política, no a los de la dignidad humana.

Salvar vidas en el capitalismo y en el socialismo

El sistema de mercado y el método racional capitalista son más humanos que los del socialismo, porque pueden salvar mayor número de vidas.

La mentalidad ajena al mercado se siente instintivamente estremecida ante los cálculos mercantiles. Los médicos, artistas y políticos habituados a las subvenciones de las arcas públicas viven en un mundo irreal, aislados de las necesidades del resto de los mortales, que tienen que calcular los costes, cada día y para cada una de las cosas que hacen.

Quiso el destino que, el año 1968, tuviera que someterme a una operación quirúrgica. El cirujano rompió una sutura y provocó lo que se llama una hemorragia postoperatoria. No había reservas del raro grupo sanguíneo que se precisaba. Al cabo de varias horas de búsqueda se dio con un donante, un conductor de autobús de Edgware. En muy poco tiempo se pudo conjurar una crisis. El episodio suscita toda una serie de preguntas para un economista.

¿Por qué aquella carencia de plasma? En el mercado que paga el precio adecuado siempre hay provisiones suficientes. Pero el sistema de donaciones voluntarias del Servicio Nacional de Transfusiones no utiliza todas las fuentes. Sólo aquellos -se afirma-que están dispuestos a dar su sangre merecen que otros les den la suya. Es una operación de cirugía 'estética de recorte de la nariz para embellecer el rostro nacional.

Así se afirmaba en un Hobart Paper redactado por dos economistas.²¹ Llegaban en él a la conclusión de que podía ser deseable pagar para conseguir el suplemento de reserva de plasma sanguíneo cuando es patente que no bastan las donaciones voluntarias. El Servicio Nacional de Transfusiones consigue de ordinario la cantidad suficiente para las necesidades normales, pero pueden surgir situaciones de escasez en los casos de gru-pos sanguíneos raros o en accidentes de tráfico múltiples.

¡Qué ultraje! Los sociólogos se vieron inmersos en un estado de conmoción aguda. El

profesor Titmuss escribió *The Gift Relationship* para enaltecer la superioridad de las donaciones sobre las ventas.²² Contó con el aplauso de los sociólogos (y del cirujano que rompió los puntos). Los economistas, en cambio, le criticaron por la endeblez de su argumentación. Pero, ¿qué decir acerca de los valores implicados en la donación y la venta de sangre? Dar sería lo civilizado y noble: vender lo mercantilizado y ofensivo.

Si es ésta la diferencia entre los valores socialistas y los capitalistas, resulta evidente la superioridad moral del capitalismo. En efecto, si el socialismo hace depender la vida de una persona del hecho de que haya que pagar por la sangre que puede salvarla, este socialismo es detestable.

El debate reaparece en el tema de la venta de órganos. Hay, sin duda, un sentimiento de repulsión frente a la idea de utilizar el cuerpo humano para obtener ganancias materiales. Parece aceptable la venta del cabello; pagar por la sangre es práctica común en algunos países. Pero resulta repugnante la idea de vender riñones u otros órganos del cuerpo. La reciente anécdota del turco a quien un médico británico persuadió que vendiera un riñón por 2.000 libras empujó a un político conservador a ponerse a la cabeza de un supuesto ejército de reprobación pública. Es la reacción rutinaria de los partidos políticos. ¿Se opondrían también los conservadores al pago incluso en el caso de que no hubiera donantes voluntarios para arrebatarse a la muerte cuantas vidas pudieran salvarse?

El dilema moral sigue en pie. ¿Son los valores de venta superiores al valor de salvar una vida? ¿No cuenta para nada la decisión individual: pagar o morir? ¿Debe prevalecer el valor en definitiva político— de la antipatía a la comercialización para comprar votos con gastos mínimos? ¿No hay nada que quede fuera y a salvo del proceso político? ¿Están de verdad protegiendo los políticos a un enfermo grave que puede salvarse comprando un riñón a quien puede vivir sólo con el otro? ¿Deben prohibirse las actividades o los azares que implican riesgo de la vida para quienes lo practican, tales como nadar, esquiar, volar o cruzar la calle? Y si hay personas concretas que desafían las reglas políticas establecidas con la aprobación de la supuesta mayoría, ¿debe castigarse a las minorías? ¿No está sujeto el proceso político a ninguna limitación?

La respuesta es que dado que el proceso político decreta más normas bajo el socialismo, insistirá más en el principio fijado por las mayorías que en las vidas de las minorías que podrían salvarse bajo el capitalismo.

La codicia en el capitalismo y en el socialismo

De los políticos en busca de poder es de esperar que utilicen un lenguaje vigoroso, frecuentes hipérboles, justa indignación y alusiones verbales. Pero a la hora de juzgar entre el capitalismo y el socialismo debe resistirse la tentación de las supergeneralizaciones a partir de unas circunstancias concretas. Es, en cambio, perfectamente comprensible la tentación de condenar un sistema económico a causa de los fracasos que cosecha un gobierno cuando

intenta aplicar sus principios.

Es sabido que muchos de los críticos del socialismo han echado las culpas de los fallos del sistema a los políticos socialistas. Pero la baja productividad, los conflictos laborales y otros defectos de los gobiernos de Wilson y Callaghan eran resultados inevitables de su corporativismo socialista. En cambio, las insuficiencias de los gobiernos Thatcher, tal como las contemplan sus críticos liberales, son remediabiles y no efectos inevitables del capitalismo.

No obstante, las críticas socialistas dan generalmente por hecho que los resultados supuestamente indeseables de lo que llaman •thatcherismo• son males esenciales del sistema capitalista. En una crítica combativa al thatcherismo, salida de la pluma del político laborista Gordon Brown, se subraya con especial energía, entre esta serie de males, el de la avaricia. De esta crítica afirma su editor que es •un relato informado y apasionado de las verdaderas consecuencias para Gran Bretaña de la era Thatcher-.²³

Los crímenes de que se acusa a los 10 años transcurridos desde 1979 fueron rechazados por los conservadores aduciendo causas políticas. Pero lo que los economistas liberales discuten es el razonamiento subyacente. El argumento esgrimido para sustituir el thatcherismo por el nuevo socialismo, tal como fue una vez más revisado en 1989 para incluir el mercado, suscita la cuestión de la fiabilidad de su instrumento político, el Partido Laborista. Algunos observadores conceden al arrepentimiento político su valor facial. Robert Harris afirmaba que se había producido •una revolución en la totalidad de la filosofía política [de los líderes socialistas]•.²⁴ Informaba que en la reunión del Comité Ejecutivo del 8 de mayo de 1989 los jefes del Partido Laborista habían llevado a cabo una revisión de alcance histórico. El viraje establecía que •el laborismo no debe dejarse inocular por el sistema capitalista. Es el sistema en que vivimos y tenemos que conseguir que actúe con mayor eficacia y que sea más justo•. Pero son los electores quienes han de juzgar si el capitalismo funcionará mejor con los laboristas que con los conservadores. Es una elección política que el Partido presenta a los votantes para decidir si el laborismo está ofreciendo en 1991- 1992 capitalismo o socialismo. Dado que bajo los laboristas el mercado estará dirigido por el Estado, será el proceso político el que determine cuánto mercado se usará, hasta qué punto será regulado por los funcionarios estatales, en qué industrias y lugares se le implantará. Por consiguiente, la opción básica para el electorado no se producirá entre el socialismo de mercado y la versión conservadora de la economía de mercado, sino entre capitalismo y socialismo.

Para un observador independiente, más interesado en el razonamiento económico que en las expectativas políticas, el libro del señor Brown resulta ser una recusación muy pormenorizada de las medidas adoptadas durante los 10 años de gobiernos de la señora Thatcher. Pero en cuanto recusación del sistema capitalista presenta tres fallos.

Primero, el señor Brown no demostró que las deficiencias políticas fueran secuelas inevitables del capitalismo. «Codicia» es un epíteto gráfico en los debates entre los partidos

políticos. Pero es un concepto discutible para describir los efectos económicos de los programas conservadores. Estos programas han creado o reforzado cuatro tipos fundamentales de oportunidades para las personas concretas: ganar un salario, tener propiedades, hacer ahorros y, por consiguiente, dar al pueblo causas o principios. Si a estas realidades, que presionan hacia la mejora y el progreso personal mediante el propio esfuerzo, debe aplicárseles la denominación de «codicia», se trata en todo caso de aquella presión de que hablaba Adam Smith que impele a todos los seres humanos a •mejorar su situación•. Brown empleaba esta fuerte palabra de •codicia• no sólo en su sentido político, para sugerir el egoísmo, que es una motivación esencial de la especie humana en todos los sistemas económicos, tanto socialistas como capitalistas, sino también en el sentido, más ofensivo, de avaricia, rapacidad y glotonería. Pero aquí surgen dos objeciones.

El progreso personal es la motivación humana que los países comunistas han descubierto que deben liberar si quieren conseguir aquel aumento de productividad de que carecen. Pero, ¿cuántas cosas más tiene que rememorar la mentalidad socialista? En los primeros días de 1989, el ex-celente periodista socialista John Lloyd, cuyas verdades como puños eran aceptadas por los mismos periódicos de izquierdas que las rechazaban cuando procedían de economistas liberales, escribía desde Moscú, donde era corresponsal del Financia/ Times, en la revista mensual británica Samizdat, editada por el profesor Ben Pimlott: •El descubrimiento, que ahora comienza a hacerse a lentos pasos, [es] ... que ... la Unión Soviética ... no puede competir con los países capitalistas avanzados ni siquiera en el campo de los servicios sociales ... •²⁵ Tal vez el socialismo disponga de palabras más sublimes para denominar el impulso que empuja a todas las personas a mejorar su situación. Pero el instrumento es el mismo en todas partes. El capitalismo supo desde hace ya mucho tiempo que la tendencia a la propiedad era moralmente satisfactoria y económicamente eficaz. La URSS tendría que acabar por descubrir que los arrendamientos no bastan. La gente necesita propiedades.

Segundo, mientras que la tendencia hacia el progreso y la mejora personal se expresa en el capitalismo a través de los salarios, la propiedad y el ahorro, son más discutibles las formas que presenta bajo el socialismo. El impulso a la propiedad privada en el capitalismo es benigno comparado con el impulso al poder en el universo socialista. El camino hacia el progreso y la mejora es, en el capitalismo, la propiedad; en el socialismo, donde el progreso no se puede traducir en propiedad, se manifiesta a través del poder. Es fuerte, en los dos sistemas, el deseo de mejora individual, pero su expresión es más peligrosa en el sistema socialista.

Los socialistas han olvidado la sabiduría de los economistas y escritores ingleses clásicos, que conocieron la naturaleza humana mejor que Marx o Engels, que Bryan Gould o Roy Hattersley, que Neil Kinnock o Gordon Brown. •Hay pocas cosas•, decía en 1775 Samuel Johnson, •a las que un hombre pueda dedicarse con mayor honradez que a ganar dinero.

«... el dinero es el mejor amigo que un hombre puede tener•», hace decir, en 1864, Anthony Trollope al doctor Croft en *The Small House at Allington*, •Si ha sido adquirido por medios honrados.»

Afloran aquí dos valores victorianos: primero, el dinero, preferible al poder; segundo, la honradez como la mejor política a largo plazo. Las estructuras de poder del socialismo cortaron el paso a los dos. El socialismo antepone el poder coercitivo al relativamente inocuo poder del dinero. El poder político crea mayores círculos de corrupción en el ámbito de la gestión de las industrias monopolistas. El socialismo ha conseguido, además, apoyos a base de predicar la envidia del poder político; el progreso personal procede, en el capitalismo, de la emulación económica.

El segundo fallo de la crítica de Gordon Brown a la codicia es que, incluso en el caso de que todos sus ataques al capitalismo capitaneado por la señora Thatcher estuvieran bien fundamentados, esto no significaría un alegato definitivo en favor del socialismo. Para dar un paso adelante en pro de la causa socialista sería necesaria una demostración convincente de que el control estatal de la economía suscitara menos objeciones que el mercado del capitalismo. Pero el señor Brown no ha acometido esta tarea.

Tercero, los críticos del mercado no tienen ojos para ver los defectos clásicos de la mentalidad socialista. Los socialistas han acabado por admitir que el mercado es indispensable. Pero si han sido tan ciegos que durante más de un siglo, hasta 1989, no han sabido verlo, inspira poca confianza su tardía confesión de ahora, que tal vez no sea sino una táctica política, y no lo que el señor Harris califica de •revolución de la filosofía política•. No hay a favor de esta afirmación ni argumentos teóricos ni pruebas prácticas. ¿Dónde pueden demostrar los socialistas que han utilizado el mercado mejor que los capitalistas para producir los bienes deseados por los ciudadanos? Todos podemos ver que donde se ha intentado, como en la antigua URSS y en China, han surgido agitaciones, torpezas y amenazas de guerra civil.

En Gran Bretaña, los escritos de los políticos y de los académicos socialistas no han realizado satisfactoriamente, hasta ahora, la tarea de presentar el mecanismo ca paz de garantizar el dominio de los consumidores sobre los productores en el mercado y sobre la clase política en el proceso político. Esta exigencia, cumplida por el capitalismo tal como ha existido, y que podría haber cumplido aún mejor tal como podía haber sido, es algo que, hasta el momento actual, los socialistas británicos en todos los partidos, en el seno de la burocracia, entre los controladores, en las Administraciones locales y en cualquier otra parte:- ni han aceptado ni, en general, han entendido.

Los valores del mercado

En virtud de la precedente discusión, puede ya cristalizarse en los siguientes puntos la superioridad de los valores del capitalismo sobre el socialismo.

1 Los valores del mercado son superiores a los del proceso político porque permiten a los ciudadanos expresar sus puntos de vista, sus preferencias, sentimientos, prevenciones, lo que les gusta o les desagrada como personas concretas, sin necesidad de tener que pasar por el filtro político de la aprobación de la mayoría (o de la minoría mayoritaria).

2 El respeto a cada persona única y concreta es la base de la vida moral. No es moral el comportamiento de un individuo que hace el bien sólo porque le fuerza a ello la ley.

3 Las personas sólo aprenden cuando viven como mejor saben y cometiendo sus propios errores. La tutela política, aunque esté animada por las mejores intenciones, puede destruir el proceso de aprendizaje.

4 Incluso cuando los individuos no pueden aprender ya nada de sus errores, porque sus efectos les han resultado definitivos y fatales, su experiencia puede servir de enseñanza a otros. Un hombre que muere en el intento de escalar el Everest, al experimentar un nuevo medicamento, o al pilotar un prototipo de avión militar, puede proporcionar el beneficio de nuevos conocimientos a otras personas.

5 La propiedad privada es la exigencia indispensable para que las personas concretas aprendan a ser responsables, porque se benefician de los éxitos y sufren las consecuencias de los fracasos.

6 Debe ponerse en marcha el mecanismo de la actividad privada en beneficio de las personas en cuanto consumidores por encima de su interés como productores. Sólo el mercado bajo el capitalismo, no bajo el socialismo, puede llevar a cabo esta misión.

7 La competencia es esencial si se desea que los consumidores estén capacitados para comparar y contrastar alternativas. Bajo el socialismo hay un solo proveedor, que excluye toda comparación y no puede reclamar, por tanto, ninguna superioridad. Nadie puede saber si un monopolio, estatal o privado, ofrece lo mejor posible, dado que es la única fuente.

8 La descentralización y dispersión del poder político es la condición necesaria para la libertad económica en el uso de recursos escasos.

9 Dado que el gobierno es intrínsecamente ineficaz para alcanzar los objetivos, proporciona por sí mismo el beneficio de la duda. Se pasa de la raya cuando esto resulta políticamente más fácil que quedarse corto, y se queda corto cuando es políticamente más fácil que pasarse de la raya. Tiende a sobrerregular la industria porque los riesgos de una infrarregulación (tanto en las atenciones médicas como en los servicios financieros) son más perceptibles, pero se atiende mejor al bien público con la infrarregulación, porque permite múltiples alternativas. Tiende a la hiperfiscalidad encubierta siempre que es posible, porque goza de mayor popularidad la reducción que el aumento de los impuestos, pero el interés público prefiere la infrafiscalidad. Tiende a aumentar subrepticamente sus poderes, porque es más fácil suavizarlos que expandirlos, pero se sirve mejor al bien público con demasiado poco gobierno que con gobierno excesivo. El mercado es superior al proceso político porque tiende al infragobierno y actúa con gobiernos mínimos.

10 La vida comunitaria voluntaria que emerge de una sociedad capitalista dominada por el mercado es preferible a la vida comunitaria forzada que surge de una sociedad socialista en la que se ha suprimido el mercado.

Notas

- 1 Friedrich Hayek, «Why I am nota conservative», en *The Constitution of Liberty*, Routledge, 1960. [Trad. española: *Los fundamentos de la libertad*; Unión Editorial, 5.1 ed. 1992.)
- 2 John Vincent, «Is the Prime Minister a philistine?», *Daily Telegraph*, 4 de mayo de 1989, p. 18.
- 3 Terry Hands, «Wanted: a dramatic vision to avert a cultural-deficit», *Datly Telegraph*, 8 de mayo de 1989, p. 16.
- 4 John Myerscough, *the Economic Importance of the Arts in Britain*, Policy Studies Institute, 1988.
- 5 Geoffrey Goodman, «Taking che long view-», *The Times*, 10 de mayo de 1989, p. 34.
- 6 Ibidem.
- 7 Robert Harris, *Sunday Times*, mayo de 1989.
- 8 Carta del obispo de Gloucester a la Primera Ministra, 27 de mayo de 1988.
- 9 Graham Turner, «Why no gospel for the better-off?», *Sunday Telegraph*, 26 de marzo de 1989, p. 15.
- 10 Ralph Harris, *Beyond the Welf are State*, Institute of Economic Affairs, 1988. [Hay traducción española de Ana Robles Fraga, *Más allá del Estado de. bienestar*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1989.)
- 11 Ibidem
- 12 R.H.Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, 1926.
- 13 Alejandro A. Chafúen, *Christians for Freedom: Late Scholastic Econotnics*, Ignatius Press, 1986. [Trad. española en Rialp, 1990.]
- 14 Santo Tomás de Aquino, en *ibidem*, p. 12.
- 15 Domingo Báñez, en *ibidem*, p. 11.
- 16 Tomás de Mercado, en *ibidem*, p. 11.
- 17 Domingo de Soto, en *ibidem*, p. 11.
- 18 Pero Fernando Navarrete, en *Ibidem*, p. 12.
- 19 Charles Murray, *Losing Ground: AInerican Social Policy 1950-1980*, Basic Books, 1984; In *Persuit of Happiliess and Good Governtnent*, Simon & Schuster, 1989.
- 20 Maurice Weaver, «East End bishop's world ofwant», *Daily Télegraph*, 15 de mayo de 1989, p. 5.
- 21 Michael Cooper y A.J. Culyer, *The Price of Blood*, 1968.
- 22 R.M. Titmuss, *the Gift Relationship*, Allen & Unwin, 1970.
- 23 Gordon Brown, *Where 1ñere is Greed: Margaret Thatcher and the Betrayal of Britain's Future*, Mainstream, 1989.
- 24 Robert Harris, *Sunday Times*, 14 de Mayo de 1989, p. B3.
- 25 John Loyd, «Where politics precede law», *Samizdat*, enero-febrero de 1989, p. 24.La introducción rezaba: «Confiemos en la glasnost. Pero no seamos ingenuos ni respecto al presente ni sobre el pasado.»

Capítulo XIII

EL VEREDICTO

A la luz de las pruebas empíricas, y vistos los valores que apoya la mayoría de los pueblos del mundo en nuestros días, parece más razonable una elección a favor del capitalismo.

Profesor PETER BERGER
The Capitalist Revolution

Los escritores políticos han fijado la máxima de que al idear un sistema de gobierno y establecer las diversas comprobaciones y controles de la constitución, puede pensarse que todo ciudadano es un bribón, que no persigue, en todas sus acciones, otro objetivo que no sea su interés personal. (El subrayado en el original.)

DAVID HUME
Of the independency of Parliamentary
Essays Moral, Political and Literary

Al leer mi periódico veo que el gobierno de Alemania Oriental ha perdido la confianza del pueblo. Yo les sugiero que disuelvan al pueblo y que procedan a la elección de otro nuevo. [Tras la sublevación de Berlín en 1953.]

BERTOLT BRECHT
Brecht on Brecht

... era cada vez más numerosa la gente que acumulaba riqueza ... en ahorros a través de Mutualidades, en la Caja Postal de Ahorros, la Caja de Ahorros, en pólizas de seguros de vida, en casas - propiedades privadas que ofrecen mayor seguridad que el Estado ...

A la vista de los razonamientos económicos y de las pruebas históricas, el veredicto es que el proceso político, bajo todos los sistemas, está negando a los pueblos del mundo su auténtico legado de paz, libertad y prosperidad. Y dado que el capitalismo está menos dominado por la política que el socialismo, porque se apoya esencialmente en el mercado, se deduce que es el mejor sistema político-económico.

La responsabilidad del mercado y la irresponsabilidad de la política

Las enseñanzas de las mentes socialistas sobre la necesidad o la conveniencia de la política han trastocado la verdad. El profesor Crick escribió *In Defense of Politics*. El profesor Marquand, en *The Unprincipled Society*, habría deseado que la sociedad estuviera dominada por el proceso político. Shirley Williams dio a su obra el título de *Politics is for People*. Pero ninguno de estos escritos cuenta con el apoyo de los razonamientos teóricos o de las pruebas empíricas. Ello no obstante, se mantiene imperturbable la adoración tributada a la política. La política, tal como se ha venido desarrollando hasta ahora, actúa, en conjunto, en contra del pueblo y a favor de los políticos. Tal vez los defensores de la política logren construir un día un sistema de gobierno que refleje fielmente la voluntad popular, aunque es más probable que los mecanismos pertinentes procedan de los estudiosos del gobierno conscientes de sus peligros que de los Crick-Marquands-Williams entusiasmados por la política como estilo de vida para todos. Los autores de *Primer on Public Choice* pretenden señalar los medios que podrían emplearse para limitar, disciplinar y conseguir que el gobierno se someta y esté al servicio de la voluntad general en vez de dominarla. E incluso entonces, la Administración debería limitarse al desempeño de las funciones imprescindibles, porque no puede competir con el mercado en la defensa de los ciudadanos comunes.

El principio propugnado en este libro es que, dado que las personas corrientes se desenvuelven mejor en el mercado tal como podría ser que en el proceso político, el primero tiene que ser mejor que el segundo. En la medida de lo posible, el mercado debe ser independiente del proceso político, no estar sujeto a él. El objetivo debe consistir en sacar a las acciones humanas fuera del ámbito de la política.

El capitalismo asigna al proceso político menos campo de juego que el socialismo a la hora de regular las actividades de las personas. Pero de hecho, en todas las naciones, incluida Suiza, que es la menos politizada, se le han hecho demasiadas concesiones al proceso político, al permitirle invadir -más allá del ámbito de las funciones colectivas insustituibles- la esfera de la vida privada.

Una de las características del proceso del mercado es que induce a los individuos a actuar del mejor modo posible, mientras que el proceso político les empuja de ordinario hacia el peor. El mercado impulsa a hacer compras responsables, a través de la información sobre los costes de las alternativas para el comprador y sobre los costes de oportunidad de los recursos considerados en su conjunto. La motivación política incita a decisiones irresponsables: se fomenta la irresponsabilidad ante las urnas, porque se ignoran los costes (o los beneficios) de las políticas respaldadas por los votos; y se genera esta misma irresponsabilidad en las asambleas legislativas en virtud de cálculos miopes guiados por las fechas de las próximas elecciones.

El mercado es el lugar de la reflexión, de la ponderación y del pensamiento puesto en los demás: en la familia, los amigos, las causas. Las urnas son el lugar de las decisiones apresuradas, basadas en eslóganes simplistas que más enturbian que aclaran las políticas de

los partidos, en las presuntas cualidades personales de los candidatos o en incidentes pasajeros, prestamente olvidados, incluso antes de que los electos comiencen a legislar. Las compras hechas en el mercado son modelos de elección atenta y reflexiva, basada en informaciones, en claro contraste con los votos impulsivos otorgados en junio de 1989, en las elecciones al Parlamento de Estrasburgo, a los Verdes, cuya oposición al progreso económico (mal llamado •crecimiento•) no tenía en cuenta los costes para los pobres, los enfermos, los cojos y los ciegos.

El punto de vista de los Verdes, según el cual las restricciones estatales al crecimiento económico para salvar el medio ambiente no serían coactivas, porque se ha registrado un cambio en la opinión pública sobre estos temas, no pasa de ser simple conjetura, como la de Marx, que más rehúye que resuelve el dilema humano en situaciones de escasez permanente. Básicamente, la filosofía de los Verdes es en el mejor de los casos paternalista y en el peor— elitista, autoritaria y poco diferente del enfoque característico de las clases medias socialistas, que pretenden hacer frente a la escasez con la coacción.

La idea de que la protección del medio ambiente está necesariamente mejor asegurada en manos del gobierno y de sus imperativos políticos es el característico non sequitur de la respuesta colectivista cuando parece presentarse un nuevo problema. Se ignoran aquí las realidades de la política práctica: su sujeción a las presiones, su inquietud ante la reacción de los votantes en las próximas elecciones, su indecisión burocrática. La concepción de que el gobierno tendrá una visión a largo plazo más responsable para la gestión de los recursos naturales no renovables que la desarrollada por sus propietarios privados choca frontalmente con las lecciones de la experiencia. El proceso político está plagado de la terminología del corto plazo. La mentalidad socialista está obnubilada por los fallos del mercado y olvida, o no se siente perturbada, por los fallos del gobierno. Aún no se ha comprendido bien toda la potencialidad encerrada en la ampliación de los derechos de propiedad privada—sobre los fondos marinos y la atmósfera, sobre la tierra y sus recursos naturales, su flora y su fauna—para garantizar eficazmente su preservación y conservación y anticiparse, por tanto, al deterioro o la destrucción de las cualidades deseables de la naturaleza. Y ello es así porque los propietarios privados tienen incentivos más sólidos y seguros que las precarias reacciones de la Administración frente a los desastres naturales o las protestas públicas. Se ha ignorado asimismo la solución consistente en ampliar los estímulos del mercado bajo la forma de cargas propuesta en los primeros años 70 por el profesor Wilfred Beckerman.² Raymond Plant insistía en estas dos soluciones, en lugar de la propiedad estatal propugnada por los socialistas y los votantes del Partido Verde, que no advertían, al parecer, que uno de los resultados de su propuesta sería una considerable expansión de los poderes del Estado.³ Más discutible aún es su tercera solución, es decir, la regulación estatal. Las normas de la Administración están expuestas—no menos aquí que en los restantes campos a los abusos y corruptelas de la política. Una cosa es cierta: que no debe correrse el riesgo de acudir a remedios políticos antes de haber agotado las soluciones de mercado. Y dado que hasta ahora apenas se han tomado en consideración las soluciones basadas en la ampliación de los

derechos de propiedad privada y en la imposición de cargas, queda todavía un largo camino por recorrer antes de otorgar más poderes al Estado, con peligro de que caiga en la tentación de usarlos mal.

Se ha venido ocultando durante demasiado tiempo la negligencia con que han abordado los gobiernos, también, y no en menor grado, los de los países socialistas, los problemas de la protección medioambiental. En las sociedades capitalistas todo el mundo ha oído hablar, merced a la gran difusión de las publicaciones de los Amigos de la Tierra, de la explotación comercial o de la lluvia ácida de los bosques, de la contaminación del aire y del agua, de los peligros de la energía nuclear y de los residuos tóxicos. Es, en cambio, muy poco lo que se sabe sobre la degradación medioambiental en las economías cerradas de los países socialistas. Al igual que las calamidades provocadas en el aire y la tierra por los transportes de las economías estatales, también ha sido un libro cerrado la pertinaz negligencia respecto al reino mineral y animal.

Gracias a la glasnost soviética implantada en tomo al año 1985, se ha alzado un tanto el telón prohibido. Pero todavía son muchos los datos que se ignoran sobre el alcance real de los desastres. Los escasos incidentes cautelosamente revelados en los últimos años son sólo la parte visible del iceberg de la ecología comunista. Zan Smiley describía en *The Daily Telegraph* la degradación del mar (interior) de Aral.⁴ El desastre de la contaminación, con la secuencia de una enorme difusión de enfermedades en la población del entorno, que afectaba a cinco de cada seis niños, ha sido provocado, afirmaba *Socialist Industry*, diario del Comité Central del Partido Comunista, •por la codiciosa miopía de los burócratas y de los planificadores económicos•. •La falta de cohesión• entre Gosplan (Ministerio de Planificación) y Gosstab (Ministerio de Abastos) y •los abusos• han producido •una zona de desastre ecológico•. Antes de Gorbachov, simplemente se habría negado, ocultado o atribuido a otros —como ocurrió con la catástrofe de Chernobill degradación medioambiental provocada por la planificación socialista. Hoy día, aún no sabemos hasta qué punto también esta materia sigue siendo un libro cerrado.

El remedio para los fallos del mercado en los temas medioambientales es perfeccionar el mercado, no aumentar más aún la influencia de los políticos. Se consiguen notables mejorías en los mercados cuando se internalizan los daños externos, por ejemplo, eliminando por etapas los aerosoles que destruyen el ozono, o definiendo con mayor precisión los derechos de propiedad para identificar a los propietarios, fijar responsabilidades, recompensar las gestiones acertadas y penalizar las conductas negligentes. El proceso político sacaría a relucir, en cambio, su característica e inevitable incompetencia, su procrastinación errática, su búsqueda de cargos y su corrupción. En resumen, la solución es más capitalismo y menos socialismo. En el capitalismo, consumidores e inversores pueden dar la espalda a las industrias que dañan el medio ambiente. En el socialismo, estas decisiones son usurpadas por los planificadores políticos.

El proceso político no conoce barreras. Es un ingrediente inevitable de la sociedad civilizada, pero ha llegado a convertirse en dueño más que en servidor del pueblo.

Entre sus características esenciales figura la afirmación de que se basa en los principios del buen gobierno, acrisolados a través de los tiempos por las mejores mentes, desde John Locke, David Hume y Adam Smith en Gran Bretaña hasta Thomas Jefferson, Alexander Hamilton y James Madison en Estados Unidos, Alexis de Tocqueville en Francia o Wilhelm von Humboldt en Alemania. La elección entre los principios alternativos -básicamente, en el horizonte de este libro, entre el libertario y el autoritario- que han de controlar los poderes y la conducta de la Administración exige una cuidadosa ponderación por parte de los ciudadanos a quienes la democracia ha hecho potencialmente, pero no todavía de hecho, soberanos.

Con todo, la política, tal como es cultivada en nuestros días, se desacredita a sí misma, incluso allí donde es indispensable. Sus fallos son tales que degradan aquella visión de una sociedad democrática descrita en las memorables palabras de Lincoln que han alimentado las esperanzas de los oprimidos del mundo comunista (donde no ha •desaparecido• el gobier-no del, por y para el pueblo por la sencilla razón de que nunca ha existido). Lincoln confiaba en que el sacrificio de los hombres caídos en Gettysburg en 1863 serviría de inspiración y ejemplo a las generaciones futuras. Pero el comportamiento de millones de personas en el proceso político es una burla a los muertos de Gettysburg y de cuantos, en nuestro siglo, se enfrentaron a las tiranías de Stalin, Hitler o Mussolini. Y es un mofa también a la réplica en escayola de la Estatua de la Libertad erigida por los estudiantes de Beijing en la comunista plaza de Tiananmen, antes de caer asesinados.

En las elecciones europeas, el Partido de Caza y Pesca de Francia obtuvo el 2,5 por 100 de los votos emitidos. En Gran Bretaña, consiguieron miles de votos el Partido Locos de Atar, el Partido Humanista, el Partido de la Reforma Protestante y el Partido Corrector. En algunos de los 12 países de la Comunidad sólo se ha dignado votar la mitad del electorado. Y la mitad de los que votaron no sabían por quién lo hacían; desconocían los programas de los candidatos, los resultados de sus políticas, sus costes y beneficios. Son millones los ciudadanos que tratan con desdén o que ignoran olímpicamente el proceso político. En el mercado, en cambio, todos los votantes emplean cada una de sus libras con infinita mayor ponderación, conocimiento y responsabilidad.

Los partidos políticos, apoyados en votos procedentes en muy buena parte de electores para el Parlamento Europeo desinformados, engañados o confiados, tomarán durante años, en un ámbito por ahora pequeño, pero que irá en aumento, decisiones que afectan a la vida de todos y cada uno de los ciudadanos de los 12 países de la Comunidad Económica Europea (CEE), mediante amplias minorías o mayorías que cambiarán con los caprichos de los métodos electorales, desde los sistemas mayoritarios hasta las múltiples combinaciones de la representación proporcional.

El proceso político crea una dicotomía Jekyll/Hide en la conducta humana. Transforma a las personas que compran en el mercado con escrupulosa conciencia en cínicos aficionados ante las urnas. Los millones de ciudadanos que no votan no sienten probablemente el menor interés por los principios, las normas y las medidas o, si lo tienen, han dicho mil pestes de ellos; en el refugio de sus casas. Y entre los millones que votan, son pocos los que se afanan por comprender y comparar las alternativas insertas en los principios que se les ofrecen.

Y, con todo, es perfectamente comprensible la conducta de quienes no quieren perder tiempo, trabajo y dinero para emitir un voto que tendrá una repercusión infinitesimal en los resultados de los candidatos electos y en las medidas políticas y los principios para los que se ha construido la vasta maquinaria electoral. Esta es la hipótesis del •votante racional• a que se refería uno de los más destacados pioneros de la economía de la política, el norteamericano Anthony Downs.⁵ Aquí está el auténtico talón de Aquiles del proceso político. Los ciudadanos, afirman los socialistas, deben convertirse en soberanos mediante su participación y su responsabilidad, aclamadas como las virtudes cardinales de la política. Pero son escasos los incentivos que presentan a los ciudadanos para inducirlos a utilizar el instrumento de su soberanía. En todo caso, su eficacia es casi nula, comparada con la capacidad de mando, disciplina y rechazo de que disponen (simplemente no utilizando su poder de compra) frente a una oferta poco satisfactoria en el mercado. El proceso político se asienta sobre arenas movedizas si se le hace depender del vago sentimiento de que los individuos influyen con su voto en el resultado de las elecciones y en las cuestiones fundamentales de la guerra o la paz, de la prosperidad o la penuria, de la libertad o la esclavitud. La mayoría de las actividades de la Administración podrían ser mejor realizadas en el mercado, pero el gobierno rehúsa ceder las funciones en que ha fracasado.

Si se quiere que los niños europeos de Gran Bretaña, Francia o Alemania, los italianos, belgas, holandeses, irlandeses, luxemburgueses y daneses, los españoles, portugueses y griegos adquieran la capacidad de cultivar conductas responsables, la llamada ciudadanía activa movilizadora por los políticos para hacer aceptable su profesión, el modelo a seguir es el proceso de mercado, no el proceso político.

Cuando los politólogos proclaman que la política sirve para la defensa (Crick), o que debería prevalecer sobre el mercado (Marquand), o que está al servicio del pueblo (Williams), estas afirmaciones no se apoyan en sólidos argumentos y están, además, refutadas por la experiencia.

La clase política asegura que la solución consiste en que todos los hombres y mujeres cultiven la política -ciudadanos activos o políticos a tiempo parcial-, pero esto no pasa de ser mera autodefensa: lanzan la idea con el mensaje subconsciente de que son ellos los verdaderamente entendidos, los que acabarán por imponerse, porque no todo el mundo puede ser un excelente político, muchos rehuirán la tarea y la mayoría preferirá dedicarse -por su propio bien y el de su país- a sus actividades profesionales extra políticas. Ésta es la racionalización post hoc con que los políticos justifican su remuneradora y gratificante profesión. No es una afirmación más enriquecedora ni más realista que la aseveración del lingüista de que todo el mundo debería saber varias lenguas extranjeras, la del deportista de que todos los ciudadanos deberían sobresalir en los deportes o de la prima donna de la ópera de que todas las personas deberían aprender canto. Todos ellos saben que no todos pueden: su superioridad queda a salvo. Adam Smith, que alababa la división del trabajo, se habría quedado mudo de asombro si hubiera visto que la posteridad no acertaba a comprender que es justamente esta división la fuente del bienestar universal.

El mercado es el lugar en el que los proveedores de bienes y servicios compiten entre sí

ofreciendo artículos que los compradores pueden comparar, probar, ponderar y rechazar, y ello cada día, cada semana, cada mes, año tras año. La política es el ruedo en el que la competencia se libra entre las declaraciones y las solemnes proclamas de eficiencia, justicia, honradez y fidelidad de los dirigentes políticos, a quienes, por lo demás, no se les pueden pedir cuentas, porque no se pueden predecir, identificar ni prácticamente cuantificar los resultados de sus programas. Los oferentes del mercado muestran sus precios. Los políticos no tienen precios que mostrar. Del César dice Shakespeare:

El mal que los hombres hacen vive después de ellos.
El bien es a menudo enterrado con sus cuerpos.

El mal causado por los hombres de negocios es denunciado a bombo y platillo ya en el curso mismo de su existencia; el bien que producen enriquece a las generaciones futuras mucho más allá de su muerte. Por el bien que hacen, reciben los políticos aclamaciones en vida; el mal es olvidado en sus libros de memorias y a menudo también en los informes de sus contemporáneos.

Abundan los ejemplos en las últimas décadas. Son pocos los que recuerdan los ingenuos errores de los hombres en el poder que desearon hacer el bien. Clement Attlee estuvo, en la época de postguerra, hace ya 40 años, al frente de la instauración del Estado de bienestar que le ha sobrevivido y puede prolongarse por otros 40, a pesar de los ininterrumpidos avances en las rentas y de los cambios tecnológicos que lo convierten en anacrónico. Harold Macmillan embarulló el arte de gobernar británico al insistir, en la reedición de 1966 de su libro *The Middle Way*, aparecido por vez primera en los años 30, en una idea que confirmaba la confusión: en ella se mezclaban, en efecto, capitalismo y socialismo para producir el hijo bastardo del corporativismo.⁶ Harold Wilson reforzó el poder de los sindicatos, que volvió a retroceder bajo su poco afortunado sucesor. Edward Heath tuvo que hacer frente a la devastadora inflación de 1974-1975. Todos ellos, y otros antes que ellos, intentaron hacer el bien, pero provocaron el mal y todavía hoy día estamos sufriendo las consecuencias. Lloyd George introdujo prematuramente la Seguridad Social; Benjamin Disraeli reforzó el poder de los sindicatos para ganarse el voto de los obreros; lord North perdió las colonias americanas. Entre los ministros de segundo rango han sido legión el número de los que intentaron el bien, pero dejaron tras de sí un legado de desdichas. Se comprende que tomaran medidas a corto plazo para acudir a las urgencias del momento, pero somos nosotros quienes 20, 50, 100 o 200 años más tarde tenemos que pechar con los resultados.

En el mercado, los vendedores proporcionan información, explícita o implícitamente, porque permiten comprobar la calidad de sus mercancías. En política, ciegos bienintencionados guían a inocentes ciegos.

Cuando la gente puede actuar en el mercado sin dejarse deslumbrar por los mecanismos arbitrarios y los llamamientos idiosincrásicos de los políticos, su veredicto es que el capitalismo es superior al socialismo, porque recurre menos al proceso político. Sienten como

por instinto esta diferencia: tal vez la autotitulada clase política democrática les induzca a votar al socialismo bajo alguno de sus diferentes nombres, pero en su vida cotidiana como compradores, vendedores y consumidores dan claro testimonio de que prefieren la superior democracia económica del capitalismo. Hacen mal uso de su voto desinformado y descuidado (y de sus respuestas a las encuestas de opinión), pero se salvan a sí mismos y salvan a sus familias gracias a la atención que ponen en el mercado.

La superioridad del capitalismo

Hay un triple veredicto a favor del capitalismo.

Primero, el capitalismo es el método de organización de la cooperación humana para la producción más efectivo que el mundo ha conocido hasta ahora, tal vez tres o incluso cuatro veces más eficaz que el socialismo.

Segundo, el capitalismo es el único orden económico conocido por el hombre capaz de combinar la alta productividad con la libertad individual para la elección de profesión, familia, género de vida, asociaciones voluntarias para actividades sociales, artísticas o culturales o sistema político.

Tercero, el bloque de países capitalistas que reduce al mínimo el poder de los gobiernos y eleva al máximo las actividades de los hombres y las mujeres en los mercados nacionales e internacionales se halla más inclinado a preservar la paz que el bloque de Estados socialistas, porque cuenta con mayores probabilidades de crear un mercado universal en el que sean los individuos y las empresas privadas, no los políticos, quienes acuerden las operaciones de intercambio. Las muy calumniadas multinacionales son, por definición, intereses creados a favor de la paz mundial. Las asociaciones internacionales de todo tipo desean alejar del género humano la amenaza de la guerra nuclear, prevenir o reducir a su mínima expresión la contaminación ambiental y concertar medios para poner fin a las calamidades humanas tales como el hambre, pues la mayoría de ellas están vinculadas unas a otras por relaciones mercantiles de interés mutuo. El éxito económico de los Estados que cooperan entre sí sobre la base de administraciones mínimas contribuiría a estimular la liberalización también dentro del bloque comunista. El profesor Peter Bernholz ha descrito en términos muy convincentes el enfoque para formular las condiciones de la paz y de la armonía mundial a partir del análisis de la economía de la política.⁷

El capitalismo cede sus beneficios a cuantos los deseen. Los individuos, los grupos, las sectas, las tribus, las razas, los credos y las naciones pueden preferir un estilo de vida según una religión, o una forma de sociedad comunitaria o una participación igualitaria en los productos comunes. Pueden estar dispuestos a pagar el precio asumiendo niveles de vida más bajos, restricción de las libertades, mayores riesgos de tensión interior, enfermedades o conflictos internacionales.

Y podría haber en todo ello una elección racional si fueran decisiones bien informadas, basadas en el conocimiento de la alternativa sacrificada y en los altos costes inherentes al

rechazo del capitalismo. El pueblo que prefiere géneros de vida distintos de los de la elevada productividad del capitalismo no puede luego quejarse de que sus alimentos sean de inferior calidad, de que sus vestidos sean más bastos, su tasa de mortalidad infantil más elevada, sus viviendas más pobres, su educación más rudimentaria y menor su comprensión de los valores culturales. No pueden lamentarse de no ser capaces de desplegar sus talentos en nuevas actividades en el mundo de las artes o de los negocios para producir los bienes y servicios que han imaginado. No pueden lamentarse si su vida ciudadana se ve sacudida por fricciones o si sus dirigentes se embarcan en periódicas aventuras imperialistas. Ni tienen tampoco ningún derecho moral a esperar que acudan a salvarles los que han optado por la vía del capitalismo.

Fueran cuales fueren sus preferencias culturales, sus niveles de vida material serán más elevados, sus libertades estarán más seguras y la violencia militar será menos probable si la mayoría de ellos trabaja con las instituciones del capitalismo: propiedad privada, inequívoca aceptación del mercado libre, de nuevas ideas y nuevos métodos de producción, bajos impuestos y un Estado mínimo con el menor número (y confusión) posible de políticos, burócratas y funcionarios.

El pueblo concederá mayor importancia a las posesiones y las comodidades materiales -la calidad de los alimentos, los vestidos y el abrigo, la educación y las atenciones médicas- y menor a los valores no materiales, artísticos o culturales de la mayoría de la clase media que les gobierna y disfruta de más amplias comodidades materiales. El «alto tory» sir Ian Gilmour se lamentaba en una entrevista televisada de que la gente gastaba demasiado tiempo hablando de dinero. Norman Tebbit, a quien yo calificaría de -bajo whig• populista, replicó que éste era, con gran diferencia, el punto de vista del pueblo.

Capitalismo y religión

El capitalismo puede elevar el nivel de vida en todas las religiones. Sean cuales fueren las creencias de las personas y de los pueblos, todos ellos pueden gozar de géneros de vida tanto más confortables cuanto más recurran al sistema capitalista. Pueden, por supuesto, preferir géneros de vida menos cómodos para sí y para sus hijos porque otorgan la primacía a otros valores espirituales, pero nunca se conocerán sus preferencias si eligen por ellos quienes disponen de la mayoría en las decisiones políticas.

El capitalismo se desarrolló en la Europa protestante bajo la influencia de la ética judeocristiana del trabajo, pero es independiente de la religión. Ha beneficiado también al Oriente Lejano, donde el cristianismo tiene escasa presencia y el judaísmo es prácticamente desconocido. Y beneficiará a los habitantes de otros continentes que no veneran a ningún dios, o que adoran a muchos. No recae la menor mancha moral sobre las personas que trabajan para obtener beneficios materiales. Es un error suponer que trabajar por dinero es sinónimo de egoísmo o de materialismo. Había más caridad voluntaria en los donativos de mediados del siglo XIX que la que se registra en la Gran Bretaña socialista de finales del siglo XX. Y hay más caridad en las

donaciones del capitalismo norteamericano que en el semisocialismo del Estado de bienestar británico de postguerra.

Se han asumido con excesiva facilidad las críticas morales al capitalismo. El profesor de economía Brian Griffiths, que escribió un libro titulado *Morality and the Market Place*, se ha mostrado sensible a la acusación de que el capitalismo es el sistema -en el que todo se compra y todo se vende•. Semejante afirmación no es, por supuesto, verdadera: son muchas las cosas que se dan, sin poner precio, en la familia, entre amigos, por las ideas o por las causas. Pero si la gente que compra y que vende no pone precio a ciertos bienes, serán los políticos quienes se encarguen de ponerlo. Y éstos saben menos acerca de su valor que los ciudadanos, que cuando realizan compraventas ganan si ponen cuidado y pierden si no lo ponen. La clase política, que disfruta utilizando el dinero de los demás (casi siempre bajo la forma de impuestos), está, por definición, menos informada y es menos responsable. El sentimiento de repugnancia que inspira la venta de órganos humanos, situada por encima de todo cálculo comercial, es el método para evocar las aportaciones voluntarias. La alternativa es donaciones coactivas o pérdida de vidas, y ambas son motivos aún más discutibles para fijar el valor de las cosas.

No es correcto situar al capitalismo libertario al mismo nivel que el socialismo en el supuesto abandono o rechazo de la base religiosa de la vida. No hay nada en el capitalismo que dicte a los individuos qué deben hacer con sus salarios o su riqueza, ni si su comportamiento ha de ser egoísta o desinteresado. Está en lo cierto el profesor Griffiths cuando busca un patrón moral• como guía de la conducta. Muchos lo encuentran en la religión, la mayoría de los británicos en el cristianismo, algunos en otras creencias o en principios laicos o humanistas. Pero el patrón moral alternativo, una filosofía pública que enseñe que es inmoral utilizar un poder pasajero, sea en los negocios, la profesión o los sindicatos, para obtener favores del gobierno a expensas de los confiados contribuyentes o consumidores, puede proceder de la comprensión de las normas de la conducta moral de todas las religiones, y también de ninguna. No podemos mirar al poder secular de la clase política temporalmente instalada en el gobierno para observar patrones de conducta moral más elevados que los del resto del género humano.

El profesor Griffiths, al igual que algunos académicos conservadores y varios seguidores de Edmund Burke, entienden que la Iglesia y otras •estructuras mediáticas•, como los sindicatos y las asociaciones profesionales, son amortiguadores necesarios entre las vidas privadas individuales y las megaestructuras de la sociedad. En la raíz de la visión socialista de Crick-Marquand-Williams de que el Estado está a salvo cuando es responsable ante todos los ciudadanos se halla el su puesto de que todos los individuos pueden participar, con una eficacia más o menos parecida, en las estructuras mediáticas. La concepción de que será la ciudadanía la que salve al Estado se encuentra tan difundida entre los conservadores como entre los socialistas. La esperanza de hacer que la vasta maquinaria estatal sea responsable ante los ciudadanos participantes es el último refugio de quienes se oponen a la soberanía de los individuos en el mercado. La solución es justamente lo contrario: reducir el Estado a su menor tamaño posible.

El poco fiable veredicto del pueblo en las encuestas de opinión

Fuera del mercado no existe ningún otro mecanismo comparable que permita descubrir las preferencias individuales sobre los bienes privados ni la actitud general de la opinión pública sobre las funciones colectivas insustituibles de la Administración.

Todos los mecanismos ideados para conocer la •voluntad general• se prestan a abusos de dictadores o de políticos democráticos que buscan una convalidación plausible para su de otra forma inadmisibles política nacional. El Partido Laborista británico desarrolló a comienzos de los 70 el •contrato social• para alcanzar un acuerdo que permitía al gobierno flexibilizar la legislación social y conceder a los sindicatos ciertos privilegios a cambio de las promesas de apoyo a la política de rentas de acuerdos salariales concertados. En esta expresión se percibe el eco del •contrato social• de Thomas Hobbes a mediados del siglo XVII, de John Locke a finales de aquella misma centuria y de JeanJacques Rousseau en el siglo XVIII, lo que le confería una falsa aureola de autenticidad. Se trataba, en realidad, de una capitulación frente a los intereses creados, con el objetivo de implantar una economía corporativista. No fue, en ningún sentido, una medida dictada por el interés público, sino un ejemplo más de los daños que causan los procesos políticos oportunistas.

Significó un segundo intento, más refinado, pero también defectuoso, por llegar a medir la voluntad general la función de bienestar social presentada por Arrow. Al final, su propio autor reconoció que se trataba de un empeño imposible y que sería mejor llamarla ficción de bienestar social.

La tercera tentativa, aunque no menos defectuosa, ha ejercido una gran influencia en la opinión pública británica, en los programas gubernamentales y especialmente en las medidas de bienestar y en las normas fiscales de los partidos políticos. La incapacidad del gobierno por averiguar los deseos del pueblo, tanto durante el período de elecciones generales, porque los ciudadanos no pueden señalar sus preferencias sobre cada una de las opciones concretas, como durante las fases interelectorales, porque su posibilidad de recurrir a sus representantes elegidos es esporádica y fragmentaria, ha dado lugar al sustitutivo de las frecuentes y detalladas encuestas de opinión mediante muestreo.

Aunque topan con limitaciones para descubrir el sentimiento general acerca de los problemas de la política pública, por ejemplo, acerca de la pena de muerte para los asesinos, o sobre cuestiones constitucionales, como el Home Rule (autogobierno) para Escocia, las encuestas pueden revestir interés en cuanto sucedáneos de los plebiscitos nacionales, en los que todos los ciudadanos contribuyentes y votantes pueden exponer sus puntos de vista. Los economistas de la elección pública han analizado la posibilidad de recurrir a técnicas más perfeccionadas, por ejemplo, aparatos electrónicos con los que los votantes pueden dar instrucciones a sus representantes políticos sobre los proyectos de ley, para conseguir averiguar la opinión de los electores sobre las funciones colectivas insustituibles de la Administración.

Pero es un engaño político, reflejado en la reformulación insistentemente solicitada por el Partido Laborista en Meet the Challenge, Make the Change (Aceptar el reto, hacer el cambio), suponer que los aparatos electrónicos podrán, en definitiva, convalidar la pretensión socialista de que puede conseguirse que el gobierno sea responsable ante el pueblo. Las pantallas de televisión, las llamadas telefónicas y la pulsación de botones no capacitarán a los ciudadanos para ejercitar su voluntad, a una con sus representantes, en las cámaras legislativas, ni para imponerse a ellos mediante su «participación» en la formulación de decisiones políticas. Mediante estas técnicas se puede conseguir que los políticos tengan más acabado conocimiento de la opinión popular vagamente desinformada acerca de los bienes públicos, tales como el desarme unilateral frente al multilateral o acerca del grado de adhesión a la CEE, pero no tienen eficacia suficiente para expresar las preferencias específicas de un público bien informado sobre los bienes privados también proporcionados, y en muy elevadas dosis, por la Administración.

Si no se conocen los precios, no puede existir esta noción de «opinión» pública sobre los bienes privados (capítulo V). La votación electrónica no puede transmitir a cada ciudadano concreto los precios de los servicios que se le prestan. Esta tarea sólo puede ser desempeñada por el mercado. Más aún, incluso en el caso de la provisión de bienes públicos, la votación electrónica estará a merced de los intereses representativos (que a menudo colisionan con los de sus electores) de los chalaneos legislativos, de la presión de los grupos de interés organizados y del resto del catálogo de imperfecciones del proceso político democrático.

No existen otras soluciones: deben limitarse, por imperativo constitucional o mediante otro tipo de medidas, las ofertas de la Administración a la provisión de los bienes públicos insustituibles y retornar al mercado para la provisión de bienes privados.

Las personas concretas pueden tener claras opiniones sobre temas macroeconómicos, como los bienes públicos, que pueden expresarse mediante respuestas absolutas de «Sí» o «no». Pero las encuestas de opinión incluyen cuestiones de microeconomía en las que tienen que señalarse de una manera más definida las preferencias específicas de cada ciudadano, no sólo con respuestas de «más» o «menos», sino de una manera mucho más detallada, indicando «cuánto más» o «cuánto menos». Figuran aquí preguntas que tratan de averiguar las preferencias personales íntimas entre una mayor o menor prestación gubernamental de servicios que son de hecho bienes privados y sobre alternativas entre una mayor o una menor presión fiscal.

Para señalar estas preferencias microeconómicas individuales es preciso explicitar previamente tanto el aumento para cada individuo de los beneficios en términos de bienestar como el incremento, asimismo individual, de los impuestos que se requieren para pagar aquellos beneficios. Las respuestas variarán, evidentemente, a tenor de los costes impositivos. Si el coste de unos mejores servicios de bienestar no eleva mucho los impuestos, habrá más gente a favor que si este aumento es notable. Debe, pues, señalarse el alcance de esta «mejora»: ¿cuántos impuestos más por cuánto mejores servicios? Si la mejora es pequeña y el coste impositivo alto, serán menos quienes estén a favor de la propuesta que si ocurre lo contrario.

Hay encuestas de opinión que afirman haber detectado -aunque sin cuantificar los costes o los beneficios individuales-una creciente disposición en los años 80 a pagar más impuestos por un mejor Estado de bienestar. Han sido muy contadas las ocasiones en que se ha intentado con-trastar estos datos indicando a la vez tanto el alcance de las mejoras de los servicios como la consiguiente elevación de las tasas fiscales. El IEA viene encargando periódicamente, desde el año 1963, encuestas que contienen estimaciones de precios en los sectores de la educación y la sanidad, con muestreos a escala nacional. Aquí los resultados hablan de una preferencia, en general creciente, aunque fluctuante, a favor de devoluciones de impuestos bajo diversas formas, por ejemplo, bonos o vales con los que comprar servicios de bienestar en el mercado.⁹ Otras encuestas, más amplias, a ser posible anuales, con evaluación de precios, tal vez bajo el patrocinio del Ministerio de Hacienda, conseguirían una información más sistemática sobre las tendencias subyacentes en las preferencias personales de los ciudadanos británicos acerca de una mayor o menor fiscalidad por servicios de bienestar estatales o privados. Los institutos de opinión podrían incorporar el principio de fijación del precio en sus mediciones en sustitución de las encuestas de precios-cero o precios reducidos, que pueden inducir a error al gobierno acerca de la opinión del pueblo sobre el Estado de bienestar. Espero que, a medida que aumenten las rentas en los años 90, habrá más gente, en la parte inferior de la escala de ingresos, que desee devoluciones de impuestos para pagar la educación mediante cuotas y los servicios médicos mediante seguros en un mercado cada vez más responsable.

Deterioro y triunfo del capitalismo

Mi propósito es presentar el capitalismo como el sistema político-económico potencialmente más productivo y menos coactivo que el mundo ha conocido. Su productividad podría haber sido aún mayor de no haberse visto obstinadamente entorpecido por la persistente superstición socialista de que el proceso político es benevolente y se le debería intensificar como al protector auténtico y definitivo del pueblo. El resultado es que el capitalismo, tal como nosotros le conocemos, es más coactivo de lo necesario, porque aún no ha conseguido disciplinar al proceso político, que puede ser imprescindible, pero que es, en todo caso, intrínsecamente imperialista y está permanentemente expuesto a las presiones procedentes de los intereses de los productores sectoriales.

El veredicto se basa tanto en el razonamiento teórico como en las pruebas históricas expuestas en las páginas precedentes. Dos episodios ayudarán a cristalizar los testimonios. No es probable que se trate de casos aislados o atípicos; más bien, arrojan luz sobre la evolución registrada en los restantes campos de la economía, la política y la sociedad.

El primero de ellos inició su andadura en 1971, en una Administración local del norte de Inglaterra, cuando el Consejo de distrito de Harrogate, en el West Riding de Yorkshire, decidió

analizar las posibilidades de la ciudad como centro de reunión para conferencias y exposiciones. La prensa local se hizo eco de la iniciativa.¹⁰

Los asesores de gerencia y organización consultados recomendaron la construcción de un centro de conferencias (y otros servicios complementarios). En 1974, se estimaron los costes en torno a los 7,4 millones de libras esterlinas. Ya aquel mismo año se pusieron en marcha las obras, con la esperanza de tenerlo todo a punto para la conferencia anual de la Confederación de la Industria Británica (Confederation of British Industry, CBI) de 1979. Al llegar esta fecha, los gastos del todavía inacabado complejo conferencial habían ascendido a 11 millones de libras, y un poco más tarde llegaban a los 14 millones. En 1981, las cifras señalaban 27 millones. En 1989, el volumen del gasto se situó en los 34 millones. El complejo fue inaugurado para su primer evento comercial a finales de 1981. En aquella fecha los costes iniciales se habían multiplicado ya por cuatro. Cecil Margolis, concejal de Harrogate clasificado como whig, que había previsto desde mucho tiempo atrás aquella escalada de los costes y había cuestionado las sucesivas ampliaciones aprobadas por las autoridades, fue tachado de exagerado por el Consejo conservador. Los hechos le dieron la razón. El proceso político detesta las voces aisladas que dicen verdades desagradables.

El profesor Keith Hartley, de la vecina universidad de York, presentó el Conference Complex de Harrogate como un caso de estudio típico de los gastos de las Administraciones locales y formuló una serie de preguntas (muy pocas veces planteadas) acerca de la misión de dichas Administraciones en el conjunto del país.¹¹ ¿Cuáles son los asuntos •específicos• de la Administración local? ¿Por qué sus gastos están, al parecer, fuera de control? ¿Qué soluciones deberían haberse adoptado?

A partir de 1980 se ha introducido un cierto grado de competencia en la prestación de determinados servicios de las Administraciones locales. Pero los políticos, burócratas y sindicatos locales se resisten a la adopción de nuevas medidas. El intento de eliminar los obstáculos puestos por las Administraciones locales a base de transferir algunas de sus facultades al gobierno central es otro término medio de las tácticas políticas, que puede asegurar rápidos resultados, pero que provoca resistencias en el gobierno central, que se vería obligado a llevar el control de todos y cada uno de los ciudadanos que pagan sus impuestos y tienen que aceptar los servicios. Los burócratas del Ministerio de Educación han vertido intentando, desde hace más de 20 años, hacerse con el control de la enseñanza, al que finalmente renunciaron los consejeros, en 1989, mediante el National Curriculum. El remedio definitivo es o bien la solución política de proceder a la desocialización de los servicios locales que no sean bienes públicos que requieran una acción colectiva, o bien la solución económica de cargar sobre los individuos los costes de cada uno de los servicios, en lugar de hacerlo sobre la colectividad, tal como el gobierno ha decretado mediante la imposición de cargas comunitarias para todos los servicios locales, lo que equivale en realidad a un impuesto que oscurece los costes de los servicios individuales.

En términos más generales, aunque la desocialización es un método políticamente sugerente, porque resulta más espectacular y moviliza fondos con mayor rapidez, no deja de

ser una solución política, sujeta tam-bién, y no en último término, al defecto de que oculta las preferencias personales, que se expresan mejor en el mercado, que permite aflorar las cargas individuales.¹²

El episodio de Harrogate, promovido por una Administración local animada por la mejor de las intenciones, ilustra la ya habitual dependencia de los políticos frente a las reclamaciones no cuantificadas para crear externalidades beneficiosas que sólo se pueden aprobar o desaprobado una vez consumado el evento, cuando ya se ha gastado el dinero de los contribuyentes en proyectos a los que no han podido dar su conformidad, porque el gobierno no ofrece la oportunidad de emitir una opinión sobre las propuestas concretas.

El segundo ejemplo clarificador es la evolución seguida por la demanda («necesidad») pública de un seivicio que habría sido prestado mucho más tarde a través de los métodos de la Administración, con su compleja maquinaria de consultas, unida a los intereses burocráticos y sindicales que exigen un dictamen (eufemismo por veto práctico), que por medio de una empresa privada a pequeña escala en la que el conocimiento de las circunstancias personales es capaz de conseguir sensibles resultados y ampliar de paso la suma total del bienestar humano.

No pudieron lograrse los objetivos asignados a las Bolsas de Trabajo gubernamentales, ideadas hace 80 años por Beveridge para equilibrar la oferta y la demanda, en una época en que se creía que el desempleo era más un problema de la industria que de la Administración. Así lo demuestra la amplia proliferación de agencias privadas de colocación para responder, con una variada oferta, a la demanda de personal cualificado o con talento. Dar simplemente otro nombre a aquellas Bolsas, para pasar a de nominarlas «centros de trabajo», no ha sido, a todas luces, suficiente. En su esfuerzo por •relacionar a los trabajadores sin trabajo con los trabajos sin trabajadores, el gobierno ha tenido que embarcarse en una costosa publicidad para recomendar el aprendizaje industrial. La cuestión central de la división de los costes del reciclaje laboral entre la Administración, los empresarios y los trabajadores habría quedado resuelta hace ya varias décadas si se le hubiera permitido al mercado del trabajo desarrollarse sin las trabas de los sindicatos y las sobrerregulaciones administrativas.

Es evidente que la armonización entre la oferta y la demanda laboral puede hacerse mejor, al menos para ciertos tipos de trabajo en oficinas, domicilios particulares y hospitales, sobre todo en casos de emergencia, por medio de agencias flexibles que asignan unos empleados concretos a unos concretos empleadores, porque conocen a los unos y los otros, que no mediante organizaciones burocráticas centralizadas, entorpecidas por los procedimientos estandarizados, los requisitos y las dilaciones de la documentación y las rigideces de la jerarquía. La profesora Christina Fulop argumentaba en 1971 que deberían pagarse los servicios de las oficinas de empleo del Estado para hacerlas más eficaces, otra buena idea del IEA que el gobierno ha ignorado tercamente.¹³

Las agencias privadas están comenzando a llenar las permanentes lagunas de la maquinaria del empleo de la Administración. Una de ellas, que dio sus primeros pasos en Tonbridge (Kent), ha experimentado un cons-tante crecimiento en respuesta a la creciente

demanda de enfermeras para hospitales y domicilios privados, de empleadas del hogar y de personal de oficina.

En 1979 aventuré la idea de que nunca volvería al poder un gobierno laborista tal como le conocíamos, y aduje como razón, entre otras varias, que la presencia de las mujeres en casi todas las actividades era un buen augurio para las perspectivas de una economía de mercado.¹⁴ Las mujeres se sienten más inclinadas a las actividades microeconómicas de satisfacción de las demandas individuales que los hombres, que tienden más a las cuestiones macroeconómicas, a la maquinaria colectiva de los votos en la empresa o a las reuniones sindicales. En el capítulo XIV se estudia la importancia de la creciente presencia femenina para la elección entre capitalismo y socialismo.

Las mujeres han estado desde siempre presentes, y ahora cada vez más, en la industria, en las carreras profesionales y, como elemento renovador, en los servicios personales. La agencia de colocación de Kent fue creada por una mujer emprendedora, con un talento especial para casar las ofertas con las demandas individuales en época de crisis. Los Consultus Services fueron obra de Arme Palmer Stevens, descrita como «una de las subespecies de mujeres inglesas capaces de construir imperios, controlar dinastías y derrotar a todos los contendientes en una partida de bridge, y todo ello sin apelaciones al feminismo».¹⁵ La tarea fundamental de la agencia consiste en proporcionar servicios domiciliarios a un número creciente de ancianos. Como otras iniciativas, la agencia se anticipaba a los esfuerzos acometidos por el gobierno en 1990 para conseguir que la gente de edad fuera atendida en sus propias casas mejor que en los centros, a menudo lúgubres, de la Administración local. Habría sido mejor invertir la financiación adicional para este proyecto, anunciado por el gobierno central en julio de 1989, concediendo las aportaciones a cada individuo concreto, tal vez, también aquí, bajo la forma de bonos con fines específicos, que no a las Administraciones locales bajo la modalidad de gastos sujetos a influencias políticas.

Las agencias de prestaciones de servicios domésticos tienen a veces corta vida debido en parte a que a las enfermeras o a los empleados del hogar les resulta agotadora la tarea de atender a las necesidades extremadamente personales de los ancianos o de los empleadores, con sus peculiares e individuales rasgos de carácter. La Consultus Agency ha conocido una creciente expansión, desde un cobertizo para bicicletas hasta una oficina sólidamente integrada y asistida por ordenador, para facilitar las tareas. Está capacitada para armonizar las ofertas y las demandas a nivel nacional y para proporcionar servicios de todo tipo a todo género de clientes, desde la gente más sencilla hasta los pares del reino y desde ciudadanos anónimos a primeros ministros.

Puede añadirse que, como es bien previsible, a los políticos de mentalidad colectivista que actúan con ineficacia y a los espúreamente llamados servicios públicos les desagrada la competencia de los proveedores privados de trabajo, que son los que sirven auténticamente al bien público, con evidente satisfacción de los clientes. A la señora Barbara Castle no se le ocurrió mejor idea, en los años 70, que poner fuera de la ley las oficinas de colocación privadas o regularlas para impedir que llevaran una existencia independiente.

Tanto el caso de las autoridades locales de Harrogate como el de la empresa personal de tonbridge ilustran gráficamente, y mucho mejor que los razonamientos hipotéticos sobre las tendencias generales o que las detalladas estadísticas que ocultan las variaciones de calidad, el contraste entre el deterioro del capitalismo, incluso y precisamente bajo gobiernos bien intencionados, y su triunfo merced al espíritu del empeño personal. El Conference Complex de Harrogate podría haber sido llevado a término de forma más económica a través de una empresa privada, para beneficio de ésta y provecho de la ciudad y de sus contribuyentes. La agencia de colocación de Tonbridge realiza su trabajo de manera mucho más expeditiva y con mucha mayor sensibilidad que las oficinas de empleo público proyectadas por Whitehall o por cámaras ciudadanas que tienen que seguir unas determinadas normas, respetar ciertas prácticas sindicales y satisfacer motivaciones políticas a corto plazo.

El juicio espontáneo del pueblo

El veredicto del pueblo sobre el capitalismo se ha situado, en todos los lugares donde ha gozado de libertad para elegir, en el extremo opuesto de la valoración de intelectuales, políticos, burócratas, literatos y, últimamente, de la Iglesia, que afirman que los ciudadanos deberían dejarse instruir por los mejores de entre ellos. El pueblo ha sabido elegir con acierto, aunque más guiado por el instinto y la experiencia común que en virtud de las reflexiones propias de los académicos socialistas o de la revulsión que provoca en los literatos socializantes la idea de la comercialización. La huida masiva, en los últimos meses de 1989, de los alemanes del Este hacia Alemania Occidental no fue sólo una fuga del socialismo hacia el capitalismo: fue un movimiento acelerado de sustitución del socialismo por el capitalismo en Alemania Oriental. Los alemanes orientales que retornan descubren que el socialismo debe ser reemplazado no sólo por la democracia sino por los mercados capitalistas, si quieren alcanzar los niveles de vida de los alemanes occidentales.

La idea de que el pueblo quiere gobiernos cada vez más amplios es la herejía simplista de nuestro tiempo. Algunos crédulos editores de periódicos, de los que se supone que gastan grandes sumas para decirle al pueblo lo que se presume que ellos saben, han aceptado como bueno el argumento extraído de las encuestas de opinión, imperfectos sustitutivos del mercado en los sectores de la educación, los cuidados médicos y otros servicios de bienestar reprimidos por el gobierno.

El instinto del pueblo a la hora de decidir entre los dos sistemas político-económicos refleja más aquel escepticismo frente a los políticos que, según David Hume, sentían los •escritores políticos• de su tiempo que la opinión de los •escritores políticos• del siglo XX, que catalogan a los políticos como benevolentes servidores públicos, preocupados por hacer el bien sin pensar en su beneficio personal o político.

El pueblo ha valorado los sistemas económicos de acuerdo con sus repercusiones microeconómicas en su vida cotidiana: en su alimento, sus vestidos, sus viviendas, su

bienestar, sus comodidades y su gama de opciones. Los estudiosos de la política han juzgado estos sistemas a partir de sus resultados macroeconómicos y macropolíticos en los programas gubernamentales. El pueblo se preocupa por la cantidad y la calidad de los bienes y los servicios. Los observadores políticos se interesan fundamentalmente por el carácter y las motivaciones de los actores de la escena política. El profesor Mitchell ha marcado claramente los contrastes: el político no se pregunta hasta qué punto juzga el pueblo que merece la pena pagar por los servicios gubernamentales que recibe, sino cuántos son los que los estiman lo bastante como para otorgarle su voto. 16

Los periódicos, las pantallas de televisión y la radio están dominados por los hechos y los dichos de los hombres y las mujeres públicos, que ocupan circunstancialmente una posición más o menos elevada, pero que son, básicamente, iguales al resto de los mortales. Le estaba reservado a Shakespeare personificar este tipo en unas luminosas palabras sobre Julio César, no aprendidas con la suficiente firmeza en las escuelas ni aplicadas en las urnas:

Se pasea por el estrecho mundo como un coloso. Y nosotros, turba mez-quina, caminamos bajo sus piernas de gigante ...

Cuanto al resto de nosotros:

La culpa ... no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos, si con-sentimos en ser inferiores.

A esto se debe que el pueblo haya sido más perspicaz que los observadores. Nos parece hoy muy severa la opinión de David Hume sobre la clase política. No podemos dar por supuesto que todo político sea un «bribón». Quienes los conocen saben que muchos de ellos son honrados, tienen espíritu de servicio público, se preocupan por utilizar la influencia que han alcanzado para deshacer entuertos y practicar el bien y se mueven más por principios que por intereses personales. Clement Attlee, aquel gran representante de la clase media que creía en la posibilidad de mejorar la situación del pueblo a través del socialismo; Jo Grimond, el singular whig de la política liberal británica, que tal vez hubiera hecho las cosas mejor que Asquith, con cuya nieta se casó, y Margaret Thatcher, la conservadora radical que propugnó la liberalización económica, pueden ser propuestos como ejemplos de políticos probos de cada uno de los tres grandes partidos. En el campo internacional, podrían citarse los nombres de Ludwig Erhard, Ronald Reagan y Lee Kwan Yew. La opinión de Bertrand Russell, que sostenía que hay personas que ejercen una decisiva influencia y sin cuya presencia la política de sus respectivos países habría seguido, para bien o para mal, otros derroteros, puede muy bien aplicarse a jefes de gobierno de la talla de un Bismarck, un Churchill, un Roosevelt o un Stalin.

Pero admitiendo que los escritores del siglo XVIII a que se refería David Hume fueron demasiado severos con la clase política de su tiempo, no es menos cierto que los escritores políticos del siglo xx han pecado del defecto contrario y han sido demasiado indulgentes y caritativos, aunque de manera acrítica e insincera. A pesar del continuo fracaso de los gobiernos, incapaces, durante 40 años, de conseguir lo que afirmaban estar en sus manos -dominar

la inflación, prevenir el desempleo, asegurar la eficiencia de la industria, acudir en ayuda de los enfermos, los ancianos y los pobres, la impresión creada por muchas de las publicaciones políticas de nuestros días, a partir de detalladas descripciones de la vida de la clase política y de sus actividades públicas, es que se trata de una raza aparte, sabia y benevolente, perfectamente informada sobre los deseos y las necesidades de todos y cada uno de los ciudadanos, consagrados a la pro-moción de los intereses de los demás antes que a los suyos.

El punto débil de todas estas su puestas virtudes es que sitúan a los políticos más allá y por encima de las diarias discusiones, los representan como individuos excepcionales, servidores públicos desinteresados que buscan la verdad y se esfuerzan por aplicarla sea.n cuales fueren sus consecuencias para su poder, su prestigio o sus rentas personales. Esta es la fábula que ha hecho bajar la guardia y ha inducido a los ciudadanos del siglo XX a tomar la errónea decisión de otorgar a los políticos poderes mucho más amplios de los que habrían tenido si hubiera llegado hasta los escritores actuales algo de aquel escepticismo realista de Hume en el siglo XVIII. Y aquí se encuentra una de las razones que explican por qué el socialismo ha penetrado en la vida de todos y cada uno de los individuos, mientras que el capitalismo ha retrocedido mucho más de cuanto podría esperarse de sus logros, atestiguados en todos los puntos de la tierra.

Fricciones y conflictos de origen político

Aun admitiendo, según la regla de la mayoría en los sistemas bipartidistas, o de las minorías mayoritarias en los pluripartidistas, que determinadas funciones colectivas son insustituibles, ello no significa que deban aceptarse a la vez sus desventajas, fueran las que fueren.

Hay tiranía en los procesos políticos porque exigen una subordinación innecesaria de los individuos a las decisiones de otros votantes, que cada persona concreta debe aceptar no porque la valoración colectiva sea mejor que la suya, ni porque conozcan mejor los problemas o porque las cuestiones votadas afecten más directamente al bienestar de dicha mayoría, sino -única y exclusivamente- porque son más numerosos. Se aplica el principio incluso en el caso de mayorías mínimas. Se provocan así discordias perfectamente evitables entre las mayorías y las minorías de ciudadanos en el seno de una misma comunidad.

Estos conflictos o fricciones surgen dondequiera se recurre al proceso político, ya sea en el capitalismo o bajo el socialismo democrático. Y como este segundo lo hace con mucha mayor frecuencia que el primero para determinar el uso de los recursos, ocurre que los sistemas socialistas provocan mayores fricciones o conflictos que los capitalistas. El adjetivo «democrático» es una añadidura, porque la sociedad no refleja la soberanía de los individuos a no ser que se base, en la mayor medida posible, en mercados libres. Incluso allí donde la

sociedad socialista mantiene la apariencia de mercado, éste se fundamenta, en definitiva, en la soberanía colectiva a través del proceso político.

De la regla política de las mayorías (o de las minorías mayoritarias) se siguen fricciones o conflictos evitables en casi todas las manifestaciones importantes de la conducta y de la organización humanas. Desde que comencé a escribir, en 1978,¹⁷ acerca de estas innecesarias formas de tensión social, ha aumentado sin cesar su lista.

La causa más general de fricción es el recurso, cada vez más extendido, al proceso político de las decisiones de la mayoría en las asambleas representativas, que afectan desde los bienes públicos que son, o se ha pensado que son, imprescindibles, hasta los bienes personales con beneficios separables. Se produce así una utilización innecesaria del socialismo, que invade campos de actividad privada que las personas concretas o los grupos pueden llevar a cabo voluntariamente y por sus propios medios, sin la intermediación del gobierno.

1 Fricciones regionales o nacionales. la más evidente de todas es la fricción regional o nacional creada por las mayorías que deciden cómo han de vivir las minorías, es decir, los grupos o los individuos que tienen normas y valores distintos de los de la población dominante. Los escoceses pueden opinar que las decisiones que toma la mayoría in-glesa y galesa en el Parlamento de Westminster, o que son fuertemente influidos por ella, en temas tales como la educación, la asistencia médica, la vivienda y otros seivicios personales prestados en Escocia, no son necesariamente competencia del gobierno británico. Tienen que aceptar las decisiones mayoritarias sobre bienes públicos como la defensa y otros, pero pueden muy bien desear que se modifique la normativa sobre el orden público para que se adapte mejor a sus peculiares circunstancias. En todo caso, pueden aducirse muy serias y muy razonadas objeciones cuando se les exige que acepten decisiones mayoritarias de «los de fuera» a propósito de actividades -incluso subvencionadas.- que ellos mismos pueden llevar a cabo con sus propios recursos. Y otro tanto podrían decir, en muchas materias, los galeses respecto a las decisiones de la mayoría inglesa y escocesa.

2 Tensiones sectarias o religiosas. las dolorosas agitaciones de Irlanda del Norte a partir de 1969 tienen antecedentes que hunden sus raíces muy en el pasado de la historia irlandesa. No existen soluciones fáciles. Pero todavía estoy por ver un debate sobre los efectos que tiene en el gobierno «mayoritario» el hecho de que la minoría católica tenga que aceptar las decisiones de la mayoría protestante en temas o actividades que los católicos pueden llevar a cabo perfectamente por sí mismos, de forma individual o comunitaria. En el mercado, cada persona o cada grupo toma lo que quiere y lo paga. Si los temas de educación, vivienda y otros seivicios fueran decididos por los católicos en cuanto consumidores individuales en el mercado y no fueran los votos de los representantes electos de Irlanda del Norte o el Parlamento de Westminster quienes hablen por ellos, se reducirían los focos de tensión. Una disminución de la innecesaria colectivización de la vida en Irlanda del Norte podría eliminar al menos una de las causas de disensión entre católicos y protestantes: los miembros de ambas comunidades religiosas podrían convivir pacíficamente como productores y consumidores de bienes y seivicios que eligen por sí mismos, a nivel individual y a título de consumidores en mercados libres, y no de forma colectiva y en cuanto votantes de partidos políticos.

3 Represiones raciales o religiosas. las minorías nativas y los emigrantes que profesan confesiones minoritarias en Gran Bretaña viven en casas, educan a sus hijos en colegios, son atendidos por médicos y enfermeras y utilizan múltiples servicios locales puestos en marcha en virtud de las decisiones de mayorías compuestas casi en su totalidad por blancos, anglosajones y protestantes. Quienes desearían colegios separados de niños y niñas para sus hijos y sus hijas o centros educativos que enseñan la moral de sus creencias religiosas pagan impuestos para centros creados por la maquinaria representativa de políticos que ellos no han votado. La solución no es crear colegios estatales -gratuitos• para grupos separados, sino devolver impuestos a las personas para que paguen los centros educativos de su elección.

4 Innovadores cohibidos. las minorías dotadas de excepcional originalidad, talento o espíritu emprendedor en el ámbito de la industria, las artes, los deportes y otras actividades que requieren capacidad de riesgo se ven oprimidas bajo la carga de impuestos progresivos que gravan sus precarias remuneraciones, aprobados con el voto mayoritario de sus conciudadanos, gente respetable sin duda, pero nada excepcional, incapaces de arriesgar y sólo dispuestos a apostar sobre seguro.

5 Cargas sobre los trabajadores autónomos. sobre las minorías de trabajadores autónomos y de especialistas en servicios a pequeña escala de la industria y el comercio pesa, a pesar de las recientes ayudas para pequeñas o nuevas empresas, una legislación (por ejemplo, la quimera de la seguridad en el trabajo) pensada para apaciguar a mayorías de asalariados que cuentan con más votos.

6 Coacción profesional: las mayorías de médicos, actuarios, arquitectos, impresores, ingenieros, estibadores y otros trabajadores ya establecidos coaccionan a las minorías que quieren entrar en •sus• profesiones y ocupaciones mediante la práctica de actuar como jueces y jurados y de imponer niveles innecesariamente elevados, con ejercicios de preparación innecesariamente caros, con exámenes innecesariamente prolijos y con períodos de formación innecesariamente prolongados.

7 Debilidad de la familia: las familias, tanto las pobres como las ricas, que están en minoría se ven legalmente coaccionadas por las mayorías políticas que les obligan a pagar una amplia gama de servicios de la Administración, desde colegios a piscinas, y desde cuidados médicos a bibliotecas, que no son bienes públicos, que tal vez no deseen y que no han tenido oportunidad política de rechazar, pero que tienen que utilizar bajo la presión fiscal. Los vínculos familiares se han debilitado, la vida de familia se ha distorsionado, los padres tienen que hacer la embarazosa confesión de que ya carecen de capacidad para ayudar a sus hijos, y los hijos tienen que reconocer que tienen que recurrir a extraños para poder atender a sus mayores en las enfermedades, achaques y crisis de la vida cotidiana.

8 Urbs in rure: surge un nuevo enfrentamiento entre el campo y la ciudad, esta vez provocado por la oposición de activistas urbanos contrarios a los tipos de esparcimiento de las minorías de los hombres del campo. Es posible prohibir las actividades deportivas rurales, incluidas la pesca y la caza, y fueran los que fueran los argumentos a favor y en contra, en

virtud de leyes promulgadas bajo la presión de los representantes políticos de las mayorías urbanas.

9 Privilegios burocráticos: la mayoría (o minoría) temporal de los políticos en el poder está influida por la inflada minoría de la fuerza laboral en la Administración (que llegó a significar el 30 por 100 y que, aunque reducida por la desocialización, sigue siendo todavía muy nutrida) para garantizar la continuidad en el empleo, las plantillas excesivas, las pensiones a prueba de inflación, las viviendas subvencionadas, los coches oficiales, las «comidas a cargo de la reina» en los encuentros oficiales y las vacaciones prolongadas, todo ello en funciones «públicas» de alto coste a costa de una mayoría de contribuyentes a menudo con menores rentas salariales.

10 El poder de los comités. las minorías dotadas de habilidades políticas presionan sobre las mayorías de sentimientos obsequiosos para que acepten el control de comités sobre servicios públicos que la mayoría de los ciudadanos no pueden evitar.

11 Dominio del género: los políticos en activo, en su mayoría varones, aprueban leyes que obligan también a las mujeres, políticamente más inactivas porque están más ocupadas. El argumento de las feministas que exigen al menos un número igual de mujeres en el Parlamento, porque la población femenina supera a la masculina, no tiene más consistencia que el que pide representación proporcional por el color del pelo o por la dentadura postiza. Los miembros del Parlamento son elegidos porque los electores piensan que son competentes o que representan fielmente sus opiniones. Y aquí no tiene ninguna importancia el sexo, la raza o el color. Agrupar a la gente según características irrelevantes sigue siendo, también hoy día, uno de los dislates del proceso político. La solución es, una vez más, reducir al mínimo las funciones colectivas de la Administración.

12 Discriminación invertida: minorías elitistas perfectamente organizadas coaccionan a las mayorías dispersas para promocionar a determinadas personas por razones subjetivas de inmigración, raza, color o riqueza.

13 Discriminación cultural: las minorías del mundo del arte han logrado convencer a los políticos para que obliguen a las mayorías «incultas» a financiar sus minoritarias preferencias. Los espectadores de la clase obrera de los partidos de fútbol no subvencionados subvencionan las óperas de sus patronos de la clase media.

14 Explotación patricia: a las mayorías de radioyentes y televidentes se les niega la posibilidad de elegir sus programas predilectos en virtud de la artificial restricción gubernamental de canales impuesta por la presión de arbitrarios árbitros de la elegancia.

15 Discriminación laboral: las minorías organizadas en sindicatos han persuadido a los políticos para que excluyan a las mujeres, desorganizadas y peor pagadas, y a los trabajadores jóvenes o de color, de los trabajos bien remunerados, echando mano para ello de mecanismos que van desde las espúreas pretensiones de ser más competentes hasta la legislación sobre el salario mínimo.

En todas estas actividades, y en otras más, las personas concretas se ven asfixiadas por las decisiones colectivas del proceso político. No pueden elegir, en cuanto individuos, entre las diversas posibilidades que les afectan a ellos, a sus familias o a los pequeños grupos independientes. Son otros quienes deciden en su nombre, mediante las mayorías de una región o de un país. El proceso político se ha expandido hasta invadir las libertades personales que podrían haberse desarrollado bajo el capitalismo. En este sistema, el gobierno se habría limitado a la provisión de bienes públicos en su nivel mínimo indispensable.

El poder en la vida pública y en la privada

El contraste entre el carácter y las cualidades de la gente en la vida pública y su conducta en la vida privada permite descubrir una de las causas fundamentales de la superioridad del capitalismo sobre el socialismo. Las actividades públicas confieren a los individuos mucho más poder del que pueden adquirir en su vida privada. Una clase política a la que no confiarían los pensionistas unos pocos cientos de libras, o empresas constructoras o sociedades inversoras unos miles, puede aspirar a controlar millones y miles de millones de libras. La recompensa del poder que confieren los procesos políticos atrae a ejércitos de santos y de pecadores. El capitalismo descuella firmemente sobre el socialismo porque, ya sean los hombres y las mujeres santos o pecadores, limita su poder a no mucho más allá de las actividades políticas imprescindibles.

El capitalismo puede reducir al mínimo el recurso al proceso político y elevar al máximo el uso del mercado. Puede conseguir que la política sea una actividad relativamente insignificante. Puede hacer mucho más que el socialismo en favor de una sociedad más armoniosa, porque tiene capacidad suficiente para corregir las diferencias de poder financiero que influyen en el acceso al mercado con mucha mayor facilidad que la que posee el socialismo para corregir las diferencias de poder cultural que influyen en el acceso al Estado.

Estas diferencias se dejan sentir también en cuatro aspectos, menos evidentes pero no por ello menos esenciales para una sociedad, que acentúan la superioridad del capitalismo sobre el socialismo.

1 ¿Con qué grado de firmeza sitúan el capitalismo y el socialismo los intereses del hombre en cuanto consumidor por encima de sus intereses como productor?

2 ¿Con qué grado de seguridad consolidan la capacidad de los individuos de huir del Estado tiránico o de los proveedores monopolistas mediante el ofrecimiento de otras alternativas?

3 ¿Con qué efectividad pueden las normas de conducta pública del capitalismo o del socialismo situar los efectos precio (incentivos) de las medidas gubernamentales por encima de sus efectos renta?

4 ¿Hasta qué punto calcula y permite el gobierno, en el capitalismo y el socialismo, tanto las repercusiones últimas como el impacto inmediato de sus medidas?

En esencia, en el perenne debate sobre cuál sea el sistema económico más deseable para el género humano no puede emitirse un veredicto absoluto sobre el capitalismo, es decir, no puede pronunciarse una sentencia formal sobre sus virtudes y sus defectos. Sólo puede emitirse una sentencia comparativa, esto es, una valoración de los vicios y virtudes del capitalismo comparados y contrastados con los del socialismo.

La valoración y la elección entre ambos discurre en tomo a la capacidad de cada uno de ellos por alcanzar los fines deseados; prosperidad material; libertad personal, familiar, ciudadana, cultural y artística; sentido de la armonía y de la comunidad social acompañado de equidad y de generosidad para con los desamparados; estabilidad con inflación cero o baja y con pleno o alto empleo; y, no en último lugar, relaciones amistosas con otros países, basadas, en la medida de lo posible, en contactos individuales, mejor que políticos, como fundamento de la paz.

El veredicto sobre el capitalismo debe implicar un juicio relativo sobre el socialismo. Debe basarse en un balance de activos (virtudes) y pasivos (defectos). Los defensores de estos sistemas deben estar dispuestos a aceptar que el que tienen, en general, por superior, puede ser inferior en algunos puntos concretos. El socialismo puede generar igualdad, desarrollar la industrialización y salvaguardar el medio ambiente con mayor rapidez que el capitalismo. Así al menos puede esperarse de un sistema que trabaja más a través de iniciativas o de órdenes que parten del vértice de la pirámide, que es el centro del mecanismo económico, que de otro que antes de actuar debe conocer las opiniones y preferencias de la base o circunferencia del mecanismo.

Tal vez el capitalismo sea más lento que el socialismo. De hecho, así ha ocurrido con frecuencia en el pasado. Pero que lo sea necesariamente, que el capitalismo que utiliza al máximo el mercado y reduce al mínimo posible el papel de la Administración deba alcanzar sus objetivos con mayor tardanza, es uno de los temas centrales del debate entre los socialistas fieles a este sistema y los liberales que insisten en la superioridad del capitalismo tal como podría ser.

La visión socialista es un espejismo inalcanzable, porque le faltan los conocimientos, los incentivos y la libertad del capitalismo. Y los pueblos de la tierra no dan señales de querer avanzar en su dirección. Ahora bien, ¿son insuperables los obstáculos que impiden que se implante el capitalismo tal como podría ser? En el último capítulo expongo una serie de argumentos en sentido contrario, es decir, que son más las fuerzas que empujan hacia que no contra el capitalismo.

Y queda aún por resolver el tema de si la igualdad socialista no se consigue con un coste de libertad personal más elevado que el exigido por la igualdad capitalista. Es cierto que la industrialización socialista se puede desarrollar con mayor rapidez que la capitalista, pero pagando un precio más alto. Al final, el economista debe insistir en que a la hora de elegir entre ambos sistemas no puede ignorarse el precio exigido para alcanzar sus varios -y diferentes- objetivos.

Si los partidarios de cada uno de los sistemas no pueden afirmar que el suyo sea necesariamente superior al de su contrario bajo todos los aspectos, se desprende que la elección discurre en tomo a dos sistemas imperfectos y que las preferencias deberían inclinarse por el que presente menores inconvenientes relativos. El veredicto sólo puede emitirse mediante una valoración de las ventajas y desventajas comparativas.

La elección final

El sistema capitalista, tal como podría ser, utilizaría al máximo el mercado. Del socialismo se había dicho hasta ahora que utilizaría al máximo el Estado. Hoy día resulta más difícil identificar al socialismo que se desearía implantar. A todas las variedades que este sistema ha conocido a lo largo de su historia se añade ahora el debate entre sus partidarios sobre hasta qué punto podría también el socialismo, o incluso debería, recurrir al mercado.

Hay un libro, titulado *Socialism*, que ha analizado a fondo esta cuestión.¹⁸ Marxistas como Hobsbawm y laboristas de la izquierda como Ken Livingstone¹⁹ consideran que el Estado hoy prevalente sigue teniendo una función. Hay ex marxistas que, forzados por la necesidad, desean, como Gorbachov, difundir el uso del mercado. Algunos marxistas británicos, entre ellos Stuart Hall, sólo a regañadientes conceden un creciente campo de acción para el mercado. Los fabianos laboristas británicos, como Raymond Plant, estarían dispuestos a incorporar el mercado a un nuevo socialismo individualista, con la paralela reducción del papel de la Administración. Pero persiste la añoranza del Estado a causa de su presunta benevolencia. Un profesor universitario de tendencias izquierdistas del LSE exalta el socialismo en estos términos: •El nivel de civilización de un pueblo se mide por su nivel de servicios públicos. •²⁰

Sigue existiendo, con todo, una diferencia esencial entre capitalismo y socialismo. El capitalismo se apoya en el proceso del mercado para generar los recursos de que depende el tejido económico, político y social. El socialismo, recurra o no al mercado, se fundamenta, en definitiva, para generar sus recursos, en el proceso político, ya esté centralizado mediante el Estado o descentralizado a través de los organismos locales.

Los críticos del capitalismo aducen en su contra que comercializa las actividades humanas. Describen el proceso del mercado en los siguientes términos: induce a la gente a preocuparse únicamente por lo que les reporta beneficios, por su interés personal, por sus asuntos directos y por el corto plazo; a ignorar o pasar por alto las repercusiones de sus actividades en otras personas, a no tener compasión por los desafortunados, no compartir con otros y desentenderse de los problemas medioambientales. De su catálogo de condenas surge el non sequitur de que el capitalismo debe ceder el puesto al socialismo. Semejante postura implica y proclama que en el socialismo se evitarán los excesos y abusos del capitalismo. Esta pirueta lógica de millones de millas descarrió en el pasado al mundo. Pero ya no se la puede aceptar sin someterla a prueba.

La alternativa al capitalismo (tal como ha existido de hecho) y a su proceso de mercado, descrito como -comercialización•, no es un socialismo purificado de sus defectos ni un proceso político que cree un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. La alternativa a la comercialización es la politización. Si se sustituye el capitalismo por el socialismo, también será reemplazado el proceso de mercado y su comercialización, con sus virtudes y sus defectos, por el proceso político y por la politización, con sus más dudosas virtudes y sus menos corregibles defectos.

Si rechazamos la comercialización en las actividades de la vida humana, en los afanes cotidianos, en los compromisos sociales, en la cultura, en los conocimientos universitarios, en el ocio y los deportes, tendremos que aceptar la politización de todos estos sectores.

Ésta es la alternativa. Llegados a este punto no pueden existir dudas sobre cuál de las dos opciones es la preferible. El proceso de mercado permite las decisiones individuales; el proceso político exige que estas decisiones sean colectivas y que se les impongan a los individuos y a las minorías. El proceso de mercado amplía lo individual; el individuo puede errar, pero es él quien toma sus propias decisiones. El proceso político diluye al individuo en las decisiones colectivas.

El capitalismo se debilita cuando un exceso de gobierno le expone a las demandas de los buscadores de rentas. El argumento de las externalidades es demasiado simple. Todos nosotros podemos proclamar que nuestro trabajo proporciona bienes incalculables a muchos de nuestros conciudadanos y a las generaciones futuras. No hay autor que no esté plenamente convencido de que sus libros deberían ser leídos por todo ser viviente y que todos los lectores saldrían beneficiados por su nunca bastante apreciada información, sus vigorosos razonamientos, la finura de su estilo y su elevada inspiración. Entre estos seres vivientes se encuentra la interminable fila de quienes tienen la plena seguridad de que son capaces de proporcionar beneficios inmensos con más dinero de otra gente. No tiene nada de asombroso que, de vez en cuando, la radiotelevisión británica actúe como los componentes de un Servicio Nacional Importunante.

Los individuos y los grupos bajo el capitalismo

El mercado del capitalismo trata al pueblo como personas concretas e individuales. El proceso político del socialismo los agrupa por categorías. El capitalismo crea armonía, el socialismo fricción. El caso más apremiante es el de la raza.

El mercado no distingue colores. • Para los liberales se trata de una afirmación obvia. Para los socialistas hay aquí una desagradable aseveración que no desean examinar por temor a que resulte ser verdadera.

Y lo es. Lo es en todas las regiones, en los cinco continentes: forma parte del saber común. Un tendero de Singapur no mira el color de la piel de su cliente, ya sea ligeramente oscura, acusadamente oscura o cobriza. Quienes más beneficios han obtenido de la represión de los

trabajadores negros de Sudáfrica han sido los trabajadores blancos poco cualificados o sin cualificación. En los años 20, los sindicatos blancos estaban a favor de la policía, fundamentalmente blanca y holandesa, del apartheid. Los capitalistas blancos tenían -y siguen teniendo- más que ganar en un mercado laboral abierto a negros y blancos.²¹ He tenido la oportunidad de leer análisis socialistas del apartheid que admiten paladinamente esta verdad. La obra del profesor blanco británico W.H. Hutt y, en fechas más recientes, la de dos destacados economistas norteamericanos negros, los profesores Thomas Sowell y Walter Williams, y de los blancos sudafricanos Leon Louw y Frances Kendall, no dejan el menor resquicio de duda sobre los principios generales.²²

Los aspectos esenciales fueron expuestos por aquel delgado profesor de economía londinense, audaz a la vez que afectuoso, que ha pasado la mayor parte de su vida en Sudáfrica. W.H. Hutt es el tipo clásico de economista liberal que cuando enseña y escribe dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Ésta fue su norma durante sus 89 años de vida, hasta 1988. Le importaban un comino los intereses creados, a los que atacaba (aunque defendió el sistema en que éstos vivían), el cuerpo académico y, en último término, el mismísimo J.M. Keynes. Combatió a todos ellos cuando enseñaban lo que eran, a su parecer, peligrosas falsedades. Y atacó también a los políticos, a los que acusó de sacrificar principios con el cómodo recurso de declararlos •políticamente impracticables•.

En un libro no muy extenso, publicado en 1964, Hutt argumentaba que los orígenes del apartheid no se hallaban en la economía competitiva del capitalismo sudafricano sino en la normativa gubernamental del mercado laboral, fijada en los primeros años del siglo XX e implantada básicamente bajo la presión de lo que los socialistas llamaban todavía fuerzas «• progresistas» de los sindicatos blancos, en parte apoyados por la American International Workers of the World y sus aliados entre los intelectuales socialistas, así como por las leyes «Jim Crow» que reforzaban la segregación racial.²³

Los negros de Sudáfrica han prosperado más y han tenido mejor suerte bajo el capitalismo de lo que les hubiera ocurrido bajo el socialismo. Un antiguo autor del Left Book Club, el doctor George Sacks, que practicaba y enseñaba cirugía en el Groote Schuur Hospital de Ciudad del Cabo, testificó que los negros de Sudáfrica recibían en las salas de operaciones (por las que no pagaban) mejor trato que muchos pacientes de los hospitales del Servicio Nacional de la Salud (NHS) británicos que tuvo ocasión de visitar cuando viajó a Inglaterra, en 1955, para apoyar el lanzamiento de The Lancet. Aquella opinión no causó gran placer a sus colegas, que habían sido durante mucho tiempo devotos partidarios del NHS.

Los negros y otros trabajadores emergentes de nuestros días, tanto de Africa como del resto del mundo, tienen mucho más que ganar bajo el capitalismo, que les tratará como a personas, que bajo el socialismo, que los considerará miembros de una raza. A los chinos les van bien los negocios en Singapur, porque el mercado les recompensa por su capacidad personal. Los trabajadores del mundo de todas las razas y colores no ganarán nada bajo las cadenas del socialismo. Y éste es el veredicto definitivo en favor del capitalismo.

Notas

- 1 Charles Rowley, Arthur Seldon y Gordon Tullock, *Primer on Public Choice*, Blackwell.
- 2 Wilfred Beckerman, *Pricing for Pollution*, Institute of Economic Affairs, 1975, 2da ed. 1990.
- 3 Raymond Plant, •Can the Greens ever appeal to the poor?•, *The Times*, 26 de junio de 1989.
- 4 Zan Smiley, •Aral Sea threatens the world•, *Daily Telegraph*, 21 de junio de 1989, p.10
- 5 Anthony Downs, *An Economic theory of Democracy*, Harper & Row, 1957.
- 6 Harold Macmillan, *the Middle Way*, Macmillan, 1938.
- 7 Peter Bernholz, *The International Game of Power*, Mouton, 1985.
- 8 Brian Griffiths, *Morality and the Market Place*, Hodder & Stoughton, 1982, 2.ª ed. 1989.
- 9 Ralph Harris y Arthur Seldon, *Welfare without the State*, Institute of Economic Affairs, 1987.
- 10 Harrogate Advertiser, marzo 1989.
- 11 Keith Hartley, •The economics of Bureaucracy and local government•, en *Town Hall Power or Whitehall Pawn?*, Institute of Economic Affairs, 1980.
- 12 Arthur Seldon, *Charge*, Temple Smith, 1977.
- 13 Christina Fulop, *Markets for Employment*, Institute of Economic Affairs, 1971.
- 14 Arthur Seldon, *Crossbow*, octubre 1979.
- 15 Patience Wheatcroft, •In charge of the old brigade•, *Daily Telegraph*, 17 de abril de 1989.
- 16 W. Mitchell, *Government As It Is*, Institute of Economic Affairs, 1988.
- 17 Arthur Seldon, *The Coming Confrontation*, Institute of Economic Affairs, 1978.
- 18 Anthony Wright, *Socialism*, Oxford University Press, 1986.
- 19 Ken Livingstone, *Livingstone's Labour: A Programme for the Nineties*, 1989.
- 20 Tony Travers, *Accountancy Age*, noviembre 1988.
- 21 El estudio más reciente y más sólido sobre estos defectos de entre los llevados a cabo por la literatura socialista ha salido de la pluma del profesor de economía Walter Williams, en *South Africa's War against Capitalism*, Praeger con el Cato Institute, 1989.
- 22 Thomas Sowell, *Race and Economics*, Longman, 1979, y otros escritos; Louw y Kendall, *South Africa: the Solution*, Amgla Publishers, 1986; Russell Lewis y otros, *Apartheid Capitalism or Socialism*, Institute of Economic Affairs, 1986; y otros muchos escritos.
- 23 W.H. Hutt, *the Economics of the Colour Bar*, Institute of Economic Affairs, 1964

Capítulo XIV

PERSPECTIVAS

ROBERT HEILBRONER

The New Palgrave Dictionary of Economics, 1987

La fortaleza del sistema capitalista de Hong Kong garantiza su supervivencia más eficazmente que la Declaración Conjunta chino-británica de 1984 [en la que se acordaba prolongar el libre mercado durante 50 años después de la marcha de los británicos, prevista para 1997].

ZHOU NAN

Viceministro de Asuntos Exteriores de China

(The Times, 6 de marzo de 1989)

... si los políticos no consiguen arruinar el mundo en los próximos 15 años, quedan todavía esperanzas para la libertad.

F. A. HAYEK

en A. Seldon (dir.), *The New Right Enlightenment*

Menos de 75 años después de su inicio oficial, ha llegado a su fin el debate entre el capitalismo y el socialismo: la victoria se ha decantado por el capitalismo. La Unión Soviética, China y Europa Oriental nos han proporcionado la mejor prueba posible de que el capitalismo organiza los asuntos materiales del género humano de una forma más satisfactoria que el socialismo ... la gran pregunta parece ser ahora con qué rapidez se producirá la transformación del socialismo en capitalismo, y no la de un tercer camino, que parecía vislumbrarse hace apenas medio siglo.

ROBERT HEILBRONER

The New Yorker, 23 de enero de 1981

En los últimos años del siglo XX y las primeras décadas del XXI las fuerzas que promueven el avance del capitalismo y la desaparición del socialismo serán más poderosas que las que presionan en sentido contrario.

Así reza el inesperado y transparente cambio de opinión del profesor Heilbroner, desde un escepticismo erudito sobre el futuro del capitalismo en los últimos meses de 1987 a la resignada aceptación del colapso del socialismo en 1989, rara confesión, aunque no la primera, de un destacado economista de la izquierda que considera ya contados los días del sistema socialista. En la voz •Capitalism• del New Palgrave Dictionary of Economics, en 1987,² el profesor Heilbroner reconvenía al cuerpo académico, «obligado por su profesión» a esclarecer •el futuro del capitalismo•, por su «indiferencia histórica ... » frente a valoraciones de alcance histórico, como la de Smith, pasando por Marx, hasta la de Schumpeter. Hoy puede cambiar aquel injustificado escepticismo por certeza anticipada. Sus compañeros socialistas no están, sin embargo, fácilmente dispuestos a admitir su error. Pretenden levantar barreras en el sendero hacia el cambio que Heilbroner divisa ahora.

Será formidable la resistencia a la sustitución de los programas políticos socialistas -salvo las inevitables por el libre mercado capitalista, que es superior. Pero también se darán influencias contrarias, que contribuirán a someter la vida política a la vida doméstica, familiar, artística y cultural, amenazadas por el predominio de los políticos.

La menguante influencia de las ideas socialistas

Las cuatro clases de fuerzas que intervienen en el florecimiento del capitalismo se concretan en la influencia de las ideas, el papel de los intereses creados, la emergencia de un cambio de las circunstancias y el advenimiento de personalidades descollantes a favor o en contra del poder liberador del capitalismo.

Cada una de estas influencias ha contado con sus paladines filosóficos. Sus interrelaciones han constituido materia de permanente debate entre los economistas políticos. J.M. Keynes, que siguió siendo liberal a pesar y por encima de los esfuerzos de sus acólitos por poner sus críticas a las enseñanzas del liberalismo económico clásico al servicio de sus propósitos socialistas, afirmaba que •el mundo estaba regido por nada menos• que las ideas. Necesitan tiempo para llegar a penetrar en las mentes, pero los políticos están siempre influidos por ideas; el peligro consiste en que repitan maquinalmente ideas aprendidas en sus primeros años, ya obsoletas cuando alcanzan el poder. Se subraya, desde los tiempos de Marx, el predominio de los intereses creados, pero los economistas y politólogos de la escuela de la elección pública le dan una interpretación distinta. John Stuart Mill introdujo en el debate la importancia de las circunstancias •conspiradoras•, sin las que podrían ignorarse las ideas. Los historiadores y los filósofos han dedicado mucho tiempo y espacio al análisis de la influencia de las grandes personalidades. Bertrand Russell afirmaba que esta importancia ha sido •indebidamente minimizada• por la gente (debía referirse a los marxistas), que cree haber descubierto •las leyes de los cambios sociales•. Y citaba como ejemplo de estas descollantes personalidades a Bismarck, que forjó una Europa distinta de la que habría sido sin él.³

La concepción que más ha contribuido a desacreditar desde hace más de un siglo al capitalismo ha sido el marxismo. No deja de ser irónico que la doctrina que ha prevalecido por encima de los intereses creados de los capitalistas y ha inspirado la creación de los Estados comunistas que han regido durante algún tiempo los destinos de la mayor parte de la humanidad haya surgido precisamente de la mente de un pensador que insistía en que son los intereses los que encaman la influencia determinante de los asuntos humanos. El socialismo de origen marxista ha sido el concepto más destacado de entre todos cuantos han influido en los gobiernos políticos y en el orden económico de los cinco continentes. Medido por población y superficie, todavía mantenía su dominio, en los primeros años 90, aunque más por imposición que por convicción, sobre la mayor parte de Europa hasta 1989 y todavía hoy día en Asia, en grandes extensiones de África y en algunas regiones de Sudamérica. Pero medido por la producción de bienes y servicios y por los niveles de vida, se ha hundido en un fracaso evidente, que azora a sus antiguos seguidores. Ha dejado ya de ser un formidable asalto intelectual en el contencioso con el capitalismo.

La concepción socialdemócrata alimenta todavía hoy día las esperanzas de muchas personas, especialmente en Europa, que desearían combinar la productividad del capitalismo con la justa distribución del socialismo. Pero aún no se ha descubierto el modo de armonizar ambos sistemas. El dilema es que la distribución socialista debilitaría al capitalismo y destruiría la riqueza que crea, de modo que no habría lugar para una posterior redistribución.

El último énfasis socialdemócrata para hacer aceptable el Estado mediante el expediente de generalizar la participación de los ciudadanos en su maquinaria política tiene más valor como demostración de que las mentes socialistas son muy reacias a prescindir del Estado como árbitro final del orden de la sociedad que por su realismo político. •Cada persona un capitalista• es una meta realista, que ha comenzado a materializarse gracias a los cambios sociales contemporáneos y a los avances de la tecnología. -Cada persona un político• es, por el contrario, una aspiración irrealista, un pensamiento desiderativo, que distrae la atención y la aleja de la tarea de construir una sociedad civilizada, basada en la cooperación entre hombres y mujeres con talentos y capacidades científicas, artísticas, políticas y domésticas distintas pero complementarias, una tarea que ha iniciado su andadura en nuestros días en todo el mundo, salvo algunas pequeñas sociedades tribales, generalmente retrasadas. El objetivo no es convertir en políticos al mayor número posible de ciudadanos, sino al menor número, tan sólo los imprescindibles, de modo que podamos seguir avanzando hacia la meta de mejorar los niveles de vida, en vez de dedicarnos a la permanente contienda de quién debe controlarlos.

La política debe circunscribirse a prestar servicios especializados y reducidos al mínimo, tanto en cifras como en recursos, como ocurre con los taladores de árboles o con los dentistas. Los pocos políticos que se requieren para el desempeño de este puñado de funciones colectivas insustituibles pueden ser contratados y despedidos como el resto de nosotros; no se les debe permitir que se mantengan por tiempo indefinido y olvidados en sus puestos. Debemos mirarlos con escepticismo, no con reverencia. El Parlamento Británico debería retornar a sus sesiones de unos pocos meses al año, como en el siglo XIX. Los políticos han

conseguido dominar una gran parte de nuestras vidas por culpa de las doctrinas socialistas. En una reseña de *Market Socialism*, Charles Seaford se declaraba contrario al mercado incluso bajo la modalidad socialista y prefería la discusión pública universal del profesor Marquand, que proponía la educación de los adultos como medio para que todos puedan participar como miembros de pleno derecho en los debates.⁴ Esta fuga al misticismo es la etapa final en el camino hacia la socialdemocracia.

La idea del socialismo de mercado es una edición corregida y mejorada de las anteriores variantes del socialismo de Estado, pero está todavía atrapada en la creencia de que es el proceso político el que puede y debe conseguir que el mercado se ponga al servicio de los ciudadanos como consumidores. Esta concepción sigue considerando que una política amplia y activa, pero burocratizada, injusta y potencialmente corrupta, es el primer motor de las acciones humanas.

La crítica conservadora al capitalismo liberal que afirma que el mercado perturba la continuidad y es indiferente a los valores culturales depende también de la creación de la maquinaria de un Estado benevolente dirigida por santos y profetas.

Ninguna de las críticas fundamentales lanzadas contra el capitalismo (capítulo IX) ha conseguido rebatir su superioridad frente a las restantes alternativas. El mundo ha tenido que soportar un siglo de comunismo autocrático, de socialismo enervante y debilitador y de conservadurismo jerárquico para llegar a aceptar, al fin, que los inconvenientes del capitalismo liberal son el precio a pagar por su excepcional capacidad de producir altos niveles de vida sin necesidad de reprimir las libertades individuales ni de fomentar contiendas periódicas internacionales.

Los literatos no añaden nada nuevo a las críticas de los académicos y ni siquiera parecen advertir su impotencia y su derrota intelectual.

En el ámbito de las teorías económicas y políticas, cuyo objetivo es explicar la realidad, y en el terreno concreto del contencioso sobre los sistemas, se han registrado, en el pensamiento sociopolítico, en la reinterpretación histórica y en la reformulación legal diez importantes avances que testifican las ventajas del capitalismo (capítulos VII y VIII). Las perspectivas de hace unas décadas a favor del sistema capitalista se han ido consolidando a medida que los asuntos de los hombres y las mujeres se han visto influenciados por las ideas que mejor resisten las críticas y por la piedra de toque de la experiencia. Los intereses creados no sólo pueden debilitar sino también consolidar las ideas. La verdad es que cada persona concreta puede situarse a ambos lados a un mismo tiempo. Ya se han analizado en páginas anteriores, bajo el epígrafe de «circunstancias conspiradoras», los intereses que pueden reforzar la idea liberal. Pero también hay intereses que provocan formidables obstrucciones.

Intereses obstructores

Marx afirmó que los intereses priman sobre las ideas a la hora de determinar la estructura de la sociedad. El análisis moderno de la economía de la política ha diseccionado, por su parte, a la •sociedad buscadora de rentas•. Pero Marx era prisionero del concepto de intereses de clases, y más en concreto del conflicto entre la clase capitalista y la proletaria. Dado que su enfoque para el análisis de los conflictos de intereses era más de tipo sociológico, centrado en los intereses conjuntos de los grupos, que de tipo económico, que estudia las motivaciones individuales predominantes, su definición de las clases estaba más influida por las funciones industriales que por las actividades de los individuos en el mercado.

En el mundo real existen diferencias dentro de cada uno de los grupos, tanto entre los capitalistas como entre los obreros. Entre los primeros, las diferencias fundamentales surgen de que se consideren a sí mismos como compradores o bien como vendedores. Sus intereses como vendedores les inducen a preferir los monopolios, pero como compradores prefieren la competencia. También entre los obreros hay diferencias de intereses: como vendedores de su fuerza laboral prefieren encuadrarse en organizaciones monopolistas, como los sindicatos; en cuanto compradores de los productos o servicios de otros obreros, su opción instintiva es la competencia entre vendedores, tanto mayoristas como minoristas.

La divisoria fundamental de intereses no discurre entre la clase social de los capitalistas y la de los obreros, sino a lo largo del status de mercado, que clasifica a los individuos como productores o consumidores, como vendedores o compradores. Esta línea no separa a grupos diferentes de ciudadanos, sino que traza su trayectoria dentro de unos mismos grupos y entre las personas concretas de que se compone la población. Es esta dicotomía de intereses dentro de cada uno de nosotros la que dificulta la tarea de desarrollar las instituciones que podrían inducir a los individuos a perseguir el objetivo primario entre estos dos intereses conflictivos.

Esta meta primaria debe ser la defensa de nuestros intereses como compradores o consumidores. Si ponemos el acento en nuestros intereses como productores o vendedores, desharemos ante todo salvaguardar nuestros puestos de trabajo, nuestras profesiones y nuestras industrias frente a posibles invasores o frente a los cambios tecnológicos, levantando barreras contra ellos. Al final, acabaremos empobreciéndonos a nosotros mismos por culpa de los proteccionismos defensivos, el estancamiento y la decadencia.

Este fue el destino del mercantilismo y será también el de todo sistema político-económico que nos incite a anteponer nuestros intereses como productores a los que tenemos como consumidores. Y no es el último el socialismo. El único sistema que nos capacita y nos induce a situar nuestros intereses de consumidores por encima de los que tenemos como productores es el libre mercado.

Este es el singular mérito de la economía de mercado del capitalismo. Por desgracia, es también el obstáculo más tenaz en el camino del mantenimiento del capitalismo liberal. La gente suele percibir con claridad sus intereses como empresarios, gerentes, agricultores,

vendedores, contables, ingenieros, médicos, abogados, profesores, ferroviarios, mineros, carpinteros o cocineros. Pero tiende, en cambio, a ver de forma borrosa sus intereses como consumidores. El trabajo es la fuente de ingresos y la base del nivel de vida en la sociedad; parece, en cambio, secundario llevar la cuenta de lo que se gasta o de los precios y calidades de los bienes y servicios que se compran con lo que se gana. Por consiguiente, los ciudadanos se organizan, en cuanto productores, junto a otros productores, para defender y aumentar sus rentas, mucho más de lo que se organizan con otros consumidores para reducir los precios y aumentar las calidades.

A menudo el método más eficaz de organización como productores consiste en arrancar favores al gobierno -bajo la forma de subsidios, desgravaciones fiscales, restricciones a la competencia, barreras a la importación y cosas parecidas.- porque los beneficios se concentran en grupos relativamente reducidos y los costes se diluyen entre el gran número de los contribuyentes o de los consumidores, que no advierten la pérdida que sufren y pocas veces se oponen a las iniciativas de la Administración para complacer a grupos minoritarios, pero bien organizados, a expensas de mayorías desprevenidas. Los intereses de los productores industriales, profesionales y sindicales se han mantenido inamovibles, han estado perfectamente defendidos a lo largo de los años y se muestran radicalmente contrarios a la supresión de sus subvenciones y privilegios. Se han enfrentado en los diez últimos años a los gobiernos cada vez que éstos intentaban servir mejor al interés general de los consumidores mediante el recurso de fomentar la elección entre oferentes que compiten entre sí.

Esta es la tentación a la que todos sucumbiremos apenas podamos. Estamos librando una batalla contra nosotros mismos. Y si no creamos el mecanismo que discipline nuestros instintos autodestructivos, nos empobreceremos y aniquilaremos la esperanza de mejores niveles de vida, la posibilidad de una generosa compasión hacia los que siguen siendo pobres en Occidente, de una mayor ayuda a los pueblos (no a los gobiernos) del Tercer Mundo, de la construcción de un planeta en el que sea posible la ciencia y de la conservación de la naturaleza que hemos recibido en herencia.

Los buscadores de rentas habitan dentro de todos y cada uno de nosotros mismos. Ningún gobierno ha sido capaz hasta ahora de neutralizarlos. Los gobiernos que han regido los destinos de Gran Bretaña desde 1979 han cosechado más éxitos e esta tarea que todos sus antecesores de la época de postguerra, pero han tropezado con la firme oposición de y han tenido que hacer concesiones a los grupos de interés en sus proyectadas reformas de las industrias y los servicios nacionalizados o regulados, desde las minas de carbón y los transportes, pasando por la educación y los cuidados médicos, hasta la financiación de las Administraciones locales.

Los intereses de los productores buscadores de rentas han sido el desafío que el gobierno no ha sabido afrontar para desarrollar un capitalismo liberal al que, por otra parte, habrían dispensado una cordial acogida los ciudadanos en cuanto consumidores. Dos premios Nobel, Milton Friedman y J.M. Buchanan, han prevenido a los liberales contra las autocomplacencias. Ya se han descrito en el capítulo III las cautelas del profesor Friedman. El profesor Buchanan ha llegado a la siguiente conclusión:

«Estamos condenados a vivir en continua frustración si esperamos progresos hacia el ideal libertario de un Estado protector mínimo en el que se reduzca radicalmente el tamaño, el alcance y el poder que tiene hoy la economía masiva de la Administración, y en el que se conceda mucho mayor espacio de juego a las fuerzas generadoras del mercado ... »⁵

Estas precavidas amonestaciones de tan señaladas fuentes deben contribuir a moderar las expectativas liberales. Con todo, es posible adoptar un punto de vista más esperanzador sobre la probable evolución de las próximas décadas. Volveremos más adelante sobre la advertencia del profesor Friedman ya mencionada en el capítulo III. Las dudas del profesor Buchanan sobre el futuro liberal se basan en parte en que el Estado de bienestar autoinflacionario reclama gastos crecientes que son independientes respecto de las decisiones políticas. Pone como ejemplo a los norteamericanos, pero los principios son igualmente aplicables a los británicos y a los ciudadanos de otros países: pueden reclamarse prestaciones sociales a partir de las decisiones de los demandantes (en Gran Bretaña, las mujeres solteras con hijos tienen

•derecho• a una vivienda de protección oficial subvencionada - el equivalente al •riesgo subjetivo• en la salud privada o en otros seguros si la persona asegurada puede influir, mediante su conducta, en una reclamación). Los adelantos científicos, por ejemplo, la posibilidad de mantener con vida, mediante terapia química, a enfermos terminales, ha creado una demanda ilimitada de los últimos avances para todo el mundo: ha sido el propio NHS el que ha estimulado la cruel decepción al alimentar expectativas imposibles mediante el eslogan de •las mejores atenciones médicas para todos•. El creciente número de personas de la tercera edad y la prolongación de la esperanza media de vida incrementarán ilimitadamente los costes de las pensiones. Crecen de día en día los gastos de la Administración financiados mediante déficit, lo que resulta políticamente conveniente porque se paga con los impuestos futuros, no con los actuales.

Otra de las emponzoñadas razones de la presión ejercida sobre los gobiernos para que incrementen los gastos, al menos en Gran Bretaña, si no en Estados Unidos, y probablemente también en Europa bajo la constitución socialista de la CEE, es el elemental error del pensamiento socialista según el cual a medida que aumenta la riqueza de una nación, los políticos deben aumentar en la misma medida los gastos de los servicios del Estado de bienestar. El sentido común dicta que debe ser al revés: cuanto mayores son los ingresos personales, menores han de ser los gastos (y los impuestos) estatales. Pero los políticos cazadores de votos han creado ya las consiguientes expectativas y no es tarea fácil contrarrestarlas.

Todas estas fuentes de creciente resistencia a la reforma del Estado de bienestar parecen configurar el más poderoso motivo para dar por sentado que lo más probable es que se mantenga también en el futuro el proceso de progresiva socialización de una parte verdaderamente notable de la economía británica, que en los primeros años 90 abarcaba casi la mitad del total de las actividades económicas.

Y sin embargo, podría lograrse una transición de las instituciones y de las actitudes de Gran Bretaña desde el Estado al mercado, tanto en los servicios de bienestar como en la industria, las universidades, el arte y la cultura, con menor traumatismo y mayores probabilidades de éxito de lo que parece a primera vista. El profesor Buchanan mencionó una razón básica para invitar a la cautela en la economía de la política. El floreciente Estado de bienestar y las masivas transferencias de riqueza que parece posibilitar proporcionaron a la clase política amplias clientelas de electores y el irresistible impulso a hacerse con el poder político. Los auténticos estadistas que persiguen el bien a largo plazo para sus países fueron desplazados por políticos de carrera, que reaccionaban de forma inmediata a las demandas de los grupos de poder organizados, sin preocuparse excesivamente por sus eventuales resultados. Buchanan ha razonado ampliamente que las soluciones no consisten ya en la mejora de las normas por las que se rigen las actuales estructuras políticas, sino en la reforma de estas estructuras, para impedir que el gobierno lleve adelante sus miopes tendencias suicidas. En consecuencia, ha surgido en Estados Unidos una nueva -economía constitucional*.

Disciplinar al gobierno, sea por medios constitucionales o de otro tipo, es también una tarea pendiente en Gran Bretaña. En este país puede resultar más complicado, por carecer de una constitución escrita que pueda ser modificada mediante enmiendas, el empeño por limitar los poderes gubernamentales para impedir que, bajo presión, incurran en hiperimposiciones, hipercentralización, hiperinflación e hipercapitulaciones. Se entra en un círculo vicioso cuando se espera que el proceso político produzca única y exclusivamente ventajas sin costes aparentes, que sea inmenso pero se mantenga oculto en los laberintos de maniobras políticas que han degradado la democracia. Existen, sin embargo, ciertos cambios institucionales y culturales (ver más abajo) que pueden, al parecer, debilitar el poder del gobierno.

La Primera Ministra llevada al poder por los conservadores ha presidido tres gobiernos formados en parte por políticos convencidos, el equivalente a los estadistas de Buchanan. Su mayor adversario, el Partido Laborista, ha tenido que anunciar su abandono histórico del socialismo de Estado y su aceptación del mercado, al menos sobre el papel, si no ya como principio. Lo cierto es que sigue conservando su fe histórica en el Estado, ampliada en 1989 a la tarea, nueva y paradójica, de configurar un mercado que, para producir los resultados apetecidos, tiene que invadir y asumir muchas de las funciones y de los poderes estatales. Es evidente que el Partido Laborista, aunque renovado, sigue considerando que el proceso político es superior al proceso de mercado. No contempla al mercado como foco e instrumento de las decisiones y la soberanía del pueblo, con un gobierno que está a su servicio en el mercado como criado, no como señor. Si el Partido Laborista quiere actuar de acuerdo con lo que proclama, debe abandonar las doctrinas que ha venido abrazando desde hace un siglo. Pero no da muestras de haber tomado clara nota de los fallos del gobierno, ni de la superioridad del mercado como el plebiscito diario de las democracias económicas capaz de reflejar las preferencias individuales con mayor fiabilidad que el proceso político.

En este enfoque político se respetan más las decisiones de los ciudadanos como votantes en las urnas que sus decisiones en el mercado. Bajo este principio, el fracasado y defectuoso proceso político desearía seguir dominando a la sociedad, donde se ha extendido mucho más allá del campo de las funciones colectivas insustituibles. Puede producir políticos convencidos, pero sus convicciones favorecerán más al Estado que al mercado. El mercado, donde los ciudadanos toman decisiones en su condición de consumidores, sería simplemente tolerado y estaría siempre sujeto a la estricta supervisión y al control de los políticos. No puede escribirse el signo de igualdad entre el proceso político y el de mercado. Aunque se les ha presentado como magnitudes parecidas, existen pocas dudas sobre quién sería el *primus inter pares*.

La solución presentada por Milton Friedman y Rose Friedman para superar The Tyranny of the Status Quo⁶ establecida y defendida por el •triángulo de hierro• de los políticos, los burócratas y los paniaguados necesitaría una adaptación británica. Su versión global norteamericana para conseguir que el interés general prevalezca sobre los intereses sectoriales prevé o bien la elección de un presidente encargado de imponer disciplina al gobierno, o bien la aprobación, por parte de una Convención Constitucional, de una enmienda a la Constitución, exigida por dos tercios de los Estados y ratificada por las tres cuartas partes de los mismos. En 1982, el Senado de los Estados Unidos, a instancias de 31 de los 34 Estados necesarios para la mayoría de dos tercios sobre los 50 de la Unión, aprobó una enmienda que pedía el equilibrio anual de los presupuestos federales. Cuajaba así el triunfo de los monetaristas y de los economistas de la elección pública sobre el keynesianismo, que se inclinaba por la utilización política de los déficit presupuestarios. Los Friedman proponían ulteriores enmiendas, ínter alía otorgar al Presidente un derecho de veto (sobre los impuestos individuales) para sustituir los impuestos progresivos por un tipo único sobre todas las rentas gravadas y para limitar la tasas de incremento de la oferta de dinero del Gobierno Federal.

En Gran Bretaña, donde las socializaciones innecesarias han ganado mucho más terreno que en Estados Unidos, para imponer disciplina al gobierno tal vez se debería comenzar por exigir que prescindiera de todas las funciones colectivas no insustituibles. Esta reforma básica proporcionaría una ayuda sustancial para establecer presupuestos anuales equilibrados, para vetar impuestos, para sustituir las tasas progresivas por un tipo único y para limitar los incrementos anuales de la oferta monetaria.

Le seguiría en importancia la promulgación de un nuevo derecho inalienable, a favor de todos y cada uno de los ciudadanos, situado más allá y por encima del poder de las mayorías políticas. Este derecho garantizaría la facultad de competir con los productores existentes, con los oferentes y con cualesquiera otros intereses creados. Debemos retornar de la adoración del monopolio, sea •público•, profesional, sindical, autónomo, caritativo o de cualquier otra especie, al recelo antimonopolista de los primeros Stuart. A nadie debe otorgársele el privilegio de poder ser el único proveedor. Debe darse por supuesto mientras no se demuestre lo contrario que todo servicio puede ser cubierto en competencia con otros suministradores. Para recurrir al

lenguaje marxista, debe ser arrojada al cubo de la basura de la historia la idolatría socialista del monopolio. El objetivo debe ser eliminar el filtro político que exige que, sea cual fuera la capacidad de inventiva del hombre para descubrir nuevas técnicas, métodos, productos y servicios, debe comenzar por satisfacer a los políticos antes de que pueda ser adoptada y aplicada en beneficio del género humano.

Algunas reformas auxiliares contribuirán a facilitar la tarea. La reducción de los gastos de las Administraciones públicas, mediante una combinación de desocialización y de fijación de precios por todos los servicios cobrables, desde la educación y las atenciones médicas hasta las bibliotecas y los parques nacionales, podría allanar el camino hacia el equilibrio presupuestario. La desocialización del Banco de Inglaterra ayudaría a eliminar el control que sobre la oferta monetaria ejercen los intereses políticos a corto plazo. Así se hace en Alemania. El objetivo central sería aquí poner la mayor distancia posible entre la vida económica y los dominios de la política.

Que los políticos estén dispuestos a renunciar voluntariamente a sus poderes es una pregunta sin respuesta. Su instinto les lleva más a ampliar que a restringir sus imperios. No obstante, los cambios sociales y económicos pueden arrebatarles parcelas de poder. Sus facultades se ven mermadas ante el poder, más firme, del pueblo en el mercado. La capacidad económica de los ciudadanos para rehuir o desafiar al gobierno marca límites al poder político de la Administración. Tiene poco sentido aprobar leyes que serán ignoradas o quebrantadas. •No conozco• -ha dicho Edmund Burke •ningún método que permita procesar a todo un pueblo•.⁷ Ningún Estado moderno dispone de medios suficientes para confinar o encarcelar a todos sus súbditos. Los evasores de impuestos, por otra parte personas honradas y respetuosas de la ley, bloquearían por sí solos todo el sistema penal. Las tendencias actuales de los avances sociales y los cambios tecnológicos de que se hablará más adelante son parte constitutiva de las •circunstancias conspiradoras• que pueden contribuir a evitar o a desafiar a la Administración -,con sus elevados impuestos y su floreciente burocracia- de una manera más fácil y provechosa. Estos cambios y estos avances pueden disuadir al gobierno de imponer medidas que sabe que se han convertido en políticamente impracticables y, por consiguiente, también en •políticamente imposibles•.

Los políticos estadistas excepcionales

No hay un solo gobierno tan abnegado que esté dispuesto a iniciar, sin reticencias, el proceso de reducción de sus poderes. Pueden, en cambio, emprenderlo políticos dotados de sensibilidad suficiente para percibir la reprobación del pueblo frente a Administraciones excesivas. Para ambas cosas se requieren políticos de talla excepcional - la cuarta de las influencias sobre los acontecimientos.

La firme resistencia frente a los intereses que se oponen tenazmente a la liberalización de la economía y de la sociedad necesita políticos excepcionales, que han sido muy escasos desde la aparición, a finales del siglo XIX, del Estado activo, con su capacidad de favorecer a unas determinadas personas o a unos concretos grupos influyentes. Gran Bretaña los produjo en su fase liberal y, por definición, puede volver a producirlos cuando concluya el interludio del siglo socialista y se acerque al final del callejón sin salida. Hay urgente necesidad de esta raza de políticos en el actual interregno entre socialismo y capitalismo, cuando el pueblo ha reiniciado su larga marcha hacia adelante que le llevará de la estrechez a la abundancia, de la esclavitud a la libertad, del socialismo al capitalismo.

Se requieren hombres de la talla de William Pitt, que conoció a Adam Smith y leyó sus escritos, de Robert Peel, que tuvo el coraje de rechazar las leyes sobre cereales desafiando los intereses de los terratenientes, de Gladstone, que quería que el dinero fructificara en los bolsillos del pueblo, de Churchill, que leyó La riqueza de las naciones y, empujado por su hostilidad al socialismo, fue más un whig que el •High Tory• que lo acogió. La historia juzgará si Margaret Thatcher merece formar parte de esta lista. El politólogo Maurice Cranston la ha situado al mismo nivel que Churchill en el Reino Unido, Charles de Gaulle en Francia o Ronald Reagan en Estados Unidos. Ha sido la única figura de Primer Ministro de la historia británica cuyo nombre ha servido para definir una filosofía (•thatcherismo•) que «ha hecho más que ninguna otra por cambiar el país en lo político, lo económico y lo social», y que ha modificado el liderazgo del Partido Conservador «desde la tradicional clase alta de los torios aficionados y paternalistas a los desconocidos pero diligentes pequeño-burgueses de las clases medias».⁸

Fuera cual fuere el veredicto final sobre los líderes que han modelado la historia en el pasado, lo que requiere el futuro, en la medida en que puede ser forjado por los seres humanos a una con instituciones conspiradoras favorables, son estadistas que sepan ver el daño que la excesiva expansión del proceso político ha causado a la economía y a la sociedad. Recaerá sobre ellos la tarea de encabezar la liquidación del imperio de las políticas parásitas redundantes e insolentes, que podrían definirse, con cierta falta de respeto, como RIP (Redundant Impertinent Politics, pero también Requiescant In Pace). Sus principios filosóficos básicos serían la primacía de la libertad sobre la igualdad y la creación del Estado mínimo.

Estos políticos estadistas llevarían a cabo la misión de derrotar a las modernas réplicas de los barones medievales que desafiaban al rey y provocaban la ruina del país en sus luchas por la supremacía. Sus actuales sucesores desafían la soberanía económica, el bien común del pueblo. Estos estadistas podrían surgir de las filas del Partido Conservador a condición de que sea capaz de sojuzgar a sus poderosos corporativistas residuales, que aún siguen creyendo que pueden adivinar y perseguir el bien público frente a las importunidades de los intereses particulares. Pero si es el corporativismo conservador el que se impone, entonces los hombres y las mujeres que se requieren podrían salir del seno de una nueva formación política, enucleada en torno al Partido Social Demócrata de David Owen. Es menos probable que procedan del Partido Laborista, que arrastra todavía demasiados posos socialistas en su

inspiración y su aspiración a imponerse autodisciplina si reconquista el poder merced a su reciente decisión de público reconocimiento del mercado.

Las circunstancias conspiradoras

La tarea de los políticos estadistas será tanto más sencilla cuanto más espontáneamente evolucionen las que John Stuart Mili llamó •circunstancias conspiradoras• para facilitar la transición desde el Estado al mercado, desde el socialismo que se niega a abandonar el campo a pesar de su fracaso al capitalismo que se esfuerza por reemprender, tras un siglo de ausencia, una marcha a la que se oponen los errores intelectuales y los intereses que le impiden desarrollarse mediante el recurso de reprimir la competencia. Se enumeran a continuación ocho de estas circunstancias.

El desafío mediante la huida a la economía sumergida

Ciertos observadores de la lucha entre el capitalismo y el socialismo siguen ignorando las pruebas que demuestran que los ciudadanos cultivan instintivamente el capitalismo, con independencia del signo de su voto, que puede muy bien ser socialista. Desde el Occidente industrializado, pasando por los países socialistas, hasta el Tercer Mundo, las pretensiones de los políticos de estar al servicio del pueblo han sido desmentidas por este mismo pueblo, que los ha rechazado y ha preferido refugiarse en el mercado -blanco, negro o gris.

Desde Gran Bretaña hasta Hungría o Perú, el pueblo deja, siempre que puede, con un palmo de narices a los políticos. Las estadísticas oficiales de la Administración se empeñan en restar importancia a lo que, con palabras de Ortega y Gasset, podría describirse como la creciente •rebelión [fiscal] de las masas•.⁹ Esta minimización revela el dilema cultural de la burocracia establecida. Los burócratas atenúan el verdadero alcance de la evitación y la evasión fiscal porque desean dar a entender que las Haciendas de los países de la Tierra son capaces de controlar la hemorragia de los ingresos públicos. Procurar eludir las cargas fiscales es una acción legal, pero puede significar un drenaje de rentas mucho más abultado que el de las evasiones ilegales. Y, en todo caso, si se resta importancia al rechazo fiscal, no tienen sentido las razones aducidas para ampliar el ejército de los inspectores de Hacienda.

Anthony Christopher, secretario general de la Inland Revenue Staff Federation, que ha aportado autorizadas observaciones a los programas y los Papeles del IEA y ha sugerido importantes ideas al grupo de expertos del Partido Laborista para introducir en el seno del socialismo las mejoras que se supone ha realizado el IEA en el liberalismo económico, ha abogado, con convincentes argumentos, a favor de un aumento de las plantillas de inspectores fiscales, afirmando que su coste suplementario sería muy inferior al de los ingresos fiscales adicionales recuperados. (En términos económicos se diría que estaba en lo cierto cuando

argumentaba que las rentas marginales serían más elevadas que los costes marginales.) Este podría ser el efecto renta de un input incrementado en la recaudación. Pero sigue sin saberse el efecto precio sobre quienes eluden o evaden los impuestos, aunque hay indicios de que los gravámenes no pagados alcanzan un volumen nada desdeñable, que hace que las estimaciones oficiales sean menos fiables que las independientes, por ejemplo, las aportadas por el profesor Edgar Feige.¹⁰ Según Feige, este volumen alcanzaría el 15 por 100 en Gran Bretaña, aproximadamente el doble de las cifras admitidas por el gobierno. E incluso este cálculo puede no haber incluido la modalidad últimamente adoptada por el rechazo fiscal mediante acuerdos informales en virtud de los cuales se intercambian bienes por bienes, servicios por servicios, o bienes por servicios, y esto no sólo entre amigos y familiares, sino también entre diversos comerciantes, a base de tratos en los que no hay cruce de facturas y es pequeño el riesgo de detección. Hay una gradación insensible desde los acuerdos entre amigos a las transacciones entre empresas. El sistema impositivo del moderno Estado activista ha restaurado el trueque como forma extensa, no registrada y no sujeta a impuestos, en los intercambios tanto amistosos como empresariales.

Pero, lo que es aún más fundamental, el Estado moderno ha provocado un cambio cultural en la conducta de los británicos, habitualmente respetuosos cumplidores de la ley. El rechazo de los impuestos, en el que la elusión legal enseña las elevadas recompensas de la evasión ilegal y se confunde con la •aversión• fiscal, se ha generalizado hasta tal extremo que ya se habla del tema, en privado y en público, sin la más mínima sensación de que se trata de una ofensa moral. Induce, por tanto, a una evidente falta de sinceridad en las encuestas de opinión, que afirman haber descubierto una extendida y generalizada disposición a pagar más impuestos (sin cuantificar) a cambio de mayores y mejores servicios de bienestar (sin especificar).

La amplia difusión de la economía sumergida en Occidente tiene una segunda causa no analizada por los propugnadores de una Administración pública más extensa y de impuestos más altos. La expansión del proceso político ha privado de capacidad de influencia a la gran mayoría del pueblo, carente de las habilidades políticas necesarias para alcanzar éxito en la vida bajo un Estado activo que regula, controla y concede subvenciones. Los ciudadanos corrientes no pueden competir con la clase política sobre lo que les parece lealmente aceptable. Sus talentos, básicamente técnicos, artísticos, comerciales o de otro tipo, están a merced de los políticos, que tienen en sus manos el control de las industrias o de los servicios en que trabajan los ciudadanos corrientes. Estos se ven impelidos a escapar no sólo de lo que consideran fiscalidad opresiva o confiscatoria; huyen también del sometimiento a la cultura de la clase política, de la que advierten que no contribuye más o mejor que ellos mismos al bienestar de la nación.

La habilidad de los ciudadanos para esquivar el floreciente proceso político resta eficacia a las propuestas de los laboristas y de algunos conservadores para consolidar y ampliar el poder de la Administración. Ciertos renglones de la protección medioambiental pueden convertirse en una nueva y creciente función colectiva insustituible (de interés público) del gobierno. Pero los ciudadanos, enfrentados a las extensas tareas de la Administración en su conjunto, y ya harto resentidos porque el Estado se queda, por término medio, con la mitad de sus rentas, no

pueden distinguir entre las funciones sustituibles (porque son potencialmente privadas) y las colectivas e insustituibles (porque se centran en bienes o •males• públicos). A menos que se reduzca la contribución total de la población, la creciente fuga de los impuestos predispondrá en contra de las expectativas de que en el futuro se preste atención a los problemas medioambientales, o a cualesquiera otros, y se acepten de buen grado las funciones de la Administración. El rechazo de los impuestos no admite acepción de objetivos. Se rechazan por un igual los objetivos malos y los buenos.

En los países socialistas se desconoce, por definición, el fenómeno del rechazo fiscal. Pero dado que todas las estadísticas socialistas son sospechosas y están teñidas de elementos políticos, su volumen es, sin duda, superior al del Occidente capitalista. Si la economía oculta -incluido el trueque se sitúa en Gran Bretaña en torno al 20 o el 25 por 100, es probable que en los antiguos países comunistas alcance la cota del 40 por 100. Los políticos comunistas y los académicos socialistas pueden condenar como inmoral la economía sumergida del capitalismo, pero esta misma economía, impenetrable para las autoridades fiscales, es la savia del pueblo bajo el comunismo. El hombre bajo el socialismo trabaja por el pan y las legumbres y no se molesta en votar por programas socialistas que no llenen con estos artículos los estantes de las tiendas.

Ha sido el Tercer Mundo el que ha proporcionado la prueba más espectacular de que el mercado, sea legal o ilegal, despierta las facultades productivas reprimidas de las personas. Las economías planificadas de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo han fracasado en su intento por movilizar los instintos de autopreservación de sus pueblos (capítulo IV). Es necesario que se perciban ventajas personales inmediatas y palpables para empujar a los campesinos peruanos hacia actividades en las que pueden desplegar sus habilidades, heredadas o aprendidas. También aquí, y una vez más, la prensa occidental ha transmitido una impresión errónea de las inquietudes y esperanzas del campesinado de Perú. Los superficiales programas televisivos han pasado por alto las causas políticas subyacentes e ignorado el latente potencial individual de autoemancipación. Hasta el Banco Mundial se ha dejado descarriar por los economistas del desarrollo.

Los pueblos del Tercer Mundo han estado durante tanto tiempo oprimidos por el proceso político que han buscado refugio en el mercado sumergido de la producción y de los intercambios privados. Han tenido tanto que sufrir a consecuencia del fracaso socialista que han intentado salvarse a través de la solución capitalista, aunque ilegal. En definitiva, los pueblos de todos los continentes, y no en último lugar los más pobres, demuestran que Adam Smith estaba en lo cierto cuando afirmaba que lo que los hombres y las mujeres desean ante todo es •mejorar su situación•. Lo que se ha producido en todas las regiones del Tercer Mundo dominadas por el socialismo, aunque con diversa tonalidad en cada una de ellas según la ferocidad de los castigos en los regímenes de inspiración marxista o maoísta y la diferente sensibilidad frente a los expolios, ha sido una irrupción del capitalismo -aunque extramuros del ámbito de la economía oficial, en la que este capitalismo había sido reprimido. Donde más

vivamente se ilustra el capitalismo innato de los campesinos es en la evolución de Perú, documentada por el economista Hernando de Soto en *The Other Path*¹¹ así titulada (•El otro sendero•) expresamente para señalar el contraste tanto con el grandiosamente denominado Sendero Luminoso maoísta o marxista del Estado de la planificación centralizada como con la paternalista teología de la liberación de la Iglesia.

La población de Lima y de su entorno no deseaba una planificación política sino libertad individual para emplear sus latentes talentos empresariales. Pero dado que sus gobiernos les habían negado esta libertad, la pusieron en práctica en la economía sumergida, a la que convirtieron en un paraíso con tal rapidez que ha arrollado a la fracasada política económica oficial planificada y ha llegado a generar dos terceras partes del producto nacional.

Esta evolución aparece por doquier en el Tercer Mundo y se desarrollará con mayor ímpetu aún a medida que se vayan conociendo sus resultados. El otro sendero lleva como subtítulo *La invisible revolución del Tercer Mundo*. Justamente como el Nuevo Mundo de América acudió en ayuda del Viejo Mundo en la guerra contra Hitler, puede también ahora el Tercer Mundo acudir en socorro del Primer Mundo del Occidente industrializado, y las lecciones del capitalismo informal, ilegal, pero incontenible, resonarán donde quiera el triángulo de hierro de los políticos, burócratas y paniaguados del gobierno intenten impedir la liberalización de la economía oficial.

El capitalismo encontrará un sendero, oficial o no, para liberarse de los intereses creados que ha tolerado. De una u otra forma, es capaz de corregirse a sí mismo: es reformable. Si el Tercer Mundo puede hallar este sendero, el mundo comunista no podrá quedarse rezagado. La diferencia es que el capitalismo puede hacerlo pacíficamente, con medios legales; el socialismo puede correr el riesgo de enfrentamientos civiles y violencia armada. Antes el mercado, negro o gris, que la Plaza de Tiananmen, los gases georgianos, los cañones de agua de Alemania Oriental o los asesinos polacos.

La presencia femenina en el mercado

Una segunda razón a favor del punto de vista, confiado pero no autocomplacido, de que dentro de poco, y para largas décadas, las preferencias se inclinarán del lado del capitalismo liberal se basa en las consecuencias, una vez más demasiado poco comprendidas, de la emergente influencia de las mujeres en los asuntos económicos. Están ejerciendo una creciente actividad en todos los sectores, tanto políticos como económicos, de la vida. Tal vez en el proceso político los matices de su conducta no se diferencien mucho de los propios de los hombres; son tan acusados los incentivos y las motivaciones de este proceso que afectan casi por un igual a todos los seres humanos. En cualquier caso, las mujeres están menos imbuidas del instinto gregario de la vida política; aquí hay que contar más con su rebeldía, como personas concretas, que con su aquiescencia a la Gleichschaltung (la igualación) del proceso político, que suprime la individualidad en sus procedimientos más importantes.

Pero donde la influencia femenina es auténticamente distinta de la masculina es en el universo de la economía. En términos generales, los hombres se organizan en la industria, como productores, en grandes agrupaciones macroeconómicas. Hasta ahora, la división del trabajo ha asignado básicamente a las mujeres, casadas o solteras, la función de consumidor que compra los artículos necesarios para la vida doméstica. La familia arquetípica ha estado presidida hasta nuestros días por el varón que gana y la mujer que gasta. Incluso cuando también trabajan y aportan su salario, las mujeres siguen reteniendo su función de compradoras y consumidoras, aunque estén cada vez más acompañadas por los hombres. Los varones son, por carácter, más bien animales políticos y las mujeres domésticos. A medida que aumente el número de las mujeres que trabajan y ganan, más fuerte será su influencia en la elaboración de los presupuestos familiares.

Los hombres están acostumbrados a delegar sus opiniones políticas y sus negociaciones de mercado en organizaciones industriales, profesionales y sindicales, de las que surgen decisiones colectivas impulsadas por mayorías de activistas. Es, en cambio, una de las más destacadas características femeninas el hábito de guiarse por sus propias y personales decisiones al hacer las compras en el mercado. La creciente influencia de las mujeres como compradoras y consumidoras respecto a la que ejercen los hombres inducirá a la Administración a oponerse con mayor firmeza a las inoportunas presiones de productores organizados.

El declive de las funciones colectivas insustituibles

La ampliación de la actividad económica capitalista tendrá indudables repercusiones sobre el volumen del gasto público exigido para el desempeño de las funciones colectivas insustituibles. Los resultados vendrán determinadas por dos tendencias fundamentales: la habilidad política del gobierno para desplazar hacia el mercado funciones hasta ahora colectivas pero potencialmente privadas y el balance neto entre la casi segura disminución de recursos y gastos destinados a la defensa y el posible pero problemático incremento requerido para la conservación del medio ambiente.

Las funciones colectivas que no sean insustituibles, incluidas muchas de las prestaciones de bienestar, tendrán que ser transferidas, en medida creciente, al mercado si los impuestos necesarios para su financiación tropiezan con un creciente rechazo y si un número cada vez más nutrido de personas con rentas al alza acude al mercado en busca de mejor calidad (ver más abajo).

Los gastos militares del sector público se reducirán a medida que los países comunistas descubran que tienen que destinar sus escasos recursos a los bienes de consumo para mantener el ritmo de Occidente y Rusia acepte que es inevitable la instalación de la democracia política y del mercado en sus antiguos Estados satélites. No es inevitable que aumenten los gastos gubernamentales destinados a prevenir o remediar las agresiones al medio ambiente e incluso

es posible que disminuyan, si se aprontan medios para evitarlos mediante los incentivos del mercado (capítulo XIII). Este punto de vista está ganando creciente y general aceptación también fuera del ámbito de la escuela de los economistas de mercado, en la izquierda una vez más bajo la guía del profesor Plant.¹²

El ascenso del proletariado

A medida que aumenten las rentas, será mayor el número de personas de la parte inferior de la escala de ingresos que deseará disponer de capacidad para pagarse mejores servicios que los que el Estado afirma (aunque no cumple) que proporciona a todos los ciudadanos por igual. El *embourgeoisement* es otra de las tendencias culturales que tanto la izquierda como también, a menudo, la derecha intentan minimizar e infravalorar.

Es ya urgente la necesidad de subrayar o ilustrar este nuevo incentivo político para que el gobierno desocialice, aunque sea a regañadientes, sus servicios, y proceda a distribuir dinero que permita a los ciudadanos acudir al mercado en busca de mejor calidad.

En 1983, el gobierno conservador renunció a su intento de conceder a los padres de familia la facultad de elegir los centros de educación para sus hijos mediante el sistema de bonos o vales ante la división dentro de sus propias filas y la oposición de los profesores organizados -que amenazaron con una oleada de huelgas y de la Iglesia. En 1993, con un aumento de las rentas reales estimado en torno al 25 o el 30 por 100, serán más numerosos los padres que abandonen los insatisfactorios centros educativos del Estado y exigirán una devolución de los impuestos que les ayude a pagar las tasas de los estudios. El año 2003, cuando tal vez las rentas se hayan duplicado, no habrá político que se atreva a oponerse a los bonos escolares si quiere ser reelegido. En cualquier caso, el mercado podría haber generado las posibilidades de opción de los padres con mucha mayor rapidez que el lento, penoso y opresivo proceso político. Hasta ahora, han sido las familias las que han tenido que esperar a que los políticos abran el mercado. Pero en la vertiente de siglo huirán del Estado paternalista con mayor celeridad que la que se registró en la Alemania del Este en los últimos años de la década de los 80.

El ejemplo del rechazo de la educación estatal será seguido en otros servicios a medida que el incremento de las rentas capacite a un número creciente de personas para acudir al mercado.

Desde las actividades sin ánimo de lucro a las que buscan beneficios

Uno de los timbres de gloria del carácter británico ha sido su capacidad para organizar y defender buenas causas sin pensar en el lucro personal. Aquí los beneficios son de tipo psicológico, no monetario, pero el resultado es el mismo: ayudar a quienes no pueden valerse

por sí solos. Y, con todo, también aquí ha hecho acto de presencia el ya referido prejuicio de que las actividades realizadas con ánimo de lucro son censurables.

Para emitir una opinión correcta, el único criterio válido son las consecuencias que se les derivan a las personas a las que se desea prestar ayuda. Si las iniciativas sin ánimo de lucro producen menos bienes y servicios que las que intentan conseguir beneficios, o los alcanzan con menor rapidez o con tal lentitud que los críticos de mentalidad socialista concluyen que sólo la Administración puede aportarlos en las cantidades o con la prontitud requeridas, hay que cambiar de modo de pensar: debe abandonarse el prejuicio como una complacencia intelectual que satisface a la cultura a expensas de los desamparados.

Las actividades con ánimo de lucro tienen los defectos de toda empresa privada, pero también el valor de enfrentarse al riesgo de fracaso. Las actividades sin ánimo de lucro cuentan con la fortaleza que otorga el sentido de misión, pero tienen también el fallo de la ausencia del sentimiento de urgencia, sobre todo si no hay competencia, o es muy pequeña, por parte de organizaciones con ánimo de lucro y sujetas a la posibilidad de sufrir pérdidas.

El sentido común aconseja permitir la existencia de ambos tipos de iniciativas, para que den testimonio de sus respectivas ventajas en el marco de una competencia más vigorosa. El educacionista norteamericano profesor Myron Lieberman¹³ ha argumentado que los centros educativos privados de Estados Unidos, de los que existe una creciente demanda, no han reaccionado a ella con la prontitud esperada porque se trata, en su mayoría, de instituciones sin ánimo de lucro. La aparición de un elemento más fuerte, bajo la forma de empresas que buscan beneficios al ofertar sus servicios de bienestar y de otro tipo, tanto en Gran Bretaña y Europa como en Estados Unidos, ejercerá una fundamental influencia para contrarrestar intereses creados favorables a las instituciones del Estado.

Ya han comenzado a surgir en Gran Bretaña y en Norteamérica empresas con ánimo de lucro, comenzando por organizaciones hospitalarias cuyos cálculos de costes van muy por delante de los de los hospitales del Estado. A medida que la CEE avance, habrá más campo de acción para las sociedades de seguros médicos y otras iniciativas capitalistas.

La tecnología consolida el mercado

Uno de los episodios característicos de la historia del marxismo ha sido su descubrimiento de que las nuevas tecnologías están sustituyendo, en estos Tiempos Nuevos, la producción en masa de la industria pesada por unidades de tamaño mediano y pequeño. Los cambios tecnológicos constituyen un proceso continuo de socavamiento de las concentraciones de la industria privada capaces de construir monopolios y carteles, o de conseguir acuerdos restrictivos. Ha sido precisamente en el ámbito de las industrias y de los servicios socializados donde más se ha reducido el ritmo del avance de estas nuevas tecnologías, impidiendo de este

modo que se alcancen con rapidez sus saludables efectos. Y es aquí, precisamente, donde se vendrá a.bajo el sector socializado del capitalismo.

La enseñanza no tendrá por qué impartirse en los inmensos edificios llamados Facultades o Universidades si el aprendizaje puede hacerse en casa o en pequeños grupos locales mediante tecnologías asistidas por ordenador. Los hospitales serán de menor tamaño para adecuarlos tanto -si no más-a las conveniencias de las familias visitantes como a las disposiciones de los médicos. No será ya la Administración la que construya las viviendas. Las pensiones dejarán de ser competencia del Estado. Las extracciones de carbón son más baratas y mejores en las minas gestionadas por firmas privadas, mucho más pequeñas, que en las de escala nacional. Los transportes están mejor atendidos por líneas locales flexibles y por compañías privadas de autocares.

El siglo XXI tendrá que prestar mayor atención a los votantes en cuanto consumidores, ofreciéndoles un amplio abanico de bienes y servicios entre los que elegir, que en cuanto productores agrupados en grandes «fábricas», en las que se vota •SI• con fiel obediencia a los líderes sindicales. La tecnología hará que la producción se ajuste más a las oportunidades y mecanismos del capitalismo que a los procedimientos estandarizados del socialismo.

La democracia no es suficiente

En los últimos tiempos, el mundo socialista ha venido ofreciendo un vivo contraste entre las cabinas llenas a rebosar de votantes y las tiendas con estantes semivacíos para los consumidores. La doctrina socialista ha insistido en que la meta última es de carácter político, en que todos los hombres y todas las mujeres tienen •voz y voto•, y en la santidad de las decisiones de la democracia. A los rusos se les ha dicho, al cabo de 70 años de dictadura, que serían liberados por la democracia y por sus votos históricos para la elección de los diputados del Congreso del Pueblo. Los estudiantes chinos han demostrado que estaban verdaderamente dispuestos a morir por la democracia. Los negros sudafricanos exigen democracia en la República de Sudáfrica. Los polacos alcanzaban la -democracia• en agosto de 1989, los húngaros, alemanes orientales, checos y los ciudadanos de otros países europeos en los primeros años 90.

Pero si la democracia no produce los alimentos y bebidas, los vestidos y casas, los automóviles y las vacaciones que puede proporcionar la tecnología, mientras que el capitalismo genera todos estos bienes en abundancia, no basta con enseñar o exigir la democracia. El derecho al voto es un objetivo que se queda demasiado corto ni no está acompañado de la posibilidad de comer. La democracia no es un fin: es un medio para el pan y la libertad. Y si no trae consigo el mercado y sus riquezas, debería dársele al pueblo la posibilidad de elegir entre mercado y democracia.

Es una elección trágica, no necesitada de debate en Gran Bretaña. En Occidente el mercado ha traído la democracia, aunque no ha ocurrido otro tanto todavía en todos los países del Este. Pero ni en el Oeste ni en el mundo comunista/socialista la democracia ha traído hasta ahora el mercado. Resta por ver hasta qué punto las nuevas democracias de Hungría, Polonia y el resto de los países del Centro y del Este europeo querrán asumir la tarea de crear mercados libres y cómo reaccionará el pueblo si tiene que seguir esperando año tras año. Si las democracias políticas no proporcionan mercados legales a los ciudadanos, éstos crearán mercados ilegales.

¿Cuál de estas dos cosas elegirá el pueblo en primer lugar? Existen pocas dudas de que no se aceptará la democracia política por su valor nominal si no trae a la vez la democracia económica: las libertades, opciones, alta calidad y crecientes niveles del mercado. Gorbachov aceptó demasiado tarde esta incómoda conclusión. Deng Xiao Ping supo verla antes, pero, en la alternancia de las luchas por el poder entre el Estado y el mercado con el propósito de asegurar un suave aterrizaje en el capitalismo, en junio de 1989 dio marcha atrás al motor del mercado-, por un período desconocido, para poder seguir manteniendo bajo control la velocidad del cambio. La democrática coalición polaca Solidaridad se hundirá en el fracaso si pretende rehuir el mercado. Los líderes africanos tendrán que seguir el ejemplo de Occidente y de los nuevos capitalismos del Tercer Mundo a la hora de introducir el sistema capitalista. Desearán, por supuesto, controlar su ritmo, de modo que les permita aferrarse al poder político. Pero el pueblo se sentirá tanto menos dispuesto a esperar cuanto más conozca los niveles de vida del capitalismo occidental.

Las lecciones de la experiencia: al final todo se descubre

Aunque mencionada en último lugar, tal vez sea ésta la más poderosa de las 8 circunstancias conspiradoras para la restauración del capitalismo, tanto en el Este, donde se le había reprimido, como en el Oeste, donde había sido despojado de su vigor.

En los años 30, en mi época de estudiante en la London School of Economics (LSE), los socialistas de la honradez podían abogar por el socialismo sin el inconveniente de saber si funcionaría bien o mal en la práctica. Tenían la conciencia limpia. La URSS estaba prohibida a los occidentales. Cuando los socialdemócratas o los socialistas democráticos se reunían, ya fuera en los amplios salones de la LSE o en los oscuros cuartos del New Fabian Bureau, no disponían de documentación fehaciente sobre el socialismo real que pudiera servirles de guía o de timbre de alarma. Pero los socialistas que piden hoy día socialismo, o más socialismo, no pueden alegar ya esta excusa. El pueblo lo conoce a través de una experiencia prolongada durante décadas.

Hasta hace unos pocos años, a los socialistas aún les resultaba posible argumentar que no se podía tildar de malo al socialismo por la simple razón de que no se le había implantado en parte alguna. Y todavía hay quienes siguen insistiendo en que nadie ha tenido la fortuna de

vivir la •realidad• socialista. Pero la gente que había soportado el socialismo tal como existía de hecho, había aguantado durante demasiado tiempo y ya no estaba dispuesta a seguir esperando por más tiempo un socialismo •real• tal como podría ser. Habían desafiado las balas comunistas para demostrar que había llegado a su fin el plazo de espera, y no sólo para conseguir el derecho al voto, sino el derecho a comprar lo que quisieran en el mercado.

Los intelectuales socialistas no pueden insistir en presentar al socialismo como una visión soñada. Para millones de personas ha sido una realidad cotidiana -desde su expresión más extrema bajo el comunismo de la antigua URSS, pasando por las formas mitigadas de Suecia y Austria, hasta los sectores socializados del Occidente capitalista. Hace ya tiempo que suena a falsa, según Roy Hattersley, la afirmación de que •es posible, mediante una acción colectiva, ... [incrementar] la igualdad y, por consiguiente, [dar] realidad al concepto de libertad proporcionando el poder que otorga a la mayoría de los hombres y las mujeres la capacidad de ejercer sus derechos de ciudadanos libres•.¹⁴ En los años 30 todavía era posible defender esta idea, pero en la década de los 80 y los 90, al cabo de 50 o 60 años de ■acción• colectiva de todo tipo, y bajo toda clase de condiciones, con santos y con pecadores, no pasa de ser vana promesa. No se ha dado en ninguna parte y no hay razón para suponer que pueda darse en el futuro.

Hoy ya es demasiado tarde para insistir en que el comunismo tiene un rostro humano, en que la democracia social será en el futuro menos represiva y la industria y el bienestar nacionalizados más responsables. Tal vez los intelectuales crean lo que dicen. Pero el pueblo puede ahora rechazar el socialismo, incluida su variante del Estado de bienestar, y buscar refugio en el mercado.

La experiencia vivida por millones de personas bajo los regímenes socialistas ha privado al cuerpo intelectual de la capacidad de seguir abogando por un socialismo del que afirmaban que aún no había existido. Aquí se encuentra la más poderosa de las ocho circunstancias que conspiran para hacer que el capitalismo cuente con mayores probabilidades de futuro que el socialismo.

Las teorías socialistas y las realidades capitalistas

Este libro persigue el propósito de refutar los juicios erróneos vertidos sobre el capitalismo por críticos de mentalidad socialista como primer paso hacia una revisión de sus vicios y sus virtudes económicas y políticas. El conjunto de los ciudadanos ha sido descarriado, durante un siglo o más, por el mundo académico, por los políticos y los intérpretes literarios del capitalismo que no supieron, y siguen sin saber, comprender sus virtudes (o sus defectos).

«El estudio de la historia de las opiniones• -decía J. M. Keynes» es un prolegómeno necesario para la emancipación de la mente•.¹⁵ Las más penetrantes mentes socialistas están

tornando hacia una mejor comprensión del sistema capitalista, en otro tiempo objeto de burla y mofa. En la actualidad, la causa del capitalismo es más sólida de lo que sus críticos están dispuestos a reconocer.

Al capitalismo debe juzgársele no sólo por lo que ha conseguido, a pesar de los fallos, sino también, y más aún, por las cumbres que podría haber escalado si el proceso político se hubiera ceñido a sus funciones esenciales y se hubiera depurado mucho más de lo que ha hecho hasta ahora, para reflejar tanto las preferencias microeconómicas como las opiniones macroeconómicas de la ciudadanía.

Las críticas al capitalismo vienen anunciando su inminente defunción ya desde su cuna. Hace 150 años los marxistas y otros socialistas, desde Friedrich rlnzels en 1844, pasando por John Strachey en 1936, hasta el profesor Eric Hobsbawm en 1988, han venido detectando •crisis capitalis-tas• que preludiaban el colapso del sistema. Engels aducía la •Crisis• de los años 1840, Strachey aportaba numerosas •pruebas• extraídas de la Gran Depresión de 1929-31 (analizadas con convicción y regusto en *The Nature of Capitalist Crisis*¹⁶). La última de estas crisis• sería, según el profesor Hobsbawm, la de la Bolsa en octubre de 1987.

Los socialistas interpretan las curvas descendentes del capitalismo como líneas en catastrófico desplome vertical que perforarían el eje horizontal de las abscisas: a partir de aquí, los capitalistas explotadores del proletariado se convertirían en explotados.

Ni Marx ni sus partidarios han analizado el proceso inverso, de expropiación de los explotadores comunistas por los trabajadores explotados, ahora emergentes en el antiguo mundo soviético. La rebelión de las masas contra las pretensiones políticas y la insensibilidad democrática no fue prevista por los fabianos, ni ha sido llevada a sus últimas consecuencias por sus seguidores. Las curvas ascendentes del progreso capitalista fueron rechazadas por marxistas y fabianos como débiles y superficiales plateados en torno a densos nubarrones de pobreza y de miseria, de inmisericordia y alienación, de desempleo y de inflación.

No han sido los marxistas y restantes socialistas los únicos profetas de catástrofes. Estaban absolutamente seguros del fallecimiento del capitalismo y lo celebraban. Pero no faltaban otros que contemplaban con escepticismo su futuro, aunque no siempre les complacía la idea. • ... todos los grandes economistas• -dice el profesor Heilbroner, sin que parezca lamentar! •han admitido la posibilidad de un final del período capitalista de la historia. •¹⁷ David Ricardo, a quien Lionel Robbins incluye en la lis-ta de los más grandes economistas clásicos ingleses,¹⁸ y John Stuart Mill, que escribió un himno de alabanza a la libertad, pero que veía algunas cosas buenas en el socialismo (hacia 1850: en los años 1990 habría tenido alguna mayor dificultad), anticiparon que el crecimiento capitalista podría conocer períodos de estancamiento. Marx (a quien Heilbroner clasifica como gran economista) creyó distinguir una serie de crisis capitalistas sucesivas cada vez más agudas, ha.sta que llegara el momento en que ya no podría resolver sus contradicciones internas, aunque evidentemente aplazables. No eran predicciones que afligieran a sus profetas.

Pero hubo otros que, aunque dudaban del futuro del capitalismo, supieron ver sus virtudes y no saludaron alborozadamente su sucesión socialista. J.M. Keynes arguía en 1936 a

favor de la -socialización• de las inversiones,¹⁹ pero no se habría adentrado por la senda hacia el marxismo emprendida por sus discípulos de Cambridge si su vida se hubiera prolongado más allá de 1946. Joseph Schumpeter consideraba que el auténtico éxito del capitalismo radicaba en que era capaz de generar la crítica de sus propios fallos, que le habrían inclinado hacia el socialismo burocrático.²⁰

La conclusión a que llegaba en 1987 Heilbroner es que •la historia nos impone un saludable escepticismo• acerca de las perspectivas del capitalismo, lo que significa un generoso reconocimiento de que existen contradicciones tanto en los argumentos de los economistas como en los datos aportados por los historiadores. A principios de 1989 opinaba que el conflicto se había resuelto en favor del capitalismo. No están hoy, en cambio, tan seguros del futuro del socialismo otros críticos y escépticos socialistas. A pesar de todas las profecías, el capitalismo no parece estar condenado a desaparecer. Al contrario, concluía el líder programático de un Partido Laborista hambriento de votos, tiene que ser aceptado y, si no alegremente recibido, sí, cuando menos, y aunque sea a regañadientes, reconocido.

No se producirá con excesiva rapidez el cambio de talante. Tiene que resultar verdaderamente difícil seguir insistiendo en la certidumbre del más o menos próximo colapso del capitalismo cuando los países socialistas están avanzando hacia o retrocediendo al sistema de mercado. Los dirigentes políticos del antiguo bloque socialista han decidido, en efecto, que, con independencia de la oposición de las fuerzas militares, del establishment industrial y de los ideólogos, el mecanismo del capitalismo, el mercado, es un instrumento necesario para elevar los niveles de vida, porque ya no pueden seguir ocultando el vivo y molesto contraste con el Occidente capitalista. Sus economistas domésticos, ya anticipados, al igual que los nuevos políticos, en las figuras de sus antecesores, que habían previsto, en los años 50, y con dos o tres décadas de antelación, la necesidad del mercado, no pueden mantener por más tiempo la pretensión de que la planificación centralizada es el mejor método para la asignación de recursos escasos. Sus portavoces no pueden insistir en su denuncia ritual de la ineficacia y la degeneración del capitalismo. Y los economistas socialistas de Occidente, como el profesor Allee Nove, pueden ahora, por su parte, urgir la adopción de los mercados sin arriesgarse a tener que arrostrar el desagrado de los líderes comunistas o la pérdida de sus visados.

Los políticos occidentales, que se mostraban en el pasado muy circunspectos a la hora de utilizar los nombres de sistemas económicos teñidos durante mucho tiempo de mala fama para no perder votos, están hoy día más dispuestos a declarar abierta y desembarazadamente su apoyo al capitalismo y al mercado. El cambio, respecto a la época de entreguerras, es casi apocalíptico. No puedo recordar el nombre de un solo político conservador o liberal de los años 30 que pronunciara una sola palabra favorable al capitalismo. •Empresa privada• era lo más a que se aventuraban para referirse a su sistema preferido. Podían condenar el socialismo, pero no convertirse en defensores del capitalismo.

La modificación del debate intelectual y el reconocimiento por parte de los académicos socialistas más penetrantes de que el mercado es indispensable y de que los liberales económicos no son, a fin de cuentas, aquellos lacayos del capitalismo• de que hablaba Marx, ha

dado nuevos ánimos a los políticos no socialistas o antisocialistas. La señora Thatcher ha sido la primera Jefe de Gobierno de la historia británica que se ha adherido abiertamente al capitalismo. Tal vez se le haya añadido el adjetivo de -popular• por razones de prudencia en las relaciones públicas, pero de todas formas está justificado a la vista de los esfuerzos desarrollados a lo largo de sus tres gobiernos por difundir la propiedad privada, no en último término a través de la desocialización.

Si los líderes comunistas no dispensan una acogida más explícita al capitalismo, tampoco lo siguen condenando -a excepción de las satrapías dependientes, como Cuba, o los últimos reductos de Rumanía. Pero lo practican cada vez más. Aunque los dirigentes socialistas de los partidos laboristas o socialdemócratas de Occidente no aceptan aún el desafío de saludar al capitalismo por su propio nombre, lo cultivan en sus Departamentos. Así ocurre en Australia, Nueva Zelanda, España, Grecia y Alemania Federal. Lo incorporan, en cambio, a su pensamiento y a sus revisiones de la política, porque más puede contribuir a hacer ganar votos que a perderlos, como en el caso de Gran Bretaña y de Italia.

Si hay políticos socialistas occidentales que, como John Smith, Bryan Gould y Roy Hattersley en Gran Bretaña, se resisten a mencionar por su nombre al capitalismo y darle la bienvenida, se debe en muy buena parte a que a sus activistas de mentalidad doctrinaria les sigue inspirando una profunda y persistente repugnancia y porque sus literatos socialistas de la clase media no cesan de cubrirle de vituperios. Tal vez los dirigentes socialistas tengan que sufrir todavía durante algunos años, hasta que desaparezcan sus intelectuales irredentos, la desventaja de parecer que defienden un sistema socialista que sus seguidores de la clase obrera rechazan en sus vidas diarias, tal vez tengan que condenar un sistema del que sus votantes obtienen ventajas. Hasta que llegue el día en que puedan decir abiertamente lo que saben y puedan declarar sin cortapisas que han dejado de ser socialistas un día que puede llegar demasiado tarde para obtener despachos ministeriales tienen que contemporizar entre la nascente convicción de que han aceptado un socialismo inaplicable y la necesidad de evitar, en atención a sus seguidores socialistas, la condena de este sistema, mediante el rodeo de presentarse a sí mismos, en cuanto Partido Laborista, como socialistas demócratas o demócratas socialistas.

La expresión más sofisticada de este arte, desplegada por David Marquand en el mundo académico y por David Owen en el político, es lograr una combinación entre la aceptación y el rechazo del capitalismo. Hay diferencias en el modo de combinar las cosas el uno y el otro. El académico acepta el capitalismo por su capacidad de descentralización, pero lo rechaza porque descuida los valores culturales. El político lo acepta por su productividad, pero lo rechaza por su insensibilidad para la distribución. En la publicación *Economic Affairs* del IEA, el doctor Owen combinaba la necesidad de la competencia del mercado con la conveniencia de la redistribución del Estado; en el elegante lenguaje de nuestros días, competición con compasión.²¹

Pero ambas combinaciones están abocadas al fracaso, porque desean la indispensable fortaleza del capitalismo sin sus incidentales puntos débiles. Se arriesgan a echar al niño por el desagüe junto con el agua de la bañera. Quieren comerse el pastel y a la vez guardarlo. Aquí está aquella errónea intelección del capitalismo que ha impedido que sus críticos lo acepten y les ha empujado a la búsqueda del ídolo del socialismo. Ambas combinaciones son metas ilusorias, carentes de realismo, porque intentan eliminar los vicios del sistema ca pita lista con métodos que destruirían sus virtudes. Es cierto que pueden remediarse o minimizarse los defectos que los críticos descubren, pero debe hacerse con medios que no debiliten su fortaleza. Si aplican su talento a esta tarea, podrían conseguir un capitalismo purificado, que conservaría la mayor parte de sus ventajas y sólo retendría una porción mínima de sus inconvenientes. En caso contrario, no harán sino debilitar el capitalismo inoculándole el socialismo.

El enfoque opuesto consiste en intentar salvar al socialismo insertándole el mecanismo capitalista del mercado. Se trata, una vez más, del planteamiento propuesto por los sectores socialistas que han llegado a comprender la necesidad del mercado capitalista, pero que se aferran a su socialismo por razones históricas o emotivas; por ejemplo, que sólo el socialismo puede salvaguardar los llamados valores socialistas de comunidad, compasión y participación.

El más señalado de estos intentos por salvar el socialismo a base de importar capitalismo ha sido el desarrollado por Raymond Plant.²² Su construcción (para la que contó con la colaboración de Kenneth Hoover) es la mejor de cuantas se han acometido hasta ahora para mantener a flote el socialismo, porque es uno de los pocos críticos del capitalismo que da muestras de haber leído los escritos de los economistas liberales.

El enfoque de Plant revela el reciente cambio en el comportamiento de la izquierda británica frente al capitalismo, que ha pasado del rechazo despectivo al análisis respetuoso y al deseo de aprender antes de emitir una valoración. La reseña que el editor dedica al autor en la cubierta del libro no se circunscribe a un amable cumplido, sino que contiene una condena y una descalificación de (casi todos) los autores restantes, socialistas y ex-socialistas: •Es una de las pocas valoraciones críticas de la Nueva Derecha basada en un claro conocimiento del auténtico contenido de los argumentos a favor del libre mercado•. El aspecto más significativo de la obra es que presenta una crítica del capitalismo que finaliza con una admonición a los socialistas para que aprendan de él y modifiquen su concepción del socialismo de modo que puedan incorporar algunos elementos capitalistas.

Tanto la crítica como la admonición son originales. Es, en efecto, una crítica más elaborada que la de otros escritos socialistas, aunque se juzga al capitalismo tal como es, no tal como podría haber sido. Pero más novedosa aún es la erudita franqueza con que se exhorta a los socialistas a aprender de la causa capitalista y aplicarla adecuadamente al socialismo.

Son de particular interés las lecciones que, en opinión del profesor Plant, más importa que aprendan los socialistas: •Lo que ahora urge ... es actualizar y repensar la tradición de R.H. Tawney y de otros ... cómo los conservadores [quiere decir los liberales] del mercado libre han vuelto a meditar y actualizar la tradición del liberalismo clásico. • En definitiva, se muestra un

tanto escéptico sobre la capacidad del nuevo concepto de •ciudadanía• para salvar la causa socialista (a base de someter al Estado al control del pueblo) hasta que no se vea claramente cuáles son los •valores y criterios• implicados en esta idea.

Una llamada a la «intelligentsia»

De los cuatro elementos que influyen en la política -ideas, intereses, circunstancias conspiradoras y personalidad-, son las ideas las que siguen ejerciendo la influencia dominante para la configuración de las instituciones que determinan cómo desea vivir el pueblo. El capitalismo no cederá a las críticas ni siquiera en el caso de que presentaran más sólidos argumentos: está demasiado profundamente arraigado en las aspiraciones humanas. Sean cuales fueren las concepciones de la •intelligentsia•, los ciudadanos seguirán comerciando entre sí, dentro o fuera de la ley, para mejorar su situación.

Pero los críticos están empezando a ver sus propios errores. Robert Heilbroner cambió rápidamente desde un convencido escepticismo, en 1987, sobre el futuro del capitalismo, al resignado reconocimiento, en 1989, de que el sistema capitalista es indestructible. El capitalismo nunca ha estado, y nunca estará, libre de defectos. Pero posee la capacidad de eliminar muchas de sus imperfecciones. La alternativa socialista de incorporar el mercado como instrumento subordinado al Estado apenas es otra cosa que un intento por impedir el naufragio de la visión del socialismo.

Si los teorizadores del socialismo están verdaderamente interesados en el futuro del pueblo, el mejor modo que tienen de ayudarle es colaborar en la tarea de forjar un capitalismo lastrado con menos imperfecciones.

Perspectivas - el contraste entre el Este y el Oeste

Este libro ha dedicado más atención a las ideas y los principios económicos que a las actuaciones y los programas políticos. No obstante, mientras lo estaba redactando, entre octubre de 1988 y julio de 1989, con una actualización en octubre de este último año, el mundo ha cambiado mucho más rápidamente que las teorías (y sus posibles explicaciones) sobre estos cambios. La ideas están sujetas a un proceso ininterrumpido de depuración, y hay mucho más que decir sobre el funcionamiento y los méritos respectivos del capitalismo y el socialismo en octubre de 1989 que en este mismo mes del año anterior. En el decurso de estos doce meses, el universo de los acontecimientos se ha movido mucho más y con mucha mayor rapidez de cuanto cabía imaginar en 1988. Y es absolutamente seguro que el ritmo de los cambios registrará una aceleración aún mucho más rápida a medida que pasa el tiempo. La renuncia del •gobierno• comunista de Alemania Oriental, el 7 de noviembre, y del

Politburó al día siguiente, se produjo en el seno mismo de lo que se venía considerando como la más dura línea de resistencia del bloque comunista. El comunismo se ha derrumbado. Y, sin embargo, se mantienen imperturbables las doctrinas del socialismo en Occidente.

Tampoco caben muchas dudas sobre la dirección del cambio en los acontecimientos y los movimientos. Se trata de un camino que avanza en línea recta del socialismo al capitalismo. La dimisión del gobierno comunista germanooriental del 7 de noviembre y del Politburó el día 8 tendrá indudables repercusiones en los países menos rígidamente comunistas, y también, al final, en la propia URSS, que ya había iniciado el abandono del comunismo moscovita en virtud de la transparencia (glasnost) y de la re-estructuración (perestroika) introducidas en 1985 por Gorbachov. Ambas cosas significaban menos socialismo, pero no se mencionaba el capitalismo. Tres aspectos llaman aquí la atención.

En primer lugar, el cambio tiene tintes más dramáticos en la URSS y en Europa Oriental, pero, aunque más silencioso, no es menos radical en los países pequeños en Asia, por ejemplo en Camboya, o en Sudamérica, en el caso de Nicaragua- que concitan menos la atención de los medios de comunicación colectiva.

En segundo lugar, parece seguir poniéndose el acento en el proceso político de la democracia representativa y no tanto en el mucho más fundamental del mercado y de sus inherentes derechos de propiedad, en la libertad de entrada de las personas en las actividades económicas, en la libertad de contrato y en el gobierno mínimo.

En tercer lugar, mientras el mundo socialista se desplaza para incluir los mercados y la propiedad privada del capitalismo, los socialistas occidentales continúan pregonando las excelencias del socialismo. Este último aspecto es el más revelador.

Los espectaculares acontecimientos de la Europa comunista revisten una significación más inmediata en el capítulo de las concesiones que la URSS puede estar dispuesta a hacer a Occidente - no la menos importante la relacionada con el desarme nuclear-, porque está urgentemente necesitada de la ayuda financiera y de los expertos capitalistas, sin los que el despegue para recuperar el retraso económico será tan lento que no llegará a tiempo para mantener a flote el poder político de los líderes socialistas. Pero en lo que respecta a la vida de los ciudadanos concretos, el cambio del socialismo al capitalismo no ha sido menos sensacional en los países mas pequeños.

El énfasis eufórico puesto en la aparición, o por mejor decir, reaparición, de la democracia en los países socialistas es un exponente del arreflejo predominio de que disfrutaban en el pensamiento occidental las libertades políticas formales ante las urnas y la escasa atención prestada a las libertades económicas del mercado. Puede parecer que la democracia política es el medio necesario a través del cual los ciudadanos de los países tardíamente liberados del socialismo pueden usar sus nuevos poderes como electores para votar, en el terreno de la realidad, a favor de la siguiente fase, esto es, a favor de las libertades sustantivas del mercado. Pero la experiencia del siglo pasado en Occidente enseña que la democracia política no es suficiente. No ha servido para crear el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Le

quedaba a Mijail Gorbachov un largo camino por recorrer para llegar a la visión política de Abraham Lincoln.

El contraste entre el reluctant abandono del socialismo entre los socialistas del Este y su infatigable defensa entre los socialistas del Oeste es un misterio que deberán desentrañar los perplejos filósofos. La aflicción debilita los filos del pensamiento de la izquierda, desde los revisionistas intelectuales del Marxism Today hasta los revisionistas políticos del Partido Laborista. Los marxistas de Europa Oriental y de otros continentes, que conocen el marxismo en la teoría y en la práctica, lo están abandonando. Los marxistas y los socialistas del laborismo que soñaban con un socialismo purificado de sus defectos aún no han despertado de su sueño.

Los más tenaces seguidores del socialismo no son los ciudadanos corrientes, preocupados por el ritmo de su vida cotidiana, sino los intelectuales, preocupados por las ideas que les proporcionan su sustento psicológico. A mitad de camino se encuentran los políticos, preocupados por sus intereses profesionales en el poder, dispuestos tal vez a usarlo para hacer el bien, aunque en la práctica a menudo provocan males.

El pueblo desea cambiar del socialismo al capitalismo tan pronto como advierte que sus familias desean tener niveles de vida más confortables, mayor provisión de alimentos, más y mejores vestidos que les alegran el espíritu, viviendas que les proporcionan privacidad. Han esperado estas cosas durante demasiado tiempo bajo el socialismo. Las promesas se han quedado en palabras huérfanas. Ahora quieren cambiar al capitalismo tan pronto se lo permitan sus dirigentes socialistas, como demostraron los alemanes orientales a finales del verano de 1989, evitando el muro de Honecker por el rodeo de Hungría y Checoslovaquia.

Los políticos cambiarán del socialismo al capitalismo cuando vean que la coacción ha llegado a su punto final y que consiguen más votos con niveles de vida más elevados. El sucesor de Honecker, Ogen Krenz, intentó, dentro de los 14 días siguientes a su nombramiento, liberalizar a Alemania Oriental no movido por sus convicciones socialistas, sino animado por la vana esperanza de conservar así el poder. Con todo, la idea del socialismo seguirá viviendo mucho después de haber sido rechazada por el pueblo y desechada por los políticos, porque contará con el apoyo de las mentes, los escritos y las enseñanzas de los intelectuales.

Ésta es la influencia decisiva para el futuro de Occidente, y más en particular de Gran Bretaña. Ya en los años 50 vislumbraron los intelectuales del Este europeo que el socialismo conducía al fracaso y comenzaron a hablar, por consiguiente, de precios, beneficios y mercado. Pero los políticos opinaron que mediante el instrumento de la coacción estaban todavía en situación de conseguir aquella elevada productividad de la que habían blasonado prematuramente. Los hechos ocurridos en 1980-1990 han demostrado la solidez de los argumentos de los intelectuales, pues tras un período de 70 años, la coacción se ha derrumbado. Ahora ya están de acuerdo con sus políticos. ¿Qué pensarán de sus homónimos de Occidente?

Los intelectuales occidentales, y más especialmente los de Gran Bretaña, donde se han venido alternando gobiernos conservadores y laboristas, siguen aferrados a sus creencias y las defienden a ultranza. No sólo cuen-tan, en esta empresa, con el atento oído de los laboristas,

sino que, con frecuencia, también ellos se dedican a la carrera política. A su entender, nada ha cambiado: los argumentos contra el socialismo topan con oídos sordos: niegan simplemente las pruebas que condenan el sistema. Están dispuestos a seguir librando con ánimo imperturbable la batalla por el socialismo. Los marxistas hablan de renovación, del descubrimiento de nuestras estrategias políticas (alianzas con grupos no socialistas) • a lo largo de la senda hacia el socialismo •.²³ Los laboristas revisionistas hablan de mercado, pero planifican socialismo. Pueden admitir dolorosos reajustes, pero siempre es socialismo.

Los intelectuales de la URSS, Polonia, Hungría, Yugoslavia y la antigua Alemania Democrática pueden sentirse maravillados ante la irracional lealtad de la larga línea de los socialistas occidentales, desde Marx y Engels, pasando por Lenin y Trotsky, Laski y Strachey, hasta Crosland y Crossman. Los socialistas de Gran Bretaña (y del mundo entero) prolongarán su batalla contra el capitalismo en las notas a pie de página, los mítines, las salas de lectura, los periódicos, el teatro. No se rendirán, porque, en cuanto verdadera estirpe de sociólogos socialistas, están incapacitados para reconocer y confesar su error. Las excepciones son excepcionales.

Algunos pensadores socialistas han abandonado el socialismo en la medida en que comprenden y aceptan el mercado. Pero en su mayoría se mantienen fieles al sueño socialista, con la esperanza de ver a santos y profetas al frente de los gobiernos. El resto de los mortales debe confiarles sus ilusiones, mientras se depuran los imperfectos instrumentos desarrollados bajo el capitalismo para proporcionar a la especie humana un mundo cada vez más armonioso y civilizado.

En términos generales, son luminosas las perspectivas que se abren ante el capitalismo. Pero se mantiene incierta la esperanza de que el mercado desembarque en breve en la emancipación del pueblo. La URSS produjo un Gorbachov porque las fuerzas del mercado, los avances tecnológicos y las aspiraciones sociales habían sembrado en los rusos y en las demás poblaciones sometidas la impaciencia por alcanzar los niveles de vida occidentales. Ahora bien, estos niveles de Occidente están todavía refrenados y son innecesariamente desiguales, porque el proceso político ha generado demasiados paniaguados en todos los partidos. El Partido Laborista aún no ha aprendido la lección. Los partidos intermedios han errado el camino, pero todavía están a tiempo de competir con los conservadores, si saben afianzarse en el mercado. Los «whigs» del renovado Partido Conservador, orientados al mercado, tendrán que desalojar de sus posiciones a los viejos •tories• residuales y reconquistar a los millones de hombres y mujeres cualificados o semicualificados y con aspiraciones que desean una economía de mercado en la que poder desplegar sus potencialidades. Dado que las rentas de los ciudadanos están aumentando en torno a un 2,5 por 100 anual y que llegarán a ser un 50 por 100 más altas en los 20 próximos años, serán cada vez más numerosas las personas capaces de desdeñar al Estado y tornar al mercado. No se podrá privar de ello al pueblo durante mucho tiempo.

Notas

- 1 Citado en Pathfinder, Centre for Education and Research in Free Enterprise, Texas A&M University, noviembre de 1989.
- 2 Robert Heilbroner, •Capitalism•, en John Eastwell, Murray Milgate y Peter Newman (dir.), The New Palgrave Dictionary of Economics, Macmillan, 1987, p. 353.
- 3 Bertrand Russell, 1954, citado por Andrew Gamble, the Free Economy and the Strong State: the Politics of thatcherism, Macmillan, 1988, p. V.
- 4 New Statesman and Society, 9 de junio de 1989, p. 37.
- 5 J .M. Buchanan, Our Times: Past, Present and Future, the unfinished Agenda, Institute of Economic Affairs, 1986, p. 34.
- 6 Milton Friedman y Rose Friedman, the Tyranny of the Status Quo, Harcourt Brace Jovanovich, 1984.
- 7 Edmund Burke, Discurso sobre la conciliación con América, 23 de marzo de 1775.
- 8 Maurice Cranston, •Margaret the magnificent•, The American Spectator, abril, 1988.
- 9 José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas, vol. 9 de sus Obras completas, Madrid, 1946-1962.
- 10 Edgar Feige, -The UK's unobserved economy•, Economic Affairs, julio, 1981.
- 11 Hernando de Soto, The other Path: The Invisible Revolution in the Third World Harper & Row, 1989.
- 12 Raymond Plant, •Can the Greens ever appeal to the poor?•, the Times, 26 de junio de 1989.
- 13 Myron Lieberman, Privatization and Educational Choice, St Martin's Press, 1989.
- 14 Roy Hattersley, Prólogo a Elizabeth Durbin, New Jerusalem: The Economics of Democratic Socialism, Routledge, 1985, p. XI.
- 15 J.M. Keynes, The End of Laissez Faire, 1926; en Essays in Persuasion, W.W.Norton, 1963.
- 16 John Strachey, The Nature of Capitalist Crisis, Gollancz, 1936.
- 17 R.Heilbroner, -Capitalism•, New Palgrave Dictionary, p. 353.
- 18 Lionel Robbins, The Theory of Economic Policy in English Classical Political Economy, Macmillan, 1952.
- 19 J.M. Keynes, The General Theory of Employment, Interest and Money, Macmillan, 1936
- 20 Joseph Schumpeter, Capitalism, Socialism and Democracy, Allen & Unwin, 1943.
- 21 David Owen, •Agenda for competition with compassion•, Economic Affairs, octubre, 1983.
- 22 Kenneth Hoover y Raymond Plant, Conservative Capitalism in Britain and the United States, Routledge, 1989.
- 23 Martin Jacques et al., •Facing up to the future•, Marxism Today, septiembre, 1988, p. 11

ÍNDICE DE NOMBRES

- Abel-Smith, Brian, 156
Abell, Peter, 263
Acton, Lord, 43
Aganbegyan, Abel, 132
Alchian, Armen, 270
Alexander, Andrew, 116
Allen, G.C., 176
Amis, Kingsley, 101
Amulree, Lord, 350
Andropov, Yuri, 61
Aquino, Santo Tomás de, 385
Arnold, Matthew, 101
Arrow, Kenneth, 243, 411
Ashton, T.S., 201
Asquith, Herbert, 291, 293, 368, 370, 421
Attlee, Clement, 61, 293, 406, 420
Ayckbourn, Alan, 103
Baldwin, Stanley, 349
Balfour, Arthur, 368
Ball, Alan M., 120
Báñez, Domingo, 386
Barbier, E., 234
Barnett, Anthony, 265
Barry, Norman, 164, 198, 213,
Bauer, Lord, 117, 272
Baumol, William, 217
Baumol, Hilda, 217
Beales, H.L., 70, 178
Becker, Gary, 220, 241
Beckerman, Wilfred, 234, 402
Bell, Daniel, 114
Beltrán, Lucas, 198
Bence, J.M., 68
Benn, Anthony, 387
Berger, Peter, 53, 114, 147, 399
Berki, R.N., 148
Bernholz, Peter, 198, 270, 408
Bevan, Aneurin, 293, 344
Beveridge, Lord, 35, 73, 167, 339, 350, 351, 415
Bing, Geoffrey, 75
Binyon, Michael, 104, 124
Bismarck, Prince von, 421, 435
Blake, Lord, 77, 110
Blaug, Mark, 217, 331
Bouckaert, Boudewij, 231
Branwell, Elizabeth, 331
Brecht, Bertolt, 89, 150, 399
Brezhnev, Leonid, 62, 293
Brittan, Samuel, 31, 116
Bronte, Anne, 331
Bronte, Charlotte, 331
Bronte, Emily, 331
Brougham, Henry, 330, 341

Brown, Eppie, 329
 Brown, Gordon, 393, 394, 395
 Buchanan, J.M., 143, 144, 158, 161,
 172,215,216,239,270,440
 Buck, Trevor, 124
 Bukovsky, V., 113,128,131,132
 Burke, Edmund,311,312,410,444
 Butler, R.A., 332
 Butterfield, Herbert, 199
 Cabrillo, Francisco, 198
 Caine, Sir Sydney, 229
 Cairnes, J.E., 199
 Callaghan, Lord (James), 241, 293
 Campbell, Beatrix, 92, 93
 Campbell, Roy, 151
 Campbell-Bannerman, Henry, 370
 Carlyle, Thomas, 101, 370
 Cartwright, Edmund, 370
 Castle, Barbara, 418
 Castlereagh, Lord, 291
 Caute, David, 60
 Chafúen, Alejandro, 385
 Chamberlain, Joseph, 196
 Chamberlain, Neville, 291
 Chamberlin, E.H., 355, 356
 Chernenko, Konstantin, 62
 Cheung, Steven, 137
 Christopher, Anthony
 Churchill, Winston, 34, 218, 222,
 293,
 368,370,421,445
 Clapham, John, 201
 Coase, R.H., 42, 228, 270
 Cole, G.D.H., 178, 199
 Cole, John, 124, 199
 Collard, David, 43
 Cooper, Michael, 391
 Cranston, Maurice, 445, 445
 Crewe, Ivor, 359
 Crick, Bernard, 143, 148, 154, 156,
 160,172,400,405,411
 Croft, Dr., 395
 Cronin, A.J., 342
 Crosland, Anthony, 230, 467
 Crossman, R.H.S., 352, 467
 Culyer, A.J., 391
 Dalton, Hugh, 74, 178
 Davies, Clement, 69
 Davies, Stephen, 291
 Deedes, W. E., 106
 de Gaulle, Charles, 445
 de Jasay, Anthony, 231, 313
 de Jouvenel, Bertrand, 201
 Delors, Jacques, 169, 266
 de Mercado, Tomás, 386
 Denman, D.R., 205
 de Soto, Domingo, 386
 de Soto, Hernando, 116, 450
 de Tocqueville, Alexis, 190
 Devlin, Tim, 3 78
 Dicey, A.V., 19, 43
 Dickens, Charles, 66, 101, 390
 Dickinson, H.D., 174
 Dineen, Bernard, 116
 Disraeli, Benjamin, 291, 301,
 318, 329,
 407
 Djilas, Milovan, 128, 135
 Dodds, Elliott, 70, 272
 Donnison, D.V., 346
 Douglas-Home, Alee, 291
 Dowd, Kevin, 308
 Downs, Anthony, 405
 Drabble, Margaret, 101
 Dubcek, Alexander, 293
 Durbin, Elizabeth, 174, 178, 457
 Durbin, Evan,43, 70,178,264,293
 Dworkin, Ronald, 273
 Eatwell, John, 282
 Eden, Anthony, 70
 Edgar, David, 265

Eisenhower, Presidente, 295
 Engels, Friedrich, 80, 82n, 134, 199,
 202,270,280,395,458,467
 Erhard, Ludwig, 212, 313, 421
 Estrin, Saul, 256n, 259n, 263, 276n
 Eucken, Walter, 212 Eurich,
 Richard, 369
 Feige, Edgar, 447
 Figurnov, Evald, 131
 Finer, Herman, 70, 178
 Finer, S.E., 70, 71,
 Fisher, Sir Antony, 77
 Fitzgerald, Randel, 140
 Flannery, Peter, 101
 Fletcher, Ray, 264
 Forster, W.E., 355
 Fothergill, Philip, 350
 Fowler, Ronald, 182
 Frey, Bruno, 198, 270
 Friedman, David, 245, 312
 Friedman, Milton, 109, 110, 114,
 115,
 239,270,440,442
 Friedman, Rose, 109, 110, 114, 442
 Fulop, Christina, 417
 Gaitskell, Hugh, 70, 179, 264, 293
 Galbraith, J.K., 101
 Gamble, Andrew, 43, 82, 280
 Garrison, Roger, 196
 Garwood Scott, Ruth, 155
 George, Dorothy, 201
 Gerasimov, Gennady, 134
 Giersch, Herbert, 217
 Gilmour, Ian, 409
 Gladstone, WilliamEwart, 111,151,
 218,222,329,291,292,293,301,
 355,368,445
 Glyn, Andrew, 90, 91, 247, 249
 Goodin, Robert, 157
 Goodman, G., 376, 377, 378, 379
 Gorbachov, Mijaíl, 23, 62, 63, 73,
 88, 90,91,93,
 112,119,120,121,122,
 123,126,127,128,130,133,134,
 177,178,180,229,264,301,366,
 403,429,465,467
 Gorbachov, Raisa, 127
 Gould, Bryan, 32, 65, 93, 95, 149,
 174,395,461
 Gramsci, Antonio, 79, 85, 86, 92,
 95 Grantchester, Lord, 77
 Grassl, Wolfgang, 196
 Gray, John, 42, 245, 303, 304,
 305,
 307,310,311
 Green, David, 166, 321, 338, 339,
 340,344,351
 Green, Maurice, 106
 Greenspan, Alan, 223
 Gregory, T.E., 42
 Griffiths, Brian, 410
 Grimond, Jo, 69, 293, 420
 Grocio, Hugo, 385
 Haberler, Gottfried, 55
 Hacker, L.M., 201
 Hahn, Frank, 173, 174, 175, 176,
 177,
 181,182,183,186,212,
 Hailsham, Lord, 318
 Hall, Stuart, 43, 65, 93, 147, 280,
 429 Hamilton, Alexander, 403
 Hammond, Barbara, 199
 Hammond, J. L., 199
 Hands, Terry, 368, 369, 374
 Hanson, Charles, 317, 351
 Harcourt, Sir William, 115
 Harris, Ralph, 77, 78, 192, 414
 Harris, Robert, 380, 384, 393
 Harrod, R.F., 69
 Hartley, Keith, 415
 Hartwell, R.M., 201
 Hattersley, Roy, 32, 67,
 149,174,328,
 395,457,461

Hayek, Frieqrich, 20, 29-32, 55-58,
 102,109,130,131,173, 178-184,
 201,202,213,220,221,264,270,
 285,290,292,308,364,433.
 Haylor, R.E., 74
 Hayward, E.J., 68
 Heath, Edward, 79, 291, 407
 Heertje, Arnold, 114
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich,
 272 Heilbroner, Robert, 183, 282,
 433,
 434,459,463
 Higgs, Henry, 282
 Hirschmann, Albert, 154
 Hitler, Adolf, 61, 71, 151, 280, 404
 Hobbes, Thomas, 268, 303, 411
 Hobsbawm, Eric, 44, 68, 199, 174,
 280,287,429,458
 Hockney, David, 369
 Honecker, Erich, 466
 Hoover, Kenneth, 82, 462
 Howe, Sir Geoffrey, 32, 116
 Huerta de Soto, Jesús, 198
 Hume, David, 43, 78, 181, 208, 359,
 399, 403-421
 Huntford, Roland, 286
 Hutchison, T.W., 355
 Hutt, W.H., 55, 194, 201, 431
 Hutton, Graham, 55, 115, 201
 Izbicki, John, 378
 Jacques, Martin, 92, 93, 105, 280,
 467 James, Michael, 140
 Jay, Douglas, 116
 Jay, Peter, 116
 Jefferson, Thomas, 403
 Jewkes, John, 55, 115, 197 Johnson,
 Samuel, 123, 359 Johnstone,
 Harcourt, 70
 Jones, Ivor, 343
 Jones-Lee, Michael, 198
 Joseph, Lord, 32, 77, 364, 379
 Jruschef, Nikita, 57, 61, 92, 133,
 134, 135, 174, 295
 Kaldor, Nicholas, 178
 Kavanagh, Dennis, 78
 Kellner, Peter, 106
 Kendall, Frances, 421
 Kerensky, Alexander, 64
 Keynes, J.M., 40, 41, 46, 73, 86,
 87,
 110,167,239,263,304,308,310,
 431,434,458,459
 King, Anthony, 166, 167
 Kinnock, Neil, 365, 395
 Kirzner, Israel, 196, 269
 Kosai, Yutaka, 176
 Kosyguin, A., 62, 134, 293
 Krenz, Ogen, 466
 Kristol, Irving, 114
 Lachmann, Ludwig, 196
 Lange, Oskar, 180, 181, 264
 Laski, Harold, 74, 178, 270, 271,
 467 Lawson, Nigel, 116, 241, 387
 Leadbeater, Charlie, 43, 92
 Lee Kwan Yew, 421
 le Grand, Julian, 43, 157, 256,
 259,
 265,273,276
 Lekachman, Robert, 20, 53, 285
 Lenin, V., 61, 62, 64, 85, 86, 89,
 119, 121,
 134,190,204,248,264,270,467
 Lepage, Henri, 198
 Lerner, Abba, 174
 Letwin, Oliver, 138
 Lewin, Bernard, 116
 Lewis, Russell, 116
 Liberman, Yevsei, 61
 Lieberman, Myron, 454
 Ligachov, Yegor, 177
 Lincoln, Abraham, 25, 145, 158,
 161, 300, 404, 465

Lindblom, Charles, 148
 Lister, Samuel Cunliffe, 370
 Livingstone, Ken, 93, 429
 Lloyd George, David, 74, 218, 291, 370,407
 Lloyd, John, 43, 65, 280, 394
 Locke, John, 403, 411
 Lockwood, Cristopher, -45,
 Louw, Leon, 431
 Low, David, 353
 Luard, Evan, 148
 Lubbock, Eric, 69
 Macaulay, T.B., 199
 Macdonald, Ramsay, 293
 Machlup, Fritz, 55
 Mackenzie, Richard, 172, 243
 Macmillan, Harold, 168, 406, 407
 Macrae, Norman, 123
 Madison, James, 403
 Maine, Sir Henry, 59, 130
 Malenkov, Georgi M., 61
 Man del, Ernest, 17 4
 Mao Tse Tung, 151
 Marcandya, A., 234
 Margolis, Cecil, 415
 Marquand, David, 44, 65, 82, 95, 143,
 146,149,150,151,152,160,172,
 256,295,299,400,405,411,461
 Marshall, Alfred, 199, 242, 324, 349, 355
 Marshall, Dorothy, 201
 Martin, Kingsley, 65
 Marx, Karl, 33, 61, 66, 81, 81n, 85, 86, 87,89,91, 110,122,132,134,142, 178,187,249,250,269,278,293, 314,317,370,386,395,401,434, 435,437,458,459,460,467.
 Matthews, Meryn, 124 Mikardo, Jan, 153
 Milgate, Murray, 282
 Mili, James, 43, 111, 330, 331
 Mili, John Stuart, 43, 161, 199, 324,
 330,355,366,435,446,459
 Miller, David, 61, 263
 Miller, Margaret, 61
 Minford, Patrick, 239
 Mitchell, William, 164, 214, 215, 218,
 296
 Moore, John, 388
 Morley, Sheridan, 103
 Mortimer, John, 101
 Mosley, Sir Oswald, 68
 Müller-Armack, Alfred, 212
 Murray, Charles, 190, 388
 Musgrave, Richard, 217
 Mussolini, Benito, 151, 280, 404
 Muth, John, 239
 Nagy, Imry, 293
 Nan, Zhou, 113, 433
 Napolitano, Georgio, 93, 128, 132,
 134, 287
 Navarrete, Pedro Fernando, 387
 Nemchinov, Vassily S., 61
 Newman, Peter, 282
 Nixon, Richard, 295
 North, Douglass, 204, 205, 208
 North, Lord, 291, 407
 Nove, Alee, 88, 174, 264, 282, 290,
 460
 Nozick, Robert, 312
 Oakeshott, Michael, 245, 303, 311
 O'Donovan, W.J., 58
 O'Driscoll, Gerald, 196
 Ogino, T., 176
 Olson, Mancur, 116
 Ortega y Gasset, José, 25, 446, 447,
 Orwell, George, 128, 148
 Owen, David, 32, 180, 366, 446, 461, 462

Palgrave, Francis, 281
 Palgrave, Inglis, 90, 281
 Papps, Ivy, 242
 Paish, Frank, 42, 55
 Peacock, Sir Alan, 198, 217, 229, 259, 270
 Pearce, D., 234
 Peel, Robert, 291
 Peltzman, Sam, 220
 Pennance, F.G., 317, 321, 347, 351
 Peterborough, Obispo de, 333, 382-384
 Peters, George, 326
 Pigott, Frances, 344
 Pimlott, Ben, 105, 394
 Pinchbeck, Ivy, 201
 Pinochet, General, 117
 Pinter, Harold, 101
 Pirie, Madsen, 139
 Pitt, William, 222, 291, 445
 Plant, Sir Arnold, 34, 55, 70, 72, 77, 178, 179, 181, 208, 272, 281
 Plant, Raymond, 30, 31, 34, 42, 43, 44, 65, 82, 247, 263, 269, 270, 273, 274, 290, 305, 383, 402, 429, 452, 462
 Ponsonby, Gilbert, 42
 Popper, Sir Karl, 43, 284
 Porter, G.R., 199
 Potter, Dennis, 101
 Powell, Enoch, 77, 78
 Power, Eileen, 70
 Prentice, Reg, 153
 Priestley, J.B., 359
 Radice, Giles, 288
 Rand, Ayn, 223
 Reagan, Ronald, 295, 421
 Redwood, John, 138
 Rees-Mogg, Lord (William), 116
 Ricardo, David, 459

Ricketts, Martin, 198, 217
 Ridley, Nicholas, 116
 Rizzo, Mario, 196
 Robbins, Lionel, 34, 41, 42, 55, 70, 115, 133, 146, 178, 179, 270, 304, 359, 366
 Robinson, Joan, 196
 Robson, W.A., 71, 178
 Rogge, Ben, 114
 Roosevelt, Franklin, 295, 421
 Roth, Gabriel, 113, 140, 230
 Rothbard, Murray, 196, 245, 312
 Rothenstein, William, 369
 Rousseau, Jean Jacques, 411
 Rowley, Charles, 156, 198, 217, 400
 Rubinstein, David, 347
 Ruskin, John, 101
 Russell, Bertrand, 421, 435
 Sacks, George, 431
 Sampson, Geoffrey, 115, 116
 Samuel, Sir Herbert, 70
 Samuelson, Paul, 212
 Saville, John, 280
 Schackle, G.L.S., 213
 Schneider, Friedrich, 196
 Schumpeter, Joseph, 114, 183, 223, 434, 459
 Schwartz, Eli, 286
 Schwartz, George, 42
 Schwartz, Pedro, 198
 Scott, C.P., 377
 Scurr, John, 58
 Seabrook, Jeremy, 39
 Seaford, Charles, 436
 Seldon, Arthur, 43, 77, 119, 156, 226, 162, 167, 237, 284, 317, 321, 400, 414, 416, 417, 422
 Seldon, Anthony, 78
 Seldon, Marjorie, 27, 155, 332
 Seldon, Peter, 27

Selgin, George, 304
 Sen, Amartya, 244
 Senior, Nassau, 324, 355
 Shackle, G. L. S., 196
 Shakespeare, William, 109, 219, 275, 371,406,420
 Shand, Alexander, 196,197
 Shaw, George Bernard, 265
 Shenfield, Barbara, 350
 Shinwell, Lord, 59
 Shmeliov, Nikolai, 177
 Short, Philip, 104n
 Sinclair, Sir Archibald, 293
 Sirc, Ljubo, 182, 269
 Skidelsky, Robert, 173, 175n, 263, 276
 Smiles, Samuel, 348
 Smiley, Zan, 403,
 Smith, Abel, 388
 Smith, Adam, 40, 43, 109, 120, 139, 210,240,292,296,304,305,313, 394,406,434,445,449.
 Smith, Barry, 196
 Smith, Hedrick, 104, 124
 Smith, John, 461
 Snowden, Philip, 170
 Soper, Lord, 59
 Sowell, Thomas, 431
 Spark, Muriel, 331
 Spender, Sir Stephen, 59, 238
 Stahl, Ingemar, 215
 Stalin, Joseph, 59, 61, 62, 133, 280, 404,421
 Stedman Jones, Gareth, 167
 Steel, David, 293
 Stepney, Obispo de, 388, 390
 Stevens, Anne Palmer, 418
 Stigler, George, 115, 196, 219, 270
 Stiglitz, Joseph, 275
 Strachey, John, 43, 61, 458, 467
 Streissler, Erich, 196
 Sugden, Robert, 160
 Tawney, R.H., 385, 463
 Tebbit, Norman, 116, 410
 Tedder, Lord, 74, 75
 Thatcher, Margaret, 32, 77, 110, 149, 167,171,180,218,222,258,291, 293,365,367,374,379,395,421, 445,461
 Thomas, Robert, 204, 205n, 208
 Thompson, E.P., 199
 Thompson, J. Walter, 123
 Titmuss, Richard, 101,156,339,352, 388,391
 Tito, 135, 182
 Tobin, James, 212
 Tolstoy, Conde Leo Nikolayevich, 204
 Townsend, Peter, 156, 388
 Toynbee, Arnold, 199
 Trapeznikov, V., 61
 Travers, Tony, 429
 Trollope, Anthony, 395
 Tro ky,63, 134,264,467
 Tullock, Gordon, 162, 163, 216, 218, 243,270,400
 Turner, Graham, 382, 384
 Urban, George, 63, 64, 135
 van den Haag, Ernest, 114
 van Dun, Frank, 231
 Velianovski, Cento, 138, 140
 Vincent, J ohn, 368
 Voigt, Karsten, 93
 von Humboldt, Wilhelm, 403
 von Mises, Ludwig, 55, 65, 101, 180, 181,245,270,289
 von Pufendorf, Samuel, 385
 Wagner, Richard, 239
 Walden, Brian, 105

Waldron, Jeremy, 272
Walpole, Sir Robert, 292
Watson, George, 101
Weaver, Maurice, 390
Webb, Beatrice, 20, 60, 68, 70, 199,
265,339
Webb, Sidney, 20, 60, 70, 199, 265
Welch, Colin, 105
Wellington, Duque de, 368
Wells, H. G., 265
West, E. G., 166, 317, 321, 328, 330,
339,349,351,355,356 Wheatcroft,
Patience, 418 Wheldon, Sir Huw, 69
Whetstone, Linda, 155
Whitney, Ray, 344
Wicksell, Knut, 216
Wilde, Osear, 45

Williams, Shirley, 143, 144, 157,
159,
160,166,168,172,298,299,333,
383,400,405,411
Williams, Walter, 160, 421
Wilson, Harold, 179, 180, 291, 293,
407
Winter, David, 263
Wiseman, Jack, 198, 205n, 217, 259
Wright, Anthony, 42, 148, 429
Wright, Thomas, 348
Xiao Ping, Deng, 259, 456
Yamey, Basil, 117, 255
Yeltsin, Boris, 24
Young, Lord (David), 116
Young, Lord (Michael), 69
Zuckerman, Lord, 234